



Los pelotones de la muerte

La construcción de los perpetradores del
genocidio guatemalteco

Manolo E. Vela Castañeda

EL COLEGIO DE MÉXICO

LOS PELOTONES DE LA MUERTE

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

LOS PELOTONES DE LA MUERTE

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS PERPETRADORES
DEL GENOCIDIO GUATEMALTECO

MANOLO E. VELA CASTAÑEDA



EL COLEGIO DE MÉXICO

364.151097281

V432p

Vela Castañeda, Manolo E.

Los pelotones de la muerte : la construcción de los
perpetradores del genocidio guatemalteco / Manolo E. Vela
Castañeda. -- 1a ed. -- México, D.F. : El Colegio de México,
Centro de Estudios Sociológicos, 2014.

454 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-462-368-0

Incluye bibliografía

1. Genocidio -- Guatemala -- Historia -- Siglo XX. I. t.

Imagen de portada: © Jean-Marie Simon, 2012

Primera edición, 2014

© El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-368-0

Impreso en México

*A la incansable lucha de una gran señora:
doña Aura Elena Farfán,
fundadora del GAM, Grupo de Apoyo Mutuo; y de FAMDEGUA,
Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Guatemala.*

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Siglas, acrónimos y abreviaturas	19
Prefacio	23
Introducción	29

EL ESQUEMA ANALÍTICO

1. Estudiando a los perpetradores de genocidio	83
1.1. Estudios sobre el genocidio	84
1.2. Estudios sobre los perpetradores	88
Nuremberg: los asesinos de escritorio	88
Milgram: “Yo sólo cumplía órdenes”	90
¿Planificación o estructuración?	93
Browning <i>vs.</i> Goldhagen: ¿Hombres comunes y corrientes?	95
La mirada desde abajo	98
Conclusiones	101
2. Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio	105
2.1. Estado, régimen y coalición dominante	111
2.2. La crisis y la amenaza	114
2.3. El síndrome del chivo expiatorio	117
2.4. Las oportunidades de genocidio	126
2.5. El proceso de construcción de los perpetradores de genocidio	130
Conclusiones	136

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS VICTIMARIOS

Introducción	141
Excurso: Algo más que un soldado.	
En palabras del soldado Julio Roca	144

3. Organizar: capturar, invadir y encuadrar	145
3.1. Capturar	146
3.2. Invadir	151
3.3. Encuadrar	162
Conclusiones	177
4. Adoctrinar: la imagen y la palabra	183
4.1. Radio y televisión	185
4.2. Imágenes y palabras escritas	188
4.3. La palabra hablada	191
Conclusiones	198
5. El desarrollo de la guerra	201
5.1. Somoza, 1979: el emerger de la guerra	205
5.2. La guerra de guerrillas pone a prueba la moral	221
5.3. Iximché: el inicio del genocidio	232
Conclusiones	240
Excurso: La decisión del genocidio	
En palabras de Héctor Andrade, oficial del Ejército	
de Guatemala	244
6. Kaibilizar	249
6.1. Fuerzas de Operaciones Especiales: orígenes y trayectoria	252
1974, antecedentes, contexto y decisión	252
¿Invadir Belice?	261
El terremoto, los planes de invasión y el inicio de la guerra	265
6.2. La formación de un soldado especial	266
6.3. Los Kaibiles, la pequeña élite que ganó la guerra	275
6.4. La patrulla Kaibil	283
Conclusiones	293
Excurso: De campesinos a catequistas y de catequistas	
a guerrilleros.	
En palabras de Gabino, insurgente de las FAR	294

LA MASACRE DE LAS DOS ERRES

7. Petén: colonización y guerrilla	299
7.1. Los orígenes: Petén, 1967	299
7.2. La saga de la guerrilla	303
7.3. Colonizar	306

7.4. La guerrilla petenera	313
7.5. De la generalización de la guerra de guerrillas a la emboscada de los 22 fusiles	323
8. Las Dos Erres	341
8.1. La creación de un parcelamiento	341
8.2. Llegó la guerra	353
8.3. El final	365
8.4. Después de la masacre: desinformar, saquear y amenazar	372
Excurso: El relato de la masacre. En palabras de Jacinto García, soldado Kaibil	388
9. ¿Quiénes fueron los perpetradores del genocidio guatemalteco? a manera de conclusión	397
El uso de la teoría y la estrategia del caso	397
El esquema analítico: la construcción de los perpetradores de genocidio	403
Organización, adoctrinamiento y desarrollo de la guerra	413
Finalmente ¿quiénes fueron los perpetradores de actos de genocidio?	414
Bibliografía	425

GRÁFICAS, TABLAS Y MAPAS

Mapa 1. Guatemala. División político territorial	54
Mapa 2. Guatemala, 1972-1982. Áreas de actividad de los grupos guerrilleros	55
Gráfica 1. La definición de genocidio	35
Gráfica 2. Masacres ejecutadas por fuerzas de seguridad del Estado en el tiempo. Total de casos a lo largo de la guerra en relación con el total de casos entre 1981 y 1982. Cinco departamentos. Valores en números	57
Gráfica 3. Masacres ejecutadas por fuerzas de seguridad del Estado en el tiempo. Porcentaje de los casos ocurridos en 1981-1982 en relación con el total de casos. Cinco departamentos	58
Mapa 3. Guatemala, 1960-1996. Número de masacres por departamento. Perpetrador: todas las fuerzas responsables	61

Mapa 4. Guatemala comunidades lingüísticas. En relieve: pueblos indígenas y territorios en los que se cometieron actos de genocidio	65
Guatemala, 1967-1985 una cronología	70
Gráfica 2.1. Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio	110
Tabla 2.1. Eventos de genocidio aquí considerados	125
Gráfica 2.2. El proceso de construcción de los perpetradores.	
Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio	134
Gráfica 3.1. Unidades militares del Ejército de Guatemala	173
Tabla 3.1. Oficiales superiores del Ejército de Guatemala.	
Cohortes y promociones en el tiempo	174
Tabla 3.2. Oficiales subalternos del Ejército de Guatemala.	
Cohortes y promociones en el tiempo	175
Tabla 3.3. Soldados del Ejército de Guatemala. Cohortes y promociones en el tiempo	176
Cuadro 6.1. Ejército de Guatemala. Momentos clave en la trayectoria de las Fuerzas de Operaciones Especiales	250
Cuadro 7.1. Evolución de la Población	311
Cuadro 7.2. Evolución del número de habitantes por kilómetro cuadrado	311
Cuadro 7.3. 1981: flujos migratorios hacia Petén. Población residiendo en Petén, según departamento/ región de nacimiento	312
Mapa 7.1. Departamento de Petén	308
Mapa 7.2. Parcelamiento Las Dos Erres, Aldea Las Cruces, Municipio de La Libertad	339
Gráfica 8.1. Croquis del parcelamiento Las Dos Erres	349

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dedicar las primeras líneas de este trabajo a agradecer el apoyo de la profesora Vivianne Brachet-Márquez. Más allá de su riguroso apoyo intelectual, de sus minuciosas lecturas y de su disciplina académica, la profesora Brachet me enseñó que la profesión de los sociólogos también se realiza con bondad y solidaridad. A lo largo de la hechura de esta investigación, con tenacidad, a cada momento ella me impulsaba a ser mejor sociólogo de lo que antes era. La profesora Brachet fue mi directora de la tesis en el Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología de El Colegio de México.

Las profesoras Romana Falcón y María Luisa Tarrés, del Centro de Estudios Históricos y del Centro de Estudios Sociológicos, respectivamente, de El Colegio de México; junto al profesor Marco Estrada Saavedra, del Centro de Estudios Sociológicos, realizaron lecturas críticas de borradores de varios capítulos y aportaron, con sus agudas observaciones, elementos que me llevaron a transformar completamente capítulos enteros, profundizar en temas que yo no había previsto, y enfocar de mejor manera argumentos fundamentales. Ellos fueron parte del Comité de Lectores de mi tesis de doctorado.

En 2010, la Academia Mexicana de Ciencias otorgó a este estudio el premio 2009 a la mejor tesis de doctorado en el área de ciencias sociales y humanidades. Agradezco a los miembros del jurado por haber puesto los ojos en una tesis en la que se abordaba un tema que se hallaba fuera de la historia mexicana, y que —además— había sido hecha por un guatemalteco.

Esta investigación dio inicio en marzo de 2005. En aquel momento inicié una serie de entrevistas en Guatemala. El propósito era compartir mis ideas de investigación y buscar casos en donde ejecutar el

esquema analítico que me proponía. En aquella fase me ayudó mucho William Ramírez, entonces abogado de CAFCA, el Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas. En la ODHA, la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, especialmente en su Director, Nery Rodenas, encontré gran receptividad y apoyo, permitiéndome el acceso a una serie de documentos y grabaciones. En estas consultas Ivette Morales me ayudó a ubicar la información. Lo que en aquel marzo de 2005 eran apenas un conjunto de ideas de investigación, fueron tomando forma mediante extensas conversaciones con René Poitevin, Arturo Taracena, Bernardo Arévalo, Claudia Paz y Paz, entonces directora del ICCPG (Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales de Guatemala) y coordinadora del área jurídica del Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico; Marina de Villagrán, en aquel entonces Coordinadora del Programa de Maestría en Psicología Social y Violencia Política de la Universidad de San Carlos de Guatemala; Victoria Sandford, autora de *Buried Secrets...*; Ricardo Falla, s. j., autor de *Masacres de la selva*.

También, apoyaron grandemente mis ideas de investigación: Fernando López, entonces coordinador del caso judicial sobre genocidio de CALDH (Centro de Acción Legal en Derechos Humanos); Ronald Solís, de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala; José Suasnávar, director técnico de la FAFG (Fundación de Antropología Forense de Guatemala); Jesús Hernández, entonces director de CAFCA, Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas; Felipe Sarti, del ECAP, Equipo de Acompañamiento Psicosocial; Cirilo Santamaría, ex coordinador de pastoral social de la diócesis de Petén.

Aura Elena Farfán, de FAMDEGUA, la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Guatemala, con su tenacidad y valentía, ha hecho posible que ahora podamos saber un poco más sobre los perpetradores del genocidio guatemalteco. Sin su trabajo nada de lo que aquí se dice habría sido posible. Al dedicarle este estudio, reconozco en ella la valentía y entereza moral para mantener una lucha a lo largo de tantos años frente a un Estado que fue (y pareciera que por momentos todavía es) capaz de actuar contra sus ciudadanos de forma atroz. Pensar en Aura Elena es tomar inspiración de una gran mujer, su sencillez y su perseverancia son un ejemplo para quienes pretende-

mos aportar a la memoria histórica de los guatemaltecos. Ya ella nos ha dado un grandísimo aporte.

A lo largo de estos años he tenido el gusto de contar con la amistad intelectual de Ricardo Sáenz de Tejada, con quien desarrollamos el Programa de Investigaciones sobre la Historia y la Memoria. Flor Castañeda, Javier de León, Leticia González, Marta Gutiérrez, Mónica Mendizábal, y Denise Phé-Funchal, han sido parte fundamental en este Programa de Investigaciones. También, el profesor Gustavo Palma, de AVANCSO, Instituto para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, uno de los mejores historiadores y sociólogos de Guatemala, quien me ha honrado con la entrañable amistad de un gran maestro. Ellos, junto a Marcie Mersky, han conocido primeras versiones de varios capítulos. Sus inteligentes comentarios me han estimulado a mejorar y dimensionar el aporte que este estudio puede hacer a lo que en Guatemala sabemos en torno a la temática que se aborda en este estudio.

A lo largo de mi formación como sociólogo el profesor Edelberto Torres-Rivas ha sido para mí un gran maestro. Él constantemente me ha planteado retos cada vez más difíciles de alcanzar, que han estimulado mi práctica de la sociología. El profesor Torres-Rivas ha sabido colocar con maestría grandes interrogantes de investigación para las ciencias sociales en Centroamérica. Debo a él –leyéndole– la aspiración por saber escribir, una más de sus grandes lecciones.

Todas las cintas de las entrevistas fueron transcritas con una dedicación verdaderamente excepcional por Elsa Ábrego, con quien estoy en deuda por el excelente trabajo que durante muchos meses ella realizó.

Como las ciencias sociales se desarrollan en instituciones, les debemos mucho a ellas. Agradezco profundamente el apoyo que entre 2006 y 2008 me brindara la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Rafael Landívar de Guatemala, de donde fui Director de Estudios de Posgrado. Desde julio de 2008 ingresé al Programa Centroamericano de Posgrado en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Guatemala, donde encontré condiciones excepcionales para dedicarme a completar esta investigación. Entre 2011 y 2012 tuve el privilegio de hacer una estancia de Investigación en el Kellogg Institute for International Studies, de la Universidad de Notre Dame, donde alcancé a prepa-

rar íntegramente una nueva versión de este estudio y a hacer trabajo de corrección. Kellogg Institute es una gran institución académica y la Universidad de Notre Dame provee el mejor ambiente para hacer trabajo intelectual. Mi nueva casa académica, el Departamento en Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, me ha provisto de un ambiente excepcional para llevar adelante la recta final de este estudio. Mis colegas, los estudiantes de mis cursos, y el equipo administrativo del departamento, se han encargado de hacer de este tiempo una gran experiencia.

El Programa SEPHIS (Programa de Intercambio Sur-Sur para la Investigación en la Historia del Desarrollo) apoyó la redacción del embrión de una de las partes centrales de este estudio: “La construcción de los victimarios”. “Crafting Death Platoons: A View of Genocide Perpetrators in Guatemala”, fue el título de la ponencia que presenté en el Seminario Internacional “Memoria e historia en el sur ¿Cómo las sociedades procesan memorias traumáticas del conflicto y la violencia?”, que se realizó en Dhaka, Bangladesh, en enero de 2006. Agradezco los comentarios y los aportes que entonces recibí.

El Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional de Colombia me apoyó en la redacción del contexto histórico en la región centroamericana en los años de la guerra fría. “Insurgencias después de la revolución. La guerra en El Salvador y Guatemala”, fue la ponencia que presenté en el seminario internacional “Cambio económico, cambio político y guerra en África y América Latina”, realizado en Bogotá, Colombia, en junio de 2008. La ponencia, fue publicada en: *Mercados y armas. Conflictos armados y paz en el período neoliberal. América Latina una evaluación*, editado por Francisco Gutiérrez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: Editorial La Carreta, 2009. Pp. 189-240.

La Asociación Internacional de Historia Oral (IOHA, por sus siglas en inglés) apoyó mi participación en el XV Congreso Internacional, realizado en octubre de 2008 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, donde presenté la ponencia “Memorias de los perpetradores. Reflexiones acerca de los usos de la historia oral en el estudio del genocidio guatemalteco”. Aquí sistematicé aprendizajes en el empleo de entrevistas en profundidad con perpetradores de genocidio. La

ponencia se publicó en: *Guatemala: violencias desbordadas*, editado por Julián López García, Santiago Bastos y Manuela Camus. Córdoba, España: Universidad de Córdoba, 2009. Pp. 93-118.

Fragmentos de la segunda parte (La construcción de los victimarios) fueron publicados como parte del capítulo “En defensa de la civilización occidental: la formación de las tropas genocidas del Ejército de Guatemala (1981 y 1982)”, en: *Cruzadas seculares: religión y luchas (anti) revolucionarias*, editado por Marco Estrada y Gilles Bataillon. Ciudad de México: El Colegio de México, 2012. Pp. 103-159.

En 2010 la Fiscalía de Derechos Humanos del Ministerio Público de Guatemala me encomendó la realización de un peritaje a ser presentado en el juicio contra los autores de la masacre cometida en Las Dos Erres. Hacer el peritaje me posibilitó realizar otra estancia de investigación en Petén, así como ahondar en el trabajo de archivo.

Entre 2010 y 2011 la Secretaría de la Paz de la Presidencia de la República apoyó la investigación “Guatemala, la infinita historia de las resistencias”, que coordiné. Como parte de este proyecto elaboré el estudio “Petén, 1967-1984: las bases agrarias de la insurgencia campesina”. La elaboración de este estudio me permitió tener una perspectiva más densa de la historia regional de aquel territorio de Guatemala. Agradezco profundamente la confianza que el secretario Orlando Blanco, y después Eddy Armas, prestaran al Programa de Investigaciones sobre la Historia y la Memoria. El trabajo de la Dirección de Investigación de la Secretaría de la Paz, dirigida por Silvia García, fue un gran apoyo en este proceso.

El Comité de Publicaciones del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México me proveyó dos dictámenes anónimos, que me ayudaron a mejorar significativamente este estudio. A ellos mi agradecimiento por los aportes que me brindaron.

En la Editorial de El Colegio de México conté con el trabajo profesional —y la paciencia— de Carlos Villanueva, editor; y de Paola Morán, coordinadora de producción, quienes coadyuvaron a que este libro no tuviera tantos errores como podría haber tenido. Los que quedaron ya son responsabilidad exclusiva del autor.

La foto de portada es una imagen captada, en diciembre 1983, por la lente de Jean-Marie Simon, autora de *Guatemala: eterna primavera*,

eterna tiranía. Quienes aparecen en la imagen son los nuevos kaibiles, en la —en aquel momento— recién re-abierta Escuela de Kaibiles, ubicada (entonces) en la aldea La Pólvara, Melchor de Mencos, Petén, Guatemala. Es un pelotón en formación. Asombra la juventud del soldado que aparece en primer plano, con la mirada fija en el instructor del curso, quien está al frente de todos y de espaldas a la cámara. Es —como muchos momentos de la vida militar— un ritual: el ritual de la graduación. Más específicamente es el momento en el que se les imponen las boinas rojas (distintivo de esa fuerza especial), y se les entrega el diploma. Atrás, sin la boina roja, los soldados que llegaron al final del curso esperan el llamado para pasar al frente. Es una imagen —como muchas otras de Jean-Marie— que alcanza a condensar una época, la de aquellos terribles años.

Agradezco al Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México por la oportunidad de haber sido parte de la promoción número once de su programa de Doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología. Entre 2003 y 2006 fui becario de la Secretaría de Educación Pública de México, sin cuyo apoyo no hubiera podido completar esta parte de mis estudios.

Agradezco a Lucrecia Hernández Mack por el tiempo que compartimos juntos. Me encantaría que como resultado de leer este libro ella volviera a enamorarse de mí. Ojalá y llegue a tiempo. Hay amores para los que una vida no es suficiente.

M. V. C.

Ciudad de México, agosto de 2013

SIGLAS, ACRÓNIMOS Y ABREVIATURAS

ACNUR	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
AEU	Asociación de Estudiantes Universitarios “Oliverio Castañeda de León”
AID	Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos
AJ-LDE	Archivo Judicial Las Dos Erres Ministerio Público de Guatemala
BANDESA	Banco de Desarrollo Agrícola
BM	Brigada Militar
BM-CGRC	Brigada Militar “Capitán General Rafael Carrera” (Zacapa)
BM-CADJI	Brigada Militar “Coronel Antonio José de Irisarri” (Cobán, Alta Verapaz)
BM-GH	Brigada Militar Guardia de Honor (Guatemala)
BM-GMMASM	Brigada Militar “General Manuel Maximiliano Aguilar Santa María” (Jutiapa)
BM-LGL	Brigada Militar “Luís García León” (Petén)
BM-MGS	Brigada Militar “Mariscal Gregorio Solares (Huehuetenango)
BM-MLB	Brigada Militar “Manuel Lisandro Barillas” (Quetzaltenango)
BM-MZ	Brigada Militar “Mariscal Zavala” (Guatemala)
BMTP-GFC	Base Militar de Tropas Paracaidistas “General Felipe Cruz” (Escuintla)
BP	Buró Político (del Comité Central, del Partido Comunista)
BROE	Brigada de Reacción de Operaciones Especiales (Policía Nacional de Guatemala)
Btl.	Batallón
CA	Centroamérica
CACIF	Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras
CAFCA	Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas

Cap.	Capitán
CAR	Centro de Adiestramiento de Reemplazos
CDV	Comisión de la Verdad para El Salvador
CEH	Comisión para el Esclarecimiento Histórico de Guatemala
CEM	Centro de Estudios Militares
CETE	Comisión de Emergencia de los Trabajadores del Estado
CIA	Agencia Central de Inteligencia
Cia.	Compañía
Cnel.	Coronel
CNT	Central Nacional de Trabajadores
CNUS	Consejo Nacional de Unidad Sindical
COMAR	Comisión Mexicana de Ayuda a los Refugiados
COMIL	Comisión Militar del PGT (Partido Guatemalteco de los Trabajadores)
Condeca	Consejo de Defensa de Centroamérica
CUC	Comité de Unidad Campesina
D1	Dirección de Personal
D2	Dirección de Inteligencia
D3	Dirección de Operaciones
D4	Dirección de Logística
D5	Dirección de Asuntos Civiles y Operaciones Psicológicas
DDHH	Derechos Humanos
DC	Democracia Cristiana
DIA	Agencia de Inteligencia para la Defensa de Estados Unidos
DIDE	Departamento de Información y Divulgación del Ejército
<i>DRAE</i>	Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua
EEUU	Estados Unidos
EGP	Ejército Guerrillero de los Pobres
EMAGMA	Escuela Militar de Aplicación de Armas y Servicios “General Manuel Arzú”
EMB	Embajador
EMDN	Estado Mayor de la Defensa Nacional (Guatemala)
EMG	Estado Mayor General del Ejército (Guatemala)
EP	Escuela Politécnica
ES	El Salvador
EXMIBAL	Empresa de Exploraciones y Explotaciones Mineras de Izabal

FACS	Frente Guerrillero Augusto César Sandino (del EGP)
FAG	Fuerza Aérea Guatemalteca
FAMDEGUA	Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Guatemala
FAR	Fuerzas Armadas Rebeldes
FDCR	Frente Democrático Contra la Represión
FECAP	Federación de Cooperativas Agrícolas de Petén
FERG	Frente Estudiantil Revolucionario “Robín García”
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
FMS	Foreign Military Sales Program
FMT	Foreign Military Training Program
FORC	Frente Guerrillero Otto René Castillo (del EGP)
FPR	Frente Patriótico Ruandés
FT	Fuerza de Tarea
FUR	Frente Unido de la Revolución
FURD	Frente Unido de la Revolución Democrática
Fus.	Fusileros
FYDEP	Empresa Nacional Fomento y Desarrollo Económico de Petén
Fzs. Esp.	Fuerzas Especiales
GdE	Golpe de Estado
Grp.	Grupo (militar)
GT	Guatemala
JID	Junta Interamericana de Defensa
JPT	Juventud Patriótica del Trabajo (juventudes comunistas de Guatemala)
IGSS	Instituto Guatemalteco de Seguridad Social
Inf.	Infantería
ISR	Israel
MCAA	Mercado Común Centroamericano
MLN	Movimiento de Liberación Nacional
MR-13	Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre
MRP-IXIM	Movimiento Revolucionario del Pueblo Ixim
MRTA	Movimiento Revolucionario “Tupac Amaru”
Myr.	Mayor
OEA	Organización de Estados Americanos
ONU	Organización de las Naciones Unidas

ORPA	Organización del Pueblo en Armas
PAC	Patrullas de Autodefensa Civil
Pel.	Pelotón
PGT	Partido Guatemalteco de los Trabajadores (el partido comunista de Guatemala)
PID	Partido Institucional Democrático
PMA	Programa Mundial de Alimentos
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PR	Partido Revolucionario
PRA	Partido Revolucionario Auténtico
PSD	Partido Socialista Democrático
REMHI	Proyecto Interdiocesano para la Recuperación de la Memoria Histórica
SOA	Escuela de las Américas (School of Americas)
STEGSA	Sindicato de Trabajadores de la Embotelladora Guatemalteca Sociedad Anónima
URNG	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca
URSS	Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas
USEMB	Embajada de Estados Unidos en Guatemala
Tte.	Teniente
TGW	Radio Nacional de Guatemala
TOSO	Teatro de Operaciones Sur Occidental
ZM	Zona Militar

PREFACIO

Este estudio empezó cuando me enteré de una masacre perpetrada en Petén, Guatemala, en el año de 1982. Fue un acto perpetrado por tropas del Ejército de Guatemala en contra de una comunidad campesina llamada “Las Dos Erres”, aldea Las Cruces, municipio de La Libertad, Petén. Allí no se libró batalla alguna: no había armas, ni guerrilleros; ninguno de los integrantes de aquel pelotón del Ejército resultó herido. Aquella masacre terminó cuando los cadáveres de todos los pobladores acabaron de ser amontonados en un pozo de agua que se convirtió en un amasijo de miembros, grandes y pequeños, de hombres, ancianos, mujeres y niños, ropa y pelos empapados de sangre, ojos sin vida, rostros con las bocas abiertas. Es una historia moralmente inaceptable centrada en eventos horrendos. Las historias que vale la pena contar son, a veces, aquellas que no pueden contarse. Pero esta es la historia de mi país. Este evento central —el genocidio— es puerta de entrada para entender un momento en la historia de Guatemala.

En 1994 y 1995, el Equipo Argentino de Antropología Forense realizó la exhumación de los cuerpos enterrados en Las Dos Erres. En total fueron recuperados los restos de unas 162 personas. De ellas, 67 eran niños menores de doce años, con una edad media de siete años. Además de estos niños, los antropólogos forenses recuperaron los restos de 24 mujeres y 64 hombres, así como otros adultos cuyo sexo no fue posible determinar. Sobre los restos, el informe del equipo de Antropología sentencia:

El equipo pudo recuperar varios objetos, como dinero, un calendario y un documento de identidad, que les permitieron establecer que los restos no estaban allí antes de 1982. Muchos de los restos presenta-

ban señales de múltiples fracturas provocadas al arrojar a las víctimas al pozo o por aplastamiento dentro del mismo. La mayor parte de las víctimas estaban vestidas cuando las mataron, y el equipo forense encontró diversas prendas. En al menos dos casos se encontraron cuerdas de plástico atadas en torno a las manos y los pies. En varios cráneos encontraron orificios de bala. Todas las pruebas de balística que descubrieron coincidían con las características de los fusiles Galil, arma que Israel proporciona a Guatemala desde hace muchos años, y una de las que utilizan las fuerzas armadas guatemaltecas.

Desde el 30 de julio de 1995, cuando se celebró un acto de conmemoración en Las Cruces, los restos de los asesinados se hallan en el cementerio de la localidad. Aquello no hubiera sido posible sin la intervención de Aura Elena Farfán, quien, desde junio de 1984, se atrevió a exigir, en la cara de los militares que todavía gobernaban, el apareamiento con vida de su hermano, Rubén Amílcar, estudiante y trabajador universitario, desaparecido el 15 de mayo de 1984. Aquella lucha dio vida a Famdegua, la Asociación de Familiares y Amigos de Detenidos Desaparecidos de Guatemala. Dicha agrupación impulsó en 1994 la exhumación de las víctimas de la masacre de Las Dos Erres, y lleva adelante el proceso judicial contra sus autores materiales e intelectuales.

Por la masacre que tuvo lugar en las Dos Erres, en agosto de 2011, un tribunal guatemalteco condenó a tres ex soldados: Daniel Martínez Méndez, Manuel Pop Sun, y Reyes Collin Gualip, y a un ex oficial subalterno, Carlos Antonio Carías López, a una cadena de más de 6 mil años de prisión. En marzo de 2012 otro tribunal condenó al ex soldado: Pedro Pimentel Ríos, a purgar una condena similar a la dictada con anterioridad. Esta era la primera vez que un tribunal guatemalteco juzgaba a soldados regulares —y a un oficial, de bajo rango— comprometidos en una masacre cometida a lo largo de la guerra civil. En ambas audiencias que forman parte del proceso judicial contra los autores de la masacre el autor tuvo el privilegio de participar como perito, propuesto por la parte acusadora. De esa forma, fragmentos de este estudio fueron presentados en calidad de opinión experta ante los tribunales de justicia. Pero este proceso judicial sigue

abierto contra otros miembros de la unidad que perpetró la masacre y también en contra el alto mando militar. Así, en mayo de 2012 un tribunal decidió ligar a proceso al ex general Efraín Ríos Montt, quien gobernó Guatemala entre marzo de 1982 y agosto de 1983, por la masacre ocurrida en Las Dos Erres.

Previamente, en mayo de 2008, los tribunales habían condenado a cinco patrulleros civiles: Macario Alvarado Toc, Francisco Alvarado Lajú, Tomás Vino Alvarado, Pablo Ruiz Alvarado y Lucas Laja Alvarado, por la masacre, cometida en marzo de 1982, en Río Negro, Rabinal, Baja Verapaz. Hasta 2013 estos eran los dos únicos procesos judiciales que habían alcanzado la fase de apertura a juicio por masacres, realizadas en el contexto de la guerra civil.

En marzo de 2013 un tribunal abrió las audiencias en el juicio contra el ex Jefe de Estado Efraín Ríos Montt, por el delito de genocidio contra el pueblo Ixil (Quiché). A pesar que el tribunal emitió una sentencia condenatoria, la Corte de Constitucionalidad amparó a los abogados de la defensa y el juicio —de forma insólita, porque el amparo no respetó las instancias procesales regulares— fue posteriormente anulado. Esto tuvo lugar en mayo de 2013.

Pero la masacre en Las Dos Erres no es un episodio que sólo se refiera a Petén, o solamente a Guatemala. Petén es uno de los lugares más visitados por los turistas. El parcelamiento se halla a —más o menos— 100 kilómetros de los templos mayas de Tikal, un imponente sitio, vestigio del pasado maya. Las tropas que llegaron a aquella aldea en la madrugada del 7 de diciembre de 1982 habían pasado muchos años entrenándose bajo las órdenes de oficiales egresados de la Escuela de las Américas (soa) y otros centros de formación militar de Estados Unidos. Desde 1974, Guatemala también había firmado un acuerdo de cooperación militar con Israel, que, a partir de 1978, se convirtió en su principal proveedor de armas. Taiwán y Argentina también capacitaron a muchos oficiales militares entre los que tomaron parte en el terror. El conflicto guatemalteco formó parte de lo que en aquel entonces se denominó la crisis centroamericana, que comprometía directamente a Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica.

Las tropas que perpetraron la masacre pertenecían a las Fuerzas Especiales, fundadas por el oficial Pablo Nuila Hub, el mismo que

en 1966 y 1967 había dirigido la temida Policía Judicial que ejecutó una de las primeras matanzas contra opositores políticos en América Latina.

Las Dos Erres —pueblo que ya no existe más— era una comunidad situada en el centro de las selvas del Petén, en donde entre 1972 y 1996 se libró una guerra de guerrillas. Además, como el lector lo habrá supuesto, los mandos oficiales que constituían la columna vertebral de los frentes guerrilleros habían entrenado en Vietnam, Cuba y Nicaragua, además de los viajes de los comunistas guatemaltecos a la Unión Soviética y a los países de Europa del Este.

Más allá de la guerra en el Petén, 1982 significó para Guatemala el punto culminante de las matanzas ejecutadas por las fuerzas armadas en contra de “los enemigos del Estado”. Aquel año, los pelotones del Ejército se dedicaron a matar a niños, mujeres, ancianos y hombres desarmados en varios puntos del territorio. Con ello, controlaron una rebelión indígena y campesina. Para ser más precisos, en ese diciembre de 1982 se coronó una matanza contrarrevolucionaria con la cual se selló la derrota de la revolución. La victoria que tuvo lugar en 1982 dio vida al orden burgués contemporáneo. En Guatemala, un país profundamente racista, la democracia electoral convive hoy con uno de los índices de desigualdad más altos del mundo (el séptimo país más desigual, véase PNUD, 2005).

Hoy, aquellos oficiales que, en 1982, fueron encargados de comandar a los pelotones de la muerte están en los más altos cargos de las fuerzas armadas. Los demás oficiales de alto rango, ya retirados, son ciudadanos respetables. Es ésta una más de las sociedades —como muchas en la región— en donde los asesinos quedaron tácitamente absueltos. La crueldad cohesionó al Ejército. Las generaciones de militares comprometidos en aquellos actos a nivel de mandos superiores, intermedios y de operaciones, hallaron en la barbarie una razón para mantener el secreto de aquella victoria. Las oposiciones que eventualmente pudieron expresarse fueron silenciadas por una especie de consenso general. Lo notorio fue que a este consenso también se incorporaron las generaciones de oficiales que ingresaron a la insitución después del genocidio. Quien fuera en contra de aquel consenso correría el riesgo de ser colocado en posiciones (puestos) vergonzosas, o,

en el peor de los casos, podía ser presa del “fuego amigo”. El Ejército se convirtió así en una gran hermandad unida por la sangre de sus víctimas inocentes. Proteger a los “héroes” del genocidio sigue siendo —aun hoy— una de las condiciones determinantes frente a las cuales el poder civil sigue siendo inútil.

No obstante esto, en el año 2000, los familiares de las víctimas recibieron un resarcimiento ofrecido por las autoridades del gobierno, como parte de un acuerdo amistoso propiciado por la Comisión Interamericana de Justicia.

Escribir esta historia ha sido, para mí, como volver a diciembre de 1982 y contarle a la sociedad lo que pasó en aquel paraje de la selva del Petén ¿Quiénes eran los que tuvieron en sus manos la vida de aquellos campesinos? No quiénes, en sentido individual y psicológico, sino quiénes de forma sociológica e histórica, que permitiera ver los grandes procesos que atravesaban la vida de los hombres que mataron y de los hombres que murieron. Pasadas más de tres décadas luego del fin de aquella barbarie, un sin número de interrogantes sigue sin tener una respuesta. Peor aún, algunos de los aspectos importantes de la matanza siguen sin ser planteados. Este estudio aporta a estas interrogantes.

M. V. C.

INTRODUCCIÓN

Este estudio está dedicado a explicar el proceso histórico por el cual emergieron los perpetradores del genocidio guatemalteco. Desde hace mucho tiempo fueron surgiendo preguntas sobre el por qué de la matanza para las cuales yo no tenía, ni encontraba, una respuesta en ninguna parte. Más allá del sentido común que sugiere que los soldados fueron movidos por las circunstancias, que fueron forzados a hacer algo que no querían, yo trataba de saber cuál fue el proceso que hizo posible que aquello ocurriera: ¿cómo fue posible que jóvenes fueran llevados a matar a sus iguales? Considero ésta como una de las más importantes interrogantes de la historia guatemalteca del siglo veinte y, en términos comparativos, una de las más importantes preguntas de la historia de América Latina: ¿cómo pudo ser que este pequeño país fuera el escenario de un genocidio —el único, conforme los términos de la Convención de las Naciones Unidas— en la guerra fría en Latinoamérica? También quería entender la relación que hubo entre la rebelión y el genocidio, porque intuía que aquellos procesos estaban íntimamente compenetrados. De esa manera fue perfilándose como interrogante central del estudio: ¿cuál fue el proceso histórico en el que los perpetradores del genocidio se construyeron a partir de la respuesta a la rebelión? Ambos fenómenos —la rebelión y el genocidio— constituyen una totalidad que representa una época en la historia de Guatemala. Desde este conjunto de sucesos entrelazados me propongo captar el sentido de una época, la articulación de hechos y acontecimientos que la constituyeron, su movimiento.

Lo descubierto hasta ahora es apenas un atisbo de una profundidad no descubierta. Sabemos con certeza quiénes fueron las víctimas, cómo y cuándo murieron. Sabemos también que fueron asesinados por el Ejército. De allí en adelante, el camino se oscurece. Sabemos

de víctimas, pero no de rebeldes; sabemos del ejército, pero no de soldados y oficiales en estructuras (pelotones, compañías, batallones, brigadas y fuerzas de tarea). Sobre las alianzas que sostuvieron a la institución en la cima del poder priva un sentido de suposiciones y sentidos comunes. Esto, si bien indica lo mucho que hay por hacer, también marca la inexistencia de puntos de apoyo para otros estudios, como, por ejemplo, una historia militar de la rebelión, o trabajos que detallen el papel de las élites empresariales en medio de la guerra.

Entre las formas de genocidio y sus correspondientes perpetradores, me interesa acercarme a eventos de masacres que tuvieron lugar en el área rural. Dentro del Ejército, me interesa examinar el papel del último eslabón entre el alto mando y las tropas: los pelotones. Las masacres son la puerta de entrada que permite llegar a estos perpetradores. Se trata de relacionar un evento de masacre con la unidad militar que la perpetró. Esta entrada empírica a mi problema sociológico de la construcción del perpetrador abarca un conjunto de factores macro, meso y micro, con articulaciones complejas entre éstos. Mi meta es explicar la tensión que va de lo macro a lo micro en este proceso.

Más que reconstruir el pensamiento de los perpetradores de genocidio —el “qué pasaba por la mente de [...]”—, me interesa descubrir la relación entre el régimen, la crisis, las oportunidades, el síndrome del chivo expiatorio y el proceso de construcción de los perpetradores de genocidio, en donde interviene la organización militar, el adoctrinamiento y el desarrollo de la guerra.

La narrativa del estudio integra cuatro niveles analíticos, con interacciones complejas entre éstos. Los cuales son: el transnacional, esto es la lógica de la guerra fría en Centroamérica y la guerra en Guatemala; el institucional, la forma como organización, ideología y desarrollo de la guerra se experimentaron dentro del Ejército; el regional y local, la guerra en Petén y la fundación del parcelamiento Las Dos Erres. Estos niveles se hallan integrados a un esquema analítico al que llamo ‘enfoque histórico social’ para el estudio de perpetradores de genocidio. Consiste en un conjunto de factores o elementos causales: la forma como —en el tiempo— van presentándose y combinándose unos con otros es lo que permite predecir la alta probabilidad de que

un evento de genocidio tenga lugar. He tratado de descubrir, captar, destacar y explicar mecanismos y procesos causales presentes en el evento de genocidio bajo estudio. El esquema analítico permite captar no sólo la forma como estos mecanismos y procesos principales se fueron presentando en el caso concreto aquí estudiado, sino también cómo otras vías y alternativas históricas se fueron cerrando debido a la acumulación y combinación de factores, perfilándose así la opción del genocidio como la más probable. La forma como estos factores se presentan va, de un ritmo lento, a uno rápido, en el que los elementos se van precipitando de una manera vertiginosa. Estos elementos son:

- a)* el Estado, el régimen político y la coalición dominante;
- b)* la constitución de una crisis;
- c)* las oportunidades de genocidio;
- d)* el síndrome del chivo expiatorio; y,
- e)* la construcción de los perpetradores de genocidio.

A continuación explicaré brevemente cada uno de estos elementos. En primer término se halla el Estado, el régimen político y la coalición dominante que lo respalda. El régimen puede enfrentar una crisis. La respuesta estatal a la crisis podrá implicar un mayor o menor grado de coerción, dependiendo de las capacidades estatales, las tradiciones (precedentes históricos de respuesta estatal), el entorno internacional (en relación con los aliados y los adversarios), y las capacidades y características particulares del o de los adversarios. Lo que interesa destacar en la noción de crisis es la forma en que diversos factores —en situación de co-determinación— van convergiendo en el tiempo para constituirla.

Como tercer elemento del esquema explicativo tenemos las oportunidades. A través de éstas se capta cómo las influencias, los efectos institucionales y las relaciones económicas y sociales se hallan mediadas por el contexto político. Para que un tipo de respuesta estatal llegue a concretarse, el contexto político presenta a la vez oportunidades y restricciones. Las oportunidades pueden ser vistas como conjuntos o secuencias de acontecimientos no provocados y no controlados.

El cuarto elemento del esquema explicativo señala que la crisis puede desembocar en la definición de un chivo expiatorio. El síndrome

del chivo expiatorio es una construcción ideológica que hace uso de un conjunto de creencias —inveteradas o nuevas— con el propósito de estigmatizar a un grupo contra el cual se descargará toda la ira. En medio de la crisis, el chivo expiatorio integra, en su definición, elementos territoriales, étnicos, lingüísticos, religiosos, ideológicos y políticos.

El quinto factor es el proceso de construcción de los perpetradores de genocidio, que depende del encuadramiento del soldado, del adoctrinamiento, y de circunstancias en el desarrollo de la guerra. Para explicar el proceso de construcción de los perpetradores de genocidios es preciso entender:

- a) la organización militar: esto es el reclutamiento, el entrenamiento, el liderazgo, los rituales, la rutina, la vida cotidiana en los pelotones, la formación de grupos primarios, el liderazgo, las normas de camaradería y el espíritu de cuerpo, las formas en que los rumores se propagan, el significado profundo de la vida en un pelotón.
- b) la ideología: el adoctrinamiento, la presencia de ideas que legitiman el terror y los medios empleados para su difusión, radiales, de video, escritos y la relación cara a cara, la religión y el racismo.
- c) el desarrollo de la guerra: el contexto nacional e internacional, el tipo particular de guerra, la forma como ésta se vive y pone a prueba a las tropas, las percepciones sobre el adversario que se propagan, las condiciones de los soldados en las unidades militares comprometidas en el combate (la logística, la alimentación, la atención a los heridos durante el tiempo de convalecencia, el traslado de cadáveres, el número de bajas), la difusión de eventos de crueldad contra soldados, y elementos de la estrategia de los insurgentes que pudieron ser útiles para justificar la respuesta estatal.

Estas categorías —organización, ideología y desarrollo de la guerra— me han permitido penetrar —desde dentro y desde abajo— en la institución que llevó adelante el genocidio guatemalteco. Pero lo importante es captar las relaciones entre estos elementos. Por separado, todo puede parecer normal. Es en el entrecruzamiento que se fue produciendo donde se halla la explicación que este estudio propone.

EL DEBATE SOBRE QUÉ CONSTITUYE UN GENOCIDIO

La historia de la humanidad también puede ser vista como la historia (o las historias) sobre la muerte de unos en manos de otros. Las diferencias en cuanto a los motivos de la matanza, el tono emocional que el empeño en asesinar implica, las víctimas, los perpetradores, los espectadores silenciosos, las creencias y la ideología, la geografía, las razones de legitimidad frente a tales hechos, los eventos y los procesos, cambian. El hecho duro sigue siendo el mismo: unos, calificados como amenaza, deben morir a fin que otros, recobren el sentido de seguridad. Las ideas religiosas y políticas, las determinantes militares, las necesidades económicas y sociales, todo cabe cuando de matar se trata. Una particular convergencia de factores —muy fácil de lograr, nada complicada, advertirá N. Elias (1989) en *El proceso de la civilización*— hace que la decisión de matar a grandes cantidades de personas sea llevada a la práctica.

Además de un fenómeno histórico que se cristaliza en secuencias de eventos concretos, el genocidio es un delito internacional. Muchos años debieron pasar para que esta infame persistencia fuera tipificada como una conducta delictiva. Los horrores descubiertos tras la victoria que selló la segunda Guerra Mundial y la forma como la victoria y la derrota fueron determinados, dieron paso al establecimiento del delito internacional de genocidio. Los derrotados, además de serlo, habían incurrido en una de las peores matanzas en la historia de la humanidad. Del procesamiento de los alemanes que tomaron parte de aquellos actos, emergió un consenso entre las naciones vencedoras, para tipificar aquellas conductas como un delito. El elemento medular de la definición legal es la determinación acerca de qué es y qué no es genocidio. En 1948, un precario consenso dio pábulo a la Convención de Naciones Unidas Contra el Delito de Genocidio.¹ Pero entre la aprobación de la Convención en 1948, su entrada en vigen-

¹ Antes, en 1944, Raphael Lemkin acuñó el término, que la Resolución de Naciones Unidas sobre Genocidio hizo suyo en 1946. En 1933, la Liga de las Naciones rechazó la propuesta que Lemkin formulara (Lemkin, 1944) (Jacobs, 1999). Sobre la biografía de Lemkin, véase Martin (1984).

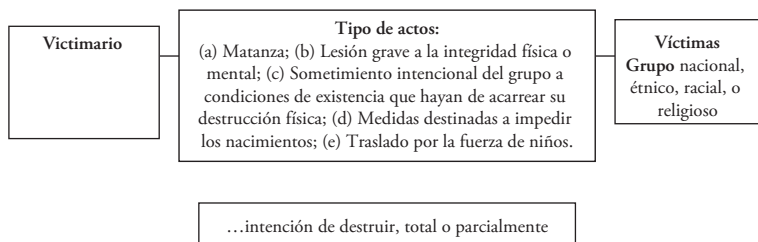
cia en 1952, y su empleo efectivo por la comunidad internacional pasarían muchos años. La guerra fría cubrió un largo periodo de aquel tiempo. Por ejemplo, las Naciones Unidas guardaron silencio frente al asesinato de medio millón de personas en Indonesia en 1965; y del millón y medio de víctimas en Camboya entre 1975 y 1979. No fue sino hasta 1992, en el momento en que Europa presencié la violenta desintegración de la antigua Yugoslavia, cuando el término volvió a emplearse. El mayor logro en más de medio siglo de la convención ha sido la constitución de los Tribunales Internacionales para Crímenes en la ex Yugoslavia y Ruanda.

Entre la resolución de 1946 y la convención de 1948, la amplitud de la definición fue acotada. El etnocidio, es decir, la destrucción de una cultura sin mediar en ello la exterminación de poblaciones; los casos de asesinatos de “grupos políticos y de otro tipo”, también llamados “politicidios”; así como los casos de genocidios por razones ideológicas, los asesinatos de personas a causa de su ideología, teoría o creencias, quedaron fuera de la definición de genocidio. Aquel consenso fue el resultado del acuerdo al que las partes vencedoras de la segunda Guerra Mundial habían llegado: los grupos incluidos dentro de la convención, contra los cuales se ejerce genocidio, son los grupos nacionales, étnicos, raciales y religiosos.² Conforme a la Convención sobre la Prevención y el Castigo al Crimen de Genocidio de las Naciones Unidas, se consideran genocidos, aquellos actos “cometidos con la intención de destruir —total o en parte— un grupo nacional, étn-

² Hellen Fein (1990: 28-29) apunta que la razón detrás de esta exclusión es el peligro que una definición amplia podría acarrear para la Unión Soviética y los sucesos de Ucrania (1932-1933), la eliminación de “enemigos de clase”, o el propio “gulag”, del que en aquel momento no se sabía mucho. Otro elemento que ha sido objeto de debate es la definición de que la destrucción del grupo puede ser “en todo o en parte”, elemento que fue solventado por el Tribunal Internacional para sancionar los Crímenes en Yugoslavia, al aclarar que no hace falta la destrucción total de grupo para que pueda afirmarse que estamos frente a un caso de genocidio. Asimismo, el principal problema ha resultado ser el hecho que únicamente Estados pueden invocar la convención, lo que limita que víctimas u organizaciones de éstas puedan llamar la atención de Estados. Desde luego, en ninguna de estas discusiones aparecieron los casos de Hiroshima y Nagasaki.

nico, racial o religioso”.³ Las definiciones sobre genocidio están fundamentadas en dos factores: quiénes son las víctimas; y, qué tipo de actos son de carácter genocida, o tienen estos propósitos.

Gráfica 1 La definición de genocidio



Elaboración propia.

Desde entonces, una línea del debate académico se ha dirigido a ampliar o restringir los casos de asesinatos en masa que pueden —legal, moral o políticamente— ser calificados como genocidio. Definiciones antagónicas, ya sea más amplias o más restringidas que la de Naciones Unidas, fueron propuestas por Steven Katz (1994: 128) e Israel Charny (1999). Para el primero, el único genocidio en la historia ha sido el Holocausto: “el concepto de genocidio aplica únicamente cuando existe un intento, llevado a la práctica con éxito, de destruir físicamente a la totalidad de un grupo, tal y como este es definido por los perpetradores” (subrayado del autor). Para Charny (1999) por su lado, genocidio es “el asesinato en masa contra un grupo sustanti-

³ Convención sobre la Prevención y el Castigo al Crimen de Genocidio. Una arista del debate lo constituye la calificación de genocidio a hechos cometidos en el pasado. Sobre la persistencia de esta práctica, una excelente síntesis puede encontrarse en Rummel (1996). Otra de las discusiones es la relación que guarda el holocausto con otros casos de genocidio, argumentándose el carácter único del holocausto. Se señalan las razones, la extensión y el éxito, como factores diferenciales que le hacen único. Otros, desde una perspectiva comparativa, argumentan que no existe posibilidad de fenómenos sociales únicos (Bauer, 1984; Rosenbaum, 1996; Clendinnen, 1999; Heinsohn, 2000 y 2001).

vo de seres humanos bajo condiciones de indefensión y falta de ayuda esenciales”. El supuesto detrás de la definición de I. Charny es permitir que toda matanza pueda ser calificada como genocidio.

Dos alternativas se presentan para resolver la disyuntiva entre una definición amplia y una restringida, en relación con los casos de asesinatos en masa contra grupos por las ideas que profesan, o por su relación con la oposición política. La primera consiste en ampliar la definición de genocidio hacia este tipo de víctimas —como lo propone Israel Charny— y así incorporar numerosos casos. La segunda alternativa, intentará nombrar de manera más o menos similar al genocidio: *a*) masacres genocidas (Kuper, 1982); *b*) masacres ideológicas (Fein, 1990); *c*) politocidios (Harff y Gurr, 1988a; 1988b). Se trata de incorporar un número significativo de casos en función del uso de la sanción moral que el término genocidio implica, sin que éste (el término) disminuya su capacidad explicativa y pierda su sentido etimológico (*genos*: raza; *cide*: matanza). Similar alternativa es propuesta por Valentino (2004), quien emplea el término asesinato en masa, definido como “El asesinato intencional de un masivo número de no-combatientes” (2004: 88). Una de las mejores definiciones de genocidio es la de H. Fein:

constantes acciones o una acción sustantiva, llevada a cabo por perpetradores, con el propósito de destruir una colectividad —directa o indirectamente— mediante asesinatos masivos o selectivos de miembros de un grupo, así como la supresión de las formas de reproducción biológicas y sociales de la colectividad (Fein, 1990: 25).

En el caso de Guatemala opera una distinción fundamental entre política genocida (o genocidio, a secas) y acto o actos de genocidio. Estamos frente a una serie de hechos que constituyen genocidio o una política genocida cuando “el objetivo final de las acciones es el exterminio de un grupo, en todo o en parte”. Los actos de genocidio se dan cuando, el objetivo no está dado por “el exterminio del grupo sino otros fines políticos, económicos, militares o de cualquier otra índole, pero los medios que se utilizan para alcanzar ese objetivo final contemplan el exterminio total o parcial del grupo” (CEH-II, 1999:

315). Utilizando el marco jurídico de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico llegó a la conclusión que: “agentes del Estado de Guatemala, en el marco de las operaciones contrainsurgentes realizadas en los años 1981 y 1982, ejecutaron actos de genocidio en contra del pueblo maya que residía en las regiones ixil, Zacualpa, norte de Huehuetenango y Rabinal” (CEH-III, 1999: 422).

Como parte de dichos actos de genocidio se llevó a cabo un tipo de evento, que en Guatemala recibió el nombre de masacre. ¿Qué es una masacre? En sentido estricto es una matanza de personas, por lo general indefensas, producidas por ataque armado o causa parecida (*DRAE*). Más allá de la definición operativa de masacre empleada por la CEH en su informe,⁴ lo importante aquí es entender la forma como en Guatemala este término fue empleado, como fenómeno general que implicaba muchas más acciones. Por ejemplo, es usual que como parte de una masacre se lleven a cabo: desapariciones forzadas; violaciones sexuales; lesiones graves; tortura y tratos crueles; la destrucción de bienes de personas, lo que sometió a poblaciones a condiciones de existencia que propiciaran su destrucción física; el traslado por la fuerza de niños; y, la mutilación de cadáveres, entre otros (CEH-III: 249-252). Como advierte la CEH: “Es este conjunto de hechos, que proceden, acompañan o siguen a las ejecuciones, el que otorga significación histórica a las masacres, como fenómeno explicativo de lo ocurrido en Guatemala” (CEH-III: 251).

¿Cuál es la relación entre masacre y genocidio? Las matanzas, o masacres, fueron el tipo de actos que —reiterados— transformaron la contrainsurgencia en un genocidio. La masacre da cuenta de un evento contra una población. El genocidio, por su aparte, se compone de una serie de actos, repetidos, contra una población o conjunto de poblaciones. Para ser consideradas víctimas de genocidio, dichas poblaciones deben ser comunidades nacionales, étnicas, raciales o religiosas.

⁴ “La CEH ha definido una masacre como la ejecución arbitraria de más de cinco personas, realizada en un mismo lugar y como parte de un mismo operativo, cuando las víctimas se encontraban en una situación de indefensión absoluta o relativa” (CEH-III: 251).

Pero hay masacres que puede que no constituyan un genocidio, ni actos de genocidio ¿por qué? Porque el grupo víctima no puede ser definido conforme los términos de la convención. Entonces, ¿cómo se tipifican —conforme al derecho internacional— este tipo de masacres? Como crímenes de lesa humanidad. El Estatuto de Roma define el crimen de lesa humanidad como “un ataque generalizado o sistemático contra una población civil”. Lo relaciona con los actos siguientes:

- a) asesinato;
- b) exterminio;
- c) esclavitud;
- d) deportación o traslado forzoso de población;
- e) encarcelación u otra privación grave de la libertad física en violación de normas fundamentales de derecho internacional;
- f) tortura;
- g) violación, esclavitud sexual, prostitución forzada, embarazo forzado, esterilización forzada o cualquier otra forma de violencia sexual de gravedad comparable;
- h) persecución de un grupo o colectividad con identidad propia fundada en motivos políticos, raciales, nacionales, étnicos, culturales, religiosos, de género, u otros motivos universalmente reconocidos como inaceptables con arreglo al derecho internacional;
- i) persecución de un grupo;
- j) desaparición forzada de personas;
- k) el crimen de apartheid;
- l) otros actos inhumanos de carácter similar que causen intencionalmente grandes sufrimientos o atenten gravemente contra la integridad física o la salud mental o física.

Como en muchos de los genocidios después del Holocausto, en Guatemala, la situación del grupo víctima es particularmente importante de esclarecer. No se trata de víctimas que se encuentran en una posición de exterioridad al conflicto político y militar que se desarrolla. No son las víctimas indefensas que no tuvieron una posición en el conflicto que les rodeaba. En este caso, algunas de las víctimas toma-

ron parte en una rebelión. El carácter de no-combatiente, de acuerdo con los dos protocolos adicionales a las Convenciones de Ginebra (1949), suscritos en 1977, se refiere a: “una persona que no porta armas, que no es miembro de un grupo guerrillero, y quien no participa activamente en las hostilidades que intentan causar daño físico a personal enemigo, ni a sus propiedades”.⁵ Ello implica que la asociación con combatientes, proveyéndoles de alimentos y otros suplementos de carácter no-letal, o la participación en acciones políticas no-violentas en apoyo a fuerzas guerrilleras no convierte a un no-combatiente en combatiente. Si las acciones de las personas no atentan contra la vida de unidades militares del Estado o sus instalaciones, las acciones del Estado contra quienes participen en un conflicto por estos medios deberán seguir los procesos judiciales. Esta distinción es de vital importancia, debido no sólo a la asociación común entre genocidio y Holocausto sino también para la definición del campo de estudio.

¿Qué fue lo que sucedió en Las Dos Erres? Conforme la definición de la Convención, en estricto sentido, ocurrió una masacre, no un genocidio. ¿Por qué no ocurrió genocidio? Porque aquellos pobladores —conforme el marco jurídico de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio— no constituyen “un grupo nacional, étnico, racial o religioso”, que son los considerados en la definición de la Convención como los grupos víctimas de genocidio. Pero yo también creo que la definición de la Convención es muy limitada y que los eventos en Las Dos Erres pueden ser calificados como un genocidio. La comunidad dejó de existir, no existe más. ¿Es acaso que no debemos emplear el término genocidio, sólo porque las víctimas no pertenecían a un grupo “nacional, étnico, racial o religioso”? Pero aquí yo no pretendo detenerme en un debate sobre si los sucesos acaecidos en Guatemala deben ser calificados como genocidio o no; o si lo que sucedió en Las Dos Erres, puede, fuera del marco de la Convención, ser calificado como genocidio. Para conocer el proceso de construcción de los perpetradores de actos de genocidio que tuvieron lugar en Guatemala —llámesele a aquellos actos como

⁵ Bothe, Partsch y Solf (1982). Sobre la protección internacional a poblaciones civiles en conflictos armados véase Dongen (1991).

se les quiera conceptuar— poco importa detenerse a confirmar si lo que hubo puede ser calificado de ésta o de otra manera. Aquí interesa conocer el proceso de construcción de los perpetradores.

EL CASO

Este esquema analítico, el enfoque histórico social para el estudio de perpetradores de genocidio, vertebra las narrativas que abordan, en su densidad, las complejidades de la historia —internacional, regional, nacional, institucional y local— en torno al genocidio en Guatemala. Es en la relación que va del enfoque teórico a la narrativa donde se hilvanan los grandes procesos y las estructuras con el detalle, las pequeñas cosas y las microhistorias de los hombres y las mujeres en aquel momento de la historia.

El análisis se ubica en el nivel de la macro-historia de las grandes estructuras y de los procesos amplios (Tilly, 1984) desde donde engarzaremos a los individuos y los grupos de la microhistoria. No perdemos de vista que se trata de un momento en el que se libraba, en el ámbito sistémico mundial, una lucha entre el occidente capitalista y la Unión Soviética. Más allá de eso, desde el triunfo en 1979 del Ejército Popular Sandinista en Nicaragua, la primera trinchera de la guerra fría se había colocado en la frontera entre Honduras y aquel país, a menos de una hora (en transporte aéreo) de la frontera oriental de Guatemala. Otra premisa metodológica consiste en ver a los perpetradores de genocidio desde un continuo entre la “gran historia” de las élites, el alto mando del cuerpo de oficiales y el liderazgo de los terratenientes y capitalistas por un lado, y el micro-nivel de aquellas problemáticas rurales que suceden en las comunidades. El análisis apunta a captar cómo los indígenas se convierten en soldados (el escalón más bajo de la jerarquía militar), y cómo se da la interacción entre éstos y los oficiales del ejército —en su mayoría ladinos— comandantes de los batallones militares. Pero el nivel micro también es la relación entre las grandes estructuras, los amplios procesos y la decisión de acción de los actores. Dar cuenta de esta relación micro-macro será también un compromiso del estudio. De esta manera se entrelazarán las experien-

cias y decisiones personales con los cursos que siguió la historia en la encrucijada de un sistema mundial concreto.

¿Por qué seleccioné el caso de la masacre ocurrida en Las Dos Erres para entender desde allí a los perpetradores del genocidio guatemalteco, tal y como éste es definido por la Convención? Porque entre las más de seiscientas masacres cometidas por las fuerzas de seguridad del Estado, la masacre en Las Dos Erres es el único caso en el que existe un vínculo entre el evento de masacre y los perpetradores, identificados de forma institucional, esto es: la unidad militar que cometió la matanza; pero también, identificados de forma individual: seres humanos con nombre y apellido. Con quienes, por tanto, yo tendría alguna posibilidad de conversar y entrevistar, como finalmente lo logré hacer. No debemos olvidar que el Ejército guatemalteco alcanzó la victoria militar en aquel momento de la historia; misma condición que le colocó en una posición determinante durante los años de la liberalización del régimen y la transición hacia la democracia. En las demás matanzas, se sabe de la autoría de las Fuerzas Armadas, no de las unidades específicas allí comprometidas, ni mucho menos de los nombres de los perpetradores individuales. Por tanto, en los otros eventos de masacre era imposible contar la historia desde la posición del perpetrador, que es la perspectiva analítica que fundamenta el enfoque que en esta investigación se despliega.

La Masacre en Las Dos Erres constituye un caso paradigmático, ejemplar, para entender a los perpetradores de genocidio en la historia de América Latina en aquel tiempo histórico. Este caso es un caso desde el cual entender cómo se construye a perpetradores de genocidio.

Para abordar el problema de investigación —la construcción de los perpetradores de genocidio— con el enfoque antes enunciado —enfoque histórico social para el estudio de perpetradores de genocidio—, el tipo de fuentes deben ser internas, de la institución militar. Esto demanda de una visión desde dentro y hasta el fondo de las fuerzas armadas. Por ello, a pesar que aquel no fue un caso de masacre que hubiera tenido lugar en los territorios donde —de acuerdo al informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico— ocurrieron actos de genocidio, es un punto de entrada teóricamente idóneo para

conocer y entender el proceso de construcción de los perpetradores de genocidio. El caso de Las Dos Erres —esta pequeña pieza de la historia de Guatemala y de América Latina— me permitió iniciar el proceso de recolección de evidencias para explicar el proceso macro de construcción de los perpetradores de genocidio. No obstante esto, es preciso remarcar que aquel evento de masacre sí se halla comprendido dentro del tiempo del genocidio, que se halla entre 1981 y 1982.

El caso no tiene un valor en sí mismo; lo tiene en tanto se vincula a la pregunta de investigación y al esquema analítico que construí para dar respuesta a esta pregunta. Este no es un estudio sobre aquella masacre, o sobre Las Dos Erres y la guerra en aquella región de Guatemala. Si se hace uso de la historia de aquel evento es para dar respuestas sociológicas, las que están fundadas en el esquema analítico antes enunciado. Los enunciados a los que arribe como resultado de este trabajo —la trama entre el tiempo, el caso y el fenómeno— especificarán la forma en que diversos procesos causales se relacionan unos con otros para convertirse en factores causales de los eventos históricos analizados.

El estudio se enfoca principalmente en la década de los años setenta y en los primeros dos años de la década de los años ochenta. En toda Centroamérica este fue el tiempo en que se definieron las tres guerras que se vivieron, en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. La idea es comprender los factores que emergieron entre 1972 y 1982 y seguirlos hacia atrás, pero también hacia delante. En tal sentido, no puede presuponerse que aquel momento haya concluido tajantemente en 1982. Me parece plausible pensar que algo de aquello todavía está presente hoy, disfrazado, escondido, o quizá más evidente de lo que pensamos.

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN EN CENTROAMÉRICA

Más de tres décadas han pasado desde que en Centroamérica se viviera el principal conflicto armado en la historia moderna de América Latina que se extendió por la historia de seis países —Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá— teniendo campos de batalla en tres de ellos —en Guatemala, en El Salvador y

en Nicaragua. Aquella guerra involucró a las dos superpotencias —Estados Unidos y la Unión Soviética—, y a múltiples aliados.

La revolución cubana, de enero de 1959 y la revolución sandinista, de julio de 1979 son los dos eventos que abrieron y cerraron la era de la revolución en la historia de Centroamérica. Al inicio de este periodo la política se transformó en guerra. Una secuencia de eventos históricos cerró los sistemas políticos a la participación de todas las fuerzas políticas, empujando así a una parte de la población a tomar las armas. Uno tras otro, un conjunto de factores fueron precipitándose para hacer que las ya precarias condiciones de legitimidad de los regímenes fueran desmoronándose. En Guatemala y en El Salvador, aquella secuencia de eventos tuvo como punto de partida procesos electorales (en marzo de 1972 en El Salvador; y en marzo de 1974, en Guatemala), en los que la victoria fue fraudulentamente arrebatada a la oposición política. Cuando intentaron continuar participando, los líderes más importantes de dicha oposición fueron asesinados. Sumado a esto, eventos de terror estatal de gran impacto anunciaron que el tiempo de la política había concluido.

Las coaliciones políticas dominantes en El Salvador y en Guatemala se transformaron, expulsando a personajes, sectores y fuerzas moderadas. Décadas de anticomunismo aunadas a la ideología propia de la guerra fría transformaron, en la visión de las coaliciones dominantes, la acción de la oposición moderada, o las pequeñas reivindicaciones sociales, en radicales amenazas al orden estatal. Bajo la tutela de los militares, la política quedó restringida a la actividad de los pocos partidos que llegaban a acuerdos con el alto mando castrense. A diferencia de El Salvador, sin embargo, donde aquel centro político todavía se intentó promover como parte de la salida política al conflicto, con el golpe de Estado de octubre de 1979; en Guatemala, los militares anularon aquella posibilidad, asesinando a los líderes de la oposición democrática.

En Nicaragua, por su parte, una serie de pequeñas fisuras fueron convergiendo para hacer caer la dictadura de los Somoza. La acción estatal frente al terremoto de 1972, una dolencia cardíaca del dictador, la bancarrota del Estado, sumados a los cambios en los repertorios de acción de la oposición política legal y las clases altas, fueron abonando el terreno para la respuesta militar a la crisis política.

De esta forma la política se transformó en guerra, y la guerra fue conducida por ejércitos guerrilleros, quienes —con grandes matices de país a país, y de organización a organización— llevaron adelante este tipo de lucha armada contra las fuerzas de seguridad del Estado.

La constitución de ejércitos guerrilleros, el apoyo de las masas, las alianzas internacionales de los rebeldes y las capacidades estatales, son factores que explican la diferencia de los resultados que aquellas guerrillas tuvieron en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Lo importante, sin embargo, no sólo es entender a los rebeldes y sus estrategias, sino la ola social que les dio sustento. Como parte de los factores que dieron forma a este proceso de movilización a gran escala se halla: *a)* una nueva teología católica; *b)* transformaciones en el agro; *c)* la politización de las sociedades locales mediante la acción de los partidos políticos permitidos; *d)* y la errática acción estatal frente a catástrofes naturales (los terremotos de 1972 y 1976 en Nicaragua y Guatemala, respectivamente).

Tras la caída de Somoza, en julio de 1979, Cuba y Nicaragua tomaron la decisión de apoyar a los rebeldes salvadoreños. Aquí (en El Salvador), la “ofensiva final” de enero de 1981, llevó al máximo las posibilidades militares de los contendientes, que en adelante desarrollaron una guerra en la que ambos desplegaron un alto grado de capacidad militar. En Guatemala, con la caída de Somoza, de forma precipitada y triunfalista, las fuerzas guerrilleras habían intentado pasar a la ofensiva. El cálculo estratégico por parte de los aliados de los rebeldes primero de ayudar a El Salvador para luego apoyar a los rebeldes guatemaltecos no llegó a concretarse. Aquel impulso precipitado y triunfalista de los guerrilleros guatemaltecos convergió con un ciclo de movilización por parte de las comunidades indígenas. Pero las guerrillas no contaban con un ejército guerrillero, como tampoco había armas. Lo peor fue que el tiempo no dejaba ningún margen para la espera. En noviembre de 1981 dio inicio una ofensiva militar a gran escala que dejó a las guerrillas sin bases de apoyo.

Finalmente, la era de la revolución social en Centroamérica concluyó. En El Salvador, el golpe de Estado de octubre de 1979 intentó darle una salida al conflicto. El experimento duró apenas unos meses, hasta enero de 1980, cuando renunciaron las fuerzas moderadas

de la Junta de Gobierno, cansadas de la represión que sectores de las Fuerzas Armadas continuaban ejecutando. En Guatemala, el golpe de Estado de 1982 fue la única salida que había quedado para hacerle ver a una parte del alto mando del cuerpo de oficiales que salir de la política no sólo era una recomendación de Estados Unidos sino un imperativo para continuar con la guerra.

En El Salvador y Guatemala, a partir de la década de los años ochenta, la guerra se combinó con una serie de reformas políticas que llevaron a la democratización de los regímenes. Incluso se intentó ir más allá, decretando una serie de reformas económicas. La forma como los gobiernos militares de El Salvador y Guatemala respondieron a la crisis, da un ejemplo de lo que la dictadura de Somoza no pudo hacer en Nicaragua. Su capacidad de respuesta se hallaba seriamente limitada y eso fue lo que posibilitó el desenlace revolucionario de la crisis.

ALGO SUCEDIÓ EN GUATEMALA

Durante el siglo xx corto (1914-1991) intensas olas de revoluciones sociales sacudieron al mundo entero.⁶ Guatemala no escapó a esto. De noviembre de 1960 a marzo de 1996, aunque de forma intermitente, una guerra atravesó 36 (treinta y seis) años de la historia de Guatemala. A pesar de las agudas diferencias en cuanto a la intensidad de la batalla, es posible concebir aquel conjunto de eventos como un fenómeno en tres ciclos. El primero, de 1960 hasta los primeros meses de 1967; el segundo de 1967 a 1982; y el tercero de 1983 a 1996. El momento determinante de aquel largo ciclo de la rebelión en Guatemala se vivió durante el segundo proceso de guerra civil. Este momento da inicio en junio de 1975, con la primera operación militar

⁶ Adaptación de la idea original de Hobsbawm (2002). Acerca de la idea de olas revolucionarias véase Katz (1997). Lo que Jeff Goodwin llama la “era de las revoluciones”, teniendo en mente la idea de E. Hobsbawm sobre los eventos ocurridos entre 1789 y 1848, Goodwin (2001) propone que tiene más sentido llamar así (“era de las revoluciones”) al periodo de tiempo que va de 1944 a 1991.

del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP).⁷ Aquel tiempo concluye en 1982, con la campaña militar Victoria 82, con la cual el Ejército causó una derrota militar al movimiento guerrillero. El presente estudio está circunscrito a este tiempo. ¿Por qué razón? Porque es en este tiempo cuando tiene lugar el fenómeno que me he propuesto explicar: el genocidio.

A continuación presento un panorama del primer ciclo (1960-1967). La intención es exponer los antecedentes, las rupturas y continuidades entre el primero (1960-1967) y el segundo ciclo (1967-1982), que también presentaré. El tercer ciclo (1983-1996) no será aquí abordado. Considero que desde enero de 1983, la guerra había sido resuelta en términos estratégicos. Los temas de este ciclo son otros, por ejemplo: la democratización del régimen, el proceso de diálogo y negociación para terminar la guerra, la desmilitarización, las secuelas que dejó de la guerra y la forma de hacer frente al pasado, entre otros.

El primer ciclo: 1960-1967

Tras la contrarrevolución de 1954, que derrocó al gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán, se sucedieron “dos golpes de Estado; se instalaron cuatro juntas provisionales de gobierno; fue asesinado un presidente; se dio una elección presidencial fraudulenta, además de diversos complotes militares y múltiples protestas sociales contra los fraudes en las elecciones legislativas [...]” (CEH-I: 117).⁸ Al final, en 1963 aquel ciclo fue estabilizado mediante un golpe de Estado:

⁷ Desde 1972 aquella organización político-militar había iniciado su proceso de implantación en el Ixcán, al norte del departamento de El Quiché. Acontecimiento político relatado por Payeras (1981). En junio de 1972, la regional de occidente de las FAR se convierte en la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), que realiza su primera operación militar en septiembre de 1979. En 1971, se realiza la tercera conferencia de la Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), punto de partida para la recomposición de aquella organización (Monsanto, 1982).

⁸ Acerca de la contrarrevolución en Guatemala véase Streeter, 1994.

Se le llama el golpe de “Los Trece Coroneles” porque la decisión de sustituir al general Miguel Ydígoras Fuentes, Presidente constitucional, fue tomada en una amplia asamblea de oficiales y jefes del Ejército y los 13 jefes de cuarteles y zonas militares suscribieron la proclama subvertora del orden. El coronel Peralta Azurdia, Ministro de Defensa fue **nombrado** por el Ejército como Jefe de Gobierno (negrita del original) (Torres-Rivas, 1981).

Antes de aquel golpe de Estado, el 13 de noviembre de 1960 un grupo de oficiales lideró un levantamiento armado que fracasó. ¿Cuáles fueron los resortes que movieron a aquella generación de oficiales?

La evidente corrupción del régimen (que había empezado a devolver las haciendas alemanas, expropiadas por Árbenz, a sus ex propietarios), la pobreza del sueldo, la reincorporación de los militares “de línea” (soldados que habían ascendido y sin pasar por la Escuela Politécnica habían sido destinados a puestos de mando), más conservadores y tradicionalistas que los demás, y sobre todo la presencia en el territorio nacional de un cuerpo de mercenarios privilegiados—los “gusanos” cubanos que se entrenaban para el desembarco en Bahía de Cochinos—[...] (Debray y Ramírez, 1974: 254).

Una parte de los oficiales alzados, fuera de la institución militar, se aliaron a los comunistas guatemaltecos e iniciaron, a finales de 1962, la conformación de organizaciones guerrilleras.⁹ Así, por una decisión del Partido Guatemalteco de los Trabajadores (PGT) y del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), surgieron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). En este proceso tuvo un papel fundamental el apoyo y la asesoría de Cuba.¹⁰ Las guerrillas se dividieron en tres, comandadas, cada una de ellas, por los jefes del MR-13:

⁹ Previamente, en 1962, los comunistas intentaron crear un foco guerrillero en las montañas del departamento de Baja Verapaz. El fracaso del Destacamento 20 de Octubre, al mando del coronel Carlos Paz Tejada fue inmediato. Esto se debió a un sinnúmero de errores reconocidos luego por el PGT (1969) en: “El camino de la revolución guatemalteca”. Véase también Figueroa, 2001.

¹⁰ Entre septiembre y diciembre de 1962, una delegación del Movimiento viajó a La Habana, “aquel viaje señaló un giro decisivo en la evolución política de sus dirigentes” afirman Debray y Ramírez (1974: 261).

Marco Antonio Yon Sosa, Luis Turcios y Luis Trejo.¹¹ Las guerrillas se asentaron en la sierra de las minas, un macizo montañoso situado en el oriente (que va del valle central a las costas del norte, hacia el mar Caribe), en los departamentos El Progreso, Jalapa, Zacapa, Chiquimula, Izabal y Baja Verapaz. También, además de estas unidades, las FAR desarrollaron cuatro regionales: occidente, sur, norte y centro. De todos estos grupos, el comandado por Turcios sobrevivió hasta los primeros meses de 1967. Esta unidad a su vez se dividió en tres frentes. De éstos el Frente Guerrillero Edgar Ibarra fue el que mayor actividad realizó.¹²

Durante 1964 y 1965 aquella guerrilla vivió las tribulaciones de los comunistas haciéndose guerrilleros en alianza con ex militares y otras fuerzas sociales y políticas, lo que sólo terminó con su derrota, en 1967.¹³ Las relaciones entre la vía de las armas, las guerrillas y los jefes guerrilleros y las vías electorales, los comunistas y los líderes del partido, nunca llegaron a resolverse.¹⁴

El Ejército puso en marcha un plan militar con el que obtuvo la victoria. La estrategia de contrainsurgencia estuvo determinada por una solución rápida del conflicto compuesta por cinco factores:

¹¹ A octubre de 1966 el estado de las fuerzas era el siguiente: el Frente Guerrillero Edgar Ibarra, 100 hombres; el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, 30 hombres; la regional del centro, 80 hombres; la regional del occidente, entre 30 y 40 hombres; la regional del sur, entre 30 y 40 hombres; la regional del norte, no más de 25 hombres. En total, las FAR representaban un núcleo de unos 300 hombres (Debray y Ramírez, 1974: 285-286).

¹² Las primeras acciones llevadas a cabo, en septiembre de 1964, fueron: la toma de los pueblos de Panzós, en Alta Verapaz; y, Río Hondo, en Zacapa (Debray y Ramírez, 1974: 268).

¹³ En febrero de 1966 una conferencia de organización del PGT incorporó, en la mitad de puestos del Comité Central, a líderes guerrilleros. El descabezamiento del PGT, días después, nunca permitirá evaluar el impacto de aquel arreglo.

¹⁴ Una de las más profundas crisis se resolvió cuando, en marzo de 1965, el comandante Turcios Lima creó lo que se llamó “nuevas Fuerzas Armadas Rebeldes”. Éstas tenían, como centro de mando un Centro Provisional de Dirección Revolucionaria. En su interior se hallaban las juventudes comunistas (la Juventud Patriótica del Trabajo, JPT), las regionales de las FAR y la guerrilla “Edgar Ibarra”.

- a) La puesta en marcha de una maniobra política. El PGT y una parte de las FAR entraron al juego electoral, apoyando a Julio César Méndez Montenegro, candidato del Partido Revolucionario (PR), que ganó la elección. Tales entendidos con las fuerzas insurgentes, junto a la tregua militar pactada, le permitieron al Ejército el acopio de información de inteligencia y el tiempo para preparar la ofensiva a gran escala. La tregua hizo que los insurgentes relajaran el régimen disciplinario en los frentes guerrilleros.
- b) El desarrollo del trabajo de inteligencia. Aquello se desarrolló por parte de la Dirección Regional de Telecomunicaciones, como parte del Consejo de Defensa Centroamericano (Condeca).¹⁵
- c) La ejecución de acciones militares y paramilitares. La acción militar se desplegó en intervenciones ofensivas de cerco y aniquilamiento ejecutadas por tropas regulares. A ello se agregó la asesoría militar en niveles de intervención directa de combate, en donde participaron cerca de un millar de “*Green Berets*” norteamericanos (Sohr, 1989: 41). Tácticas de exterminación extrajudicial fueron llevadas a cabo por fuerzas militares clandestinas y grupos paramilitares de extrema derecha,¹⁶ auxiliados por los ojos y oídos del Ejército: los comisionados militares.¹⁷ Las ope-

¹⁵ Cuando fracasó la propuesta de construir una defensa continental en contra del comunismo internacional en el marco del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca TIAR y la Junta Interamericana de Defensa JID, el esfuerzo estadounidense (1961) se dirigió a conformar el Consejo de Defensa Centroamericano (Condeca). El Consejo, que coordinaría a las fuerzas militares de El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Honduras, con Estados Unidos, sufriría un duro golpe ante las rivalidades mutuas de los ejércitos del área, aspecto evidenciado con la llamada “guerra del fútbol”.

¹⁶ Como ejemplo de ello, Toriello (1981: 69) cita cómo la Operación Phoenix, ejecutada en Vietnam del Sur, en donde fueron creados los Comités Provinciales de Reconocimiento —escuadrones de la muerte que llegaron a asesinar a más de 20 000 personas—, era a menudo citada en los adiestramientos impartidos por instructores norteamericanos. Todos los escuadrones de la muerte fueron dislocaciones del propio MLN, del cual Raúl Sohr (1989: 42) afirma que contaba con 4 000 efectivos.

¹⁷ Creados en 1938, con el gobierno de Ubico, para 1965 ya se registraban en el país un estimado de 10 000 comisionados militares (Sohr, 1989: 41). Éstos eran

raciones militares y paramilitares fueron acompañadas por la acción cívica: el ejército construyó escuelas, puentes y caminos, instaló agua, y dio asistencia médica.

Para agosto de 1967, el movimiento guerrillero había perdido presencia en el área rural. En el plano militar, sufriría una grave derrota. Empero, tal hecho lo dotaría de fuerza moral y política. Para la reformulación de la estrategia, se hizo necesario un repliegue casi total.

El segundo ciclo: 1967-1982

En 1972, la regional occidental de las FAR tomó la decisión de romper con aquella organización y fundar una organización que se dio a conocer públicamente en septiembre de 1979 como Organización del Pueblo en Armas (ORPA). En enero de 1972, un pequeño grupo de guerrilleros cruzó la frontera y entró desde México a las selvas del Ixcán. En junio de 1975, dieron a conocer su existencia como Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) asesinando a uno de los finqueros de la zona. Mientras aquellos dos grupos se consolidaban, entre 1971 y 1979, las FAR intentaron reactivar sus vínculos con las organizaciones sociales realizando trabajo de organización en diversas comunidades de Petén. Los comunistas guatemaltecos trataban de articular sus estructuras organizativas posteriormente a los ataques a su dirigencia en 1972 y 1974.¹⁸

oficiales retirados o personajes de la comunidad que, sin cobrar salario, eran los encargados de las fuerzas de reserva movilizables, lo que les permitía desarrollar una eficaz dinámica de control poblacional (Remhi, III: 51).

¹⁸ En septiembre de 1972, seis miembros del Comité Central fueron capturados y asesinados (Alvarado, 1975: 90-91). Ocurrió que “Para conmemorar el aniversario de la fundación del PGT (28 de septiembre de 1949), los dirigentes comunistas presentes en el país comenzaron a reunirse, poco antes, en una casa de los barrios bajos de la capital, a la que fueron llegando en la noche del 25 al 26. Aquel local clandestino ya había sido descubierto y en unas obras vecinas, unos policías disfrazados de albañiles observaban las idas y venidas desde hacía varios días. En la mañana del 26 de septiembre unos diez agentes bien armados se introdujeron detrás de la empleada doméstica que volvía con la bolsa de provisiones, la redujeron en silencio y hallaron a los miembros del BP reunidos en el salón. Tres de ellos

Entre 1975 y 1982 una serie de factores fueron configurando una rebelión. Entre estos, se encuentra: *a)* el ascenso de las masas urbanas y rurales: el campesinado, los estudiantes, los movimientos de trabajadores, los pobladores organizados de la ciudad capital, y los movimientos religiosos de base; *b)* la capacidad militar —urbana y rural— de las organizaciones insurgentes; y *c)* la consolidación de bases de apoyo;¹⁹ *d)* el entorno internacional; y, *e)* la condición del adversario, representado en el Estado, sus fuerzas armadas y las élites económicas y políticas.²⁰

estaban armados, pero fue tal la sorpresa que ni siquiera ofrecieron resistencia.” (Debray y Ramírez, 1974: 334). Los datos de Debray y Ramírez provienen de un oficial de policía capturado por los rebeldes en el mes de noviembre de 1972. En diciembre de 1974, Huberto Alvarado, Secretario General del partido fue asesinado cuando se encontraba en la Ciudad de Guatemala (CEH-II: 241).

¹⁹ M. Payeras (1991) hace una distinción entre base de apoyo, zona liberada y retaguardia. En tanto que base de apoyo se refiere a la simple existencia de “colaboradores organizados” en el sentido de bases sociales; el carácter de zona liberada depende de la capacidad militar para defender un territorio, que puede ser comprendido como retaguardia. La distinción entre una y otra categoría será clave para comprender el momento decisivo de la guerra en Guatemala. En su análisis de la revolución China, Theda Skocpol se refiere al momento decisivo, cuando los comunistas logran construir una relación estable y directa con los campesinos asentados y productivos, que contara con un cierto control administrativo y militar de parte de los comunistas.

²⁰ Siguiendo a John Walton (1984: 6-9, 13), por rebelión nacional se entenderá al proceso que implica movilización a larga escala, durante un largo periodo de tiempo y a nivel nacional, que hace uso de forma —más o menos intermitente— de la violencia, en un conflicto entre grupos de clase y estatus y el Estado, en relación con la soberanía estatal, fundamentada en reivindicaciones culturales, sociales, políticas y económicas, cuyas mediaciones transforman el Estado y la sociedad. Las rebeliones pueden o no derivar en revoluciones sociales, tal y como éstas son definidas por T. Skocpol en el clásico *Los Estados y las Revoluciones*, en función del resultado que distingue aquel proceso: las rápidas transformaciones de la estructura de clases y el Estado. También, la rebeliones nacionales pueden producir resultados no esperados, a nivel de las estructuras sociales y políticas. Por ejemplo, el empleo de formas más violentas de represión, por parte del Estado, o también, la transformación del régimen político. Hay rebeliones nacionales sin resultados revolucionarios. El concepto se sitúa en el medio de un continuo que va de las protestas de corta duración, las rebeliones localizadas, y las revoluciones sociales. A la par del uso del término rebelión nacional para referirnos a la globali-

Diversos acontecimientos, dan cuenta de aquella época: movilizaciones sociales, asesinatos y sepelios de dirigentes políticos, jornadas de protesta, conmemoraciones de fechas históricas, operaciones militares, entre otros.²¹

Se trata de un complejo conjunto de secuencias de eventos. El momento decisivo de la situación revolucionaria en Guatemala dio forma a un contexto geopolítico particular que condensó una serie de oportunidades políticas (Tarrow, 1994).

Finalmente, el teatro de operaciones militares terminó de definirse durante el primer semestre de 1981. En el corredor que conecta la ciudad capital con el altiplano central se libraría la batalla decisiva. Esta zona se constituyó en la espina dorsal militar de las fuerzas militares del Estado.

dad del proceso guatemalteco, en este estudio haremos uso del término situación revolucionaria. Por éste, entenderemos al momento en el cual —a partir de una situación de múltiple soberanía— el desenlace de la situación depende del resultado militar del enfrentamiento. Lo que F. Engels denominará “situación estratégica de guerra”. Idea original de F. Engels (1861-1866) en el análisis de la guerra civil americana, y que posteriormente será empleada por Charles Tilly (1978). Rebelión nacional designará la totalidad del proceso insurreccional. Situación revolucionaria designará el momento definitorio. Proceso revolucionario designará la manera estratégica en que una amplia diversidad de recursos fue dando forma a la situación revolucionaria.

²¹ Dentro de éstas se destacan: la marcha de los mineros de Ixtahuacán, Huehuetenango, en noviembre de 1977, véase Witzel, 1995; la masacre de Panzós, Alta Verapaz, ocurrida en mayo de 1978. Las jornadas en contra del incremento al precio del transporte urbano en la Ciudad de Guatemala culminaron con el asesinato del líder del movimiento estudiantil universitario, Oliverio Castañeda de León, el 20 de octubre de 1978, véase AEU (1978). Otro hecho de gran significación para aquel momento es la masacre de 37 campesinos que habían ocupado la Embajada de España en Guatemala, el 31 de enero de 1980 y la huelga de trabajadores de las plantaciones de algodón y azúcar, en febrero de 1980, organizada por el Comité de Unidad Campesina (CUC), véase Cajal (2000). Sin lugar a dudas, el mejor relato de aquel hecho, fue escrito por quien fuera el embajador de España en Guatemala. Acompañaran aquel momento, las masivas conmemoraciones del día del trabajo (1 de mayo), la revolución de octubre (20 de octubre), los entierros de líderes asesinados, como por ejemplo: Alberto Fuentes Mohr, del Partido Socialista Democrático (PSD) y Manuel Colom Argueta, del Frente Unido de la Revolución (FUR), asesinados, el 25 de enero y el 22 de marzo de 1979, respectivamente.

El Estado reaccionó de forma brutal. Puso en marcha, desde octubre de 1978, una campaña de terror que descabezó a una gran cantidad de organizaciones sociales. Se realizaron operaciones de terror masivo, capturando y asesinando a toda la dirigencia de centrales sindicales en sus sedes ubicadas en pleno centro de la ciudad capital, o asesinando selectivamente a sus dirigentes más visibles.²² Contra las unidades militares urbanas de las organizaciones guerrilleras se recolectó información por medio de censos, encuestas, el análisis de la información del consumo de energía eléctrica y agua, y el interrogatorio de capturados. Con base en esta información, entre el 8 de julio y el 13 de agosto de 1981, se realizó una serie de operaciones militares con las que se destruyeron todas las estructuras urbanas de las organizaciones guerrilleras (Payeras, 1987). La ciudad se convirtió en el cementerio de los aparatos de logística guerrilleros y de sus células.

En agosto de 1981, el general Benedicto Lucas García, hermano del presidente, se hizo cargo del Estado Mayor General del Ejército (EMG). Desde allí puso en marcha y dirigió personalmente una campaña militar en la que concentró una gran cantidad de efectivos, masacrando aldeas enteras. La estrategia se basó en un sistema de mando operacional mediante Fuerzas de Tarea concentradas en áreas de operaciones independientes de las zonas y brigadas militares, en las que rotaban batallones de las fuerzas de reacción estratégica y de regiones militares con menor actividad militar (CIA, 1983a). El saldo fue 626 masacres cometidas por fuerzas de seguridad del Estado y aparatos paramilitares (CEH-III, 1999: 252); miles de personas asesinadas o desaparecidas; un millón y medio de desplazados; y dos cientos mil refugiados en México, con otros tantos en Belice.²³

²² El 21 de junio de 1980 se secuestró a 27 dirigentes de la Central Nacional de Trabajadores (CNT); el 24 de agosto del mismo año, 17 más fueron secuestrados.

²³ Un panorama sobre la magnitud de los desplazados y los refugiados puede leerse: "En los cuatro departamentos donde se registraron desplazamientos masivos, El Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango y Alta Verapaz, aproximadamente 80% de los pobladores (o sea, más de 1 300 000 personas; dicha cifra significó más de 17% de la población total del país en ese periodo) abandonaron, al menos temporalmente, sus comunidades, principalmente a fines de 1981 y parte de 1982" (Mack, 1990: 11). El dato de los refugiados guatemaltecos en México

Mapa 1
Guatemala. División político territorial



Elaboración propia. Mapa tomado de: <http://www.lib.utexas.edu/maps/americas/guatemala_pol00.jpg>

Mapa 2
Guatemala, 1972-1982. Áreas de actividad de los grupos guerrilleros



Elaboración propia. Mapa tomado de: <http://www.lib.utexas.edu/maps/americas/guatemala_pol00.jpg>

A pesar del desenlace que tuvo aquella coyuntura, los movimientos guerrilleros fueron capaces, entre 1983 y 1996, de reorganizarse, resistir y volver a desarrollar cierta capacidad militar.²⁴ Pasado aquel momento de terror estatal, las organizaciones guerrilleras guatemaltecas se transformaron en “insurgencias persistentes” (Goodwin, 2001). Estos son casos en los que el estatuto de derrota o de victoria no logra dar cuenta del proceso real. Se trata de insurgencias que aun y cuando no logran apoderarse del Estado, tampoco son exterminadas, y logran mantener una significativa base popular.

El tiempo del genocidio

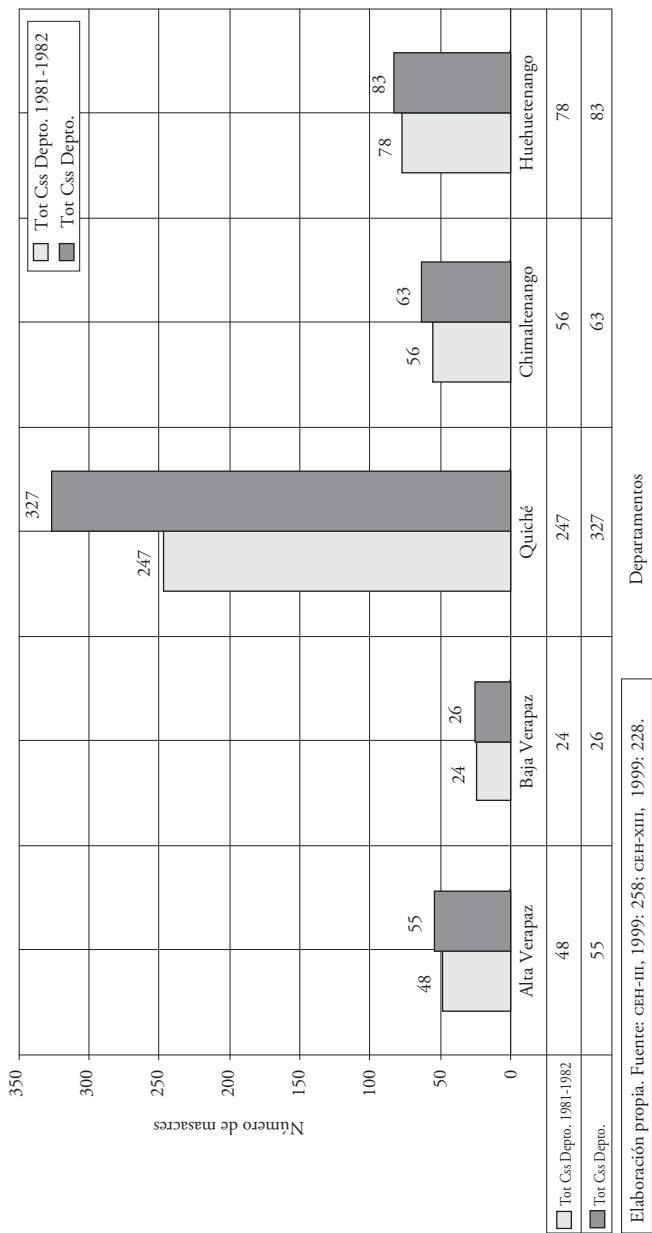
A fines de 1980 estos sucesos —las masacres, abordadas arriba— todavía no habían ocurrido, y las víctimas del genocidio guatemalteco aún seguían con vida. A finales de 1982 los números de las víctimas del genocidio guatemalteco estaban completos. En adelante, de 1983 a 1996, la violencia volvió a tener una baja intensidad.

Los años 1981 y 1982 constituyen el tiempo de las masacres. En dicho periodo tuvieron lugar 554 de 626, ocurridas a lo largo del conflicto (1960-1996). Las masacres se concentran preponderantemente

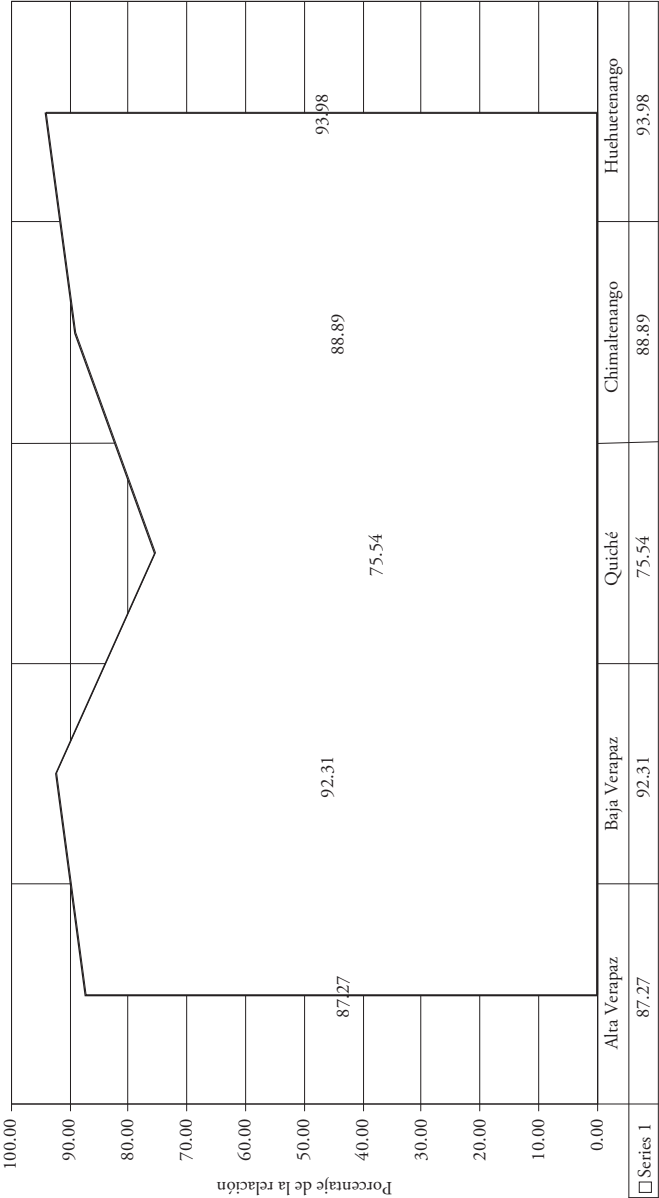
varia, entre los aproximadamente 50 mil, de acuerdo a las cifras oficiales de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados) y Comar (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados), a los 200 mil. La base de esta oscilación radica en el número de personas que de forma dispersa cruzaron la frontera, asentándose en territorio mexicano con o sin estatuto de refugiado. Sobre el tema véase Aguayo (1985), Mack (1990) (1992); y, Castillo (1999).

²⁴ Otros movimientos armados fueron eliminados completamente, o bien, llevados a los márgenes de lo políticamente insignificante: Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela, durante la década de los años sesenta; la insurrección liderada por el Partido Comunista de Malasia; la rebelión de los Comunistas Huk, en Filipinas, en los años cincuenta; el Partido Comunista de Perú, mejor conocido como Sendero Luminoso, derrotado con la captura del directorio de la organización y una exitosa campaña militar en el área rural durante los años noventa; y, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), finalmente derrotado con la operación de rescate a los rehenes retenidos en la embajada de Japón en aquel país, en 1997.

Gráfica 2
Masacres ejecutadas por fuerzas de seguridad del Estado en el tiempo.
Total de casos a lo largo de la guerra en relación con el total de casos entre 1981 y 1982
Cinco departamentos. Valores en números



Gráfica 3
Masacres ejecutadas por fuerzas de seguridad del Estado en el tiempo.
Porcentaje de los casos ocurridos en 1981-1982 en relación con el total de casos.
Cinco departamentos



Elaboración propia. Fuente: CEH-III, 1999: 258; CEH-XIII, 1999: 228.

Departamentos

en cinco departamentos (el aspecto territorial del genocidio se aborda en el apartado que sigue). En esos cinco departamentos, del total de masacres ocurridas a lo largo de la guerra, 80% tuvo lugar entre 1981 y 1982. De diez casos de masacre, ocho tuvieron lugar entre 1981 y 1982 en El Quiché (247 de 327); y nueve, en Baja Verapaz (24 de 26), Alta Verapaz (48 de 55), Chimaltenango (56 de 63), y Huehuetenango (78 de 83) (CEH-III, 1999: 258; CEH-XIII, 1999: 228).

De junio a diciembre de 1981 fueron cometidas 75 masacres o un promedio mensual de 11; mientras que 179 fueron cometidas entre junio de 1981 y marzo de 1982, con un promedio mensual de 18; y otras tantas de abril a diciembre de 1982, con un promedio mensual de 19. El año de 1982 es el año en que más masacres se ejecutaron, 271 en total, o un promedio mensual de 23 (CEH-III, 1999: 258; CEH-XIII, 1999: 228).

El territorio del genocidio

Nueve de cada diez masacres fueron realizadas por fuerzas de seguridad del Estado o estructuras paramilitares en cinco departamentos:²⁵ El Quiché (327), Huehuetenango (83), Chimaltenango (63), Alta Verapaz (55), y Baja Verapaz (26). El genocidio se concentró en esta pequeña porción de territorio, equivalente a casi un tercio del total nacional (o 29 de 108 000 kilómetros cuadrados).

En el corazón del genocidio en Guatemala hubo una breve pero intensa ola de masacres cometidas en el área rural. No se trató de un largo periodo de tiempo a lo largo del cual ocurrieran matanzas de forma gradual y dispersa. Se trató de una ofensiva militar a gran escala ejecutada en el estilo *Blitzkrieg*—por soldados regulares encuadrados en el esquema operacional de las Fuerzas de Tarea. Las unidades del ejército actuaron solas en seis de cada diez masacres. Se hicieron acompañar por comisionados y patrulleros civiles en 3 de cada 10. Las Patrullas de Autodefensa Civil ejecutaron masacres sin presen-

²⁵ Guatemala cuenta con un modelo de Estado central. Departamentos es el nombre que reciben las porciones de territorio en que se da la división político territorial.

cia de efectivos militares en 3% del total de casos.²⁶ Además de estos grupos de vecinos organizados por las fuerzas armadas, participaban en las matanzas Comisionados Militares, “confidenciales”, y administradores y propietarios de fincas (CEH-III, 1999: 256).²⁷

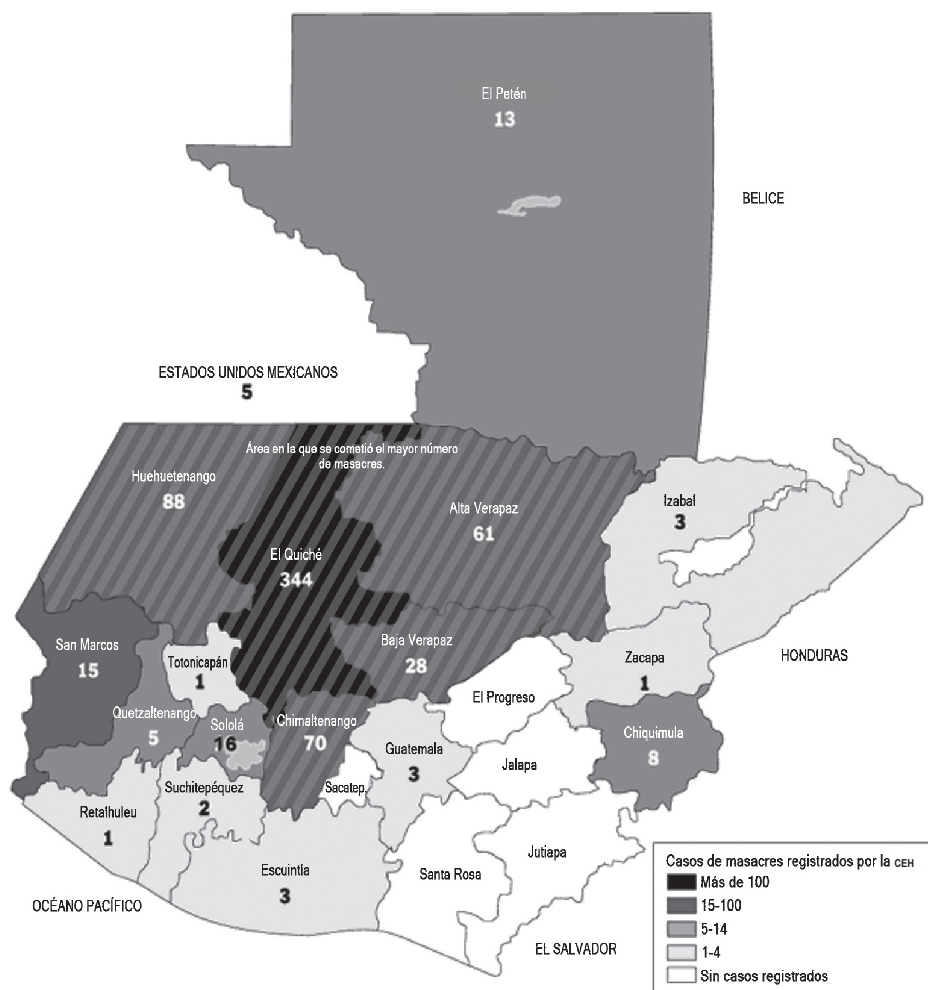
El castigo para los alzados

En medio de la guerra, el Ejército supo dar respuestas diferentes a enemigos diversos. ¿Por qué? Porque los insurgentes guatemaltecos eran muy heterogéneos entre sí. Su definición de las fuerzas motrices de la revolución, elemento determinante de las zonas (geográficas y sociales) de implantación y desarrollo, y de su composición, abrían profundas brechas entre ellos. La estrategia de la guerra popular prolongada (o revolucionaria), en sus componentes militares y políticos, difería de organización a organización. Eso que se llama “la guerra”, entendida como fenómeno general no existió. Se vivieron cuatro guerras contra cuatro adversarios diferentes. Por lo tanto, el Ejército supo entender las particularidades de los grupos guerrilleros contra los cuales se enfrentó.

²⁶ Las Patrullas de Autodefensa Civil fueron grupos de vecinos organizados por las fuerzas armadas con el propósito de realizar patrullajes en los alrededores de las comunidades. También, estos grupos desempeñaron funciones de control poblacional. Con ello, los patrulleros ejercían un control sobre los vecinos. No participar en la patrulla era sinónimo de pertenecer a la guerrilla. El carácter cuantitativo que este fenómeno llegó a alcanzar lo aborda el informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH-II, 1999: 226-227): “La responsabilidad por el involucramiento de la población civil alcanza cifras inimaginables. Si de conformidad con las cifras suministradas por el Ejército, en 1982 existía un millón de patrulleros, y si el censo nacional de 1981 establece como cifra definitiva de habitantes para el país la de 6 054 227 personas, de los cuales aproximadamente las dos terceras partes de la población eran mujeres y niños, esto nos conduce a sostener que cerca de la mitad de los hombres adultos guatemaltecos fueron patrulleros en 1982; o en otras palabras, que uno de cada dos hombres adultos fue patrullero”.

²⁷ Conforme el informe de la Comisión de la Verdad, Comisión para el Esclarecimiento Histórico: “las acciones de los grupos insurgentes produjeron 3% de las violaciones a los derechos humanos y hechos de violencia, entre hombres, mujeres y niños, incluyendo 5% de las ejecuciones arbitrarias y 2% de desapariciones forzadas” (CEH-V, 1999).

Mapa 3
Guatemala, 1960-1996. Número de masacres por departamento.
Perpetrador: todas las fuerzas responsables



CEH-V, 1999: 100. Fuente: Base de datos de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico. Total de masacres perpetradas por todas las fuerzas responsables: 669 casos. 626 atribuidas al Estado; 32 a los grupos guerrilleros; 11 sin identificar. Resultado propio.

Contra el Partido Guatemalteco de los Trabajadores (PGT), el Partido Comunista Guatemalteco, se realizó un sistemático trabajo de inteligencia en los ámbitos urbanos y rurales que permitió mantenerlo controlado al asestarle severos golpes en los niveles de dirección y de cuadros medios.²⁸ Para controlar a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en el departamento de Petén, constantemente se hicieron ajustes a la forma como las unidades militares estaban desplegadas en aquel territorio. Ello estuvo a cargo de la Brigada Militar Luis García León (BM-LGL), que contaba con el apoyo de la Base Aérea del Norte. Para hacer frente a la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), se creó, en 1982, el Teatro de Operaciones Sur Occidental (TOSO) que concentró en un mando el accionar de dos Brigadas Militares: La Brigada Militar Manuel Lisandro Barillas (BM-MLB) en Quetzaltenango, y la Base Militar de Tropas Paracaidistas General Felipe Cruz (BMTP-GFC), en Escuintla. Esto comprende un área que va del volcán Tacaná, en el departamento de San Marcos, al departamento de Santa Rosa, y abarca el área sur de los departamentos de Quetzaltenango, Sololá, Chimaltenango y Sacatepéquez, así como los departamentos del Retalhuleu, Suchitepéquez y Santa Rosa.

Contra el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres), el Ejército diseñó una estrategia basada en las llamadas Fuerzas de Tarea. Esta manera de conducir las operaciones militares implicó modificaciones en el mando, el despliegue, el apoyo de servicios y el apoyo aéreo. El Estado Mayor designaba a los jefes de las fuerzas de tarea, quienes contaban con un Estado Mayor. En el despliegue se empleaban batallones orgánicos de distintas zonas militares en la realización de operaciones durante largos periodos de tiempo. Sobre el apoyo aéreo se ejercía un control más directo, desde el mando de la Fuerza de Tarea. Entre 1981 y 1982, se crearon cinco de éstas: Iximché, que cubría Chimaltenango, Sacatepéquez, el este del departamento de Sololá y el sur del departamento de El Quiché (CEH-III, 1999: 307-309); Gumarcaaj, con la cual se cubría el sur y el centro del departamento de El Quiché (CEH-III, 1999: 309, 310); Tigre, en el municipio de Ixcán,

²⁸ Acerca de los eventos de 1972 y 1974 contra el PGT véase nota 18 de este capítulo.

al norte del departamento de El Quiché (CEH-III, 1999: 312-314); Xibalbá, que cubría los departamentos de Alta y Baja Verapaz (CEH-III, 1999: 311); y, Zacualpa, que cubría el departamento de Huehuetenango (CEH-III, 1999: 310-311). En los 18 meses, de junio de 1981 a diciembre de 1982, en que el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico detalló el número de masacres cometidas por las distintas Fuerzas de Tarea, se reveló que 55% del total de masacres cometidas a lo largo de la guerra (1960-1996) por las fuerzas de seguridad del Estado en todo el país fueron cometidas por Fuerzas de Tarea (346 de 626 casos). Cuando indagamos en el porcentaje de masacres perpetradas sólo entre 1981 y 1982 por fuerzas de seguridad del Estado en los cinco departamentos más golpeados por la violencia —Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango, Alta Verapaz y Baja Verapaz— tenemos que de cada diez masacres ocurridas es esa zona durante ese periodo de tiempo, 76% fue perpetrado por fuerzas de tarea (346 de 453 casos).

Empleando el marco conceptual y jurídico establecido en la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio de diciembre de 1948, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH-III, 1999: 314-316) concluyó que los pueblos indígenas, que habían sufrido actos de genocidio fueron:

- Maya-q'anjob'al, y Maya-chuj, en los municipios de Barrillas, Nentón y San Mateo Ixtatán, del departamento de Huehuetenango, donde 3.6% de la población fue aniquilada y 80% tuvo que desplazarse, los tres municipios aludidos comprenden un área de 2 459 kilómetros cuadrados (CEH-III, 1999: 395-416);
- Maya-ixil, en los municipios de Santa María Nebaj, San Juan Cotzal y San Gaspar Chajul, del departamento de Quiché, asesinando alrededor de 15% del total de habitantes, arrasando 70% de las aldeas y provocando el desplazamiento de 60% de la población, los municipios en cuestión comprenden un área de 2 413 kilómetros cuadrados (CEH-III, 1999: 326-359);
- Maya-k'iche', en el municipio de Zacualpa, departamento de Quiché, donde la población fue diezmada en 11%, con un área de 336 kilómetros cuadrados (CEH-III, 1999: 377-394);

- Maya-Achi, en el municipio de Rabinal, departamento de Baja Verapaz, donde 15% de la población fue asesinada, en un área de 504 kilómetros cuadrados (CEH-III, 1999: 360-377).²⁹

La conclusión a la que llegó la Comisión para el Esclarecimiento Histórico fue la siguiente:

122. En consecuencia, la CEH concluye que agentes del Estado de Guatemala, en el marco de las operaciones contrainsurgentes realizadas entre los años 1981 y 1983, ejecutaron actos de genocidio en contra de grupos del pueblo maya que residía en las cuatro regiones analizadas. Esta conclusión se basa en la evidencia de que, a la luz de lo dispuesto en el Artículo ii de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio, hubo matanzas de miembros de los grupos mayas (Artículo ii, letra a), lesiones graves a su integridad física o mental (Artículo ii, letra b) y actos de sometimiento intencional de los grupos afectados a condiciones de existencia que acarrearón o pudieron haber acarreado su destrucción física total o parcial (Artículo ii, letra c). Se basa también en la evidencia de que todos esos actos fueron perpetrados “con la intención de destruir total o parcialmente” a grupos identificados por su etnia común, en cuanto tales, con independencia de cuál haya sido la causa, motivo u objetivo final de los actos (Artículo ii, primer párrafo).

123. La CEH tiene información de que hechos análogos ocurrieron y se reiteraron en otras regiones habitadas por el pueblo maya” (CEH-V: 51).

²⁹ En Guatemala conviven un total de 23 comunidades lingüísticas, siendo éstas: Achi’, Akateco, Awakateco, Ch’orti’, Chuj, Itza, Ixil, Popti’, Q’anjob’al, Kaqchikel, K’iche’, Mam, Mopan, Poqomam, Pocomchi’, Q’eqchi’, Sakapulteko, Sipakapense, Tektiteko, Tz’utujil y Uspanteco. También, forman parte de los grupos étnicos los sobrevivientes del pueblo Xinca, y los Garífunas, que se hallan en la costa del caribe. Son características compartidas por estas comunidades, un territorio y elementos culturales: trajes, fiestas, comidas, entre otros aspectos. Conforme al IX Censo de Población de Guatemala 1981 la relación entre no indígenas e indígenas era de 6 a 4: 3 millones 511 mil no indígenas, 2 millones 537 mil indígenas, de una población total, en aquel momento, 1981, de seis millones de habitantes.

Mapa 4
Guatemala comunidades lingüísticas.
En relieve: pueblos indígenas y territorios
en los que se cometieron actos de genocidio



Elaboración propia. Tomado de: CEH-I, 1999: 231. Fuente: Proyecto Best 520-0374, USAID-Guatemala.

Una matanza preventiva

El genocidio en Guatemala fue la respuesta a la rebelión de los de abajo. Tuvo lugar en un momento histórico caracterizado por el ejercicio totalitario del poder.³⁰ Fue el recurso empleado para imponer una idea de orden frente a la rebelión. También puede decirse que fue una matanza preventiva en contra de lo que pudo haber sido una revolución. Pero, ¿Cómo fue posible el genocidio? ¿De qué forma se amalgamaron una diversidad de factores para hacer que —en este contexto específico de rebelión— unos mataran a otros? ¿De qué factores estamos hablando? ¿Era el genocidio un final esperado (anticipado, por tanto previsible) a la rebelión?

A la par de la movilización social, por todo el mundo, los Estados de otros países respondieron en aquella coyuntura con violencia. Desarticularon movimientos, organizaciones sociales, partidos y grupos guerrilleros. De los países de América Latina, sólo en Guatemala se registró genocidio. El número de víctimas, las comunidades arrasadas y la duración de las matanzas en el área rural no tienen parangón en la historia contemporánea del subcontinente. También, Guatemala es el país que registra el mayor número de víctimas por la guerra en aquel periodo de la historia de América Latina. Existen características particulares que otorgan a un caso rasgos excepcionales (no únicos), que le desbordan por todas partes. Si bien Guatemala fue parte de aquel ambiente de efervescencia social que recorrió el mundo en aquellos años, la respuesta estatal se salió de las pautas encontradas en el resto de América Latina ¿Qué factores explican ese carácter excepcional?

³⁰ Los tipos ideales de regímenes democráticos, autoritarios y totalitarios, contruidos durante la década de los sesenta en Europa, imposibilitan entender el comportamiento de ciertas instituciones en determinados momentos históricos. Aún y cuando al régimen político que ejecutó aquellos actos de barbarie fuera denominado como autoritario, “autoritarismo militar”, para ser precisos, estimo que en la realidad de los hechos se trata más bien de un momento (1981 y 1982); y de una institución (el ejército), en la que un sentido totalitario del poder emergió. “[...] el concepto de totalitarismo podría ser más útil como un calificativo que como un término sustantivo, de esa forma, regímenes comunistas o fascistas pueden ser denominados totalitarios en casos y periodos específicos” (Brachet-Márquez, 2005).

El Estado, entendido en el sentido weberiano como monopolio del uso legítimo de la fuerza pierde dicha característica cuando se enfrenta a una situación revolucionaria. Existe entonces un adversario que amenaza el carácter monopólico de la violencia. Así mismo, tiene lugar una disputa por el estatuto de legitimidad con la que el Estado mismo se defiende y ataca. No obstante que la constitución de la situación revolucionaria ha sido paulatina, lenta, larvada a lo largo de décadas, comúnmente, de ésta se capta el momento de su emergencia, cuando una relación de poder dual empieza a ser evidente ante el desafío de un conjunto de fuerzas sociales, políticas y militares en contra del Estado (Tilly, 1978). En Guatemala, durante estos periodos de falsa calma, cuando todo parecía asemejarse al orden burgués, la forma como las piezas encajaban para configurar el escenario de la revolución no era evidente. En secreto, en la “infrapolítica de los grupos subordinados” (Scott, 1990) se preparaba el terreno de la ebullición social que, años después, tomaría por asalto la escena.

Más que el hecho duro de la decisión de una vanguardia de “encender la revolución”, propongo estudiar la rebelión que tuvo lugar en Guatemala entre 1978 y 1984 como la codificación estratégica de una amplia variedad y diversidad de focos y razones de resistencia que fueron incorporados por las organizaciones guerrilleras. Éstas tradujeron aquel sentido de rebelión en formas de lucha, tácticas y estratégicas, construyendo un complejo enjambre de resistencias (Moore, 1978; Foucault, 1976).

Durante siglos, el ejercicio de poder en Guatemala había reclamado la vida de un sinnúmero de habitantes. La explosión de poder que dio forma a las operaciones militares de 1981 y 1982 enlazaron con la construcción que del enemigo había hecho la contrarrevolución de 1954. Contra el enemigo debía (era permitido) ejercerse una violencia sin límite. A través de la ley, desde 1954, ésta había sido colocada “fuera de lo permitido” por la élite política; “más allá de lo humano”, por la alta jerarquía católica; y, finalmente, “más allá de la nación”, por las élites nacionalistas, puesto que —en tal discurso— se hablaba de una agresión externa contra Guatemala por la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua. Aquel conjunto de creencias, fundadas en una visión sobre el pasado, el presente y el futuro del país, fue capaz de dar respuestas al sentido de desorden. Gradualmente, las víctimas fueron colocadas

fuera de las obligaciones morales de los perpetradores de actos de genocidio por la ley, la religión, la ideología, y el sentimiento nacionalista, dejando, en el proceso, de tener derechos. Entonces, podían ser sacrificados por la fe de unos, o por una utopía de orden superior de otros, la que se construiría ya sin los que debían ser asesinados.

Las masacres fueron planificadas en el más alto nivel de los escalones de la institución militar³¹ que en aquellos años gobernaba el país. Los perpetradores de actos de genocidio fueron oficiales militares —en su mayoría ladinos³²— que dirigían batallones integrados por soldados indígenas. Aparentemente, no había entre los perpetradores de genocidio directos y las víctimas una distinción étnica, racial, religiosa o de identidad nacional. Entonces ¿cómo se construyó la distinción que facilitó matar a otros? Más allá de la explicación simplista que apela a la coacción física inmediata, o la presión de las circunstancias, ¿qué otros factores logran explicar que las ordenes de matar hallan sido cumplidas? ¿Cuánto adoctrinamiento fue preciso? ¿De qué forma la disposición a matar se convirtió en un sentido común para muchos durante un largo periodo de tiempo?

Como institución moderna, las fuerzas armadas debían anticipar las consecuencias de aquellos actos. Es decir, debieron establecer la relación entre el objetivo a alcanzar y los costos que aquel empeño implicaba con base en estimaciones de riesgo. ¿Cuál fue el proceso mediante el que aquellas estimaciones se realizaron? ¿Cuáles fueron los presupuestos que dieron forma a aquel balance? Finalmente, ¿Cuán necesarias

³¹ Extremo acreditado en el informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico: “Las violaciones de los derechos humanos y las infracciones al derecho internacional humanitario, ocurridas durante las acciones militares, como se analizará en detalle, no fueron producto de la mera casualidad o el resultado de excesos, sino que obedecieron a operaciones diseñadas y planificadas por el Alto Mando del Ejército. El Estado Mayor ejerció un permanente control sobre las operaciones contrainsurgentes utilizando dos procedimientos: el control formal de los canales de mando y la presencia del comandante en las áreas de operaciones” (CEH-III, 1999).

³² Término empleado en Guatemala, para referirse al: “Mestizo que solo habla español”. Dicho de una persona nacida de padre y madre de raza diferente, en especial de hombre blanco e india, o de indio y mujer blanca (*DRAE*) (Del latín tardío *mixticius*, mixto, mezclado). Véase Bastos (2004), uno de los primeros intentos por comprender la dimensión étnica del conflicto en Guatemala.

eran las operaciones militares que implicaban actos de genocidio para el desenlace de la guerra? En el ámbito de las élites, los planificadores de la estrategia contrainsurgente construyeron y consolidaron un conjunto de alianzas explícitas e implícitas e inestables, renovadas a lo largo del tiempo, cuya constante —a pesar de la existencia de diferencias, rivalidades y enfrentamientos— fue la tolerancia a la barbarie. El alto mando del cuerpo de oficiales, las élites económicas y políticas, y un conjunto de poderes extranjeros, respaldaron lo que ocurrió en aquellos años. Ello se expresaba, además, en dinámicas locales. En éstas, los oficiales militares establecían nexos con los “finqueros”, los señores de la tierra y los cacicazgos políticos regionales.

La rebelión nacional y el genocidio en Guatemala fueron moldeados por una compleja serie de enfrentamientos entre identidades e ideologías políticas, luchas de clase, conflictos étnicos, generacionales, religiosos y de tierras. En definitiva, esa peligrosa fusión de procesos, ideas y eventos, hizo que el convencimiento de que “matar era un deber” emergiera lenta, pero fuertemente durante los primeros años de la década de los años ochenta. Esto creó una oportunidad —la de rebelarse y matar— durante un periodo de tiempo. La combinación de cada uno de estos elementos adquirió formas originales en cada matanza concreta. Me propongo explicar la manera en la que aquel infame proceso se construyó.

EL TRABAJO CON LAS FUENTES

Inicié el trabajo de campo en marzo de 2005, combinando fuentes orales y escritas. Desde las primeras, recopilé evidencias que me dan una historia a cuatro voces: los insurgentes, los vecinos y familiares de las víctimas, los soldados y los oficiales militares de distintos rangos. Entre 2005-2006, y de nuevo, en 2010, realicé un total de 50 entrevistas con los tres grupos.

En abril de 2005 inicié mis indagaciones en el Archivo Judicial. Éste comprende diversas informaciones relacionadas con la masacre, las víctimas y los supuestos perpetradores. Se hallan allí testimonios y declaraciones de los testigos de cargo, ex soldados Kaibiles, familiares

Guatemala, 1967-1985 una cronología

	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973
Política y gobierno				III. 1. Elecciones. Cnel. Carlos Manuel Arana Osorio, Presidente 30. VI. - 1. VII. Toma posesión	Plan Nacional de Desarrollo 1971-1975 II. Concesión EXMIBAL		
Guerra	I. Campaña contrainsurgente Repliegue de las organizaciones guerrilleras a la Ciudad Capital, México y Cuba	I. Secuestro: J. Weber y E. Munro USEMB-OF A. Alejos + VIII. Camilo Sánchez (far) + John Gordon Mein USEMB +	XII. per: IV Congreso XIII. Estado de Emergencia	I. Estado de Emergencia IV. 2. Estado de Sitio III. 6. S. Holly USEMB-OF II. 27. J. A. Fuentes III. 31. K. v Sprett EMB Alemania + México: Yon Sosa (MR13) + XI. 12. Estado de Sitio (XII. 11.) ampliación (Guerra Civil)		I. 9. Ixcán, Quiché Implantación EGP Volcán Tajumulco, Sn. Marcos Implantación ORVA IX. per: Desaparición forzada del Buró Político XI Estado de Sitio	
Movimientos sociales				IGSS huelga			Fundación de la Cámara del Agro IV-VII. Huelga magisterial
Escudos Unidos		R. Nixon (R) Presidente					
Mundo América Latina		Conferencia del Episcopado en Medellín. Concilio Vaticano II 3. X. Perú. GdE Velasco Alvarado	Guerra El Salvador y Honduras desintegración McCA IX. Bolivia. GdE Gral. Ovando		XI. Uruguay: Elecciones. Juan María Bordaberry. Partido Colorado VIII. Bolivia. GdE. cnel. Hugo Bánzer		Chile. Presidente Salvador Allende derrocado Uruguay. Ofensiva militar vs. Tupamaros

	1974	1975	1976	1977	1978
Política y gobierno	III. Elecciones. Gral. Kjell Eugenio Laugerud, Presidente I. VII. Toma de posesión Café: Reducción impuestos	Plan Nacional Desarrollo 1975-1979	Creación Partido Político FIN	IV. Cancillería reacciona a informe DDHH de EEUU	5.III. Elecciones (1) 13.III. Elecciones (2) Gral. Fernando Romeo Lucas García, Presidente I. VII. Toma de posesión
Guerra	PCT: Huberto Alvarado, Secretario General + IX. Propuesta de Curso Operaciones Especiales X. Visto Bueno XI. Instalaciones XII. Aprobación	I. Incorporación de líderes de la dc a FAR Asesinato de Luis Arenas, "El Tigre del Itz'at", propietario de la finca La Perla. Primera acción armada del scp I. Reunión Equipo de Instructores Kabilés 4-5.III. Nombre IV-VI. 1ra promoción VI-VIII. 2da promoción	Movilización militar hacia la frontera con Belice	VI. 8. Mario López Larraive (abogado laboral) + Sepelio: 1ra. gran manifestación de protesta VII. 29 Robin García (estudiante educación media) + Centro de Computo del Estado Mayor General: creación I-IV. 4ta. Promoción Kabilil Cia. Kabilil	III. Cia. Kabilil: disolución per: escisiones: Comil/ Nucleo de Dirección
Movimientos sociales	Movimiento cooperativista Seminarios: Movimiento Indígena/ Coordinadora Nacional Indígena. Boletín Isim. Puinamit		I. STEGSA II. Terremoto III. Creación del Comité Nacional de Unidad Sindical CNUS	XI. Marcha a la Ciudad Capital de los mineros de Ixtahuacán-Huehuetenango Más de 150000 los apoyan	IV. Formación cuc V. Masacre de Panzós 29 VI. J. A. Alvarado (cnyt) + 30. VI. Hermógenes López, párroco de San José Pinula + X. Huelgas del transporte urbano, grandes protestas 20. Asesinato de Olivero Castañeda de León, Secretario General AEU
Estados Unidos Israel	Congreso de EEUU: Clausula s/ venta armamento	Derrota de EEUU en Viet Nam	Jimmy Carter (D) Presidente Depcto. Estado: Informe DDHH	Congreso suspende venta armas (compromisos previos cumplidos)	GT intenta adquirir F5 GT fuera del FMS/ reducción del FMT
Mundo América Latina	GT-ISR: Convenio ayuda militar	29. VIII. Perú: Gral Velasco Alvarado es reemplazado	Conflicto GT-Relice Inglaterra envía tropas III. Argentina: Golpe de Estado gral. Videla VI. Uruguay: Golpe de Estado Consejo Nacional elige a Méndez Manfredini	ES-GT apoyan decisión Brasil y Argentina renunciar ayuda militar EEUU 28. VII. Perú. Anuncio salida militares del poder ISR-GT inicio relaciones apoyo contra insurgencia Mayor expendidor de armamento	VI. Perú. Asamblea Nacional Constituyente XI. Bolivia. Golpe de Estado. Gral. Juan Pereda

	1979	1980	1981	1982
Política y gobierno	I. 26. FUR inscripción II. 24. Fundación FrcR XII. Asesores de R. Reagan visitan GT: J. Singlaub/ D. Graham, invitados por J. C. Trotter	II. Declaración: <i>"La pueblo de Guatemala ante el mundo."</i>		7. III. Elecciones (1) 13. III. Elecciones (2) gral. Ángel Aníbal Guevara Rodríguez, Presidente 23. III. Golpe de Estado. Efraín Ríos Montt, Jefe de Estado (9. VI.) Presidente Plan Nacional de Seguridad y Desarrollo: elaboración/ ejecución
	I. 25. J. A. Fuentes Mohr (diputado) + III. 22. M. Colom Argüeta (ex alcalde de la ciudad capital) + opositores socialdemócratas VII. Reacción de la comunidad de Chupol, Quiché a intento de reclutamiento militar IX. ORPA: inicio acciones armadas finca Mujilá, Quetzaltenango X. Fuerzas Especiales: curso JIMBA PGT, FAR y EGP forman "La Tripartita"	31.I. Masacre Embajada España Cierre diócesis de El Quiché Desaparición forzada Sede CNUS (VI) Emaus, Escuintla (VIII) V. 1. 32 secuestrados en desfile día del trabajo Enrique Bol (+) finquero zona Ixil Alberto Habie (+) presidente CACIF VII. Ataque Cocop, Nebij, Quiché VIII. 19. Orden de traslado jurisdiccional: Escuela Kaibil al CEM (IX. 1.) 20. VIII. Ataque Sn. Jn. Corzál	I. II. III. Ofensivas militares en Chimaltenango - S Quiché 15. VII. M.B. Lucas García Jefe de EMG (15. VIII. En Osorio) 9. VII-13. VIII. Ofensiva contra unidades urbanas de la guerrilla 1-21. X. rr-kimché Campaña tierra arrasada Inicia organización de las PAC	I. Ofensiva vs. ORPA en Sn. Marcos, Yerpaces, NorOx. II. Constitución URNG Desplazamientos de población hacia México
Guerra				
Movimientos sociales	VII. 20. Mario Mujía Córdoba (asesor de los mineros de Ixrahucán) +	II. - III. Huelga 70000 trabajadores agrícolas costa sur, CUC	Creación del PP31 de enero	Proliferación sectas protestantes, apoyo contra-insurgencia

Estados Unidos	GT fuera del FMT	GT fuera de ventas comerciales de armamento Reunión entre R. Reagan - Eduardo Carrere (lobby sobre venta de armas) IX. — XI. EE.UU. aprueba \$1 millón acciones vs. gobierno de Nicaragua XI. R. Reagan (R), gana las elecciones para presidente	I. 19. R. Reagan toma posesión Resuelve Rehenes en Irán V. GT: Visita Vernon Walters X. Memo sobre visita X. Inicio maniobras militares EE.UU. HON: Conflicto entre la contra y el Gobierno XI. EE.UU.-Nicaragua: \$19950000 contra gobierno XI. EEUU-ISR- GT: Memo de entendimiento adquisición de armamento El Salvador: EEUU apoya contra-insurgencia	VIII. 20. Declaraciones del jefe del Comando Sur sobre la importancia de GT en la guerra en CA XII. Honduras. Reunión R. Reagan-Ríos Montt
Mundo América Latina	GT-ISR: Centro de Cómputo del Ejército (Tadrian Israel Electronics Industries) Inicio operaciones a finales de 1979 o inicios de 1980 VII. 1979. Nicaragua: Revolución Sandinista Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla, México X. El Salvador. Golpe de Estado Brasil: anuncian proceso reforma electoral VII. Bolivia. Elecciones. Siles Suazo-Paz Estensoro XI. Golpe de Estado. Gral. Padilla XI. Revolución iraní secuestro funcionarios EE.UU. XII. URSS invade Afganistán	GT-ISR: Fábrica de Industria Militar; fusiles Galil (\$6 millones) El Salvador: FMLN en ofensiva Formación URSC: Cuba y Nicaragua presionan IV. Honduras. Asamblea Nacional Constituyente V. Perú. Elecciones. Fernando Belaúnde, Acción Popular XII. El Salvador Elecciones VI. Bolivia. Elecciones. Siles Suazo (no logra mayoría) VII. Golpe de Estado	ISR-GT: creación Escuela de Transmisiones y Electrónica del Ejército (DEGEM Systems) Francia. François Mitterand. Presidente. Régis Debray, asesor en política exterior 28. VIII. Francia/México reconocen FMLN fuerza política representativa X. Bolivia. Reconocimiento del resultado electoral de 1980 Siles Suazo, Presidente	300 asesores israelíes en GT Crisis económica mundial. Crisis de la deuda externa. MX: forma Conar desplazados. IncurSIONES en MX de GT/Ejército genera tensiones Se instala ACNUR Comitán, Chiapas, México Grupo de Contradora (Venezuela, Colombia, Panamá y México) Grupo de Río, integrado por países Contradora, más Perú, Argentina y Brasil. Después se integran. El Salvador. Asamblea Nacional Constituyente

	1983	1984	1985
Política y Gobierno	8. V. Golpe de Estado, gral. Óscar Humberto Mejía Víctores, Jefe de Estado	I. Inician preparativos para Asamblea Nacional Constituyente I. VII. Convocatoria elecciones I. VIII. Instalación	XI. Elecciones generales
Guerra	II. 27. Orden de traslado jurisdiccional: Escuela Kaibil a la Dirección de Operaciones EMDN (III. 1.)		
Movimientos sociales			
Estados Unidos Israel	I. EE.UU. reanuda venta de artículos militares Invasión a Granada 1983 — 1985 PMA y AID, canaliza proyectos a través del ejército IX Fondo EEUU armamento		
Mundo América Latina	ISR-GT Memorando O. North-USEMB X. Argentina. Elecciones. R. Alfonsín (Unión Cívica Radical)	El Salvador. Elecciones XI Uruguay. Elecciones. Julio María Sanguinetti (Partido Colorado)	I. Brasil. Elecciones VII. Bolivia. Elecciones. Paz Estensoro XI. Honduras. Elecciones Perestroika en la URSS

de las víctimas, sobrevivientes y personas relacionadas con el caso en calidad de inculpados. También consulté documentos en los que el Ministerio Público solicita información al Ministerio de la Defensa en relación con las operaciones militares en aquella área. Forman parte del Archivo Judicial también los informes médico forenses practicados como parte de las exhumaciones llevadas a cabo en julio de 1994 y entre mayo y julio de 1995.

Como parte de este acercamiento a la masacre, realicé una visita en mayo de 2005 del lugar donde ocurrió el hecho. Allí conversé con sobrevivientes quienes, por aquellos años, fueron vecinos del parcelamiento Las Dos Erres. El relato de ellos narra la vida antes y después de la masacre, el evento mismo y la forma como ellos lo vivieron. Mi visita fue apoyada por la Iglesia Católica del municipio de La Libertad, por el área de salud Petén Sur-occidente y por una persona que había hecho su práctica y su tesis de licenciatura en psicología en el lugar, atendiendo a familiares de víctimas de la masacre.

También, conversé con ex insurgentes de las Fuerzas Armadas Rebeldes y de la Organización del Pueblo en Armas. En 1982, los primeros (de las FAR) eran cuadros próximos a la Dirección Nacional, en tanto otros eran mandos militares intermedios en Petén. En cuanto a los segundos (de ORPA), en 1982, eran mandos militares en la zona del sur-occidente del país. La conversación con ellos iba de los relatos de combates y la lógica de éstos en un nivel táctico a la estrategia de la organización, las fases en el desarrollo de la guerra, las condiciones sociales y geográficas de la zona, la integración de los campesinos a las columnas, el modelo de relaciones entre columnas armadas y comunidades, las formas de trabajo político, y las relaciones con las élites locales. Dentro de esta misma línea de investigación revisé varios documentos testimoniales.

Obtuve acceso a los familiares de las víctimas, sobrevivientes y vecinos a través de FAMDEGUA (Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Guatemala), de CAFCA (Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas), y de una persona que había hecho práctica de trabajo social en psicología con los familiares de las víctimas.

Con los militares, los contactos se hicieron posibles a través de la simple búsqueda en la guía telefónica, o la referencia que otros me da-

ban de ellos. En torno ellos, me fueron de utilidad tres bases de datos que contienen información sobre los militares guatemaltecos, sus trayectorias y los puestos desempeñados a lo largo del tiempo, las que son citadas en la bibliografía. ¿Quiénes son éstos entrevistados? En 1982, ellos ocupaban posiciones muy diversas. Algunos constituyen ejemplos característicos de los comandantes de pelotón (sub-tenientes), encargados de guiar a los soldados. Hay también quienes tuvieron a su cargo compañías (capitanes). Otros ocupaban posiciones intermedias (mayores) dirigiendo trabajos a nivel de batallones como instructores o como personal de Estado Mayor. De los oficiales militares aquí considerados, algunos de ellos fueron parte de las fuerzas de operaciones especiales. Otros entrevistados se ubicaban —en 1982— en posiciones de alto mando. También realicé una serie de entrevistas con ex soldados del Ejército de Guatemala, quienes en 1982 estuvieron cerca de las fuerzas especiales.

Con todos se trató de sesiones de entrevista con una duración de entre dos y tres horas de grabación, bajo el compromiso de guardar el anonimato del entrevistado, así como aquellas informaciones sensitivas que pudieran revelar la identidad detrás de las informaciones.

Las cintas donde registré la voz de los entrevistados permanecen en mi poder, al igual que las transcripciones en papel de dichas entrevistas. Los testimonios no pueden archivarse ni utilizarse para otros propósitos que los de mi propia investigación. Además de las cuestiones de carácter procedimental, propias de toda entrevista, yo recalaba en la promesa de la confidencialidad y en la entrega de la transcripción de su voz al entrevistado, lo que he hecho. Sobre la confidencialidad, más allá de mantener en reserva el nombre de la persona, incluí la protección de informaciones sensibles: lugares, fechas y hechos que pueden permitir a un lector informado identificar la identidad del entrevistado. En general, casi todos los entrevistados se acogieron a la promesa de confidencialidad. En el informe de investigación he cuidado que esto se mantenga, empleando seudónimos con los que no considero posible descubrir la identidad de los entrevistados. Puesto que no ayudan a comprender el contenido, las fechas de las entrevistas —también para proteger a las fuentes— tampoco se incluyen. En el relato de la investigación quisiera que se dimensionara lo que los

entrevistados están diciendo y con ello nos están permitiendo conocer, sin buscar una identidad individual.

Este tipo de trabajo de campo requiere de mucha paciencia a fin de unir muchas memorias fragmentadas, colocarlas en la narrativa, y ver a cada relato —íntimo e individual— como una pequeña pieza en la que están marcados los grandes eventos que definieron la historia de Guatemala. Los eventos que dan forma a la tesis no pueden ser reconstruidos más que mediante el testimonio de muchos. No hay muchos documentos en los que se pueda indagar. Si es que existen, estarán muy bien guardados. Pero siempre hay huellas. Si no en papeles, las hay clavadas en las memorias de los protagonistas y de los testigos de aquellos trágicos eventos. Entonces, entendí que mi tarea era hacer que muchos hablaran. Pero en el pliegue de cada memoria narrada, hubo pasiones, amores, odios, rencores, incomprensiones que no emergieron. Queda, por tanto, mucho que no ha sido contado.

LA ORGANIZACIÓN DEL ESTUDIO

El capítulo 1, “Estudiando a los perpetradores de genocidio”, está dedicado a presentar al lector una serie de debates sobre el genocidio como fenómeno general en la historia de la humanidad. Una parte importante de este capítulo explica la manera como las ciencias sociales han entendido a los perpetradores de genocidio. Este capítulo se propone también introducir al lector en la trayectoria que esta disciplina tuvo desde la segunda mitad del siglo xx. Aquí, se destacan y evalúan obras, autores, escuelas, problemáticas y enfoques de investigación.

El capítulo 2, “Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio”, presenta el esquema analítico que la investigación ha seguido. El esquema —que combina teoría e investigación empírica— tiene sus raíces en la comparación de nueve episodios de genocidio: el perpetrado por el Imperio otomano (hoy Turquía) contra los armenios en 1915; por la Unión Soviética contra los ucranianos en 1932; por la Alemania nazi contra los judíos, polacos, rusos y chechenios entre 1941 y 1945; por el gobierno indonés de Suharto contra el Partido Comunista de Indonesia en 1965; por Pakistán contra los bengalíes en 1971;

por la Camboya de los Jemeres Rojos contra los pobladores urbanos, los campesinos, y la etnia Chan entre 1975 y 1979; por el Estado guatemalteco contra los mayas entre 1981 y 1982; por los serbios contra los croatas, albaneses y bosnios, en Yugoslavia entre 1992 y 1995, y por los hutus contra los tutsis en Ruanda en 1994. El esquema integra cinco elementos: el régimen y la coalición que lo respalda; la constitución de una crisis; las oportunidades de genocidio; el síndrome del chivo expiatorio, y la construcción de los perpetradores de genocidio. En este capítulo se analiza —empleando el esquema analítico— pequeños fragmentos de los casos históricos antes señalados.

En el capítulo 3, intitulado “Organizar: capturar, invadir y encuadrar”, se detalla el proceso que empieza con la captura de jóvenes, para —con el entrenamiento— transformarlos en reclutas y luego en soldados encuadrados en la escuadra de un pelotón, mismo que forma parte de una compañía, de un batallón, y de una brigada. Se señalan aquí las formas como la institución militar invade y reduce los espacios privados, lo que, no obstante, deja siempre pequeños espacios de resistencia. Frente a eso, los soldados desarrollan un conjunto articulado de condiciones que les permiten vivir dentro del pelotón: las reglas de camaradería y el espíritu de cuerpo. Aquel sentido de hermandad les hace sobrellevar las terribles condiciones en las que transcurre su vida. Se constituyen sólidos grupos primarios cuya cohesión y continuidad constituyó, en esta fase de la guerra, las piezas fundamentales que cimentaron la disciplina del Ejército. Esto, es preciso aclararlo, no es un rasgo exclusivo del caso estudiado. La cohesión, la solidaridad y la construcción del grupo primario son principios fundamentales de organización de las fuerzas armadas.

En el capítulo 4, intitulado “Adoctrinar: la imagen y la palabra”, se desarrolla una explicación acerca de cómo los soldados estaban sometidos a una serie de mensajes cotidianos, aparentemente de sentido común, que paulatinamente iban legitimando el uso del terror, cambiando de esa forma el sentido de la realidad percibido por las tropas. La radio, la televisión, la palabra escrita y la palabra hablada fueron los medios con los cuales fueron emergiendo las imágenes del nuevo enemigo. Se explica aquí cómo “el enemigo” dejó de ser el insurgente y pasó a ser la comunidad indígena.

En el capítulo 5, intitulado “El desarrollo de la guerra”, se aborda el cambio en el tiempo de la guerra de guerrillas que provoca, en junio de 1975, el asesinato de J. L. Arenas, “El tigre del Ixcán”, y, en julio de 1979, la caída de Somoza en Nicaragua. A partir de aquí, se aborda el momento determinante de la guerra y del genocidio guatemalteco, cuando en noviembre de 1981, el Ejército decide recuperar la iniciativa en el plano militar y lanzar una ofensiva. El capítulo explica cómo los perpetradores de genocidio observaron a sus futuras víctimas: cómo éstas construían sistemas de trampas alrededor de sus aldeas, hacían emboscadas, ocasionaban bajas a las tropas castrenses, realizaban concentraciones en poblados donde hacían discursos, colocaban banderas en los cerros, ensordecían con sus gritos a los soldados en medio de un enfrentamiento, colocaban obstáculos en las carreteras y se incorporaban a organizaciones gremiales, apoyando huelgas y manifestaciones. En este capítulo también se analizan los tiempos durante los periodos de operaciones contraguerrilleras, las condiciones de los soldados en los frentes, la calidad de su logística y de su alimentación, el número de sus bajas, la manera como atendían el periodo de convalecencia de los soldados heridos en combate, la manera como evacuaban a los muertos de las zonas de operaciones contraguerrilleras, y cómo se difundían los actos de crueldad cometidos en contra de las tropas gubernamentales.

Más que un proceso planeado y concebido como parte de una estrategia maestra, se muestra cómo las tropas del ejército fueron cambiando ante la convergencia en el tiempo de una serie de factores, y cómo este conjunto de cambios abrió el camino para la barbarización de las tropas que se concretó en las matanzas genocidas de 1981 y 1982. Aquí yo intento reconstruir las complejas interrelaciones entre la organización militar, la ideología y la guerra de guerrillas.

En “Kaibilizar”, capítulo 6, se aborda el proceso de formación de las fuerzas especiales Kaibil. Sus orígenes están vinculados a las primeras guerras de guerrillas en el continente, a las transformaciones en la doctrina militar de Estados Unidos, y a la invasión de Belice. En este capítulo, se explica el entrenamiento al que oficiales y soldados eran sometidos para transformarse en Kaibiles. Finalmente, el capítulo indaga cómo las fuerzas especiales influyeron en la

transformación del Ejército de Guatemala en la campaña militar que inició en 1981, en la cual se cometieron actos de genocidio. Se argumenta que al “kaibilizar” al Ejército de Guatemala, los Kaibiles prepararon a esta fuerza armada para combatir en una guerra de guerrillas. Luego del cierre de la Escuela Kaibil tras el golpe de Estado de 1982, fue conformada la Patrulla Kaibil, una unidad especial de combate.

El capítulo 7, intitulado “Petén: colonización y guerrilla”, está dedicado a explicar las relaciones entre la historia regional, el desarrollo de la guerra en aquel territorio y las grandes transformaciones que se desarrollaron a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte. El capítulo inicia presentando las grandes tendencias históricas de Petén. Luego, se reconstruye la saga de la guerrilla que se asienta en el Petén: las Fuerzas Armadas Rebeldes, sobrevivientes de las guerrillas de los años sesenta. Aquí se analiza el proceso de colonización, la inmigración de campesinos sin tierra, las transformaciones en la teología católica y la influencia de la Iglesia, la creación de cooperativas agrícolas y los agravios sufridos por los campesinos. Esta parte concluye presentando la forma como —en aquel territorio— se desarrollaron las estrategias de la guerra de guerrillas y la reacción del Estado, hacia el final de 1982.

El capítulo 8, intitulado “Las Dos Erres” está dedicado a analizar la historia local del parcelamiento, fundado en 1978, y la forma como la guerra fue llegando a aquel territorio. El propósito de este capítulo es captar lo pequeño, el detalle, la reconstrucción de las vidas de los que iban a morir. Este capítulo termina presentando el papel del Destacamento Militar de la Aldea Las Cruces en el momento posterior a los hechos acaecidos en Las Dos Erres.

EL ESQUEMA ANALÍTICO

1. ESTUDIANDO A LOS PERPETRADORES DE GENOCIDIO

Los genocidios y las masacres genocidas que tuvieron lugar entre 1960 y 1979,¹ demostraron que: *a)* el Holocausto no era el único caso digno de estudio; *b)* el genocidio no es una excepción en la historia, sino una constante en el ejercicio del poder; y, *c)* es posible (y necesario) descubrir otros enfoques de análisis más allá de la historiografía de víctimas y victimarios. A la par, la segunda mitad del siglo veinte fue testigo del desarrollo de los estudios de área en las Universidades norteamericanas, donde se privilegió la especialización en torno a zonas geográficas específicas bajo una mirada trans-disciplinaria (Wallerstein, 1998). Esto contribuyó al desarrollo de estudios sobre casos particulares de genocidio. Emergieron entonces, desde los años setenta, una serie de trabajos en torno al tema.² El estudio del genocidio emergió en el último tercio del siglo veinte, para alcanzar una

¹ Contra los Kurdos, en Iraq; contra los comunistas, en Indonesia; contra los Ibos, en Nigeria; contra los Tutsis, en Ruanda; contra los Hutus, en Burundi; contra los Bengalíes, en Bangladesh (actualmente Pakistán); el pueblo Ache, en Paraguay; Uganda; Sudan; Timor del Este; Guinea Ecuatorial; Camboya.

² Entre ellos pueden citarse la revisión bibliográfica que en 1970 hiciera Yvan van Garse (1970); la primera monografía comparativa realizada por Gil Eliot en 1972; la inserción de la sociología en el tema en 1975 con "Tipology of Genocide" de Dadrian (1975); y, en 1976, el libro de Louis Irving Horowitz *Genocide: State Power and Mass Murder*. La célebre frase de L. I. Horowitz ofrece una visión en torno a la relación entre ciencias sociales y el estudio del genocidio: "La sociología pierde su estatus de una ciencia fundamental aplicada [...] debido a que casi nunca asume aquellos temas que tienen que ver con la vida y la muerte".

posición en el concierto de las ciencias sociales. Muy especialmente, esta consolidación se dio en el último decenio del siglo veinte.

1.1. ESTUDIOS SOBRE EL GENOCIDIO

El asesinato en masa no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad. Más allá del término genocidio con el que, desde 1948, este fenómeno es designado, y del carácter moderno de su perpetrador (el Estado), hubo genocidios desde la antigüedad. Como botines de guerra, o simplemente como escarmiento, los perdedores han sido arrasados, siendo sus ciudades la mayoría de las veces borradas de la cartografía. En todo el mundo, el exterminio de poblaciones es una práctica tan vieja como la historia misma del ser humano y de la guerra (Chalk y Jonassohn, 1990). No obstante una línea de argumentación (Weitz, 2003a; Bartov, 2003; Fleming, 2003) cuestiona la continuidad entre las matanzas de la antigüedad y aquellas que tuvieron lugar a lo largo del siglo veinte. El argumento se funda en el carácter moderno de la institución que llevó adelante las matanzas (el Estado), la tecnología que se empleó, y la ideología que lo propagó. Sin embargo, si hablamos en términos del número de víctimas, las diferencias son casi imperceptibles.

Lo cierto es que el Holocausto, por el número de víctimas, por haber tenido lugar en el Noroccidente de Europa, y por el hecho de que la guerra haya concluido con la derrota de los perpetradores, impulsó el estudio de este fenómeno. El Holocausto fue la mayor catástrofe en la historia del siglo veinte, y de aquel evento todavía se extraen importantes lecciones para la civilización. ¿Por qué tuvimos que esperar tanto tiempo para investigar a fondo este gran evento? Omer Bartov (2000: 1) señala que inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, el Holocausto quedó sumergido en un debate historiográfico en torno a la crisis que había dado origen a la segunda Guerra Mundial. En este debate se exploraron los orígenes del totalitarismo, nuevo término acuñado para designar a la Alemania nazi y a la Unión Soviética estalinista (Hannah Arendt, 1951). Se trató también de dar respuesta a las relaciones entre el fascismo y el capi-

talismo (Payne, 1980: 177-180; Kitchen, 1976: 1-11, 60-70). El Holocausto, como tema de investigación, sólo empezó a ser estudiado como la última expresión de un arraigado antisemitismo en la cultura europea.

Desde entonces, los estudios sobre el genocidio han seguido un camino en el que pueden distinguirse dos grandes tradiciones: las explicaciones estructurales y las culturales y psico-sociales. Estructura social, relaciones entre grupos, violencia colectiva, comportamiento colectivo y conflicto, son los factores en estudio para la primera; presunciones psicológicas sobre el comportamiento humano y elementos de psicología social constituyen las piezas fundamentales en el otro enfoque. A continuación presentamos un rápido repaso por estas dos escuelas.

Leo Kuper (1982) sentó las bases de los estudios de corte estructural. Si bien este autor advierte que el genocidio no es el resultado inevitable de alguna estructura social, sino de decisiones, su enfoque está orientado a señalar las condiciones estructurales que lo inhiben o lo potencian (Kuper, 1982: 56).³ Dentro de la tradición estructuralista se halla también *The History and Sociology of Genocide*, de Frank Chalk y Kurt Jonassohn (1990), en la que los autores repasan casos de genocidio desde la antigüedad hasta 1970, lo que les permite explicar la relación entre el fenómeno y los intereses del Estado, de las clases y de las élites. La construcción y mantenimiento de imperios, la implementación de una ideología en relación con grupos (imaginarios o reales), la obtención de riqueza, tierra o recursos, o la difusión de terror, son algunos de los elementos que fundamentan esta relación entre Estados, clases, élites y genocidio. Por su parte, Barbara Harff y Ted Gurr (1988a; 1988b) desarrollan una explicación que vincula cinco aspectos: a) el genocidio como una forma de terror de Estado;

³ Uno de los elementos más importantes de este enfoque es la relación entre genocidio y deshumanización (Kuper, 1982: 92). Este elemento será retomado por H. Fein (1990): la autora argumenta que las víctimas de genocidio son sometidas a un proceso de exclusión con respecto al universo de obligaciones morales de los perpetradores. Tal exclusión es acompañada de un proceso previo de deshumanización de las víctimas. Esto constituye una condición necesaria, pero no suficiente, para dar cuenta de eventos de genocidio.

b) la trayectoria histórica en el uso de la fuerza; c) el escrutinio público; d) la presencia de élites que hacen uso de las divisiones sociales; y, e) la condición coyuntural, generalmente en regímenes posrevolucionarios o en situaciones de crisis frente a un adversario interno o externo (Harff y Gurr, 1988a: 23-24).⁴

La tradición cultural y socio-psicológica indaga en una amplia gama de factores culturales y psico-sociales, entre los cuales se hallan: a) los motivos o creencias normativas, la autodefensa, y la obediencia; b) las expectativas de rol, el reconocimiento del grupo y los cálculos en relación con movimientos de estatus; c) el papel de elementos reforzadores, como la autoridad, las opiniones, las normativas grupales, el miedo a los castigos, y las recompensas; d) el papel de las instituciones que se encargan de re-socializar a los perpetradores, idealizando el terror, la fuerza, la obediencia, la lealtad y el carácter malvado del enemigo; e) la construcción de la obediencia y la conformidad de las expectativas de rol, en relación con la autoridad de quienes ordenan matar; y, f) la receptividad de un grupo a las “definiciones de situación”, que posibilita que ciertas percepciones, creencias, ideologías, legitimen los actos genocidas.

En resumen, el genocidio, desde este enfoque, se apega a un modelo cultural. Descubrir cual es este modelo implica obtener la respuesta acerca de cómo la atrocidad es posible. “The Rites of Violence: Religious Riots in Sixteenth Century France”, de Natalie Zemon Davis (1973) es el estandarte de este enfoque.⁵

Norman Cohn (1967; 1970; 1977) agregará otra línea de explicaciones a la tradición cultural. Se trata de ver el genocidio desde las

⁴ Los autores desarrollan una exhaustiva compilación empírica de casos, y acuñan el término “politicidio” (1988). Realizan interesantes aportes al debate sobre las precondiciones o determinantes del genocidio.

⁵ Dentro de las explicaciones contemporáneas en esta línea se hallan: “A Head by an Eye: Revenge in the Cambodian Genocide”, de Alexander Laban Hinton (1998); y, *Sacrifice as Terror: The Rwandan Genocide of 1994*, de N. Taylor (1999). Forma parte de esta tradición *Los verdugos voluntarios de Hitler, los alemanes corrientes y el holocausto* de Daniel Goldhagen (1996). El autor explica la *Shoah*, advirtiendo la activación de una tradición que atraviesa la historia alemana: el “antisemitismo asimilacionista”.

ideas mesiánicas y las fantasías apocalípticas de salvación de unos y no de otros, que, entonces, son condenados a morir. El autor argumenta que las tradiciones apocalípticas del pasado, fundadas en un universo maniqueo, son fácilmente adaptables a nuevas y cambiantes circunstancias para estigmatizar a unos, sobre todo en condiciones de profunda crisis. Los trabajos de Cohn trazan una línea que va del imperio romano al Holocausto.⁶

La manipulación política de los perpetradores directos por parte de quienes planifican los encuentros genocidas, el aparato institucional que lleva a cabo la tarea de matar, pocas veces son integrados dentro de este enfoque. El ensayo “The Rwandan Genocide”, de René Lemarchand (1997) es la excepción a esta regla que ilustra cómo se pueden incorporar estos elementos desde el enfoque cultural. Otro ejemplo de desarrollo contemporáneo que intenta integrar otros enfoques desde la tradición cultural es el estudio sobre Bosnia de Cornelia Sorabji (1994). Más que el empeño en descubrir el patrón cultural, se trata aquí de un trabajo enfocado en lo que la autora llama “conocimiento local”, combinando elementos como manipulación política, patrones institucionales y eventos históricos. También *The Roots of Evil*, de Ervin Staub (1989), es otro ejemplo que intenta superar las limitaciones del enfoque psico-social. La concepción probabilística que plantea permite integrar varios elementos: condiciones difíciles de vida (depresión, guerra, desorganización social); precondiciones (reforzadores) culturales y personales; la aceptación de la autoridad; la posición de desventaja de los grupos que se convertirán en víctimas; la agresividad.

⁶ Otros han intentado explicar los efectos del genocidio sobre la sociedad. Los también llamados estudios post-genocidio. El trauma, la memoria personal, la reconstrucción y representación del pasado, la forma en la que el genocidio se representa en el presente, el testimonio de los victimarios, los sobrevivientes y el peso de tales sucesos sobre las generaciones, son algunos de los aspectos en esta área. Aquí se destacan dos trabajos sobre el holocausto: *The Texture of Memory: Holocaust Memorials and Meaning*, de Young (1993); y *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience*, de Novick (1999).

1.2. ESTUDIOS SOBRE LOS PERPETRADORES

Pasaremos ahora a dar un repaso por la trayectoria de estudios sobre perpetradores de genocidio.⁷ De forma sucinta, exploraremos cinco debates que han sido determinantes en la línea de estudios sobre perpetradores: *a)* sus orígenes, vinculados a los juicios de Nuremberg; *b)* el debate que provocó el experimento de S. Milgram; *c)* el debate entre las posiciones “funcionalistas” e “intencionalistas” en torno al Holocausto; *d)* el debate entre D. J. Goldhagen y Ch. Browning; y, *e)* “la mirada desde abajo”, donde se presentarán las características del enfoque que han adoptado algunos trabajos contemporáneos sobre perpetradores de genocidio.

Estos cinco debates no pretenden agotar la discusión en torno a la trayectoria, el desarrollo y la acumulación en este campo de estudio. Probablemente, en medio de estos cinco puntos, otras obras han sido eclipsadas por la luminosidad de los debates que a continuación se analizarán. Tampoco se pretende resolver las disputas inherentes en los debates. El propósito es dar cuenta de las discusiones de las que se ha nutrido el esquema analítico que se presentará en el capítulo siguiente, intitulado: “Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio”.

Nuremberg: los asesinos de escritorio

El estudio de perpetradores de genocidio da inicio con los juicios que entre 1945-1946 se desarrollaron en el Tribunal Internacional Militar de Nuremberg. Por primera vez en la historia fue posible ver, de forma pública a seres humanos comprometidos en matanzas, inculpinados en un proceso judicial. Se trató de una visión desde arriba, desde las altas esferas del poder.⁸ El asombro, al ver y escuchar a aquellos seres

⁷ Como tal se entiende a una línea de investigación que se distingue de otras dos: una que se dedica a estudiar a las víctimas; y otra que indaga en los testigos (bystanders).

⁸ El mejor detalle de aquel juicio se halla en el trabajo de G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary* (1947).

humanos capaces de hacer (o mandar a hacer) lo que hicieron, se tradujo en estudios que interrogaban desde la psique. *La personalidad autoritaria*, de Teodoro W. Adorno (1950) es reflejo de este primer intento de análisis. Algunas interpretaciones intentaron también encontrar un sentido a la especificidad alemana: las tradiciones militaristas, el autoritarismo y el antisemitismo.⁹

En los años sesenta vino el cambio. Entonces, el foco del análisis pasó del individuo aislado al grupo. El Holocausto empezó a ser visto desde un complejo conjunto de procesos administrativos y burocráticos. Las investigaciones se enfocaron en el proceso de decisión y formulación de políticas; las estructuras y el funcionamiento del régimen; las instituciones y las profesiones alrededor de las SS. Aunque el carácter antisemita del régimen raras veces era cuestionado, empezó a hacerse evidente la insuficiencia explicativa de este factor para entender la forma como el dictador alcanzó sus objetivos de exterminación. Se pensaba entonces en los cálculos de poder, la ambición y las carreras profesionales de los implicados; la segmentación y la rutinización que debilitaba el sentido de responsabilidad individual; y un amplio enfoque ideológico, dentro del cual estaba el racismo, que permitía pegar la etiqueta “enemigo” a una variedad de víctimas más allá de los judíos (Marrus: 1987). Bajo aquella luz, los perpetradores aparecían como seres comunes y corrientes, nada excepcionales. Ya no se trataba entonces del carácter antisemita, arraigado en la historia alemana, ni de las convicciones de individuos particulares, o del “carácter nacional” de los perpetradores. Dieron forma a este nuevo enfoque: *La Destrucción de los Judíos Europeos*, de Raul Hilberg (1961); *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, de Hannah Arendt (1963); y, *Obediencia a la autoridad*, de Stanley Milgram (1974).

Estas interpretaciones no fueron exentas de crítica. El texto de Arendt, basado en la idea de la banalidad del mal, no distinguió entre el Eichmann que organizaba las deportaciones y el Eichmann que fue llevado a Jerusalén. Este último deseaba presentarse como un pequeño burócrata, carente de convicciones ideológicas, empeñado en cumplir

⁹ Son ilustrativos de este enfoque: *Ascenso y caída del Tercer Reich*, de William Shirer (1960); y, *El curso de la Historia Alemana*, de A. J. P. Taylor (1946).

con afán sus labores, como parte de las políticas de un régimen al que servía, sin conocimiento exacto del carácter criminal de este (Browning, 2002: 4).¹⁰ No obstante esta crítica, la idea de la banalidad del mal es una herramienta analítica que ha rebasado el caso desde el cual emergió, demostrando su utilidad para entender a un tipo particular de perpetrador: los asesinos de escritorio, sean éstos activistas ideológicos del régimen o no, y manifiesten ambiciones personales como parte de su carrera profesional o no ¿Qué hacen los burócratas de un régimen que organiza asesinatos en masa? La forma que tomó la solución final planteó un problema de carácter logístico de primera magnitud: ¿cómo trasladar a miles de seres humanos de manera que los centros de exterminio se emplearan al máximo sin sobrecargarse? Debía programarse el uso de las vías férreas, vagones, locomotoras y coordinar —mediante tácticas de engaño— las redadas a nivel local.

Pero hay genocidios en los que no se necesitan —o se necesitan muy pocos— asesinos de escritorio. A diferencia de la Alemania nazi, las matanzas organizadas en varios lugares del mundo no precisaron de acciones burocráticas preliminares para identificar, segregar y detener a sus víctimas. Con escasos recursos logísticos también se puede exterminar seres humanos. Ésta es la forma que en Guatemala tomaron las matanzas indiscriminadas cometidas en las áreas rurales, a pesar de que el despliegue de la fuerza armada sí implicó un considerable movimiento en términos logísticos. En lo concreto, perpetradores y víctimas se encontraron cara a cara.

Milgram: “Yo sólo cumplía órdenes”

Con Milgram se trató de desbaratar la frase repetida constantemente en Nuremberg: “Yo sólo cumplía órdenes”. Los experimentos acerca de la obediencia a la autoridad conducidos por Stanley Milgram se llevaron a cabo en la Universidad de Yale, entre 1961 y 1962. En 1963, año en que fue ahorcado Eichmann en Jerusalén, se hicieron

¹⁰ En su capítulo de conclusiones, Yacoov Lozowick (2002: 268-280), desarrolla, en extenso, este mismo argumento. Véase también Cesarani (2004).

públicos sus resultados. En estos experimentos se debilitaba el argumento que fundamentaba la barbarie como una cuestión de obediencia. Además, al no participar en ellos personas de origen alemán, los experimentos pretendieron alcanzar un valor universal. El enfoque socio-psicológico adoptado por Stanley Milgram en este estudio ha sido, durante muchos años, la manera más influyente de entender el comportamiento de los perpetradores.

¿En qué consistió el experimento? Se seleccionó, al azar, una muestra de habitantes de New Haven, Connecticut, Estados Unidos.¹¹ A los participantes se les puso la tarea de entrevistar por intercomunicación a una persona situada en otra habitación, con el propósito supuesto de que el interrogado “aprendiera” a dar las respuestas correctas. El sujeto recibía la instrucción (por parte de un instructor entendido como figura de autoridad) de presionar un botón que transmitía al interrogado una descarga eléctrica cada vez que éste se equivocaba. Los interrogadores podían variar la carga de 15 a 450 voltios por medio de una batería de 30 botones. Cada botón era designado con unas letras: el de 15, como “choque leve”; los botones con alto voltaje, como “peligro choque severo”; y, los últimos dos (de 435 y 450 voltios), con tres equis (XXX). El sujeto interrogador escuchaba los gritos del interrogado, los que eran más o menos fuertes, según el voltaje aplicado. El 65% de los sujetos demostró estar dispuesto a castigar a otra persona con electro-choques de más de 450 voltios. En realidad, los gritos eran grabados, y a nadie se le causó daño.

En sus conclusiones, Milgram acuñó la frase obediencia no-coercitiva, o deferencia a la autoridad situacionalmente inducida. El experi-

¹¹ ¿Quiénes fueron estas personas? El propio Milgram (1974: 26) narra la forma como llevó a cabo el reclutamiento para el experimento: “[...] pusimos un anuncio en los periódicos locales. Se invitaba en el mismo a personas de toda clase de ocupaciones, a que formaran parte de un estudio de memoria y aprendizaje, y se les ofrecía un pago de 4 dólares, y de 50 centavos para gastos de viaje, por una hora de trabajo. Respondieron un total de 256. Habida cuenta de que no era este un número suficiente para el experimento, acudimos a cartas directamente dirigidas a posibles interesados, para de esta manera llegar al número que nos interesaba. Tomamos nombres de la guía telefónica de New Haven y escribimos cartas de invitación a varios miles de personas de dicha población. A esta invitación respondió aproximadamente 12 por ciento”.

mento reconocía que las presiones externas ejercidas por una autoridad constituían el elemento determinante para explicar la conducta. El autor desplazaba la culpa del sujeto hacia la autoridad de la que provino la orden. Éste aceptaba como verdadera la presentación de la situación que hacía el instructor, y por lo tanto las órdenes que de éste emanaban. En definitiva, éste fue el gran descubrimiento de Milgram: que los perpetradores aceptaban las órdenes de causar daño a otros, sin que para ello fuera preciso el uso de medidas de coerción. El ser humano guarda un gran sentido de obediencia a la autoridad. Ello hace que, ante situaciones particulares, la capacidad de decisión individual se vea disminuida.

En su diseño, el experimento implicaba una cierta gradualidad. Se trataba de entender el comportamiento que acaba con la vida de otros como un proceso que va paso a paso: “El proceso en el laboratorio es un proceso en el cual una acción influye en la siguiente. El acto de obediencia tiene un carácter de perseverancia” (Milgram, 1974: 149). No obstante, el experimento se basó en condiciones de distancia entre la víctima y el victimario. El que en el experimento hacía las veces de victimario no tenía que afrontar a su víctima cara a cara. Esto significa que la demostración de obediencia en el laboratorio, a pesar de ser un gran descubrimiento, es difícilmente equiparable a las condiciones de obediencia en una unidad militar. Esto fue reconocido por el propio Milgram (1974: 175), cuando afirmó que se trataba de las: “enormes diferencias de circunstancia y contexto, entre las pruebas de obediencia en el laboratorio y la Alemania nazi”. A pesar de ello, se aferró a la existencia de: “un proceso psicológico común que de manera central envuelve ambos eventos”.

El experimento incluyó una serie de variantes. Por ejemplo, cuando el victimario y la víctima se hallaban en habitaciones separadas, lo que hacía que el primero sólo escuchara voces —lamentos y gritos— a lo lejos. Otra variación consistía en hacer que el victimario escuchara claramente los mensajes de voz de la víctima. En estos casos, el índice de obediencia a las órdenes era de 65 y 62.5%, respectivamente. Cuando todos eran colocados en el mismo cuarto, el índice de obediencia se reducía a 40%. Cuando además de estar en el mismo cuarto, la víctima tenía contacto físico con el victimario, el porcentaje de

obediencia bajaba a 30%. Es decir, había una relación entre las condiciones de proximidad entre víctima y victimario y la obediencia. Al respecto, Milgram simplemente dejó anotado que “La obediencia se redujo de forma significativa cuando la víctima se hallaba en una condición de proximidad con el victimario” (1974: 34-36).

Mixon (1972, 1979) puso en duda que el comportamiento observado por los sujetos del experimento de Milgram fuera de una obediencia destructiva. Argumentó que aquellos que participaron en los experimentos mantenían una especie de confianza en las condiciones de seguridad propias de todo laboratorio, lo que hacía que creyeran que aún cuando podían ocasionar algún grado de dolor, esto no implicaría un daño permanente.

¿Planificación o estructuración?

Otro de los debates que marcó las interpretaciones en torno al Holocausto se ha ceñido a la interrogante acerca de cuándo se tomó la decisión de ejecutar la “solución final” ¿Las medidas previas al exterminio en masa (junio de 1941) permiten inferir que existía un plan de exterminio preconcebido? Según Mason (1988: 543-544), en 1977, Martin Broszat escribió un artículo en el que ponía en tela de duda que Hitler hubiese planeado y decretado la aniquilación de los judíos. Años más tarde, en 1981, el artículo sería respondido por Ch. Browning. En el simposio que en 1984 se organizó para profundizar en este debate, fue donde fueron colocadas las etiquetas “intencionalistas” y “funcionalistas”. Los “intencionalistas” orientan sus investigaciones a demostrar que la voluntad dictatorial, la planificación y la decisión de Hitler son la esencia del Holocausto, mientras que los “funcionalistas” indagan en la serie de procesos administrativos y en las rivalidades entre las estructuras organizativas del nazismo en el proceso de toma de decisiones.

Los “intencionalistas” sostienen que, desde el ascenso al poder, los líderes del nacional-socialismo tenían una idea clara de lo que iban a hacer con los judíos. Esta forma de entender el Holocausto, señala Marrus (1987: 120), tuvo su punto de partida en los juicios de Nuremberg, cuando los fiscales intentaron demostrar la existencia

de un plan deliberado para llevar adelante la solución final. La estrategia de esta línea, que Kershaw (2000: 134) llama “hitlerismo” es demostrar, mediante diversas evidencias, la existencia de dicho plan. ¿Cuáles son las evidencias? Fundamentalmente las ideas de Hitler. No obstante que los biógrafos de Hitler han alcanzado a aportar evidencias del odio del líder nazi hacia los judíos, es difícil, sin embargo, hallar documentación acerca del proceso de toma de decisiones y de la implementación del Holocausto. Se supone que la “solución final” se mantuvo en secreto en los más altos niveles, y que la documentación en la que ésta pudo ser tratada, si existió, fue cuidadosamente destruida antes del final de la guerra.¹²

Los funcionalistas afirman que la idea de la aniquilación fue emergiendo de la sumatoria de una serie de iniciativas, medidas y procesos burocráticos. Diversas estructuras de gobierno, en diversos escalones —altos, medios y bajos— intervinieron en el proceso de toma de decisiones alrededor de la “solución final”. La anarquía administrativa, propia de la guerra, se combinó, además, con conflictos de jurisdicción entre varias agencias gubernamentales. A ello se sumó el celo, la competencia y las rivalidades por ver quién era —a ojos de los superiores— el más efectivo (Mommsen, 1991). En palabras de Dawidowicz: “la idea de la aniquilación en masa se fue desarrollando paulatinamente porque los propios líderes no hallaron otra manera, menos brutal, de poner coto a la amenaza para la humanidad que, según ellos, representaban los judíos” (1975: 43).

La transformación de las élites nazis es otro de los argumentos propios de la interpretación funcionalista. Se afirma que el asesinato en masa respondió a un proceso de radicalización acumulativa. El liderazgo nazi, que jugó un papel decisivo en la ejecución del Holocausto, adquirió el carácter antisemita sólo después de afiliarse al partido (Merkel, 1975). Antes de llegar al poder, ese partido no había incorporado el antisemitismo en su propaganda electoral (Heilbrunner, 1990; Brustein, 1996; Pridham, 1973). En palabras de Allen (1965), los alemanes “acabaron en el antisemitismo porque se vieron arrastrados al nazismo, y no al revés”. Friedlander (1971) llega a calcular en un diez

¹² Al respecto, véase Kershaw (2000: 131-179)

por ciento el número de alemanes que llegaron a ser “auténticos creyentes” en la visión de Hitler sobre los judíos. Hilberg (1961), por su parte, presenta el Holocausto como un proceso de destrucción por etapas. Éstas van de la definición, la expropiación y la concentración, a la aniquilación. En su reconstrucción histórica de cada una de estas fases, Hilberg no infiere de su análisis que haya existido un plan de eliminación. Después de todo, no fue sino hasta 1941, tras el avance militar por toda Europa, que el régimen alemán llegó a tener control sobre las poblaciones judías. Previamente, el partido nazi se concentraba en inducirlos a emigrar.

Mientras los intencionalistas creyeron ver en los pasos que antecedieron a la “solución final” una especie de trazado coherente y consistente de carácter teleológico; los funcionalistas advirtieron que la idea atribuida a Hitler de matar a los judíos no basta para comprender la forma como la decisión se concretó en los procesos administrativos.¹³ Desde el simposio de 1984, varios de los expositores compartieron la idea de que una síntesis entre las dos tendencias era el camino más apropiado para captar, a la vez, las obsesiones, el antisemitismo, y el fanatismo mesiánico del liderazgo, y los complejos procesos políticos y burocráticos.¹⁴

Browning vs. Goldhagen: ¿Hombres comunes y corrientes?

En los años noventa, algunos de los más importantes trabajos prestaron atención al papel de los ideólogos y los fanáticos antisemitas colocados en posiciones clave dentro del aparato de Estado como transmisores y legitimadores de ideologías que incitaban al genocidio. Se trata de estudios regionales que captaron elementos de carácter específico en la relación entre las unidades de perpetradores y sus víctimas. Se analizó a los perpetradores desde los escalones más

¹³ Algunos de los autores más destacados en este debate son Dawidowicz (1975), en la posición intencionalista; y Mommsen (1991); Broszat (1979, 1990) y Paliakov (1954) en la posición funcionalista.

¹⁴ Acerca de esta posición, véase Friedländer (1993).

bajos: aquellos que cometieron los crímenes cara a cara. Los escenarios del genocidio dejaron de ser los “modernos” campos de concentración, provistos de la maquinaria de las cámaras de gas y el sistema ferroviario de traslados. Estos estudios se enfocaron en asesinatos en masa, donde el perpetrador debía enfrentarse cara a cara con sus víctimas, lo que ocurría en pequeñas aldeas. Se trata de la controversia entre C. Browning y D. Goldhaguen. Ambos historiadores comparten la misma fuente —los archivos judiciales del Batallón de Reserva Policial 101— a partir de las cuales Christopher Browning (1992), publicó: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*; y, Daniel Goldhaguen (1996), publicó: *Los verdugos voluntarios de Hitler: Los alemanes corrientes y el Holocausto*.

Ambos comparten un núcleo de conclusiones comunes. Entre éstas: *a)* los miembros del batallón fueron seleccionados de manera aleatoria: eran “hombres ordinarios” y representativos; *b)* no había nada especial en términos de adoctrinamiento o entrenamiento; y, *c)* no hubo —por lo menos en los actos cometidos por dicha unidad— un sentido de obligatoriedad; los que no participaron no sufrieron repercusiones ni castigo por su negativa.

De esos tres puntos en adelante, las líneas del debate entre Goldhaguen y Browning se tensan. Para el primero, los perpetradores, calificados como asesinos entusiastas, fueron una mayoría, en relación con el total de la sociedad alemana. Dicha mayoría, afirmaba Goldhaguen, fue motivada por una única ideología: el “antisemitismo eliminacionista” que, impreso en la cultura, atravesó cientos de años hasta llegar al siglo veinte. Para Browning, en cambio, los perpetradores fueron una minoría, la que actuó movida por un conjunto de factores situacionales, organizacionales e institucionales: la ambición, la presión de grupo, la conformidad o el sometimiento a la autoridad. Mientras que para Goldhaguen los alemanes estaban programados para matar a los judíos, aún sin la presencia del Partido Nacional Socialista y su líder, Browning subraya las condiciones coyunturales: el ambiente de una guerra racial, la imposición del imperialismo racial, la tarea de matar al adversario y la poderosa necesidad de pertenencia al grupo. Si, para Browning, los perpetradores eran hombres ordinarios colocados en condiciones extraordinarias, quienes al matar se

forjaban una carrera, para Goldhaguen, no se trató de hombres, sino específicamente de alemanes, que más allá de simplemente cumplir órdenes disfrutaban de su trabajo, matando judíos movidos por un inveterado odio. En pocas palabras, el nazismo había sido cruel porque los alemanes eran crueles.

No obstante que *Los verdugos voluntarios de Hitler* ha sido objeto de múltiples críticas, el debate que logró encender marcó un punto de inflexión en los estudios sobre perpetradores de genocidio. Junto a otros, I. Kershaw señala que el éxito de Goldhaguen se debió a la necesidad por parte de las generaciones más jóvenes de encontrar culpables, combinada con una narrativa sencilla, emotiva y, centrada en una sola causa explicativa de fácil comprensión para el gran público (2000: 324-338).¹⁵

En el fondo, aunque sin citarlo, el trabajo de Goldhaguen no sólo arremetió contra las tesis de Ch. Browning, sino también contra *Modernidad y holocausto*, de Z. Bauman (1989). Finalmente, el viejo anti-semitismo que, según Goldhagen, fundamentó esa patología muy específica de los alemanes termina haciendo a un lado la idea de que el Holocausto tuvo mucho que ver con la moderna, tecnológica e ilustrada civilización occidental. El estudio de Bauman, concluye que:

[...] el Holocausto fue un fenómeno típicamente moderno que no puede entenderse fuera del contexto de las tendencias culturales y de los logros técnicos de la modernidad [...] el Holocausto fue el resultado del encuentro único de factores que, por sí mismos, eran corrientes y vulgares. Y que dicho encuentro resultó posible en gran medida por la emancipación del Estado político —de su monopolio de la violencia y de sus audaces ambiciones de ingeniería social— del control social [...] (1989: 18).

¹⁵ En Estados Unidos y Alemania (pero no en Israel), entre 1996 y 1997, ningún libro recibió más atención —académica y del público en general— que este. Mientras el gran público de lectores no se cansaba de aclamarlo, en el mundo académico sus críticos fueron los más connotados historiadores del Holocausto y del anti-semitismo, ninguno de los cuales niega el papel del anti-semitismo en el Holocausto. Para seguir este debate véase Alford (1997); Moses (1998); Hinton (1998a).

En definitiva, apuntará Bauman, en el Holocausto coinciden las “antiguas tensiones que la modernidad pasó por alto, despreció o no supo resolver, y los poderosos instrumentos de la acción racional y efectiva, creados por los desarrollos de la modernidad” (1989: 19). Dentro de estos últimos, Bauman señala como fundamentos del Estado a la ingeniería social, la cultura burocrática, la ideología, la disciplina organizacional, la racionalidad instrumental que separa los medios de los fines, y el racismo. En suma, con toda normalidad, la civilización es capaz de emplear, de forma amoral, los medios que crea. El texto de Bauman retoma (de Milgram) la idea de que la racionalidad instrumental y la disciplina burocrática borran la línea de culpabilidad entre los perpetradores y sus víctimas. En adelante, a estos hombres civilizados, que trabajan en tareas segmentadas, se les impone el deber y la disciplina (1989: 180-198).

Goldhaguen invierte la tesis de Bauman: el Holocausto no se entiende como un producto a la vez genuino y perverso de la modernidad y de la civilización, sino como una enfermedad particular, y también una regresión, sufrida de manera específica por los alemanes. Fueron ellos (no nosotros), y todo se debió a vetustas ideas del antisemitismo, y no a la modernidad. Mientras el libro de Bauman es un intento por explicar la historia del occidente desde el Holocausto, Goldhaguen insiste en la “alemanidad” de este fenómeno como único argumento explicativo. Al final, no cabe duda que *Modernidad y Holocausto* es uno de los textos fundamentales en la trayectoria de los estudios sobre genocidio. Las lecciones que contiene este libro van más allá de la pretensión de hacer un recorte exacto y total entre la antigüedad y la modernidad, cuando lo que se observa son múltiples, contradictorias y desordenadas continuidades y rupturas.

La mirada desde abajo

En los estudios sobre perpetradores de genocidio se han dejado atrás los enfoques centrados en la psicología de los individuos, y también aquellos otros que intentaban descubrir características aparentemente únicas de la historia alemana. La implementación del genocidio como

fenómeno burocrático ha dado paso al entendimiento de otras realidades, que no por ser menos modernas y burocráticas, dejaron de ser igual o más brutales. El fenómeno de la obediencia se ha hecho más complejo y se ha superado el enfoque de investigación empleado por C. Browning y D. Goldhagen: esa tendencia de analizar a las unidades de perpetradores como si prácticamente éstas se hallaran pendientes en “el aire”, sin una relación con la historia de los territorios en los que se hallaban sus víctimas.

Esta renovación se ha logrado mediante estudios enfocados en la compleja trama de relaciones entre la historia de los territorios y las víctimas que allí vivían; en la secuencia de eventos que culminaron con el genocidio; en la situación de los victimarios en un ámbito micro, desde donde se analiza el papel los perpetradores y de las distintas agencias gubernamentales que tuvieron en sus manos la vida de sus víctimas.¹⁶ En *The Goleen Apple: War and Democracy in Croatia and Bosnia*, Nick Ceh y Jeff Harder (1996) penetran en las vidas cotidianas de personas comunes y corrientes que desde caminos diferentes atravesaron la guerra en los Balcanes. El libro narra veinte historias de supervivencia. Desde ese tono personal, se desprende un profundo análisis del genocidio. El texto da cuenta de una mezcla de tiempos, propósitos, circunstancias, ideologías, profesiones, nacionalidades y grados de participación. Una de las historias es narrada por un hombre llamado Izet. Prisionero en diversos campos de concentración serbios, cuenta cómo un vecino suyo lo denunció, condenándolo a los campos de concentración. Recuerda: “Si alguna vez encuentro a mi vecino, el que me denunció, yo sé que le haría a él, porque esto fue una gran matanza”. Más allá de esto, Sorabji (2006), puntualiza:

[...] las atrocidades cometidas cara a cara, inflingidas entre vecinos, cometidas —aunque no exclusivamente— en las villas, sirvieron no solamente para el propósito inmediato de remover gente de territorios que entonces estarían limpios, sino que también, a un propósito de largo plazo: fijar sobre las víctimas, con dureza, un tipo de memoria acerca de la transformación de un lugar familiar en una desagradable pesadilla.

¹⁶ Son ejemplos de este enfoque: Gourevitch (1998).

También sobre los sucesos en los Balcanes, Florence Hartmann (1998) articula, en su análisis, las complejas relaciones entre serbios, croatas, bosnios y musulmanes:

[...] los croatas, enterados de la guerra contra sus ex aliados musulmanes, emplearon los mismos métodos de los serbios —terror, deportaciones, campos de concentración, bombardeos indiscriminados contra civiles, masacres, bloqueo de la ayuda humanitaria, destrucción de edificios religiosos y apropiación de bienes [...] Víctimas de una doble agresión, los musulmanes cometieron violaciones al derecho internacional humanitario. Pero el gobierno de Sarajevo nunca hizo de la limpieza étnica su política, como si lo hicieron sus enemigos.

Se trata de mostrar las interacciones de los victimarios con las sociedades locales. Estas relaciones son vistas desde una perspectiva más histórica que coyuntural, que mira coaliciones de clase, y no rehuye ir hacia atrás en el tiempo.¹⁷ Se integra aquí toda una trama de alianzas entre víctimas y victimarios, estudiadas como puntos donde convergen muchas redes de poder local, nacional e internacional. Diversos análisis sobre los episodios de barbarie experimentados durante los años noventa en Yugoslavia y Ruanda, ejemplifican las complejas tramas de poder en el ámbito internacional (Hartmann, 1998; y, Gourevitch, 1998). Esto explica que, a pesar de los reportes de los servicios diplomáticos de los gobiernos, de los medios de comunicación y de las organizaciones humanitarias, la comunidad internacional no haya respondido a lo que entonces sucedía en aquellos territorios. En el caso de Yugoslavia, tuvieron que pasar tres años. En el caso de Ruanda, Gourevitch (1998) remarca los efectos para la población del programa de ajuste estructural acordado con el Fondo Monetario Internacional. Éste, sumergiendo a la población en una pobreza mayor, se sumó a otros factores coyunturales alrededor de la debacle genocida.

Con esta nueva tendencia, del asombro que provocó preguntar “¿cómo pudo ser posible?”, se ha pasado a una indagación más profunda que se interroga sobre “¿cómo funcionó?” Esto se hace con una pers-

¹⁷ Véase el trabajo de Hartman (1998) para los Balcanes.

pectiva que articula lo micro —las unidades de perpetradores, lo local y las víctimas— con lo macro —los grandes escenarios y movimientos dentro de las relaciones de poder. Más allá del carácter moderno de las matanzas y de las capacidades burocráticas y tecnológicas de los perpetradores, una gran parte del fenómeno sucede en lo local: cómo las lealtades comunitarias se resquebrajan, o cómo una fuerza militar penetra en la comunidad local, partiéndola entre aliados y enemigos.

CONCLUSIONES

Con el Holocausto, cambió el estudio de la matanza —ese fenómeno tan antiguo como la historia del hombre sobre la tierra. Aquel evento modificó la forma en que la humanidad había comprendido los asesinatos en masa. A lo largo de la segunda mitad del siglo veinte, el campo de estudio del Holocausto se fue transformando, paulatinamente, en el campo de estudio del genocidio. Para quien se adentra a este campo, las investigaciones sobre el Holocausto le tienen muchas lecciones y, quizá lo más importante, muchas interrogantes.

Desde la tradición estructural, es evidente que, desde el Estado, en cada caso concreto, la opción genocida se va perfilando históricamente como una alternativa para dominar a unos. Los Estados no se hayan solos, sino que forman parte de una trama de alianzas internacionales. Difícilmente es factible un genocidio sin una articulación que va de los perpetradores inmediatos a las instituciones del régimen, la sociedad, las élites y múltiples aliados internacionales. Desde la tradición cultural, hay adoctrinamiento, creencias, normativas y culturas grupales, reconocimiento del grupo, castigos, recompensas y movimientos de estatus, la construcción de obediencia y de conformidad en relación con la autoridad, instituciones y procesos de entrenamiento que re-socializan a los perpetradores, ideas sobre el adversario. Desde esta perspectiva se capta el tono emocional que es una parte constitutiva de momentos históricos de este tipo. Mientras que la tradición estructural nos plantea una perspectiva macro, basada en procesos y estructuras, la tradición cultural nos plantea una perspectiva micro, basada en instituciones, individuos y grupos. Explicar el problema de

investigación que abordo en este estudio desde estas dos perspectivas es uno de mis propósitos. Elementos de la tradición estructural y de la tradición cultural se hallan en el núcleo explicativo del problema de investigación que he planteado.

Conforme a mi problema de investigación, dentro del campo de estudio del genocidio, a mí me interesaban, de una manera particular, los perpetradores. En este capítulo di cuenta de cinco grandes debates que han contribuido al estudio del genocidio desde una perspectiva muy particular: la de aquellos que tuvieron en sus manos las vidas de las víctimas. Estos debates constituyen una especie de agujones intelectuales desde los cuales el campo de estudio de los perpetradores de genocidio se ha ido decantando.

Con la presencia de los 24 acusados ante el Tribunal Internacional Militar de Nüremberg, el 20 de noviembre de 1945, da inicio la perspectiva “desde los perpetradores” en el estudio de los genocidios. En sus inicios, la interrogante, desde una perspectiva psicológica fue ¿cómo fue posible que estos hombres hicieran lo que hicieron? Pocos años pasaron para que esta perspectiva fuera cediendo. Grandes trabajos, publicados en los años sesenta, intentaron descubrir el peso de los procesos burocráticos sobre los perpetradores.

En torno al Holocausto, el debate entre la intención y la estructura que atravesó los años ochenta y parte de los noventa fue uno de los más determinantes para las ciencias sociales en este campo de estudio, como también lo fue para mis investigaciones sobre los pelotones de la muerte en Guatemala. Antes que simple curiosidad histórica, rastrear el momento justo en que da inicio el genocidio es una interrogante fundamental. Desde aquel punto de partida pueden ubicarse los procesos de toma de decisiones, con sus decisores y los aliados de éstos, la red de poder en que están imbricados, el contexto histórico —nacional e internacional— las interpretaciones en torno a la crisis y las alternativas de solución, una de éstas el genocidio. Sólo cuando conocemos cuándo y cómo se tomaron las decisiones, podemos responder por qué aquellas órdenes fueron obedecidas y ejecutadas. El estudio del proceso de toma de decisiones permite indagar en los factores estructurales, impersonales, contingentes y también en aquellos otros, vinculados directamente a las decisiones

de los actores. Además, en el debate sobre el genocidio, hay que ser muy cuidadosos en colocar la evidencia a la par de los hechos. Esto nos previene de los ataques de corrientes que tratan de negar los hechos, y colocar en tela de duda la evidencia. Pero más allá de mi trabajo, la interrogante acerca de cuándo da inicio un genocidio es una pregunta fundamental, puesto que permite indagar en el cambio. Generalmente, un evento de genocidio representa una marca muy honda en la historia de los países en los que se perpetra. De ahí que entender la serie de procesos históricos alrededor de aquella ruptura no es una pregunta más sino una gran interrogante. En el esquema analítico que presento en el siguiente capítulo, el debate entre intención y estructura ha inspirado un intento de síntesis capaz de captar el contexto histórico y los procesos políticos, además, del adoctrinamiento, el fanatismo, y el racismo.

El debate Browning vs. Goldhagen, pero particularmente los descubrimientos de Ch. Browning, en torno a la división del trabajo en las unidades de perpetradores, constituyó un punto que yo intenté seguir, y que está en la base de mis indagaciones. Más allá de este punto neurálgico acerca de los perpetradores, el enfoque de investigación que ambos (Browning y Goldhagen) emplearon, esa idea de indagar en una unidad concreta de perpetradores, fue un estilo metodológico que yo intenté seguir, a pesar de las limitaciones que en Guatemala estaba seguro de encontrar. La idea de enfocar a los perpetradores de genocidio desde los escalones más bajos era —y sigue siendo— un reto metodológico de gran magnitud para descubrir lo que pasó en un genocidio. Mi investigación discurre entre las líneas del debate entre Browning y Goldhagen: la selección de los miembros de los pelotones, el adoctrinamiento, el entrenamiento, la voluntariedad, el peso de las reglas del grupo, el tipo de guerra y el racismo.

Pero finalmente, el genocidio no es más que el encuentro entre el perpetrador y su víctima. Ambos representan grandes condensaciones de procesos históricos. La última parte de este capítulo nos recordó la necesidad de dejar de ver a las unidades de perpetradores como si éstas prácticamente estuvieran suspendidas en “el aire”, sin relación con la historia de los territorios en los que se hallaban sus víctimas. En esta investigación esa advertencia, ha sido atendida especialmente en

el último capítulo, donde las víctimas se ven bajo una luz que va más allá de ese encuentro inmediato y fugaz con los perpetradores. Aquí se trata de captar la historia del territorio, los procesos políticos, y la historia de la guerra en aquella región. En suma, se trató de mostrar de qué manera, una secuencia de eventos transformó un paraje en el infierno de muerte y destrucción. Este punto hace que la síntesis entre los grandes procesos históricos, las razones burocráticas, los procesos de grupo vinculados con los perpetradores, y las indagaciones en torno a las víctimas se convierta en mi propuesta de investigación. Esto implicó volcarme primero a entender los grandes procesos históricos —internacionales, regionales y nacionales—, luego a comprender a la institución militar y la guerra a la que hizo frente y por último ver analíticamente la guerra en un territorio enmarcada por la historia regional de las víctimas.

No creo que sea posible entender del genocidio sin tomar en cuenta un examen de las circunstancias locales en que la matanza tiene lugar. Por ello la propuesta consiste en captar la matanza desde el micro nivel y las dinámicas locales. Se trata de un esfuerzo por reconstruir la vida y la muerte desde un pequeño caso. La maldad se concreta en lo pequeño, en las vidas de vecinos que vieron destruida su aldea y su comunidad. No obstante ello, en el intento de explicar ¿qué sucedió? Debemos ir más allá del pequeño caso y entender las dinámicas que se hallan en el nivel institucional y grupal de los perpetradores, en tanto miembros de una institución: el Ejército de Guatemala, y en un contexto particular de guerra de guerrillas. Esta integración de niveles de análisis representa un gran reto, pero esto es precisamente lo que cualquier sociólogo espera encontrar en su camino.

2. ESQUEMA ANALÍTICO PARA EL ESTUDIO DE PERPETRADORES DE GENOCIDIO

Como pudimos constatar en el capítulo anterior, no existe un consenso en relación con las causas que llevan a un régimen a tomar en sus manos la vida de poblaciones enteras. Desde la segunda mitad del siglo veinte se ha ido afinando la manera como entendemos esos horrendos pasajes por los que distintas sociedades han atravesado. Además de tener enfrente el suceso que marcó con fuego el siglo veinte —el Holocausto— este cambio de perspectiva tuvo que ver con los desarrollos dentro de las ciencias sociales. La pregunta ha dejado de ser “¿Cuál fue la causa?”. Ahora interesa entender “¿Cuáles fueron las causas?”. Al cambio en la pregunta se agrega un cambio en el enfoque. Ahora la exigencia es hacer una pintura con muchos colores. Se persigue estudiar cómo una diversidad de factores puede estar presente y darle forma a una secuencia de eventos. Entender cómo funcionan las relaciones entre aquellos factores —todos o algunos— en las historias singulares de pueblos y Estados. Y esto no se hace solo con la idea de explicar lo que sucedió, sino para establecer patrones causales que permitan entender casos que puedan presentarse en el futuro. Se trata de una explicación multi-causal, abierta al tiempo y compleja en su formulación. Es esta la concepción de ciencia social que permea el esquema analítico que propongo. No pretendo plantear una explicación uni-causal, ni una propuesta teórica del tipo “si x, entonces y”. Tampoco pretendo ofrecer una explicación completa. Antes que establecer un recetario de precondiciones, señalo caminos que puedan resultar fructíferos para futuras investigaciones. No se trata, por consiguiente, de una gran teoría sobre el genocidio, ni de un tipo ideal.

El esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio, que a continuación presento, reúne un conjunto de elementos causales. Éstos deben ser vistos como hebras que se entrelazan en la historia concreta de cada caso. Es un esquema analítico desde el cual es posible resaltar elementos que, en casos particulares de genocidio, pueden resultar fructíferos de investigar. El esquema analítico debe permitir captar las variaciones particulares entre distintos casos. Pequeños fragmentos de los nueve casos de genocidio serán citados para ejemplificar la forma en que los cinco elementos antes aludidos se despliegan en cada caso particular.

Siempre se corren riesgos cuando se crean esquemas analíticos. En algunas investigaciones puede que sea fácil encontrar lo que uno se ha fijado como hilo conductor, y con ello construir explicaciones plausibles. Contra esto no hay reglas metodológicas mecánicas que sirvan como salvaguarda. Lo mejor frente a esto consiste, advertía Barrington Moore: “en permanecer lo más vigilante y escéptico posible y mantener la mente abierta a la posibilidad de interpretaciones alternativas, sobre todo aquellas que van en contra de la propia naturaleza del investigador o de sus inclinaciones políticas” (1978: 26-27).

El esquema analítico que propongo para entender el proceso de construcción de los perpetradores de genocidio está compuesto por un conjunto de elementos que se hallan entrelazados:

- a) El Estado, el régimen y la coalición dominante;
- b) La crisis y la amenaza;
- c) El síndrome del chivo expiatorio;
- d) Las oportunidades de genocidio; y,
- e) La construcción de los perpetradores.

¿Cuál es el enfoque que está en la base de este esquema? Aquí se indaga cómo interactúan las ideas y las circunstancias en la realidad concreta de las unidades de perpetradores. Siguiendo a C. Browning (1996: 108), se trata de “una combinación de factores ideológicos y situacionales que permitieron a un régimen dictatorial y popular con fuerte impronta ideológica y a sus secuaces incondicionales movilizar al resto de la sociedad en pos de sus fines y uncirla a su yugo”. Este esquema analítico, aunque todavía centrado exclusivamente en las uni-

dades militares, es el que siguió Omer Bartov en dos investigaciones: *The Eastern Front 1941-1945: German Troops and the Barbarisation of Warfare* (1985); y *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich* (1991). Aquí el autor se centra en las dos variables antagónicas en Browning y Goldhagen: las circunstancias y la ideología. Indagando en los medios, los contenidos y las condiciones de efectividad, el autor logra reconstruir una imagen profunda del adoctrinamiento al que eran sometidas las unidades nazis. Simultáneamente, da cuenta de las condiciones de vida en las unidades comprometidas en los frentes de batalla. Ambos textos han inspirado de manera profunda mis investigaciones sobre Guatemala.

Desde esta nueva perspectiva, lo que antes se entendía como genocidios de forma global y macro es visto desde el relieve y las particularidades locales y regionales. Es la advertencia que nos hace Omer Bartov (2003):

[...] solo levantando nuestros ojos sobre el horizonte de un genocidio específico, llevándolo a una específica localidad en la que ese genocidio fue implementado, hasta aquellos sujetos que participando en la matanza, no fueron conscientes que fueron parte de un gran evento, seremos capaces de entender de mejor forma este fenómeno.¹

Combinando teoría e investigación, el esquema analítico propuesto en este capítulo permite articular aquellos elementos micro y macro presentes de forma singular en los casos de genocidio.² Este esquema analítico surge de la revisión de literatura sobre el tema, expuesto en el capítulo anterior y de la comparación de los nueve casos de genocidio siguientes:

¹ El profesor Bartov presenta estas notas, como un anticipo de un estudio sobre Buczacz —tras la caída de la Unión Soviética— parte de Ucrania. Un pueblo judío, que durante al segunda Guerra Mundial era parte de Galicia, un distrito de Polonia, posteriormente anexado a la Unión Soviética.

² Sobre la idea del caso en las ciencias sociales véase Ragin, 1992; Abbott, 1995; y Walton, 1992.

- el Imperio Otomano (hoy Turquía) contra los Armenios, en 1915;
- la Unión Soviética contra los Ucranianos, en 1932;
- la Alemania nazi contra los Judíos, Polacos, Rusos y Chechenos, entre 1941 y 1945;
- Indonesia contra el Partido Comunista, en 1965;
- Pakistán contra los Bengalíes (Bangladesh), en 1971;
- Camboya contra los pobladores urbanos, los campesinos, la etnia Chan, entre 1975 y 1979;
- Guatemala contra diversas etnias mayas, entre 1981 y 1982;
- Serbia contra los Croatas, Albaneses y Bosnios (en Yugoslavia), entre 1992 y 1995; y,
- Los hutus contra los Tutsis, en Ruanda, en 1994.

Estos nueve casos son las bisagras entre el esquema analítico y la evidencia empírica. De los casos extraigo evidencias, con las que demuestro cómo funcionan las piezas del esquema analítico. Es de esa forma como aspiro a presentar una descripción teóricamente estructurada. En la selección de los nueve casos quedaron excluidos los casos de violencia política que a lo largo del siglo veinte se vivieron en América Latina, cuyos grupos víctima generalmente estuvieron identificados desde lo político y lo ideológico, por lo que, en estricto sentido, son politicidios.³ Tampoco incluí los muchos casos de genocidio que ocurrieron como parte de campañas colonizadoras y de conquista. En la selección se trató de integrar aquellos casos que ocurrieron durante el siglo veinte y que, reconocidos como

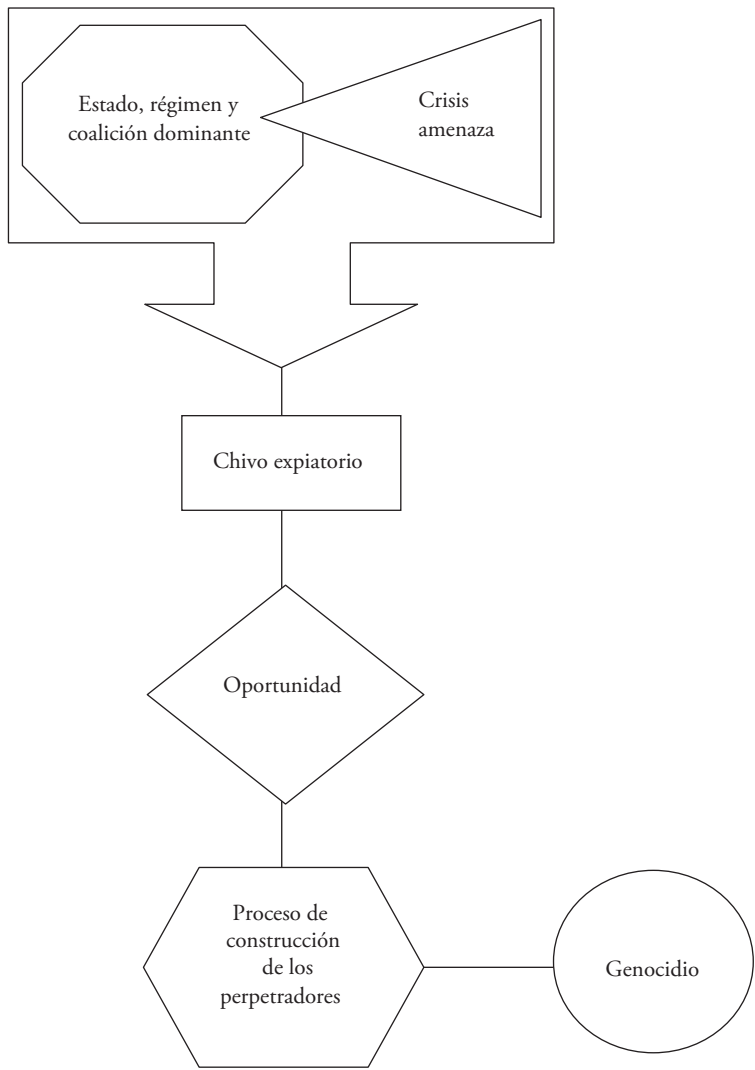
³ Citando a Harff y Gurr (1988a): “Para nuestra definición, genocidios y politicidios consisten en la promoción y ejecución de políticas por parte del Estado o sus agentes, cuyo resultado es la muerte de una parte sustantiva de miembros de un grupo. La diferencia entre genocidio y politicidio se deriva de las características de los miembros del grupo que el Estado ha identificado. En los casos de genocidio, los grupos son definidos primariamente en términos de sus características comunitarias, p.e., etnicidad, religión o nacionalidad. En los casos de politicidio, los grupos que son víctimas son definidos primariamente en términos de su posición jerárquica u oposición política al régimen y los grupos dominantes”.

genocidios por la comunidad académica, han sido objeto de investigación y estudio.

La naturaleza misma del genocidio impide utilizar las usuales reglas de inferencia de las ciencias sociales. Éstas fundamentan las conclusiones en el análisis de un número alto de casos, internamente variados. Si pretendiéramos seguir esta pauta en el estudio del genocidio, llegaríamos a la conclusión de que es un fenómeno tan escaso, que no vale la pena estudiarlo. La gran dificultad para quienes sí creemos que estudiar este fenómeno es relevante, es que debemos razonar y teorizar a partir de un número limitado de casos en los que fenómenos potencialmente generalizables se encuentran imbricados con causas locales *sui generis*.

El esquema analítico tomó como punto de partida a los perpetradores. Otras investigaciones partirán de las víctimas, en tanto que otras lo harán desde la perspectiva de quienes presenciaron la barbarie que frente a ellos acontecía, los testigos. Los procesos que crean y dinamizan a los perpetradores fueron el punto de partida analítico, desde donde he descubierto que para entenderlos hace falta ir más allá de ellos. Se precisa completar un cuadro más complejo, donde también intervienen las condiciones de las víctimas y las diversas fuerzas de alcance nacional e internacional. Las víctimas no tienen un carácter pasivo. Su posición, las respuestas y estrategias frente a los perpetradores, contribuyen a configurar complejas dinámicas de interacción dentro de las cuales se da la respuesta estatal genocida. Es decir que el esquema de análisis no está exclusivamente centrado en los perpetradores, aunque pretende dar cuenta de sus acciones. De allí que el esquema de análisis desarrolla una explicación sobre las víctimas, de su estigmatización como chivos expiatorios, que puede ser la antesala del genocidio. Las víctimas también aparecen en mi propuesta analítica cuando intento dar cuenta de los diversos factores que dieron forma a una crisis que está en la raíz de la respuesta genocida. Asimismo, el apartado sobre las oportunidades también pretende integrar y entender la condición de las víctimas. Pero se trata de un esquema analítico que no tiene más propósito que entender el genocidio desde los perpetradores, haciendo evidentes las complejas dinámicas de interacción con las que desarrollan sus actos de barbarie.

Gráfica 2.1
Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio



Elaboración propia.

2.1. ESTADO, RÉGIMEN Y COALICIÓN DOMINANTE

¿Qué tipos de Estados y de regímenes cometen genocidios? En los casos aquí analizados, si bien es cierto que no resulta nada fácil dar una caracterización completa de los regímenes que llevaron a cabo un genocidio, todos se hallaban más lejos de las características democráticas y más cerca de las características totalitarias.⁴

Más allá de los dos ejemplos arquetípicos del totalitarismo (la Alemania nazi y la Unión Soviética con Stalin), de los casos que pueden ser calificados como regímenes sultanísticos, como el imperio Otomano, Indonesia bajo Suharto y Ruanda, las definiciones de regímenes se hacen complejas. Brachet-Márquez (2005) propone un empleo diferente de estas definiciones de regímenes, argumentando que “[...] el concepto de totalitarismo podría ser más útil como un calificativo que como un sustantivo, de tal forma que regímenes fascistas o comunistas pueden ser etiquetados como totalitarios únicamente en casos y periodos específicos”.

⁴ La coalición dominante que da forma a un Estado define sus relaciones con la sociedad por medio del régimen político. Éste materializa la manera como se acceda al poder y éste se ejerce. Preliminarmente entenderemos por régimen político: “organizaciones formales e informales, relaciones y reglas que determinan quién emplea el poder estatal y para qué fines. Y también, cómo quienes están en el poder se relacionan con quienes no lo están” (Fishman, 1990: 428). El régimen, define las relaciones de poder que ejerce el Estado, mientras que el gobierno conforma el equipo que maneja al Estado en un periodo dado, tanto por la vía legal como por la coerción vía fuerzas militares, paramilitares y milicias. Por coalición dominante entenderemos al grupo —más o menos cohesionado— cuyo poder político está fundamentado en la acumulación de capital. Además del mero capital, existe un conjunto de formas culturales, de carácter hereditario, que juegan un papel preponderante en la manera como la coalición dominante hace uso del poder político. Dentro de la coalición dominante es preciso distinguir entre los grupos gremiales, que tienen un carácter más público y otros, que operan de forma más informal. La coalición dominante es una articulación entre los grupos nacionales, que operan en el centro del Estado, y que extienden múltiples articulaciones con grupos locales, regionales o transnacionales. Sobre este punto me he inspirado en la forma como B. Moore (1966) emplea —aunque sin definirlo de manera explícita— el término coalición dominante.

Otro aspecto que es útil tener en cuenta es la manera en que formas democráticas y no-democráticas se hallan articuladas en la arena internacional, y también en los propios regímenes democráticos (Brachet-Márquez, 2005).

En cinco de los nueve casos de genocidio revisados en este estudio, Estados se enfrentaron contra otros Estados o regiones que consideraban parte de su territorio: el Imperio Otomano contra los Armenios; la Unión Soviética contra los Ucrucianos; la Alemania nazi contra los Polacos, los Rusos y los Chechenos; Pakistán contra los Bengaleses; y los Serbios contra los Croatas, los Albaneses, los Bosnios y los Musulmanes. Con la excepción de Bangladesh, ninguna de las etnias víctimas logró su independencia territorial. En los otros cuatro casos —Indonesia, Camboya, Guatemala y Ruanda—, el genocidio fue el medio para que los Estados aplastaran a las disidencias internas.

En los casos de genocidio aquí considerados, se trató de regímenes que forjaron o aprovecharon para sus propósitos, una distinción —más o menos precisa— entre aliados y enemigos, fueran estos internos o externos. En la definición de aquella distinción, que puede llegar a concretarse en la construcción del enemigo, interviene el tiempo, tal y como lo veremos en el apartado 2.3. (el síndrome del chivo expiatorio) de este mismo capítulo. Algunas veces, la intolerancia es el sustrato de una larga condensación histórica; en otras, la intolerancia se activa de forma intempestiva como resultado de una crisis, de proyectos políticos que se enlazan con antiguas tradiciones.

En los casos aquí estudiados, durante décadas y centurias, unos grupos convivieron con otros de formas más o menos pacíficas. Dominados, sí, pero pacíficos. Pero entonces, surge una crisis y en ésta, unos actores estatales emplean ideas que hasta entonces eran minoritarias, las lanzan y logran movilizar a una parte de la sociedad para aterrorizar a otra. F. Hartman (1998) realiza una lectura de cómo en Yugoslavia, rompiendo con centurias de convivencia multiétnica, el odio se introdujo en la agenda política.

Él (Slodovan Milosevic, líder serbio) tenía control efectivo sobre el ejército y la policía de la federación, y animó en los serbios dispersos por

todo el país el deseo de constituir una república independiente. Con poderosos aliados ultra-nacionalistas en la palestra, se logró la manipulación de todas las instituciones clave en Serbia (la academia, los medios y la iglesia) (Hartman, 1998).

Más que ver al Estado, al régimen político y al gobierno como entidades separadas, lo que muchas veces ocurre —especialmente en regímenes no democráticos— es una compenetración entre estos ámbitos. Las distinciones se diluyen por la presencia central del alto mando de las fuerzas armadas; las bandas paramilitares y las milicias; el poder del partido único; y, el peso del dictador. Pero también, el cambio o una pequeña modificación en un ámbito —entre Estado, régimen y gobierno— acarrea consecuencias para los otros.

Los cambios en la coalición dominante se verán reflejados en pequeñas y grandes transformaciones en el ámbito del Estado. Las razones para que un cambio se de son muy diversas y no se puntualizará aquí sobre ello. Es equivocado ver, tanto al Estado, como a la coalición dominante, como cristalizaciones definitivas, en relación a un momento de la historia. Se considera que es mejor un análisis enfocado en las formas en que el cambio —a veces lenta o a veces muy rápidamente— va dándose en ambas esferas (la coalición dominante y el Estado).

El estudio de los genocidios es también el estudio de un tipo de cambio social en el que hay un punto en el que un conjunto de fuerzas emergen, —acelerando y activando condiciones incubadas, larvadas—, sumergiendo aquel tiempo y espacio en un infierno. Finalmente, para el investigador, todo consiste en entender aquella convergencia de factores.

El sentido común dicta que no es posible que un solo individuo pueda llevar adelante un genocidio. Se requiere de un amplio consenso en la administración pública y en la sociedad. Pero de allí a condenar a toda una sociedad, la sociedad alemana por el Holocausto, por ejemplo, hay una diferencia abismal.⁵

⁵ Es éste otro de los elementos centrales en la discusión entre Goldhagen y Browning.

Una de las grandes interrogantes en todo genocidio consiste en preguntarse cuándo un gobierno toma la decisión de ejecutarlo. En torno al Holocausto se ha indagado en torno a si, como ya advertíamos en el capítulo precedente, ¿permiten inferir las medidas previas al exterminio en masa (junio de 1941) que existía un plan preconcebido? La respuesta, indicábamos divide en dos el campo de estudio: los “intencionalistas”, y los “funcionalistas”. Los primeros sostienen la existencia de una planificación de la solución final desde el ascenso al poder del Partido Nacional Socialista. Para los segundos, la solución final sólo se fue perfilando como una decisión determinante, en la medida en que una serie de circunstancias históricas coincidieron en un tiempo. Por otro lado, en Guatemala, el régimen militar que emergió del golpe de Estado de 1963, y que posteriormente se renovó en las urnas (con o sin fraudes electorales) no fue concebido con el propósito de aniquilar a poblaciones mayas. Como intento demostrarlo, la decisión de llevar a cabo el genocidio no se tomó antes del segundo semestre de 1981.

No hay correspondencia predecible entre los eventos de genocidio y el Estado, el régimen y las coaliciones dominantes. No hay Estados, regímenes, ni coaliciones dominantes genocidas. Lo más que podría pretenderse establecer es un mayor o menor riesgo de comisión de un genocidio. Para que el Estado, el régimen y la coalición dominante se transformen en elementos comprometidos en el mecanismo explicativo deben intervenir factores situacionales, como las crisis y la forma que éstas asumen.

2.2. LA CRISIS Y LA AMENAZA

Frente a crisis percibidas como amenazas a la estabilidad del orden político, los gobiernos responden con menor o mayor grado de coerción, dependiendo de sus capacidades estatales, las tradiciones y el entorno internacional.⁶ La noción de crisis es muy amplia. Puede tratarse

⁶ La crisis es una situación en que las capacidades para la reproducción del Estado son cuestionadas de manera radical. En la crisis tiene lugar la confrontación entre distintos proyectos que afectan la estructura de poder. Es una situación deci-

de campañas militares de control, conquista o expansión imperialista, como el caso del Holocausto, de Ucrania (1933), y de Yugoslavia (1992). En estos tres casos, las víctimas no se implicaron en una disputa de poder, ni se presentaron, desafiantes, como una amenaza. Simplemente, sus territorios eran parte de planes de expansión y conquista de Estados. En otros casos, el genocidio fue el resultado de la secesión de una región, como en Bangladesh (1971). En tales circunstancias, el Estado emprendió acciones genocidas en su intento por imponerse y subyugar. También, puede tratarse de una crisis meramente política en la que se ve envuelto un régimen que estigmatiza a la oposición, como en Indonesia (1965-1966); como medida para aplastar a las bases sociales de un movimiento guerrillero, como ocurrió en Guatemala (1981); o como estrategia para exterminar a un grupo en medio de una guerra, como en Ruanda (1994). Uno de los eventos de genocidio aquí analizados está vinculado a las repercusiones de una revolución triunfante: la de Camboya (1975-1979).

Lo importante no es describir el evento que marca el apogeo de la crisis, sino la forma como un conjunto de factores se combinaron para constituirarla. Por ejemplo, una crisis económica puede ser la trama de fondo de una escalada militar en medio de una guerra civil, misma que es enfrentada por un régimen político cuya legitimidad ha sido cuestionada, y que está acostumbrado a reprimir de manera severa a toda oposición política y social. O bien una crisis económica provoca un cambio en el gobierno que lleva al poder a un partido con una ideología que proclama la exclusión de unos y la expansión militar. Son estos algunos de los patrones que tienen mayor propensión a derivar en un genocidio. Interesa describir este patrón y el conjunto de factores que —combinados— derivaron en la crisis.

En una crisis es importante tener en cuenta la asociación entre unos sucesos —económicos, militares y políticos—, la forma como los percibe y define el equipo de gobierno del momento, los aliados que este encuentra en la sociedad y los poderes internacionales que deciden no

siva que se basa en signos —locales, regionales o transnacionales— de la realidad, los que son percibidos por la coalición dominante, o una parte de ésta. Opera aquí, por supuesto, una interpretación de la realidad.

hacer nada, o aprueban pública o discretamente las acciones del gobierno en cuestión. No existe una relación de determinación predecible entre la intensidad de una crisis y el genocidio. La mayoría de naciones enfrentan crisis sin que ello derive en actos de genocidio.

Especial atención merece una crisis cuando ésta se desata en un contexto militar. De 36 casos de genocidios y politocidios ocurridos entre 1945 y 1996, 28 tuvieron lugar en condiciones de guerra (Harff y Gurr, 1988a; 1988b). En tales casos, los mismos factores de crisis —psicológicos, organizacionales y económicos— que llevaron a la guerra, más la violencia que ésta misma desata, pueden generar genocidios (Markusen y Kopf, 1995). Pero en otros casos esto no llega a ocurrir: no todas las guerras conllevan genocidio.

Cuando en una guerra se emplean tácticas de guerra de guerrillas, se incrementa la probabilidad de genocidio. Así, Valentino (2004) contabiliza 81 Estados que, entre 1945 y 2000, enfrentaron conflictos en los que se emplearon tácticas de guerrilla; en 27 de estos casos (o un tercio del total), se cometieron politocidios o genocidios.⁷

¿Cuáles son los elementos que conectan la guerra de guerrillas con el genocidio? Son los territorios y las poblaciones que los ocupan. Dado el tipo de enfrentamiento bélico, los rebeldes establecen una relación con las sociedades locales, extrayendo de éstas recursos humanos y logísticos e información sobre el enemigo. Los territorios pueden ser definidos como vías de comunicaciones, zonas de producción, áreas donde operan los rebeldes o bien áreas bajo el control de éstos. Las preguntas determinantes aquí son ¿cuánto dependen las fuerzas guerrilleras de la población local o de fuentes de ayuda exterior? y ¿cómo

⁷ ¿Qué debemos entender por guerra de guerrillas? Me apegó a la definición propuesta por Wickham-Crowley (1990, 1992): la guerra de guerrillas es aquella actividad bélica llevada a cabo por fuerzas irregulares, organizadas en pequeñas unidades móviles, provistas de armamento ligero, que realizan diverso tipo de operaciones militares, sin defender posiciones o frentes de batalla estáticos, y que no mantienen líneas de abastecimiento o de comunicaciones de carácter permanente. Estas fuerzas obtienen refugio, provisiones, información de inteligencia y camuflaje, de las poblaciones entre las que regularmente operan. Las poblaciones son organizadas como parte del trabajo político, pudiendo tomar parte en operaciones de propaganda y sabotaje.

se estructura dicha relación? En Centroamérica, los casos extremos en relación con este punto son Guatemala y Nicaragua. La contra nicaragüense es un ejemplo de cuando las fuerzas guerrilleras reciben su apoyo del exterior, lo cual hace que el adversario (en este caso el régimen sandinista) no arremetiera contra las poblaciones cercanas a las bases de éstos en la frontera de Honduras. Lo sucedido en Guatemala demuestra lo contrario. Un apoyo masivo de la población al proceso insurreccional, tuvo como respuesta un alto grado de violencia Estatal.⁸

Finalmente, aquella amenaza es percibida por las fuerzas estatales, en medio de una determinada situación geopolítica en la que coinciden con poderosos aliados internacionales, quienes ofrecen una garantía de impunidad. Esa sensación de impunidad también puede alcanzarse cuando el poder se ha concentrado de forma absoluta en una institución o un grupo durante un largo periodo de tiempo. Esto permite que el grupo de perpetradores consolide la idea de que nadie se acordará de las víctimas y nadie podrá perseguirlos judicialmente.

No obstante, la relación entre Estado y crisis tampoco es suficientemente determinante para explicar los eventos de genocidio. Debemos considerar el síndrome del chivo expiatorio.

2.3. EL SÍNDROME DEL CHIVO EXPIATORIO

Una crisis puede ir acompañada de la definición de un chivo expiatorio (Girard, 1982). Este es el resultado de una construcción ideológica que se alimenta y hace uso de aquellos odios larvados en la larga historia de las sociedades, pero que también es capaz de inventar, evocando ideas y luchas pasadas. Con el fin de atravesar el momento de crisis, toda la ira debe descargarse en el chivo expiatorio. Sólo entonces, la seguridad perdida se restablecerá.⁹

⁸ Sobre el caso de Nicaragua véase Byman, 2001. Sobre el caso de Guatemala, véase Richards, 1985; Landau, 1993; y, Rubenstein, 1987. Sobre la idea de destruir a las fuerzas guerrilleras en sus bases sociales mismas, véanse los apuntes del teórico francés de la contrainsurgencia y veterano de las guerras en Indochina y Argelia Roger Trinquier (1964).

⁹ Para la idea del chivo expiatorio me baso en R. Girard (1982). Pero la idea

El chivo expiatorio, además de designar a un grupo como superfluo, lo tachará también de peligroso. Se trata de una estigmatización muy amplia. Comparando el Holocausto y el genocidio contra los Armenios, Robert Melson escribió:

[...] los enemigos internos son identificados con enemigos externos al Estado revolucionario. Son vistos, como miembros de una gran conspiración, una amenaza mortal contra el Estado, por lo que medidas violentas contra ellos deberán ser propuestas (1992).

Nos han reprochado, decía el Ministro del interior (del Imperio Otomano), que no hayamos hecho ninguna distinción entre los Armenios inocentes y los culpables; pero esto era imposible, porque los que son inocentes hoy podrían ser culpables mañana (Morgenthau, 1915).

¿En qué consiste la construcción del chivo expiatorio? En la mezcla de un conjunto de creencias. En la práctica, las acciones forman y transforman las creencias. No se trata de relacionar causalmente creencias con acciones. Este proceso puede ser analizado dentro del esquema de la intensificación gradual de las acciones y, por lo tanto, de las creencias que las acciones requieren para justificarse. Ervin Staub (1989) lo conceptualiza como el “continuum de la destrucción”.

El chivo expiatorio consiste en señalar a un grupo. Matarlos empezará a perfilarse como el medio para salir de la crisis, disolviendo la rebelión, aplastando a los independentistas, manejando una situación revolucionaria o posrevolucionaria, o ganando la guerra de expansión. Contra el chivo expiatorio se desarrollará entonces un proceso gradual que podrá llegar a su término con el genocidio.

Algunas características de esta producción ideológica pueden resumirse de la manera siguiente:

a) logrará una condensación de creencias del pasado;

original es muy anterior, como lo demuestra la siguiente cita de la Biblia: “Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: ‘Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación’. Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por toda la nación —y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde este día, decidieron darle muerte”. Evangelio según San Juan (11: 49-53).

- b) empleará de manera flexible un conjunto heterogéneo de ideas, las que serán integradas en lo cotidiano, el sentido común, a través de frases, dichos, entre otros;
- c) creará al adversario, a la vez que indicará —implícita o explícitamente— lo que contra éste es debido hacer;
- d) esta ideología será, además útil para paralizar al resto de la sociedad.¹⁰

En su definición, el chivo expiatorio puede llegar a alcanzar un estatus administrativo y legal, o aprovecharse de uno ya existente. Tal fue el caso de Ruanda (1994), donde la pertenencia a uno u otro grupo (hutus o tutsis) se individualizaba en los documentos de identificación del registro nacional de ciudadanos. Incluso se pueden emplear signos físicos, lo que luego del Holocausto (la estrella amarilla) fue empleado en Camboya, utilizando bufandas azules y verdes (Kiernan, 1985, 1991, 1996).

Formulada por intelectuales e ideólogos, esta producción ideológica se disemina a través de diversos medios —imágenes, palabras escritas, cara a cara. El periódico *Kangura* (¡Despertar!), desde inicios de la década de 1990, y luego, desde 1993, la *Radio-Televisión Libre de las Mil Colinas*, jugaron este papel en Ruanda (Bruneteau, 2004). Peter Uvin (2001) analizó el papel de la ideología como conjunto de creencias enraizadas a lo largo del tiempo, las que en momentos específicos son activadas por la propaganda. Afirma que la creencia en el exterminio de los tutsis “Se basaba en creencias y mitos muy antiguos, expresados en forma de historias, aforismos y proverbios; en décadas de ideología política transmitidas a través de discursos [...]”.

En el proceso de construcción del chivo expiatorio juegan un papel determinante la religión y el racismo. En Ruanda, la iglesia católica —integrada en su mayoría por clero belga— apoyó fuertemente a la mayoría hutu que tomó el poder con la revolución de 1959-1962, derribando a la minoría tutsi (Bruneteau, 2004). Philip Gourevitch (1998) recoge la historia de un pastor de un pequeño pueblo de Ruan-

¹⁰ Acerca de esto, véanse los trabajos de Gellately (1996, 1988); y Fitzpatrick y Gellately (1996). En éstos se detalla cómo el terror se desplaza por la sociedad.

da, que, como jefe de la iglesia local, incitó a los tutsis a reunirse en la iglesia y en el hospital para proclamar la legitimidad de las matanzas ante los militares y milicianos que acordonaban la aldea, previo a la masacre. El texto ejemplifica el papel de las autoridades espirituales y laicas, los notables de cada lugar, en la construcción del odio.

En Guatemala, la iglesia Católica se dividió entre la jerarquía, el gobierno de la Iglesia y los sacerdotes de base y los catequistas. Algunos de estos últimos apoyaron al movimiento guerrillero y así permitieron que las ideas de la revolución se tradujeran, mediante el lenguaje religioso. Mientras tanto, una parte de la jerarquía católica mantenía relaciones con el alto mando del cuerpo de oficiales del Ejército. Dicha relación implicó ciertos niveles de encubrimiento —o por lo menos de silencio cómplice— frente a la violencia desde el Estado.

En la década de 1980 en Yugoslavia se construyó un discurso contra los musulmanes, considerados extranjeros. La iglesia Ortodoxa cultivaba desde tiempo atrás el mito de la gran serbia (Bruneteau, 2004).¹¹

En algunos casos, los odios étnicos se hallan tan arraigados que no se requiere de una difusión masiva de propaganda contra un grupo étnico identificado como enemigo. Esto es lo que ocurrió en Guatemala, donde los altos grados de racismo en las relaciones entre las clases altas terratenientes y las mayorías indígenas, ha sido una constante.¹²

Para Goldhagen, el Holocausto fue el resultado inevitable de una especie de programa incubado en la historia alemana: el “anti-semi-tismo eliminacionista”. Para Browning, el uso del racismo sólo tiene valor como parte de una ideología puesta en marcha con el ascenso

¹¹ N. S. Davis (1973) demostró las diferencias entre la violencia de protestantes y católicos en el contexto de las guerras religiosas en la Francia del siglo xvi. Ello se debe al importante papel de las mediaciones religiosas para la construcción del adversario y la manera de ejercer violencia sobre éste. Para otras explicaciones en esta línea véase Hinton, 1998; Taylor, 1999.

¹² El racismo consiste en la “Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico, especialmente cuando convive con otro u otros” (*DRAE*). La discriminación racial son actos basados en el racismo. Las ideas de superioridad racial fundamentan actitudes que se concretan en relaciones interétnicas. El racismo hace superior a un grupo en tanto que degrada a otro, calificándolo como inferior. Para una discusión mayor, véase Hinton, 2002, bibliografía.

del régimen nazi y, en una escala más mortífera: la guerra imperialista que éste desató.¹³ Como parte de la discusión acerca del papel del racismo, por toda Europa los judíos mantenían lazos religiosos entre sí, pero también relaciones sociales de carácter étnico, de trabajo, lingüístico, territorial, de patrones de alimentación y vestuario, la educación, la cultura, de selección de entidades de salud y servicios sociales, medios de comunicación y partidos políticos. Para 1930, los judíos alemanes constituían apenas 1% de la población. En comparación con otras regiones de Europa, ellos disfrutaban de mayores beneficios y se hallaban más integrados a la sociedad. Uno de cada cuatro contraía matrimonio con alemanes (Niewyk, 1980).

La definición del adversario, el contexto concreto en el que el genocidio tendrá lugar —una guerra civil, o una guerra de expansión imperialista—, las condiciones históricas —el tipo de colonización, las tradiciones nacionales, el uso que del racismo se ha hecho, el papel del grupo estigmatizado dentro de las formas de producción de riqueza—, y el territorio, son algunos de los elementos que determinarán el papel del racismo en los eventos de genocidio. El racismo no actúa solo, podríamos decir. Necesita de una combinación de factores para aflorar.

A diferencia de otros fenómenos sociales, el genocidio implica tener en cuenta un cierto tono emocional. Se trata del sentido de los eventos, y de la interpretación simbólica que orienta —posiblemente de forma contradictoria— la acción de los actores. Para los perpetradores no se trata simplemente de una masacre contra una población civil no combatiente, sino del exterminio de “los enemigos de la patria”. Los eventos se construyen, re-significándose. Se legitiman las formas de acción de unos, a la vez que se condenan las de otros, creando así un discurso legitimador y sancionador. Cuando el repertorio de medios y formas de acción incluye la violencia, aquí se defiende la noción de *bellum justum*: la legitimidad de “nuestras” violencias sobre los “otros”; y, también, sobre las violencias de estos “otros”.

¹³ Acerca del papel del antisemitismo en la solución final véase Mosse, 1978, bibliografía.

La construcción del chivo expiatorio requiere de grandes dosis de ficción que hacen uso —alterándolas— de ciertas características del grupo víctima. De forma recurrente, en uno y en otro caso de genocidio, los victimarios se dan a la tarea de incrementar la reputación de maldad, la fuerza y los recursos del grupo que se convirtió en su víctima. Como ha demostrado Eric Weitz (2003), es de las utopías de raza y nación de las que con mayor frecuencia se hecha mano para movilizar a los perpetradores de genocidio. En sus descripciones, el contexto en que aquello ocurre cobra dimensiones apocalípticas. En el discurso del victimario, la víctima debe ser presentada como merecedora de la muerte. Necesidad y ficción se combinan para estigmatizar.¹⁴ En palabras de Roger Smith:

La forma básica de esta fantasía de salvación social, repetida en el tiempo y el espacio, empleando el lenguaje de la religión o de la ciencia, en el ámbito de la derecha o de la izquierda en los modernos movimientos totalitarios, está estructurada de la forma siguiente: el mundo/ la sociedad, está dominada por un maligno, tirano poder de destructividad sin límites, un poder no solo cruel, sino demoníaco. La tiranía de este poder se convertirá más y más ofensiva, mientras que los sufrimientos de las víctimas serán más y más intolerables. Entonces, de repente, los oprimidos se levantarán y en una lucha de exterminio final, el mundo/ la sociedad renacerá de su inocencia. En corto, solo a través de las masacres puede el mundo ser purgado de la maldad y la opresión: el exterminio es el precio de la virtud y la felicidad (1989: 2-3).

La definición del chivo expiatorio suele basarse inicialmente en una característica de la víctima: territorial, étnica, ideológica, religiosa, política o de clase social. Pero ese es solo el punto de partida. Luego, los elementos definitorios iniciales se combinan con otros. Veamos, ejemplos específicos:

¹⁴ La principal línea de análisis sobre genocidio en esta dirección fue abierta por Norman Cohn (1967, 1970, 1977). Para Cohn, el Holocausto no resulta de una acción calculada, sino que está inspirado en fantasías apocalípticas y mesiánicas, que se hacen más “necesarias” en momentos de crisis.

- En Ruanda (1994), lo étnico se integra con factores políticos e ideológicos, movilizadas por organizaciones.
- En Camboya (1975-1979), tras el triunfo de la revolución Jemer y en el afán de consolidar una utopía ideológica, el enemigo se construye con criterios fundados, en primera instancia, por la membrecía política (los enemigos en la guerra revolucionaria, y quienes se abstuvieron de participar), la clase social, la territorialidad (habitantes urbanos), lo étnico (la etnia musulmana Cham, aquellos que tenían orígenes vietnamitas o chinos), y religiosos (contra la práctica del budismo y el catolicismo).
- En Guatemala (1981-1982), la necesidad de arrancar a los insurgentes de sus bases de apoyo hizo que el Ejército identificara, bajo criterios militares, los territorios que recuperaría con el genocidio. En Guatemala, el territorio está articulado con lo étnico y lo lingüístico. Destruir el vínculo entre el campesinado indígena y los insurgentes, como actores ideológicos y políticos, fue el objetivo de aquel genocidio.
- En Ucrania (1932), el deseo de aplastar la identidad nacional se hilvana con lo territorial y lo ideológico. La maquinaria de propaganda soviética disfraza el genocidio con supuestas razones económicas, de producción y distribución de granos (la hambruna no tuvo lugar en todo el territorio); razones socio ideológicas, es decir, la colectivización del campesinado (la que para 1931 ya había concluido); razones militares, creando supuestas acciones de bandas armadas (las que para 1933 ya habían dejado de operar) (Adalian, 2004).
- En Yugoslavia (1991-1995) se trató del proyecto expansionista de los serbios que, con el control de la Federación, instrumentaron una política (y una ideología nacionalista) para hacerse con el control de los territorios de otros grupos étnicos (Eslovenos, Croatas y Bosnios). Lo étnico y lo religioso se concretó en un programa político que identificó al enemigo bajo características étnicas, religiosas y territoriales.
- En Indonesia (1965-1966), a partir de lo ideológico y lo político, esto es, la lucha contra el comunismo, se construye una supuesta amenaza religiosa. Ésta se empleará como elemento de

propaganda con objetivos movilizadores del poder militar contra el adversario, construido bajo éstos términos;

- En Turquía (1915) y en Bangladesh (1971), las aspiraciones nacionalistas, basadas en el territorio y fundadas en características religiosas y étnicas de un grupo, entran a la trama de alianzas internacionales, para construir el chivo expiatorio.

El territorio juega un papel fundamental. La condición territorial de las víctimas hace que, a diferencia del Holocausto, no sea preciso transcurrir por las fases de definición, expropiación, concentración y aniquilación (Hilberg, 1961). En muchos casos, las víctimas se hallaban concentradas, debido a procesos de segregación, como en Yugoslavia (1992-1995), Guatemala (1981-1982), Ucrania (1932-1933), y Anatolia (1915). El territorio es el punto de contacto de los grupos estigmatizados con el mal (de la forma en que éste puede ser definido). Con el chivo expiatorio, además de dar cuenta de quiénes y cómo son, se indicará dónde están.

Especialmente importante fue la ubicación de los Armenios al oriente del imperio Otomano. Esta región coincidía con lo que era considerado el corazón del territorio turco y la frontera con el enemigo, Rusia (Hovannisian, 1980). Similar fue el caso de los camboyanos que habitaban en la frontera con Vietnam, contra los cuales, no importando incluso si pertenecían o no a estructuras del partido, se desató el terror (Heuveline, 1998). Para entender el genocidio cometido por la Unión Soviética en Ucrania, la idea de territorio también es vital. Es territorialmente como se descarta el argumento de un accidente, reconstruyendo los contornos y las diferencias territoriales a partir de la presencia de población ucraniana y no desde características agrícolas y climáticas (Mace, 2004).

Más que buscar entender la forma cómo unos deciden exterminar a otros, me parece necesario entender cómo se construye la trama, mezclando diversos elementos alrededor de la construcción del “nosotros, los que vamos a defender a la patria [...]”. Sería equivocado prestar atención exclusivamente a lo que hemos llamado la construcción del chivo expiatorio. Hay que entender cómo un sueño utópico de salvar la nación se mezcla con las aspiraciones nacionales, en me-

Tabla 2.1
Eventos de genocidio aquí considerados

Tiempo	1915	1932	1941-1945	1965	1971	1975-1979	1981-1982	1992-1995	1994
Geografía	Imperio Otomano (Turquía)	Ucrania	Europa	Indonesia	Bangladesh	Camboya	Guatemala	Yugoslavia	Ruanda
Contexto	Primera Guerra Mundial Amenaza independentista	Guerra Civil (1919-21) contra revolución	Segunda Guerra Mundial	Conflicto con Malasia	Conflicto con Pakistán	Guerra con Estados Unidos y Vietnam	Guerra civil contra fuerzas guerrilleras	Guerras de los Balcanes	Guerra Civil
	Movimiento independentista	Expansión	Expansión	Disidencias internas	Movimiento independentista	Revolución	Disidencias internas	Movimiento independentista	Disidencias internas
Victimarios	Fuerzas regulares e irregulares Ejército tribus kurdas	Ejército Rojo Unión Soviética	Fuerzas regulares e irregulares Nazis	Ejército de Indonesia (milicias religiosas)	Ejército pakistaní	Partido y Ejército Jemer	Ejército de Guatemala (fuerzas paramilitares)	Fuerzas regulares serbias, milicias	Fuerzas regulares e irregulares Hutus (milicia <i>Interahamwe</i>)
Definición de los grupos de víctimas	Grupo nacional/ religioso: armenios otomanos	Grupo nacional/ social Ucranianos (campesinos)	Grupo racial y religioso; ideológico y nacional: judíos/ polacos/ rusos/ chechenos	Grupo Político/ étnico/ religioso/ social: Partido Comunista, Chinos y campesinos	Grupo nacional y religioso: Bengaleses, musulmanes	Grupo político, social (campesinos) territorial (urbanos), étnico (etnia Chan, vietnamitas y chinos)	Grupo étnico, territorial político e ideológico: nayas campesinos pobres	Grupo étnico/ nacional/ político/ religioso: croatas, musulmanes, albaneses, bosnios	Grupo étnico/ nacional: Tutsis (político)
Acciones Genocidas	Hambrienta ejecuciones traslados enfermedades	Hambrienta planificada	Traslado Hambrienta Enfermedades Fusilamiento Gaseamiento	Ejecuciones	Ejecuciones Violaciones	Traslado Hambrienta Enfermedades Ejecuciones	Ejecuciones Traslado	Traslados Ejecuciones	Ejecuciones Violaciones
Número de Víctimas y porcentaje en relación al total	1 400 000 (70%)	5 000 000 (25%)	5 200 000 (50%)	500 000	3 000 000 (30%)	Entre 1 millón 500 000 y 2 200 000 (entre el 20 y el 30%)	250 000 (Ixiles: 14.5%, Achís, Rabinal: 14.6%, Quigüales y Chuis: 3.6%, Kichés, en Zacapa: 8.6%)	250 mil 50% de las víctimas fueron musulmanes; 20% fueron croatas	1 millón (80%)

Referencia: elaboración propia, con informaciones de: Bruneteau, 2004; Chalk, 1990; y, Totten, 2004. Para las cifras sobre el número de víctimas en Camboya, en los extremos: Kiernan (1996); y, Heuveline (1998).

dio de una particular alineación de fuerzas internacionales, y ello se combina con criterios territoriales, étnicos, lingüísticos y religiosos. Es lo que veremos a continuación, cuando analicemos la construcción del perpetrador. Señalar a unos, construye un “nosotros”.

2.4. LAS OPORTUNIDADES DE GENOCIDIO

El contexto internacional es una matriz que, bajo ciertas condiciones, brinda oportunidades, momentos propicios, para la opción genocida.¹⁵ Ejemplos nítidos de ello son los nueve casos aquí analizados.

Luego de la llegada de los jóvenes turcos al poder, tras la revolución de 1908, se producen una serie de acontecimientos que dejan a los Armenios como la única minoría nacional no musulmana del imperio

¹⁵ La idea de oportunidad se basa en el supuesto de que las influencias y los efectos de instituciones y relaciones sociales y económicas están mediadas por el contexto político. La noción de oportunidad, fundamentada en el análisis de movimientos sociales (Tilly, 1978; Tarrow, 1994), es similar al término oportunidades políticas, estructura de oportunidades políticas, mediaciones políticas (Amenta, 1992), o contexto político (Goodwin, 2001; Goodwin y Jaspers, 1999). La idea de oportunidad política es la bisagra —de aquel largo debate en las ciencias sociales— entre la estructura y la agencia. En J. Goodwin, la idea de contexto se refiere a un conjunto inestable de estructuras y prácticas que determinan oportunidades y constricciones. No basta, entonces, explorar los objetivos, las estrategias y las variables. La explicación de los procesos históricos debe dar cuenta del terreno en el que todo aquello sucede, con especial atención a la combinación entre las dinámicas de la capacidad estatal, las instituciones, los precedentes históricos de respuesta estatal, las alianzas nacionales e internacionales y la capacidad de aquellos que desafían el sistema (McAdam, 1996). Dentro de contextos históricos, la idea de oportunidad permite establecer el conjunto de puntos que determinan la muerte de unos y la vida de otros. Para el enfoque histórico social aquí propuesto, la idea de oportunidad nos permite dudar de aquellas narrativas históricas fundadas en lo inexorable, identificando factores y tendencias contra-factuales que permiten establecer cursos históricos alternativos que durante algún tiempo también pudieron ser posibles. Esta idea permite, además, que entendamos cuándo una guerra, un cambio o una crisis no derivaron en genocidio en algunos casos, mientras que éste fue el desenlace en otros. De esta forma, nuestra noción de crisis incorpora la idea de oportunidad.

otomano. Nos referimos aquí a la independencia de Bulgaria (1908), la incorporación de Bosnia-Herzegovina al imperio austro-húngaro (1908), la conquista de Libia por Italia (1911). En 1912, con la llamada guerra de los Balcanes, de la que resulta vencedora la coalición formada por búlgaros, griegos, montenegrinos y serbios, éstos aseguraron posesiones territoriales que —hasta ese entonces— el imperio otomano mantenía bajo su control. Aquel desmembramiento —que tuvo lugar en un corto periodo de tiempo— puede ser visto como un conjunto de acontecimientos no provocados y no controlados que, en otras circunstancias, no hubiera tenido ninguna relación con asesinatos en masa.

Otro conjunto de factores provocó un cambio en la coalición dominante turca, emergiendo un afán de “otomanizar” a sangre y fuego lo que quedaba del imperio. Fue en este contexto que da inicio el proceso de estigmatización de los no árabes (Armenios, Griegos y Judíos).¹⁶ La primera Guerra Mundial fue la oportunidad para que aquel proceso culminara en el genocidio del pueblo armenio: “El trabajo debe hacerse ahora; después de la guerra será demasiado tarde” precisó Talat, ministro del interior del imperio, en una comunicación a sus aliados alemanes (Hovannisian, 1986). Contrario a otros procesos históricos, la derrota de las tropas turcas por Rusia, en 1915, activó el genocidio. ¿A qué procesos históricos nos referimos? La derrota de los Jemereros Rojos, en 1979, frente a los Vietnamitas. Este evento derribó al régimen Jemer y con ello su afán de muerte. También, la derrota de Argentina en Las Malvinas, en 1982. Este evento, al acarrear el fin de la dictadura, detuvo los asesinatos políticos.

La alianza internacional entre China y los jemereros rojos llevó, en 1975, a un genocidio. Más allá de aquella alianza, de la cual los jemereros obtenían apoyos en diversos campos, se trató de la exportación de la faceta más violenta del modelo totalitario chino: el llamado Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural (1966-1975).¹⁷ La revolución

¹⁶ Dadrián (1999, 2003), planteó la influencia ideológica alemana sobre la decisión de genocidio. Sus investigaciones lo llevaron a los escritos y conferencias del general Von der Goltz, de la Unión Germano-Turca y maestro de oficiales nacionalistas turcos.

¹⁷ Para mayor referencia, basta leer las letras finales del himno de Camboya: “¡Construyamos nuestra patria para que de un Gran Salto Adelante! ¡Un inmenso,

de los jemeres también aprovechó el bombardeo aéreo al que en 1973 Estados Unidos (bajo la presidencia de R. Nixon) en defensa del régimen que estaba desmoronándose, sometió a Camboya.¹⁸ Los Jemeres aprendieron de otro genocidio: el de Indonesia, en 1965. El primer viaje de Pol Pot a China se dio entre septiembre de 1965 y marzo de 1966 (Bruneteau, 2006), justo cuando el Partido Comunista de Indonesia —que entonces era el partido comunista más grande en el mundo no comunista y que además era apoyado por China— era presa del terror del general Suharto, aliado de Estados Unidos. Difícilmente podría pensarse en el fanatismo de los jóvenes jemeres sin estas referencias al contexto internacional en el que intervienen de manera decisiva China, Estados Unidos e Indonesia. Así, desde aquel 17 de abril de 1975, los jemeres llevaron adelante un plan de reordenamiento radical de la sociedad (el colectivismo), en un tiempo determinado (cuatro años), desplazando a miles de habitantes de unos territorios a otros, sometiéndolos a trabajos forzados, identificando y eliminando a todo aquel que pudiera ejercer algún tipo de oposición.

Otro caso de genocidio que difícilmente podría pensarse sin el contexto internacional es el acaecido en Ruanda. Entre 1959-1962 mediante una revolución, la mayoría hutu derrocó a la minoría gobernante tutsi. Miles de tutsis encontraron refugio en Uganda. Por aparte, en Burundi, en 1972, el gobierno tutsi aplastó violentamente una revuelta de la mayoría hutu: 100 000 hutus fueron asesinados y 200 000 se exilaron en Ruanda, donde aquel evento quedó grabado como lo que podía llegar a suceder.

En 1986 los rebeldes ugandeses del Ejército Nacional en Resistencia tomaron el poder. Éstos fueron apoyados por los refugiados tutsis que en 1979 habían creado el FPR (Frente Patriótico Ruandés). Aquella

glorioso, prodigioso Salto Adelante!” (Bruneteau, 2006). Al igual que en la Unión Soviética, el terror camboyano reconstruía árboles genealógicos, grupos de amigos y colegas de los condenados, para ir tras ellos. Se trataba de arrancar la hierba desde las raíces. A los jemeres también les sirvió de inspiración el plan estalinista de colectivización forzada.

¹⁸ Se estima en 539 toneladas la cantidad de bombas arrojadas sobre Camboya. Más de las que se emplearon contra Japón en la segunda Guerra Mundial (Bruneteau, 2006).

era la segunda generación de los expulsados de Ruanda entre 1959 y 1962. En octubre de 1990 el FPR inició su campaña militar en Ruanda, contra el régimen hutu.

Tras tres años de guerra, acorralados por la comunidad internacional, los contendientes alcanzaron, en agosto de 1993 un acuerdo de paz. Francia, Bélgica, Alemania y Estados Unidos apoyaron este proceso. Francia fue un aliado del gobierno de Ruanda tras la revolución de 1962 y le apoyó en la guerra contra el FPR (Bruneteau, 2004). Las condiciones de la paz llevaron a grupos ligados al gobierno a la violencia. Todo inició en abril de 1994, con la muerte del presidente en un accidente aéreo.¹⁹

Otro ejemplo de cómo se dan condiciones internacionales que hacen que el genocidio pueda perfilarse como opción, fue el ascenso del Partido Republicano en noviembre de 1980 en Estados Unidos. Con el triunfo de los revolucionarios nicaragüenses, en julio de 1979 y el lanzamiento de una poderosa ofensiva militar en El Salvador, en enero de 1981, la región centroamericana entró en una profunda crisis. La caída del presidente R. Nixon, provocó una serie de modificaciones en los poderes del Congreso, lo que fortaleció sus capacidades de investigación y control de los asuntos del gobierno. Desde su llegada a la Casa Blanca (en 1977) la presidencia de James Carter abrazó la causa de los derechos humanos. Todo ello cambió cuando R. Reagan, candidato del Partido Republicano, obtuvo el triunfo en las elecciones de noviembre de 1980. En adelante, a pesar del Congreso, el Gobierno de Estados Unidos no continuó censurando las violaciones a los derechos humanos cometidas por sus aliados. Aquella coyuntura es clave para comprender la serie de decisiones que animaron al alto mando del Ejército de Guatemala a emprender una campaña militar a gran escala que conllevó la muerte de miles de campesinos indígenas a finales de 1981.²⁰

¹⁹ Algunos de los puntos que comprendía el acuerdo eran: *a*) la integración de miembros del FPR al gabinete de gobierno y a las fuerzas armadas; *b*) el retorno de los refugiados tutsis de 1962; y, *c*) la convocatoria a elecciones parlamentarias en 1995.

²⁰ Las relaciones entre Guatemala y Estados Unidos en aquella coyuntura han sido analizadas en Vela Castañeda, 2008. Véase también: Michael McClintock, 1985; 1992.

2.5. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LOS PERPETRADORES DE GENOCIDIO

Para que las oportunidades configuren un genocidio hace falta la decisión del Estado de preparar activamente a quienes se encomendará la tarea de matar a las víctimas, los perpetradores.²¹ Entonces, aquel régimen, en el centro de determinada crisis, que hizo de un grupo su chivo expiatorio, y que encontró oportunidades, empezará a perfilar una respuesta genocida.

Como ya indicábamos en el capítulo precedente, el enfoque socio-psicológico adoptado por S. Milgram ha sido, durante muchos años, la manera más influyente de entender el comportamiento de los perpetradores. Con este estudio, se entendía que las presiones externas ejercidas por una autoridad constituían el elemento determinante de la conducta. La culpa se desplazaba, del victimario hacia la autoridad de la que provino la orden. En palabras de Milgram: “Esta es, quizá, la lección fundamental de nuestro estudio: que gente ordinaria, simplemente realizando su trabajo, y sin ninguna hostilidad particular, puede convertirse en agentes en un terrible proceso destructivo” (1974: 5-6).

En los genocidios, se trata, en muchos casos, no de hombres ordinarios, sino de verdaderos fanáticos. Éstos, a través de sus acciones, buscan reconocimiento y prestigio dentro de un grupo y una comunidad, como parte de una carrera profesional en una perspectiva de largo plazo. No en todos los casos se actúa acatando órdenes. Muchas veces se actúa a iniciativa propia. En la práctica, la obediencia va más allá de las órdenes, dando paso a verdaderos excesos de crueldad, sadismo, cometidos por asesinos entusiastas y esto, además, va dando

²¹ El perpetrador es un actor colectivo, organizado, que comprende tanto el que manda a hacer, planificando y cuidando que las órdenes se ejecuten, como el que hace, con sus propias manos, cara a cara. El perpetrador indirecto sanciona la muerte de las víctimas, en el sentido que planifica y ordena, a la vez que otorga una cierta garantía de impunidad a los perpetradores directos. El adjetivo perpetrador significa aquel que perpetra. Por perpetrar se entiende cometer, consumir un delito o una culpa grave. Del latín *perpetrator*, —*oris* y *perpetrare* (DRAE). Por victimario se entiende a la persona que con sus actos o conducta, hace sufrir o convierte en víctima suya a alguien (Moliner). Del latín *victimarius*.

forma a maneras creativas, nuevas, hasta ese momento desconocidas, de hacer las cosas. Las formas concretas de las matanzas genocidas se inventan con una maligna creatividad.

La obediencia se relaciona con la voluntariedad, es decir, con el deseo y la convicción de hacer lo que se manda a hacer. Durante mucho tiempo, se pensó que aquellos que eran llevados a matar a otros lo hacían forzados y que si no ejecutaban las órdenes que recibían, sufrirían. Desde el trabajo de R. Hilberg (1961), hasta el debate entre Browning y Goldhagen, se ha comprobado que tales supuestos eran falsos: los perpetradores pueden actuar de manera voluntaria.²² No hubo un sentido de obligatoriedad, los que no participaron no sufrieron repercusiones ni castigo por su negativa a participar. Se trató de personas que escogieron hacer lo que hicieron. También en esa línea coinciden en señalar —remarcando otro hallazgo de Hilberg (1961)— el carácter común y corriente de los perpetradores. No había nada especial entre ellos en términos de adoctrinamiento o entrenamiento.

En esto intervienen las circunstancias, esto es: el entorno histórico visto desde las perspectivas macro (las alianzas internacionales, el régimen, la naturaleza de una crisis y la forma en que se desarrolló, o las relaciones entre los perpetradores de genocidio y las élites económicas) y micro (las campañas militares, sus estrategias y su logística, el tipo de adversario al que se enfrenta el perpetrador, las condiciones de su entrenamiento y de su vida en los pelotones, y el encuadramiento en estas unidades).

El genocidio solo tendrá lugar cuando esta serie de factores situacionales —macro y micro— converjan. Haciendo más precisos los elementos micro antes señalados, en el proceso de construcción de los perpetradores de genocidio juegan un papel fundamental tres factores:

- a) El encuadramiento: esto es el reclutamiento, el entrenamiento, los rituales, la rutina, la vida cotidiana en los pelotones, el reconocimiento del grupo, la formación de grupos primarios, el castigo, el liderazgo, las normas de camaradería y el espíritu de cuerpo, los cálculos en relación con movimientos de estatus.

²² Se trata de la controversia entre C. Browning y D. Goldhagen, que expusimos en el capítulo precedente.

- b) La ideología: el adoctrinamiento, sus contenidos (la idealización del terror, la fuerza, la obediencia, la lealtad, la religión, el racismo, y el carácter malvado del enemigo); y los medios empleados para su difusión (radiales, de video y escritos, y la relación cara a cara).
- c) El desarrollo de la guerra: el tipo particular de guerra, la forma como ésta se vive y pone a prueba a las tropas, las condiciones de los soldados en las unidades militares comprometidas en el combate (la logística, la alimentación, la atención a los heridos durante el tiempo de convalecencia, el traslado de cadáveres, el número de bajas), la difusión de eventos de crueldad contra soldados, y elementos de la estrategia de los insurgentes que pudieron ser útiles para justificar la respuesta estatal.

¿Quiénes son los perpetradores de genocidios? ¿son hombres ordinarios, o son entrenados para asesinar? Trazaremos aquí una línea entre las bandas paramilitares y las unidades que forman parte de ejércitos, en función de las condiciones de entrenamiento (menores y mayores), el tipo de liderazgo, las formas de reclutamiento y los mecanismos para la transmisión de las órdenes. Cuando se trata de unidades paramilitares, la pregunta clave es ¿Cuál es la relación entre las unidades paramilitares y las unidades regulares de las fuerzas armadas? En los casos de Yugoslavia (1992-1995), Guatemala (1981-1982) y Ruanda (1994), las bandas paramilitares eran armadas, entrenadas, alentadas y comandadas por unidades militares regulares.

Para lograr obediencia se requiere de cierta confirmación de impunidad. Los planificadores de un genocidio necesitan construir un marco de acción que integre e incluya esta condición (la impunidad). El campo que se encuentra entre la negación que los regímenes genocidas fabrican, y las órdenes que imparten hacia los perpetradores directos, se llena de eufemismos. Se trata de términos que condensan ideología: “la gente del 17 de abril”, en Camboya (en alusión a la fecha en que se decretó la migración de las ciudades al campo); “las cucarachas”, “las serpientes”, en Ruanda; “los microbios tuberculosos”, en el Imperio Otomano; los “perros” y “paquetes” para los Serbios.

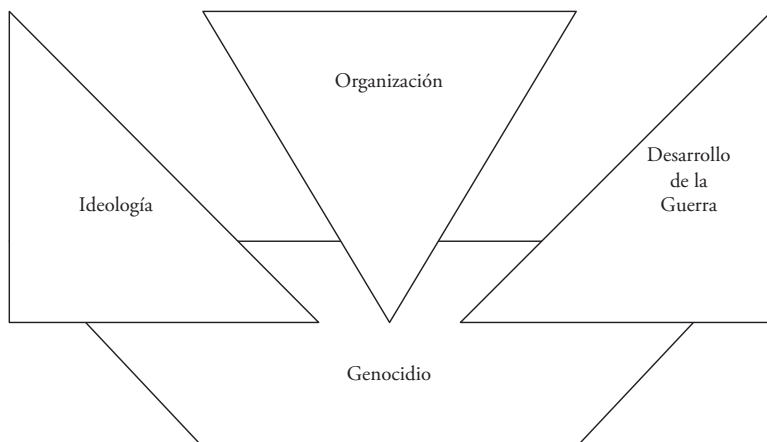
¿A cuántos se necesita convencer para matar? Aquí las discusiones se han beneficiado del llamado “debate Goldhagen”. Para éste, los perpetradores fueron una mayoría (en relación con el total de la sociedad alemana), inspirada en una vetusta ideología (el “antisemitismo eliminacionista”). En la interpretación de Goldhagen, los alemanes estaban programados para matar a los judíos, aún sin la presencia del Partido Nacional Socialista (Nazi) y su líder, Adolfo Hitler. C. Browning (1992) ha demostrado que dentro de las grandes unidades que llevaban a cabo las matanzas, eran pequeños grupos los que se especializaban en el trabajo directo de asesinar a los judíos. Aún y cuando cumplían un papel dentro de la división del trabajo, no todos participaban con el mismo afán de segar la vida de otros. La división del trabajo que el genocidio demanda conlleva a la especialización de unos pocos en las tareas más crueles. De esa forma, los perpetradores de genocidios constituyeron una minoría, la que actuó movida por un conjunto de factores coyunturales, situacionales, organizacionales e institucionales: la ambición, la presión de grupo o el sometimiento a la autoridad, el ambiente de una guerra racial, la imposición del imperialismo racial, y la tarea de matar al adversario.

Una singularidad del genocidio ruandés es su carácter descentralizado. Los líderes locales Hutu fueron transformados en organizadores de los equipos locales de asesinos armados con machetes y palos, perfilando con ello otra de sus singularidades: la dimensión popular de la matanza. René Lemarchand (1997) demostró que el genocidio fue planificado por una familia extendida de 200 a 300 personas y sus asesores. Fue ejecutado, primero por la guardia presidencial, conformada por seis mil hombres; y luego por milicias. Cada miembro de estos grupos asesinó entre 200 y 300 personas.

En Bosnia, Cornelia Sorabji (1994) encontró evidencia de la forma como se liberaron prisioneros que pasarían a integrar las bandas armadas de perpetradores. El carácter encubierto de estas unidades, la selección de los objetivos —lugares de alto contenido simbólico—, supone un sofisticado y moderno trabajo de información. Al analizar los genocidios, se requiere captar en los eventos aquellos momentos y circunstancias marcados por la volatilidad, el exceso, lo impredecible, pero que no por ello puede ser visto como otra dimensión, diferente,

Gráfica 2.2

El proceso de construcción de los perpetradores.
Esquema analítico para el estudio de perpetradores de genocidio



Elaboración propia.

y sin relación con la planificación. Las orgías de sangre pueden ser la forma en que lo racional-planificado se expresa. Un sentido particular de racionalidad, previsión y planificación puede estar presente en un momento de desenfreno, de matanza, de dar a los ejecutores la libertad para saciar todos sus odios y sus miserias. Detrás del desenfreno se halla una fría planificación y la movilización de recursos de carácter administrativo. De allí el título del trabajo de Cornelia Sorajbi, “A Very Modern War”, que contradice la interpretación de una guerra medieval.

A propósito del Holocausto, los elementos de la modernidad, la racionalidad, la cultura y la civilización fueron analizados por Z. Bauman (1989). En Alemania, hasta 1917, los movimientos antisemitas constituían una minoría insignificante. En realidad, los judíos fueron seleccionados como víctimas no por su papel en esta visión de modernidad, sino más bien porque llegaron a ser definidos como una amenaza para el régimen. En el caso de Guatemala (1981-1982), bien podría afirmarse que no fue el discurso del indio como obstáculo a la

modernidad el que allanó el camino al genocidio, sino su papel en la rebelión. Los indígenas fueron víctimas implicadas en la disputa por el poder. Sin la rebelión indígena y campesina, no hubiera sido posible el genocidio en Guatemala. Hay aquí claramente una diferencia en relación con los genocidios que tuvieron lugar como parte de campañas colonizadoras. En estos casos, la construcción de la diferencia se fundamentó en la calificación de estos grupos como obstáculos al progreso de la civilización de occidente. Acarrea graves errores de interpretación ver a este tipo de genocidios como si se tratara de la continuación de empresas colonizadoras.

¿Es el régimen o la sociedad la que forja a los perpetradores? ¿Cómo entender a los fanáticos comunistas, anticomunistas, nazis, racistas? No hay que perder de vista que los perpetradores de genocidio están al servicio de un régimen que los alienta, los organiza y los dirige. El perpetrador no es un asesino en serie; es una persona cuya conducta criminal se halla encuadrada y sancionada dentro de una organización más o menos estructurada. El régimen es el que determina cuán estructurada y diseminada es la ideología que permitirá llegar hasta el genocidio. Acerca de esto, uno de los casos paradigmáticos es el de los Jemeres Rojos (1975-1979) (Kiernan, 1996). Algunos de los factores decisivos en la construcción del fanatismo de los perpetradores del genocidio en Camboya fueron:

- a) El poderoso uso de la idea de venganza;
- b) el aislamiento durante los años de la guerra revolucionaria, entre 1965 y 1970;
- c) un partido escaso en membresía (3 mil, en 1970) y débil en su organización;
- d) las constantes purgas, que fueron haciendo que más y más jóvenes, desprovistos de lazos sociales o religiosos tradicionales, se integraran a la maquinaria de terror; y,
- e) el maoísta desprecio a la intelectualidad y el culto a la ignorancia.

La duración de las matanzas, su número y la forma como éstas se lleven a cabo tienen implicaciones para los victimarios: matar a uno o a mil; durante un largo o un corto tiempo; emplear tecnología mo-

derna que proporciona condiciones de distancia entre la víctima y el victimario; o bien, asesinar con las propias manos, como en los casos de Ruanda, Guatemala y Camboya. También se puede matar colocando a las víctimas en condiciones que las lleven a la muerte. La hambruna a la que la Unión Soviética sometió a Ucrania entre 1932 y 1933, fue un proceso eminentemente burocrático, instrumentado con el propósito destruir la nación Ucraniana (Dolot, 1987; Conquest, 1986).

CONCLUSIONES

Cuando los cinco factores que he propuesto llegan a converger en un tiempo y un espacio históricos, un evento de genocidio está próximo a ocurrir. Pero por sí sólo, ninguno de los factores señalados es capaz de llevar a una sociedad al genocidio.

En suma, se trata de entender cómo el Estado, el régimen y la coalición dominante se hallan frente a una crisis, misma que es percibida como una amenaza mortal. Explicando la forma en que diversas opciones históricas paulatinamente se fueron cerrando es como daremos cuenta del proceso de constitución de la crisis. Regularmente ésta no es más que una amalgama de factores: económicos, políticos, militares, internacionales, sociales y territoriales. Así, el genocidio se va perfilando en el repertorio de acción del gobierno. Esto se concreta con la decisión de mandar a matar, lo que es determinado al más alto nivel.

Pero para que esto llegue a concretarse hacen falta oportunidades. Éstas puede presentarse como:

- a) un poderoso aliado internacional que alienta, apoya, promete silencio o se ve envuelto en otros asuntos (como una guerra, por ejemplo);
- b) condiciones de aislamiento —geográfico y mediático— de las víctimas; y,
- c) procesos de deshumanización al que víctimas y victimarios han sido sometidos, a veces como parte de procesos bélicos, a veces por la misma historia de opresión y exclusión de las sociedades.

Las oportunidades se deslizan en direcciones que, sólo cuando convergen con otros factores, pueden dar forma a eventos de genocidio. Son eventos no provocados y no controlados, que en otras circunstancias no desembocarían en un genocidio, y que, sin ser determinantes, van estructurando —junto con otros— un caso de esta naturaleza.

Entonces, el síndrome del chivo expiatorio se apodera de aquel momento histórico, condenando a la muerte a unos, a la vez que se activa un proceso para hacer que otros estén dispuestos a matar ¿Quiénes son los que merecen morir? ¿Dónde habitan? y ¿Quiénes están dispuestos a matarlos? He allí las tres preguntas fundamentales. Se trata de una construcción esencialmente ideológica. La rutinización se encarga de completar lo que el miedo inició en los perpetradores de genocidio. Éstos no están allí, esperando que los manden a matar. Son producto de una serie de circunstancias que actúan sobre determinados acontecimientos. La decisión de matar se encuentra con ellos, a la vez que los va moldeando.

En suma, mi explicación tiene poco de tradicional. No identifiqué causas suficientes, ni necesarias. No descubrí principios generales. Me propuse, más bien, reconstruir dinámicas históricas, y desde allí descubrir y destacar los mecanismos o procesos principales presentes en uno y en otro caso. Pero ningún caso se repite. Es como si viéramos varias películas, y ya fuéramos capaces de identificar ciertos elementos que no podrán faltar en el guión.

Mi primer paso fue trazar una línea entre la trayectoria de estudios sobre genocidio. Fui tras esa línea, recogiendo con cuidado los elementos más importantes que luego iba a utilizar. Mi segundo paso fue seleccionar una serie de casos de genocidio y explorar en ellos el funcionamiento del esquema analítico, al mismo tiempo que lo estaba construyendo. Fui destacando los elementos centrales, las piezas principales de un mecanismo con el que emergió la explicación que ahora propongo.

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS VICTIMARIOS

INTRODUCCIÓN

La respuesta a la interrogante ¿Cuáles fueron los mecanismos y procesos causales que explican el origen, la trayectoria y el desenlace de la barbarización de las tropas del ejército de Guatemala durante el segundo ciclo de la guerra de contrainsurgencia (1972-1983)? demanda una mirada desde adentro y desde abajo. Se trata de una mirada que no puede pretender ver al Ejército como una institución apartada del Estado. Es imposible entender a los oficiales y los soldados de aquel ejército, en aquel momento de la historia, sin considerar a la sociedad y al régimen en el que ellos se encontraban. Aquella relación va de las alianzas en la coalición dominante, hasta los miles de soldados que, periódicamente, en su mayoría de manera forzada, se integraban a las filas castrenses.

El uso que aquí hago de la palabra barbarización asocia barbarización con barbarie, con toda la fiera y la crueldad que la palabra expresa. Los bárbaros son el resultado de un proceso —el de la barbarización— que tiene un punto de partida y un punto de finalización. Los barbarizados, entonces, para actuar sobre otros, tuvieron que ser sometidos a dicho proceso. En adelante, la barbarie se apoderará de la escena, devastando vidas, castigando con una crueldad más allá de lo que hasta entonces se había alcanzado a imaginar. Crueldad y proceso, son, entonces, los dos sentidos desde los cuales hago uso de la palabra barbarización.

El concepto de barbarización me permite captar el cambio que se produjo en las tropas del ejército de Guatemala durante la campaña militar que dio inicio en el último trimestre de 1981 y llegó hasta los días finales de 1982. Para derrotar a los alzados en armas, se llevaron a cabo amplias ofensivas militares sobre extensas zonas del territorio. La estrategia se centró en asestar golpes brutales contra las comuni-

dades que apoyaban la rebelión o se presumía que podían llegar a hacerlo, buscar a las columnas guerrilleras quedó relegado a un segundo plano. Luego, mediante medidas de control poblacional, aquellos que habían alcanzado a sobrevivir dejarían, en el lenguaje de la contrainsurgencia, de ser “engañados por la subversión”. En otras palabras, se produjo un cambio en la dinámica global de la guerra: la estrategia de guerra se orientó hacia controlar territorios y poblaciones.

Al contrario de lo que pudiera pensarse, el Ejército de Guatemala era —y sigue siendo— una institución moderna. Ésta tenía todos los elementos de la modernidad militar: un sistema de planificación de las operaciones, centros de entrenamiento y bibliotecas, una industria militar (produciendo desde carros de combate hasta raciones alimentarias), uno de los mejores hospitales, medios de apoyo aéreo, uno de los primeros centros de informática que se instalara en Guatemala; complejos sistemas de comunicaciones militares; extensos medios de inteligencia; músicos militares; vacaciones y grandes fiestas. En otras palabras, los pelotones que ejecutaron las matanzas estaban plenamente integrados dentro del esquema de una moderna burocracia. Esto, a priori, apoya la tesis de que el genocidio no fue algo accidental ni ejecutado al fragor de combates por pelotones indisciplinados. Demostraré que el exceso —si es que así puede nombrársele a aquello— fue parte integral de la planificación militar que fluyó desde el alto mando de la institución. Esta estrategia, al extenderse sobre el territorio, aniquilando a civiles desarmados y re-socializando a los sobrevivientes, logró que concluyera la rebelión.

Aquel cambio en la estrategia militar demandaba un nuevo tipo de tropa. En adelante, los soldados debían estar dispuestos a matar a civiles desarmados, indígenas, pobladores de comunidades del área rural. ¿Cómo construyó el ejército de Guatemala a este nuevo soldado que realizaría la mayor matanza en la historia contemporánea de América Latina? ¿Cuáles fueron los mecanismos de aquel proceso? ¿Desde cuándo se empezó a preparar a los soldados para aquello? ¿Qué cambios fueron necesarios, a nivel de las tropas, para ejecutar aquella estrategia de contrainsurgencia? O, acaso, ¿no hubo condiciones especiales, y la orden de matar simplemente descendió por la cadena de mando y llegó hasta los ejecutores? ¿Eran tropas comunes y

corrientes las que ejecutaron las órdenes, o, acaso ¿la ejecución de actos genocidas requirió de un tipo excepcional de soldado?

En este capítulo, me propongo recolectar evidencias que me permiten trazar el vínculo que va del mando superior hasta los soldados en el último eslabón de la cadena de mando, éstos que creyeron que matar era su deber y vieron con sus ojos la sangre del “enemigo”. Es una historia que fija la mirada en los escalones más bajos de la jerarquía militar, la columna vertebral de las fuerzas de combate en las campañas militares de 1981 y 1982. Se trata de develar quiénes eran, y qué los movió a infligir tales sufrimientos a otros. No obstante, este es un trabajo hecho desde el respeto al derecho de las víctimas y sus familiares de encontrar respuesta a la interrogante de quienes eran los soldados y oficiales que ejecutaron aquel genocidio.

Lo escrito hasta ahora se ha quedado en una historia de unos cuantos personajes de alto mando militar: sus decisiones, su estrategia, las relaciones de su gobierno con otros Estados, y las acciones de un puñado de políticos.¹ Estas altas esferas del poder, sin embargo, nos dicen poco sobre cómo funcionó el terror: cómo miles de jóvenes —ladinos e indígenas— se convirtieron en oficiales y soldados, para ser llevados a batallas en las que matar a civiles indefensos, torturar o violar era parte ordinaria de las misiones que debían cumplir. Los estudios sobre el tema han puesto mucho empeño en entender de manera profunda y minuciosa las expresiones más evidentes del terror: los relatos de masacres, las desapariciones, ejecuciones arbitrarias y violaciones. En el intento por probar lo que pasó, los estudios sobre el genocidio guatemalteco se han enfocado en las víctimas, su tragedia y su dolor.² Con ello se ha ganado en hacer inexpugnable la verdad de los hechos, entendiendo así la lógica del terror. Pero se ha perdido de vista a quienes cometieron la barbarie, sus móviles y las complejas relaciones dentro del universo de los perpetradores del genocidio. Ha quedado

¹ Como ejemplo de esto refiero: Contreras y Castro, 1997; Daetz, 1997; Dosal, 1995; Gramajo, 1995; Jonas, 1994; Schirmer, 2000; y, Yurrita, 1997.

² Forman parte de este tipo de estudios los informes de las comisiones de la verdad. *Guatemala nunca más*, de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala; y *Guatemala, memoria del silencio*, de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico.

olvidada la columna vertebral de las unidades de combate —oficiales subalternos y soldados— que comprometieron su vida en aquella matanza. A falta de investigaciones sobre los perpetradores de genocidios, el sentido común se ha impuesto: hemos supuesto que los soldados y los patrulleros actuaron movidos por la fuerza de las circunstancias. Es decir, a la fecha no sabemos cómo —en términos reales y concretos— estos ciudadanos se convirtieron en asesinos.

Excurso: Algo más que un soldado

En palabras del soldado Julio Roca

Durante los tres meses [que dura el curso de entrenamiento militar] yo nunca pensé que mi camino era seguir en el Ejército. Mi idea era terminar mi tiempo de servicio y regresar a la vida civil. Durante dos años, yo iba contando, decía yo: —ya llegué a dos años, me faltan seis meses. De seis meses, comencé a contar días: 180, 179, y así me los fui llevando. Hasta en un almanaque que tenía los iba tachando. Yo decía: —me faltan tantos días para irme de baja y así, así [...] Cuando vine a sentir, ya iba a salir de baja. Me llega un oficio que ya no me podía ir de baja, porque tenía unos cursos que le debía al Ejército, y tenía cinco años más, de reenganche. Fui galonista profesional, era Kaibil, era paracaidista, entonces, yo tenía una deuda con el Ejército. El curso de galonista profesional era de 6 meses en el CEM (Centro de Estudios Militares), el de Kaibil y el de paracaidismo: cinco años más de reenganche. Ah pues, ahí y entonces cómo, si ya era obligado, ya no me podía ir de baja. Después de los tres meses de entrenamiento usted va a jurar bandera. Hay que hacer la protesta a la bandera, donde le dicen: —protestad constantemente seguir la bandera de tu patria en tiempo de paz o en tiempo de guerra o imposición para ella”. Entonces grita uno: ¡si protesto! Se quita su gorra y pasa debajo de la bandera. Desde ese momento usted está comprometido con el Ejército y con su patria. De ahí usted está sujeto a que si usted se deserta, se le abre juicio militar.

3. ORGANIZAR: CAPTURAR, INVADIR Y ENCUADRAR

¿Mediante qué procesos se transforma a un joven en soldado? El presente capítulo está dedicado a dar respuesta a esta interrogante. Se explica aquí el proceso mediante el cual el Ejército de Guatemala reclutaba a jóvenes durante los años ochenta, a quienes en un plazo de tres meses, transformaba en soldados. Para alcanzar el número de reclutas que la institución armada fijaba, se contaba con una institución de gran importancia: el comisionado militar, ciudadano civil vinculado con la institución militar que tenía la tarea de cazar (literalmente) un número determinado de reclutas cada tres meses. Éstos eran llevados al Centro de Adiestramiento de Reemplazos (CAR) en el departamento de Jutiapa.

A partir del testimonio de varios ex soldados, se hace aquí un repaso por los rituales más importantes y su significación para los reclutas: las rutinas diarias, y la forma como el tiempo estaba ordenado. Se cuenta con una descripción del entrenamiento al que éstos jóvenes fueron sometidos para ser transformados en soldados. La coprofagia, el maltrato, la tortura, los abusos sexuales, el sistema de deudas, son elementos comunes en los testimonios de varios de los ex soldados entrevistados. Pero también hay relatos desde los que se da cuenta de múltiples formas de resistencia.

El Ejército, como “institución total” (Goffman, 1961),¹ somete a quienes a ella se incorporan. Terminado el breve ciclo de entrenamien-

¹ En su definición de institución total Goffman (1961: 13) apunta que “son lugares de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en situación análoga, aislados de la sociedad por un periodo de tiempo, comparten en su encie-

to, los reclutas, transformados ya en soldados, son llevados a una escuadra, parte de un pelotón que a su vez es parte de una compañía, un batallón y una brigada. Una vez ingresado en el pelotón, esta institución total termina de encuadrar al soldado: no queda espacio alguno para la reflexión ni el criterio propio para meditar lo apropiado o inapropiado de una acción; como en cualquier ejército, el imperativo es obedecer y actuar en función de las órdenes, y cumplir éstas. Este capítulo da cuenta también de los criterios que empleaba el ejército guatemalteco en los 1970 y 1980 para integrar los pelotones.

3.1. CAPTURAR

La columna vertebral de las fuerzas de combate del ejército de Guatemala estaba constituida por jóvenes de entre 18 y 22 años de edad. Algunos tenían 16 o 17 años, así que ni siquiera habían alcanzado la mayoría de edad. El oficial Amílcar Rabanales comenta las razones de por qué jóvenes de estas edades eran integrados a las filas del Ejército: “En ese tiempo se dio mucho que menores de edad llegaron a prestar servicio militar. Porque había que llenar el cupo (Los Comisionados Militares), los agarraban de 16, 17 años. Aunque la norma eran 18, hubo muchos casos de 16, 17 años”. En otros casos, los jóvenes se presentaban a los cuarteles de manera voluntaria. De estos casos nos comenta el oficial Guillermo Méndez: “Cuando son voluntarios, el

rró un modo de vida administrado formalmente”. Goffman (20) señalará también los cuatro requisitos propios de este tipo de instituciones: “a) todas las dimensiones de la vida se desarrollan en el mismo lugar y bajo una única autoridad; b) Todas las etapas de la actividad cotidiana de cada miembro de la institución total se llevan a cabo en la compañía inmediata de un gran número de otros miembros, a los que se da el mismo trato y de los que se requiere que hagan juntos las mismas cosas; c) Todas las actividades cotidianas están estrictamente programadas, de modo que la actividad que se realiza en un momento determinado conduce a la siguiente, y toda la secuencia de actividades se impone jerárquicamente, mediante un sistema de normas formales explícitas y un cuerpo administrativo; y, d) Las diversas actividades obligatorias se integran en un único plan racional, deliberadamente creado para lograr objetivos propios de la institución”.

problema es que llegan y dicen: —yo quiero prestar servicio voluntario. —¿cuántos años tenés? —18. —Y tu cédula.² —No la traje. Pasan seis meses, y resulta que eran menores de edad”.

Se trataba de jóvenes, muy jóvenes. Y se trataba de jóvenes, preponderantemente indígenas. De cada diez soldados, entre 7 y 8 eran indígenas. Éste es un dato difícil de establecer con precisión. Se recurre a la percepción y a la memoria de los entrevistados. En palabras del soldado Martín Ramírez: “La mayoría eran indígenas. La mayoría llegaba de lugares indígenas. De 10, unos seis o siete eran indígenas”. El soldado Martín Ramírez prestó su servicio militar entre 1976 y 1978. Posteriormente, ya de forma voluntaria, se “re-enganchó”, llegando, 1984, a alcanzar el grado de sargento, hasta que se retiró de la institución militar. Su visión y perspectiva son las de alguien que, en aquellos años de la guerra, conoció bien al Ejército. El oficial Guillermo Méndez da otro dato acerca del porcentaje de soldados indígenas: “Más del 80% por ciento de las fuerzas militares estaban integradas por indígenas”.

Como los reclutas eran los más pobres de entre los pobres, frecuentemente éstos eran también analfabetos. Como el reclutamiento se hacía por departamentos, atendiendo a la división territorial, para 1981 había grandes variaciones en torno al analfabetismo. Tomando en cuenta sólo a los hombres mayores de 7 años que viven en zonas rurales, la relación entre los que saben leer y escribir y los analfabetos era de 4/1 en Guatemala y Sacatepéquez; de 7/3 en El Progreso, Jutiapa, Santa Rosa y Zacapa; de 3/2 en Chimaltenango, Escuintla, Totonicapán, Quetzaltenango, Suchitepéquez, Retalhuleu, San Marcos, Petén e Izabal; de 1/1 en Jalapa, Chiquimula, Baja Verapaz, Huehuetenango y Sololá; y, de 2/3 en Quiché y Alta Verapaz.³ El soldado

² En Guatemala, La Cédula era el documento de identidad. Éste se obtenía cuando se alcanzaba la mayoría de edad: 18 años.

³ En 1981, cuatro de los seis millones de habitantes vivían en el área rural. De éstos, dos millones eran hombres. Restando de esta cifra a los menores de siete años (527 000), tenemos: 706 000 analfabetos, y 817 000 sabían leer y escribir. Una relación de 46 y 54%. Para los comprendidos entre 7 y 17 años, el porcentaje de analfabetismo era de 40%. Para los comprendidos entre los 18 y más edad, el porcentaje de analfabetismo era de 49% (Censo, 1981).

Martín Ramírez recuerda que: “Llega mucha gente que no sabe leer. De 10, solo 1 o 2 sabían leer”.

El Ejército prohibía a los soldados (mayoritariamente indígenas) hablar en sus idiomas maternos. El soldado Martín Ramírez recuerda: “No era permitido hablar dialecto, era prohibido”. El soldado Ramírez, que como mencioné, llegó a desempeñarse como Sargento, detalla lo siguiente:

Cuando yo estuve en una Compañía, encontré un letrado en el tablero de información: prioridad uno: enseñarles español a todos los que no saben hablarlo. ¡Prohibido hablar dialecto! ¡Todos deben hablar español! Ese papel venía de tiempo atrás [...] si se sospechaba y se sorprendía a un soldado hablando en dialecto, tenía que ser castigado. Para que agarrara miedo y dijera: —no, aquí no puedo yo hablar como hablo en mi lugar.— Tengo que hablar en español, como hablan todos. Entonces había que enseñarles.

El cuartel fue el lugar en el que muchos jóvenes, transformados en soldados, aprendieron a leer y a escribir. Para ello, recuerda el soldado Salazar: “[...] se hablaba con maestros de la calle [de afuera del cuartel]. Había un grupo de maestros que entraban todas las tardes a dar clases de alfabetización”. Sin embargo, el Ejército no asumía el pago que les daban a estos maestros por su trabajo de alfabetizar: mes a mes, a los soldados que asistían a estas clases se les descontaba una parte de su salario. El soldado Salazar lo afirma así: “Mes a mes, se hace un descuento a los soldados para pagar estos maestros. Del salario de todos los soldados sale para pagarle al maestro”. El soldado Salazar, además de recluta, y luego soldado, también llegó a ser Sargento. Desempeñó, por tanto una labor fundamental en la organización de la Compañía a la que perteneció durante sus años de servicio.

¿Cómo llegaban estos jóvenes a los cuarteles militares? Cada tres meses, los Comisionados Militares de cada aldea y municipio salían a cazar reclutas. Los Comisionados Militares eran vecinos que habían sido seleccionados por el Ejército para llevar adelante esa tarea. Eran los enlaces visibles y públicos entre el Ejército y las comunidades: sus ojos y oídos dentro de la pequeña comunidad rural. Además de cazar

reclutas, los Comisionados cumplían otros papeles. El ex insurgente Danilo Rivera explica: “Los comisionados no solamente concentraban información, sino que organizaban a los orejas,⁴ él ponía los guías [que orientaban a las patrullas del Ejército]. Cuando se hicieron las Patrullas de Autodefensa, los comisionados jugaron otro papel, algunos como jefes de la patrulla, otros fueron relegados”. También, por medio de redes de compadrazgo en los caseríos y las aldeas donde no había una representación del poder local, el Comisionado actuaba como alcalde. El oficial Mario García Orozco lo explica en estos términos: “En las aldeas, caseríos y comunidades donde no había alcaldías, él [el Comisionado Militar] tenía la función de alcalde”. Donde sí había una representación del poder del Estado, el comisionado jugaba otro papel: “Los alcaldes electos buscaban, como Concejales,⁵ a los Comisionados Militares. Era tener legitimidad”, continúa explicando el oficial García Orozco. También, en las comunidades indígenas, el Comisionado tenía un papel como vínculo entre la alcaldía y la alcaldía indígena (Oficial Mario García Orozco). En medio de la guerra, los Comisionados también aprovecharon el contexto para, explica el ex insurgente Danilo Rivera, “arrebatarle tierras a mucha gente. Los comisionados querían apoderarse de tierras y utilizaron el problema de la guerrilla para hacerlo. A los comisionados, el Ejército, les creía mucho. Eran su principal fuente de apoyo”.

La Tercera Sección, la de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército, establecía cuál era la cuota que cada Comisionado Militar debía llenar a nivel de aldea, municipio, departamento y zona militar. Guillermo Méndez, Oficial del Ejército, comenta la manera como los comisionados, en su afán de completar estas cuotas, re-

⁴ Oreja: propio de Cuba, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala. Es-
pía que oye las conversaciones para transmitir las a las autoridades gubernativas
(*DRAE*).

⁵ Concejal: Miembro de una corporación municipal (*DRAE*). En Guatemala,
estos cargos se integran a través del sistema de representación de minorías. Las
posiciones en el Consejo Municipal se distribuyen de forma proporcional al nú-
mero de votos que obtiene la lista del candidato a alcalde. En esta elección no sólo
participan partidos con estructura nacional, sino también comités cívicos de base
municipal.

clutaban a jóvenes que no llenaban los requisitos, calificándola como “indiscriminada”:

Al hacer la clasificación, había casos de excepción militar que se iban inmediatamente. El comisionado llegaba con 50 [jóvenes, agarrados por la fuerza], pero al hacer la clasificación quedaban 30. Y esos 30 ya no eran suficientes para llenar los espacios disponibles. Lo que les interesaba era llenar el cupo.

Lo cierto es que los jóvenes que, durante aquellos días en que los comisionados trataban de alcanzar su cupo, se cruzaban con éstos, eran capturados y subidos a la fuerza en camiones y pick-ups. Allí empezaban a ser vigilados por otros soldados. Así empezaba la historia de los ciudadanos que se convertirían en soldados.

Para evitar las súplicas y el llanto de las madres que, en vano, trataban de evitar que sus hijos se convirtieran en soldados, la estancia en el cuartel militar era muy breve. Todo se hacía con rapidez. Había que sacar a estos jóvenes de sus lugares de origen y transportarlos a la Brigada de Infantería General Manuel Maximiliano Aguilar Santa María localizada en el departamento de Jutiapa. Los oficiales, por su parte, ingresaban a la Escuela Politécnica a la edad de entre 15 y 16 años, y salían con el grado de subteniente, teniendo entre 18 y 19 años de edad. Los comandantes de pelotón, el eslabón entre los soldados y la oficialidad, eran jóvenes de entre 18 y 20 años. El oficial Óscar Álvarez recuerda, con orgullo, el día en que aquellos jóvenes pasaban a ser cadetes. Esto se condensaba en el ritual del juramento a la bandera:

Jalan un extremo de la bandera y uno pasa debajo de la bandera, cantando. Cuando sale, del otro lado, repite un juramento: “juro ante Dios y por mi honor de soldado guatemalteco acatar la constitución, leyes y autoridades de la República, venerar y defender con mi vida la bandera de mi patria, símbolo de Guatemala y expresión de gloria y libertad”. El oficial que está a cargo dice: “Cadetes: desde este momento su vida no les pertenece a sus padres, ni a sus hermanos, ni a sus esposas, ni a sus hijos. Su vida no les pertenece a ustedes mismos. Le pertenece a la patria. Solo la patria sabrá disponer de sus vidas”.

Aquel acto, afirma el oficial Álvarez: “Es un ritual de entrega completa. A partir de ese momento uno empieza a sentir que pertenece a una raza superior, a una especie de guardianes de la nación, de la patria, de la sociedad, de sus valores, de todo lo que la identifica”. Lo cierto es que los subtenientes que integraron la Fuerza de Tarea Iximché, y aquellos otros que ejecutaron —en calidad de comandantes de pelotón— el Plan de Operaciones Victoria 82, integrados a las diversas Fuerzas de Tarea, fueron aquellos que ingresaron a la Escuela Politécnica en 1976 (promociones 91 y 92), 1977 (promociones 93, 94); y 1978 (promociones 95 y 96). En palabras del oficial César Calderón: “La generación que llevó sobre sus espaldas el conflicto es la que se graduó a finales de 1979. Ellos nacen en lo más álgido de la guerra y se van con esa mochila hasta que se firman los acuerdos”. El oficial Álvaro Lavarreda nos presenta un testimonio desde su experiencia de vida: “El grupo generacional más golpeado por la guerra son las tres promociones anteriores a la mía y las dos hacia abajo. Oficiales muy jóvenes pasaron de la Escuela (Politécnica) a la guerra”. Luego de un tiempo, se tomó la decisión de postergar la llegada de jóvenes subtenientes —comandantes de pelotón— a las zonas de operaciones de la lucha contraguerrillera. El oficial Julián Domínguez lo explica: “[...] se determinó que antes de ir a las áreas de operaciones, los oficiales recién graduados estuvieran entre tres y seis meses en actividades propias del cuartel. No podían ser asignados a unidades en áreas de operaciones”. La razón, explica el oficial Domínguez, estaba relacionada con el tipo de entrenamiento que habían recibido los oficiales recién graduados: “Si bien se entrenaban en tácticas contrainsurgentes, no llegaban a dominarlas. Una cosa es pasar de la teoría a la práctica. Por más realismo que se le quiera dar a los ejercicios, no llegan a semejarse a la realidad”.

3.2. INVADIR

Rápidamente, los jóvenes capturados para prestar el servicio militar eran llevados a la Brigada de Infantería General Manuel Maximiliano Aguilar Santa María. Allí estaban las instalaciones del Centro de

Adiestramiento de Reemplazos (CAR).⁶ Aquel sería su hogar por los siguientes tres meses, integrados a una escuadra, formando parte de uno de los pelotones, de una compañía, y de un batallón. El soldado Martín Ramírez narra de primera mano el recuerdo de su llegada a aquel lugar:

Uno va pensando que lo van a golpear. Cuando uno llega es como que si bajaran un montón de animales de un camión. Todos desorientados. Nadie sabe para donde agarrar. Los galonistas, los cabos, los sargentos que están ahí para recibirlo, no lo van agarrar con consideración. —partida de mugrosos venga pa' acá. Mira uno que a los primeros ya los están agarrando a patadas, los están aventando entre la tierra, revolcándonos y mandándonos a formar. Siente uno miedo. Le dan ganas de irse a uno, le dan ganas de desertarse.

Tras someterse a un breve examen médico y perder el cabello, empezaba el proceso que los llevaba de ciudadanos a soldados. El curso 'tigres', como se denominaba a este, era un curso básico. De acuerdo con el oficial Julián Domínguez, consistía en: "[...] patrullas de reconocimiento y de combate individual (tiro, defensa personal, cómo sobrevivir en áreas hostiles). Era un curso condensado".

Los tres meses que dura el curso tienen una importancia radical en la vida de estos jóvenes. En este breve periodo de tiempo, quienes habían llegado como civiles se transformarían en soldados: pero no en cualquier soldado. Ellos, sin saberlo, se estaban preparando para ser soldados de un Ejército que, frente a una crisis militar, iba a responder con actos de genocidio. Para el oficial Amílcar Rabanales, aquellos tres meses: "[...] tienen una repercusión importante: es la base para el resto de los 27 meses que va a estar dentro del servicio. Sus próximos 27 meses van a estar regidos por esa base". Es por ello que, continúa el oficial Rabanales, "El sentido de la vida que lleva un recluta en un curso básico es muy intenso, muy fuerte: momento a momento le están repitiendo qué es lo que tiene que hacer. Se van convirtiendo en

⁶ En 1964, en la finca Cerro Gordo, a pocos kilómetros de la cabecera departamental de Jutiapa, se fundó el Centro de Adiestramiento de Reclutas (CAR).

un grupo que está siguiendo, y tienen que seguir haciéndolo, y haciéndolo [...]”. El soldado Martín Ramírez nos presenta una descripción general de aquel curso:

Ahí lo van a forjar física y mentalmente. De eso se trata el curso. Mentalmente le van a maltratar, le van a escupir, le van a dar comidas raras. Todo lo que nunca usted ha sufrido en su casa ahí lo va ir a sufrir. Como decíamos nosotros: —viene uno a sufrir con el peor indio. Hay unos ahí que son de por hay de [...], que son puros indígenas. Cuando entran no saben ni hablar, son muy cumplidos y llegan a ser instructores. Donde quiera que lo encuentren (ellos, los instructores) le pegan en el estómago, le escupen, le ponen a hacer ejercicios, le mandan a correr, le piden cosas de la tienda, no le dan dinero y usted tiene que conseguir. Ese es el curso de reclutamiento. Ahí no le dan franco, ahí no sale, nada, no tiene derecho a nada. Domingo es día de visitas, de las 14:00 para las 18:00.

Acerca de los recursos, las rutinas y los discursos mediante los cuales el ejército transformó a aquellos jóvenes en la columna vertebral de las fuerzas de combate, apenas hemos descubierto una parte, todavía muy inicial. Entre aquel momento en los camiones o pick-ups en que capturaban a los nuevos reclutas y el asesinato de civiles no combatientes, medió un breve periodo de tiempo. La rutina diaria en este centro de entrenamiento estaba dedicada a forjar a los nuevos combatientes. El soldado Martín Ramírez describe la rutina en estos términos:

A las 5:00 tocan la diana, para hacer deportes: a correr 4 kilómetros. Ya de regreso, a hacer ejercicios. A las 5:45, pasar a formar, en traje de deporte, íbamos al cuadro, para la izada del pabellón. De ahí, a bañarnos, en 5 minutos; y a formar, ya uniformado, con sus platos y su vaso, para ir a desayunar al comedor. Usted no podía comer a gusto. Recibiendo su comida ya le están pateando el trasero. Lo están empujando. Su comida se le cae. Entonces lo tiran al piso a uno para que trapee con el pecho. Si le daban panza de res y se caía en el piso, había que agarrarla con la boca. Eran días difíciles, días difíciles. A las 7:00 estamos en la cuadra, haciendo limpieza: todo bien trapeado, el piso tiene que estar bien brillante, a las camas se les pasa trapo con aceite y todo que brille.

Luego, pasaban la revista de cuadra. Si había quedado sucia, entonces metían a toda la compañía que se arrastrara debajo de las camas. Que se arrastrara con el pecho. Uno mismo la limpiaba con su uniforme. Con palos de escoba, con cinturones, a los de adelante les van dando pa' que avancen y todos se van encaramando, uno sobre otro y van dándoles y dándoles, para que caminen rápido. Si estaba limpia la cuadra entonces ya nos dejan tranquilos. Nos íbamos a pasar lista de 8:00. Se entregan los planes de lección para las clases. De las 20:30 para las 21:00 todo mundo bañándose. Luego, enfrente de sus camas, pasa uno a formación, en pantaloneta,⁷ bien bañados, bien secos, bien entalcados⁸ de sus pies, con desodorante. Pasan revista y pasan lista. A las 21:00 suena la trompeta: hora de acostarse. Se apaga la luz, ya no hay bulla.

Las condiciones de maltrato a las que los reclutas eran sometidos en el CAR eran extremas: la tortura se combinaba con la coprofagia y el abuso sexual. Estos tratos crueles y degradantes iban preparando a los soldados para que fueran capaces de infringir este tipo de brutalidades a otros. En la memoria del soldado Mateo Salazar siempre está presente un evento de cuando estuvo en aquella instalación militar como recluta: “(el sargento) fue a defecar, agarró mi cepillo dental y lo llenó de heces. Después, puso a otros dos soldados que me agarrarían los brazos y los pies, y otros que me abrieran la boca: me cepilló los dientes”. El soldado Jorge Roldán cuenta con mucha amargura cuando, estando en el CAR: “(el sargento) hizo que fuera a traer mi casco y un poco de agua. Me hizo que juntara un poco (de heces) y que las echara en el casco. Me dijo: —revolvélo y te lo tomas. Tuve que obedecer. Ese era el castigo que nos daban ellos antes”. Otro soldado, Federico Cristales, cuenta que en aquel Centro de Entrenamiento de Reemplazos se daban abusos sexuales contra los reclutas. Lo recuerda así: “Los cinco días de la semana uno no podía pensar en otra cosa más que en las idas al baño. Había unos cabos que le ponían a hacer

⁷ Pantalón muy corto, usado principalmente para practicar deportes (*DRAE*).

⁸ Entalcado: que se aplicó talco. Talco: polvo blanco empleado en la higiene personal, que regularmente se aplica en los pies para evitar la humedad, las bacterias y el mal olor.

cosas a uno que en realidad no iba con [...] Había cabos que hacían que uno se masturbara en el baño, y ellos viéndolo”. Como parte del curso Tigres, había un momento en el cual los soldados eran preparados para la tortura. Este momento tenía lugar 2 semanas antes de concluir el curso. Es el llamado “campo de prisioneros”. En el recuerdo del soldado Mateo Salazar: “A las 21:00 lo mandan a comisión. Le dicen: —Ustedes van a ir a cubrir el puente, porque lo van a botar—. Ustedes tienen que evitar que ese puente lo boten. A las 23:00 tienen que estar cubriendo el puente”. Aquello es un engaño para permitirle a los instructores capturar a los reclutas: “En el camino, los instructores le ponen una emboscada. Lo agarran a uno y lo patean todo. Luego lo desvisten, lo amarran, descalzo lo hacen caminar entre espinas”. Como parte de las torturas, él recuerda: “Lo sientan entre el agua y le pegan quemones con baterías. Lo tienen toda la noche vendado y le hacen preguntas: —¿quién es su comandante?; —¿quién es su comandante de pelotón?; —¿quién es su comandante de compañía?; —¿cómo se llama el comandante de la zona?”. Al final, el soldado Salazar concluye su relato explicando: “Por eso es reclutamiento: es una tortura”.

El soldado Julio Roca recuerda el miedo que él sentía cuando estuvo en el CAR: “se siente mucho miedo. Uno no está acostumbrado a que lo traten mal. Agarra miedo, porque lo van a tratar mal, con golpes. Cualquier cosita que le dicen es puro golpe. Por todo eso agarra uno miedo. Sea quien sea, agarra miedo. No sé por qué agarra uno miedo”. El miedo como estado de ánimo y sensación física que deviene del enemigo lejano, invisible; pero también de sus mandos y de sus propios compañeros. Pero luego, este mismo relato va dando cuenta de la transformación que, con el propio miedo, se alcanzaba: “después que ya salió de ese entrenamiento de los 3 meses, ya pasa a ser un soldado. Uno mismo agarra valor, dice uno: ya soy soldado”.

Durante los 3 meses que duraba el Curso Tigres, los reclutas eran sometidos a un sistema de deudas.⁹ En el CAR funcionaba una especie

⁹ Sobre el sistema de endeudamiento forzoso, como parte de los mecanismos extraeconómicos para el suministro de mano de obra a las grandes plantaciones, véase Martínez, 1970; Cambranes, 1985.

de tienda de raya. En relación con el escaso salario que allí percibían, a los soldados se les suministraban ciertos productos de uso personal que eran descontados del salario. Además de su uso cotidiano, aquellos productos de uso e higiene personal tenían otra función: servían para homogenizar a aquellos jóvenes indígenas. La sociedad occidental invadía sus vidas mediante aquellos productos nuevos, para muchos de ellos. Nadie podía escaparse de este sistema porque, según cuenta el soldado Mateo Salazar, era “obligado, tiene que comprar, le van a pasar revista de papelería, y si no tiene eso, lo van a castigar duro. Ahora le pagaron, y aquí pasa a depositar todo lo que debe de la tienda”. Así, el recluta, antes que percibir un salario, era sometido a deudas. El soldado Martín Ramírez nos lo relata en estos términos:

¿Cuánto me pagaron el primer mes allá en Jutiapa? Q1 con 50 centavos [...] Ya me entregaron el uniforme. El segundo mes, lo llevan a la tienda: le entregan cepillo, pasta dental, toallas, calzoncillos, dos playeras, chancletas, jabón de baño, papel higiénico, útiles de aseo personal. Todo eso se lo apuntan para el pago. Al segundo pago le dicen: —Ustedes ganaron Q13, pero como en la tienda deben Q10, se les va a descontar Q8, para el siguiente mes quedan debiendo Q2. Al siguiente mes le daban a uno otras cositas de la tienda, de modo que no se fuera a pasar.

El sistema de control, por más rígido que fuera, dejaba, sin embargo, espacios para pequeñas rendijas de resistencia: al acostarse, por la noche, en la religión, los días domingos, o en el deporte, específicamente en el fútbol. En esos breves momentos, había estrategias de resistencia. Al terminar el día, cuando apagaban las luces y los soldados estaban en sus camas, se les presentaba un momento para conversar entre ellos. Aquel breve momento de libertad era utilizado para criticar. Era el momento cuando la resistencia que aún quedaba podía emerger. Así lo cuenta el soldado Martín Ramírez: “Las camas estaban pegaditas. Hablábamos calladito, no duro, sino calladito. Aprovecha uno para murmurar de algún cabo, o de un sargento, o lo que sea. Pero si se oyen bullas, a encender las luces: —¡de pie, todos van a hacer castigo!—, nos levantaban a todos. Nos sacaban a sudar. Ya nos acostábamos bien sudados”. Esa era, continúa explicando el sol-

dado Ramírez, “la única oportunidad que teníamos de hablar algo. De ahí nunca da tiempo o no hay tiempo. Porque la comida es sagrada, se tiene que respetar: nadie tiene que hablar. A cada rato están entrando oficiales al comedor”.

El soldado Martín Ramírez recuerda que, los domingos, al CAR llegaban a realizar servicios religiosos, tanto católicos, como protestantes. Aquel era otro momento de libertad, cuando “podíamos estar un poco tranquilos”, “era un momento feliz”, afirma: “Ahí ya no hay empujones, ya no hay patadas. Se fortalecía uno. Se sentía como si el pastor o el padre le daban fuerzas, ánimo, se llenaba de energía. Ya para el día lunes uno estaba compenetrado. Nos servía de mucho. Nos fortalecía mucho”.

El deporte era también otra estrategia de resistencia para arrancarle a la rutina diaria momentos de libertad. En palabras del soldado Mateo Salazar: “A mí me ayudó mucho el futbol, porque ya no sufría tanto [...] Era mil veces mejor jugar futbol que estar en entrenamiento. Yo pasé de ser un soldado como cualquiera a ser alguien ahí. Uno le echa ganas, para sobresalir”.

El soldado Roberto Martínez cuenta que la estrategia de resistencia y evasión que él desarrolló fue emplearse en la cocina. Así cuenta que “Como a los tres meses, a mí me gustó mucho la cocina”. ¿Cómo dio inicio esta estrategia?: “Como la comida que nos daban no nos alcanzaba, yo me metía a la cocina. Con apenas tres tortillas que le daban a uno en el almuerzo, no era suficiente. Estando ahí, uno comía bastante. A mí me gustaba, porque iba a comer suficiente. Me gustó mucho el trabajo de la cocina, porque ya no era igual como comía antes”. En un párrafo resume su experiencia: “Es preferible andar trabajando que lo estén castigando. Cuando a mí me dieron la cocina fue un día de gloria. Por mi actitud de estar en la cocina, los señores cocineros me pidieron; así logré salirme de la compañía”.

Había otros que se fugaban: en términos militares, que desertaban. El índice de desertión en este centro de entrenamiento era casi de 50%. Tomando esto en cuenta, a los reclutas no les entregaban ningún tipo de uniforme o utensilio militar durante el primer mes: “durante ese periodo teníamos que correr, hacer ejercicios, acostarnos, con nuestra misma ropa y zapatos. Si los zapatos se rompían, des-

calzo. Pasado ese tiempo se veía cuántos —más o menos— se iban a quedar. Entonces ya le daban a uno uniformes y botas”, recuerda el soldado Martín Ramírez. El mismo soldado Ramírez recuerda cómo se detectaban las desertiones: “Día a día, a la hora de pasar lista, decían: faltan 30 reclutas, o 40 reclutas se desertaron anoche; faltan 25, que faltan 10, y así. Cuando sacaban el estado de fuerza, ya aparecía que faltaban un montón. A los 3 meses de entrenamiento había pelotones de 50, 55: la mitad se había desertado”. El soldado también relata las maneras como lograban escaparse: “No era difícil salirse. Los mismos soldados lo sacaban. Uno llegaba y les decía: Conseguíme una mudada, te voy a dar dinero. Por unos Q5, Q10, ellos mismos le conseguían un pantalón y una camisa. Ellos mismos lo iban a sacar por donde pudiera salir”.

Era tanto el número y el porcentaje de desertión que el Ejército no estaba en condiciones de controlarlo ni tampoco castigarlo, conforme al Código Militar vigente. Dada esta situación, se adoptaron dos políticas: hacia fuera de la institución, la de no perseguir a los desertores; hacia dentro, la de periódicamente mandar el mensaje de la captura de los desertores, como un ejercicio de propaganda para causar temor entre los reclutas: “Lo que se hizo fue decir: el soldado Juan Pérez se desertó, fue capturado y consignado al tribunal militar, aunque eso no hubiera ocurrido. Esa era una forma de decirles a los soldados que quien se desertaba corría esa suerte”, recuerda el oficial Julián Domínguez.

Al término de los tres meses, los reclutas que habían llegado al término del entrenamiento se transformaban en soldados. El momento decisivo era el ritual de “jurar a la bandera”. El soldado Martín Ramírez recuerda la intensidad de aquel evento. Lo compara con el matrimonio y remarca el cambio que, con este rito, se daba: “Es como que si usted se estuviera matrimoniando.¹⁰ Hizo un compromiso con su patria. En ese momento uno se siente bien macho, siente que se carga de energía. Uno dice: —ahorita ya soy soldado, tengo que cumplir, por mi patria. En ese momento usted pasa a ser otra persona, como si cambiara de personalidad”. Describimos a continuación los

¹⁰ Matrimoniando: contrayendo matrimonio.

detalles de aquel ritual, que todavía está presente en la memoria del soldado Ramírez:

El comandante de la zona da el discurso. En su discurso decía: —bueno soldados, hoy son unos soldados hechos y derechos. Ustedes pasan a ser un soldado con responsabilidad de cuidar a su patria, de cuidar a sus superiores, de cuidar a sus subalternos y de cuidar su vida, defenderse del enemigo. Él decía: —soldados: protestáis constantemente seguir la bandera de tu patria en tiempo de paz o en tiempo de guerra o disposición para ella. Uno gritaba: —sí, protesto. Con el hecho que usted diga: —sí, protesto, ya está comprometido con la patria. Comenzaba la banda a tocar. El coronel agarraba el asta de la bandera y el otro comandante agarraba la punta de la bandera. Solo quedaba un espacio. Pasábamos de uno en uno, debajo de la bandera, quitándonos la gorra. Al pasar debajo de la bandera, ese es el juramento.

Inmediatamente después de aquel ritual, el Centro de Adiestramiento de Reemplazos se llenaba de camiones de transporte equipados con carrocería de madera. Llegaban a dejar nuevos reclutas, pero también, a traer a los soldados que serían transportados a sus lugares de destino. El soldado Martín Ramírez recuerda: “Los camiones que llegan a recoger a esa gente, ellos mismos traen el relevo de los que salen: ya vienen los reclutas otra vez. Ellos mismos se los llevan”.

El Estado Mayor de la Defensa tenía el dato de cuántas vacantes había cada trimestre en todos los pelotones de todas las brigadas del Ejército. El oficial Guillermo Méndez recuerda que el CAR mandaba al Estado Mayor General de la Defensa trimestralmente el dato de cuántos reclutas habían llegado al final del curso. Es entonces cuando “el Estado Mayor dice: de las 50 vacantes que tiene Quetzaltenango, le vamos a dar 40. Se pasa la nómina de los soldados. Le dice: vaya a traerlos a Jutiapa. Llega un oficial a Jutiapa y dice: vengo a traer a [...] Reúne sus 40 y se los lleva”.

El soldado Martín Ramírez recuerda los detalles de este proceso. En un primer momento, se realizaba una clasificación a partir del grado de escolaridad de los reclutas. Al parecer, las clases de alfabetización impartidas en el CAR no lograban tener un impacto en el grado de es-

colaridad de los reclutas, por lo que muchos seguían siendo analfabetas. Esto se hacía atendiendo a este parámetro porque: “En las Zonas Militares se pelean por los que saben leer. Las unidades que agarran a los que saben leer, a los estudiados, son blindados, baterías (mortero, mortero 120 y la 105, la batería 105), la Guardia Presidencial y a las Zonas Militares que están en la Ciudad de Guatemala”. Esta separación estaba a cargo del Sargento Brigada de la Compañía. Se desarrollaba de la manera siguiente:

Decían: —primera compañía, va a sacar tantos grupos. Si eran 300, tres grupos. Él (sargento) decía: —Todos los que tienen primer año de primaria: pasar a formar allá; —los que tienen segundo año de primaria: pasar a formar allá; —tercer año, sexto año y así [...] —Los que no saben leer, ni escribir: pasen para allá. Y así, se ordenaban. Entonces dicen: —¡fulano, fulano, fulano, fulano: son cebras! Cuando diga: —¡grupo cebra: pasar a formar!, son ustedes. Entonces se sacan los nombres y se hace la lista. Dice: —ahí están los camiones que van para el Puerto de San José, tráigame la lista, ¿qué grupo es? —son los gorilas. Entonces llaman: —¡gorilas, pasar a formar! Se junta el grupo, se pasa lista. —Todos ustedes, al oír mi voz se van a subir en aquel camión: ¡cinco y están arriba! Y salen todos corriendo, con sus maletas, a los camiones. Ellos no saben para dónde van, porque no les dicen. Es secreto.

En la composición y distribución de los pelotones no mediaban criterios étnicos, lingüísticos ni de origen territorial. No se buscaba conformar pelotones de un mismo idioma materno ni del mismo grupo étnico. Tampoco se buscaba integrar unidades atendiendo a los lugares de origen, que a su vez estuvieran en condiciones de operar en las áreas de donde eran originarios. Esas identidades serían borradas. El soldado se integraba a un pelotón, y la única identidad que contaba era la del pelotón. El oficial Guillermo Méndez advierte que la tarea del comandante de pelotón era “homogenizar a ese grupo de gente que le viene de diferentes lugares con diferentes costumbres. Es una experiencia interesante. Es un reto para el oficial”. El oficial Mario García Orozco comenta: “Se logra hacer homogéneo. No eran del mismo lugar. A la suerte de la olla. Nunca se manejo eso, por una

sencilla razón, por aspectos de exclusión y el Ejército es integrador. 1 de Totonicapán, 2 de Huehuetenango, 1 de Zacapa, 1 de Cobán, 3 de Guate. A mí lo que me interesaba era tener mis 40 hombres. De ahí, yo me encargaba de hacer el proceso de homogenización”.

Como ya lo comentaba el soldado Ramírez, los camiones que transportaban a los nuevos soldados eran señalados con distintos nombres de animales: cualquier nombre menos aquello que diera una pista del lugar de destino. Aquella mañana, cuando los nuevos soldados salían del CAR rumbo a sus Brigadas, ese era el secreto mejor guardado. El oficial Julián Domínguez confirma la forma como se organizaba la operación de traslado de los nuevos soldados que irían a reemplazar a los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio: “Se formaban los convoyes de vehículos. Para evitar que los soldados supieran a dónde iban, y así evitar que se desertaran, se les daba un nombre, por ejemplo, esta es la columna Ocote, la columna [...] para que, si iban a un lugar donde ellos sabían que había mucha guerra, no se asustaran”. Los soldados que podían leer se enteraban de sus lugares de destino conforme iban viendo los rótulos en la carretera. A los otros, el clima templado les daba la noticia que el camión había entrado al altiplano, el área de operaciones del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). La operación de traslado de los nuevos soldados se hacía de esa forma porque los soldados aprovechaban la más pequeña oportunidad para desertar. Se sabe que los nuevos soldados optaban por saltar del camión en marcha cuando éste reducía la velocidad en una curva, o en una parada obligatoria, cuando pasaban por un pueblo. La advertencia de que los soldados que los vigilaban tenían órdenes de dispararles no impedía que salieran corriendo. En palabras del oficial Domínguez, “En el camino, cuando ya sabían ellos para donde iban, cuando los camiones llegaban a Xela, San Marcos, Quiché, muchos soldados se iban tirando en el camino y se desertaban. Se tiraban de los camiones y se iban. Había una parada obligada y eso era aprovechado para tirarse”. No es posible estimar el número o el porcentaje de las deserciones por esta vía.

A pesar de que el entrenamiento durara 3 meses y que las 24 horas estuvieran destinadas a forjar a los nuevos combatientes, varios de los oficiales entrevistados concluyen que no era sino al cabo de un año

de servicio cuando el recluta se transformaba en un soldado. En palabras del oficial Óscar Álvarez, podían considerarse soldados “eficientemente operativos, a partir de los 10 meses de instrucción militar y de vivencia militar”. El oficial Julián Domínguez reafirma: “Un campesino que viene de su aldea no se hace combatiente en 3 meses. En 3 meses se le enseña lo básico: disparar un arma, tirarse al suelo, ser parte de un grupo de patrullas, primeros auxilios, cubrirse la herida, ponerse un torniquete, las cosas más elementales. Después de un año, el soldado ya era un combatiente”. Luego de los 3 meses como recluta, el soldado estaría sometido a otro tipo de entrenamiento que se realizaba en las Brigadas Militares. Este segundo entrenamiento, además de dar experiencia en áreas de operaciones de combates contra la guerrilla, terminaba el proceso de transformación que en el CAR se había iniciado. Este entrenamiento en las Brigadas Militares era más práctico, acorde con las necesidades operacionales de cada lugar en el que debían combatir. Al final, el entrenamiento era permanente.

3.3. ENCUADRAR

Los nuevos soldados que llegaban a las zonas militares se integraban a un pelotón. “El pelotón es la unidad fundamental, el pelotón es una familia, la relación llega a ser tan buena que [para el subteniente, el comandante del pelotón] los soldados son más que un hijo”, afirma el oficial del Ejército Mario García Orozco. El pelotón es una unidad encabezada por el comandante de pelotón, los cabos y los sargentos, porque: “Uno [como comandante de pelotón] no tiene capacidad de tanto, por eso están los cabos y los sargentos. La unidad que manobra —que tiene éxito o que fracasa— es la escuadra”, apunta el oficial García Orozco. El pelotón no era más que cuatro grupos de diez hombres. El núcleo director del pelotón estaba constituido por seis personas: el comandante (un subteniente), el sargento, el segundo al mando, y cuatro cabos, que lideran las escuadras, los cuatro grupos compuestos por 10 soldados cada uno.

Dentro de los mecanismos de encuadramiento se halla el Cuas, vocablo propio del idioma Kekchí que significa hermano, compañe-

ro.¹¹ A cada soldado se le asignaba otro soldado: “Si este hace algo mal, castigan a los dos. Entonces, este empieza a velar porque el otro haga bien las cosas, si no, a él se lo va a llevar la tristeza. Se vigilan entre ellos mismos”, afirma, desde el lado opuesto, por lo que él vio, el insurgente Román Romero. Este mecanismo de control a nivel micro en la base de toda la estructura militar se halla presente en todas las líneas. Es un poderoso mecanismo que vertebraba la estructura de mando y control de la institución militar: “En combate, si éste entregaba el fusil, a éste otro le caía el mismo castigo. En los combates, nosotros vimos a soldados hechos pedazos, inconscientes, que agarraban el fusil y no lo soltaban, hasta que había que quitárselos a la fuerza. Ellos sabían que (si soltaban el fusil) el ejército los iba a masacrar. Hay niveles de castigo, hasta llegar a matarlos”, recuerda el insurgente Román Romero.

Esta eficiente cadena de control que va del pelotón a la escuadra y al Cuas, se mantiene en constante tensión mediante la aplicación de “la antigüedad”. Esto es el derecho de los que entraron antes de disciplinar a los de reciente ingreso. El soldado Martín Ramírez lo define de la siguiente manera: “La antigüedad es disciplinar a los que están abajo. Usted puede ser lo que sea en la calle; pero media vez entra al Ejército, allí lo tienen que hacer de nuevo. Usted va a comenzar de nuevo, como cualquiera”.

Como ya lo advertimos, la figura principal del pelotón es el subteniente, que funge como comandante del pelotón. Éste lo “representa todo: papá, mamá [...] Por eso es un líder. El reto más grande de un subteniente, independiente de los objetivos militares, es conquistar el corazón de sus soldados”, explica el oficial Mario García Orozco. El oficial Guillermo Méndez recuerda que “de 19 años comencé a atender problemas de otros, que eran como mis hijos. Con ellos se convive las 24 horas del día. La figura más importante para ellos era el subteniente. El guía es el subteniente. Se convierte como en el pa-

¹¹ De acuerdo a cómo se lo explicaron al periodista Zarco (1987a), en un acróstico, significaba: compañerismo, unión, agresividad y seguridad. Acróstico: composición poética constituida por versos cuyas letras iniciales, medias o finales forman un vocablo o una frase (DRAE).

dre de los soldados. Como que fueran sus hijos”. El oficial García advierte que: “el oficial es el núcleo generador de energía, de valores, de supervivencia, de todo. La misión principal del subteniente radica en conquistar el corazón de sus soldados y adiestrar a sus líderes subalternos para que sean tan buenos como él”. El oficial Fernando Córdón explica la forma como él enfocaba la relación con sus soldados bajo su responsabilidad: “Mi misión principal era que ese joven que a mí me lo entregaron vivo, yo lo entregue, al final de sus 30 meses, vivo. Entrenarlo, darle todas las herramientas para que él tenga confianza, no sólo en el que lo está comandando, sino en las técnicas que yo le estoy dando para sobrevivir en el campo de batalla”.

Aunque separados por el abismo de la jerarquía, la distinción étnica y lingüística —los soldados eran mayoritariamente indígenas y los oficiales eran mayoritariamente ladinos— soldados y oficiales eran jóvenes de las mismas edades. Aquellos jóvenes recién graduados en la Escuela Politécnica con el grado de subteniente eran los encargados de conducir a los soldados en las operaciones militares, de entrenarlos y de cuidar su moral. El comandante de batallón, el comandante de compañía y el comandante de pelotón son los responsables del empeño operacional y táctico de los soldados que tienen el deber de instruir a éstos y vigilar por su moral. En palabras del oficial Guillermo Méndez: “Un subteniente tiene responsabilidad de mantener la moral de sus soldados; un capitán de su compañía. Cada comandante tiene la responsabilidad de mantener en un nivel apropiado la moral de su gente”. La estructura de mando funcionaba de forma dual: para la planificación y la conducción de las operaciones militares, como también para el cuidado moral de los subordinados. El comandante de pelotón, además de su misión como líder de las tropas a su cargo en operaciones militares, tenía la misión de ser un educador político y líder espiritual de sus tropas, dando explicaciones y razones para combatir. Uno de los Comandantes de Pelotón en 1981, el oficial Fernando Córdón, expone la forma como él entendía la relación con sus soldados: “La formación del soldado es tri-axial: tiene un eje espiritual; otro, que es físico; y el otro, que es mental. Tienen que ir paralelos, a la misma velocidad, sino se distorsiona”.

Además de la unidad primaria entre el comandante de pelotón, el sargento, los cuatro cabos y los soldados, existía otro eslabón fundamental, hacia arriba en el mando: la compañía. En ésta participaban cuatro subtenientes en calidad de comandantes de pelotón, un teniente, como ejecutivo de compañía, un sargento, en calidad de Brigada de Compañía, y el capitán, Comandante de Compañía. En palabras del oficial Mario García Orozco: “El que maneja, al final, es el comandante de compañía. El baluarte de una unidad de combate es el comandante de compañía, el señorón, el capitán. Él dirige las operaciones. Tiene que ser muy sereno, muy cauteloso, con mucho olfato. Es como el abuelo”. La característica del capitán, apunta Mario García, es que éste “[...] ya no piensa ni con el hígado ni con el corazón. Porque estos (los subtenientes) son patojos.¹² 4 años como subteniente, más 4 años como teniente, son 8 años, de 18 a los 26 años. Son 6 años como capitán”. Una vez a la semana hay una reunión entre el capitán y sus cuatro subtenientes “para ver aspectos de entrenamiento, asuntos disciplinarios, asuntos económicos, si tenían problemas con la guerrilla, si ha habido trifulcas¹³ entre ellos [...]” Además de la reunión semanal, la unidad de la compañía estaba reforzada por las sesiones en una academia de formación continua, dirigida por el Capitán en la que tomaban parte los subtenientes. Guillermo Méndez lo explica: “El oficial de operaciones es el encargado. Hay una academia de oficiales. Se imparten clases para oficiales, temas específicos, que llegan en el plan de adiestramiento del Estado Mayor [las clases] son impartidas por un oficial. A las 14:00 es cuando ellos asisten a la academia de oficiales”.

La compañía es el lugar institucional en el que se genera una gran cantidad de documentos que sirven para ordenar, controlar y encuadrar a los soldados. Todo este trabajo está a cargo, explica el soldado Mateo Salazar, del Sargento Brigada de Compañía. Su trabajo es el de ser una especie de secretario de la Compañía. La compañía es el lugar en el que producen las: “listas, las nóminas de pago, nóminas en casos de emergencia, datos de los beneficiarios. Todos los meses tenía

¹² Patojo: propio de Guatemala y Honduras, niño, muchacho (*DRAE*).

¹³ Trifulcas: desorden y camorra entre varias personas (*DRAE*). Riña, pelea.

que sacar dos organizaciones.¹⁴ Cada quince días hay que pasar al alto mando una organización de cada pelotón de la compañía”, explica el soldado Salazar. El Sargento Brigada era el encargado de los libros de la compañía; éstos eran, recuerda el soldado Salazar, “el libro de compañía, el libro de caja, de armamento, de inmuebles, de actas. Si un soldado comete un error grave, se le levanta un acta. También se lleva un archivo de oficios recibidos, oficios enviados, providencias”. El sargento Federico Cristales, que durante un tiempo ocupó este cargo en el Ejército, explica cómo funciona la relación entre el comandante de la compañía y el Brigada:

Llega el Capitán y dice: —Brigada, pásame el fólder de oficios recibidos, a ver qué oficios tenemos; o, pásame el de oficios enviados, o el de providencia. Uno tiene que saber en dónde está todo. Ahí tiene todo su archivo. Cada compañía tiene su propia oficina. Hay una tarima, está el despacho, la máquina [de escribir] y su archivador. Donde termina la tarima comienza la primera línea de camas, en la propia cuadra.

Cada 3 meses, cada pelotón de 40 miembros recibía entre 3 y 5 soldados de reemplazo. En palabras del oficial Guillermo Méndez, “No hay que renovar a todos los soldados cada 3 meses. Sino que, digamos, se van a ir 2 mil soldados de baja dentro de un mes. No es que todo el grupo se renueve cada 3 meses, sino que cada 3 meses se pueden ir 3, 4 del pelotón y llegan 3, 4”. A lo largo de la guerra, el nivel de bajas nunca impidió que la identidad de este núcleo primario, el pelotón, se mantuviera. Ni siquiera en 1982, cuando el ejército contabilizó al final de aquel año más de 500 soldados y 90 oficiales muertos en combate. Esto fue lo que quedó consignado en la Evaluación Anual de Operaciones Militares del Estado Mayor General del Ejército.¹⁵ A propósito de la estabilidad de las operaciones, el ofi-

¹⁴ En el argot del Ejército de Guatemala, “organización” es la forma como cada unidad militar está conformada. Esto incluye el organigrama con los nombres y las informaciones básicas de todo el personal.

¹⁵ El dato proviene del oficial del Ejército Guillermo Méndez, quien compartió esta información. Ese año de 1982, él tuvo la oportunidad de ver el citado Informe Anual de Operaciones Militares del Estado Mayor General del Ejército.

cial Mario García Orozco cuenta cómo él estuvo casi 4 años con un mismo pelotón:

Yo estuve 3 años y 11 meses con mi pelotón. Con los mismos soldados estuve en Huehuetenango, San Marcos, Quetzaltenango, Quiché. Por doctrina, no se cambia la camada completa. Cada 3 meses se iban 2, o 3. Esto genera expectativas de ascensos. Se puede ir un cabo, se puede ir el sargento. Entonces, hay vacantes y hay una evaluación de los 4 cabos para ver quién asciende a sargento. Hay una promoción. La promoción no solo conlleva el aspecto disciplinario y de galones, también hay un aumento económico.

Los reemplazos abrían la puerta para los ascensos dentro del engranaje de la institución militar. Escalar en la línea de ascenso implicaba un reconocimiento personal, una forma muy importante de gratificación moral. El oficial Julián Domínguez explica el funcionamiento de este sistema:

Entraba como soldado raso de segunda. El ascenso —su comportamiento, su fibra—,¹⁶ lo llevaba a ser soldado de primera. Ser soldado de primera era ser jefe de una escuadra. Ésta se divide en grupo alfa y grupo bravo. El grupo alfa quedaba a mando del cabo y el grupo bravo al mando del soldado de primera. Era una responsabilidad importante ser soldado de primera. El soldado de primera que se proyectaba bien militarmente era candidato para ser cabo.

El sistema de ascenso era el mecanismo que transformaba al soldado en un eslabón comprometido en la cadena de mando. “Después de soldado, pasa a ser cabo. El cabo, con esa autoridad que él, con su nombramiento, adquiere, asume una responsabilidad de exigir, velar y supervisar a los miembros de su escuadra. Así es como se mantiene el sistema”, advierte el oficial Amílcar Rabanales. Los ascensos también representaban la posibilidad de mejoras económicas. El soldado

¹⁶ Fibra: expresión que, en el lenguaje empleado dentro de la institución militar guatemalteca, da cuenta de la rapidez y la eficacia en las labores.

Martín Ramírez explica los salarios prevalecientes ente 1976 y 1978, en la institución militar: “El soldado de segunda, el soldado raso recibía Q26 al mes. El soldado de primera ganaba Q28. El cabo ganaba Q31. El sargento ganaba Q32 o Q35. El Brigada ganaba Q45”.¹⁷ Posteriormente, como un estímulo más, el Ejército estableció el Bono Social. El oficial Julián Domínguez recuerda los propósitos de aquella medida: “tenía dos objetivos: la moral del soldado, que supiera que Q100 le iban a llegar a la mamá o a la esposa. Y lo otro era mover la economía de la comunidad o de la aldea”.

Las características de la organización —la escuadra, el pelotón— hacían que la convivencia cotidiana fuera total. Los pelotones se transformaban en grupos primarios cuya solidaridad aseguraba su funcionamiento. La tropa compartía experiencias límite: estar en peligro de muerte, dejando que la vida de unos dependiera constantemente de la acción de otros. Los actos de indisciplina, más que una afrenta contra el régimen y el ejército, significaban una irresponsabilidad para con la unidad militar, cuando ésta era entendida como el grupo de compañeros, como una familia. El altruismo, la bondad y el sacrificio cotidianos, que en los grandes discursos y rituales eran presentados como respaldando a Guatemala y la civilización occidental, en la realidad de los hechos respondía a la cohesión que dentro el grupo primario se había formado. La familiaridad que daba la convivencia durante los 30 meses de servicio sellaba la unidad de los pelotones. De esta manera lo explica el oficial Amílcar Rabanales:

El espíritu de cuerpo se desarrolla en corto tiempo. También, se desarrolla —bien o mal entendida— una lealtad. Se afianza la convicción que se está sirviendo a un ideal, a su país, que esta prestándole un servicio a la patria. No le está prestando el servicio a una persona, al comandante de pelotón o al comandante de la escuadra, sino que le está prestando un servicio a su país. Las cosas que tiene que hacer, las va a hacer en beneficio de su país, porque el país lo necesita. Incluso, el sacrificio de llegar a la muerte.

¹⁷ Entre 1976 y 1981, el valor del quetzal en relación con el dólar fue de Q1 por un \$1.

La lealtad al grupo primario de la escuadra y del pelotón jugaba un rol fundamental. Los soldados poco entendían del régimen político: del gran tablero de la guerra fría, de la Unión Soviética, de Cuba o de Nicaragua. Vistos desde las élites y la gran estrategia, los discursos de la guerra fría son una producción ideológica codificada y altamente sofisticada. Viendo tales discursos desde abajo, con todos sus detalles, sus formas y sus múltiples matices de color, emerge un cuadro más complejo. Desde abajo, la guerra se torna confusa, angustiante, inexplicable. Al llegar a la vida de los soldados, las ideas de la guerra fría eran modificadas por su cotidianidad. Las razones de la guerra fría eran adaptadas en la vida de los jóvenes indígenas que salían a matar al enemigo, fuera quien fuera. Los soldados estaban lejos de comprender que su lucha era por la defensa del régimen, del capitalismo o de la civilización occidental. Pero sí sabían, porque los habían visto, de aquellos miembros de su patrulla que habían sido muertos en una emboscada. Entendían también que si se entrenaban con esmero —y por tanto obedecían y cooperaban con el funcionamiento de su unidad— podrían estar en condiciones de combatir de mejor forma, vengar a sus compañeros muertos, y quizá hasta llegarían a sobrevivir los 30 meses de servicio y regresar a su aldea.

El oficial Amílcar Rabanales ejemplifica estas situaciones desde sus vivencias: “Cuando llega [una patrulla del Ejército] a una población, y un soldado de 18 o 19 años pisa una trampa caza-bobo, le estalla una mina quita-pie, ese muchacho pierde el pie, le destroza la pierna”. Esto significa, para el resto de sus compañeros del pelotón, “con los cuales [estuvo] juntos, con quienes [compartió] penas, hambre, desvelos, toda una forma de vida”, que ellos “absorben ese dolor. Son vivencias que van llegando al sentimiento, al corazón, al pensamiento”. Como otro ejemplo, cita el oficial Rabanales:

Una unidad de las Fuerzas Irregulares Locales [del Ejército Guerrillero de los Pobres] hace dos o tres disparos, e impacta en uno o dos, de los que van a la cabeza de la patrulla, y no hay más combate. Hay dispersión, bulla, disparos. Al final, hay dos o tres soldados heridos [muertos]. Estos cadáveres regresan al área de operaciones donde está el puesto de mando. Allí van a estar a la vista de la mayoría de los soldados. Al regre-

sar al cuartel, esta patrulla, comparte estas experiencias. Puede ser que un amigo mío no quedó en mi pelotón, sino que quedó en el tercero o en el segundo o el cuarto pelotón y me comunico con él y le cuento lo que nos pasó, intercambiamos experiencias. Todo eso va formando un sentimiento que los va uniendo y que los hace responder de acuerdo a las órdenes que ellos están recibiendo.

Esas muertes, a las que el oficial Rabanales hace alusión en su relato, le indicaban al soldado que de él dependía la vida de otros, y que su vida dependía de los otros miembros del pelotón. Con ello, la guerra forjaba una cadena de obligaciones morales entre las unidades militares. Así, al final, sus razones para la batalla venían de contextos más inmediatos, relacionados con la vida cotidiana del soldado.

En la institución militar, como en toda organización compleja, a cada quien le está asignada una tarea específica conforme su rango. Nadie escapa a este orden. Como podemos ver en la gráfica 3.1. (unidades militares del Ejército de Guatemala), las responsabilidades están determinadas según al rango de cada uno de los oficiales. Al rango se llega por tiempo de servicio. Los tiempos que cada quien debe pasar en cada rango se hallan estrictamente regulados. Los atrasos en la promoción son excepciones.

Esto también puede apreciarse, desde una perspectiva temporal, atendiendo a cohortes (promociones) en el tiempo, en la tabla 3.1. (Oficiales superiores del Ejército de Guatemala. Cohortes y promociones en el tiempo.) Por rangos, podemos ver cómo los mayores de 1981 y 1982 (el tiempo del genocidio), que ocupaban una de las posiciones más importantes en la planificación militar, como ejecutivos de batallón, ingresaron al Ejército en 1961, 1962, 1963 y 1964. Por su parte, los comandantes de los batallones, con el rango de teniente coronel, ingresaron al Ejército en 1957, 1958, 1959 y 1960. En 1981 y 1982, el alto mando del Ejército, constituido por los coroneles, eran los jóvenes que habían ingresado a la institución armada en 1953, 1954, 1955 y 1956. La tabla 3.2. (Oficiales sublaternos del Ejército de Guatemala. Cohortes y promociones en el tiempo) permite apreciar estas mismas divisiones jerárquicas a lo largo del tiempo para el caso de los oficiales que se entendían con las tropas, los subtenientes, tenientes y capitanes.

La tabla 3.3. (soldados del Ejército de Guatemala. Cohortes y promociones en el tiempo) permite hacer lo mismo con las tropas, los soldados. En el caso de éstos, el periodo es más corto: 30 meses de servicio. De este tiempo, como ya vimos, los primeros tres están dedicados al entrenamiento. Así, es posible ver en qué momento ingresaron los soldados que en 1981 y 1982 fueron el grueso de la fuerza militar.

Un punto más, válido para cualquiera de los escalones aquí analizados (oficiales y tropas), es que al momento de ingresar a la institución militar cada cohorte, también llamado promoción, que se identifica con un número, constituye un grupo fundamental de liderazgo.

A la par de la estructura de mando, está la estructura de control. Desde ésta se vela permanentemente por que todos hagan lo que, conforme su rango, les corresponde hacer. En palabras del oficial Guillermo Méndez:

El que comanda un pelotón es un subteniente. Cuando se habla de una compañía, son cuatro pelotones. Los cuatro pelotones tienen 4 subtenientes. Hay un teniente que es el ejecutivo de la compañía y un capitán, que es el comandante de la compañía. Hay dos oficiales arriba de los subtenientes, que son los que ejercen el control de la unidad. Un batallón, con cuatro compañías ya tiene cuatro oficiales: uno trabaja en personal, otro en inteligencia, otro en operaciones, otro en logística y otro en asuntos civiles. Hay un mayor, que es ejecutivo del batallón, y un teniente coronel, comandante del batallón. Y si sube, una brigada tiene cuatro batallones. La brigada tiene su Estado Mayor, más dos coroneles: uno que es el ejecutivo de la brigada, y un coronel o un general que es el comandante de la brigada. Y si sigue, para arriba, se llama división, que son cuatro brigadas y así [...] Cada comando tiene sus propios controles. El comandante tiene que supervisar que todo el mundo cumpla órdenes. Si no las cumple, sancionarlos. Todos tienen su responsabilidad. El comandante de pelotón tiene sus procedimientos. Si no los aplica, hay un capitán que lo supervisa. Si ese capitán no supervisa, hay un teniente coronel, que es el jefe del capitán. Y así, para arriba. Son controles internos, dentro del cuartel. A parte están los controles externos: la Inspección y del Estado Mayor.

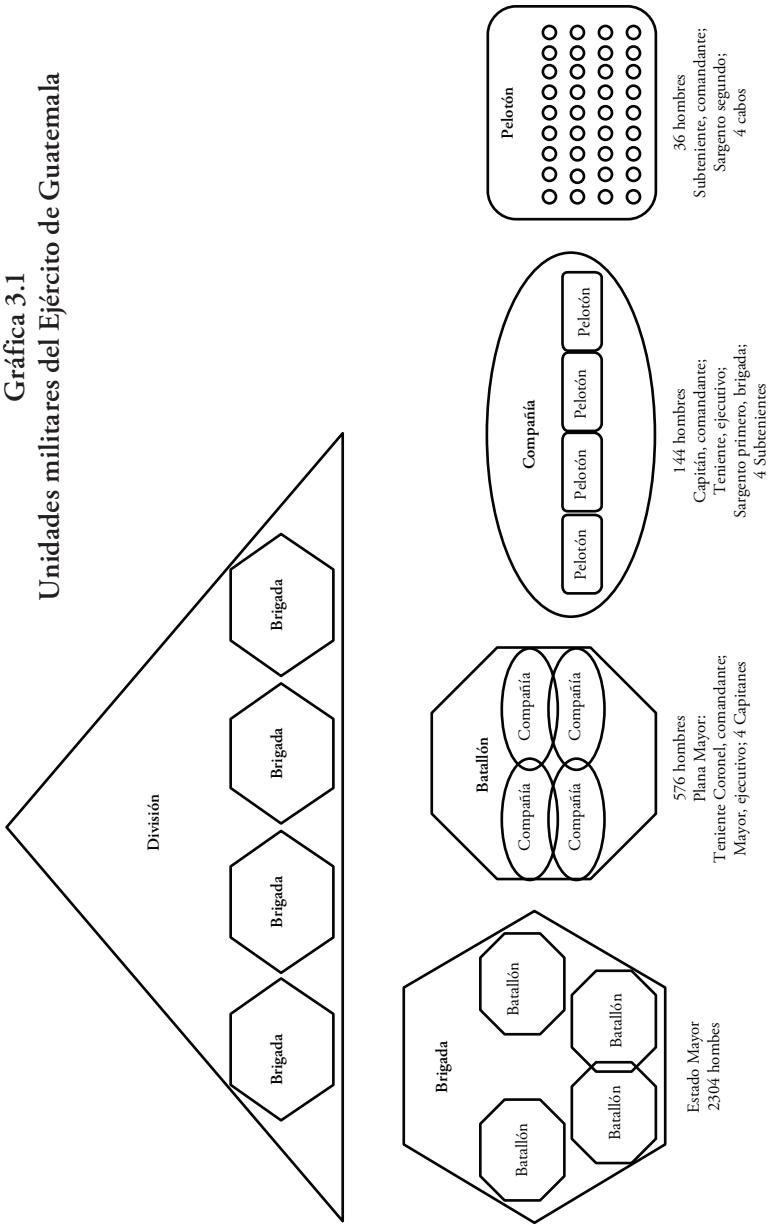
El pelotón es una organización cerrada que encuadra a quien llega a formar parte de ella. El soldado Martín Ramírez comenta: “A uno lo hacen soldado en el cuartel. Conforme se va relacionando con el Ejército, usted ya va siendo un soldado hecho y derecho, ya le vale que lo traten como lo traten. Ya no es el mismo. Ya no se enoja”. El pelotón es como una máquina que se mueve, sin ninguna relación con la decisión de sus miembros, en una sola dirección. En palabras del oficial Amílcar Rabanales:

Uno en el Ejército se mira inmerso en un proceso que lo absorbe inmediatamente. A diferencia de otras instituciones donde uno puede mantener ciertos criterios, autonomía o independencia, el ejército lo absorbe. Lo coloca en la unidad más pequeña: una escuadra. Ésta es manejada por un cabo, que es tropa. Al integrarse usted en esa escuadra, y ser parte de ese pelotón, usted pasa a ser, no digamos un número, una persona cuya identidad tiene que amoldarse a la personalidad que toma la organización. Usted puede no estar de acuerdo con algo, pero se lo tiene que aguantar, y va a actuar conforme está actuando la organización. Eso viene desde la organización más básica, que es la escuadra. [...] Yo decía ¿cómo es posible que esté pasando esto? y que yo tenga que responder y que tenga que seguir haciendo las cosas aquí, por la disciplina, por la formación y por todo lo que [...] En el momento que ellos, los soldados entraban a la institución, desde ese momento, el sistema los absorbía. Era un sistema en que ellos dejaban casi incluso, no digamos su pensamiento, porque obviamente eso sí no lo pueden hacer, pero que estaban regidos completamente, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, sobre lo que tenían que hacer. No les quedaban muchas alternativas: o se desertaban, o resistían, aguantaban, se quedaban dentro del sistema.

La institución, como complejo de mecanismos y escalones, termina encuadrando a todas las personas que a ella entran. El oficial del Ejército Amílcar Rabanales expone en estos términos el proceso mediante el cual los soldados pierden cualquier autonomía personal:

No podía voltear a ver, no podía hablar con otras personas, porque tenía una persona muy cerca de mí, que estaba a 3 o 4 lugares, que tenía auto-

Gráfica 3.1
Unidades militares del Ejército de Guatemala



ridad sobre mí. Una autoridad casi ilimitada: desde prohibirme que me riera, que hablara con un compañero, que me tomara un minuto de descanso. Minuto a minuto, mi comportamiento y mi vida pasaron a estar controladas y supervisadas por otra persona, por el criterio de esa persona. Todo esto, va dentro de un régimen que comenzaba a las 4:30, y terminaba a las 21:00. Pero también, podía ser que a las 23:00 lo despertaran y lo mandaran a formar y le dijeran: —hicieron mal las cosas hoy: tienen un castigo. Y así, hasta que le diera sueño al que lo estaba castigando, o hasta que se cansara, y después ya lo mandaban a dormir, y al otro día, a las 4:30.

CONCLUSIONES

El último escalón de las fuerzas de combate del Ejército de Guatemala no estaba formado por hombres adultos, sino por jóvenes de 18 a 20 años, y a veces, también de 16 y 17. Muy pocos habían llegado a los cuarteles por su voluntad. Habían llegado allí porque habían tenido la mala suerte de haberse cruzado con los Comisionados Militares en los días en que éstos trataban de alcanzar la cuota de reclutas que les habían fijado. Estos jóvenes, mayoritariamente indígenas y analfabetos, eran los rostros que se veían en el último escalón de las fuerzas de combate del Ejército de Guatemala ¿Tuvieron acaso alternativa? Su generación no había votado en marzo de 1970 por los militares guatemaltecos cuando, la alianza PID (Partido Institucional Democrático), el partido de los militares, y los anticomunistas del MLN (Movimiento de Liberación Nacional) había ganado aquella elección. Sin embargo, esa generación creció con la guerra, con los militares, con la represión y con el pavor. Y esa guerra llegó a su punto culminante justo cuando ellos alcanzaban la mayoría de edad.

Sobre los hombros de esta generación, aquellos que cumplieron 18 años en 1979, 1980, 1981 y 1982, pesó la guerra, el miedo y la muerte. Sin la presencia de aquellos jóvenes, el gobierno militar probablemente no hubiera soportado la generalización de la guerra de guerrillas que los grupos insurgentes habían impuesto al Estado tras la caída de Managua, en julio de 1979. Esta generación aún vive y puede relatar su experiencia. Para evitar un nuevo episodio como el que ellos vi-

vieron, debemos aprender de lo que les sucedió. Su memoria, por lo tanto, es un legado valioso para la historia de Guatemala.

Unos, los soldados, eran entrenados para obedecer. Otros, los oficiales, eran educados para mandar. Los soldados estaban engarzados a la estructura militar por medio de un oficial que tenía el grado de subteniente. Éste ingresaba al Ejército a la edad de 15, 16 años y salía, egresado de la Escuela Politécnica, a la edad de 18, 19 años. Ellos sí llegaban a la filas de forma voluntaria. La guerra avasalló ideológicamente a una generación de jóvenes ¿Habría acaso una mejor edad para inculcar ideas y valores? Es el momento del idealismo, cuando cambiar el mundo no es sólo un sueño sino algo visto como una posibilidad real. Las semillas del adoctrinamiento cayeron en el suelo fértil del idealismo de la juventud. Se buscaban muchachos activos, fuertes, disciplinados, leales, autoritarios, y que no se hicieran preguntas.

Llevados al Centro de Adiestramiento de Reemplazos, aquellos jóvenes, reclutas, debían pasar a ser soldados en tres meses. Desde las 5 de la mañana hasta las 21 horas, la rutina diaria en este centro pretendía mantener el tiempo bajo control absoluto. El maltrato, la tortura, los abusos sexuales, y, en términos generales, los tratos crueles y degradantes, así como el sistema de endeudamiento forzoso al que los que, como vimos, los reclutas eran sometidos, eran prácticas que, combinadas, iban forjando un tipo particular de soldado.

Pero no todo quedaba bajo control. Aquel sistema dejaba rendijas para la resistencia, breves momentos en lo que los reclutas hablaban entre sí, cuando podían criticar, “murmurar”, en el lenguaje militar, los servicios religiosos de los domingos, el deporte, el servicio de cocina. Había otros, muchos, que optaban no por resistir, sino por salirse: el porcentaje de desertores en el Centro de Adiestramiento de Reemplazos era de alrededor de 50%. El Ejército de Guatemala perdía —como reclutas— a la mitad de sus soldados reclutados. Incluso, no había suficientes recursos para perseguir a los desertores. El costo de mantener a éstos en prisión hubiera sido muy elevado. Fusilarlos era una opción imposible por el costo político que, en aquellas circunstancias, una decisión de este tipo hubiera implicado.

De esa forma, la desertión se convirtió en el principal mecanismo que muchos jóvenes emplearon para resistir frente a la barbarie

de aquellos años de la guerra. Para la institución armada, la desertión constituyó una especie de filtro. Éste permitía que aquellos jóvenes que el Ejército no lograba encuadrar regresaran a sus comunidades sin ocasionar mayores problemas para la moral y la obediencia al interior del Ejército. La institución armada capturaba, invadía y encuadraba, pero para aquellos jóvenes que lograban resistir, había una válvula de escape: la desertión. Paradójicamente, esto, a pesar de haber sido problemático para el reemplazo de recursos humanos en las filas del Ejército gubernamental, coadyuvó a que las tensiones a nivel de la tropa no se acrecentaran. Aquellos que concluían el proceso de tres meses en el curso de reemplazos con la convicción de ser soldados, los más sumisos, continuarían su tiempo de servicio. Ellos encontraron en la institución armada una forma de vida que les proveyó de muchos recursos: un ingreso salarial seguro, educación, amistad y compañerismo, poder sobre otros, reconocimiento, y posibilidades de ascensos. La gran interrogante probablemente no era ¿quiénes eran los jóvenes que iniciaban el curso de reemplazos? sino ¿quiénes eran los soldados que salían de aquel curso y llegaban a los pelotones? Eran entrenados para obedecer. Algunos, poseídos por la conciencia del deber y el patriotismo, actuaron con fanatismo y fueron más allá de lo exigido. Otros, con reservas y malestar, se resignaron a obedecer y cumplir en silencio.

Al final, la transformación del joven a soldado se concretaba en grandes rituales que, como se puede ver de las entrevistas aquí reunidas, dejaron una marca muy honda en la memoria de los soldados y de los oficiales. En esas grandes ceremonias, con gran pompa y solemnidad, se cantaban himnos, se lucían uniformes y se desfilaba al son de las marchas interpretadas por la banda marcial. Los juramentos a la bandera, a la nación, a la patria, repetidos por todos los allí presentes, terminaban de forjar un sentimiento de unidad. Aquel era el punto culminante que marcaba la consagración de este tipo particular de soldado.

El recluta, ya transformado en soldado, iba a ser encuadrado en un pelotón de una compañía, de un batallón y de una brigada. Allí, si entre tanto no había desertado, pasaría sus siguientes 27 meses de servicio militar. Luego de seleccionar a aquellos que sabían leer y escribir y mandarlos a las brigadas militares de la Ciudad de Guatemala,

los soldados eran diseminados entre las distintas Brigadas Militares. En la composición de los pelotones no privaba ningún criterio étnico, lingüístico, ni territorial. Es éste un elemento de gran relevancia.

Ya integrado al pelotón, daba inicio un nuevo proceso de entrenamiento que estaba a cargo del comandante de pelotón. Era aquí donde la relación entre indígenas y ladinos se construía. Los soldados, mayoritariamente indígenas, eran comandados por subtenientes mayoritariamente ladinos. Así era como los indígenas se engarzaban a la columna vertebral de la organización militar.

En el pelotón se forjaba un grupo primario cuya solidaridad terminaría de transformar a aquel joven en soldado. El espíritu de cuerpo, la camaradería, la lealtad, el compañerismo, el sacrificio, eran absorbidos en forma cotidiana por el soldado. Pero sería la guerra la que se encargaría de forjar una cadena de obligaciones morales entre los integrantes del pelotón.

En la trama de este capítulo hay tres elementos sobrepuestos, de difícil disección. En primer lugar, la tradición de orden, disciplina y obediencia del ejército de Guatemala. Estas características vienen desde la fundación del instituto armado, en el último tercio del siglo XIX. En segundo lugar, hay en todo este capítulo características y conductas militares que podríamos considerar como normales de todo ejército. Estos dos elementos —la tradición de orden y las características normales de todas las fuerzas armadas— indican que toda institución armada es una institución muy peligrosa. Pero a éstas se agregan conductas propias del Ejército de Guatemala en aquel momento de la historia que implican una ruptura profunda con las características normales de cualquier fuerza armada: los golpes, la coprofagia, la tortura y otro tipo de depravaciones que en este capítulo se expusieron. También, destacan aquí, la condición étnica (indígenas) y el grado de escolaridad de los soldados (en su mayoría analfabetos) en relación con la condición étnica (ladinos, no indígenas) de los oficiales. Éstos son elementos que, como se verá en los siguientes capítulos, tienen gran importancia para entender la barbarización de las tropas gubernamentales en la campaña de contrainsurgencia de 1981 y 1982.

El capítulo no da cuenta de la barbarización de las tropas comprometidas en el genocidio. Tan sólo explica cómo el ejército capturaba,

invadía y encuadraba a los jóvenes. Pero como parte de este proceso, se empezó a ver que dentro del Ejército de Guatemala de aquellos años, emergieron características anormales para una fuerza armada. Estas características, vistas en relación con la ideología y el desarrollo de la guerra, pueden explicar el genocidio. De forma aislada, la organización del Ejército puede parecer normal. El adoctrinamiento sobre las tropas —visto por separado— en aquel momento de la historia, en el contexto de la guerra fría, también puede parecer normal. Lo importante es ver la poderosa mezcla, como se dio en la realidad histórica, de estos tres factores que aquí, sólo por razones de exposición, se están presentando por separado: la organización, el adoctrinamiento y el desarrollo de la guerra.

4. ADOCTRINAR: LA IMAGEN Y LA PALABRA

Más allá del combate de las armas, la verdadera guerra que se libraba, impregnada de un fuerte tono emocional, era de carácter ideológico. Esa guerra se libraba en dos frentes: hacia fuera de la institución y hacia adentro. Hacia fuera había que hacer sentir a la vez fuerza y miedo para ganarse el apoyo de la población a las operaciones contra-insurgentes. Para ello el Estado Mayor tenía a la Dirección de Asuntos Civiles y Operaciones Psicológicas. Hacia dentro de la institución armada, había que atender al estado moral de las unidades militares, definiendo el por qué de esta guerra. El oficial Guillermo Méndez recuerda cómo se organizaba este proceso:

En el Estado Mayor de cada zona militar había un oficial encargado de mantener la moral de las tropas: el de asuntos civiles. Ellos son encargados de las operaciones psicológicas hacia fuera del comando y hacia adentro también. Hacia adentro no sólo él, sino todo el comando. La moral del Ejército correspondía a la División de Operaciones y a la División de Asuntos Civiles.

Como vimos antes, los comandantes de pelotón, de compañía y en todos los demás niveles actuaban como formadores ideológicos de las unidades militares a su cargo.

La disciplina de combate se forjaba mediante una combinación de amenaza del castigo y convencimiento moral. Para que su unidad funcionara de manera apropiada en operaciones contraguerrilleras, el comandante de pelotón debía saber cómo mezclar ambos recursos. El fin último era que se cimentaran un conjunto de creencias, como las

expresadas por el soldado Federico Cristales: “Si se sufre fatiga, no es por gusto; si se pasa hambre, no es porque no se tenga necesidad de comer; si se expone a la muerte, no es porque no ame a la vida. Sino todo lo hace por un Ejército mejor y superior”.

El castigo implicaba el uso de la discrecionalidad. El comandante de pelotón podía hacer con sus soldados lo que él quisiera. La única limitante era la manera cómo, al momento de entrar en operaciones, los soldados podían comportarse. Cuando el convencimiento fallaba, quedaba el castigo. Cuando el castigo se intensificaba, se corría el riesgo de hacer que los soldados se rebelaran. Las fallas en la moral hacían evidente que el comandante de pelotón no había logrado inyectar a sus soldados la dosis de moral que la guerra requería. Ninguna unidad militar eleva su disciplina de combate contando exclusivamente con la amenaza de la sanción y del castigo. De ser así, la relación entre sanción y disciplina correría el riesgo de invertirse, siendo el castigo el origen de inconformidades, desmoralización y acciones de rebelión contra el mando.

Es aquí donde entra el adoctrinamiento, es decir, el conjunto de medios con los cuales las tropas son persuadidas de aceptar las condiciones en los frentes de batalla, y combatir con decisión. El adoctrinamiento se acompaña de diversos mecanismos de retribución: la posibilidad de ahorrar, la ayuda económica que la familia del soldado recibía todos los meses, la obtención de ropa y comida, el sentirse parte de un grupo con posibilidades de adquirir reconocimiento, poder sobre otros, y hasta gozo sexual.¹

Dentro de los medios formales de propaganda, destacan el radio y la televisión, las imágenes, la palabra escrita y, la palabra hablada. Los medios formales de propaganda se complementaban, además, de un conjunto amorfo de formas verbales sutiles y dispersas, no sis-

¹ En las Brigadas Militares, este era un servicio que se daba a través de “la patrulla de la moral”. Este era un grupo de prostitutas cuya misión era prestar sus servicios sexuales a los soldados en las áreas de operaciones contraguerrilleras, nada nuevo para una fuerza armada en condiciones de guerra. El oficial Jorge Morales cuenta: “Para elevarles la moral (a los soldados) estuvieron formadas las patrullas de la moral. Se contrataba a un grupo de prostitutas y se les trasladaba al frente de batalla, para que el soldado tuviera actividad sexual”.

tematizadas. Aquí se hallan las reglas no escritas de la convivencia diaria condensadas en pequeñas frases que, paulatinamente, construyen el sentido común de los soldados y de los oficiales. Estas reglas, compartidas en conversaciones o en charlas breves incluían el empleo de eufemismos para disfrazar y excusar la brutalidad y amoldar la percepción de los hechos; las canciones cantadas al momento de hacer ejercicio; la manera en que la tropa vivía y practicaba su religión; la manera como ciertas noticias eran transmitidas, particularmente aquellas que tenían que ver con el desarrollo de la guerra y con los combates entre otras unidades militares y el enemigo. El adoctrinamiento no buscaba desarrollar un sofisticado programa educativo con los soldados y los oficiales jóvenes. Simplemente se requería que éstos aceptaran como suyas un conjunto de creencias con las que se delimitara quiénes somos “nosotros” y quiénes son “ellos”, contra quienes la crueldad debe imponerse. Antes que un objetivo implícito del entrenamiento militar, aquello respondía a un programa de adoctrinamiento más o menos estructurado. La efectividad de la propaganda estaba relacionada con las formas organizativas (abordadas en el capítulo 3, intitulado “Organizar: capturar, invadir y encuadrar”), y el desarrollo de la guerra (que será abordado en el capítulo 5, intitulado “El desarrollo de la guerra”).

4.1. RADIO Y TELEVISIÓN

En el equipo del soldado nunca podía faltar un radio-receptor. En las barracas todos tenían uno. “Era como el fusil para el soldado. No se concibe a un soldado sino tiene radio. Los cargan en las bolsas. En el descanso, su “chillón” y a oír música”, recuerda el oficial Guillermo Méndez. Sin embargo, esto formaba parte de sus momentos de ocio, cuando la institución no penetraba aquel entorno. Escuchar música ranchera hacía recordar la vida pueblerina de los lugares de origen, la familia y los amigos. El oficial Guillermo Méndez explica: “Los soldados tienen radios. En los momentos de descanso ponen su radio y oyen noticias. No se puede ocultar lo que está pasando. Era mejor informarles [sobre] qué había pasado, porque lo iban a escuchar en las

noticias. Aparte de ese radio, como parte de los activos de una compañía, está un televisor y un equipo de sonido”. El radio constituía el único medio de escape hacia la realidad exterior al cuartel.

Hacia fuera de la institución, el poder de la radio estaba dado por las dos estaciones de radio que el ejército puso a funcionar en los departamentos de Zacapa y Petén: Radio Miramundo y Radio Tayasal. Desde estas 2 estaciones se realizaban enlaces con otras radios locales y departamentales. Desde ahí se diseminaban programas grabados que previamente habían sido producidos por el Departamento de Información y Divulgación del Ejército (DIDE) y por la Quinta Sección del Estado Mayor General del Ejército (llamada en 1982 Dirección de Asuntos Civiles). En palabras del oficial José Lainfiesta:

tgw y Radio Cultural eran las únicas que tenían cobertura nacional en esa época. La Radio Miramundo estaba en Zacapa y La Radio Tayasal en Santa Elena, Petén. También hubo un programa permanente de radio en Quiché, con una radio de ahí. De ahí, se realizaban conexiones a radios departamentales. Cuando se generó la Red Blanco y Azul, nos enlazábamos con tgw. También, hubo esfuerzos por radios a nivel local. La radio es la herencia de los gobiernos de Arana [Carlos Arana Osorio, Presidente de Guatemala entre 1970 y 1974] y Kjell [Eugenio Laugerud García, Presidente de Guatemala entre 1974 y 1978], ellos son los que promueven las radios.

Entre 1979 y 1981, la Quinta Sección instaló sistemas de radio de circuito cerrado en las Brigadas Militares. Aquella disposición invadió los espacios de ocio que quedaban en la vida cotidiana de los cuarteles. Con estos sistemas de circuito cerrado, el comandante de la zona militar podía dirigir mensajes a las tropas mientras éstos tomaban sus alimentos: “Los soldados estaban comiendo y el comandante les hablaba a todos. Aunque no lo vieran, lo escuchaban”, recuerda el oficial Lainfiesta. Se podía también llegar a las cuadras de los soldados en momentos en que éstos estaban en sus horas de descanso. José Lainfiesta, oficial del Ejército de Guatemala, lo expresa en estos términos:

Cada Brigada Militar tenía su radio interna: un programa de información, música y motivación. Había una red de bocinas, que llegaba a las cuadras. Era una radio, pero en pequeñito. Había uno o dos especialistas, que son locutores, que manejaban la radio. Programaban la música que tuviera a la mano el comandante. El éxito de esto iba a depender de cuánto él le diera impulso. Era una herramienta para aprovechar la voz y el mensaje del comandante. Esto ya estaba en el año 79, en el año 80. En otros lugares se instaló en el año 81.

El Departamento de Radio y Televisión del Ejército también hizo uso del video y de la televisión para su propaganda. Desde 1979, ese Departamento tuvo a su cargo la administración del Canal 5: “Cultural y Educativo”, de los 5 que en aquel momento había en la banda VHF. Éste mantuvo sus transmisiones durante muchos años. Es preciso señalar que para aquellos años, las imágenes en video y la televisión eran todavía algo extraordinario para muchas comunidades rurales. Lo usual era que, en la aldea más grande, una tienda tuviera un televisor, alrededor del cual —por las noches o los fines de semana— mucha gente se reunía a ver sus programas favoritos. Esto dice mucho del impacto que las imágenes podían tener en los soldados. Jorge Lainfiesta, Oficial del Ejército, lo describe en estos términos:

Luego se implementó la televisión. Se hacía en casete, en video. Se instaló en los comedores. Se da el mensaje del comandante, el mensaje del Jefe del Estado Mayor, el mensaje del Ministro. Buenos experimentos, buenas herramientas. A nivel de destacamentos era más difícil, ahí llegaba un casete. Por ejemplo, el 30 de junio [día del Ejército], [se transmitía] el mensaje del comandante.

El soldado Jorge Roldán comenta que cuando estaba asignado a una unidad militar, en el año 80, llevaron un video. El contenido incluía imágenes de “personas tiradas [muertas]. Eran vecinos de varios caseríos, sólo indígenas había”. Sobre el contexto de tiempo, espacio y eventos al que el video hacía referencia, él señala: “Como en el año 80, cuando en Quiché hicieron unas matanzas de indígenas”. El mensaje que el video provocó, lo trae de su memoria: “Lo llevaron [el video]

diciendo: —miren, si nosotros no vamos a estar listos, así nos van a agarrar. Miren como la guerrilla agarró a esos. Allí estaban presentes los instructores, los especialistas, los soldados, todos, todos llegaron. Allí había una pantalla”. El soldado Federico Cristales recuerda que a la Escuela de Kaibiles llegaba mucho material audiovisual producido por el Departamento de Radio y Televisión del Ejército, primero, y luego por el Departamento de Información y Divulgación del Ejército: “De allí mandaban todos los videos de emboscadas, los soldados heridos, cuántos soldados”. Como parte de esta información, el soldado Cristales da detalles sobre el tipo de información que este material de televisión incluía: “Nos hacían saber que tales aldeas le daban comida a la guerrilla, que tenían conexión: hay tantas mujeres, tantos niños o adolescentes operando [con la guerrilla], porque los hombres ya se fueron con la guerrilla. Sabíamos que toda la gente civil que andaba por ahí operaba con la guerrilla”. Concluye esta parte de su relato diciendo: “Todos esos datos nosotros los teníamos. Nosotros nos enterábamos de la guerra, porque estábamos al pendiente de todo. A nosotros nos informaban”.

4.2. IMÁGENES Y PALABRAS ESCRITAS

Las campañas militares del ejército estaban acompañadas del uso masivo de propaganda impresa. Más que de textos, en ésta propaganda se hacía uso de las imágenes. Estas imágenes representaban a los insurgentes de maneras monstruosas y diabólicas. Además de cumplir su cometido, hacia dentro de la institución, cumplían el papel de reforzadores de las ideas difundidas por la radio y la televisión. Eran pequeños pedazos de papel que tenían impresas una o dos imágenes y un mensaje: algo sencillo de entender y reconocer de forma rápida. El soldado Mateo Salazar recuerda este tipo de imágenes: “nos pasaban algunas láminas [de guerrilleros] barbudos, peludos, con gorras, con el signo de las FAR y del EGP. Unos como títeres, unos muñecos feos eran los que nos pasaban”. El mensaje que acompañaba estas presentaciones, recuerda, “nos decían: ‘éste es el enemigo, la guerrilla, éste es el comandante’, ‘éstos estos son los que van a atacarlos’”.

Si bien es cierto que el Ejército contó con un medio escrito de difusión periódica, la *Revista Militar*, fue limitado su alcance. A cada comando militar llegaban unos cuantos números que iban a parar a la biblioteca, el sitio menos visitado por los soldados. Más que un canal de comunicación o medio de adoctrinamiento, la *Revista Militar* estaba dirigida hacia afuera de la institución militar. Eso lo confirma Guillermo Méndez, oficial del Ejército de Guatemala: “La *Revista Militar* tiene una circulación muy limitada. Se entregaban cinco ejemplares a cada zona militar, los que van a la biblioteca. Allí no llegan los soldados. Tiene artículos dirigidos a los oficiales”. Pero la *Revista Soldado* sí tenía una mayor difusión. El oficial Juan Carlos Gálvez indica que “en esa época (1981-1982) se generó una revista que se llamaba *Soldado*. Era una revista pequeña que se distribuía a la tropa”. Era un apretado número de hojas en las cuáles se compartían ideas muy elementales. Acerca de sus contenidos, el oficial Gálvez señala que “contenía informaciones, por ejemplo: este mes lamentamos la muerte del subteniente fulano de tal en las operaciones en tal región. Los soldados fulano, mengano y zutano [...]. Operaciones exitosas en tal y tal unidad: se les felicita”. Los destinatarios directos de la revista eran aquellos que estaban en las operaciones: “*Soldado* era para los que estaban en operaciones, para mantener una información fluida de lo que estaba sucediendo”, recuerda Juan Carlos Gálvez.

Además de los volantes y lo que podía leerse en la *Revista Soldado*, el Departamento de Información y Divulgación del Ejército (DIDE) creó, en 1980, un medio de comunicación con las tropas: La *Cuas Victoria*.² Se trataba de un personaje que contestaba cartas de los soldados y les enviaba fotografías. El oficial García Orozco puntualiza: “Era una mujer, una muchacha. Una mujer de carne y hueso, que le cambiamos su nombre y le pusimos Cuas Victoria. Durante el tiempo de las operaciones se fue renovando, fueron tres diferentes mujeres”. Paulatinamente, se fue convirtiendo en el medio de información principal hacia los soldados. Se trataba de un medio ideado para in-

² Cuas, como se presentó en el capítulo anterior, es una palabra en idioma Kechí, empleada por el Ejército de Guatemala que significa compañero.

yectar moral a las tropas. El oficial Mario García señala el significado del nombre: “No solo es una mujer (llamada Victoria), sino que es el Cuas: la victoria y el acompañamiento, es lo que todos los hombres perseguimos. No sólo un significado, sino una significancia de doble valor”. Los mensajes que se les enviaban, aparentemente personalizados, incluían recomendaciones de carácter técnico y táctico, así como mensajes para fortalecer el sentido de la causa por la que se estaba combatiendo. El oficial García recuerda:

Ella le mandaba un mensaje a los soldados: qué esperaba que su comportamiento, de su valor [...]. Por ejemplo: “Julio Ernesto Santos, soldado de primera. Recibí su carta, muchas gracias. Espero que sus problemas de carácter físico los haya superado [...]. Un beso. Su Cuas Victoria”. A la carta se le agregaba el código de conducta, se mandaban recomendaciones para no caer en las (trampas) cazabobo y algunas cosas de carácter táctico: “mira, te recomiendo que tengas cuidado con tal cosa”, las novedades que se iban dando en combate.

Además de informar a los soldados y de fortalecer su moral, del análisis de las cartas enviadas por los mismos soldados era posible extraer importantes elementos de evaluación acerca del estado de la moral, las preocupaciones, las condiciones en los pelotones y las relaciones con el mando. Así lo cuenta el oficial García: “A través de esto nos fuimos enterando de algunos problemas de carácter administrativo, de fallas de liderazgo, de problemas”.

La fotografía despertaba en los soldados las ilusiones que la guerra negaba. Cualquiera podía pensar que una mujer con las características de la *Cuas Victoria* era la que le escribía, por ejemplo, al soldado x, que se hallaba en la primera escuadra, del primer pelotón, de la tercera compañía del primer batallón de la Brigada Militar X. En palabras del oficial García: “El hecho de que yo —soldado de segunda— le escribiera a La Cuas Victoria, y ella me mandara una foto, con una carta direccionada, personal, tuvo un éxito”.

4.3. LA PALABRA HABLADA

La radio, la televisión, las imágenes y la palabra escrita probablemente no fueron más que la palabra hablada. Esta fue la forma más efectiva para el adoctrinamiento de las tropas. Aquí se combinaron las maneras más sutiles y más poderosas. Desde la conversación personal entre el soldado y el comandante de pelotón hasta los discursos del comandante de la zona militar o del batallón. Era la relación cara a cara, directa, y entre desiguales. Como advierte el oficial Mario García, el liderazgo del comandante de pelotón y los soldados es un “liderazgo cara a cara, es un liderazgo directo”. En ese marco de relaciones, el ejemplo era fundamental: “A ese nivel todo es ejemplo. En base a la conducta del oficial, así lo siguen. Porque el ejemplo es una forma de vida”, apunta el oficial García. Se trataba de formar una relación de confianza, lo cual es “trabajo de todos los días, a todo momento, no puede uno fallar, no le puede uno fallar al subalterno, porque se derrumba [...] conforme uno va creciendo, va teniendo responsabilidad, no solo de tropa, sino de oficiales”. El fundamento era “una comunicación directa, franca, sincera, sin cortinas de humo”, concluye el oficial Mario García. El oficial Mario García apunta que, aprenderse el nombre de los soldados era una manera para generar comunicación: “Uno tiene que llamar a sus soldados por sus dos nombres. Una de las técnicas para generar comunicación era aprenderse los nombres de los 40 soldados”. Aquellos vínculos también consistían en llegar a tener un conocimiento detallado de las características particulares de los soldados: “[...] el olor: uno no tiene ojos atrás, pero siente el olor. Nuestro olor es diferente. La forma de caminar, todas las personas tenemos una forma particular de dar la pisada, [de] respirar. En situaciones de peligro los sentidos se expanden”.

Dentro de la rutina diaria había un momento especialmente propicio para la relación entre el comandante de pelotón y los soldados. El oficial Guillermo Méndez explica que “entre las 20 y las 20:30 horas en todos los cuarteles militares, el comandante de pelotón debía de dirigir un mensaje a sus subordinados. Era este el momento en el que se conversaba acerca del desarrollo de la guerra, de los triunfos que estaba obteniendo el ejército en otros lugares, de lo que había sucedido

en el transcurso del día”. Éste era el momento en el que aquella figura se acercaba y compartía con sus subordinados. El oficial Guillermo Méndez explica que en ese momento “el oficial puede comentar, encaminado a mantener la moral de los soldados, cómo están las cosas en otros lados, cómo están las cosas en el Ejército. El oficial puede tocar cualquier tema con los soldados”. Parte importante de la propaganda era el manejo de la información durante las operaciones. El oficial Domínguez cuenta cómo a los soldados se les ponía a escuchar los partes de guerra que *La Voz Popular* (radio de la ORPA) difundía, o los reportes de bajas en encuentros armados que emitía el EGP. Les decían: “—oigan lo que se grabó en la radio, se les ponía la grabación de la radio donde decía: —‘unidades de ORPA tuvieron encuentro armado en tal lugar’, ‘unidades de EGP tuvieron un encuentro armado en tal lugar’ [Eso era con el propósito de que] ellos estuvieran conscientes que sí había un enemigo y que éste los estaba esperando”. De acuerdo con el oficial Guillermo Méndez: “La moral se maneja sobre las base de los éxitos. Por los éxitos alcanzados por las unidades militares en todo el territorio nacional. Si a uno le cuentan: —‘hubo un encuentro armado en tal lugar, murieron tantos guerrilleros y solo tres soldados’, aunque no fuera el éxito que se mencionaba, así se manejaba la moral”. Pero el miedo mismo era manejado como parte de la moral militar. Para que los soldados se convencieran de la realidad de la guerra, los propios oficiales compartían con éstos partes militares difundidos por las organizaciones insurgentes, charlas que se ilustraban con fotografías de soldados muertos en combate e incluso torturados. Manejar el miedo e infundir odio, tal era el objetivo de este conjunto de elementos. Apunta el oficial Mario García Orozco: “La guerra tiene toda una parte espiritual. Todos los seres humanos tenemos miedo, todos, pero el miedo es un catalizador. Entonces, el soldado administra el miedo, de manera de poderlo absorber, sin dejar de cumplir su función. Todo esto cohesiona”.

Esta plática también podía tener lugar en el momento en que se impartía el entrenamiento diario. Para el oficial Mario García, otro momento importante en el que se desarrollaba esta interacción entre el comandante de pelotón y los soldados era durante las comidas:

Yo me sentaba con 3, 4 soldados, se iban a comer conmigo y a preguntarme: ‘¿cómo está su familia?’ Que me contaran anécdotas de sus hermanos, por qué habían entrado al Ejército. Esos 15, 20 minutos te permite tener una relación, compartiendo la comida. Se logra una comunicación franca, muy interesante. Cuando está uno destacado en un lugar fijo tiene la posibilidad de comer con otro soldado o con 2, máximo. Entonces es más directa y de mayor confianza, el hecho que me sienta yo con otro soldado: “mira vos, contáme, tus papás cómo se casaron, contáme, donde vivís [...]”.

Hacia arriba en la cadena de mando, los oficiales superiores (coronel, teniente coronel y mayor) también compartían momentos con sus oficiales subalternos (capitán, teniente y subteniente) durante los cuales consolidaban sus vínculos y sus relaciones con éstos. Por ejemplo, el oficial Méndez comenta que

El comandante de la zona aprovecha ir al comedor para sentarse y platicar con los oficiales [...] escucha inquietudes de los oficiales que, normalmente, no hay oportunidad de comentarlas. En el comedor se puede hablar de muchas cosas. Ahí es donde el comandante se entera de cosas que le son importantes para ejercer el comando de la Zona Militar. Ese bombardeo psicológico se transmite de oficial a oficial [por ejemplo, sigue diciendo el oficial Méndez], Había un oficial subalterno con su patrulla y regresaba con cuatro, cinco muertos, y él herido. Llegan sus compañeros: ‘¿qué te pasó?’ ‘A, cállate vos. Entré a un poblado, desde las casas me disparaban vos y los niños’ [...] El mismo relajo del que vivió un caso de estos sirve para preparar psicológicamente a otro que le va a tocar salir con su patrulla a hacer lo mismo.

Pero el adoctrinamiento había empezado antes de entrar a la institución armada. La formación política de los jóvenes que en la década de los años setenta tomaron la decisión de hacerse oficiales estaba impregnada de las ideas de la época. Los capitanes de mayor rango en 1982, es decir, aquellos que comandaban unidades de combate (en calidad de comandantes de compañía), ingresaron a la Escuela Politécnica en 1967 y salieron en 1971. Éstos constituían la figura principal del núcleo del mando militar: la unidad del capitán, comandante de compañía, su ejecutivo

de la compañía, un teniente; y los cuatro subtenientes en calidad de comandantes de cada uno de los pelotones que componían la compañía. 1967-1971, fue un gran momento, marcado por cuatro eventos:

- a) La derrota de las fuerzas insurgentes en enero de 1967.
- b) La realización, por parte de las guerrillas, entre 1966 y 1970, de operaciones de comando en la Ciudad de Guatemala contra diversas personalidades nacionales y extranjeras (secuestros y asesinatos);³
- c) En los primeros meses de 1970 se desarrolló la campaña electoral del general (ex Ministro de la Defensa) Carlos Arana Osorio a la Presidencia de la República. Aquí se forjó en una alianza entre los anticomunistas del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) y el Partido Institucional Democrático (PID), el partido de los militares. Este fue el único proceso electoral que ganó el proyecto militar sin el empleo del fraude. La campaña electoral se basó en presentar —sin ambages— al candidato como aquel que con “mano dura” había “pacificado” el país. En 1966 y 1967 el general Arana dirigió la campaña militar contra los grupos guerrilleros. Durante aquel periodo (1970-1974), el proyecto militar atravesó por un momento de estabilidad política;⁴ y,

³ Se trata del secuestro de Romeo Augusto de León, presidente de la Corte Suprema de Justicia (4 de mayo de 1966); del secuestro de Baltasar Morales de la Cruz, secretario de Información del Gobierno (4 de mayo de 1966); del secuestro de Óscar Menéndez de la Riva, vicepresidente del Congreso y Secretario del PID (Partido Institucional Democrático) (26 de mayo de 1966) (CEH-VI-32, 1999: 251-255). En 1968, las FAR intentan secuestrar a John Gordon Main, embajador de Estados Unidos. Al oponer resistencia fue asesinado el 28 de agosto de 1968. Se trató del primer embajador de Estados Unidos muerto en servicio. Ese mismo año la guerrilla había asesinado al coronel John D. Weber y al mayor Ernest Munro (17 de enero de 1968), oficiales militares norteamericanos. Ese mismo día la guerrilla asesinó al empresario Alfonso Alejos. En 1970, se registró el secuestro de Alberto Fuentes Mohr (27 de febrero de 1970), Ministro de Relaciones Exteriores; Sean Holly, agregado laboral de la embajada de Estados Unidos (el 6 de marzo de 1970); Karl von Spreti, embajador de Alemania en Guatemala (31 de marzo de 1970). Al no acceder el gobierno a las exigencias de los secuestradores, este último fue asesinado por un comando guerrillero de las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes) (CEH-VI-88, 1999: 257-262).

⁴ Sobre este periodo de la historia véase Poitevin, 2000.

- d) Estados Unidos se involucra cada vez más en la guerra de Vietnam; y estaba en pleno proceso de readecuación de su doctrina de contrainsurgencia.⁵

La ideología también se propagaba mediante conversaciones entre iguales. Luego del comandante de pelotón, era ésta la relación que mejor aseguraba la reproducción de un conjunto de creencias y valores en relación con aquello que se consideraba válido en esa guerra. Esta fue la manera en que el adoctrinamiento se consolidó en el pelotón en tanto grupo primario.

La instrucción ideológica y la religión iban de la mano: “La guerra le permite a uno estar en contacto directo con Dios”, advierte el oficial Mario García Orozco, “Tenés la muerte a la par, no estás jugando”. El oficial García hace referencia a la importancia de la religión en tiempo de guerra:

Yo creo que la asistencia espiritual es importante en la guerra. Los actos previos a la muerte, porque no todos los heridos se salvan, tener cerca a una persona que rece con ellos, o que ore, dependiendo de su religión, llena de tranquilidad a los que sobreviven. Dar cristiana sepultura, con todos los honores [...] Antes de partir y al regreso, dar gracias a Dios, eso siempre se mantuvo.

En relación con el ateísmo que se le adscribía al enemigo, a la guerrilla, la cuestión religiosa en el Ejército “no se manifestó como un obstáculo, sino como un beneficio. Se suponía que el ateísmo que manejaba la contraparte era parte de nuestra lucha. No había mucho que discutir al respecto”, señala el oficial García.

El oficial Guillermo Méndez recuerda que “a las siete de la mañana del domingo hay oficios religiosos. Se les lleva un pastor evangélico y un sacerdote. Los soldados van a donde ellos crean. En la parte espiritual no se pueden dar órdenes. Ese es un asunto muy interno de cada quien”. El domingo, como parte de sus tradiciones, los soldados

⁵ Sobre las transformaciones en la estrategia de contrainsurgencia de Estados Unidos véanse McClintock, 1992; Taffet, 2007.

ponían mucho cuidado en su aspecto personal para asistir a los servicios religiosos: “se bañan, se ponen su uniforme limpio y se perfuman, bien peinados. Ellos creen que así hay que ir a la iglesia. Usted los ve, el domingo, en un pueblo, van cambiados, bañados, perfumados. Esas costumbres, esas tradiciones se respetan mucho en el cuartel”, recuerda el oficial Méndez.

Los días domingo, los cuarteles militares se convertían en grandes iglesias. Abandonando los lugares de combate, la iglesia Católica había dejado de oficiar los servicios religiosos desde 1980, dejando el terreno para las iglesias evangélicas, que por aquellos años estaban consolidando su penetración en la sociedad guatemalteca. El hecho de que la iglesia Católica se alejara de la institución militar “[...] dejó un espacio que otras religiones aprovecharon. Nosotros teníamos dos [sacerdotes] para cubrir todo el Ejército. Los evangélicos se multiplicaban y llegaban con música. La oportunidad, más la efervescencia les permitió un crecimiento que se desbocó”, cuenta el oficial Mario García. Acerca de la expansión de las iglesias evangélicas en los cuarteles, el oficial Guillermo Méndez recuerda que ello coincidió con el Golpe de Estado de 1982 y la llegada de Efraín Ríos Montt a la Jefatura de Estado. En ese momento “[...] se abrió espacio para los evangélicos. Cuando yo fui comandante de una Brigada en el altiplano, casi todos los soldados eran evangélicos, porque no llegaban curas. Ya no era un pastor, eran cuatro los que llegaban, regalaban Biblias. No los obligaban a ir con el pastor, pero como no había otro”. El oficial Méndez señala otros factores con respecto a este proceso de conversión al protestantismo en los cuarteles:

Ellos (los evangélicos) son muy accesibles. Así como ocurre fuera de los cuarteles, ocurre adentro. Se les dice a las 6:30, llegan a las 6:15. A esa hora comienzan a soltar [...]. Para hablar sobre las cosas de Dios, los pastores evangélicos son más terrenales que los curas. Los sacerdotes se basan en un pasaje de la Biblia, que comentan el domingo. Como son términos utilizados de la época de Jesucristo, cuando leen el pasaje nadie entiende. Esos términos hay que explicarlos en palabras que entendemos hoy. A los curas eso se les hace muy difícil. En cambio, un pastor se puede echar 3 horas hablando de eso, esa es la ventaja de los pastores.

Un pastor evangélico no tiene [límite de] tiempo. Él puede comenzar a las 6:30 y termina a las 10:00. Si no le marcan el rojo, sigue de largo.

De esa manera, los discursos principales que inundaban la vida del soldado eran los del pastor evangélico quien visitaba el cuartel militar la mañana de los días domingo. El papel del protestantismo fue decisivo: los soldados descargaban, en horas, la presión acumulada durante la semana, expiaban sus culpas y aminorando las cargas morales que provocaba la guerra, con la ventaja de que esto se hacía directamente entre el soldado y Dios.

Además de los discursos más o menos formales, había todo un conjunto de elementos que formaba parte de la vida militar. Por ejemplo, las canciones cantadas en el momento en que las tropas hacían ejercicios, o marchaban. Una canción, que frecuentemente entonaban, recuerda el soldado Augusto Cáceres era: “Esta es la historia de don Pedro de Alvarado, mataba indios con el chile⁶ bien parado”. Otra era: “guerrillero visto, guerrillero muerto”.

La percepción de esta realidad creada empezó a tener éxito cuando penetró en la palabra cotidiana. Las formas de hablar, la construcción de oraciones, ciertas frases, cortas, de sentido común, empleadas de forma generalizada para entender un evento, repetidas de manera mecánica, sin pensar mucho en cómo se estaba respondiendo. Había también pequeñas frases de sentido común. La repetición de éstas iba, lenta y paulatinamente dándoles un sentido de “verdad”. Una de estas frases, en la memoria del soldado Augusto Cáceres era: “lo que aquí se hace, lo que aquí se mira, y lo que aquí se escucha: aquí se queda”. Había eufemismos característicos para referirse a ciertos hechos, situaciones o personajes. Las tropas contaban con todo un vocabulario que excluía a las víctimas de toda consideración moral: “enemigo”, “aldeas subversivas”, “zonas rojas”, “informantes de la guerrilla”, “correos”, “vacunar”. El soldado Cáceres, por ejemplo, recuerda que la palabra para referirse a una persona no militar era “pachuco”.

Se trata aquí de todo un conjunto de intimidades de la vida militar que reforzaban el sentido de unidad y consolidaban los mensajes que

⁶ Chile: pene, uso propio en El Salvador, Guatemala y México (DRAE).

por otros medios se recibían y que, en definitiva, hacían que el adoctrinamiento se integrara en la identidad misma del adoctrinado. Estas maneras, amorfas y semi-estructuradas, en las que la ideología se deslizaba en la vida cotidiana, jugaron un papel esencial en el adoctrinamiento y la moral de los soldados.

CONCLUSIONES

Hemos revisado los medios de propaganda que sobre las tropas del Ejército de Guatemala afectaron el desarrollo de la campaña contra-insurgente de 1981 y 1982: la radio, la televisión, las imágenes, las palabras escritas y la palabra hablada, en sus más diversas maneras. Pero, ¿acaso no es usual que todo ejército esté sometido a este tipo de propaganda? ¿Hay alguna diferencia respecto de la propaganda “normal” sobre fuerzas militares en condiciones de guerra? ¿Cuál es el nexo entre la propaganda y los actos de genocidio?

La discusión en torno al adoctrinamiento de los perpetradores de genocidio y el sentido de la realidad que éstos tenían, implica el abordaje de una serie de temas complejos. Si bien es posible demostrar la existencia de este conjunto de medios de propaganda, lo complejo radica en cuantificar su impacto efectivo sobre las tropas. Es imposible descubrir qué realmente motivaba a los soldados, qué era lo que pasaba por sus mentes en medio de las masacres, o cuánta atención prestaban a los mensajes ideológicos y al adoctrinamiento político. Más allá de estos aspectos, de por sí ya complejos, intentar medir la relación entre adoctrinamiento y actos de crueldad en términos de eficacia es aún más difícil: ¿Cuál fue el impacto de la ideología en el comportamiento y la conducta de las tropas? ¿Cómo identificar las creencias fundamentales asociadas a la crueldad de la guerra de contrainsurgencia en Guatemala? ¿Qué —del conjunto de mensajes recibidos— era lo fundamental y qué era accesorio? ¿Cómo establecer el peso de las ideas en relación con los actos de crueldad extrema? ¿Cuánta razón fue necesaria para matar como se mató a quienes se mató?

Lo cierto es que la campaña de contrainsurgencia de 1981 implicó un cambio en el adoctrinamiento. Hubo una mayor profesionaliza-

ción de los medios empleados en este proceso, incorporando la radio, a través de los sistemas de circuito cerrado en los cuarteles, el video, medios escritos más directos, como la revista *Soldado* y “La Cuaz Victoria”. El adoctrinamiento se caracterizó por ser más total y abarcador de la vida de los soldados, buscando penetrar en los espacios de ocio que todavía quedaban. También el adoctrinamiento fue adaptándose a un tipo particular de guerra, el que analizaremos en el siguiente capítulo, identificando al adversario: lo que éste hacía y lo que con él era moralmente válido hacer.

A pesar que este estudio no se propuso indagar en el adoctrinamiento a nivel de los oficiales superiores del Ejército de Guatemala, los factores antes señalados (el tipo de acciones guerrilleras, el clima político, y el cambio en la doctrina de contrainsurgencia en EE. UU) podrían apuntar a que éstos, los oficiales de alta y mediana graduación, sí eran anticomunistas instruidos. Crecieron, se formaron y entraron a la Escuela Politécnica cuando habían ya pasado décadas de ideología anticomunista.

Para entender el sentido de realidad de las unidades de combate del ejército de Guatemala debemos empezar aceptando una verdad de sentido común: que la guerra de contrainsurgencia fue un campo de batalla en lo que se llamó la guerra fría. Pero la guerra fría fue también, y sobre todo, una batalla ideológica. Los motores ideológicos de aquella contienda estaban dados por una serie de creencias acerca de la imagen del otro que cada cual se formaba. La convicción que finalmente justificaba las acciones más brutales y salvajes contra poblaciones indefensas no era más que la imagen del adversario. Frente al adversario no cabía límite moral alguno. Las raíces de la maldad se hunden en la imagen que del adversario aquella campaña militar precisó hacer. La imagen deshumanizada del adversario logró excluirlo de las normas morales de comportamiento. Allí residía la justificación racional que acalló las conciencias y respondió (sigue respondiendo) al por qué de aquellos salvajes actos. Había una razón para matar como se mató porque el adversario estaba más allá de lo humano y el futuro había adquirido un tono apocalíptico: así, la sociedad se dividió violentamente entre aquellos que debían ser exterminados y otros que podrían sobrevivir.

Los soldados, además de preocuparse por su supervivencia, mantenían su estado moral si —y sólo si— eran capaces de tener clara cuál era la causa por la que valía la pena sacrificarse y morir. Necesitaban que el comandante de pelotón les dijera lo que ellos necesitan oír: que luchaban por una causa que trascendía su miserable existencia en aquellos largos periodos de patrullaje, expuestos a que una bala decidiera que el término de la vida había llegado. El Ejército se convirtió en una comunidad de guerreros que defendían el país del comunismo. El Ejército construyó una percepción de la realidad que preparó a sus unidades de combate para realizar actos de barbarie. Con ello logró: *a)* asegurar la determinación de los soldados en el teatro de operaciones; *b)* prevenir la desintegración moral de las unidades y los actos de insubordinación entre rangos; y, *c)* legitimar el uso de terror.

5. EL DESARROLLO DE LA GUERRA

Aquellos jóvenes, llevados por la fuerza a prestar el servicio militar, cuya vida fue invadida por la institución castrense y encuadrada en un pelotón, iban a enfrentar una guerra: no cualquier tipo de guerra sino una guerra de guerrillas, la que R. Taber (1965: 27) llama “la guerra de la pulga”:

Por analogía, decimos que la guerrilla actúa en combate como la pulga y que su enemigo militar tiene las desventajas del perro: demasiado que defender; un enemigo excesivamente pequeño, ágil, con el don de la ubicuidad y que no se deja capturar. Si la guerra se prolonga lo suficiente —esto es la teoría— el perro cede al agotamiento y la anemia, sin que sus dientes den con nada o sus patas logren algo eficaz al espulgarse.

Este tipo de guerra tiene unas particularidades que le son propias. Se trata de una forma de guerra antigua que se caracteriza, según Wickham-Crowley (1990: 223-226) por:

- a) Estar llevada a cabo por fuerzas irregulares, organizadas en pequeñas unidades móviles, provistas de armamento ligero; en las fases iniciales existe un desequilibrio de fuerzas, esto es, un bando tiene un mayor número de combatientes y de recursos que el otro;
- b) Utilizar el conocimiento acumulado sobre las condiciones del terreno, realizar operaciones militares como asesinatos, sabotajes, emboscadas, durante un largo periodo de tiempo; en las fases iniciales, estas operaciones generalmente tienen una corta duración y aprovechan el factor sorpresa. En condiciones desventajosas, se elude el combate.

- c) No defender posiciones o frentes de batalla estáticos, ni mantener líneas de abastecimiento y comunicación permanentes;
- d) Obtener combatientes, refugio, provisiones, información de inteligencia y formas de camuflaje de las poblaciones entre las que regularmente opera; y,
- e) Organizar a las poblaciones como parte del trabajo político, pudiendo éstas tomar parte en operaciones de propaganda y sabotaje.

Agotada la fase de implantación, cuando el grupo guerrillero conoce el terreno, entrena a sus fuerzas y consolida sus bases políticas, se desarrolla la fase de generalización de la guerra de guerrillas. En este periodo, se presentan encuentros armados que siguen el guión arriba expuesto. De esta fase se puede pasar o no a una guerra de movimientos. Es entonces cuando, contando ya con una retaguardia y un ejército guerrillero, se defienden posiciones delimitadas territorialmente. Esta fase podrá desembocar en la destrucción del régimen contra el que se está combatiendo.

En este tipo de guerra los relatos como el que a continuación presentaremos no son inusuales. El oficial Guillermo Méndez recuerda cómo “comenzamos a ver con sospecha a la gente. Cada vez que miraba a algún hombre que salía o circulaba por alguna calle o un camino, me parecía como que había que ponerle atención. Podía ser alguien que colaboraba con la guerrilla y que podía hacer daño”. Así es como se genera “Una sensación de que la gente puede ser parte del enemigo. Ahí es donde se despierta ese sentimiento de que o estás conmigo o estás contra mí”. El oficial José Víctor Aguilar recuerda que él lo discutió con varios compañeros, que decían: “—pero si te están matando a tu gente, ¿qué vas hacer? no te podés quedar de brazos cruzados, y si sabés que esta población fue la que permitió que instalaran las minas claymore, que se preparan, los escondieron, les dieron comida, los abastecieron, esta población tiene una responsabilidad”. En aquellas discusiones también se presentaban otros criterios, así: “El otro punto de vista es si a la población la están obligando a hacer las cosas, y esa población, o colabora, o la misma guerrilla iba a actuar contra ellos. Eran como el sándwich, contra la pared”. Como ejemplo

de esto, el oficial Méndez cita una experiencia que a él le tocó vivir en un convoy militar que desde el departamento de Chimaltenango se desplazaba hacia la ciudad de Guatemala:

De repente estalló una [mina] claymore. Se murieron un montón de soldados. Cuando se hizo la investigación [se descubrió que] arriba, en el cerro, había un palito, dos alambres y un niño. Le dijeron al niño: —cuando mirés pasar el camión, juntas los alambres. Un oficial ve a un montón de soldados descuartizados por la bomba. Va y encuentra a un niño. Yo no sé cómo se puede reaccionar.

El soldado Martín Ramírez reflexiona acerca de este asunto, indicando que: “encontrábamos gente que estaba con su azadón, labrando la tierra, cortando árboles, otros [...]. Llegaba uno: —¿no has visto a la guerrilla? —No. Ellos mismos eran los guerrilleros. Ahí mismo donde estaban parados, ahí debajo tenían los fusiles, enterrados. Eso fue lo que hizo comenzar a eliminar todo eso”. Cuando una patrulla pasaba por una aldea, recuerda el oficial José Víctor Aguilar, “lo que hacía era tratar de hablarles a ellos (a los pobladores), preguntarles por la guerrilla. Preguntarles si los habían molestado, si habían visto que pasaran grupos armados y ese tipo de cosas, punto”. Cuando llevaban información que habían algún vínculo entre la aldea y la guerrilla, entonces: “ahí trataban de localizar quiénes eran los que estaban [...]. Raramente los encontraron, porque obviamente, si los señalaban era por algo. A los que encontraron, sí actuaron contra ellos”, recuerda el oficial Aguilar. El oficial comenta casos cuando: “la patrulla llegaba, [las guerrillas] trataban de provocar el combate ahí”. Otras veces, la guerrilla trataba que la gente saliera de la aldea: “llegábamos y encontrábamos todo como que si estuviera habitado, pero no había nadie. Ahí era donde algunos tomaban la decisión de decir: —miren, todo esto hay que destruirlo, porque si están escondidos es porque están apoyando a la guerrilla. A la vez, eso le servía a la guerrilla para decir: “—nosotros se los dijimos. No solo les destruyeron sus cosas, si hubiera estado uno de ustedes, lo hubieran matado también”. El soldado Federico Cristales da cuenta de una experiencia cuando él, como soldado llegó a una aldea, la cercaron, entraron e hicieron un mitin:

¡pongan atención! ¡vamos a hacer un mitin! Se reunía a toda la gente. Se le hablaba a la gente: que miren, que la guerrilla esto y esto. Terminaba y salíamos. Pero esta gente, cuando los soldados estábamos dando el mitin, por aquí salía otro, a alertar a la guerrilla. Éstos [la guerrilla] se movían. Cualquiera decía: —no, pues que la guerrilla, que no sé qué y que no sé cuánto, pero ahí están en el cerro y que no sé que. Alguien que abriera la boca, que dijera de que estuvimos [...] —venite, ya lo maneaban [los soldados de la patrulla del Ejército lo amarraban]. —vámonos, enseñáanos el camino. Entonces, éste se los llevaba, les daba una gran vueltona, los volvía regresar, los subía [...] dándole tiempo a que la guerrilla se moviera. Éstos mismos son guerrilleros. Cuando llegábamos, la guerrilla se había movido. Esa fue la forma de operar de la guerrilla. ¿qué hacía el Ejército? Este que nos llevó es guerrillero, de una vez, este ya muerto.

Seguía la patrulla. Llegábamos a otra aldea. Pero este segundo nos informó que en esta aldea todos eran guerrilleros. Entrábamos, llegando a la aldea nos recibían a balazos. Cuando entrábamos, los poquitos que quedaban, esos de una vez le daban para abajo [quiere decir que los mataban] y tal vez esos no eran guerrilleros, los guerrilleros se habían ido.

Un poderoso temor se propagó en el Ejército de Guatemala cuando, en julio de 1979, cayó la dictadura de Somoza. La entrada de las columnas del Frente Sandinista de Liberación Nacional a Managua, alteró radicalmente el sentido del tiempo para las fuerzas armadas de Guatemala. En adelante, debía prepararse para llevar un tipo de guerra particular, como la que ya había peleado, y de la que ya había salido triunfador, en 1966 y 1967. En adelante y hasta 1981, las informaciones obtenidas por la inteligencia —la intención de la guerrilla de declarar territorios liberados, el supuesto control de la guerrilla sobre la ruta interamericana hacia el occidente, la quema del restaurante Katok, las operaciones militares en San Lucas Sacatepéquez, y la preparación de una insurrección en la ciudad de Guatemala— convencieron a los altos mandos castrenses que se estaba al borde de la derrota.

La guerra, ese fenómeno general y lejano, se hacía real en la disposición y la frecuencia con que oficiales y soldados eran destacados a las unidades militares en las que, como parte de la guerra antigüe-

rrillera, realizaban patrullajes. El desarrollo de la guerra de guerrillas, sumado a las condiciones logísticas, la alimentación, la atención y convalecencia de los heridos, el traslado de los muertos en combate, hicieron que el apremio de la guerra se transformara en fatiga de combate sobre aquellos soldados. El Ejército, además, hacía un uso, propagandista del “terror” revolucionario. En aquellas circunstancias, la guerra demandaba la movilización de un alto porcentaje del total de las tropas que en aquel momento se hallaban dentro de la institución militar. En 1981 y en 1982, tal apremio motivó al alto mando de la institución armada para solicitar al presidente la movilización parcial de las reservas. En 1981, la respuesta del general Lucas García no se hizo efectiva, como sí lo sería en 1982, ya con Efraín Ríos Montt como Jefe de Estado.

5.1. SOMOZA, 1979: EL EMERGER DE LA GUERRA

La caída de Somoza cambió el tiempo de la guerra en Guatemala. Aquél fue un cambio abrupto. “En el año 79, el tema cobró las dimensiones de un despertar a la realidad del país. La amenaza estaba planteada en el 79. Cayó el gobierno nicaragüense a manos de los sandinistas. Lo jodido fue que después del triunfo de la revolución sandinista, venía para acá la cosa”, apunta el oficial Óscar Álvarez. El oficial Raúl Ayala, cuya graduación de la Escuela Politécnica coincidió con ese momento, da una idea de la manera en que se transformó el tiempo:

Las emboscadas en el Quiché, en el área de ORPA, los primeros oficiales muertos, ¡púchica! esto es de verdad. Íbamos para afuera [graduados] y de una vez: —bueno muchá, vamos directos a este asunto. Lo podían mandar como apoyo a las unidades directamente empenadas en combate.

Porque le veían desde adentro, el Ejército de Guatemala tenía claras las particularidades del régimen de Somoza, especialmente de la Guardia Nacional. Eso les permitía entender la diferencia entre aquel

régimen y sus soldados, y este otro régimen —el de Guatemala— y su Ejército. En palabras del oficial Óscar Álvarez:

Allá se peleaba por Somoza. Decíamos nosotros: —aquí no peleamos por Lucas, ni por alguien: peleamos por nuestro país. Esa era la convicción. Aquí había un sentimiento de desprecio por ese tipo de esquema. No sólo era un régimen patrimonial, sino que era una Guardia Nacional disfrazada de ejército que denigraba a la organización militar.

El oficial Julián Domínguez recuerda que: “Cuando cae Nicaragua, la mayoría de oficiales del ejército de Somoza se vienen para Guatemala”. El oficial César Calderón afirma que:

No era extraño para nosotros lo que estaba pasando en Nicaragua. En Nicaragua estábamos nosotros bien metidos con el tema de contrainsurgencia. El general Lucas estaba muy bien enterado. Él había dispuesto todo lo que se pudiera hacer para apoyar al ejército de Somoza. Hubo oficiales guatemaltecos que habían entrenado y, en algunos casos, conducían a las unidades nicaragüenses. Cada vez que ellos venían, contaban como estaba de mal la situación allá.

Hasta antes de la caída de Somoza, en Guatemala, las guerrillas atravesaban un lento proceso de acumulación de fuerzas. El Ejército sabía de la guerra, pero no creía que la misma podía deparar su derrota. Sobre las organizaciones sociales, en plena ebullición, el gobierno militar ya había desatado una fuerte persecución.¹

¹ Entre 1970 y 1976 las organizaciones sociales experimentaron un periodo de desarrollo. Los gobiernos militares respondieron reprimiendo de forma brutal al liderazgo de las organizaciones sociales. En enero de 1976, trabajadores de la empresa Embotelladora Guatemalteca S.A. fueron desalojados de las instalaciones de la fábrica. Protestaban por el despido de varios trabajadores y por la negativa de la empresa de aceptar la reorganización del sindicato (STEGSA, Sindicato de Trabajadores de la Embotelladora Guatemalteca, S.A). Entre 1976 y 1980 doce dirigentes y miembros de base del sindicato fueron desaparecidos y varios sufrieron atentados, incluidos tres Secretarios Generales (CEH-VI-67, 1999: 111-118). En torno a la historia de esta lucha, véase Levenson, 1994. En noviembre de 1977, por

Así vivió el soldado Julio Roca ese tiempo: “el tiempo de paz que yo viví en el Ejército fue muy bonito [...] Eso fue hasta el año 80. Cambió cuando llegué a la Escuela de Kaibiles. Ya estaba la guerra de guerrillas, y mi trabajo fue otro. Comenzó el entrenamiento. Hay que organizar patrullas, emboscadas, descenso de vehículos [...] Estábamos preparándonos para entrar en guerra”. El oficial Fernando Cordón da cuenta de este importante cambio con una decisión que se tomó en el segundo semestre de 1979 en relación con la promoción 91 de la Escuela Politécnica que “debió graduarse en diciembre, pero se graduó el primero de septiembre. Esto se debe a la sensación que da el avance de los sandinistas y la caída de Somoza. La consolidación de esa revolución le da una fuerza propelente a los salvadoreños y a los guatemaltecos. Esto enciende los ánimos y apresura las cosas”.

El asesinato de José Luis Arenas, “El tigre del Ixcán” a manos del Ejército Guerrillero de los Pobres, en junio de 1975, permitió a la institución armada iniciar un proceso de preparación (CEH-VII, 1999: 59). Arenas era el principal terrateniente de la zona. El oficial Fernando Cordón reflexiona sobre lo que aquel evento significó, a la postre,

ejemplo, el sindicato Minas de Ixtahuacán, ubicado en San Idelfonso Ixtahuacán, Huehuetenango, con una manifestación que al llegar a la ciudad de Guatemala congregó a más de 150 000 personas, alcanzó sus objetivos. En julio de 1978 fue asesinado Mario Mujía Córdova, líder de los mineros y representante regional de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) (CEH-VI-16, 1999: 325-331). El 20 de octubre de 1978 fue asesinado Oliverio Castañeda de León, Secretario General de la Asociación de Estudiantes Universitarios. Durante el mes de octubre tuvo lugar en la ciudad de Guatemala una huelga general por el incremento del precio del transporte urbano. Las protestas lograron su cometido, pero el costo fue la represión que luego se vino sobre líderes del movimiento (CEH-VI-45, 1999: 119-125). Entre febrero y marzo de 1980 tuvo lugar la huelga de trabajadores de la caña de azúcar. Paralizando casi todos los ingenios, más de 70 000 trabajadores se unieron al movimiento. Lograron el incremento al salario mínimo. El 21 de junio de 1980 fuerzas de seguridad del Estado acordonaron la sede de la Central Nacional de Trabajadores ubicada en el centro de la ciudad de Guatemala. Secuestraron a 27 dirigentes de distintos sindicatos, cuando celebraban una reunión. En agosto de 1980, son secuestrados 16 líderes sindicales e integrantes de la Escuela de Orientación Sindical de la Universidad de San Carlos reunidos en la finca Emaús Medio Monte, Escuintla (CEH-VI-51, 1999: 183-191).

para el Ejército guatemalteco, en términos de haberle dado una advertencia que permitió iniciar una etapa de preparación: “Hoy digo con mucha satisfacción: ¡qué bueno que se anticiparon! Eso nos permitió soportar esa primera ola, esa primera actividad que ellos hicieron, esa movilización casi nacional. Partieron el país en dos. Si ellos se hubieran organizado en una mejor forma, a saber si estuviéramos contando el cuento”. Acerca de este punto, el oficial Domínguez también reflexiona en estos términos:

Si no se da la muerte del Tigre de Ixcán, el EGP hubiera desarrollado un crecimiento de masas que le hubiera permitido marchar hacia la ciudad capital. Fue un error estratégico. Por consolidarse con la población, llevan a cabo la ejecución. Ese error estratégico le cuesta la movilización de masas, que Rolando Morán [Comandante en Jefe del Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP] pretendía efectuar. En esa ejecución no estaba Rolando Morán. Él estaba en México. Es una decisión que toman los que están dentro del área. Ahí comienza todo ese proceso de delimitar un oponente armado en el área norte del Quiché.

Al parecer, hasta 1975, la incredulidad se había apoderado del alto mando del Ejército. El oficial Julián Domínguez afirma que hasta “cuando asesinan al Tigre de Ixcán, es cuando se le pone atención al problema [de la guerrilla]”. Pero la atención fue parcial: “porque hasta ese momento no se concebía una organización [guerrillera]. No se concebía eso como una realidad. Se oía, pero nadie iba a investigar. No se miraba factible. En ese tiempo no había inteligencia ¿Por qué razón? porque inteligencia estaba relacionada con asuntos internos. Era muy doméstica, con muy poca visión hacia fuera”. Otra de las razones del por qué esta incredulidad prevalecía en el alto mando era que “creían que en Zacapa se había terminado la guerrilla”, sigue el oficial Domínguez. Se consideraba que “no había causa que justificara [la lucha guerrillera], que la mayoría de gente se había ido para Cuba y ahí estaba”. Acerca de esto, el oficial César Calderón también afirma que “ellos, los jefes, no creían [...] Los jefes creían que ya con la derrota en el nororiente [...] Ya había fallecido el Ché”.

Pero la ejecución de José Luis Arenas en las selvas del Ixcán dio un giro en la forma de entender la guerra. En 1976, el presidente Kjell Eugenio Laugerud (1974-1978) había enviado una compañía de la Guardia Presidencial a Playa Grande, Quiché. “El presidente decide tener una confirmación de mayor confianza” indica el oficial Domínguez, de ahí que no envió a una unidad regular del ejército sino a una unidad de este grupo especializado: la Guardia Presidencial. Con esta misión de reconocimiento, esta unidad: “presencia el brote de un grupo armado. Descubre dos cosas: uno, que había un ejército guerrillero que se estaba formando; dos, que tenía una estructura y que contaba con cierta base de apoyo”. También se dan cuenta que: “a nivel de la unidad militar que había ahí: 105, 120 combatientes de tiempo completo ya tenían bases de apoyo. Entonces fue cuando se le puso atención a eso”. La decisión que se tomó fue “tratar de rescatar esa área a través del programa de apoyo a los campesinos, con el traslado aéreo de maíz, café, cardamomo”, comenta Domínguez.

Así, como vemos, la guerra fue un evento que causó sorpresa. No se trató de una escalada militar gradual y paulatina sino de un evento —el asesinato de José Luis Arenas—, en el contexto de otro evento —la victoria del sandinismo— (julio de 1979) que provocó que una secuencia de eventos sucediera de forma cada vez más rápida.

En 1981, la intensidad de la guerra a la que entraron los pelotones sólo confirmó que cada batalla adquiría un carácter vital para la supervivencia de todos los que en ella estaban comprometidos. En 1981 se desató en el Ejército de Guatemala una sensación de temor por el avance de la guerrilla. El oficial Domínguez recuerda que: “En el año 81, el Ejército determinó el riesgo de perder la guerra”. Recuerda que, en una comunicación del Comandante en Jefe del EGP dirigida a uno de sus comandantes, le decía que: “el próximo 30 de junio esperamos desfilar en el Campo de Marte”.² Así evalúa el oficial esta información: “Cuando una expresión de esa naturaleza viene de la Dirección Nacional del EGP, es porque, más que una posibilidad, era una proba-

² Explanada en la que cada año, el 30 de junio, el Ejército de Guatemala realizaba una parada militar. Así concluía el tradicional desfile militar. El 30 de junio se conmemora la revolución militar de 1871 y (después de 1959) el día del Ejército.

bilidad”. El documento fue incautado en una emboscada que el Ejército realizó en Quiché.

Al interior del Ejército, la idea de que la guerrilla iba a declarar “territorio liberado” una zona del país se fue consolidando. Las informaciones de inteligencia aportaron evidencia en torno a esta posibilidad. El oficial Óscar Álvarez se pregunta: “¿Cuáles fueron las informaciones de inteligencia en 1981?” Su respuesta revela los elementos de información que fundamentaron la respuesta que dio el Ejército: “Las informaciones de inteligencia eran que [la guerrilla] pretendía declarar un territorio como zona liberada. El área más propicia era Huehuetenango”. Julián Domínguez, otro de los oficiales entrevistados sobre el tema de la zona liberada afirmó que: “En algún momento nosotros creímos que el EGP iba a declarar zona liberada todo el paralelo que está al norte del Quiché, Huehuetenango y Alta Verapaz.³ Con las características que el EGP creó y que consolidó por mucho tiempo en el área donde operó, hubiera podido declarar territorio liberado”.

El análisis militar que se deriva de esta pieza de información, continúa el oficial Álvarez, indicaba que: “Uno se ponía a pensar: en el momento en que el Ejército quiera pasar hacia el Sur, tiene a ORPA. Si quiere pasar a través del Altiplano, tiene al [Frente] Augusto César Sandino, del EGP, con una defensa en profundidad”.

Dentro de la evaluación de la situación nacional e internacional que regularmente formula el Ejército, llamada “Apreciación de la Situación”, la de aquel año de 1981 preveía que: “en el futuro cercano, en Guatemala iba a verse una intensificación de la guerra. No sólo porque la insurgencia había crecido con el surgimiento del EGP, y de ORPA, después, y finalmente, la unión de los cuatro, cuando se constituyó en URNG, sino porque también la situación centroamericana

³ No hay ningún paralelo que divida estos tres departamentos. Lo dicho por el entrevistado se trata de una línea imaginaria que, empezando al Oeste, con el departamento de Huehuetenango (frontera con México), podría cubrir la parte central y norte del departamento de Quiché y el todo el departamento de Alta Verapaz. Paralelo: cada uno de los círculos menores paralelos al Ecuador, que se suponen descritos en el globo terráqueo y que sirven para determinar la latitud de sus puntos o lugares (*DRAE*).

desde Nicaragua y El Salvador favorecía las condiciones en Guatemala”, comenta el oficial Guillermo Méndez.

Además de este tipo de análisis, varios oficiales entrevistados recuerdan cuatro elementos de información que paulatinamente se transformaron en razones de por qué responder como se respondió en 1981: en primer lugar, la guerrilla tenía el control de la ruta interamericana que, de la Ciudad de Guatemala, atraviesa el altiplano y llega al departamento de San Marcos. El oficial Héctor Andrade señala que: “Toda la carretera Interamericana estaba bloqueada. Nuestra gente [las patrullas militares] no se podía desplazar por tierra. Todas las montañas de Chimaltenango y Quiché estaban fortificadas. La guerrilla estaba a dos o tres meses de brincar a la capital”. El oficial Julián Domínguez apunta que:

Ese crecimiento de base social de Chimaltenango se tenía que desplazar hacia el norte, para unirse con el Quiché. Allí ya habían llegado a cercar Santa Cruz del Quiché. Tenían una estructura muy formal en Joyabaj, en Zacualpa, en Lemoa, Santa María Chiquimula. En el área de Chichicastenango habían creado todo el soporte logístico y sanitario de la gran ofensiva sobre la ciudad capital. Era muy poco lo que hacía falta para crear una base social desde la carretera interamericana hasta el norte del Quiché.

En segundo lugar, la guerrilla había quemado el Restaurante Katok, ubicado en el kilómetro 87 de la ruta antes aludida. El oficial Julián Domínguez señala que, en aquel momento, “El hecho más importante fue la quema de Katok”.

Tercero, la guerrilla había realizado operaciones en la zona de San Lucas Sacatepéquez, distante de sólo 30 kilómetros de la ciudad capital. El oficial Julián Domínguez recuerda que “La guerrilla hizo operativos en San Lucas. Aparentemente, la Dirección Nacional [del Ejército Guerrillero de los Pobres] no lo tenía contemplado. Fueron decisiones que se tomaron a un nivel táctico. El enemigo había llegado a San Lucas”. El oficial Héctor Andrade va más allá y recuerda que: “El General Benedicto Lucas tenía como 15 o 20 días de haber llegado al Estado Mayor General del Ejército, cuando recibió la in-

formación de que ya no se podía. La gente ya no podía transitar por Mixco. Hasta ahí estaba llegando el control de la guerrilla. Ahí los buses eran registrados por patrullas de la guerrilla”. El municipio y la Villa de Mixco forman parte del Área Metropolitana de la ciudad capital de Guatemala.

Cuarto, la guerrilla se preparaba para una ofensiva en la ciudad de Guatemala. Dicha ofensiva sería el preludio de la insurrección armada que haría caer el régimen. Así lo comenta el oficial Guillermo Méndez:

La guerrilla comenzó a acercarse a la ciudad. A llegar, con fuerzas guerrilleras, a los suburbios de la ciudad. Con los pobladores que estaban preparados para ayudar a las fuerzas guerrilleras que iban entrar a la ciudad y copar todos los lugares claves, se preparó un cordón alrededor de la ciudad. El Ejército comenzó desmantelando lo que tenía la guerrilla en la ciudad capital, y después replegando a las fuerzas guerrilleras que se habían acercado. Donde estaba más cerca era en el área de Chimaltenango. Hacia allá se fue la ofensiva. Ese fue un análisis del Estado Mayor. Antes que se iniciaran esas operaciones militares intensas en el occidente, la guerrilla tenía prácticamente cercada la ciudad. Iba a lanzar una ofensiva final. Después que se descubrieron esos reductos y se consiguió mucha información, al hacer el análisis, la parte más organizada sobre el lanzamiento de la ofensiva final era el área que había trabajado el EGP en el occidente, porque en ese tiempo inteligencia militar hablaba de más de 150 000 gentes colaborando con el EGP.

En julio de 1981, el Ejército se topó con fragmentos de las redes de logística que las tres organizaciones insurgentes tenían en la ciudad de Guatemala. El propósito de estas operaciones fue, en opinión del oficial Guillermo Méndez: “romper el cordón logístico que iba a apoyar ese esfuerzo final de la guerrilla”. Por “esfuerzo final de la guerrilla” aquí se refiere a una ofensiva militar sobre la ciudad capital. El impacto que esta serie de operaciones tuvo fue que, a criterio del oficial Julián Domínguez, “La insurrección no se da porque los reductos caen”. Asimismo, “La caída de los reductos en la capital conlleva a la desmoralización de los combatientes de la montaña”. Tales

operaciones “limitaron la insurrección de masas. Por eso es que en ese momento se le da mucha publicidad a esos hechos”, termina señalando el oficial Domínguez, a propósito del despliegue de medios informativos con que aquellas operaciones eran transmitidas por los canales de televisión. El oficial Domínguez recuerda que “el primero que se descubre es donde estaba Gaspar Ilóm [Comandante en Jefe de la ORPA], en la zona 15. Logra salir, porque él estaba en la casa vecina. Eran dos casas las que ellos tenían ocupadas”. Así dio inicio lo que este mismo oficial señala como “Esa otra parte de la victoria del Estado de Guatemala”.

Acerca de la relación entre estas dos dimensiones de la guerra, la urbana y la rural, es poco lo que hasta ahora se conoce. Uno de los militares entrevistados, Óscar Álvarez, reconoce que: “No fue una secuencia, fue independiente. Fueron dos lógicas diferentes”. La guerra rural: “empezó como una dinámica de operaciones militares abiertas. Sobre la base de información de inteligencia, se estructuró una fuerza militar capaz de golpear y de luchar por masa, terreno y poder, capaz de neutralizar una situación como ésta. Así fue como nacieron las Fuerzas de Tarea, producto de inteligencia de combate, que se produce en el lugar de los hechos, en el interior del país”. En cambio, la guerra urbana, “lo de julio, era más un trabajo de inteligencia. Es un trabajo de mucha precisión, de mucha paciencia. Estamos hablando de información”, termina reconociendo el oficial Álvarez. Acerca de la guerra urbana, el oficial Guillermo Méndez afirma que: “no se previó que eso iba a suceder en julio. Eso pudo ocurrir en cualquier momento, dependiendo de la calidad de la información. Cuando la inteligencia se tecnifica, se hacen investigaciones sobre áreas que uno ni se imagina que pueden revelar cosas importantísimas. Si uno es empírico no se da cuenta”. Desde 1979, afirma: “ya había un buen equipo de gente en inteligencia, capaz de ubicar con precisión los puntos donde se podía buscar”. El oficial Guillermo Méndez presenta otro de los argumentos que señala la ausencia de una relación entre la guerra urbana y la guerra rural:

Las operaciones se dieron en la medida que se fue descubriendo. No se sabía. No se podía decir: —entre julio y septiembre vamos a terminar

con lo que hay en la capital. No se sabía cuánto había y cuánto tiempo iba a tardar desmantelarlo, si se iba a desmantelar todo, eso no se sabía. No se podían planificar para después las operaciones en el área rural. Lo del área rural fue simultáneo. Todo fue simultáneo. La producción de inteligencia servía para operativos en las áreas urbanas y para patrullajes en las áreas rurales.

Uno de los eventos que significó un giro para el desarrollo de la guerra fue la captura, el 14 de junio de 1981, del sacerdote de la Compañía de Jesús, Eduardo Pellecer Faena. El 30 de junio, Pellecer Faena apareció en una conferencia de prensa en la que reconoció haber sido parte de la guerrilla. En aquel acto involucró a la iglesia Católica en apoyo a la guerrilla. El sacerdote, de prisionero del Ejército, se convirtió en maestro de oficiales que laboraban en el campo de la inteligencia. Así lo confirma el oficial César Calderón: “En el 81 capturan al padre Eduardo Pellecer Faena, un tipo inteligentísimo. Lo más brillante que yo conocí de la guerrilla, lo más brillante. Y él reorienta todo, enseña a hacer análisis, explica cómo es cada una de las situaciones”. El oficial Calderón puntualiza que en este hecho, hubo un antes y un después, en éstos términos: “De ahí empieza toda la situación a reestructurarse. Antes de eso no teníamos posibilidades”. El oficial Julián Domínguez también reconoce el aporte del sacerdote Pellecer: “Para esa época [la de la guerra urbana] Pellecer Faena ya está trabajando con el Ejército. Él es el que completa el análisis de los probables lugares”.

El oficial Julián Domínguez reconoce que los Comisionados Militares tomaron parte en esta operación. Como ojos y oídos del ejército, quién mejor que ellos para informar de lo que estaba sucediendo en los barrios de la ciudad. La táctica empleada en la guerra urbana provino de los cursos que oficiales del Ejército tomaron al respecto en Argentina. Se trató de poner atención a “la presencia de personas que no coincidían con el entorno. Por ejemplo, carros que entraban o salían a las 22:00, 23:00, y regresaban de madrugada”, afirma el oficial Domínguez. En las primeras investigaciones, continúa el oficial Julián Domínguez, esto estuvo a cargo del “BROE, que era el batallón de reacción de la Policía Nacional. Quien primero tomó contacto con

los reductos fue el BROE. Quien actuó fue el Ejército”.⁴ Posteriormente, ya con esa información recopilada todo es más fácil, “Por ahí se comenzó a agarrar el cordoncito. Es un hilo que después da con todo lo demás” sentencia el oficial Méndez. También, encontrar las primeras casas, recuerda el oficial Domínguez: “[hace] más fácil ubicar las características de las áreas donde ellos tenían sus sedes”.

La punta de aquel hilo al que se refiere el oficial Méndez fue, en el testimonio del oficial Domínguez, “Lo que primero cae, en uno de los reductos, es la ubicación de los puntos de contacto. Eso genera un esfuerzo de inteligencia alrededor de esos puntos. Esa es como la primera fase: descubrir que hay puntos permanentes de contacto”. Posteriormente se lleva a cabo un proceso de: “análisis de los documentos que caen en los reductos. Hubo un trabajo de mapeo, orientado por los puntos de contacto”. Como parte de los puntos de contacto, el oficial Domínguez recuerda que el monumento a Tecún Umán fue punto de contacto para: “un grupo que operaba en la zona 12, y que tenía dos casas que cayeron. Ellos tenían un contacto de emergencia frente a los leones del zoológico. Esto orienta hacia el primer reducto que cae: se colocó vigilancia; el sujeto se puso nervioso y huyó. En la huída, dejó tirado un morral. El que guió hacia el primer reducto que cae”. Finalmente, mediante la tortura, los capturados eran obligados a colaborar. Así, sigue el oficial Domínguez: “dos capturados hacen el recorrido completo, señalando casas: 4 o 5 reductos en un mismo día”. El oficial Domínguez nos ofrece una explicación acerca de las fases que la guerra urbana: “Primero fue el análisis de los lugares; después, la presencia de gente que no coincidía con las áreas; por último, la captura de esas dos personas. La guerrilla comete el mayor error cuando entran en emergencia y comienza una movilización de vehículos y esto y el otro. Cae un montón de gente, algunos muertos, otros se quedan trabajando con el Ejército”. El oficial Guillermo Méndez advierte que la mejor información es aquella que no se paga:

⁴ Se refiere aquí a la Brigada de Reacción de Operaciones Especiales, BROE. También conocido como Brigada de Operaciones Especiales, esta unidad de la Policía Nacional fue creada en 1978. Acerca de las estructuras policiales, véase Archivo Histórico de la Policía Nacional (2010).

La mejor información que se recibe es la que la gente proporciona espontáneamente. Usted le puede pagar a alguien para que le de información. Porque tienen que justificar lo que está pagando, le traen información. Pero casi todo lo que le traen no es bueno. Cuando se hace la clasificación y la investigación se da cuenta que la mayoría de información no funciona. La mejor información es la que proporciona la gente espontáneamente. Un par de llamadas telefónicas. Por ejemplo, que digan: —fíjese que aquí en la vecindad hay una familia que no sabemos a qué se dedica. —¿dónde es? —en tal dirección. —¿de quién es la casa? —de un coronel. —yo se la alquilé a una familia, una pareja, con un hijo chiquito. Y resulta que era un reducto guerrillero. Aquí en la zona 15 también, una llamada telefónica: —fíjese que aquí hay una casa con gente rara, y vienen carros. Eso no había pasado ni por la mente de los que trabajaban en la parte de inteligencia en la capital.

Cuando el Ejército despertó a la guerra con la caída de Somoza, tuvo que llevar adelante un intenso proceso de adaptación. Comparada con la guerra de 1967 en el oriente del país, la guerra en 1981 y 1982 tuvo una intensidad mucho mayor. Sólo durante el año 82, el número de bajas causadas en el Ejército, sin contar los heridos, fue de más de 500 soldados y alrededor de 90 oficiales. Esto representaba casi un batallón de soldados y un número de oficiales como para comandar 3 batallones.⁵ Aquel año de 1982, relata el oficial Méndez: “Fue el año más difícil para el Ejército. El impacto que causó la muerte de 90 oficiales en un año fue tremendo. Un informe de esa naturaleza causó un impacto durísimo para la moral de las tropas”. El oficial Méndez da cuenta del estado de ánimo en el que se hallaba la institución a lo largo de 1982: “[...] todos los días recibíamos información de soldados y oficiales muertos. Eso causaba un impacto permanente. Esa presión en operaciones militares generó una actitud agresiva más allá de lo que podría llamarse una agresividad normal en guerra”.

⁵ Este dato fue compartido por Guillermo Méndez, oficial del Ejército de Guatemala, quien tuvo acceso a la Evaluación Anual de Operaciones Militares del Estado Mayor de la Defensa Nacional.

El Informe Anual de Operaciones Militares se presentaba y se entregaba a los comandantes de las Brigadas, con el propósito que, indica el oficial Guillermo Méndez “en sus comandos se enteraran qué estaba pasando a nivel nacional. No se podía esconder. Los honores de los muertos se hacían en el cuartel, en la casa, si aceptaban los familiares. Periódicamente, ellos [los comandantes] recibían información de lo que estaba pasando en otras regiones”. Esto se hacía mediante una reunión de comandantes que, mes a mes, se celebraba en la ciudad de Guatemala. Allí “se les informa de todo lo que pasó durante ese mes”, explica el oficial Méndez. El proceso de informar acerca de lo que sucedía se reproducía con rapidez. “En una semana su comando está enterado de todo lo que él (el comandante) escuchó en la capital”, calcula el oficial Méndez. Así, agrega Méndez, al regresar a su Brigada “convocaban a una reunión de todos los oficiales. El comandante les dice: —tal cosa pasó en Huehuetenango, tal cosa pasó en el Petén, las órdenes del Ministro de la Defensa son éstas, las órdenes del Estado Mayor son éstas. Para que todo el mundo esté enterado, cada oficial se lo tiene que transmitir a sus subalternos, especialistas y soldados”. El oficial Méndez indica que “esa es la forma que el Estado Mayor utiliza para difundir todas las noticias, no hay publicaciones”. Este proceso de comunicación era objeto de supervisión: “Después hay visitas que hace el Jefe del Estado Mayor, que puede hacer el Ministro, incluso. Quince días después va, por ejemplo, a Zacapa y le dice a un oficial: —Subteniente, ¿se enteró de esto? —Fíjese que no mi general. —¿No le ha dicho nada su comandante? —No. Entonces, llama al jefe de servicio, que la información no llegó. Ahí hay un error de comunicación. El comandante se preocupa de que la información llegue”.

El oficial Julián Domínguez resume, en dos frentes de guerra, la visión oficial sobre el estado militar del país a 1981: “Uno eminentemente militar, en la Bocacosta, con ORPA; otro, con una enorme base de apoyo: las Fuerzas Irregulares Locales, los Comités de Autodefensa y los Comités Clandestinos Locales, del EGP. Eso hace que, de Guatemala, se tenga la visión de un país en guerra”.

En algunas zonas, la situación se tornó más violenta que en otras. Por ejemplo, el oficial Amílcar Rabanales cuenta cuando llegó a un

destacamento ubicado en la región Ixil: “Yo llegué al destacamento en 1982. La situación estaba totalmente polarizada. Las aldeas estaban vacías, la gente estaba escondida, la gente que pudo bajó a las cabeceras municipales de Chajul, Nebaj y Cotzal. De ahí, eran pueblos fantasmas”. Con la frase, “Se vivía una situación crítica”, el oficial resume la intensidad de la guerra y narra: “Salíamos del destacamento, 10, 12 kilómetros, llegábamos a un pueblo lleno de trampas. No tardaba 10 minutos en haber caminado la patrulla, cuando teníamos el primer contacto por radio: oíamos disparos, pedían apoyo, tenían heridos, querían refuerzos. Revertir todo esto fue una situación complicada. Estos jóvenes [los soldados] se dieron cuenta en carne propia que, o se defendían, o los iban a matar”.

La región Ixil fue la zona donde la guerrilla intentó tomar el destacamento de San Juan Cotzal en enero de 1982. Allí, cuenta el oficial Héctor Andrade, “nos mataron a 26 soldados y 4 oficiales: todos los oficiales del destacamento”. El oficial Guillermo Méndez afirma que fueron 15 soldados y 3 oficiales. El oficial Domínguez apunta que fueron 25 soldados y 3 oficiales. El oficial Méndez recuerda que “no llegaron a tomar el destacamento porque el sargento que quedó vivo logró mantener la posición con los soldados que le quedaron”. El oficial Domínguez recuerda que un “sargento del cuerpo de ingenieros y otro soldado, radio-operador, lograron mantener la posición”. Eso provocó que se realizara un cambio de estrategia. Entonces, señala el oficial Andrade, “entró destacado [el oficial] Núñez. Pero ya con otra táctica. La táctica todavía no la habíamos cambiado, porque el Jefe de Estado Mayor no había podido llegar allá, estaba embebido en Chimaltenango. Nos lograron matar a 26 porque eran destacamentos fijos”. El oficial Domínguez señala que en esta operación, la unidad militar de la guerrilla fue acompañada por “una base de apoyo de más de 500 gentes que era lo que en algún momento le llamaron “la porra”: 500 voces gritando y atemorizando a los soldados del destacamento. Esta fue una estrategia del EGP, de exponer a la población no combatiente”.

Otra de las percepciones sobre la magnitud de la guerra viene dada por un relato del oficial Julián Domínguez. Éste cuenta la experiencia de un oficial que guió un batallón de Cuarto Pueblo, Quiché, a su

Zona Militar. Cuarto Pueblo, uno de los lugares que más bajas ocasionó al Ejército, se abandonó por la presión de la guerrilla, “allí [a lo largo de la guerra] murieron unos 1 500 soldados, más o menos, y unos 12 o 18 oficiales”. Pero un tiempo después, “ordenaron retomar Cuarto Pueblo. Eso fue fuerte”. En este contexto, en Cuarto Pueblo, un batallón fue relevado:⁶ “Después de 3 semanas de caminar hacia su sede, el éxito de ese comandante de batallón fue no haber tenido un encuentro con la guerrilla. Cuando se supone que él, al salir de ahí debió venirse peleando con la guerrilla. Él contaba, como un triunfo, que había logrado evitar el combate durante tres semanas con la guerrilla”.

El terror al adversario es un elemento siempre presente en cualquier enfrentamiento armado. Al describir en términos extremos sus características reales, se logra motivar a las tropas para emplear las mismas tácticas: ¿por qué no matar también como dicen que ellos matan? A la vez, es un elemento que alerta a las tropas de las consecuencias de cualquier intento de cambiar de bando para buscar recompensas, sobrevivir la guerra o terminar con los combates. Nadie se pasará al bando del enemigo si sabe que éste es capaz de cometer los actos más atroces. Antes que desmoralizar a las tropas, la propaganda sobre el empleo del terror por parte de las guerrillas fortalecía la moral de combate de las tropas del ejército y prevenía desertiones. El soldado Mateo Salazar cuenta que a ellos les “hacían ver que esos [los guerrilleros] no perdonaban a nadie. Ciertamente en eso sí tenían razón: los guerrilleros nunca perdonaron a un soldado. Hubo varios oficiales que fueron capturados por la guerrilla. Los destazaban. Cuando nosotros llegábamos, mirábamos los pedazos. Los dejaban colgados en los palos, entre las montañas por donde uno iba a pasar. Quiere decir que no tenían piedad”.

Los sistemas de trampas empleados por el Ejército Guerrillero de los Pobres alrededor de las aldeas propagó la idea que el adversario no eran las columnas guerrilleras sino las aldeas, las poblaciones. Se trató del concepto de autodefensa armada: la comunidad debe estar

⁶ Releva: mudar un centinela o cuerpo de tropa que da una guardia o guarnece un puesto (*DRAE*).

en condiciones de defenderse a sí misma. Así, comenta el oficial César Calderón:

Construyo mis trampas, escopetas, tengo mis propias armas, que conseguí por ahí, mis minas Claymore. La guerrilla local no estaba en capacidad de defender cualquier población del área del distrito guerrillero. Sí de atacar objetivos militares, pero no de defender. Estoy poniendo población con armamento primitivo. Cuando salgamos con nuestros machetes, nuestros azadones, a defender nuestras comunidades, ¿contra qué?, contra Galiles,⁷ contra granadas antipersonales, granadas antitanque. Fue una locura. El concepto de autodefensa mete a la población en la trampa y la coloca en medio.

A las trampas les llamaron “de Vietnam” o “estilo Vietnam” y a este proceso le llamaron “la vietnamización” del área. El EGP describe este proceso como la fortificación de las aldeas. El oficial César Calderón comenta que “El EGP actuó de una manera similar a como operó el Vietcong. Al área norte de Quiché se le llamó Vietnam. Hubo una vietnamización del área en cuanto al estilo o método de lucha: los pelotones distritales, las trampas con púas, los túneles. Hubo un frente Ho Chi Minh. Fue una identidad. Era como estar peleando en Vietnam”.

¿En qué consistían esas trampas? El oficial Guillermo Méndez recuerda que las trampas eran: “hoyos con púas que tenían estiércol”. El oficial Óscar Álvarez recuerda que eran “fosos con trampas, con púas”. Más allá de Chupol, ejemplo reiteradamente mencionado, el oficial Guillermo Méndez comenta que: “El EGP vietnamizó el occidente del país: desde Chimaltenango hasta Playa Grande, estaba lleno de trampas por todos lados”. El oficial Óscar Álvarez advierte que “hubo muchos lugares donde se fabricaron. Toda la parte de Chupol, Chepol, para arriba, Chichicastenango, en el lado de Huehuetenango”. El impacto directo de este tipo de trampas para las unidades militares, lo comenta el oficial Guillermo Méndez:

⁷ Fusil de asalto de fabricación israelita. Durante esta fase de la guerra se convirtió en el arma oficial del Ejército de Guatemala.

Los soldados caían con mucha frecuencia; muchos perdieron sus piernas, sus brazos, con infecciones tremendas. No es lo mismo que alguien se muera a que usted tenga un herido que esté gritando por horas. Eso es más traumático que ver a un muerto. Eso era lo que buscaba el EGP, causarle la mayor cantidad de heridos. Mientras más heridos tuviera el Ejército, menos movilidad tenían las patrullas militares.

Recuerda el oficial Guillermo Méndez que “los hechos de crueldad contra los soldados, sobre el uso de trampas, a los heridos en combate los mataron con un salvajismo terrible, a un oficial, vivo, con un cuchillo, le pusieron EGP en la espalda”. Al interior del Ejército, estas informaciones se propagaban con rapidez: “Esas fotos se transmitieron a todo el Ejército. Se hizo del conocimiento de toda la gente para que vieran el daño que causaba una púa contaminada o infectada, para que tuvieran cuidado”. El efecto que eso provocó fue, continúa el oficial Méndez: “enervar el estado de ánimo durante un combate: —mira vos, aquel es el que pone las trampas; ese fue de los que le marcaron la espalda al oficial aquel que viste. Es como para despertar la agresividad en el combate”. Finalmente, concede el oficial Méndez: “Los momentos críticos de la guerra hicieron perder la conciencia y actuar contra gente que no tenía nada que ver. Habría que estar en esa situación para determinar por qué esa pérdida de conciencia. Hubo muchos casos de salvajismo que generaron una reacción igualmente salvaje”.

5.2. LA GUERRA DE GUERRILLAS PONE A PRUEBA LA MORAL

La guerra se concretaba en aquellos periodos de tiempo cuando soldados y oficiales iban a estar destinados a una posición en la que, se sabía, operaba la guerrilla. El momento de mayor tensión lo constituía el tiempo en que un batallón, generalmente durante tres meses, salía del cuartel de la Brigada y se desplazaba hacia diversas áreas de operaciones contra-guerrilleras. Era entonces cuando la vulnerabilidad de sufrir un ataque era mayor. Esto, precisa el oficial Guillermo Méndez, funcionaba así: “Si un cuartel tenía dos batallones, un ba-

tallón estaba tres meses fuera, mientras el otro estaba en el cuartel. A los tres meses se cambiaba. Si en un cuartel sólo había un batallón, entonces la mitad del batallón estaba fuera y la otra mitad adentro”. El oficial Domínguez lo confirma: “Había unidades que entraban por 90 días al área de operaciones. Esos 90 días eran muy desgastantes”. Regularmente, el destino de un oficial en un cuartel tenía una duración de dos años. Durante ese tiempo, señala el oficial Guillermo Méndez: “les tocaba salir por lo menos unas cinco veces a las áreas de operaciones. Y en cualquiera de esas cinco veces uno podía quedarse”. Así fue como la guerra se vivió. El oficial Fernando Cordón presenta referencias de cómo, entre el cuartel y las áreas de operaciones, cambiaba radicalmente la vida militar:

Estar de guardia en un cuartel no se compara con estar de guardia en un campamento o en una posición de emboscada. Es totalmente diferente. La incertidumbre es mayor. El hecho que yo sea el primer turno, el segundo turno o el tercer turno, eso imprime aspectos de valor dentro de la tropa y es algo que es diario. Yo no me podía nombrar primer turno, que es el más cómodo. Entonces ahí no solo va la abnegación, el sacrificio, el cumplimiento del deber, sino que va el ejemplo. Que te vayan a despertar: —no ahí que lo haga él. No se puede. Si no, se pierde credibilidad, no es consecuente el ejemplo con el discurso. Hay situaciones más delicadas, cuando, por ejemplo, las unidades eran empleadas en la bocacosta y tenían que enfrentar campos minados. El punto más peligroso era el hombre punta. Entonces esa posición se rotaba en toda la patrulla. El oficial iba 20 minutos de hombre punta. A los 20 minutos, relevo. Es una posición de mucho desgaste. El oficial al mando se iba rotando con la tropa, daba el ejemplo.

En las áreas de operaciones contraguerrilleras las unidades tomaban posiciones en destacamentos, puestos avanzados de combate y bases de patrulla. La forma de distribuir a las unidades en las áreas de operaciones funcionaba de la siguiente manera: “La mitad [se quedaba] en el puesto fijo y la otra mitad [estaba] patrullando. Las unidades se dispersaban en los destacamentos”, cuenta el oficial Méndez. Guillermo Méndez continúa apuntando que “el comandante de esa base de

operaciones le dice al subteniente: —¡Se va a tal lugar! Durante tres meses Usted va a realizar patrullaje en ese sector. Se reporta por radio cada seis horas. Nosotros los vamos a reabastecer cada siete días”. En Playa Grande, Quiché, uno de los lugares donde la guerra se libró de manera más intensa, las rotaciones entre operaciones y descanso se hacían de la siguiente manera:

Las unidades salían a cubrir los destacamentos por tres o cuatro meses. Cuando esa unidad regresaba a la zona, lo primero que se hacía era que se le daba diez días de descanso. En Playa Grande, los diez días de descanso eran más frecuentes. Los soldados no podían salir al pueblo, porque era peligroso. Los podían matar en el pueblo. Por el corte de pelo, un soldado es inconfundible. Adentro de la zona, se les daba descanso. Aprovechaban sus días de descanso para ir a su casa, que era cada ocho o nueve meses.

Durante los años 1981 y 1982, cuando la guerra entró a su periodo más álgido, los tiempos de salir a operaciones y hallarse en el cuartel pasaron de 3 a 6 meses. Ello, comenta el oficial Méndez, “afectó bastante la moral” de la tropa, acostumbrada a un ritmo menos intenso en las operaciones.

En tiempos de guerra, el aparato de logística tiene una alta demanda. En el periodo 1981-1982, la logística, unos de los elementos fundamentales para la moral de las tropas, atravesó por un periodo crítico. El oficial Guillermo Méndez cuenta la forma como, la logística fue evolucionando en el Ejército de Guatemala:

Las raciones de campaña comenzaron siendo en bolsas plásticas. Galletas, lo que se les ocurriera. Hasta que llegamos a esas raciones de campaña, en cajitas bien elaboradas, que ocupaban menos espacio. Comenzamos con botas compradas en Calzado Cobán. No aguantaban ni un mes. La Industria Militar compró maquinaria para fabricar botas. El Ejército fue mejorando la calidad de las cosas.

La alimentación, depende, en gran parte, de la logística. El soldado Jorge Roldán recuerda las condiciones de alimentación a la que los soldados eran sometidos. ¿Qué comía un soldado en los cuarteles?

En el desayuno daban tres tortillas, un pan dulce y un francés.⁸ Nos daban unos frijoles muy duros. En el almuerzo daban un poco de arroz, ni una onza. Le daban un hueso, ya uno hasta los huesos andaba masticando del hambre. En la cena, a veces, daban frijoles colados. Pero teníamos que comerlo del hambre, por la necesidad. Tenía pocos minutos para comer: 5. Ellos querían que uno se acostumbrara a sentarse, tragarse la comida y para afuera.

Si era inadecuada la comida en el cuartel, peor parecía ser la que los soldados recibían en campaña. Las condiciones más precarias las vivían las unidades que salían a realizar patrullajes. El oficial Domínguez cuenta que en aquel tiempo los soldados: “comían a las 10:00 y cenaban a las 17:00. Se modificaron las raciones, de manera que eran sólo 2 paquetes de raciones por día”. Guillermo Méndez afirma que “Había que alimentar a los soldados sólo con raciones de campaña, que no son lo suficientemente nutritivas para mantener a alguien por periodos largos [...] Era lo mínimo para mantener a alguien durante, como máximo, ocho días; pero no uno o seis meses”. ¿En qué consistían las raciones? “La ración consistía en dos cajitas, para dos tiempos de comida. Un tamal, frijoles, galletas, polvo para hacer atole, café, polvo para hacer refresco, carne (si era la ración de la segunda comida), unos cigarros y fósforos. Lo más que podía llevar era comida para cinco días: diez cajas”. La idea era que al término de ese lapso de tiempo (diez días) los soldados debían volver a la base de operaciones y recibir otro tipo de alimentación. Sin embargo, “Eso muchas veces no ocurrió. Por tiempo indefinido, las patrullas eran reabastecidas con raciones de campaña. Hubo unidades que estuvieron siete meses viviendo con raciones de campaña”, comenta el oficial Guillermo Méndez.

El soldado Martín Ramírez cuenta que cuando él estaba en el Centro de Entrenamiento de Reemplazos, “los domingos nos sacaban a la sala. Era como que sacara un montón de perros que los tienen días sin comer, y los sacan donde hay comida, ahí se amontonaban todos”. El

⁸ En Guatemala, al pan de consumo diario (que no es dulce) se le conoce como pan francés, diferente de *la baguette* francesa.

oficial Domínguez reconoce que los soldados “se sentían físicamente agotados. Eran afectados por el tipo de alimentación. [Hubo] soldados que tenían miedo de entrar en combate, entonces se iban quedando rezagados”. El oficial Méndez recuerda que: “Cuando se revisó el estado de salud de los soldados, era bastante crítico. Se les exigía actuar en las operaciones militares, pero la alimentación era deficiente. Hubo soldados que fueron a parar al hospital con una desnutrición muy elevada. Costó mucho recuperarlos”. Finalmente, esto tuvo un impacto en la moral. Al hacer un balance de esta situación, Guillermo Méndez dice que: “Eso sí influyó mucho en la moral de la tropa [...] hubo momentos difíciles en cuanto al mantenimiento de la moral de las tropas. A los soldados les afectaba, porque tenían hambre y les exigían caminar, combatir. Entonces decían: —cómo vamos a ir, si apenas aguantamos con la carga que llevamos”.

Otro elemento clave de la moral fue la forma como el Ejército manejó el traslado de los heridos en combate y su tiempo de convalecencia. Uno de los oficiales entrevistados reconoció, como un error, el hecho de que el Hospital Militar no ofreciera a los soldados heridos una residencia para convalecientes. El oficial Julián Domínguez relata que:

Cuando venían los heridos se quedaban bajo custodia del Hospital Militar. No había quien atendiera ese aspecto, que es determinante, y que es parte de la responsabilidad de los oficiales de personal. Muy pocos soldados se reincorporaban a las áreas de combate, la mayoría se iba a sus unidades regulares, [en donde] los heridos, [vivían] su convalecencia [...] Nunca se pensó que esos soldados debieran de ir a centros de convalecencia. Esa fue una cuestión que nosotros descuidamos desde el punto de vista institucional. El soldado se iba convaleciente a la zona militar de donde era su unidad. Las unidades tenían un proceso de relevo.

Al volver a su pelotón y relacionarse con otros soldados, los convalecientes narraban con gran detalle el evento del que salieron heridos. Sin embargo, dice el oficial Domínguez “ya no contaban el hecho tal como ocurrió, sino “tipo Rambo”,⁹ le llamaban “la rambonada”.

⁹ John James Rambo, es el personaje principal de una saga de películas de

Uno escuchaba a un soldado herido, comiendo en el comedor de tropa, contando una historia de Rambo”. Esto tenía un gran impacto en sus compañeros de pelotón, en toda la tropa que no había entrado a las operaciones contra guerrilleras: “Ver a un soldado llegar con el pie amputado, o con una mano amputada, o con una herida en el pecho, o en la cabeza, era traumático para los otros soldados que no habían entrado en combate. El soldado llegaba bastante temeroso, con una desventaja para el ejército y con una ventaja para la insurgencia”. Esto, admite el oficial Domínguez: “Fue un elemento que se descuidó. Había que evacuar a los heridos lo más rápidamente posible. El hospital de la zona 16 se inauguró a principios del gobierno del general Lucas. Se les daba muy buena atención médica, pero nunca se pensó en tener un centro específico de rehabilitación”. Como norma, apunta el oficial Méndez: “La patrulla se detiene hasta que el herido es transportado a un lugar donde va a recibir atención médica. Eso es otra forma de mantener la moral”.

Otro elemento a destacar fue la forma como el ejército evacuaba los cadáveres de los muertos en combate. Como norma, el Ejército evacuaba a sus cadáveres de las áreas donde habían perdido la vida. Con cierto orgullo, el oficial García afirma que “Nosotros nunca enterramos nuestros cadáveres, los cargamos. A nuestros muertos los cargamos y los evacuamos. Por muy difícil que fuera la situación, nunca dejamos un cadáver, nunca. Y eso lo miraba el soldado. Tenía la seguridad que a un muerto no lo íbamos a abandonar”. Eso era un elemento clave en la moral de los soldados: saber que si morían su cuerpo sería entregado a sus familiares. “Desde el momento que fallece, va una delegación a avisarle a la familia. Se le traslada al lugar donde los familiares quieran recibir el cadáver. Hay una ayuda económica. Hasta que los cadáveres son entregados, ahí termina la responsabilidad del Ejército”, recuerda el oficial Méndez. Cuando esta norma se rompió, la reacción de los soldados fue violenta. Como lo cuenta el oficial Guillermo Méndez:

acción que inició en 1982, con *First Blood*. En su adaptación al español, el título de la película fue *Acorralado*.

En Playa Grande, iba un oficial con sus soldados y mataron a 4 soldados. El procedimiento es regresarlos a la zona. El comandante llamó al Jefe del Estado Mayor que le dijo: —no tenemos avión, entiérrelos ahí. Nunca había ocurrido, esa fue la única vez que ocurrió eso. El comandante cumplió la orden. Al interior del Ejército hubo una reacción violenta, no digamos de los familiares. Se armó un clavo. Fue un problema serio. Eso afecta la moral de la gente. Después los soldados dicen: —púchica, me matan, me vienen a enterrar aquí y mi familia qué. Eso afecta la moral. Al día siguiente los exhumaron y los trasladaron.

Sin embargo, el error consistía en que estos cadáveres regresaban a las instalaciones de la Brigada, donde eran vistos por todos los soldados que se encontraban en periodo de re-entrenamiento o descanso. En palabras del oficial Julián Domínguez: “Cuando se traían a los fallecidos de las áreas de combate, los mismos soldados que estaban esperando a salir a combatir tenían que ayudar a bajar los cadáveres de los helicópteros o de los [aviones] Aravá. Ese era un impacto”. Por ello, ya después, en dos áreas, recuerda el oficial Domínguez, en Quiché y Huehuetenango, “se crearon áreas específicas para que no estuvieran en contacto con los soldados que iban a entrar a relevar a esos soldados muertos”.

La mezcla de aquel conjunto de elementos —la ampliación del tiempo durante los periodos de operaciones contra guerrilleras, la alimentación insuficiente y baja en vitaminas, la manera como fue manejado el periodo de convalecencia de los heridos y la forma de evacuar a los muertos— se reflejó en la fatiga de combate. El oficial Julián Domínguez admite que “Sufrimos fatiga de combate. Eso llegó a incidir en el nivel del oficial [...] Esta fatiga de combate se agudizó en los años 1982, 1983”. Aquella condición implicó la ocurrencia de:

casos de oficiales que resultaron heridos accidentalmente. Accidentes, que dejaron de ser accidentes y se llegó a constatar que eran acciones premeditadas. Por ejemplo, herirse un pie. Hubo casos de oficiales que, por ir a ver a la familia, abandonaron su destacamento. Eso es desertión. En el patrullaje, se quedaban hasta la retaguardia. En ese tiempo se fingían muchas enfermedades [... Hubo casos de] resistencia a integrar las

patrullas de reconocimiento, temor de quedarse en algunos poblados. Por ejemplo, en el Triangulo Ixil, hubo soldados que dejaron abandonado su equipo y se iban huyendo.

El oficial Héctor Andrade recuerda casos en que, cuando la unidad a la que pertenecía determinado oficial debía salir a realizar operaciones contra guerrilleras, algunos oficiales: “[...] se iban a hacer un reconocimiento médico al hospital y se quedaban internos allí. Los tenían que relevar. Hay muchos casos, hay muchos”.

El oficial Domínguez cita ejemplos: “En Joyabaj, llegó el pagador y el oficial se fue en el helicóptero para la zona militar de Quiché. Él dejó el destacamento abandonado. [En otros casos], ante ese periodo prolongado que el oficial estaba fuera, la familia llegaba al destacamento militar. Eso generó muertes de familiares de oficiales”.

El oficial Víctor González cita el caso cuando “Yo llegué a una revisión a una unidad [directamente involucrada en la guerra en donde] tres comandantes de un [mismo] pelotón habían muerto. El otro oficial que llegó se acababa de graduar. No quiso aceptar. Me dice el coronel: —Fíjese que el nuevo comandante no quiere recibir el pelotón”. Al final, ese oficial de reciente graduación que no quiso aceptar ser el comandante de pelotón de la unidad en cuestión “se fue de instructor al [Instituto Adolfo V.] Hall de Zacapa”.¹⁰

Esta descomposición de la moral se expresó en tensiones entre el comandante de pelotón y los soldados. En algunos casos, esto llegó al extremo de que la tropa tomaba venganza del subteniente aprovechando las condiciones de la guerra. El oficial Héctor Andrade lo señala así: “¿Qué confianza va a tener usted en soldados inconformes que van murmurando? Le pueden meter un tiro. Ya sucedió. Le metieron un tiro a un oficial. Esa vez se estableció que era un malestar que el oficial no

¹⁰ Se trata del nombre de varios institutos de educación media que el Ejército de Guatemala creó en 1955. Son centros de orientación vocacional, que preparan a los alumnos, que luego ingresan a la Escuela Politécnica, el lugar donde se forman los oficiales. También, al egresar de dicho centro, con el diploma de educación media, se obtiene el grado de oficial de reservas. Su régimen de externado es una característica que hace que estos institutos no puedan ser calificados como instituciones totales.

había reportado y que él no había remediado”. Otro de los casos en este mismo sentido lo presenta el oficial Andrade: “Yo vi que un sargento le dijo a un oficial: —Si usted no nos da el ejemplo, me lo quiebro y me quedo yo comandando el pelotón. En el Ejército le hubiéramos dado la razón y lo hubiéramos protegido. Si el oficial se amilana¹¹ y se cohíbe, pierde la moral, el espíritu de cuerpo [...]”. El soldado Mateo Salazar recuerda el caso del oficial Ortega Rangel. Cuenta que: “Él estuvo de sargento primero de una compañía en el puerto de San José. Un soldado le descargó una tolva¹² encima. Éste [Ortega Rangel] se portaba muy mal con él, era muy malo con los soldados”.

¿Cómo afectó, en pleno desarrollo de la guerra, la fatiga de combate al ejército? “Eso incidía en la conducción de las operaciones. Eso generó que la actividad de combate se sobrecargaba en otros oficiales”, señala el oficial Domínguez. Como cuando se está en una enredadera y en lugar de salir, al forcejear lo que se provoca es que las trenzas se retuerzan con más fuerza, en aquel momento de la guerra las tendencias anteriormente apuntadas provocaron mayores complicaciones para las fuerzas armadas.

En 1981, el Ejército entendió que debía crecer rápidamente, a un ritmo mayor de como hasta entonces lo había hecho, por medio del reclutamiento y la preparación de reemplazos, proceso que repasamos en el capítulo 3. Una situación de crisis militar debía resolverse con urgencia. Para ello se tomó en cuenta a la reserva movilizable, esto es, todos aquellos que habían prestado servicio militar.¹³ Se trataba de un personal excepcional, plenamente formado después de pasar 30 meses de servicio militar. Aquella era: “la única forma de hacer crecer los efectivos del Ejército”, afirma el oficial Guillermo Méndez. El oficial Domínguez comenta algunos rasgos de aquella condición de crisis que por

¹¹ Amilanar: intimidar o amedrentar. Desalentar. Abatirse o desalentarse (*DRAE*).

¹² Tolva: cargador, dispositivo donde se almacenan las balas de un arma de fuego. La tolva, a través de un mecanismo, hace que las balas lleguen al disparador.

¹³ La Ley Constitutiva del Ejército define la Reserva Movilizable así: “A los ciudadanos de treinta (30) a cincuenta y cinco (55) años que hubieren prestado servicio militar obligatorio en la Fuerza Permanente o terminado su entrenamiento en las unidades de Reservas Militares” (Artículo 93).

entonces se vivió: “Ya no hubo soldados voluntarios, ni semi-voluntarios que quisieran prestar servicio militar. Los que eran agarrados a la fuerza se desertaban de las áreas de entrenamiento, estaban muy poco tiempo. Ese momento respondió al espíritu de sobrevivencia. Eso fue lo que llevó a esa movilización”. El oficial José Víctor Aguilar relata una historia de cuando a él le encomendaron la tarea de organizar una compañía en su propia área de operaciones. Así, cuenta: “Yo tuve una experiencia en Quiché. Allí los efectivos no eran suficientes y se tomó una decisión importante: recibo las instrucciones de organizar una compañía con los mismos pobladores, de diferentes aldeas. Eran muchachos de 18, 19 años. Ellos fueron reclutados y entrenados ahí mismo.”

Así, el oficial Méndez señala que, en 1981, el Ministro de la Defensa presentó al Presidente una propuesta para “aumentar los efectivos del Ejército”. El Presidente Fernando R. Lucas dijo: “—vamos a aumentar los efectivos del Ejército. Pero lo que hizo fue autorizar una compañía de ingenieros”, opina el oficial Méndez, por qué “él estaba más preocupado en que los ingenieros trabajaran en las carreteras de las áreas rurales e hicieran obras. No le daba mucho crédito a la cuestión de la guerra. No le daba crédito a lo que se le estaba diciendo”.

Pero esa disposición iba a cambiar con el golpe de Estado de marzo de 1982. Entonces, el Ejército volvió a hacer el mismo planteamiento. En respuesta, el Jefe de Estado, Efraín Ríos Montt autorizó el incremento de las fuerzas militares en 33%. Aquello se concretó, expresa el oficial Méndez, “convocando a todos los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio para que se reintegraran por un año al Ejército, devengando un salario un poco más alto del que habían devengado. Ese fue el atractivo que a ellos se les ofreció”. ¿Qué respuesta tuvo esta convocatoria? “La respuesta fue inmediata y rápidamente, el Ejército aumentó su presencia en el territorio”, termina diciendo el oficial Méndez.¹⁴

Las unidades de movilizadas se conformaron con soldados que ingresaron en la misma fecha, “no se conocían, venían de toda la re-

¹⁴ Un análisis en torno al golpe de Estado de marzo de 1982 puede verse en Vela Castañeda, 2008.

pública. Eran unidades nuevas las que se formaron. Ellos escogían a qué Zona Militar querían ir, porque querían estar cerca de su familia”. Señala el oficial Méndez. Decidir la zona en la que ellos querían estar formó parte de los incentivos que a estas unidades les fueron concedidos. Estas unidades se crearon “Con el propósito de empuñar unidades militares, mejor preparadas, en el área de la costa y a los movilizados, enviarlos hacia el área del Quiché”, señala el oficial Domínguez. Como es lógico suponer, al mando de estas unidades, como comandantes de pelotón, no iban jóvenes subtenientes recién egresados de la Escuela Politécnica, sino experimentados Sargentos Mayores. Ello coincidió con un momento en que: “ya no hubo subtenientes para comandar pelotones”, comenta el oficial Julián Domínguez. El oficial Mario García afirma que: “Nosotros teníamos mucha vacante en el grado de subteniente, [Sargentos Mayores] fueron aquellos sargentos de pelotón, o Brigadas de compañía, que alcanzaron cierto nivel en su entrenamiento y en su concepción de ver la causa del Estado [...] Fueron a un entrenamiento de 6 meses. Ellos recibían un curso para ser comandantes de pelotón”. Dentro de sus condiciones, el oficial Mario García señala que “ellos compartían la cuadra, dormían con su pelotón, pero comían en el comedor de oficiales. Iban al club de oficiales. Gozaban de francos similares a los oficiales. Tenían una prima de Q300 o Q500”.

Este sistema de reclutamiento paulatinamente se iba a transformar en un serio problema para el Ejército. Las razones, las explica el oficial Domínguez: “no gozaban de los beneficios de un seguro, como un soldado regular; las condiciones de logística eran críticas, porque no tenían capacidad de acantonamiento; eran abastecidos en la ruta y eso generaba problemas, sobre todo en invierno; no tenían unidad de relevo, prácticamente entraban un año completo [en operaciones contra guerrilleras]”. Todo ello hizo que las unidades de movilizados fueran especialmente propensas a la insubordinación, al “cuestionamiento del liderazgo de los oficiales y de los sargentos que los conducían”. Estas razones fueron las que obligaron a que se terminara con la movilización. El oficial Domínguez afirma que en estas unidades “la insubordinación se dio mucho”. Y ¿cómo terminaron estas unidades?: “Algunos grupos de gente del Quiché, que fueron movilizados,

al momento de desmovilizarlos, pasaron a formar parte de las Patrullas de Autodefensa Civil”, explica el oficial Domínguez.

5.3. IXIMCHÉ: EL INICIO DEL GENOCIDIO

El silencio de la madrugada del 12 de noviembre de 1981 fue cortado por el largo silbido de un convoy de camiones militares. Enfilaron por la carretera interamericana. Ninguno de los soldados y oficiales —excepto el mando— estaban enterados que aquellos pelotones iniciarían la mayor matanza en la historia contemporánea de América Latina.¹⁵

Una semana antes, el 4 o 5 de noviembre, en el anfiteatro de la Fuerza Aérea, había tenido lugar una reunión en la que se tomó la decisión de llevar adelante un nuevo esquema en la lucha contraguerrillera.¹⁶ Las fuerzas de tarea sustituirían el diseño operacional centrado en las Brigadas Militares.¹⁷

¹⁵ La fecha exacta proviene de la siguiente referencia: “El 12 de noviembre el Ejército sacó a todas sus unidades y las trajo para Chimaltenango porque la guerrilla estaba a punto de declarar liberado el Altiplano. Sólo quedó el destacamento de Playa Grande y la única autoridad era la guerrilla”. T.C. 213, Testigo alto mando del Ejército (CEH-II: 281). El oficial Óscar Álvarez lo recuerda de esta manera: “A principios de noviembre se tomó la decisión de empezar la campaña. La movilización empieza como el 16, 17 de noviembre”.

¹⁶ Un testigo, oficial del Ejército de Guatemala, afirmó a la CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico): “Se reunían muchos generales y coroneles en el Agrupamiento Táctico de Seguridad para planificar en secreto. Una mañana nos dieron la orden de hacernos cargo de nuestras unidades y trasladarnos de inmediato a Chimaltenango y nos prohibieron que les avisáramos a nuestras familias. En Chimaltenango nos comunicaron cuál era la operación que íbamos a hacer, y la Fuerza de Tarea Iximché era la concentración de tropa más grande que se hizo en Guatemala hasta ese momento, 2800 hombres de todas las armas, con equipo de combate”. (CEH-II: 49).

¹⁷ El oficial Guillermo Méndez da una definición de fuerza de tarea: “Una fuerza de tarea la organiza el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Son unidades de diferentes cuarteles, las juntan y se forma una fuerza de tarea. Le nombran un coronel comandante y su estado mayor, hasta llegar a los operativos: los capitanes, comandantes de compañía, sus pelotones”. Otro de los oficiales entrevistados, Héctor Andrade apunta: “Una fuerza de tarea es una cantidad de hombres necesarios

Previamente, el Ejército había replegado numerosos batallones a sus cuarteles ubicados en la ciudad de Guatemala. Esto, relata el oficial Óscar Álvarez “el EGP lo considera una señal de que el Ejército ya no puede sostenerse en el campo. Que, para defender, el repliegue se hace hasta los centros urbanos. Hubo una algarabía terrible”. Pronto, el triunfalismo iba a terminar en una gran matanza. Para concentrar sus fuerzas, el ejército se replegó. Luego iba a desplegarlas a gran velocidad.

Tras haber escuchado de boca del jefe de la segunda sección la situación militar del país, y del jefe de la tercera sección, las opciones operacionales, se procedió a nombrar al coronel Luis Arturo Getellá Solórzano como jefe de la Fuerza de Tarea Iximché (FT-Iximché).¹⁸ Los pormenores de aquella importante reunión, en la memoria de uno de los que allí estuvo presente, el oficial Héctor Andrade:

Ahí pasó a exponer el oficial de inteligencia: cómo está la situación. Y el oficial de operaciones. El oficial de abastos casi no tiene más que cumplir ciertos lineamientos. El oficial de asuntos civiles [tiene que] cumplir ciertos lineamientos. Los que más tienen que ver ahí son inteligencia y, de acuerdo a la inteligencia, así se desarrollan las operaciones. Pero ya empleando la táctica contraguerrillera. Hay que volverse uno guerrilla en el terreno. Volverse guerrilla para contrarrestar la iniciativa de la guerrilla.

¿Cuáles eran las informaciones de inteligencia que en 1981 se llevaron a la mesa de planificación militar? ¿Por qué el general Benedicto Lucas, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional decidió dar ese viraje en la lucha anti-guerrillera en aquel momento? El oficial Julián

para desempeñar una misión táctica, con todos los medios a su alcance. Ellos tienen un comandante, un estado mayor: S-1, personal; S-2, inteligencia; S-3, operaciones; S-4, abastecimiento; y, S-5, asuntos civiles”.

¹⁸ El relato del oficial Héctor Andrade indica que: “ahí se nombró el mando de la Fuerza de Tarea. Ya estaban allí presentes. Ahí se designaron para que empezaran a trabajar”. Getellá Solórzano es egresado de la academia militar de West Point (Nueva York, Estados Unidos) en 1963, Getellá estudió en la Escuela de Infantería del Ejército de Estados Unidos (1974), donde también realizó el curso de Comando y Estado Mayor (1978) (Osorio, 2000).

Domínguez comparte algunas de las preocupaciones centrales de los planificadores militares:

El general Benedicto Lucas decide instalar la Fuerza de Tarea Iximché para asegurar Chimaltenango ¿Por qué fue importante la fuerza de tarea Iximché en la Escuela Pedro Molina?¹⁹ Porque las operaciones de la guerrilla ya llegaban a San Lucas Sacatepéquez, cuando queman Katok.²⁰ Prácticamente habían tomado control de la ruta, desde San Lucas Sacatepéquez hasta Los Encuentros. Era determinante tomar Chimaltenango y moverse hacia el sur, hacia el norte.

El oficial Héctor Andrade dijo también que la reunión se había llevado a cabo en las instalaciones de la Fuerza Aérea debido a que con ello se pretendía: “presionar a la Fuerza Aérea. El apoyo aerotáctico es muy importante en las operaciones de contraguerrilla. Los pilotos eran un problema. Ellos (los pilotos), por intereses particulares, siempre habían sido esquivos. Tenían oportunidades de hacer dinero, volando helicópteros de la iniciativa privada”.

El 9 de noviembre, con la ayuda del subjefe de la FT-Iximché y de los cinco oficiales que integraban su Estado Mayor, Getellá presentó al jefe del EMGE el conjunto de planes que ejecutarían las tropas bajo su mando.²¹ También, se dispuso cuántos batallones se mandarían y la manera como serían relevados a lo largo de las operaciones que se planificaban.

El jefe de Estado Mayor General del Ejército, general Manuel Benedicto Lucas García, presidió aquella importante reunión. El 15 de

¹⁹ El puesto de mando de la Fuerza de Tarea se instaló en esa Escuela.

²⁰ Restaurante ubicado en el municipio de Tecpán, Chimaltenango, en el kilómetro 86 de la ruta interamericana, que de la ciudad de Guatemala conduce a la frontera con México.

²¹ El parámetro de tiempo se establece en base a este fragmento del relato del oficial Andrade: “Ahí se nombró el mando de la fuerza de tarea. Ya estaban presentes. Ahí se designaron para que comenzaran a trabajar. El jefe de Estado Mayor les dio cierto tiempo, 3 días para que prepararan todo y le informaran. Una fuerza de tarea se organiza rápidamente, en ocho días. Teniendo los elementos de información. La información se agarra, se procesa, se evalúa, se distribuye y se ordena. La información dice: ‘fuerzas enemigas ocupando estas, estas, estas posiciones [...]’ Lo que se necesita es decisión, firmeza, determinación”.

agosto de 1981 había tomado posesión del máximo cargo dentro de la institución militar. El general Benedicto se hizo acompañar por los directores de las cinco secciones del EMG. El jefe de la Primera Sección (personal); el jefe de la Segunda Sección (inteligencia), coronel Manuel Antonio Callejas y Callejas; el jefe de la Tercera Sección (operaciones), coronel Francisco Castellanos Góngora; el jefe de la Cuarta Sección (logística); el jefe de la Quinta Sección (asuntos civiles y operaciones psicológicas). Estuvieron presentes los cuatro generales que comandaban las unidades militares concentradas en la ciudad de Guatemala: el general de brigada Óscar Humberto Mejía Víctores, jefe del Cuartel General; el general de brigada Egberto Horacio Maldonado Shaad, jefe de la Brigada Militar Guardia de Honor; el general de brigada Óscar Rodolfo Cuyún Medina, jefe de la Brigada Militar Mariscal Zavala; y el general de brigada Carlos Augusto Morales Villatoro, jefe de la Fuerza Aérea Guatemalteca (FAG). Los comandantes de las siete brigadas militares también estuvieron presentes: el coronel Arturo Guillermo de la Cruz Glepcke, comandante de la Brigada Militar Luis García León (BM-LGL), Petén; el coronel Julio Enrique Sánchez Samayoa, comandante de la Brigada Militar capitán general Rafael Carrera (BM-CGRC), Zacapa; el coronel Miguel Ángel Escribá Pimentel, comandante de la Brigada Militar general Manuel Maximiliano Aguilar Santa María (BM-GMMASM), Jutiapa; el Coronel Rodolfo Lobos Zamora, comandante de la Brigada Militar mariscal Gregorio Solares (BM-MGS), Huehuetenango; el coronel Francisco Luis Gordillo Martínez, comandante de la Brigada Militar general Manuel Lisandro Barillas (BM-GMLB), Quetzaltenango; el coronel César Ramón Quinteros Alvarado, jefe de la base militar de Tropas Paracaidistas general Felipe Cruz (BMTP-GFC); y, el comandante de la Brigada Militar coronel Antonio José de Irisarri (BM-CADJI), Cobán. Ni el Ministro de la Defensa, general Luis René Mendoza Palomo, ni el presidente general Fernando Romeo Lucas García, estuvieron presentes.²²

²² El oficial Andrade comentó: “Ni el Presidente, ni el Ministro de la Defensa, tuvieron nada que ver ahí. El jefe del Estado Mayor General dictó sus lineamientos. Él fue quien puso las operaciones a marchar”. Los datos acerca de la relación entre fechas, cargos y nombres provienen de Osorio (2000).

El despliegue de la Fuerza de Tarea Iximché implicó un cambio profundo en la estrategia de lucha contraguerrillera. Hasta aquel entonces, la institución militar se debatía en un cierto burocratismo que tornaba ineficaces las operaciones militares. Éstas se desarrollaban con un precario apoyo logístico. También, conforme lo ratifican varios de los oficiales entrevistados, el apoyo aéreo, pieza fundamental en este tipo de operaciones, era escaso e ineficiente. Así lo comenta el oficial Guillermo Méndez, ejemplificando, con un caso concreto, al final de esta cita, el tipo de cambio que la Fuerza de Tarea implicó:

Él (el jefe del Estado Mayor General de la Defensa) quería hacer más eficientes las operaciones militares, para sacar del letargo a los comandos que tenían bajo su responsabilidad jurisdicciones. Crear áreas territoriales, separadas de las jurisdicciones normales, que iban a ser atendidas por el Estado Mayor. El Estado Mayor mandaba: nombraba un comandante, integraba las fuerzas de tarea con unidades de toda la república, incluso las que no tenían en su jurisdicción problemas de insurgencia. Para que las unidades no estuvieran limitadas, la parte logística la atendía el Estado Mayor. Por ejemplo, para el apoyo aéreo, si eso hubiera estado bajo la responsabilidad de un comandante de una Zona Militar, el comandante de esa área de operaciones le solicita a su comandante de operaciones un helicóptero. Él lo solicita al Estado Mayor. El Estado Mayor [...] Era una cosa muy larga. Con una unidad de este tipo [Fuerza de Tarea] la solicitud va directamente al Estado Mayor. En cuestión de minutos está el apoyo requerido.

Además de los cambios en la asistencia logística y en el liderazgo, el despliegue de las Fuerzas de Tarea implicó una transformación de un ejército acuartelado a un ejército que transformó áreas del territorio en zonas de combate contraguerrillero. Así lo explica el oficial Héctor Andrade:

El jefe del Estado Mayor General del Ejército cambió totalmente la táctica estacionaria. La iniciativa la llevaba la guerrilla. Había que crear unidades bien apoyadas, bien abastecidas en el campo, para que caminaran. De manera que no le dieran un blanco a la guerrilla. En lugar

que la guerrilla nos encontrara, nosotros buscar a la guerrilla. Se hicieron cambios tácticos para darle continuidad a las operaciones, para no entorpecerlas, no pararlas, e inyectar, el líder, ir adelante. Darles todo el apoyo necesario: aquí está la comida, aquí está todo. Las raciones frías se las tirábamos en paracaídas, a tiempo. Cuando tenían necesidad de comida caliente, se les daba comida caliente. Ahí estuvo el líder de todo el ejército, que era el jefe del Estado Mayor de la Defensa. Los líderes no sólo tienen que ser de escritorio, los líderes tienen que dar el ejemplo y demostrar por qué están en el puesto. Porque si van a sentarse, a decir: —vayan [...], organicen [...] Los comandantes se duermen.

En aquel cambio de estrategia, el Ejército tuvo que emplear a una gran parte de sus efectivos militares. La estrategia era sacar a los batallones de los cuarteles y saturar territorios mediante un despliegue relámpago que, con un apoyo logístico y aéreo, asegurara una presencia masiva, intensa y permanente en bastas zonas del país. Así lo explica el oficial César Calderón:

Desde el año 81, la visión del mando fue que era una pérdida de esfuerzo estar en los pueblos, anclados, acuartelados. Entonces es cuando empiezan a moverse las unidades a la montaña, al terreno. Prácticamente no quedó gente en los cuarteles. En los cuarteles estaban los músicos, las cocineras, todos los administrativos eran los que hacían servicio. La banda de música militar era la que hacía cuestiones de vigilancia. Las unidades estaban en el terreno. Eso se consolida cuando se organizan las patrullas de autodefensa civil, entre finales del 81 y mediados del 82. Ahí ya todos, todos abandonan los cuarteles, nos vamos a la montaña. Eso es algo que no aguanta la insurgencia.

El despliegue de la Fuerza de Tarea Iximché fue evaluado en estos términos por el oficial Óscar Álvarez. Él, que en 1981 fue parte de aquel destacamento, tuvo bajo su mando tropas de operaciones: “La Fuerza de Tarea Iximché movilizó a unos 2 mil efectivos, con un plan súper secreto, hecho por los mismos oficiales. Ahí no entraron especialistas. Por eso no se filtró ninguna información”. La velocidad con que las tropas se desplazaron fue notable, continúa el relato del oficial

Álvarez: “En un día, en un solo despliegue, tal movimiento nocturno de toda la Fuerza de Tarea, a ocupar Chimaltenango, parte de Sacatepéquez, parte de Sololá y parte de Chichicastenango. Y de ahí para arriba: hasta el Motagua. Al día siguiente apareció el Ejército por todos lados. Apoyo aéreo, artillería y un movimiento logístico tremendo”. El oficial confirma que el general Benedicto Lucas García, jefe del Estado Mayor General del Ejército, estuvo dirigiendo las operaciones. El impacto de este despliegue para las tropas insurgentes es analizado de esta manera por el oficial Álvarez: “El Frente Augusto César Sandino perdió tres escuadras grandes en este despliegue. Los tomaron por sorpresa, ubicados y todo. Esto hizo que la fuerza militar del EGP, para protegerse, se replegara. Entonces ¿qué pasó?: toda la organización popular se quedó sin estructura militar. Se quedó a merced”.

Además de destrabar a las fuerzas armadas del burocratismo que significaba el dispositivo de defensa centrado en las Brigadas Militares, y de hacer más ágiles las decisiones, el apoyo aéreo y la logística, la decisión de emplear Fuerzas de Tarea coadyuvó al secreto y la confidencialidad que requería el tipo de operaciones que se realizarían. Así, se cortaba la relación entre los eventos de masacre y los batallones, las compañías y los pelotones de las Brigadas Militares. La fuerza de tarea haría imposible establecer quién tuvo a su cargo, qué operaciones, durante periodos de tiempo en que se dieron hechos violentos contra comunidades.

Los oficiales Álvarez y Méndez recuerdan la secuencia, mediante la cual, a lo largo de un periodo de tiempo, luego de Chimaltenango, las fuerzas militares del Ejército se fueron desplegando a distintas áreas, así:

Álvarez: El EGP era el más fuerte en aquel momento, entonces, prioridad número uno en el combate [...] Entonces se dice: —muy bien, ahora vamos de regreso. Como tenemos aquí [en Chimaltenango] al [Frente] Augusto César Sandino [prioridad], número uno: desarmarlo. Número dos: el [Frente] Ho Chi Minh. Número tres: el [Frente] comandante Ernesto Guevara. La Fuerza de Tarea Iximché le entró al [Frente] Augusto César Sandino. Cuando consolidó el área de Chupol, se armó la Fuerza de Tarea Gumarcaaj. Ésa le entró al Frente Ho Chi Minh. De allí, hacia el norte. Cuando se consolidó Quiché, se llegó a Ixcán, a

retomar el control, con la Fuerza de Tarea Tigre. Estamos hablando de noviembre del año 81, hasta finalizar el año 1982, principios de 1983. Con el golpe de Estado de 1982 se hizo una reevaluación completa y se abrió el Teatro de Operaciones Sur Occidental. El TOSO le entró a ORPA.

Méndez: Cuando se consideró que Chimaltenango se había limpiado de presencia guerrillera, entonces se trasladó esa fuerza operacional al sur de Quiché; después, al centro de Quiché; y de ahí, a Playa Grande. Poco a poco se fueron replegando los grupos guerrilleros hasta las montañas de Huehuetenango y las selvas de Playa Grande. Eso fue porque el ejército ya había aumentado su capacidad de presencia. Las patrullas civiles se habían extendido en un área muy importante del occidente. Ese fue un análisis que se hizo en el Estado Mayor. Inteligencia Militar mantenía una información completa de qué estaba pasando en toda la república.

Aquella campaña coronó la victoria militar del Ejército sobre las fuerzas insurgentes. En la navidad de 1981, el jefe del Estado Mayor General del Ejército y el Presidente, recuerda el oficial Héctor Andrade: “almorzar en Comalapa, Chimaltenango, con las tropas de la Fuerza de Tarea Iximché”. Esto se realizó “Para que los soldados se dieran cuenta que no sólo ellos eran los que estaban ahí, sino que estaba el jefe del Estado Mayor y el presidente”, recuerda el oficial Andrade. Cuando la Fuerza de Tarea llegó a Chichicastenango, Quiché, después de varios años que no se realizaba la feria del pueblo, en honor a Santo Tomás, en diciembre de 1981, ésta volvió a llevarse a cabo, el oficial Julián Domínguez relata que: “El ejército entró a hablar con los cofrades. Ellos decidieron, primero, autorizar la presencia del ejército, y, después, dónde instalar al ejército. Eso vuelve a reabrir la llegada de turismo”. El punto culminante de aquella campaña fue la toma de un importante campamento del Ejército Guerrillero de los Pobres. Así lo apunta el oficial Héctor Andrade, “El éxito más grande fue la toma del campamento madre que salía en las revistas. Al alto mando le tenía loco dónde era: era en el Gran Cañón de Chajul. Hasta al fin le cayeron”. Eso ya fue un poco antes del golpe de Estado [de marzo de 1982]. Aquel fue “el momento de la definición, sin ninguna duda. Fue el momento en el que se retomó la iniciativa”, sentencia el oficial

Óscar Álvarez. El oficial Amílcar Rabanales, a propósito del sentido del tiempo de la guerra en Guatemala, indica que: “Contrario a lo que mucha gente dice, que el periodo de las peores masacres fue en el 82, con Ríos Montt, lo que yo encontré es que todavía venía el impulso de lo anterior [...] todavía se da en el 82, el impulso de lo que venía en los años anteriores: 1979, 1980 y 1981, cuando hubo más discrecionalidad, porque no habían líneas”. “El impulso de lo anterior” se refiere al despliegue de la Fuerza de Tarea Iximché, bajo el liderazgo del general Benedicto Lucas García como jefe del Estado Mayor.

Con el fin de aquella reunión, celebrada en el anfiteatro de la Fuerza Aérea el 4 o 5 de noviembre, se selló la suerte de miles de indígenas del altiplano guatemalteco. La crueldad extrema que sobre ellos se desató convirtió el momento de rebelión que se vivía en una época de grandes sufrimientos. Pero ¿Quiénes eran los soldados que la madrugada del 12 de noviembre de 1981, fueron transportados en esos camiones?

CONCLUSIONES

La composición del Ejército de 1981 era el reflejo de la sociedad guatemalteca. Engarzaba a las clases bajas del campo, jóvenes indígenas, en su mayoría analfabetos, con los ladinos de clase media, y algunos elementos de las clases altas que conformaban la oficialidad. En términos de la estratificación social del país, no era, por tanto, una institución excepcional apartada de la sociedad guatemalteca. A nivel de pelotón, no se había seleccionado a un tipo especial de guatemaltecos, los ladinos, para atacar a los indígenas, ni había integración con base en patrones étnicos, conformados para atacar a otra etnia en particular, explotando ancestrales rencillas.

La caída de la dictadura de Somoza, en julio de 1979, transformó la guerra en Guatemala. Si hasta antes de aquel suceso, las guerrillas se habían preparado lentamente para combatir, después de julio de aquel año, debieron apresurarse para generalizar —prematuramente— la guerra de guerrillas. El Ejército percibió 1979 como un momento clave para prepararse para la batalla que iba a librar. Antes de

aquel evento, que tuvo lugar a 300 kilómetros de la frontera oriental de Guatemala, el asesinato de José Luis Arenas en el área Ixil de Quiché, en junio de 1975, a casi 700 kilómetros de la ciudad de Guatemala, fue el aviso de que algo debía cambiar. Sin embargo, a pesar de las confirmaciones de la seriedad de la situación que se generaron en 1976 en torno a la presencia y magnitud de las fuerzas rebeldes en aquella área, la institución militar no reaccionó. Hasta 1979 la guerra no fue lo que iba a ser tras la caída de Managua.

Una aclaración es necesaria. La tesis que aquí se expone no plantea que los orígenes o el sentido de la legitimidad de la guerra en Guatemala se hallan en la revolución sandinista. La revolución sandinista no causó la guerra en Guatemala, pero incidió en ella, como un factor internacional que cambió radicalmente la percepción que de la guerra se tenía en Guatemala.

Además, para los guerrilleros tanto como para las tropas gubernamentales, la guerra de guerrillas es siempre un tipo de guerra muy peligrosa de librar. Desde sus orígenes, sus fundamentos tácticos comprometen a los grupos sociales locales alrededor de las cuales se desarrolla. Es una guerra sin frentes, sin grandes batallas y sin uniformes. Esta guerra fue la que transformó radicalmente al Ejército guatemalteco. En tal sentido, la guerra de 1981, a diferencia de la de 1966, presenció una movilización social a gran escala que abarcaría amplias áreas del territorio nacional, aspectos que no tienen contrapartida en los sucesos de 1966. Además, el sujeto de la contienda había cambiado en 1981; eran ahora las comunidades indígenas y campesinas del altiplano central y noroccidental las que estaban involucradas. Para que el Ejército que libró la guerra de 1966 fuera capaz de librarla en 1981, fue necesario un proceso de adaptación.

Cinco elementos de información fueron citados por varios de los entrevistados militares. Éstos constituyen las bases argumentativas de la sensación de crisis que se apoderó de la institución militar en aquel momento de la historia:

- a) La posibilidad que la guerrilla declarara "territorio liberado" una porción del territorio nacional;
- b) el control, por parte de los rebeldes, de la ruta interamericana que conecta la ciudad de Guatemala con la frontera con México;

- c) la quema del restaurante Katok, ubicado en el kilómetro 87 de la ruta interamericana;
- d) las operaciones de la guerrilla en la zona de San Lucas Sacatepéquez, a 30 kilómetros de la ciudad de Guatemala; y,
- e) la preparación de una insurrección en la ciudad de Guatemala.

No interesa aquí entablar una discusión sobre la verdadera decisión de los insurgentes en torno a la definición de un “territorio liberado”, el grado real de control de éstos sobre la ruta interamericana, la intensidad de las operaciones guerrilleras en los alrededores de la ciudad de Guatemala o las intenciones de los rebeldes por llevar la guerra a la ciudad de Guatemala. La respuesta a estas interrogantes deben ser respondidas en otro estudio que incluya la lógica y las estrategias de ambos contendientes. Lo que aquí señalo es que las entrevistas con los oficiales militares permiten entender el clima de informaciones internas que en 1981 construyó una sensación de crisis en el Ejército de Guatemala.

Las exigencias en la rotación de las unidades entre los periodos de descanso y los destinados a las operaciones contraguerrilleras, las condiciones de vida en las zonas de operaciones, el cansancio extremo, los problemas de logística, las bajas sufridas, el estrés, las condiciones de desnutrición, la manera como los heridos en combate eran atendidos durante el tiempo de convalecencia, la manera como se evacuaba a los muertos en combate, el empleo del terror revolucionario como medio de propaganda fueron aspectos que probaron la moral de las tropas. Ésta fue una de esas guerras en las que el enemigo no es nadie porque puede serlo cualquiera, y no está en ninguna parte, porque está en todas.

La descomposición de la moral se reflejó de diversas maneras: en la desertión, las excusas por parte de oficiales y soldados para evitar ser trasladados a zonas de operaciones contraguerrilleras, las heridas autoinflingidas para evitar el combate, los casos de insubordinación, y las dificultades de los comandantes de pelotón para ejercer su liderazgo sobre las tropas. El recurso extremo lo llegó a constituir el asesinato del comandante de pelotón en manos de sus propios subordinados. El número y la intensidad de estos hechos será algo casi imposible de

determinar. Quede aquí únicamente anotado que varios entrevistados confirmaron la ocurrencia de varios casos.

¿Cómo entender de qué forma se pasa de oficiales que, para los soldados, lo “representa[n] todo: papá, mamá”, a aquellos asesinando por sus soldados aprovechando la oportunidad de un combate? Es evidente que cuando la relación paternalista entre el oficial y los soldados no funcionaba, iban imponiéndose diversas formas de castigo. Tales castigos podían llegar a los extremos que hemos visto a lo largo de los capítulos precedentes. Esto, sumado a los elementos anteriormente expuestos (la disminución de los periodos de descanso, las condiciones de vida en las zonas de operaciones, la desnutrición, el cansancio extremo, los problemas de logística, las bajas sufridas, entre otros aspectos) creaban incentivos de venganza sobre sus comandantes inmediatos.

¿Cuál fue el Ejército que enfrentó qué tipo de guerra? ¿Cómo percibió la guerra de guerrillas el Ejército de Guatemala? Estas dos interrogantes son centrales en esta parte del estudio. En torno a ellas, espero haber ofrecido respuestas.

La guerra en sí misma fue un factor que contribuyó a la receptividad del adoctrinamiento ideológico que vimos en el capítulo 4, intitulado: “Adoctrinar: la imagen y la palabra”. Las circunstancias que vivían los soldados en las zonas de operaciones contraguerrilleras abonaron el terreno para el adoctrinamiento ideológico. Un nuevo tipo de guerrero se alimentaba de las muertes de sus propios compañeros y de las condiciones adversas en las brigadas militares empeñadas en los patrullajes contraguerrilleros. Tales circunstancias hacían que las tropas necesitaran incrementar su consumo de propaganda.

En 1981, el Ejército tomó la decisión de cambiar radicalmente su estrategia de guerra. Con el inicio, en noviembre de 1981, de la campaña militar, la historia de Guatemala dio un giro.

Excurso: La decisión del genocidio

En palabras de Héctor Andrade, oficial del Ejército de Guatemala

El 15 de agosto Benedicto Lucas García tomó posesión como jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Al llegar al Estado Mayor General tuvo que empaparse de la situación nacional. Cuando vio la situación de Chimaltenango y Quiché, entonces ya se le [...]. Y dijo: —hay que actuar inmediatamente. Comenzó a “plotear”²³ la situación a nivel nacional. Exigió al servicio de inteligencia que fluyera la información: ¿qué era lo que estaba pasando? Entonces le decían: —la guerrilla ya está en Chimaltenango, está llegando a Mixco. Ahí ya no se puede pasar, hay un control total, hay que identificarse para pasar. Entonces fue cuando dijo: —señores, la situación es crítica. ¿Quiénes han estado destacados en tal parte? Chimaltenango estaba bajo la jurisdicción del Mariscal Zabala, al mando del general Maldonado Shaad; y, la Guardia de Honor, al mando del general Cuyún Medina. — ¡A ver comandantes! ¿qué resultados ha tenido en las operaciones? —Ninguno, porque nosotros mandamos, y las patrullas tienen que regresar. Solo iban a pasear. A dar una vuelta. A ver si encontraban algo, ¿qué iban a encontrar así? Estaban operando totalmente mal. ¿Por qué? Porque no tenían el apoyo. Si tiene el apoyo aerotáctico y tiene el apoyo de abastecimiento, va a tener unidades combativas. Si no lo tiene, no va a tener unidades operativas combativas, falta de moral. Ese era el error grande: se mandaba a los comandantes la información y los comandantes, o se hacían los locos, o mandaban una patrulla a ver si era cierto, o algo por el estilo. No había efectividad. La situación se conocía, estaba “plotada”. Lo que pasa es que no se actuaba. Se sabía que [los guerrilleros] venían, llegaban, emboscaban. Medio sobrevolaba un helicóptero, viendo, se iba y punto.

El 5 de noviembre, en el anfiteatro de la Fuerza Aérea, el jefe del Estado Mayor dio los lineamientos de lo que sería el despliegue de la Fuerza de Tarea Iximché. Tomaron parte en la reunión los comandantes de la Brigadas Militares y el Estado Mayor. Ni el presidente, ni el mi-

²³ Palabra empleada en la creación de planos a escalas. Plotter es la máquina que imprime los planos. Como es empleada por el entrevistado, “plotear” significa, o está asociada a reconocer, saber, conocer, estudiar, controlar.

nistro de la Defensa, tuvieron nada que ver ahí. El jefe del Estado Mayor General dictó sus lineamientos. Él fue quien puso las operaciones a marchar.

El jefe del Estado Mayor General dijo: —necesito esto, esto y esto. Grandes rasgos. Eso lo tienen que desmenuzar ellos. Hacerlo más pequeño. Los comandantes de unidad lo hacen mucho más pequeño, de acuerdo a los lineamientos, grandes rasgos, generalizados. De ahí sale todo.

Ahí pasó a exponer el oficial de inteligencia: cómo está la situación. Y el oficial de operaciones. El oficial de abastos casi no tiene más que cumplir ciertos lineamientos. El oficial de asuntos civiles [tiene que] cumplir ciertos lineamientos. Los que más tienen que ver ahí son inteligencia y, de acuerdo a la inteligencia, así se desarrollan las operaciones. Pero ya empleando la táctica contraguerrillera. Hay que volverse uno guerrilla en el terreno. Volverse guerrilla para contrarrestar la iniciativa de la guerrilla. La guerrilla es oportunista y busca [...] Usted tiene que aprender a emboscar. A ver dónde tienen sus itinerarios. Y en un itinerario, meterles una emboscada a ellos.

Entonces, inmediatamente, el jefe del Estado Mayor General del Ejército ordenó formar una fuerza de tarea. Dijo: —bueno señores, se forma una fuerza de tarea. Va a trabajar así, así, dando lineamientos. Dijo: —señores, esto es lo que está pasando, esto es lo que necesito, inmediatamente. El Estado Mayor, G-1, G-2, G-3, G-4: —organicen una fuerza de tarea. Y la Fuerza Aérea: —comandante de la Fuerza Aérea, me mantiene las 24 horas alerta la aviación, para apoyar aerotácticamente a las unidades, al llamado, por teléfono, por radio, inmediato. —Si no actúan, si no van, si no cumplen: los castigo. Como ahí está el comandante general, que es el jefe del Estado Mayor, tienen que cumplir. Si no cumplen se les destituye y se pone gente más activa y más capaz.

La supervisión es lo importante. Decir: —bueno, ¿cómo están actuando?, ¿de acuerdo a los lineamientos generales? —Aquí están las unidades muy activas. —Estas otras van en tal dirección. —Muy bien, vamos a supervisar. El jefe de Estado Mayor llegaba a todas partes. Él estaba en el campo con las unidades.

Ahí se nombró el mando de la fuerza de tarea. Ya estaban presentes. Ahí se designaron para que comenzaran a trabajar. El jefe de Estado Mayor les dio cierto tiempo, 3 días para que prepararan todo y le informaran. Una fuerza de tarea se organiza rápidamente, en ocho días. Teniendo los elementos de información. La información se agarra, se procesa, se evalúa, se distribuye y se ordena. La información dice: “fuerzas enemigas ocupando estas, estas, estas posiciones [...]”. Lo que se necesita es decisión, firmeza, determinación.

Entonces se forman las fuerzas de tarea, con su comandante, segundo comandante y su estado mayor. Se trasladan a Chimaltenango. Comienzan a operar en toda el área de Chimaltenango. Empezaron a encontrar trampas cazabobos, cayeron muchos soldados. Para no caer en las trampas, los soldados tenían que ir picando con un palo. En los milpales²⁴ estaban cubiertas [las trampas]. Usted veía un boquete, al abrirlo era la entrada hacia las “troneras”²⁵ que ellos tenían. Respiraban por medio de tubos de poliducto. Hasta camas matrimoniales había, armamento, abastecimiento. Comenzaron a caer todos los buzones de abastecimiento. La capacidad de ellos fue mermando. De ahí se fue agarrando todo. Se fue hilvanando todo. Hasta peinarlos. Luego, pasamos a Quiché. En la línea divisoria con Chimaltenango estaba Chupol. Cada casa tenía trampas cazabobos y túneles subterráneos. Todas las casas, todas las aldeas tenían esas fortificaciones.

Para ellos [los guerrilleros] fue sorpresivo que se haya formado la Fuerza de Tarea. Ellos no lo esperaban. Pero ya la Fuerza de Tarea no podía tener sorpresas, porque ahí iba la gente desplegada tácticamente. Operando abiertamente, de acuerdo a los lineamientos de cada jefe de grupo y de cada jefe de pelotón.

La reunión se realizó allí [en el anfiteatro de la Fuerza Aérea] para presionar a la Fuerza Aérea. La Fuerza Aérea es muy importante. El apoyo aerotático es muy importante en las operaciones de contraguerrilla. Los pilotos eran un problema. Ellos, por intereses particulares, siempre habían sido esquivos. Tenían oportunidades de hacer dinero, volando

²⁴ Milpales, de milpa: terreno dedicado al cultivo del maíz (*DRAE*).

²⁵ Tronera: ventana pequeña y angosta por donde entra escasamente la luz. Hueco o agujero grande (*DRAE*).

helicópteros de la iniciativa privada. Las empresas los prefieren, porque tienen entrenamiento. Ellos llegaban a las ocho de la mañana y salían a las doce. Llegaban a la dos de la tarde y salían a las cinco. Siempre están precisos. Vienen aquí y al ratito: —nos vamos, porque se va a cerrar el tiempo. Hubo mucha complacencia con ellos.

Hubo oficiales que se sintieron dolidos, molestos, porque sintieron presión. Pero hay mucha oficialidad que comprendió, tuvo entusiasmo y dijo: —¡entrémosle!

6. KAIBILIZAR

Este capítulo nos lleva de los orígenes de las fuerzas de operaciones especiales del Ejército de Guatemala al cierre, en 1982, del centro donde estas fuerzas se formaban, mismo que tuvo como corolario la creación de la Patrulla Kaibil, una unidad de fuerzas especiales integrada por los oficiales y los elementos de tropa que impartían el curso de operaciones especiales, conocido como Kaibil.

El capítulo presenta el contexto histórico de 1974 alrededor de la decisión del alto mando castrense de crear una escuela de fuerzas especiales. Como parte de aquella coyuntura se halla el conflicto con Belice, el terremoto y el inicio del segundo ciclo de la guerra. El capítulo va al fondo del entrenamiento que recibían las fuerzas especiales. Pregunta ¿qué clase de soldado formaban?, y ¿cuál fue la relación entre aquel tipo de soldado y la forma como se implementó el genocidio en Guatemala? El capítulo intenta develar el aporte de las tropas especiales guatemaltecas en la campaña militar de 1981 y 1982. Más allá del número de oficiales y soldados egresados de la Escuela Kaibil, se argumenta que ellos, esta pequeña élite, transformaron al Ejército de Guatemala. Como los propios oficiales entrevistados lo afirman, lo kaibilizaron. La idea del soldado Kaibil se propagó en todo el Ejército a través de un proceso que aquí será presentado. De esa forma, el Ejército dejó de pensarse estratégicamente como una fuerza armada preparada para la guerra regular. De ahí que se convirtió en una fuerza contra guerrillera.

Cuadro 6.1
Ejército de Guatemala.
Momentos clave en la trayectoria de las Fuerzas de Operaciones Especiales

Fecha	VII-VIII. 1959 1960	30. VI. 1961	III. 1962 1963	VIII. 1964 III. 1966	XI. 1967	XII. 1974
Curso	Unidad Modelo "Los Escorpiones"	Paracaidistas	Curso de Contraguerrillas	Centro de Adiestramiento en Contra Insurgencia	Cía. Fzas. Esp.: Agrupamiento Táctico Mixto (Cía. Fuerzas Especiales; Escuadrón Blindados Transporte; Escuadrón Helicópteros)	Escuela de Comandos III. 1975, Escuela de Adiestramiento y Operaciones Especiales Kaibil 1989. CAYOEK: Centro de Adiestramiento de Operaciones Especiales Kaibil
Jerarquía	Dirección de Operaciones EMG		Dirección de Operaciones EMG	Estado Mayor del Jefe de Gobierno		Dirección de Operaciones Centro de Estudios Militares
Personal	Oficiales/ Soldados		Oficiales	Pelotones		Oficiales subalternos/ Soldados
Duración Impacto	3 meses	30. VI. 1961: 1er. Pelotón de Fusileros Paracaidistas 12. VI. 1963 1ra. Compañía Paracaidistas	5 semanas	6 semanas 10 pelotones		Oficiales: 8 semanas Soldados: 40 días
Lugares	zm "Capitán General Rafael Carrera" Manzanotes, Zacapa; Mariscos, Izabal	zm "General Aguilar Santa María", Jutiapa Base de Tropas Paracaidistas, Puerto de San José, Escuintla Fuerte Gulik, Zona del Canal de Panamá	Escuela Politécnica, Ciudad Guatemala Las Trincheras, Escuela Forestal, Mariscos, Izabal Emagma Escuela Militar de Aplicación de Armas y Servicios General Manuel Arzú, Ciudad Guatemala, Amatitlán/ Sn. José Pinula, Guatemala Finca Sn. Basilio Río Bravo, Suchitepéquez	Finca La Cajeta Estancia de la Virgen, Sn. Cristóbal Acasagustán, El Progreso		Detachmento Militar La Polvora, "El Infierno", Melchor de Mencos, Petén

Doctos	Directiva de Entrenamiento Especial (III. 1960) Manual de Campaña MC 7-4 Manual de Patrullas MC 7-3 (V. 1960)	1er. Pd. Fus. Paracaidistas. Orden Gral. Ejército núm. 2902, 1962. 1ra. Cía. Paracaidistas. Orden Gral. Ejército núm. 3020. 12. VI. 1963	ND		Cía. de Fuerzas Especiales. Orden General del Ejército núm. 3409, 1. XII. 1966 Agrupamiento Táctico Mixto. Orden General núm. 93-67, pto. 27. 1. XII. 1967.	
Materias	Físico/ pistas: fuego y movimiento; fuego y maniobra; abrigo; encubrimiento; infiltración/ minetismo/ combate cuerpo a cuerpo/ patrullas/ emboscadas/ infiltraciones/ patrullaje de reconocimiento combate infiltración/ evasión y escape/ campamento de prisioneros/ explosivos/		Táctica guerrillas/ contraguerrillas/ intel. de combate/ explosivos y demoliciones / sanidad militar/ primeros auxilios/ alpinismo militar/ paso de obstáculos/ transmisiones/ comunicaciones/ operaciones abastecimiento transporte y apoyo de fuego aéreo cercano	Navegación con brújula/ lectura de mapas/ movimientos tácticos/ pruebas físicas/ tiro individual/ paso de obstáculos/ natación militar/		Entrenamiento físico Entrenamiento técnico: defensa personal/ transmisiones/ supervivencia/ cruce de obstáculos/ alpinismo militar/ armamento/ demoliciones/ primeros auxilios Entrenamiento táctico: operaciones aéromóviles/ navegación terrestre diurna-nocturna/ operaciones combate/ patrullaje/ reacción inmediata/ campamentos/ seguridad/ evasión-escape/ incursiones/ emboscadas/ ejercicio final Entrenamiento Psicológico Materias especiales: guerrillas en GP/ causas/ intensidad/ características operaciones de guerrillas/ organización unidades contraguerrillas/ comportamiento militar/ lectura de mapas/ acción civil/ operaciones psicológicas/ intel. / contraintel.

Elaboración propia. Fuente: Ortega, 2003: 18.

6.1. FUERZAS DE OPERACIONES ESPECIALES: ORÍGENES Y TRAYECTORIA

1974, antecedentes, contexto y decisión

La fundación, en 1974, de la Escuela de Kaibiles y la organización del curso del mismo nombre (Kaibil) responde a la continuidad de un largo proceso, iniciado en 1959: adaptar la institución militar a la guerra irregular.¹ El concepto fundamental es la llamada instrucción orientada a la ejecución: entrenar como se combatirá (Ortega, 2003: 40).² En materia de fuerzas especiales, el referente del Ejérci-

¹ Ortega Gaytán (2003: 80) recuerda que el objetivo consistía en: “[...] enseñar al oficial subalterno todas aquellas experiencias de conducción de pequeñas unidades, sus fracasos y aciertos, las obtenidas en el Norte, Oriente y Occidente del país, en el pasado reciente. Se hacía notar que la experiencia en este tipo de lucha podía brindársele a los oficiales mediante una fuerte y práctica instrucción, ya que de iniciarse una lucha de este tipo, se corría el peligro de volver a cometer errores y/o pérdida de tiempo de consecuencias lamentables dada la mentalidad de guerra convencional que se mantenía en la instrucción de las unidades de las fuerzas que conforman el Ejército de Guatemala [...] enseñar al oficial subalterno todas aquellas medidas de seguridad que deben emplearse en destacamentos, áreas de operaciones o comandos, patrullas, así como también los métodos eficaces de desarrollar operaciones especiales y de guerra irregular”.

² Lobos Zamora, uno de los tres cerebros del Plan Nacional de Seguridad y Desarrollo, del que se desprendiera el Plan de Operaciones Victoria 82, escribió en 1959: “Cuando el individuo no se encuentra preparado física y mentalmente para el combate, llegará a éste, con una idea errónea y muchas veces con miedo hacia la realidad de la guerra, todo lo contrario pasará cuando el combatiente haya recibido su entrenamiento bajo condiciones reales o parecidas a las del combate y cuando se encuentre, sentirá que lo que está pasando, ya lo ha hecho con anterioridad y sus decisiones serán producto de la experiencia y no del temor a lo desconocido. Después de actuar con rapidez mientras se encuentra en condiciones emocionales y físicas, podrá emplear su arma rápidamente y con eficacia contra todos los tipos de blancos y también será capaz de hacerlo en diversas condiciones atmosféricas y tipos de terrenos. También se podrá mover agresivamente cuando se encuentre bajo fuego y será un elemento útil a su unidad, actuando todos como un equipo perfectamente entrenado. El ambiente en que el entrenamiento se realice, es tan importante como la enseñanza misma” (Lobos, 1959).

to de Guatemala fueron los Rangers de Estados Unidos.³ La primera unidad de fuerzas especiales se remonta a julio de 1959, cuando se fundaron Los Escorpiones (Ortega, 2003: 32). Tanto el comandante, capitán Víctor Raúl Palomo Toledo, como el ejecutivo, Marco Antonio Yon Sosa, tomaron, en 1950, El Curso Especial para cadetes en la Escuela de las Américas. En adelante, hubo varios intentos de fundar una escuela de fuerzas especiales en Guatemala. Sin embargo, todos estos intentos tuvieron un carácter coyuntural, con una duración no mayor de dos años.

A finales de 1974, el país vivía una situación de aparente calma. Hacía ocho años que el Ejército había desarticulado a los frentes guerrilleros en el oriente y nor-oriente del país.⁴ Contra los comunistas guatemaltecos, se había instrumentado una política de persecución, logrando la captura de varios de sus máximos dirigentes.⁵ Los guerrilleros que habían sobrevivido a las campañas contrainsurgentes de 1966 y 1967 se habían replegado, rearticulando las Fuerzas Armadas Rebeldes. En 1971, aquella organización celebró su primera Conferencia Guerrillera, cuando tomó la decisión de dejar las armas y priorizar el trabajo político, el que llevó a cabo en Petén y, a nivel nacional, con organizaciones sindicales. Habían pasado tres años desde que el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) se había implantado el 9 de enero de 1972 en el norte del departamento de Quiché. Mientras tanto, la Organización del Pueblo en Armas se consolidaba en el macizo montañoso que va de la sierra madre del Volcán Tajumulco al Volcán de Agua. Ambos grupos —EGP y ORPA— permanecían en el más absoluto sigilo.

³ “Ranger, curso concebido durante la guerra de Corea, su propósito era y sigue siendo desarrollar destrezas de combate para oficiales selectos que se desenvuelvan efectivamente como líderes de pequeñas unidades en un escenario realista bajo estrés mental y físico muy similar a lo que se encuentra en un combate real. Se hace énfasis en este curso en el desarrollo de habilidades de combate individual y destreza para el planeamiento y la conducción de unidades de infantería” (Ortega, 2003: 32).

⁴ Sobre esta fase en el desarrollo de la guerra véase, en la introducción, el apartado “Algo sucedió en Guatemala”.

⁵ En torno a la suerte del partido de los comunistas guatemaltecos en esta fase de la guerra véase, en la introducción, el apartado “Algo sucedió en Guatemala”.

El 1 de julio de aquel 1974, el segundo gobierno militar de la década tomó posesión de la Presidencia, luego de haber ejecutado un sonado fraude electoral. Decepcionados con la vía electoral, varios líderes de la Democracia Cristiana, el partido que había apoyado al candidato contra el cual se había instrumentado el fraude, se acercaron a las organizaciones armadas de izquierda.

Fue éste el contexto en el que, el 20 de septiembre de 1974, el mayor Pablo Nuila Hub presentó al jefe de la Sección Segunda del Estado Mayor General del Ejército, coronel de infantería Ovidio Morales, un estudio en el cual proponía la creación de un curso de “comandos”. Para el 15 de octubre, puede leerse en una carta del jefe del Estado Mayor General al jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor General (inteligencia) “[...] esta jefatura considera de suma importancia la propuesta para la creación de una ‘Escuela de Comandos’ [...]” (Obregón a jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor General del Ejército, 15. X. 1974. En: Ortega Gaytán, 2003: 79-80). El 5 de diciembre siguiente, el ministro de la Defensa Nacional general Fausto David Rubio Coronado aprobó la creación de la Escuela de Comandos⁶ a solicitud del jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Fernando Romeo Lucas García.

El siguiente paso fue nombrar a los primeros oficiales instructores. Éstos fueron seleccionados por el propio director de la Escuela de Comandos Pablo Nuila Hub; se trata del capitán Juan Manuel Peláez Castañeda, teniente Francisco Marín Golib, teniente Roberto Eduardo Letona Hora, y teniente Ismael Segura Abularach.

⁶ El coronel Ortega Gaytán (2003: 99) apunta el afecto que Lucas García, jefe del Estado Mayor General, le tuvo al curso: “Quien estaba más a la expectativa era el señor jefe del Estado Mayor General del Ejército de esa época, ya que él había creído en la necesidad del curso, lo había avalado para su creación y estaba al tanto de su desarrollo”. Jefe del Estado Mayor General del Ejército, general de brigada Fernando Romeo Lucas García al ministro de la Defensa Nacional, general de brigada Fausto David Rubio Coronado, 4 de diciembre de 1974, Oficio núm. 3-“L” 0011-41 (AX/Lurcos). En: Ortega, 2003: 83-84. Ministro de la Defensa Nacional, general de brigada Fausto David Rubio Coronado al jefe del Estado Mayor General del Ejército, general de brigada Fernando Romeo Lucas García, 5 de diciembre de 1974 (sin más referencias), en Ortega, 2003: 84-85.

Aunque no puede establecerse mecánica y simplistamente que el aprendizaje del terror se haya hecho en la Escuela de las Américas, es innegable el vínculo entre el selecto grupo de oficiales que fundó el centro en que se formaron las fuerzas especiales y aquel centro de enseñanza militar: tres de los ellos se habían formado en la Escuela de las Américas. Entre 1959 y 1961, después de haberse graduado de la Escuela Politécnica, el oficial Pablo Nuila Hub había estudiado en una escuela militar de Estados Unidos (Osorio, 2000). Posteriormente, había tomado el curso de contra-insurrección de la Escuela de las Américas (SOA-Watch). Guatemala era uno de los mejores países para poner en práctica las enseñanzas recibidas en aquel curso. Entre 1966 y 1969, Nuila estuvo al frente de las dos instituciones que fueron el eje de la contra-insurgencia urbana en aquel ciclo de la guerra: El Archivo (1966-1968) y La Policía Judicial (1968-1969). En 1977, Nuila tomó el curso de Comando y Estado Mayor en la Escuela de las Américas (Osorio, 2000). En 1964, Francisco Marín Golib había estudiado en la Escuela de las Américas (Osorio, 2000). El tercero, Roberto Letona Hora, había recibido el Curso de Operaciones (SOA-Watch) en la Escuela de las Américas en mayo de 1969, durante su periodo como cadete. El mismo año, tuvo una corta estancia (del 13 al 27 de agosto) en West Point (Osorio, 2000). En 1971, Letona pasó por la Escuela de Infantería del Ejército de Estados Unidos (13 de junio al 24 de noviembre) (Osorio, 2000). Entre mayo y octubre de 1976, Marín, junto con Segura Abularach, tomaron, también en la Escuela de las Américas, el Curso Avanzado de Infantería (SOA-Watch). En resumen, todos, a excepción de Peláez Castañeda, pasaron por las aulas de la Escuela de las Américas.

La relación entre el Ejército guatemalteco y la Escuela de las Américas venía de años atrás, cuando, durante la contrarrevolución de 1954, Estados Unidos desplegó un esfuerzo sistemático por colocar al Ejército bajo su control. 1957 fue el año en que aquella relación dio inicio:

[...] los estadounidenses abren las puertas de sus centros de capacitación a oficiales y especialistas, en las diferentes actividades que se requerían para la modernización del Ejército [...] tanto en la Escuela de las Américas, en la antigua zona del canal de Panamá, como en diferentes

escuelas del territorio continental de Estados Unidos. Muchos oficiales realizaron cursos de paracaidismo, Ranger (comandos), básicos y avanzados de las diferentes armas y de Estado Mayor, habiendo absorbido la experiencia de la doctrina de combate norteamericana de la guerra de Corea, Vietnam y, por supuesto, el conocimiento de los principios filosóficos para defender al mundo libre de la amenaza comunista contenidos en la doctrina de seguridad nacional (Ortega, 2003: 28).

La instrucción que estos hombres recibieron es una pieza clave en el engranaje que terminó en el genocidio de los 1980. La formación que recibieron no sólo ofrecía la posibilidad de socializar ciertos conocimientos que convenían a Estados Unidos sino además la posibilidad de crear una red que penetrara en todos los ámbitos de las fuerzas armadas mediante el diseño de cursos y programas académicos, manuales, técnicas pedagógicas, e instructores invitados a los centros de formación. En otras palabras, se creó toda una plataforma pedagógica para la propagación de ideas y maneras de entender la realidad, de tal suerte que el “enlace con el Comando Sur, ubicado en Panamá, facilitaba instructores, manuales y ayudas de entrenamiento, actualización constante de los sistemas de información a los estudiantes” (Ortega, 2003: 59). Aquella plataforma pedagógica tenía otro valor agregado: el establecimiento de un ámbito en el cual se podían compartir las experiencias contra-insurgentes de toda América Latina. El coronel Ortega lo explica de la siguiente manera:

estandarización de procedimientos, armamento, entrenamiento a todo lo largo y ancho del continente americano. La relación con cadetes de toda América y la dinámica del sistema americano para impartir entrenamiento, dio base a la comparación con lo nacional y los procedimientos guatemaltecos expresados para desarrollar el entrenamiento de la tropa y demás cuadros de la institución armada.⁷

⁷ El cadete Bermúdez relata así su experiencia en la Escuela de las Américas: “[...] enseñarme nuevas formas de trabajo y métodos para dar en mejor forma la instrucción a mi personal, también me ha hecho conocer nuevos tipos de disciplinas que existen en otros ejércitos y escuelas militares debido a que aquí se tiene

En la formación de las fuerzas especiales guatemaltecas se agregan, a la influencia de la Escuela de las Américas, las de otras fuerzas especiales, como los Comandos de Chile y Perú, los Ranger de Estados Unidos, los Lanceros de Colombia, los Tigres de Panamá y los Cazadores de Venezuela (Ortega, 2003: 80). El oficial César Calderón confirma la forma cómo se realizaron viajes al momento de crear el curso Kaibil, cuyo propósito era hacer acopio de diversas experiencias en la formación de fuerzas especiales: “Entonces dicen: —tenemos que preparar gente que maneje el tema de comandos para venir a fundar La Escuela Kaibil. Entonces, salen tres oficiales a Colombia, un oficial al Perú, otro a Brasil, y dos salen a Estados Unidos a la Escuela Rangers”. Aquella mezcla de enseñanzas es presentada por el coronel Ortega en los términos que siguen: “con todas las teorías y experiencias resultó una simbiosis muy especial y diferente, que dio como resultado un método muy guatemalteco, propio de nuestras necesidades y características” (Ortega, 2003: 85-86).

Además de las escuelas de fuerzas especiales, una de las fuentes escritas que inspiró el tipo de filosofía militar de los Kaibiles se halla

amistad con varios cadetes de varios países de América [...] En Panamá, se lleva una vida distinta a la que se acostumbra en la Escuela Politécnica, todos los ejercicios son más fáciles, más descansados”. (Ortega, 2003: 65-66.) El credo del alumno de la Escuela de las Américas confirma el concepto de unificación y estandarización que fomentaba el ejército norteamericano para enfrentar la amenaza de esa época en este hemisferio. Credo de un alumno: “Escuela de las Américas, monumento a la comprensión y la paz del hemisferio, por ti y cuanto haces, creo en el sentimiento noble de sus frutos. La inspiración divina del lema de tu escudo es el milagro que hace de nuestras almas instrumentos de paz entre los pueblos. Por ti me uno a mis hermanos, a veces dispersos en la inmensidad de nuestros valles, en las heladas cumbres de los Andes, en el dorado ardor de nuestras playas y en la virginal quietud de nuestros bosques. Bendita seas, Escuela de las Américas, cuando en tu seno alientes a los hijos de mis hijos y cuando al amparo de tu monumental encuesta sean libres para adorar a Dios y servir a mis hermanos. Y más allá, cuando nuestras Américas restañen las heridas que al mundo causó el mal, por toda la humanidad, bendita seas. Con mis hermanos, en paz unidos, trabajaremos por la grandeza de las patrias nuestras, inspirados por los nobles ideales que inculcaste en nuestras almas. Y a mis hermanos regreso lleno de fe, humana comprensión y la frente erguida” (Ortega, 2003: 66-68).

en los poemas del escritor argentino Pedro Bonifacio Palacios (1854-1917). El oficial Álvarez cuenta: “Los poemas de él sirven de referente, en el curso Kaibil, para el desarrollo de la mística. Este escritor tenía un tipo de filosofía, como el lema de los kaibiles: ‘si avanzo sígueme, si me detengo aprémíame, si retrocedo márame.’”⁸

Durante el mes de enero de 1975 los instructores elaboraron los planes de estudio. Cubierta esta fase, se ejecutaron los planes en el terreno: “Cada oficial impartía sus lecciones y ejecutaba sus ejercicios siendo los otros oficiales instructores los alumnos”. (Ortega, 2003: 87.) Cada instructor hacía las veces de instructor suplente de otra área. Los soldados sargentos recibieron el cargo de sub-instructores, dos a cada una de las cuatro áreas que componen el curso (Ortega, 2003: 86). Según el soldado Roberto Martínez, “Cada quien [entre los instructores/ sub-instructores] tenía una clase. Por ejemplo, había uno encargado de mapas y patrullas; en tanto otro era encargado de explosivos; otro de pista de obstáculos; otro de natación y cayucos”.

La Escuela estaba organizada así: un director, un subdirector, instructores, que eran oficiales (6), sub-instructores, soldados con el grado de cabos y sargentos (12), y especialistas (4).⁹

⁸ Como ejemplo citamos dos piezas del autor: ¡Avanti! Si te postran diez veces, te levantas/ otras diez, otras cien, otras quinientas:/ no han de ser tus caídas tan violentas/ ni tampoco, por ley, han de ser tantas./ Con el hambre genial con que las plantas/ asimilan el humus avarientas,/ deglutiendo el rencor de las afrentas/ se formaron los santos y las santas./ Obsesión casi asnal, para ser fuerte,/ nada más necesita la criatura,/ y en cualquier infeliz se me figura/ que se mellan los garfios de la suerte [...]/ ¡Todos los incurables tienen cura/ cinco segundos antes de su muerte! La segunda pieza se titula ¡Piu Avanti! No te des por vencido, ni aun vencido,/ no te sientas esclavo, ni aun esclavo;/ trémulo de pavor, piénsate bravo,/ y arremete feroz, ya mal herido./ Ten el tesón del clavo enmohecido/ que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;/ no la cobarde estupidez del pavo/ que amaina su plumaje al primer ruido./ Procede como Dios que nunca llora;/ o como Lucifer, que nunca reza;/ o como el roble dal, cuya grandeza/ necesita del agua y no la implora [...]/ Que muerda y vocifere vengadora,/ ya rodando en el polvo, tu cabeza!

⁹ “Solicitud de orden de aprehensión, Memorial del fiscal especial Mario Hilario Leal Barrientos, al Juez de Primera Instancia Penal, de Narcoactividad y Delitos contra el Ambiente, del Departamento de El Petén”, Guatemala, 29 de marzo de 2000 (causa 1316-1394). “Declaración testimonial de Favio Pinzón Jerez, ante el Fiscal Especial Mynor Alberto Melgar Valenzuela”, Flores, Petén, Guatemala, 27 de mayo de 1997.

El 4 de marzo de 1975, reunidos en la oficina del jefe de la Tercera Sección del Estado Mayor general del Ejército, Tte. Cnel. Rodolfo Lobos Zamora, el equipo de la hasta entonces Escuela de Comandos, encontró accidentalmente el nombre que en adelante identificaría a las fuerzas especiales del Ejército de Guatemala: “Kaibil”. José Antonio Ortega Gaytán (2003: 89) cuenta que “se presentaron varios nombres en la reunión de instructores. Los propuestos fueron ‘Remincheros’, ‘Montañeses’, ‘Otonca’, ‘Nacón’, ‘Fuerzas Especiales’, ‘Jaguares’, y otros”. Como no se llegó a ningún acuerdo, entonces “fue en la sobremesa la oportunidad, cuando la esposa del Mayor Nuila le mostró un artículo que recién había leído en una revista de Huehuetenango, en la cual se mencionaba a un guerrero de la etnia Mam llamado ‘Kaibil Balam’”. Antes que un nombre planificado por quienes tenían a su cargo la guerra psicológica o de un plan maestro, aquella denominación fue accidental. De los otros nombres que no saldrían favorecidos ninguno de ellos tiene un origen maya. Así, al día siguiente de la reunión, el 5 de marzo de 1975, la Orden General del Ejército (No. 15-75) (Ortega: 2003: 89-90) registró lo siguiente:

Disposición:

La tradición consolida los cimientos de la Institución Armada y habla a las generaciones venideras del paso de nuestros valores militares, exalta los ejemplos dignos de emulación y funde con perfiles imperecederos, aquellos soldados que supieron jugar su papel en la hora suprema de la historia.

Recordar a nuestros adalides indianos, genuinos valores que sumaron su arrojo y valentía, el amor a su tierra, sus dones como estrategias natos y que henchidos de fervor patrio, opusieron al conquistador una férrea voluntad indomable trae al presente sus dignos ejemplos, también es parte de nuestra responsabilidad. Por tales razones el Ministro de la Defensa Nacional, dispone:

Denominar el Curso de Adiestramiento y Operaciones Especiales de Comandos, como Curso de Adiestramiento y Operaciones Especiales “Kaibil”, en recuerdo al dirigente indígena cuya consagración histórica ha sido definitiva como señor del Imperio Mam, quien nunca pudo

ser capturado por las huestes comandadas por el conquistador Pedro de Alvarado, quien opuso una tenaz resistencia, demostrando sagacidad y astucia como estrategia, y obteniendo triunfos que la propia historia ha recogido, a pesar de la sensible superioridad del cañón, la pólvora y el caballo como armas de guerra de los conquistadores hispanos, sobre las flechas, macanas, masas, hondas y obsidianas que constituían las armas de los naturales.

En vista de que a lo largo de cinco siglos ha seguido reverenciándose el nombre de Kaibil “Hombre Estratega”, poderoso señor de los Mames, a quien sus contemporáneos asignan astucia y fuerza de dos tigres.

La Orden General del Ejército (No. 15-75) de fecha 5 de marzo de 1975 (Ortega: 2003: 89-90) determinó de manera oficial la misión de la Escuela de Entrenamiento y Operaciones Especiales Kaibil (en adelante, aquí citada simplemente como Escuela Kaibil): “Preparar comandantes de unidades menores en la conducción de operaciones especiales; Desarrollar la iniciativa y la moral en toda la institución, principalmente en situaciones difíciles y en operaciones especiales”. Las capacidades proyectadas se sintetizaron de la siguiente forma:

Proveer al Ejército de comandantes de unidades menores, eficientes y diestros, capaces de entrenar pelotones y compañías en operaciones típicas Kaibil y contraguerrillas; incrementar en los oficiales subalternos, cadetes, especialistas y tropa, las cualidades de mando, proporcionándoles la oportunidad para aplicar los conocimientos que tengan o adquieran, por medio de las prácticas de combate.

Sorteados los requerimientos administrativos formales, preparadas las instalaciones y seleccionado y formado el equipo de instructores y sub-instructores, los primeros en tomar el curso fueron los alumnos de la promoción 82 que en enero de 1975 empezaban el octavo semestre en la Escuela Politécnica.¹⁰ El primer curso se impartió entre abril y junio de 1975.

¹⁰ Aquella decisión se había tomado en noviembre de aquel 1975: “De conformidad con mi memorándum núm. 3-‘K’ — 00010 de fecha noviembre pasado en

¿Invadir Belice?

El momento de fundación de la Escuela de Fuerzas Especiales coincidió con el incremento de las tensiones entre Belice y Guatemala.¹¹ Se ha expuesto la idea de que el curso era para preparar las fuerzas que ocuparían Belice. Esto es lo que se expresa en el informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico: “La Escuela Kaibil se organizó

el que se me informaba que para complementar el entrenamiento de los Caballeros Cadetes se estaba planificando el Adiestramiento y Operaciones de Comandos que forma parte del proyecto de creación de la Escuela de Comandos que se somete a su consideración [...] De acuerdo con la autorización de ese Ministerio contenida en la providencia núm. 011425 de fecha 11 de noviembre pasado, la Escuela Politécnica procedió a elaborar en el calendario de labores para los Caballeros Cadetes que inician el 8vo. semestre en enero de 1975, en el cual se incluyó el Adiestramiento y Operaciones de Comandos” (Jefe del Estado Mayor General del Ejército al Ministro de la Defensa Nacional, 4 de diciembre de 1974. En: Ortega, 2003: 83-84).

¹¹ Entre los siglos xvi y xix España e Inglaterra disputaron el territorio de Belice. Aquella zona era empleada como base de embarcaciones piratas, realizando la explotación de maderas, como la caoba y la extracción de tintes empleados en la industria textil. El llamado “problema de Belice”, que tiene más de dos siglos de vigencia fue parte de la herencia que recibió Guatemala al alcanzar su independencia. Durante el siglo xix se firmaron una serie de tratados en los que se buscaba establecer límites territoriales que impidieran una mayor expansión británica en territorio guatemalteco. A pesar de ello, estos tratados fueron incumplidos o no ratificados. Desde 1954 en Guatemala el tema es empleado para agitar los ánimos nacionalistas. En 1963 Guatemala rompió el diálogo que, en torno a Belice, sostenía desde 1961 con Gran Bretaña. En 1964 Belice constituyó un gobierno propio. Entre 1969 y 1972 una nueva serie de pláticas entre Guatemala y Gran Bretaña son rotas, cuando Inglaterra anuncia el despliegue de 8 000 tropas y un portaaviones en las costas de Belice. En junio de 1973, como un anticipo de su independencia, cambiaron oficialmente su nombre, de Honduras Británica a Belice. Entre 1973 y 1975 las negociaciones vuelven a darse y a estancarse nuevamente. Desde 1975, apoyados por Gran Bretaña, Belice inició un trabajo diplomático para ser reconocido como Estado. Esta secuencia de eventos dio forma al clima bélico que se concretó en el intento de invasión por parte de los militares guatemaltecos. A través de una diplomacia activa, basada en la autodeterminación, Belice obtuvo su independencia. Ésta se concretó en 1981. Sobre la historia de Belice véase Johnson, 2003; Grant, 1976; Shoman, 1994; Zammit, 1977. Véanse también los trabajos del profesor Nigel Bolland (1988); (1986); (1977a), y (1977b).

inicialmente en función de un objetivo político-militar: la recuperación del territorio de Belice para Guatemala” (CEH-II, 1999: 56).¹² Este planteamiento es apoyado por otros testimonios de varios entrevistados. El oficial Óscar Álvarez afirma que “El curso Kaibil fue ideado para crear las fuerzas especiales guatemaltecas que, un día, tendrían que incursionar en el territorio de Belice. Así fue como nació el curso Kaibil”. El oficial César Calderón afirma que “En ese tiempo [cuando se fundó la Escuela de Kaibiles] era cuando había problemas entre Guatemala e Inglaterra, por Belice. Entonces teníamos una canción que se llamaba Belice. Esa la cantábamos día a día, era un himno para nosotros, decía: “Belice tierra del quetzal, esclavo de los ingleses [...]”. Mencionaba que muy pronto iba a ser de Guatemala”. El oficial Calderón afirma que: “parte de la misión, cuando asume el general Laugerud García, era recuperar Belice o parte de Belice”. Agotada la vía diplomática, Laugerud García retoma una decisión que el alto mando había tomado durante el último periodo presidencial del general Carlos Arana Osorio (1970-1974). Así el oficial Calderón afirma que el presidente Laugerud “mantiene y mejora un esfuerzo que se había empezado a hacer en el último periodo del general Arana para provocar un incidente con Belice. El general Laugerud lo retoma, como una política de Estado”.

¹² Esto se apoya en el testimonio que se cita a continuación: “Es hasta 1976 en que soy trasladado a la entonces Brigada Militar General Luis García León, con sede en Poptún; hoy en esas instalaciones se encuentra la Escuela de Kaibiles. Entonces, cuando yo soy designado a esa unidad, mi primera experiencia militar es el intento de recuperar Belice. La mayoría de las unidades que se desplazaron a la línea de frontera fue con la intención de pelear por la recuperación de Belice [...] Para estas acciones hubieron órdenes concretas al Ejército [...] del Gobierno del general Eugenio Laugerud García, y el comandante de Poptún en ese entonces era el coronel y luego general Manuel Benedicto Lucas [...] yo tuve un objetivo militar que nunca atacamos pues nos retiramos de la línea de frontera, nunca se me olvida, el campamento militar de Las Machacas [...] Por eso, su sede era El Infierno y su posición era la frontera con Belice. Yo pasé por esa Escuela, los ejercicios eran para recuperar Belice, y vamos a Belice y todo era para Belice ¿no? Conforme va evolucionando el proceso guatemalteco se vuelve unidad de élite, que éramos muy pocos al principio y se empiezan a involucrar en operaciones militares” (CEH-II, 1999: 56).

El nombre original de la unidad, Escuela de Comandos, fue modificado atendiendo a los planes de invadir Belice. Dado que las fuerzas especiales de Inglaterra tenían ese nombre (Royal Marines Comandos), se decidió cambiar el nombre de la unidad guatemalteca de fuerzas especiales. La idea era no tener el mismo nombre de quienes se podría llegar a enfrentar. Así lo explica el oficial César Calderón:

Cuando reúnen a los oficiales, escuché que ellos le dijeron al mando que cómo es que le ponen Escuela de Comandos; si contra los que ellos iban a pelear son comandos. Las unidades elite de los ingleses se llaman comandos. Entonces, por primera vez en el Ejército de Guatemala, se propone bautizar una unidad o un curso con un nombre autóctono. Ahí empieza Kaibil. Antes, se llamaban tiburones, gatos, tigres, leones, cualquier zoológico eran las unidades del Ejército.

Las razones para la creación de la Escuela de Kaibiles se fundamentaron en la estrategia militar que se iba a ejecutar en la invasión a Belice. Porque, afirma Calderón: “El general Laugerud, con mucho mayor entendimiento militar que el general Arana, reconoce que con una visión [de estrategia de guerra] regular no va hacer nada en Belice, pero sí haciéndolo de manera irregular. Se ve la necesidad de que se organicen unidades tipo comando. Entonces, él autoriza la creación de la Escuela de Comandos”.

El oficial del Ejército Héctor Andrade afirma que el mando de la fuerza que iba a ejecutar la invasión estuvo a cargo del general Manuel Benedicto Lucas García, el mismo que a finales de 1981 iba a ser jefe del Estado Mayor General del Ejército. En 1975, el alto mando le encomendó dicha misión. Las líneas generales de la estrategia eran las siguientes, en palabras del oficial Andrade: “No pretendíamos quedarnos en Belice. Sabíamos la fuerza [...] Pero mientras la fuerza inglesa estuviera en Bermudas, en lo que se desplazaba, nos daba un espacio de ocho días. Mientras, dialogaban en la OEA y en la ONU”. El oficial Óscar Álvarez confirma las líneas generales de la estrategia: “la concepción de fuerza elite [de los Kaibiles] no era como una fuerza contraguerrillera; era la fuerza que iba a infiltrarse en Belice, para dar los golpes estratégicos y poder, después, entrar [...] Antes que entraran

las fuerzas convencionales, tendría que entrar una fuerza de guerrillas, para llevar a cabo acciones de neutralización, sabotaje, destrucción [...]”. El oficial Jorge Morales afirma que la estrategia consistía en que las fuerzas invasoras avanzaran hasta Toledo, un distrito en el sur de Belice: “el esquema que se planteó era la invasión a Belice hasta Toledo. De ahí pedir la intervención de los cascos azules. Quedarse hasta ese límite”.

En un primer momento, la preparación de la invasión consistió en un gran movimiento de unas cinco mil tropas hacia la frontera con Belice. El oficial Calderón afirma: “Se había movido al Petén a una cuarta parte [del Ejército] y a las mejores unidades: los paracaidistas, el Zavala [la Brigada Militar Mariscal Zavala], La Guardia de Honor. Todo lo mejor que tenía el Ejército estaba entrenando en Petén, con la hipótesis de invadir Belice”. Un total de 8 helicópteros se hallaban a disposición del mando que preparaba la invasión. También, como parte de la preparación para la invasión: “A lo largo de la frontera se hacían reconocimientos, saltos de paracaidismo, movimientos”.

Pero el oficial Mario García duda que la invasión a Belice fuera la razón principal para la creación de la escuela de fuerzas especiales. Sentencia que “Era más grande nuestra amenaza bipolar que Belice. Y ese es el hilo conductor de todas las escuelas [de fuerzas especiales]”. De acuerdo con su explicación, la idea estratégica que entonces prevalecía era la contrainsurgencia, fundamentada en la amenaza que para el ejército podía significar una guerrilla. En sus palabras, “del levantamiento del 13 de noviembre [de 1960] nace la necesidad de hacer una unidad especial. Nuila [el fundador del Curso Kaibil] agarra este incidente y dice: “preparémonos, porque esto [la guerra de Guerrillas] se está dando en el Sur, se está dando en Vietnam”. Finalmente, el oficial García sentencia: “En ninguno de los planteamientos se pone a Belice. Éste no es un factor determinante para la creación de La Escuela”. El oficial coloca en tela de juicio la explicación del propio fundador de la Escuela de Fuerzas Especiales, comentando: “Nuila dice: —Belice era un objetivo, y nosotros nos preparamos para esto. Pero no es tan así la cosa”.

El terremoto, los planes de invasión y el inicio de la guerra

El terremoto de la mañana del 4 de febrero de 1976 acabó con aquel plan de invasión de Belice. En adelante, el Ejército se abocaría a las tareas de reconstrucción. El oficial César Calderón expone: “El terremoto bota al traste toda la operación [de invasión a Belice]. Vino el terremoto, y ya todo el esfuerzo del Ejército se orienta a la reconstrucción nacional y así termina el gobierno del general Laugerud”. Así lo confirman varios de los oficiales entrevistados: “con el terremoto se dejó de lado la intencionalidad de incorporar Belice al territorio”, advierte el oficial Óscar Álvarez. El oficial Julián Domínguez explica: “Después vino el terremoto, en el año 76. El terremoto vino a aplazar cualquier situación de esa naturaleza. Entonces eso fracasa”.

Al terremoto se sumaron, de acuerdo con el oficial Julián Domínguez, factores de política internacional: “los mismos intereses norteamericanos en la región limitaron toda posibilidad que esa operación se hiciera”. El oficial Héctor Andrade advierte que “Si usted quiere atacar a Inglaterra, está atacando a Estados Unidos. Si usted está atacando a Estados Unidos, está atacando a Inglaterra. Mejor quedar bien con los dos para que uno esté tranquilo”. Pero al parecer, la invasión era parte de un plan más amplio según el cual varios territorios bajo control inglés iban a ser invadidos por España y Argentina. En palabras del oficial Jorge Morales: “Hubo negociaciones. No se apoyaron otros elementos, como la simultaneidad. Se quería que España invadiera Gibraltar, Argentina las islas Malvinas y Guatemala iba hacer lo suyo con Belice”.

Fue en ese contexto que, atendiendo a la estrategia militar y a las tácticas de aquella operación, se decidió crear la Escuela de Kaibiles. La presión de Estados Unidos, sumada a alianzas internacionales que no funcionaron, y finalmente, el terremoto, hecharon por la borda aquel plan que, entre 1974 y febrero de 1976, estuvo en la mesa de los planificadores militares.

El 6 de junio de 1975 salió a luz pública la presencia del Ejército Guerrillero de los Pobres. Tres años más tarde, el régimen de Anastasio Somoza en Nicaragua empezaba a tambalearse. Pero fue el ingreso triunfal de las fuerzas sandinistas a la plaza central de Managua, el 19 de julio de 1979, y la huida de Somoza y sus guardias, lo que

cambió la manera de percibir la amenaza de guerra para el Ejército de Guatemala, como se expuso en el capítulo anterior. En esa coyuntura crítica fue cuando el Ejército vio la importancia de crear la Escuela Kaibil. Entonces, señala el oficial Óscar Álvarez “viene la segunda fase del movimiento revolucionario armado, y se piensa que el curso Kaibil es un curso para probar a los alumnos: ¿qué tan preparados están para resistir la adversidad? y que el tipo de liderazgo que ellos aprendan a desarrollar lo van a poner en marcha, lo van a ejercitar cuando tengan la oportunidad de estar en una situación que así lo exija”.

6.2. LA FORMACIÓN DE UN SOLDADO ESPECIAL

¿Qué hace especial a una fuerza especial? Lo que las hace especiales es su espíritu de combate y su resiliencia frente a las peores condiciones. Algunas de estas condiciones son: las marchas extenuantes, las escasas horas de descanso, las condiciones climáticas adversas, la obligación de encontrar alimentos en la selva, el control y la limitación de la fatiga y tolerancia ante las bajas y las peores condiciones de combate. A diferencia de lo que podía suceder en otras unidades, se suponía que las fuerzas especiales estaban exentas de problemas de disciplina, desmoralización de las tropas, negligencias, auto-mutilaciones, actos de cobardía en medio de combates, o desertiones. De acuerdo con el oficial Mario García Orozco: “Se le hace toda un aura a los Kaibiles. Se hace tan grande la amenaza que significa el Kaibil que en un momento sólo decir: —miren, ahí van los Kaibiles, era un disuasivo”.

¿En qué radica la fortaleza de los Kaibiles? “en endurecer su espíritu. Hacerlo que pase un montón de pruebas para que este individuo diga: ‘si el curso era más duro que la guerra, me permite sobrevivir’. Estar preparados para lo peor. Los que sobreviven es porque tienen la mente y su espíritu [...] tienen la capacidad de aguantar. Y no es una guerra psicológica, sino son sus propios temores”, afirma el oficial Mario López. El curso está diseñado para “conocer sus valores y sus debilidades. Yo siempre lo he dicho: es un examen de conciencia militar, es uno un soldado de desfile o un soldado de verdad”, insis-

te el oficial López. Se trataba de un endurecimiento psicológico y espiritual que finalmente se traducía en un espíritu de disciplina y de obediencia superior: “Era un tipo al que uno le puede dar la misión y uno sabe que va ir por convencimiento”, termina señalando López.

¿Cómo se construía este tipo de combatiente? El soldado Roberto Martínez comparte cómo el curso Kaibil empezaba, desde que se abría la puerta del avión que lo llevó de su Brigada Militar a Petén:

bajando del avión y ya hay un sargento que lo está hostigando: ¿quién te llamó? ¿pensás que esto es por correspondencia, o qué? Este curso no se saca por correspondencia, ni es curso para mujeres; ¿qué veniste a buscar aquí? Mejor te hubieras quedado limpiándole las botas a tu comandante, o limpiándole el carro. Aquí no venís a buscar nada. Aquí es para hombres, ¿quién te mando a llamar? Aquí veniste a morirte. Aquí te vas a morir, mejor regresáte, regresáte a tu compañía, aquí no queremos gente así, mugrosa.

El soldado Martín Ramírez nos presenta una descripción general del curso Kaibil: “Lo agarran a uno, para ver todo lo que da uno, todo lo que da, hasta donde [...] hasta donde puede llegar uno”. Hambre, caminatas extenuantes, cansancio extremo, frío, calor, maltrato, se combinaban, continúa el relato del soldado:

Por ejemplo, con el hambre, con hambre usted es capaz de matar a otro para quitarle la comida. Y todo eso lo ponía a uno a prueba. Caminar de noche, dormir entre la pura agua, andar mojado sin dormir, corriendo, atacando objetivo. Está recibiendo uno su comida y ya le están diciendo: —tienen 10 para que terminen de comer. Y empiezan a contar: 10, 9, 8, 7, 6, 5 [...] y la comida viene hirviendo, hirviendo aquello. Atención: —5 y no miro a nadie [...] Ahí va uno con su plato de comida [...] y regresa a la cuadra y uno sin [...] [haber comido].

La bienvenida, que regularmente tenía lugar a las 14:00 horas, cuando el calor en aquella zona del Petén sobrepasaba los 40 grados centígrados, era una emboscada. Entre la pista aérea y la Escuela hay un tramo de 30 kilómetros. Los instructores preparaban la embosca-

da en un área pantanosa. El soldado Martín Ramírez relata: “Cuando inicia el curso siempre les hacen emboscadas, les tiran granadas lacrimógenas y les disparan con ametralladoras [con cartuchos sin ojiva]. Entonces, ya llegan a la Escuela cansados, los están castigando, los hacen correr, despechadas (lagartijas), sentadillas.¹³” Luego de la emboscada, “Les dan un brebaje que le echan naranja agria, sal [...] y los hace vomitar. Cuando ya pasa eso pasan con el médico, que los examina”, recuerda el soldado Cristales. Después, recuerda el soldado Ramírez, pasan a “la cuadra de orientación para leerle ya los reglamentos de la Escuela. Ahí está el director de la Escuela dando la orientación”. El curso de entrenamiento se divide en cuatro grandes bloques: técnico, físico, especial y táctico.

El entrenamiento técnico comprende un conjunto de conocimientos acerca del funcionamiento de equipos de comunicaciones, armamentos y explosivos; técnicas de primeros auxilios, supervivencia y defensa personal; cruce de obstáculos y alpinismo militar; la lectura de mapas.

El entrenamiento físico tiene por objeto probar la resistencia del combatiente: obtener fuerzas cuando ya no las hay es el objetivo, más allá de la puesta a punto de la condición física. Además, el entrenamiento físico está ideado para doblegar al individuo, sometiénolo a situaciones denigrantes. Es esto lo que, dentro del esquema del curso, fortalece su espíritu de combate y hace que otros contenidos sean recibidos y apropiados por los estudiantes. Es una especie de ablandamiento.

El adoctrinamiento se concentra en el área especial. Es aquí donde se halla una definición de quién es el adversario, y qué es justificado hacer con él. Aquí se definen qué tipo de operaciones contraguerrilleras se pueden instrumentar, en sus varias dimensiones: militar, psicológica, de inteligencia y contrainteligencia, y de acción cívica. El Coronel Ortega Gaytán lo define en los siguientes términos:

¹³ Sentadillas: de pie, con los pies separados a la anchura de los hombros y apuntando hacia delante, se flexionan las rodillas como quien se sienta en una silla, las rodillas se balancean hacia delante.

Este bloque de instrucción comprende los motivos y las causas que propiciaron el desarrollo de la guerra de guerrilla en Guatemala [...] Se narran todas las situaciones difíciles que enfrentaron para combatir y las operaciones exitosas. Para que la instrucción sea efectiva se exalta y se dan nombres de los oficiales subalternos que combatieron con éxito, se narran los errores cometidos por otros (Ortega Gaytán, 2003: 94).

El área especial está entremezclada con el entrenamiento táctico, esto es, la planificación y conducción de operaciones, formaciones de infiltración, incursión, patrullaje, combate, reacción inmediata, evasión, emboscada, y escape; y la instalación de campamentos, entre otros. El periodista José Eduardo Zarco fue testigo de la manera en que, como parte del entrenamiento táctico, se incluía las formas de incursión en lo que denominaban “caserío subversivo” (Zarco, 1987d), en clara muestra de la manera como el entrenamiento especial (el adoctrinamiento) y el entrenamiento táctico se interrelacionaban. Para que no queden dudas acerca de la mezcla entre el entrenamiento especial, el adoctrinamiento y la ideologización, citamos al coronel Ortega Gaytán (2003: 97)

La acción psicológica se trabaja a fondo para darle a los alumnos una verdad, la razón de por qué combaten, ya que los momentos difíciles, en que por cualquier razón se está siendo presionado por el adversario, más de alguno se preguntará por qué se combate y se muere, si la única respuesta es “por que me lo ordena”, no será suficiente para resistir. Por lo tanto, se les recuerda que su alta preparación y lo exigente del entrenamiento sólo tiene un objetivo: “Preservar la Paz de Guatemala”. Es necesario que luchen teniendo una razón por la que valga la pena morir y que tengan fe en sus jefes. Es necesario que los hombres tengan a sus jefes en el corazón, lograr una estrecha comunión en el sufrimiento, en el peligro y en la muerte. Una acción psicológica no sirve ni da resultado a menos que toque algo profundo y real dentro del hombre, algo como por ejemplo, romper la soledad creando el espíritu de cuerpo. Este espíritu de cuerpo se forma mediante el aislamiento, la presión y la falta de espacio. En combate cada soldado no defiende solo a su patria, si no

también a la tradición de su unidad. Aún cuando no tenga otra cosa por qué batirse, por lo menos combatirá por espíritu de cuerpo o morirá por su insignia y distintivo.

En el reportaje que escribiera Zarco en 1987, recuerda que: “después de bajar el pabellón de Guatemala y de la institución militar, todos los alumnos dijeron: ‘Buenas noches Guatemala, puedes dormir en paz, que en cualquier punto cardinal de tu territorio, siempre hay un Kaibil, ¡en guardia!’” (Zarco, 1987a). Por la mañana, los honores militares incluían la repetición de esta frase: “Buenos días Guatemala, estoy presente y pondré todo mi empeño y coraje de Kaibil en servirte mejor” (Zarco, 1987c). Al recibir los alimentos, “el instructor de supervivencia gritaba ‘buen provecho’ a sus pupilos y éstos, a su vez, contestaban: ‘¡el alimento no es un placer sino un combustible, Kaibil!’” (Zarco, 1987c). De tal manera que “Todas las órdenes van acompañadas de su lema, el cual sirve para dar fuerza y terapia a los que reciben el curso” (Polémica, 1992).

Como parte del curso, los alumnos son sometidos a periodos de hambre. El soldado Benjamín Figueroa recuerda que “lo más difícil para los alumnos era el hambre. Pasan mucha hambre. Si no comen ¿de dónde van a sacar las fuerzas? Para mí era el hambre lo que se les hacía difícil, porque ya cuántos días, y peor sin agua”. Luego de atravesar por uno de estos periodos, llamado de supervivencia, en el que pasaban tres días sin comer, a los alumnos se les daba una clase acerca de cómo destazar animales. En el relato de Martín Ramírez:

Nada más llegábamos a un lugar en la montaña y permanecíamos allí tres días, comiendo de lo que hay en la montaña. Y ¿qué íbamos a cazar? y ¿con qué? Prohibido tirar. Estaba el río cerca pero no hay anzuelo. No hay una vara maciza, solo esas varas delgadas que no sirven. Zapotes no hay, fruta no hay, palmitos ya no hay. Entonces, no hay nada. A los tres días de estar allí no ha comido usted nada. Aquella hambre, ¡por Dios! A los tres días dicen: “pasar a formar los kaibiles”, como a las 2 de la tarde. Entonces ya nos llevan, nos sacan de donde estamos durmiendo, estamos en carpas y hacemos ranchos de palma.

Este aprendizaje consistía en matar animales con las manos y la boca, en grupos. Así lo recuerda el soldado Benjamín Figueroa, cuando él hizo su curso:

A los alumnos se les enseñaba como para matar un animal. Por ejemplo, al pobre perro lo mataban a puras mordidas. Soltaban al perro, ya venían los alumnos, pero a puras mordidas. Para que se muriera de una vez, lo agarraban del pescuezo. Había unos alumnos muy astutos que para que no sufriera el animal lo agarraban del pescuezo, y otros mordiéndolo. Lo mataban a puras mordidas. Esa es la enseñanza que les dan, por si no tienen ningún arma o algo. Así es como se le enseña en la supervivencia a matar a un animal. Pero lo más sangriento es ver cómo matan un marrano.

Hay otra parte del curso Kaibil: el aprendizaje de las técnicas de tortura. El soldado Benjamín Figueroa fue testigo de este tipo de capacitación: “En el entrenamiento se ve mucho eso [técnicas de tortura], es principal, se enseña”. Otro soldado, que también tomó el curso Kaibil, afirma: “En las clases, los alumnos del Curso Kaibil aprenden todo sobre cómo torturar prisioneros. Aprenden a torturar en una clase”.

Aquella clase tenía lugar en la zona llamada “campo de prisioneros”. Allí se desarrollaba una sesión que comprendía este tipo de entrenamiento. El soldado Roldán afirma que aquella instrucción, sobre cómo torturar, tenía lugar en un área llamada “insomnio”: “Ahí era donde iban a recibir clases nocturnas los alumnos Kaibiles”. El soldado Roldán afirma: “Esto [la práctica de la tortura] se realizaba en el área del insomnio. Este era el lugar de torturas. Quedaba como a 1 o 2 kilómetros de distancia [de la Escuela]. Todos los sub-instructores eran especialistas en torturar. No hay ni porque el más grande, el más pequeño, no, eran todos, sí, eran todos”.

¿En qué consistía este entrenamiento? En un patrón que guarda similitudes con el “campo de prisioneros” de cuando los reclutas se transforman en soldados en el Centro de Adiestramiento de Reemplazos: “A las 10 de la noche, a los alumnos les llega un mensaje: la guerrilla está en este puente y la misión es destruir, entrar, infiltrar, poner cargas y agarrar a los guerrilleros vivos. La misión de ustedes

es agarrar a los guerrilleros, destruir el puente y pasar al otro lado del puente”. Como en el curso tigres del CAR, se trata de una emboscada preparada por el equipo de instructores ¿De qué se trata?: “Si los Kaibiles [alumnos] logran pasar sin que los elementos que estén aquí les disparen [los instructores], entonces está bien. Tienen que pasar por el puente. Hay cargas explosivas de dinamita, alambrado, espinas, ametralladoras. Al momento que los Kaibiles [alumnos] entran, comienzan a dispararles. Mientras nadie los agarre, ellos tiene que avanzar”. Los que no logran sortear aquel paso y son capturados serían los primeros en experimentar en carne propia las técnicas de tortura de manos de sus propios compañeros de la siguiente manera: “los que logren caer y los agarran los instructores, esos van a ser torturados. A esos se los llevó [...] Aquí mismo los desnudan, tienen que caminar con un palo metido entre los brazos, crucificados. Al llegar al lugar se les bajan las manos a las rodillas, y se les mete un palo por debajo de las rodillas, encima del otro brazo”. Ya en ese momento tendría lugar el inicio de la clase, que relata el soldado Martín Ramírez:

Aquí están los alumnos que pasaron. A los prisioneros los sientan en una posa de agua, vendados, meneados [amarrados]. Entonces vienen los instructores, se agarran los alambres de batería, le dicen: —¿cómo se llama tu comandante? Dice: —no se. —Ah, ¿no sabés cómo se llama? Y aquel entre el agua [...] Pues son toques de batería. —¿cómo se llama tu comandante? —No sé. Otro, y así, cada uno, hasta que diga: —se llama fulano de tal. Ese ya, muerto. La misión es que uno no tiene que decir nada. Lo agarran a puro chipe [castigo], hasta que amanezca. Ya pasan con el otro: —¿cómo se llama tu cuas? —No se. Y aquel [...] va grito, va grito y va grito.

Otras de las técnicas de tortura que formaban parte del repertorio de lo que se enseñaba aquella noche incluía:

Se le puya¹⁴ con aguja la orilla de las uñas, y ahí tiene que cantar. Hay muchos métodos para sacar [...] Esa silla la subo aquí (sobre la mesa de

¹⁴ Puyar: herir con arma blanca. Propio del lenguaje empleado en El Salvador y Guatemala (DRAE).

centro de la sala), y subo al cuate encima de la silla, lo pongo amarrado de las manos, en cuclillas. De ahí le pregunto [...] Se cae. Sólo lo estoy viendo, nada más. Se viene de cara. Entonces, al sentir que se está cayendo, comienza a hablar. Pero usted no le está preguntando nada, usted nada más lo sube y ahí lo deja.

Otro de los soldados entrevistados recuerda otros métodos de tortura impartidos en aquel centro: “tengo a un prisionero sentado en una caja. Es un prisionero que vale la pena. Aquí [a la derecha] está el jefe de investigación, aquí [a la izquierda] va a haber otro investigador y aquí [al centro] otro investigador. Entonces, de éstos, éste [el de la izquierda] es el malo, éste [el de la derecha] va a ser el bueno”. Colocándose dentro de la situación, el soldado nos relata su papel en aquel ejercicio: “yo le traía su comida [al prisionero] y me sentaba a platicar con él, como amigos. Entonces él [el prisionero] me soltaba la sopa, aunque no toda, pero me soltaba bastante”. En relación con los otros miembros del equipo, comenta: “Pero éstos no, venían directamente: ‘bueno cabrón, vas a decirnos esto y esto ¿o qué?’ A colgarlo, meterle agujas, quemarlo con baterías, hacerlo desgracia, a modo que entre en shock, que ya no sabe ni qué está haciendo. Cuando viene a sentir, ya dijo, ya soltó la verdad. Al ratito ya está muerto”. Pero, afirma, “Hay muchas formas, no sólo es ésta, hay muchas formas de trabajar con prisioneros”. Entre éstas otras, el soldado Jorge Roldán recuerda que “Allí se aprende la capucha, el torniquete en el cuello”, ¿en qué consiste este torniquete? “con una soga y un palo se retuerce, a modo que se le [...]” también comenta de otras técnicas: “Hay otra tortura: le echaban agua en el estómago, luego le poníamos los alambres en el agua que se formaba en el ombligo. Había quienes ponían los cables en los dientes”. El soldado Roldán recuerda otras técnicas: “Estaba otra tortura: con un cáñamo lo amarraban de los testículos. De ahí lo ponían en la viga, y lo iban jalando, poco a poco. Esa es la tortura que yo considero [...] bueno, todas las torturas son terribles”. En otros casos utilizaban formol: “inyectaban formol en las venas. Imagínese la reacción, cómo era: estando amarrado de pies, el cliente saltaba. Qué dolor se le iba formando dentro del cuerpo, le iba circulando, al llegar al corazón, al cerebro [...] O

arrancándoles las uñas; o quitándoles parte por parte del cuerpo, matándolo despacio. A algunos les ponían un pedazo de plástico grueso en la boca y en la nariz”.

Más allá de aquella sesión de clase, en la Escuela Kaibil funcionó un centro de torturas. El soldado Roberto Martínez recuerda que “En el transcurso de ese tiempo (1982) ocurrió algo malo ahí en la Escuela. En esos tiempos se hicieron matazones ahí en la Escuela”. A partir de la delación de personas de las comunidades, que llegaban a la Escuela de Kaibiles, relata:

Llegaba alguien, de entre los jefes de las patrullas civiles a decir: “mire señor subteniente, en tal lugar llega una persona, entra y sale [...] a visitar”. Solo con decir así, ya en la noche se iba a traer a la persona que habían denunciado. En varias ocasiones me tocó a mí ir a traer gente que habían mal informado. Cuando íbamos a traer a alguien, a veces íbamos vestidos de guerrilleros, para decir que la guerrilla era la que andaba matando o secuestrando.

Un soldado se pregunta: “Yo no entiendo cómo, si a estos oficiales les autorizaron, o es que se autonombraron, para hacer y deshacer, para hacer averías”. En otra ocasión le preguntó a uno de sus compañeros: “¿por qué están matando a esta gente?, le dije yo, ¿por qué están agarrando a la gente y la están matando? ‘Pues, según dicen, son guerrilleros’ [fue lo que el soldado le contestó]”. El soldado Federico Cristales recuerda de un área en la Escuela Kaibil que, a la vez que servía como centro de tortura, incluía un cementerio clandestino. Era el “Área Zombi”, donde se desarrollaban las clases para el aprendizaje de nudos. El nombre de esa área viene de una historia:

Una vez, ya habían matado a un cuate. Le echaron gasolina y le prendieron fuego, ya estaba metido en el hoyo. Cuando le echaron gasolina paró y salió corriendo, con llamas. Los subinstructores, que habían ido a matarlo, salieron huyendo. Cuando vieron que cayó, estaba agarrando fuego y se apagó, entonces ya llegaron y lo volvieron al hoyo, lo taparon. Por eso le pusieron Área Zombi, según la historia.

En aquella área, relata el soldado Cristales: “iban a meter bastantes guerrilleros que se agarraban. Ahí era cementerio. Había un montón de muertos”. El soldado Roberto Martínez, quien fue parte de aquella unidad, recuerda una de las escenas que a él le toco presenciar en aquellas instalaciones: “Lo más terrible fue cuando uno de los sub-instructores tenía a unos prisioneros en el salón de la enfermería. Este señor (el sub-instructor), estaba torturándolos de los testículos a los prisioneros. Los tenía colgados de una viga, amarrados de los testículos. Los estaba jalando”. El soldado Martínez también presenció una inyección de formol, recuerda: “Viene otro de los sub-instructores y le pone una inyección de formol a un prisionero en la vena del brazo”. En otra ocasión vio cómo: “Uno de los instructores agarra la bayoneta y para que dijera la verdad, dónde estaba el armamento escondido, dónde estaban los demás guerrilleros, agarra la bayoneta y se la mete en el oído, en la oreja”.

La frecuencia con que aquellos eventos tenían lugar, el soldado la indica así: “eso era de cada rato. Se iba a las aldeas, a los caseríos, a traer [...] decían que eran guerrilleros, que colaboraban con la guerrilla. Los torturaban”. La suerte de los torturados la relata así: “El que entraba ahí ya no salía, ahí se quedaba. No los podían dejar ir por temor que los podrían denunciar”.

6.3. LOS KAIBILES: LA PEQUEÑA ÉLITE QUE GANÓ LA GUERRA

A diferencia de otras fuerzas armadas —el vecino El Salvador, por ejemplo—, en Guatemala, las fuerzas especiales, en 1981-1982, no fueron ordenadas en un esquema concentrado a nivel de brigadas o batallones de fuerzas especiales. Cómo lo explica el oficial Óscar Álvarez “La Fuerza Armada de El Salvador siguió la doctrina convencional de lucha contraguerrillera. Por eso arman los batallones Atlacatl, Ramón Belloso [...]”. Por su parte, el oficial Mario García explica este proceso para Guatemala, en estos términos: “batallones especiales, sólo los paracaidistas. La guerra floreció por todos lados; no se podía mover al batallón especial a San Marcos, a Petén, a la boca costa. Para darle viabilidad a sus operaciones, se necesita logística, y eso

era muy complicado. Por accidente se generó el accionar en pequeñas unidades”. En Guatemala, en cambio “se hizo al revés la cosa: se produjeron muchos Kaibiles, para que esa mística la lleven al resto de unidades del Ejército. En lugar de tener cuatro, cinco unidades especiales, podemos tener comandantes, a un nivel mucho más amplio”, agrega el oficial Álvarez. El esquema apostó, más bien, por la dispersión de las fuerzas especiales, por la formación de líderes de pequeñas unidades de combate: escuadras, equipos de combate, patrullas y pelotones. Este fue el aporte de los Kaibiles que remarca el oficial Julián Domínguez en estos términos: “Ellos vinieron a inyectarle moral y coraje a las unidades regulares. Los Kaibiles le vinieron a dar ese ímpetu, el mantenimiento del ímpetu a la ofensiva militar, porque eran mejor preparados técnica y psicológicamente”.

Entre 1975, año en el que el curso Kaibil empezó a funcionar, y 1981, habían pasado siete años. El porcentaje de comandantes de pelotón que habían tomado el curso era mínimo, en comparación con el total de comandantes de pelotón en todo el Ejército. Por otra parte, eran muy pocos los que tomaban el curso con el grado de capitán, y que tenían a su cargo la comandancia de una compañía o que, tomando el curso con el grado de capitán, habían logrado ascender a mayores grados. Así, el impacto directo de los Kaibiles en las compañías —como comandantes, ejecutivos o comandantes de pelotón— era limitado. El oficial Álvaro Lavarreda estima que para finales de 1980, entre soldados y oficiales “han de haber habido no más de 600 Kaibiles. A esa cantidad de Kaibiles habría que restarles los muertos: 20 [oficiales], para esa fecha. Muchos estaban en otras actividades: de edecanes del presidente, en la Guardia Presidencial. Operativos serían unos 150 [oficiales]. Era un porcentaje bajísimo”. El oficial Guillermo Méndez recuerda que: “Tal vez 5% del total de las tropas militares eran Kaibiles. En el año 82, los kaibiles no significaron la agresividad que le atribuyen al Ejército. Juntos sí eran efectivos. Tenían muchas destrezas que los soldados regulares no. Diseminados en el ejército, se perdía esa fuerza, esa capacidad”. Anualmente se desarrollaban dos cursos para oficiales: uno en verano y otro en invierno. De acuerdo con Lavarreda, para el final del año 1980 eran más o menos 250 los oficiales Kaibiles. Por curso, el promedio de graduados era de, más o

menos, 21 (1975-1980: 6 años, 12 cursos). Así, para finales de 1981, manteniendo el promedio de graduados, el número de oficiales Kaibiles casi alcanzaría los 300.

El oficial García se hace la siguiente pregunta: “¿En dónde estaban estos Kaibiles?” y responde: “Cuando los oficiales [graduados del curso] llegan a los comandos, llegan con grados subalternos. Su influencia es mínima a nivel de pelotón. También los egresados eran colocados en posiciones clave, para reproducir la mística y el espíritu Kaibil; iban a la Escuela Politécnica, la Guardia Presidencial y las tres unidades de paracaidismo”.

En relación con la barbarización de la guerra, los Kaibiles tuvieron un impacto directo, pero limitado: se presentaron a sí mismos como lo peor y lo más cruel, para quienes cometer la atrocidad más feroz contra seres humanos debía ser algo cotidiano y normal. Para muchos soldados, era una aspiración llegar a ser como los Kaibiles, los mejores, los más preparados, pero también los más temidos. Las tropas regulares sabían que eran éstos otros soldados, que éstos sí eran capaces de todo. ¿Y por qué no imitarlos? Aquel año de 1974, cuando se fundó la escuela de comandos que después adoptaría el nombre Kaibil, se creó un mito: el mito de un soldado que sabe causar terror en los otros.

Desde 1979, dio inicio un proceso que transformó a la institución militar guatemalteca. El ejemplo de aquel nuevo tipo de oficial militar, entrenado para llevar a cabo operaciones irregulares, iba a propagarse en el Ejército. Aquel proceso iba a desarrollarse a una velocidad mayor que la de la graduación de 40 oficiales al año. Ya no se trataba de que los jóvenes subtenientes Kaibiles, comandantes de pelotón, inyectaran liderazgo a los pelotones con un singular sentido del deber y de la crueldad. Ahora ellos iban a kaibilizar a todo el Ejército. Los Kaibiles egresados desarrollaron un proceso dentro de la institución armada que de manera informal se llamó “kaibilización”. Explica el oficial Juan Carlos Gálvez: “Hay un fenómeno en el Ejército que se llama la kaibilización de todos los cursos”. El Curso Kaibil es “la bandera o la insignia de la fuerza del Ejército” ¿En qué consistió este proceso? En “hacer que las técnicas que los Kaibiles estaban recibiendo en el Infierno se desarrollarán en todo el Ejército.

Los egresados de La Escuela Kaibil llevan la semilla y se convierten en conductores de cursos que van en esa misma dirección en los diferentes puntos de la república. Esa fue la kaibilización” responde el oficial Mario García.

Por ejemplo, continúa el oficial García “Los paracaidistas tenían un entrenamiento especial; el curso interno se llama ‘Kaibilito’. En Sololá se hace una combinación entre el curso Kaibil y francotirador. Dependiendo de la región y del oponente al que están enfrentando, se hacen diferentes combinaciones. Esto se genera en todas la bases”. El oficial Óscar Álvarez apunta: “en Alta Verapaz, el curso Sultacá; en Santa Rosa, el curso Xinca; en Izabal, el curso Cobra. Eran como ‘kaibilitos’, cursos para entrenar a la tropa en términos irregulares”. En la Escuela Politécnica, el centro de formación de oficiales del Ejército, “el curso de graduación se kaibilizó tremendamente. Las pruebas eran tremendamente más difíciles”, afirma el oficial Mario García Orozco. El oficial Óscar Álvarez recuerda que “se crearon muchos cursos en todos los comandos militares que eran como ‘kaibilitos’: el Sultacá, el Kamikaze, el Cobra, el Xinca, el Sinacán”. Así, “Cada zona militar creó su propio curso de guerra irregular, hechos por oficiales Kaibiles, impartido por oficiales Kaibiles. Era como ver reproducido y multiplicado el esquema en muchos ámbitos de acción”. Como parte de este proceso, el oficial Lavarreda afirma que “el índice de accidentes en entrenamiento se eleva, porque estamos forzando a la gente a hacer cosas que nada que ver”.

Al parecer, por su magnitud, por lo acotado del territorio y por el número de tropas empleadas, las campañas contraguerrilleras de 1966 y 1967 no habían transformado el carácter regular del Ejército. Al término de aquella campaña, el Ejército de Guatemala continuaba siendo un ejército cuya perspectiva estratégica y diseño institucional eran el de una fuerza entrenada, armada y preparada para una guerra regular. El oficial César Calderón señala que “el brote [guerrillero de los sesentas] se supone controlado y se regresa a la misma rutina”. El oficial Domínguez recuerda que cuando él se graduó, todavía “no había conflicto. El conflicto había terminado. En nuestra formación en la Escuela Politécnica nunca se definió un enemigo. Se hablaba del concepto histórico de las guerrillas de los años 60”.

El oficial Calderón recuerda que la instrucción estaba orientada hacia: “un conflicto mundial. Todo el vocabulario, todo lo hacíamos pensando que en algún momento íbamos a ser parte de un esfuerzo de occidente contra los rusos, allá por Alemania o en algún lugar. Nunca veíamos que aquí podía darse el conflicto en los niveles que se dio”. El oficial Guillermo Méndez advierte que “el ejército de los años 70 al 74, 75, no se entrenó para involucrarse en una guerra de guerrillas. Dentro del *pensum* de estudio de la Escuela Politécnica, el tema contrainsurgente era un tema anecdótico e histórico”. El oficial Calderón apunta que la doctrina militar que entonces recibían era de guerra regular: “frentes definidos, grandes unidades, maniobras de ejércitos, armamento, doctrina. Todo era para una guerra regular, doctrina norteamericana y de los países europeos, fundamentalmente España y Francia”. Por su parte, el oficial Mario García Orozco comenta que en la Escuela Politécnica a ellos les impartían materias relacionadas con la guerra regular: “Ellos [los instructores] al final nos dieron un brochazo [sobre la guerra irregular]: —miren, esto es lo que está sucediendo, esto es lo que norma la historia, con las experiencias en otros países, ésta es la experiencia gringa. Eran 12 o 15 días previos a la graduación que uno tenía un curso especial”. Con una anécdota, el oficial Óscar Álvarez recuerda la forma cómo esa tensión entre la guerra regular y la guerra irregular se presentaba en los cursos. El párrafo a continuación también es indicativo de la percepción que del conflicto tenían los profesores, particularmente un miembro del alto mando, gran estrategia militar durante los años ochenta:

Me recuerdo que una vez, en clases sobre historia militar, un alumno le preguntó al general Gramajo, en que paz descansa, le dijo: — ¿Qué podemos nosotros saber de la guerra interna que vive el país? Él estaba dando historia militar... Entonces dijo: — Cadete: yo estoy hablando de guerras, no de comezones. Entonces, el alumno dijo: — Pero si una comezón no la atiende a tiempo y se le vuelve crónica, puede gangrenarse, puede infectarse. Se quedó callado. — Aún así, dijo, seguiría siendo comezón, porque un pie se puede amputar. Allí quedó la discusión.

El oficial Álvarez recuerda la forma como se fue introduciendo el estudio de los clásicos de la contrainsurgencia en el Ejército de Guatemala. En el relato se acentúa el cambio que esto implicó: “Antes, si a uno le encontraban un libro sobre el movimiento revolucionario lo podían expulsar del Ejército: Mao Tsé-tung, *Las pruebas del fuego*, [de Regis Debray] *La revolución permanente*, de Trosky, *El Estado y la revolución*, de Lenin, Rosa Luxemburgo, la experiencia China, Truon Chin, *La guerra de guerrillas*, [del Ché Guevara], *La coyuntura*, de ORPA, los escritos de Mario Payeras [...]” Entonces, se produce un quiebre, de manera que: “A partir del 80 empezó la competencia por ver quién era el que sabía más respecto al oponente. Era analizar: ¿ahora cuál es la línea de ORPA? ¿cuál es la línea de EGP? ¿cuál es la de FAR? Todo mundo discutía sobre esos temas, ¿cómo combaten? ¿cuáles son sus convicciones? ¿cuáles son los principios?” En definitiva, eso: “permitió dar al Ejército un salto cualitativo, en sus formas de lucha. En el 80, 81 fueron años bien críticos para todo eso. De mucha preparación”.

El oficial Álvarez apunta que hubo tendencias que intentaban introducir la guerra irregular como parte de la doctrina militar. Así, recuerda que hubo “otro tipo de oficiales que en ese periodo de los años 60 van a Estados Unidos. Ellos entienden que el conflicto es mundial y que lo más probable, para estos países, es que se de ese tipo de cuestión [una guerra de guerrillas]. Entonces, empiezan a insistir en que hay que prepararse para una eventualidad interna”. Dentro del Ejército, esta tendencia genera la siguiente respuesta; en la evaluación del oficial Álvarez, “hay, creo yo, una buena resistencia a eso. Los mandos no consideraban que llegara a tener esa dimensión el problema”. El oficial Álvarez también recuerda cómo las experiencias de guerra francesas¹⁵ llegaban hasta el Ejército de Guatemala:

¹⁵ Sobre las experiencias de guerra francesas véase Trinquier, 1964. La guerra de independencia de Argelia concluyó en 1962, con la victoria del Frente para la Liberación Nacional (FLN). La independencia puso término a más de un siglo de colonización francesa, que había empezado en 1830. La guerra de independencia forjó una escuela de tácticas de contrainsurgencia. Varios de los militares franceses que, desde su experiencia, sistematizaron aquellas prácticas, pasaron luego a enseñar tácticas de guerra de contrainsurgencia en un centro de entre-

En esa época hubo conferencias de visitantes españoles y franceses. Había una predilección por los franceses. Un grupo de cadetes del 2 de agosto que terminaron su formación militar en Saint Cyr (Academia Militar Nacional de Francia), Francia. Ellos estaban en niveles de toma de decisiones (Benedicto Lucas, Girón, el general Cáceres). Cada vez que venía a Guatemala el agregado de defensa de Francia, que estaba en México, era obligado que nos tiráramos un par de “días franceses”.

Cuando se tomó la decisión de lanzar la invasión a Belice, y cuando se advirtieron las virtudes que una estrategia de guerra irregular podía tener en aquel territorio, y se creó la Escuela de Kaibiles, el horizonte de la guerra regular empezó a cambiar. Así lo explica el oficial César Calderón: “El criterio era que nosotros teníamos que prepararnos para invadir Belice, de repente para defendernos contra México. Yo regreso a finales del [año] 75, y todavía hay un criterio de tipo re-

namiento especializado en este campo —la guerra contrasubversiva— creado en 1958. En este centro tomaron cursos oficiales de varios países. Estos militares se han distinguido por referirse directamente al empleo de métodos de tortura contra los oponentes. Además del coronel Roger Trinquier, autor del manual que resume aquellas experiencias (*La guerra moderna*), de esta escuela de contrainsurgencia se destaca el general Paul Aussaresses (2002), jefe de la inteligencia francesa en la batalla de Argel. En 1959 a la Escuela de Guerra de Buenos Aires arribó una misión militar francesa permanentemente con el propósito de compartir sus conocimientos en la guerra contrarrevolucionaria. En 1961 la Escuela Superior de Guerra Argentina organizó el Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria, en el que participaron 14 países. En 1961 Aussaresses fue nombrado agregado militar de la embajada francesa en Washington. De esa forma, él y un equipo de diez oficiales se convirtieron en instructores invitados al Fuerte Bragg en Carolina del Norte, sede de la escuela de contrainsurgencia de Estados Unidos. En Brasil, en 1973, durante la dictadura militar, el general Aussaresses enseñó tácticas de contrainsurgencia en el Centro de Instrucción de Guerra de Selva en Manaus, Brasil (Robin, 2004). El general Manuel Contreras, Jefe de Inteligencia durante la dictadura de Pinochet en Chile, reconoció que ellos aprendieron de Aussaresses, cuando este se encontraba en Brasil (Robin, 2004). La experiencia de ambos, Trinquier y Aussaresses, motivó las novelas *Los Pretorianos* y *Los Centuriones*, de Julien Boisfeuras. Sobre la guerra de Argelia véase también David Galula (1963); (1964).

gular [...] Hasta el año 75, ese era el pensamiento militar. En el año 76 se inició un movimiento de la guerra regular a la guerra irregular”. De forma más precisa, el oficial Calderón sentencia: “Yo creo que ese fue el partaguas del pensamiento militar [refiriéndose a la fundación del Curso Kaibil]. Empezamos a hacerlo todo en función de ser guerrilla. Esa es la función de las fuerzas especiales. Las fuerzas especiales son guerrillas oficiales”.

El impacto del proceso de kaibilización en la institución militar determinó la manera en que el Ejército se adaptó a la guerra de guerrillas y lanzó la ofensiva en noviembre de 1981. La kaibilización representó un quiebre fundamental para explicar lo que más adelante sucedería en las comunidades indígenas: en palabras del oficial Óscar Álvarez, el proceso de kaibilización “llevó a que el Ejército dejara de pensar en términos regulares y fuera a una lucha irregular, a nivel de todas sus unidades [...] Fue mucho más fácil para el Ejército adaptarse. Esa fue una transformación con la que se dejó de ser un ejército regular y se convirtió en un ejército irregular. Estamos hablando de 1979, 1980, 1981”. En medio de la guerra, la “manera Kaibil” de forjar a las tropas representó la ruptura definitiva con la idea de un ejército acuartelado, preparado para guerras convencionales, de posiciones, con graves problemas de movilidad, y que reaccionaba a ataques de manera errática.

Pero los instructores del curso Kaibil no sólo se dedicaban a impartir el curso. Además de ello, en un intento por mantener actualizadas las enseñanzas, durante los recesos entre cursos, explica el oficial Martínez: “En ese periodo, nosotros [los instructores] salíamos a operar con las unidades regulares”. El propósito de ello era: “probar y conocer cómo se habían desarrollado las prácticas en la realidad, para ponernos al día, de qué estaba sucediendo en la guerra y venirlo a reproducir en la Escuela”. Cuenta Martínez que uno de los miembros del alto mando les decía: “—Vayan a probar, si lo que están enseñando es bueno muchá”. Pero pronto esta práctica, institucionalizándose, iba a transformar a la institución.

6.4. LA PATRULLA KAIBIL

Una mañana de mayo de 1982, un pelotón de la Zona Militar núm. 23 con sede en Poptún, Petén, cerró la Escuela de Kaibiles.¹⁶ Días antes, Efraín Ríos Montt, el jefe de Estado, había ordenado cerrar el Centro de Adiestramiento y Operaciones Especiales Kaibil. El oficial Guillermo Méndez recuerda que “el jefe del Estado Mayor creía que juntos, en operaciones militares, los Kaibiles podían ser más efectivos que las patrullas regulares. Entonces, se integraron los Kaibiles a hacer [patrullajes, a ejecutar operaciones contraguerrilleras]” Con esa decisión se rompían años de tradición en la historia militar de Guatemala. Hasta entonces, relata el oficial Mario García, los paracaidistas eran la única “unidad grande de maniobra de fuerzas especiales. Era la única unidad fuerte”.

El evento clave que transformó la rutina de aquel grupo de oficiales y sargentos fue el Golpe de Estado del 23 de marzo de 1982. En aquel momento, recuerda el soldado Martín Ramírez, ellos, se encontraban concluyendo el primer curso anual para soldados. Lue-

¹⁶ “[...] La Pólvara, era la Escuela donde se forman los Kaibiles. Entonces, esa quedó completamente cerrada, dijimos nosotros, porque un pelotón de la veintitrés —que no eran Kaibiles— habían quedado destacados allí en la Escuela”, Declaración Testimonial de César Franco Ibáñez, 27 de mayo de 1997. Ampliación de la Declaración Testimonial de César Franco Ibáñez, 21 de octubre de 1997. De acuerdo con Ortega (2003: 104-105), en las instalaciones de La Pólvara continuó impartándose el Curso de Supervivencia y Operaciones Especiales Jimba. Fundado en octubre de 1979, el curso funcionó hasta finales de 1982. Entre los instructores fundadores se cuenta a: mayor de infantería Mario Roberto García Catalán; capitán de infantería Julio Roberto Alpírez (jefe de curso, segunda promoción Kaibil); teniente de infantería Julio Roberto Soto Bilbao; teniente de infantería Mario Roberto Grajeda Toledo (primera promoción Kaibil); teniente de infantería Rubén Haroldo García Mayén; teniente de infantería Mario Efraín Ávalos Mejía. Tres de los seis integrantes de este grupo curso habían pasado por la Escuela de las Américas: el jefe del curso, capitán de infantería Julio Roberto Alpírez (Armas de Combate y Servicios de Apoyo CC-3, del 13 de julio al 30 de octubre de 1970); teniente de infantería Julio Alberto Soto Bilbao (Curso Básico de Combate, Contrainsurgencia, del 26 de agosto al 13 de diciembre de 1974); y, teniente de infantería Mario Efraín Ávalos Mejía (Curso Básico de Combate, Contrainsurgencia, del 26 de agosto al 13 de diciembre de 1974) (soaWatch).

go, “a principios de abril, dijeron que ya no había curso, que nosotros nos íbamos a Mariscal Zabala”. Recuerda que estuvieron “un mes en Mariscal Zabala, y de ahí nos trasladaron a la Guardia de Honor”.

Las instrucciones que en aquel momento les dieron, recuerda el soldado Martín Ramírez fueron: “que preparamos mochilas, equipo, municiones y todo lo que teníamos, porque íbamos ir a apoyar una zona que estaba muy dañada por la guerrilla”. El soldado Ramírez cuenta que al bajar del avión, en las instalaciones de la Fuerza Aérea, el Jefe de Estado les dio una charla. El soldado trae de su memoria algunos pasajes del discurso del general Efraín Ríos Montt:

Yo di la orden que se reunieran, ustedes son una patrulla especial, capacitada para entrar directamente en combate en cualquier montaña, a la hora que sea, bajo las temperaturas [que sean], no importando terreno, enemigo, ni nada. Oigan bien: si no funcionan, la Escuela se cierra, ya está cerrada. Si ustedes no funcionan en el campo de batalla, los matan, les roban fusiles, no sirve la Escuela Kaibil, entonces ¿para qué?, ¿para qué tenemos gente ahí? Entonces ya no hay fuerza especial, ya no hay nada y adiós Escuela Kaibil, ya no entrenamos gente. De ustedes depende la Escuela Kaibil. De ustedes depende la vida de muchos soldados que se están muriendo en la montaña. Ustedes vinieron, entrenaron, son buenos para esto, ahora, demuéstrenlo en la montaña, bajo fuego enemigo, a ver si de veras me responden en la montaña. Sobre sus hombros pongo la nación de Guatemala. Ustedes llevan la bandera cruzada en el pecho, el emblema del Quetzal en la frente, así es que ¡a defenderlos! ¡vámonos!

El tono de preocupación que se lee en los trozos del discurso y que el jefe de Estado compartió con aquel grupo de soldados refleja el ambiente que se vivió dentro del Ejército en aquel momento. El oficial Fernando Cordón también recuerda el momento del cierre de la Escuela Kaibil: “Sólo hubo un periodo que [el Curso Kaibil] estuvo cerrado. No podíamos tener oficiales dos meses entrenando, si teníamos un apremio entre manos”. El oficial Álvarez recuerda que “a esa altura, finales del 81, todo el recurso humano del Ejército se involu-

cra en las operaciones. A excepción de la Escuela Politécnica, las escuelas se cierran”. El oficial Álvarez recuerda que en aquel momento “La necesidad de oficiales para conducir operaciones era muy grande. Ya había triunfado la revolución nicaragüense, en El Salvador se estaba peleando casa por casa, cuadra por cuadra”.

El personal que brindaba el curso, tanto los oficiales instructores como los sargentos sub-instructores y especialistas, se convirtieron entonces en una patrulla de operaciones. El sargento César Franco apunta: “todos los que estábamos allí, los dieciocho que estábamos allí (en La Patrulla), salimos de La Pólvara [de la Escuela Kaibil]. La patrulla de nosotros era una patrulla directamente de combate. No para patrullar el área por meses sino sólo para entrar directamente en combate, en contacto con el enemigo”. Ampliación de la Declaración Testimonial de César Franco Ibáñez, 21 de octubre de 1997. Aquel momento es recordado así por el soldado Martín Ramírez: “los Kaibiles, los sub-instructores e instructores, iban a ser la fuerza especial de Guatemala, una patrulla especial. Entonces, nos organizaron en una patrulla dirigida por el alto mando del Ejército; estábamos a cargo del D3 [Director de Operaciones] del Estado Mayor”. El Oficial Domínguez afirma que el mando de la unidad estaba “bajo control de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor. Ésta dirección podía empeñarla únicamente bajo la responsabilidad del jefe del Estado Mayor. Así es como termina la unidad de Kaibiles empeñada en Quiché, en el área de la Fuerza de Tarea Gumarcaaj, el toso”. La forma como aquella unidad era utilizada se refleja en la narración del soldado Martín Ramírez: “atterrizaron dos helicópteros que iban clasificados para nosotros. Nosotros íbamos a estar en Quetzaltenango a pedido de cualquier unidad que tuviera problemas en combate”.

Previo a salir a una operación, el soldado Alejandro Velázquez recuerda que “teníamos que pasar al aula del S-3 [Sección de Operaciones], y el S-2 [Sección de Inteligencia], porque son los dos que mueven todo”. ¿De qué se trataba esa reunión?

Hablaba el D-3: van a patrullar, esto, esto y esto [...] De ahí entraba el S-2: hay información que en tal pueblo esto, esto y esto [...] en coordenadas tal [...] nos iban mostrando. Él ya tenía marcado su mapa con

una varita nos iba señalando: el punto de partida, el punto de llegada, el punto de persecución [...]. Él ya tenía toda la operación hecha. [...] Los integrantes de la patrulla ponían atención para ver cómo estaba organizada la operación en el mapa, y las coordenadas en dónde [íbamos] a caminar, qué clase de terreno hay, el tipo de operación. Entonces ya se organiza la patrulla: cómo va ir organizada la patrulla, a cuánto de distancia entre elemento y elemento.

El centro operacional de la Patrulla Kaibil estuvo localizado en la Brigada Militar de Quetzaltenango y en la Base Aérea del Sur. Durante un tiempo, se centraron en apoyar las operaciones contra la Organización del Pueblo en Armas, ORPA.

En ese entonces, reconoce el insurgente de la ORPA, Francisco Morales, “nosotros teníamos dos frentes: el Frente Diego Soc (de retaguardia), y el Frente Luis Ixmatá”. El primero estaba ubicado alrededor del “[volcán] Tacaná y el [volcán] Tajumulco [en el departamento de San Marcos, frontera Sur con México], arriba de la Finca Palmira”. La ubicación del Frente Luis Ixmatá se hallaba, para 1982, entre “Chicacao (Municipio de Suchitepéquez), Patzaquin (Sololá) y Pochuta (Chimaltenango), después nos fuimos extendiendo hacia la capital”. El insurgente Jorge Campo, comenta que “en el 82 tuvimos que desalojarla [la zona de operaciones de la columna uno, al mando del comandante insurgente Everardo]. Ellos tuvieron problemas con una compañía de paracaidistas que estaba en la finca Filadelfia [Santo Tomás La Unión, Suchitepéquez], y fueron absorbidos por nuestra fuerza. Nosotros, [‘La Columna Cinco’, del Frente Luis Ixmatá¹⁷], que no pasábamos de ser unos 17, de repente tuvimos un refuerzo de 22”.

Durante 1981, la estrategia de ORPA consistió en, explica el insurgente Campo “tomar una finca, ellos [el Ejército] reaccionar, caían en el dispositivo”. Pero luego, el Ejército cambió la táctica, ahora “decidieron atacar el puesto de mando en la retaguardia montañosa. Por la experiencia anterior, ellos habían detectado los campamentos”, continúa Campo. Para 1982, las unidades de la guerrilla “Salían a hacer

¹⁷ El nombre “Columna 5”, era empleado con el propósito de confundir y hacer pensar al Ejército que había 5 columnas y no dos, y luego una, como era la realidad.

operaciones, dando la impresión que regresaban al campamento, pero esa era la carnada. Realizábamos operaciones de atracción. Cuando incursionaban [el Ejército] estaban las emboscadas”. Finalmente, el insurgente Jorge Campo hace un balance de aquella época: “sin parar, pasamos peleando desde principios del 1982 hasta junio de 1983. Fue una campaña que nos dio excelentes resultados, nunca fuimos tan victoriosos como en esa época”.

Para responder a ese desafío, en abril de 1982, el Estado Mayor General del Ejército creó el Teatro de Operaciones Sur Occidental. Éste concentró, en el jefe del Estado Mayor General del Ejército, el entonces coronel Héctor Alejandro Gramajo Morales, una zona de operaciones que iba del departamento de Escuintla hasta el departamento de San Marcos y de las costas del Océano Pacífico hasta la carretera interamericana. Incorporaba a dos brigadas militares, una base aérea y varios destacamentos: la Brigada Militar General Manuel Lisandro Barillas (BM-GMLB), Quetzaltenango; la Base Militar de Tropas Paracaidistas General Felipe Cruz (BMTP-GFC), en Escuintla; y la Base Aérea del Sur, Coronel Mario Enrique Vásquez Maldonado, con sede en Retalhuleu, fundada en 1980. Sobre el toso, el oficial Domínguez señala que, con Gramajo, “Desde el punto de vista generacional hay un cambio. Es un coronel con una formación mucho más amplia, más completa el que viene a dirigir eso. Había venido de estudiar en Estados Unidos. Él era el agregado militar en Washington. Él trae el concepto de Teatro de Operaciones”. Este teatro se creó a partir de la experiencia contraguerrillera de 1966-1967: “lo que fue el Teatro de Operaciones de Nororiente, que sirvió en Zacapa”. Estaba constituido de la siguiente manera: “Una unidad de apoyo de combate, una unidad de maniobra, que eran las unidades de paracaidistas y un grupo de fuerza aérea”, termina señalando el oficial Domínguez. Desde la perspectiva de los rebeldes, el insurgente Francisco Morales recuerda que ellos tienen “la primera información de la creación del toso cuando despliegan ofensivas más numerosas, una mayor movilización, mayor poder de fuego, con mayor capacidad de reacción, más rápido”.

El oficial Julián Domínguez apuntó que el propósito del toso fue “asegurar dos áreas de actividad económica: la producción de caña de azúcar y de algodón. En su última etapa, ya para exportar, estos pro-

ductos iban a ser quemados [por las guerrillas]”. De acuerdo con el insurgente Francisco Morales, en aquella zona de la Bocacosta coincidían dos factores: “el factor económico, de la agroexportación: las fincas —la producción de café, caña de azúcar y algodón— eran un factor económico decisivo”. El otro factor era la población, porque en el “altiplano se daba la mayor concentración de población del país”. También, como parte de esta combinación de factores, conforme la lectura que de esto realizaba la ORPA “en esta zona está la carretera del Pacífico, la carretera panamericana y la interconexión que había de las diferentes fincas hacia las zonas montañosas”. Militarmente, continúa el relato del insurgente “esto les facilitaba un despliegue, reabastecimiento y recambio de hombres más rápido”. Por ejemplo, señala Morales:

Cuando el Ejército enviaba una fuerza a la frontera de Huehuetenango, la fuerza que iba ahí, iba a la mano de Dios. Implicaba incursionar en zonas muy apartadas, con escasa población, sin vías de comunicación. En el camino sufría mucha vicisitudes, choques, emboscadas. Ellos no tenían capacidad rápida de evacuación, ni refuerzos. Desde el punto de vista de la concepción clásica de la guerrilla esto [los territorios donde se hallaba ORPA], poblado y con muchos cultivos, era un terreno inapropiado para la lucha guerrillera. Para combinar un actor social fuerte, en un lugar donde la producción y la economía eran decisivas, nosotros hacemos el análisis de la sociedad.

Sin embargo, la Patrulla Kaibil no fue asignada a una Brigada Militar. El ex sargento César Franco recuerda: “[...] nosotros no andábamos destacados directamente en un sólo lugar, sino que nosotros andábamos móviles. O sea que por lo menos nosotros estábamos en el departamento de Retalhuleu, pero había un combate en las faldas del Tajumulco [volcán en el departamento de San Marcos] por ejemplo, entonces, luego, la fuerza especial: dos helicópteros nos iban a tirar allí [...]”. El especialista Pinzón llega a contabilizar quince enfrentamientos en siete lugares distintos: Cuarto Pueblo, Ixcán, Quiché; San Marcos; Patulul, Suchitepéquez; Cabeza de Burro, Chicacao, Suchitepéquez; Colombia, Costa Cuca, Quetzaltenango; San Martín

Chile Verde, Quetzaltenango; Santa Lucía Cotzumaljuapa, Escuintla; San Francisco Miramar, Quetzaltenango. César Franco, ex sargento sub-instructor kaibil, recuerda la diversidad de tareas y lugares que, luego del golpe de Estado del 23 de marzo de 1982, le fueron asignadas a aquella unidad especial por parte del propio jefe de Estado: “nos llevaba a Mariscal Zabala, nos tenía de civil, nos mandaba uniformados, nos mandaba al Quiché, del Quiché nos mandaba a Retalhuleu, así nos tuvo. Después, que tenía miedo y que mejor quería la unidad ahí cerca, en Mariscal Zabala, por cualquier emergencia para cubrirlo a él”. Uno de los integrantes de aquella patrulla recuerda que “en el Quiché, entre el monte, entre la montaña, a tres metros los guerrilleros nos agarraron, no los mirábamos. Ahí no puede uno actuar conforme uno sabe, conforme uno se ha entrenado, no se puede. Allí solo es de que cuidarse uno y cuidar al resto que viene, y abrir fuego a diestra y siniestra”. Otro de los integrantes de la patrulla afirma que “según me cuentan [él no participó], la patrulla de kaibiles retrocedió cuando tuvieron una emboscada en Quiché, ahí sí fue serio”.

Entre los que se quedaron en la Escuela de Kaibiles, el soldado Benjamín Figueroa nos cuenta: “nosotros no sabíamos nada de lo que iban a hacer; se fueron. Nosotros no sabíamos nada. Lo único que sabíamos era que se habían ido [La Patrulla Kaibil] para Quetzaltenango”. Luego del golpe de Estado y de la salida de la patrulla, sólo con los especialistas, la rutina en aquellas instalaciones se transformó: “en los caseríos, se empezó a desarmar a la población. En ese tiempo fue cuando se organizó la autodefensa civil. Se tomaban la potestad de matar a quien se les antojara. En un aula tenían a unos capturados, los mataban. Ahí fue donde principió la guerra para mí”, termina diciendo Figueroa.

Entre oficiales (5), especialistas (4) y sub-instructores (12), la Patrulla Kaibil estaba conformada por 19 elementos.¹⁸ El mando de la

¹⁸ A continuación se presenta un análisis de los integrantes de la Patrulla Kaibil. Esto se realiza a partir del examen de los documentos siguientes: “Solicitud de orden de aprehensión”, 29 de marzo de 2000. “Declaración Testimonial de Favio Pinzón Jerez”, 27 de mayo de 1997. “Barrios Celada a Melgar Valenzuela” (29 de agosto de 1997/a). “Barrios Celada a Melgar Valenzuela” (29 de agosto de 1997/b). “Barrios Celada a Melgar Valenzuela” (4 de noviembre de 1997). Véase la bibliografía.

patrulla estaba conformado por tres oficiales que habían entrado a la Escuela Politécnica en enero de 1973. Egresados en 1977, con el grado de subteniente, completaron su servicio como comandantes de pelotón, con el grado de subteniente, entre 1977 y 1980. Entraron a la Escuela Kaibil en 1981 (entre enero y julio). Todos —a excepción de uno que muere en condiciones que se desconocen— están aproximadamente tres años de servicio en la Escuela Kaibil. Dos de los tres oficiales que constituían el mando (exceptuando el que muere) pasan a la Escuela Politécnica (el centro en el que se forman los futuros oficiales militares), donde están cuatro y dos años, desempeñándose como comandantes de pelotón, ejecutivos de compañía y comandantes de compañía. Alcanzando posiciones respetables, estos dos oficiales coronan sus carreras militares (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

El otro oficial, para aquel entonces con el grado de teniente, entró a la Escuela Politécnica en 1974, salió egresado en 1978. También llegó a la Escuela Kaibil en 1981. Allí estuvo tres años. Comparte con los otros tres subtenientes la valoración sobre el final de sus carreras militares (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

El subteniente de la patrulla ingresó a la Escuela Politécnica en 1976 y salió en 1979. Se incorpora a la Escuela Kaibil en 1981. Sin embargo, es el único que luego de la Escuela Kaibil pasa inmediatamente a ser comandante de pelotón en una zona de combate (la Zona Militar núm. 20, Santa Cruz, El Quiché). Deserta en mayo de 1985, cuando era comandante de pelotón en la Escuela Politécnica (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

El comandante de la Patrulla Kaibil, teniente coronel Arévalo Lacs y los oficiales (tenientes y subteniente) a su cargo, coincidieron anteriormente en la Escuela Politécnica. Mientras ellos eran cadetes (entre 1973 y 1979), él fue Comandante de Pelotón (1 de enero de 1973 a 1 de mayo de 1973); Comandante de Compañía (1 de julio de 1978 a

1 de enero de 1979); Oficial S-1 y S-4 de Batallón (1 de enero de 1979 a 1 de julio de 1979); ejecutivo de batallón (1 de julio de 1979 a 1 de febrero de 1980). Arévalo Lacs saldría de su cargo en la Escuela Politécnica, como ejecutivo de batallón, a la Escuela Kaibil. No obstante, sólo uno de los cinco oficiales que integraban la Patrulla Kaibil, se incorporó a la Escuela de Fuerzas Especiales en fechas posteriores a la llegada de Arévalo Lacs. Los oficiales ya estaban en el Centro Kaibil cuando el jefe de la Patrulla Kaibil llegó (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

La decisión de destinar a dos de los tres kaibiles que se constituyeron en el mando de la Patrulla Kaibil a la Escuela Politécnica, evidencia una clara intención de hacer que los futuros oficiales recibieran un cierto tipo de entrenamiento. Es este un elemento de especial notoriedad. Finalmente, el jefe de la patrulla, el teniente coronel Arévalo Lacs, antes de ir a dirigir la Escuela de Fuerzas Especiales, había pasado tres años en la Escuela Politécnica.

La otra parte del pelotón está conformada por diez y seis (16) elementos de tropa. De estos subinstructores, sargentos primeros, sargentos segundos, cabos de escuadra, destaca su larga carrera militar. Luego de dar por terminados sus 30 meses de servicio militar éstos se reenganchaban, ya como soldados profesionales. La tropa que integraba la Patrulla Kaibil no estaba constituida por soldados en su servicio militar, sino por soldados profesionales. Se trata de elementos de tropa que, mientras prestaban servicio militar, se habían destacado en los pelotones en donde estaban integrados. Desde allí, salieron para las cuatro semanas del Curso Kaibil, donde probaron sus habilidades. Tal era la forma en que —en términos generales— seleccionaron a este personal. Algunos de los subinstructores —dos (2) al menos— tuvieron un paso previo por la otra unidad de fuerzas especiales: los paracaidistas. Se trata de los ex sargentos primeros especialistas subinstructores kaibiles, Bulux Vicente Alfonso y Carlos Humberto Oliva Ramírez (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

En cuanto a las fecha de ingreso al centro de operaciones especiales, éstas van desde inicios de 1976, hasta marzo de 1981. Todos estaban en el Centro Kaibil antes que el jefe del curso y de la patrulla, teniente coronel Arévalo Lacs, fuera nombrado en el cargo (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29 de agosto de 1997/b). En promedio, los elementos de tropa que integraron la Patrulla Kaibil, pasarían en la Escuela Kaibil 9 años de servicio (los números polares son 13 y 2, en un caso en el que se dio baja “por faltas graves”). De los nueve elementos con los que se cuenta con una información detallada de su historial de servicio, tres (3) de ellos terminaron su carrera militar en el Centro Kaibil, se trata del ex especialista de ayudas Freddy Antonio Samayoa Tobar (baja por faltas graves al servicio); el ex cabo especialista José Mardoqueo Ortiz Morales (solicitó su baja). Hasta 1997, el ex sargento primero especialista subinstructor kaibil Carlos Humberto Oliva Ramírez, continuaba su carrera militar en la Escuela Kaibil. Tres (3) fueron trasladados al Estado Mayor Presidencial, donde realizaron su carrera militar: el ex sargento primero especialista subinstructor kaibil Bulux Vicente Alfonso; y, los ex cabos especialistas subinstructores Manuel Pop Sun y Reyes Collin Gualip. Tres (3) pasaron al Estado Mayor de la Defensa Nacional, donde, al igual de sus otros compañeros continuaron realizando su carrera militar: ex sargento segundo subinstructor Cirilo Benjamín Caal Ac, y el ex cabo especialista subinstructor César Francisco Franco Ibáñez; y Santos López Alonso (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

De aquel grupo de diez y nueve (19) soldados, dos (2) han muerto por causas que se desconocen (el enfermero Obdulio Sandoval y Jorge Basilio Velásquez López) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

De los catorce (14) restantes, tres (3) han declarado contra sus compañeros ante los Tribunales de Justicia (el ex cabo especialista subinstructor Manuel Pop Sun; el ex cabo especialista subinstructor César Francisco Franco Ibáñez; el ex cocinero Fabio Pinzón Jerez). Uno más,

salió a Estados Unidos, debido a que se conoció que adoptó a uno de los niños huérfanos, quien rindió su declaración en los tribunales, se trata de Santos López Alonso (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b).

Hasta 1997, de los diez (10) restantes, cuatro (4) continuaban prestando su servicio en la institución armada, son ellos: el subinstructor Bulux Vicente Alfonso, el ex sargento primero especialista subinstructor Carlos Humberto Oliva Ramírez, el ex cabo especialista subinstructor Reyes Collin Gualip y Gilberto Jordán. Tres (3) solicitaron su baja, el ex cabo especialista mecánico José Mardoqueo Ortiz Morales, el ex radio-operador Manuel Cupertino Montenegro Hernández y Daniel Martínez Méndez. Otros tres (3) fueron dados de baja por faltas, el ex sargento especialista sub-instructor Cirilo Benjamín Caal Ac, baja por abandono; Pedro Pimentel Ríos, baja por abandono; y, el especialista de ayudas Freddy Antonio Samayoa Tobar, baja por faltas graves (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/a) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 4. IX. 1997) (Barrios Celada a Melgar Valenzuela, 29. VIII. 1997/b). Hacia 1982, el promedio de edad de la tropa de la patrulla era de 27 años.

CONCLUSIONES

Fuera porque Belice se hallara en los presupuestos de los planificadores militares, o porque se tratara de un proceso que inició en 1959, con “Los escorpiones”, el primer curso de fuerzas especiales, lo cierto es que en 1974, cuando se tomó la decisión de fundar la Escuela Kaibil, el país vivía en un estado de aparente tranquilidad. Nadie podía pensar que cinco años más tarde en Centroamérica se libraría la batalla más importante de la guerra fría en el continente. Entonces, cuando la guerra llegó, fue como si el alto mando y los planificadores militares voltearan a ver y se encontraran con una pieza fundamental: un curso que podría adaptar la institución militar a las necesidades tácticas propias del tipo de guerra que se miraba venir.

Los relatos que forman parte de este capítulo dan una visión muy vinculada con el comportamiento de las tropas gubernamentales en las masacres perpetradas en las aldeas del altiplano noroccidental, el lugar donde se cometió el genocidio guatemalteco. La capacidad de devorar carne de seres vivos con los dientes, de torturar, de cumplir las órdenes de matar a civiles indefensos, de soportar las adversidades del terreno y el hambre, terminó por hacer que un ejército que todavía pensaba en tanques, cañones, infantes uniformados portando fusiles en formaciones, se enfocara en un nuevo adversario: las comunidades indígenas.

El aporte de los kaibiles en la guerra de contrainsurgencia no se limitó a ser líderes de pequeñas unidades de combate, comandantes o sargentos de pelotón. La idea original era que ellos, con su ejemplo, sus destrezas y sus capacidades tácticas, movieran a las unidades militares en el combate. Los kaibiles se transformaron en un mito: eran el ejemplo de lo que todas las tropas debían llegar a ser. Pero su aporte no llegó hasta allí. De forma descentralizada, desde 1979, cada Brigada Militar diseñó cursos de guerra irregular para sus tropas. Diseñados por kaibiles, estos cursos transformaron al Ejército. Las fuerzas armadas dejaron de pensar en el esquema estratégico de una guerra regular. Estos cursos prepararon a los pelotones para llevar adelante operaciones de contraguerrilla.

Finalmente, ante cambios en el clima de guerra y la falta de recursos humanos, el alto mando castrense decidió cerrar la Escuela Kaibil y transformar los oficiales y soldados en la Patrulla Kaibil. Ésta era una unidad de combate que, apoyada por medios de transporte aéreo, estaba lista para realizar operaciones en cualquier parte del territorio en aquel momento de la guerra en Guatemala. En el siguiente capítulo veremos un ejemplo de lo que sus integrantes fueron capaces de hacer.

Excursio: De campesinos a catequistas y de catequistas a guerrilleros *En palabras de Gabino, insurgente de las FAR*

El 6 de enero de 1975 yo llegué a Josefinos. En 1976 empecé a participar en la iglesia. Toda mi familia era religiosa y mi mamá siempre nos aconsejaba que buscáramos a la iglesia, porque mi papá fue bien religioso.

Con el Padre Juan Carlos Bran y unas monjas me incorporé a la iglesia a sacar cursos de catequista. No pude lograr una parcela porque era de escasos recursos. Para conseguir parcela había que ir hasta Santa Elena, al [donde estaba la sede del] FYDEP [Empresa Nacional de Fomento y Desarrollo Económico del Petén], a donde fui algunas veces a solicitar tierra. Me incorporé a un grupo de 15 solicitantes. Sí nos salió la parcela, pero sólo salieron dos parcelas para todo el grupo. Entonces el grupo se opuso: si no nos dan a todos, no permitimos que les den a dos. Y así fue como yo me quedé sin tierra. La parcela que yo estaba solicitando se la dieron a otro. El FYDEP era muy corrupto, si uno no los invitaba a un almuerzo [a los funcionarios], les llevaba un billete escondido entre una hoja de papel, no lo atendían. Llegaba la hora de cerrar y le decían: —ahí véngase otro día, ahorita ya no lo podemos atender. Yo sembraba en una parcela de mi hermano. Aparte, sembrábamos cerca de donde vivíamos. No arrendábamos, en ese tiempo ni se pagaba renta. Algún amigo decía: —si querés sembrá ahí, descombrá y sembrás. Le daban para tres años a uno [por] el descombro. Yo más me dediqué a descombrar selva, montaña, con hacha. Le pagaban Q30 la manzana. Aprendí a manejar el hacha. Sacaba una manzana semanal. Yo tuve conocimiento de la guerrilla en el año de 1978.

LA MASACRE DE LAS DOS ERRES

7. PETÉN: COLONIZACIÓN Y GUERRILLA

7.1. LOS ORÍGENES: PETÉN, 1967

Petén es el departamento ubicado más al norte de Guatemala. Limita al norte y al oeste con México, al este con Belice y al sur con los departamentos de Alta Verapaz e Izabal. Su topografía se caracteriza por planicies, selvas, numerosos afluentes de agua y humedales (Guerra, 1969: 468) (Schwartz, 1990: 10-30) (AVANCSO, 2001: 155).¹ Durante muchos años Petén fue la frontera lejana de Guatemala, una tierra virgen, inhóspita y selvática. Un territorio de difícil acceso, con escasas y malas carreteras. Hasta antes de 1960 todo el transporte debía hacerse por vía aérea.

La nota característica más importante de Petén ha sido su escasa densidad poblacional. En 1950 la densidad poblacional era de 0.45 personas/km², o 15 880 habitantes en una extensión de 35 854 kilómetros cuadrados, equivalente a un tercio de la superficie de Guatemala. Para aquel año de 1950 la relación personas por kilómetro cuadrado en Guatemala era de 26 (Censo, 1950). Las raíces de ésta se hallan en el orden colonial. Los invasores españoles se asentaron en territorios en los que la extracción de metales era posible, o en zonas donde las economías campesinas de los pueblos indígenas eran importantes para extraer los tributos. En el Reino de Guatemala, ante la escasez de metales, campesinos numerosos, y agricultura intensa configuraron el corazón del régimen colonial. En Petén, sen-

¹ Sobre las áreas protegidas, que alcanzan más de la mitad de la tierra del Petén, véase Cabrera (1995).

cillamente, los colonizadores no tenían a quién colonizar —poner a trabajar—, ni exigir tributos, mucho menos hallarían metales para explotar. De esta forma, desde un inicio, Petén quedó aislado de las dinámicas colonizadoras. En Petén, las instituciones formales de la sociedad agraria no eran las del corazón de la colonia: los pueblos de indios, los recolectores de tributos y las fincas. La tensión principal no estaba dada por las necesidades de trabajadores de temporada en las fincas, frente a la producción de los campesinos en sus pueblos; o la recolección del tributo de parte de las instituciones coloniales. Estos eslabones, que eran la raíz de la relación de explotación en simbiosis, no era parte del paisaje de Petén (Schwartz, 1990: 31-76). Una pequeña élite —compuesta por “curas, soldados y burócratas” (Schwartz, 1990: 55)— se asentó en la isla de Flores y sus alrededores. Allí se construyó la sede del poder político-administrativo, militar, religioso y comercial.

Hasta 1970 los grandes procesos de la historia de Guatemala no llegaban a Petén. Ni la independencia, la revolución liberal, la revolución de octubre y su reforma agraria,² llegaron a aquel territorio, que continuaba desconectado de las dinámicas históricas del centro del país. En Petén no hubo lugar para el cacao, la cochinilla, el café y los bananos, los productos que históricamente dieron forma al territorio y al poder en Guatemala. El intercambio comercial más importante se realizaba con Yucatán y Belice: ganado a cambio de “azúcar, cacao, hachas y machetes” (Schwartz, 1990: 58).

Entre 1890 y 1970 “la chicletería” fue la base de la economía de Petén. “El oro blanco”, como los peteneros le llamaban, creó, durante

² Sobre la reforma agraria véase Handy (1994). Pero la revolución de octubre llegó a Petén promoviendo —entre 1947 y 1948— la organización de los trabajadores chicleteros y madereros en Suchilma, el Sindicato Único de Chicleteros y Laborantes en Madera. La organización terminó con décadas de trabajo por deudas, aseguró el derecho al salario, provocó la creación de programas de asistencia médica para los trabajadores, aumentó los salarios y disminuyó la coerción a la que eran sometidos los trabajadores. Acerca de este proceso véase Schwartz, 191. En 1945, el Gobierno de Juan José Arévalo, como parte de su política agraria, instauró en Poptún la primera colonia agrícola. Sobre este proceso véase John Patrick Bell (1993: 23-35).

un siglo, —pero especialmente entre 1955 y 1965, cuando se registra el boom de precios a nivel internacional— trabajo, cultura e historia, pero no desarrollo.³ Anualmente, corporaciones financiaban a contratistas —los patrones— quienes organizaban campamentos de trabajadores chicleros que —a cargo de un capataz— se internaban por largas temporadas —durante la época de lluvias, de mayo a diciembre— en las selvas.

El xate y la pimienta sustituyeron al chicle.⁴ El xate es una planta ornamental cuya demanda en el mercado norteamericano se originó en los años sesenta. Sus hojas —con capacidad para mantener su verdor por más de 60 días— son el follaje de arreglos florales. Para su producción se requieren condiciones de humedad y luminosidad —que se combinan en la sombra de los árboles— y la preparación —con los vástagos— de sembradíos. La cosecha principal se lleva a cabo de marzo a junio.

Con el paso del tiempo la recolección de pimienta se fue haciendo una opción para los campesinos de la región. La pimienta era un producto apreciado por los precios del mercado (en 1971: Q59.77 por quintal) (Banco de Guatemala, 1973). En 1954 se exportaron 45 quintales de pimienta, mientras que en 1985 la cifra alcanzó los 3 037 quintales.⁵

Durante el proceso de colonización de los años sesenta y setenta (que analizaremos más adelante), las selvas del Petén se transformaron en potreros. Las cabezas de ganado alcanzaron un número mayor que los habitantes del departamento, pasando de 8 505 cabezas, en 1950 (Censo Agropecuario, 1950), a 74 178 cabezas en 1979 (Censo Agropecuario, 1979); y 150 000 en 1980 (Zetina, 1980: 11). Petén se transformó en el gran potrero de Guatemala, superando —en lo que al número de

³ Sobre la historia de la chiclería, un trabajo de referencia es el de Schwartz (1990). Véase también: Redclif (2004); Redclif y Forero (2006: 65-93).

⁴ Un trabajo de referencia sobre el xate en Petén fue escrito por Iliana Monteroso (2007).

⁵ Como balance global, si en 1960 el valor de las exportaciones de productos forestales (no maderables) alcanzó los Q30 millones, hacia 1985 llegó a Q168 millones. Schwartz (1990: 260).

cabezas de ganado se refiere— a otros departamentos. El corazón del negocio ganadero se hallaba en la gran propiedad agrícola.⁶

También estaban las monterías, explotaciones forestales —cedidas por el FYDEP— para explotar maderas.⁷ Un puñado de empresarios de la Ciudad de Guatemala controlaban las concesiones madereras en Petén, las que operaban sin conceptos de sostenibilidad.⁸ De acuerdo con Schwartz, alrededor de 1 200 trabajadores eran ocupados —estacionalmente, o contratados todo el año— para cortar y transportar trozos de madera (Schwartz, 1990: 260).

La ganadería y la explotación forestal fueron parte de la otra cara de la colonización de Petén. El FYDEP otorgó grandes extensiones de tierra a caciques rurales, empresarios, militares y políticos. A este grupo estaban destinadas las mejores tierras.⁹ El Presidente del Instituto de Transformación Agraria denunció el enfoque del FYDEP, acusando públicamente de propiciar: “[...] la formación de latifundios en El Petén”.¹⁰ Los latifundistas, más interesados en la explotación maderera y ganadera, no realizaron inversiones de capital, y

⁶ Hacia 1979, 9 de cada 10 cabezas de ganado se hallaban en grandes propiedades. 6 de cada 10 cabezas de ganado se concentraban en hatos medianos y grandes. El 6 por ciento de los propietarios era poseedor del 56 por ciento de las cabezas de ganado; y 46 por ciento de la superficie dedicada a pastos; mientras que 94 por ciento de los propietarios se quedaba con 44 por ciento de las cabezas de ganado y 46 por ciento de la superficie dedicada a pastizales. Censo Agropecuario (1979).

⁷ La explotación maderera —del cedro y la caoba— se remonta a 1820, con el establecimiento de empresas mexicanas (especialmente de Tabasco), inglesas (desde Belice) y estadounidenses. Schwartz (1990: 109).

⁸ Schwartz (1990: 263); Benjamín (1981: 506-529); De Vos (1994); Corzo (2003).

⁹ No obstante que la legislación impedía obtener propiedades mayores de 675 hectáreas, lo que a finales de 1970 se redujo a 225 hectáreas, en la práctica la extensión de las concesiones excedía los límites fijados por la ley. Schwartz (1990: 267-268).

¹⁰ “El Presidente del Instituto Nacional de Transformación Agraria, Ing. Leopoldo Sandoval”, *El Imparcial* (Guatemala), 25 de mayo de 1967, 7. En HNG, *Colección general*. [Comunicado de fecha 24 de mayo de 1967]. En la disputa mediática —entre el FYDEP y el INTA— terciaron los ganaderos, a favor del FYDEP. “Gigantesca obra del FYDEP reconocen ganaderos: Asociación de El Petén se dirigió al Congreso de la Nación”, *El Imparcial* (Guatemala), 31 de mayo de 1967: 7. En HNG, *Colección general*.

tampoco requirieron de la mano de obra de los campesinos de la región.

Hacia 1950 los productores agrícolas de Petén eran —casi en su totalidad (99%)— microfincas, propiedades sub-familiares o familiares. No obstante su porcentaje, este tipo de propiedades concentraba un poco más de 50% de la tierra. El otro 50% de la tierra estaba en manos de 1.18% de los propietarios (Censo Agropecuario, 1950). Hacia 1979, 70% de los productores agrícolas, agrupados en unidades familiares, sub-familiares y microfincas, explotaban una superficie de 15% del total de la tierra de Petén (ya no 50%, como en 1950). El otro 30% de los propietarios agrícolas se hacía con el control del 85% de la tierra (Censo Agropecuario, 1979). Este fue el esquema de propiedad resultante de la colonización (proceso que analizaremos luego). Entre 1950 y 1979, como un indicador de la extensión de la frontera agrícola, la superficie de tierra censada se multiplicó por 38, pasando de 21 439 manzanas, a 803 742 manzanas (Censo de Población, 1950). No obstante, el empleo apenas se multiplicó (casi) por tres, pasando de 6 489 trabajadores, en 1950, a 17 759, en 1979.¹¹

7.2. LA SAGA DE LA GUERRILLA

A mediados de 1967, al borde de la asfixia y acorralados después de la derrota, los sobrevivientes de las guerrillas planeaban reconcentrarse en la laguna de Lachuá, al norte del departamento de Alta Verapaz. Era lo que Camilo Sánchez, entonces Jefe de las FAR, llamaba “la marcha hacia el norte” (Debray y Ramírez, 1974). La idea original era implantar en aquella área la columna madre de las fuerzas guerrilleras. Desde allí, realizarían operaciones en el norte de los departamentos de Huehuetenango, Quiché y Alta Verapaz. Pero el plan fracasó. Nadie llegó al punto de contacto. Dispersas, las unidades guerrilleras se fueron desgranando en el camino. Entre desertiones, ataques del

¹¹ En 1950 el empleo se concentraba —casi en su totalidad— en la pequeña propiedad. En 1979, las propiedades multifamiliares medianas ofrecían la mitad de los empleos rurales de Petén. Censo Agropecuario (1979).

ejército y un ineficaz trabajo político en la zona, que no logró traducirse en el desarrollo de una base local de apoyo, las guerrillas fueron aniquiladas. Rabinal, Baja Verapaz, fue la base principal de esta incursión, de donde salieron, y ante los resultados, a donde llegaron los sobrevivientes. Debray y Ramirez (1974: 309) relatan aquel intento en estos términos:

Cuando llegaba a la zona de operaciones, Mario Botzoc, uno de los pocos miembros de la columna que conocían la región y el único que hablaba la lengua indígena del lugar, fue reconocido y muerto por la policía. Su desaparición levantó al punto una infranqueable barrera entre los habitantes y los guerrilleros. Éstos, en número muy inferior a los efectivos calculados (200), eran comandados por Yon Sosa, puesto que Camilo Sánchez estaba casi siempre en la ciudad. Alarmado por las dificultades que tenía la columna para llegar a su punto de reunión, así como por una desertión producida en el seno de las FAR (un ex sargento, miembro de la columna de diversión y que conocía los planes de Camilo, se había pasado al ejército), considerándose engañado por los informes de exploraciones preliminares y asqueado finalmente por la ambición y la apatía presentes, Yon Sosa tomó la decisión de disolver la columna y volver a la capital.

Entonces, cuando las FAR ya estaban al mando de Pablo Monsanto, se puso en marcha un plan alternativo: la llegada a aquella misma zona se haría desde el norte, infiltrándose desde el departamento de Petén. Tal fue el plan de reconcentración de fuerzas que el nuevo jefe de las FAR intentó ejecutar. Para ello, grupos de guerrilleros exploraron a lo largo de 1969 los ríos del sur del Petén que iban a servir como vías de abastecimiento. Pero en noviembre de 1969 otra derrota volvió a frustrar los planes. El ejército había reunido importantes piezas de información de inteligencia, y con ellas planificado la Operación Martillo. La descripción de los guerrilleros, hecha por el ejército, es la siguiente:

Fuerzas enemigas: se tiene conocimiento que los facciosos que actúan en dicha región se componen de dos (2) grupos de 25 hombres aproxi-

madamente cada uno, los cuales están armados con carabinas y subametralladoras, son conocedores de la región por encontrarse ahí desde algunos meses y sus comandantes son fanáticos comunistas, bien indoctrinados, enemigos acérrimos del Ejército, decididos y dispuestos a crearle problemas al Gobierno legalmente constituido a costa del desprestigio de parte de ellos para sus instituciones en beneficio de sus principios y doctrinas (Plan de Operaciones, 1969).

De esta forma, el Ejército cerró a aquel grupo de entre treinta y cuarenta guerrilleros de las FAR la posibilidad de implantarse en el Ixcán, Quiché (Plan de Operaciones, 1969).¹² Danilo Rivera, uno de los insurgentes, que sobrevivió aquel evento narra:

A la gente que se mandó primero, de avanzada a estas pequeñas aldeas para que las fueran a organizar, la mataron. Cuando la guerrilla llegó, lo que encontró fue al ejército. Y entonces, aquellos bombardeos por el Río Negro. La gente no apoyaba [a la guerrilla] en nada. No se logró quedar ahí la guerrilla. Todo el plan había fracasado después de casi dos años de exploraciones. Allí hubo deserciones, allí hubo de todo. Eso hizo que la guerrilla, buscando la seguridad del Petén, regresara. Entonces lo que se hizo fue regresar al Petén, a la Nueva Libertad. Ahí había empezado todo y ahí regresó. Ahí teníamos unos campamentos.

¹² En el desembarco aéreo de la operación martillo murieron cuatro soldados del ejército gubernamental: el teniente de infantería Héctor Martínez Méndez, comandante del segundo pelotón de la tercera compañía del primer batallón de la Base Militar de Tropas Paracaidistas “General Felipe Cruz”; el soldado de primera Walter Esquivel Izquierdo; los soldados de segunda Balbino Blanco Álvarez y Jorge Herrera de la Cruz. “Pasados más de dos años de la ‘operación martillo’ sale publicada la baja por fallecimiento del teniente de infantería Héctor Martínez Méndez, teniente del escalafón de oficial en activo, del comandante del segundo pelotón de la tercera compañía, del primer batallón de fusileros de paracaidistas, de la Base Militar de Tropas de Paracaidistas ‘General Felipe Cruz’, con sede en el Puerto de San José.” Orden General del Ejército, núms. 34-72, Inciso 4, disposiciones del Ministro de la Defensa Nacional de fecha 26 de junio de 1972, en: Ortega, 1997: 169.

Así concluyó aquella reedición del foco guerrillero.¹³ Finalmente, sin más que hacer, el grupo regresó sobre sus pasos y se quedó estacionado al sur del departamento de Petén. De esa forma, de lugar de paso, el Petén se convirtió en zona de implantación para aquella organización guerrillera. Es lo que comenta el insurgente Danilo Rivera: “La idea de ir a Petén fue una casualidad. El Petén era un paso. Nosotros no queríamos utilizar el Petén para hacer una zona de operaciones. El Petén nunca fue visto como zona de operaciones, era una zona de retaguardia”. Nicolás recuerda cómo fue la secuencia que llevó al asentamiento de la organización en aquella zona: “El primero hecho fue llegar a la Cooperativa Nueva Libertad, allí llevaron a Pablo [Monsanto, comandante en jefe del grupo guerrillero]. El segundo hecho fue meter las armas y más gente. Y el tercer hecho fue avanzar hasta las cooperativas”. La odisea de implantarse en la zona también es recogida por Óscar Soto (1999: 141-142):

A Petén llegaron también, en el más oscuro silencio, los sobrevivientes de la aventura guerrillera de la Sierra de las Minas. Pablo Monsanto su hermano Rigo, y un pequeño grupo de adeptos se refugiaron en las casas de campesinos amigos, viejos colaboradores de sus años de oriente [el este de Guatemala] [...] No llegaron derrotados, vienen ofreciendo una nueva etapa en la lucha por la liberación. Explican, orientan, imparten cátedra con aire doctrinal. Es por Guatemala, la revolución y el socialismo. Sólo se entiende el mensaje central: Reforma Agraria, Trabajo, Techo, Salud, Educación, Libertad, Poder del Pueblo. Se organizan en la pequeña columna que promete iniciar operaciones muy pronto. Piden ayuda. Se les creyó locos. Hablar de la guerra en un lugar de promisión, en este lugar único, alejado de los trabajos forzados, de patrones y soldados.

7.3. COLONIZAR

Las tierras que la reforma agraria repartió entre 1952 y 1954 fueron devueltas a sus antiguos dueños —los terratenientes— con la contrarrevolución de junio de 1954.¹⁴ En su lugar, a partir de 1956, los

¹³ “Todavía con la idea del foco. Pensando que después de eso nos íbamos a desarrollar, íbamos a tener otras columnas” Danilo Rivera.

¹⁴ Sobre la reforma agraria véase Handy (1994). Véase también Pearson (1963:

gobiernos militares impulsaron las zonas de desarrollo agrario, también conocidas como parcelamientos;¹⁵ y, la política de colonización de grandes territorios, de selvas vírgenes, dentro de las cuales estaba Petén. Carlos Centeno (1973) lo expresa de la siguiente manera:

[...] en materia de “solución agraria”, ha sido un lugar común para los gobiernos considerar como una carta de reserva que la respuesta al dilema de la tierra está en las llanuras de El Petén, inexploradas, poseídas por el Estado y suficientemente extensas como para colmar la demanda de decenas de miles de campesinos sin tierra.¹⁶

Con ello, el gobierno daba una respuesta —aunque parcial— a la demanda de tierra prevaleciente entre las clases bajas del campo —preponderantemente mestizos, o ladinos— de la costa sur. En la región del altiplano (noroeste), el territorio de los pueblos de indios —aparentemente— todo iba a seguir igual.¹⁷

En 1959, para llevar adelante la colonización del Petén se creó el FyDEP, Empresa Nacional de Fomento y Desarrollo Económico del Petén. Para el FyDEP, pero particularmente para su director, el coronel Casasola, la perspectiva con que se dirigía el proceso de colonización implicaba que “el Estado no podrá ser nunca el sector protagonista, y sí lo serán la libre iniciativa y el vigor empresarial”

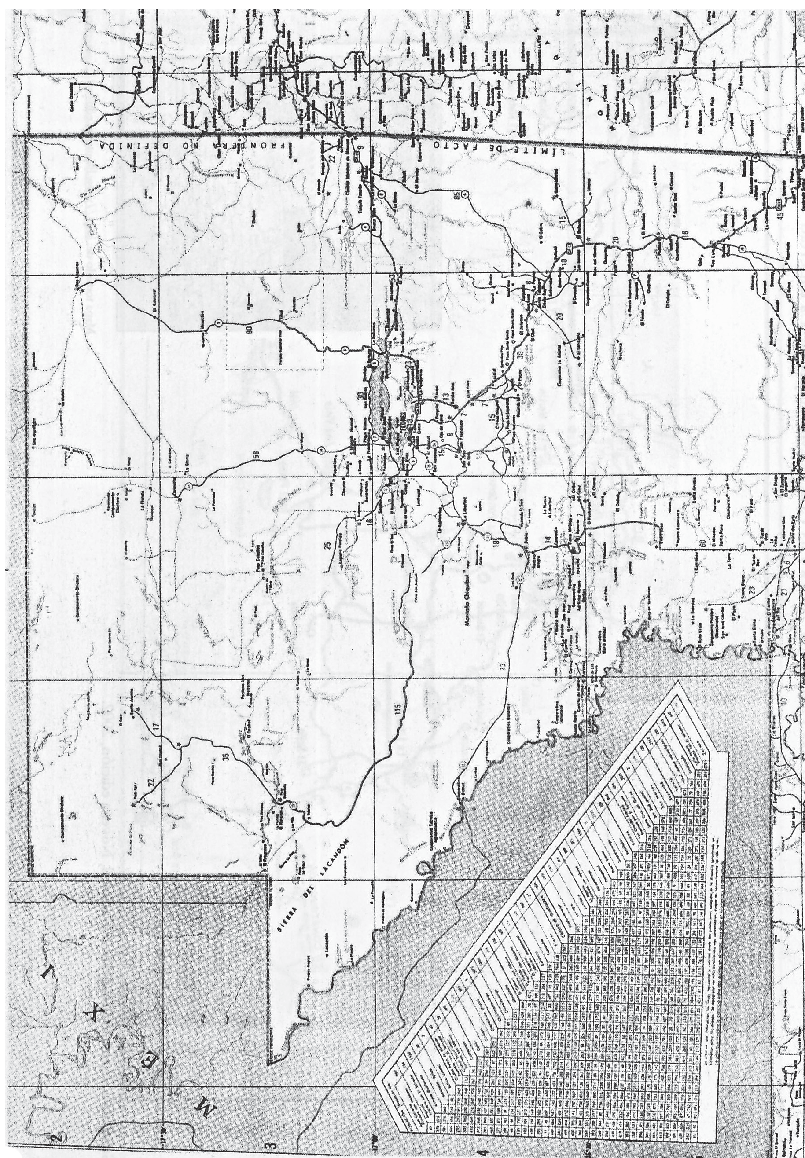
225-234). Guinea (1958), capta las críticas al programa agrario del presidente Árbenz Guzmán en lo inmediato de la coyuntura.

¹⁵ En 1956 los parcelamientos creados fueron: Caballo Blanco, Monterrey, El Arisco, Guatalón, Nueva Concepción, Santa Isabel; en 1957: Montúfar, Arizona, Cuyuta, Los Ángeles, El Cajón, Santa Elena, La Máquina, El Rosario, Santa Fe, El Reposo, La Blanca; en 1958: San Mauricio, El Jabalí, Tehuantepec, Campamento, El Toro. Pearson (1963: 230). Véase también Hoy (1970: 217-228). Hildebrand (1962: 51-57). “Guatemala Rural Development: An Economist’s Recommendations”, *Inter-American Economic Affairs* 17 (Summer, 1963): 59-71. “Guatemala Colonization Projects: Institution Building and Resource Allocation”, *Inter-American Economic Affairs* 19 (Spring, 1966): 41-51.

¹⁶ En febrero de 1956 el gobierno emitió el *Estatuto Agrario* (Decreto 559), en sustitución de la *Ley Agraria* (Decreto 900), de 1952. Pearson (229-234); CIDA (1965: 47).

¹⁷ Ebel (1964: 91-104); Tax (1957: 413-424); Tax (1953); Horst (1967: 151-167); Wagley (1941).

Mapa 7.1
Departamento de Petén



Mapa: Guatemala, Instituto Geográfico Nacional, Novena edición, 2002.

(Casasola, 1968: 56). Claramente, el enfoque de los planes de colonización impulsados por el FYDEP no estaba relacionado con el alivio de la miseria de las masas campesinas. Pero además, en este proyecto de colonización no había lugar para los indios del altiplano noroccidental. Así lo indicó el coronel Casasola, director del FYDEP:

Seamos más claros. No se trata de poblar a cualquier precio y contaminar desde el nacimiento un organismo que debe ser imperativamente sano y debe contagiar su salud a todo el país. Un ejemplo: el analfabetismo de Petén era de los más bajos de Guatemala y de Centro América, pero en los últimos años ha subido a 22%. ¿Causas? Las migraciones kekchíes al Municipio de San Luis, determinadas por el fracaso económico y agrícola [...] de los 2 849 migrantes a Petén, 1 908 eran indígenas y 941 no indígenas, coeficiente de retroceso, pues por más simpatía que nos inspire el problema indígena, no es ese el contingente humano que reclama el proceso de Petén (Casasola, 1968: 44-46).

No fue sino hasta finales de 1964 cuando dentro del FYDEP se creó el departamento de colonización. Hasta 1964 la actividad del FYDEP se había concretado en la construcción de infraestructura (hospitales, edificios públicos, carreteras, aeropuertos), la administración de la chicletería, y la explotación maderera (*Impacto*, 1965: 9-10). Las previsiones de la colonización —anunciadas por el Ministro de Agricultura, Carlos H. De León en octubre de 1965— eran de 590 hectáreas (60 por ciento de las cuales serían entregadas para la ganadería; el resto para la agricultura) (*El Imparcial*, 1965a: 1-8). En 1967 el Promotor del Petén, O. Casasola anunció, resumiendo el enfoque con el que el proceso de colonización iba a ser llevado: “El Petén está llamado a ser, más que un granero, un emporio de riqueza ganadera, con el establecimiento de 153 fincas ganaderas” (*El Imparcial*, 1967c: 1-4).¹⁸

Fue en 1966 cuando el gobierno decidió colonizar Petén. En ese año de 1966 el FYDEP tomó como prioridad número uno la zona com-

¹⁸ El Consejo Nacional de la Agricultura, grupo de presión de los terratenientes, manifestó su apoyo a la política de colonización. *El Imparcial* (1965b: 1-8). [La nota de prensa está tomada del memorial que el Consejo Nacional de Agricultura entregara —en audiencia de 7 de octubre de 1965— al jefe de gobierno, Enrique Peralta Azurdia.]

prendida en la cuenca de los ríos La Pasión, Salinas y Usumacinta, en los municipios de Sayaxché y La Libertad, al Sur Oeste del departamento. El origen de esta decisión se halla en la disposición del gobierno de Guatemala por evitar los planes del gobierno de México de construir una serie de presas en el río Usumacinta, el principal sistema fluvial de Guatemala. Así lo confirmó el director del FYDEP en mayo de 1967: “El FYDEP tiende a colonizar cuanto antes esas márgenes del río Usumacinta, colocando así un ‘ejército’ agrícola que constituiría un valladar a los proyectos mexicanos” (*El Imparcial*, 1965c: 1-4). Claramente la idea era anticiparse a la “posibilidad de que México lleve a la práctica sus proyectos hidroeléctricos utilizando las aguas del mencionado río, con el peligro de inundar las mejores tierras que en esta región posee Petén” (*El Imparcial*, 1965c: 1-4). Los planes consistían en establecer 63 cooperativas, asentando a más de 15 700 personas (*El Imparcial*, 1965c: 1-4).

La población del Petén pasó de 27 740 habitantes en 1964, a 131 927 en 1981, con lo que la densidad poblacional alcanzó —en 1981— los 4 habitantes por kilómetro cuadrado. Entre 1880 y 1964, sin grandes altibajos, la población de Petén se mantuvo en 0.6% del total de la población de Guatemala. Entre 1964 y 1981 la tendencia cambió, alcanzando entonces un valor de 2.2%.¹⁹ Hacia 1981, la población originaria de Petén era de 47%.²⁰

Como parte de estas transformaciones, bajo las condiciones antes descritas el campesinado petenero convirtió a ese departamento en el

¹⁹ Censo (1920). Censo (1950). Censo (1964). Censo (1981).

²⁰ Población originaria quiere decir que hacia aquel año —1981— habían nacido en ese territorio. ¿Cómo estaba compuesto 53% restante? Los departamentos del este de Guatemala, mejor conocidos como “la región nor oriental” (Jutiapa, 7%; Izabal, 4%; Chiquimula, 4%; Zacapa, 4%; Jalapa, 3% y Progreso, 2%), habían contribuido con una cuarta parte (25%) de la población que en aquel año de 1981 habitaba Petén. Este fue el flujo migratorio más importante en dicho periodo. Pobladores de la región sur, principalmente Escuintla (5%), Santa Rosa (4%) y Suchitepéquez (2%), se habían desplazado hacia Petén, llegando a sumar 11% de la población que en 1981 habitaba aquel departamento. Finalmente, de la región centro norte, pobladores de los departamentos de Alta (6%) y Baja Verapaz (4%) representaban 10% del total de habitantes de Petén. El resto de peteneros (6%) había nacido en otros departamentos de Guatemala, del centro y del occidente, o en el extranjero (1%). Censo (1981).

número uno en la producción de maíz y en el segundo productor de frijol.²¹ La producción de maíz y frijol la hacían los campesinos. La gran propiedad (las fincas multifamiliares grandes) no estaba dedicada a la producción de este tipo de cereales.²²

Cuadro 7.1
Evolución de la población

	1880	1893	1921	1950	1964	1981
Guatemala	1 224 602	1 364 678	2 004 900	2 790 868	4 209 820	6 054 227
Petén	8 278	6 752	7 820	15 880	27 740	131 927
La Libertad	1 431	1 901	1 610	1 204	1 182	14 219

Cifras de: Censo, 1920; Censo, 1950; Censo, 1964; Censo, 1981.

Cuadro 7.2
Evolución del número de habitantes por kilómetro cuadrado

	1880	1893	1921	1950	1964	1981
Guatemala	11	13	18	26	39	56
Petén	0.2	0.2	0.2	0.4	0.8	3.7
La Libertad	0.2	0.3	0.2	0.2	0.2	2.0

Cifras de: Censo, 1920; Censo, 1950; Censo, 1964; Censo, 1981.

²¹ Hacia 1950 Petén era el penúltimo departamento —sólo antes de El Progreso— en la producción de ambos granos. Censo (1950). Hacia 1979 la producción de maíz alcanzó más de una tonelada y media, muy por encima de los otros departamentos productores (en orden de producción: Escuintla, Alta Verapaz y Retalhuleu). Censo Agropecuario (1979). En el mismo año de 1979, la producción de frijol se acercó a los 198 000 quintales de Jutiapa, alcanzado una producción de 152 000 quintales. Censo Agropecuario (1979).

²² Hacia 1979 siete de cada 10 productores de maíz eran propiedades subfamiliares (5 107 fincas; 41%) y familiares (3 001 fincas; 24%). En este tipo de propiedades se concentraba la mitad de la producción de maíz. La otra mitad era producida en propiedades clasificadas como multifamiliares medianas (4 200). Hacia 1979 seis de cada diez productores de frijol eran propiedades sub-familiares (2 928 fincas; 36%), y familiares (2 205 fincas; 27%). En este tipo de propiedades se concentraba más de la mitad (55%) de la producción de frijol. Censo Agropecuario (1979).

Cuadro 7.3
1981: flujos migratorios hacia Petén
Población residiendo en Petén según departamento/región
de nacimiento

<i>Departamento/ región</i>	<i>Número de habitantes</i>	<i>% en relación con el total departamental</i>
Total departamental	131 927	
Nacidos en Petén	61 538	47
Nor-orienté	32 717	25
Jutiapa	11 295	9
Izabal	5 686	4
Chiquimula	4 888	4
Zacapa	4 553	3
Jalapa	4 077	3
Progreso	2 218	2
Sur	15 125	11
Escuintla	6 109	5
Santa Rosa	5 563	4
Suchitepéquez	2 054	2
Retalhuleu	1 399	1
Norte-centro	12 887	10
Baja Verapaz	4 995	4
Alta Verapaz	7 892	6
Centro	3 339	3
Guatemala	2 633	2
Chimaltenango	602	0.5
Sacatepéquez	104	0.1
Occidente	3 692	2.8
San Marcos	1 158	0.9
Quetzaltenango	1 006	0.8
Quiché	927	0.7
Huehuetenango	356	0.3
Totonicapán	191	0.1
Sololá	54	0.0
Nacidos en el extranjero	1 352	1.0
Ignorado	1 277	1.0

Cifras de: Censo, 1981

7.4. LA GUERRILLA PETENERA

En 1971 se celebró la tercera conferencia guerrillera de las FAR. De aquella conferencia emanó un nuevo enfoque de la lucha armada: privilegiar el trabajo organizativo en las comunidades rurales y en las organizaciones sociales. De forma autocrítica, Danilo Rivera reconoció que: “hacer un foco era un problema ¿de qué sirve que se metan [a las selvas] 30 guerrilleros si eso no se va a desarrollar?” En cambio, a raíz de la conferencia guerrillera, “ahora había que buscar a la masa, sus reivindicaciones, hacer trabajo político, incursionar hacia la organización de los sindicatos, de todas las organizaciones posibles. Había que especializar gente que desarrollara trabajo político adentro de los sindicatos. Esos iban a ser los semilleros de los combatientes”. Pablo Monsanto (1982: 245-246), el jefe de las FAR, define las coordenadas estratégicas de aquel momento en estos términos:

Sosteníamos que no podríamos reorganizarnos ni desarrollarnos si seguíamos desvinculados de las masas; que no podríamos seguir construyendo una organización clandestina al margen de las luchas reivindicativas de las masas, sino que era importante empezar desde ese momento a vincularnos con los sectores organizados y más avanzados de las masas, para impulsar sus luchas reivindicativas, por un lado. Por otro lado, planteábamos la necesidad, no de integrar una columna madre, sino de generalizar en todo el país el trabajo político clandestino [...] Veíamos que a través de eso se podía ir creando una organización política en todo el país y las condiciones para que fuera desarrollándose una lucha política de masas a nivel legal y a nivel clandestino, que hiciera posible el surgimiento de la guerrilla del seno mismo de las masas.²³

²³ Monsanto aclara uno de los puntos que otras organizaciones guerrilleras achacaban de aquel viraje de las FAR. Así indica: “Nosotros nunca perdimos de vista la necesidad de la lucha armada para tomar el poder, por eso es que nunca hemos aceptado la idea que se difundió, de que nosotros abandonamos la lucha armada. Se puede decir que en ese momento nosotros lo que nosotros no hicimos fue acciones armadas, pero una cosa es la acción armada, y otra cosa es la preparación necesaria para lograr impulsar la acción armada en mejores condiciones, y con muchas más fuerzas que las que antes existían, que es en nuestro criterio lo que ha

No obstante, agrega Rivera “se nos fue la década: mientras el EGP había empezado a hacer operaciones militares desde 1975, nosotros no estábamos haciendo operaciones militares”. De aquel desfase en el tiempo de la guerra ni las FAR, ni el Petén iban a escapar. Esto es importante de comprender para explicar lo que luego aconteció. Pero además, la dirigencia de las FAR entendía, ya desde aquel momento, que, afirma Nicolás: “[...] no iba a ser la guerrilla la que iba a hacer la revolución, sino que —según la teoría— eran las masas, por la lucha. Y ésas [las masas] no estaban por ahí [en Petén]. Había muy poca gente”. Ante ello, pero sabedores de esta gran limitación estratégica: la baja densidad poblacional, las FAR persisten en su intento por asentarse en la zona, pasando a ser, recuerda Nicolás “nuestra base central y de ahí la periferia, donde van a ser los combates, en las carreteras. Nosotros nos empezamos a ubicar más para allá [...] en la Sierra del Lacandón. La idea era tener una retaguardia a la hora de empezar con bases aquí [en la región central del Petén]”.

Lo cierto es que entre 1972 y 1979, las FAR se transformaron de una organización guerrillera a una organización que realiza exclusivamente trabajo de carácter político. Para ello se desmovilizó a gran parte de lo que quedaba de las guerrillas de los años sesentas, transformándoles en cuadros organizativos. Este trabajo se iba a expresar en dos ámbitos: lo rural, que se hallaba concentrado —en su mayor parte— en Petén; y lo urbano, principalmente en la ciudad de Guatemala. Con ese enfoque, las FAR iniciaron un proceso de inserción en las organizaciones de trabajadores. ¿Cómo dio inicio este trabajo? “A través de contactos con sindicalistas, especialmente de la CNT (Central Nacional de Trabajadores), con políticos de la Juventud de la Democracia Cristiana, y también con gentes del 13 de Noviembre (una de las guerrillas de los años sesenta)”. Al principio, las FAR se enfrentó con el estilo de trabajo prevaleciente entre las organizaciones de trabajadores, que en aquel momento mantenía una fuerte influencia de los comunistas guatemaltecos, el Partido Guatemalteco del Trabajo, el PGT. Recuerda Nicolás que: “El PGT tenía un idea muy pasiva, burocrática, de la lucha de

hecho posible un desarrollo mucho mayor, ahora, de las fuerzas revolucionarias” (1982: 248-249).

masas". En el plano de la acción sindical, las líneas entre las FAR y el PGT chocaban porque "los del PGT no eran partidarios —no impulsaban— la huelga". En cambio el aspecto que modificó el trabajo a nivel urbano fue este, que las FAR: "Cuando tomamos la comisión de masas esa fue la decisión: ¿Cuál es la línea de ustedes? La huelga. ¿Cuál es la línea de ustedes? La huelga. ¿Cuál es la línea de ustedes? La huelga, nada más [...] Aquí está nuestra línea de masas". En el ámbito de las organizaciones sindicales las FAR también desarrollaron una lucha por imponer esta orientación: "para tomar el control del poder sindical [...] para surgir una nueva dirección [...] Se hace trabajo de masas con las masas, de abajo, las direcciones no. Se desplazó a dirigentes que no querían, que ya cumplieron años: fuera. No puede quedarse ni un año más. La dirección de ellos cae en la trampa de la patronal. El patrón los llena de privilegios, un montón de métodos que hay".

Con estas premisas en cuenta las FAR revolucionaron el trabajo con las organizaciones de trabajadores. Aquello coincidió con el desarrollo de la industria guatemalteca.

En Petén, a lo largo de la década de 1970, este trabajo organizativo fue liderado por Bacho, Pedro Figueroa. Él, originario de Santa Rosa, un departamento del sur, nunca usó un arma y era católico. Rony recuerda que Bacho, el jefe de la regional norte de las FAR, "tuvo bajo su responsabilidad construir el frente norte. Él fue el responsable de la organización política del frente norte hasta la creación de las unidades militares". Junto a Bacho, estuvo un grupo de campesinos —migrantes también— que se echaron al hombro la organización de las FAR en Petén: "en La Libertad, ahí estuvieron unos compañeros de apellido Guamuch, eran el brazo derecho, [...] por el lado de Las Cruces estaba un compañero de pseudónimo Chupina, en la zona de Melchor de Mencos había un compañero que le decíamos Chico, y Fernández". Fueron ellos quienes desarrollaron el trabajo organizativo, la paciente construcción de bases sociales. Bacho, recuerda Rony "[...] murió igual a como se incorporó: sin ni un centavo en la bolsa. Murió en uno de los ranchitos, de los más pobres, de los más caídos, de los más tristes, sin ni un len [centavo] en la bolsa, murió sin nada".

La nueva estrategia, liderada por Bacho, estuvo a cargo de lo que se llamaban las "unidades organizativas". Su contacto con la pobla-

ción tenía lugar en los “trabajaderos”, las parcelas de tierra donde los campesinos pasaban su jornada diaria. Aquel era un proceso muy paciente de convencer y ganarse la confianza de los pobladores: “A la primera vez se le platicaba un poco, que no dijera que sí, ni que no. A la próxima se le decía ¿cuándo lo visitamos de nuevo? De repente le volvían a caer [a visitar]. Era raro el que decía —no puedo, tengo miedo, no estoy de acuerdo”. Cuando ya se había logrado que el campesino aceptara, entonces “se le ponía una prueba, se le decía: —tráigame unas tortillas, o una libra de sal, o un par de zapatos. A veces lo hacían tranquilo, a veces nos ponían trampas, eran colaboradores del ejército, que en lugar de llevar las cosas que se les pedía, llevaban al ejército”. Ya luego, el campesino se transformaba en organizador, recuerda Nicolás “entonces él empezaba a organizar, a hablarle a otros en la aldea, organizaban un comité de la aldea, otro comité de la fiesta, otro comité de [...]”. El mensaje que con ellos se compartía, recuerda Gabino, era el siguiente:

Se les hablaba de la explotación, de la situación que se estaba viviendo, militarizada, de la situación económica, que si no se luchaba no se [...] que la guerrilla luchaba por el bienestar del pobre, contra los ricos. Que los ricos nos tenían bajo su dominio. Que nuestro objetivo era que los ricos perdieran poder, que el pobre dejara de ser pobre.

La estrategia de trabajo con las poblaciones se articulaba alrededor de las siguientes premisas, recuerda Danilo Rivera, un ex combatiente de las FAR. Inicia su relato preguntándose “¿Qué necesitábamos nosotros de la población, y qué fue lo que hizo que nosotros nos mantuviéramos en la guerra durante tantos años?”, y se responde: “Lo primero que necesitábamos era información. Nuestras gentes eran nuestros ojos y oídos al interior del ejército. Por ejemplo, decían: —Ahí se mantiene la compañía, son ciento cincuenta soldados, yo ya conté. Pero de repente aparecían dos camiones más con gente, y lo mismo sucede aquí y aquí. Ah, entonces van a mandar una operación”. Otro de los aspectos que se necesitaban era logística, la economía de guerra: “Lo otro que necesitábamos era comida. La gente organizaba unidades de producción. Sembraba su milpa, pero nosotros sabíamos que un pe-

dacito era para nosotros. Ellos sembraban yuca, camote, hasta tabaco sembraban para nosotros”. Y el tercer aspecto de esa relación entre las comunidades y las unidades armadas de la guerrilla eran los combatientes: “La tercera cosa que nosotros necesitábamos eran combatientes [...] Todos nuestros compañeros que estaban en las unidades eran de las aldeas”.

En Petén, el trabajo político y organizativo de las FAR estuvo sostenido por la labor que, años antes, había realizado la iglesia Católica. En aquellas zonas agrestes, los sacerdotes se habían transformado, de intermediarios con Dios, a promotores sociales, organizadores y maestros. La iglesia Católica llevaba semillas y fertilizantes, impartía cursos de cooperativismo, capacitaba dirigentes, daba charlas para el cuidado de la salud comunitaria, promovía comités pro construcción de caminos, escuelas, iglesias y puestos de salud, y organizaba a los vecinos para promover la medición de tierras. Gabino recuerda que: “Los Maryknoll habían capacitado a muchos catequistas que estaban muy concientizados, tenían mucha sensibilidad. De ahí salieron bastantes cuadros [de las FAR] para el sur, para occidente, y para el oriente: organizadores capacitados”. De forma más concreta, Gabino recuerda que “de la aldea de donde yo soy se incorporaron más o menos cinco catequistas [...] Ahí toda la aldea se organizó”.

A principios de los años setenta, estuvo en Petén un grupo de sacerdotes españoles de claras convicciones sociales: Juan Aldas, Gonzalo Pavodano, Enrique Corral y Fernando Hoyos. Pavodano se incorporaría a la ORPA, Organización del Pueblo en Armas, y Corral y Hoyos al Ejército Guerrillero de los Pobres. Gabino, uno de los catequistas-guerrilleros, repasa en su memoria, como si fuera ayer, el mensaje cristiano de aquellos sacerdotes que había escuchado:

La lucha por formar el reino de Dios aquí en la tierra. Liberar al hombre de la represión en la tierra. El reino de Dios no se podía construir en otro lado, sino aquí en la tierra. Dios, cuando se hizo hombre y vino Jesucristo, desde ese entonces, Dios estaba presente en cada persona, no importaba raza, ni religión. En cada ser humano está la imagen de Dios, y si está sufriendo la persona en la tierra, es Dios el que está sufriendo y hay que luchar para que deje de sufrir y sea libre. El evangelio es libertad.

Los vínculos entre los religiosos, las sociedades locales y las guerrillas distaban de ser homogéneos o fáciles de explicar. Al principio, recuerda Nicolás, “[...] ellos [los sacerdotes de la región] no nos conocían”. Antes que colaborar “naturalmente” con las guerrillas, los párrocos “empezaron a hablarle a la gente del anticomunismo”. Entonces, las guerrillas entablaron un diálogo con ellos, a partir de lo cual “empezaron a moderar su lenguaje. En el pueblo tienen una gran influencia [...] Eso nos favoreció bastante [...] Después ya no atacaron a la guerrilla, la favorecieron [...]”. Pero en aquella relación, los matices siguieron siendo importantes. De ello da cuenta el siguiente fragmento, narrado por Gabino:

En el año 80 nos contó el padre Mateo que el padre Francisco Santos había venido. Dice que le dijo: —ya es tiempo que llames a los catequistas a que tomen las armas, que echen plomo, porque las cosas ya no se pueden hacer de otro modo. Entonces, el padre Mateo le dijo: —no es tiempo todavía. Yo no voy a caer, como ustedes, no voy a llamar a la gente para que se armen, porque entonces me va a pasar lo que les pasó a ustedes, me van a echar de aquí; yo no voy a caer en ese error. Yo le voy a decir al campesino que luche y, sin que la Iglesia se meta en eso, él solo va a agarrar las armas.

A inicios de los años setenta, aquellas ideas en las bases católicas del Petén provocaron que el Vicario Apostólico del Petén tomara la decisión de expulsar a los sacerdotes españoles.²⁴ Cuando éstos, que fueron acusados de comunistas se fueron del Petén, el departamento quedó sin sacerdotes. Además de acusar a los sacerdotes, las autoridades eclesíásticas, en un intento por aplacar los ánimos revolucionarios de los creyentes católicos, introdujeron al movimiento de la renovación carismática. El insurgente Gabino recuerda: “En los años 77 y 78 entró la asociación de carismáticos. Vinieron a borrar el trabajo político organizativo que habían dejado los jesuitas españoles. El ca-

²⁴ Vicario: Dignidad eclesiástica designada por la Santa Sede para regir con jurisdicción ordinaria las cristiandades en territorios donde aún no está introducida la jerarquía eclesiástica. Suelen ser obispos titulares (*DRAE*).

rismático viene con una espiritualidad al estilo evangélico: sólo Dios. Para resolver sus problemas sólo con oración y ahí está todo, nada de luchar por beneficios sociales”. Entonces, recuerda Gabino que, siendo él catequista “el padre Guillermo Cárcamo nos mandó a un grupo de catequistas, para que fuéramos a ver el primer culto de los carismáticos a Santa Elena. Nos dijo: —ustedes sólo vayan a oír, no vayan a entrar en polémica con ellos, solo escuchen. Pero hubo catequistas que no se aguantaron, y empezaron a hablar”.

A pesar de estos cambios, el papel de la iglesia Católica siguió. El resultado fue la conformación de la Federación de Cooperativas Agrícolas del Petén (Fecap), en aquel momento la principal organización campesina de la región, que aglutinaba tanto a cooperativas como a los parcelamientos. Los sacerdotes y los catequistas fueron sus principales promotores (Soto, 1999: 145).

El trabajo de la Iglesia también estuvo dirigido a apoyar las cooperativas en Petén. Como ya se dijo —líneas arriba— el origen de éstas se halla en la disposición del gobierno por evitar los planes del gobierno de México de construir una serie de presas en el río Usumacinta, el principal sistema fluvial de Guatemala. A estos campesinos se les otorgaba —en promedio— una caballería, misma que se dedicaba al cultivo de maíz y frijol. Entre 1967 y 1968, más de 700 familias fueron llevadas desde diversos departamentos del país para fundar 15 cooperativas agrícolas en Petén. El eje de aquella empresa fue Sayaxché, cabecera municipal que se transformó en importante puerto fluvial que, a falta de caminos y carreteras, hizo de las pequeñas embarcaciones el medio de comunicación entre las cooperativas situadas todas a orillas de los ríos. Centeno describe como fue aquel proceso de poblamiento:

Hacinados en camiones, otros en tren, luego transportados en lanchones improvisados, obligados a pagar algunos trechos de transporte, dejando que cada quien resolviera por sí mismo los problemas de alimentación, en una marcha que duró varias semanas, más de setecientas familias realizaron, en dos grandes oleadas, este éxodo al cual permaneció indiferente el resto del país. Con todas sus pertenencias a mano y el ánimo de encontrar en el ignoto territorio el hogar definitivo, hombres,

mujeres y niños fueron llevados río abajo y abandonados ante la selva en pequeños grupos, a distancias previstas. El reto no podía ser mayor. Atrás quedaba el río, con todo su pasado de jornaleros miserables; adelante estaba la selva, a la que había que dominar primero antes de tomar posesión de la tierra que, quizás algún día, con un poco de suerte, se le sería entregada en propiedad (1968: 41).

Bethel, La Palma, Los Pipiles, Mario Méndez, Buena Fe, El Arbolito, Flor de la Esperanza, Bella Guatemala, Bonanza, Ixmucané, Manos Unidas y La Técnica fueron algunas de las cooperativas fundadas como parte de este proceso. El balance que Centeno hizo de este ciclo de colonización es que el Estado prácticamente había llevado a los pobladores y los había dejado abandonados:

[la] política de colonización [...] no ha sido un proceso sistemático y continuado sino que, más bien, se detuvo una vez que las circunstancias políticas que le dieron origen desaparecieron [...] no se le asigna al estado en este proceso el papel que le corresponde, de interventor directo en la economía que aquí se gesta y en la producción misma [...] Manejar hoy una empresa destinada al desarrollo de un área muy importante del país, como lo hace el Fydep, fundándose en el liberalismo clásico y en la esperanza de que la “libre empresa y la iniciativa” lo hagan todo, no sólo es trasnochado sino que constituye la manera más efectiva de evitar que el desarrollo ocurra (1973: 186).

A los campesinos se les otorgaba tierra, y a esto se limitaba el Estado. Los proyectos de colonización no incluían asistencia técnica, financiera ni de servicios. En adelante, estos campesinos recibirían caridad de instituciones de la Iglesia. Los mini-fundistas, que practicaban la agricultura de rosa, tumba y quema, y que llegaron a la zona en las condiciones antes señaladas, con el paso de las cosechas agotaron la calidad de los suelos. Las parcelas eran trabajadas a mano. Los suelos en barbecho eran sometidos a periodos cada vez más cortos, y la forma en que se quemaba la tierra —para prepararla para la siembra— se hacía de forma cada vez menos fina, lo que provocaba incendios. Un estudio realizado en 1963 por la Universidad de San

Carlos demostró que gran parte del suelo de Petén tiene bajas cantidades de potasio y fósforo, lo que hace que aquellas tierras no sean consideradas aptas para los cultivos (Ayala, 1963). Debido a la carencia de medios de transporte propios, se veían en la necesidad de vender sus productos al FYDEP a precios por debajo de los precios en los mercados regionales (Peckenhham, 1980: 173).

Pero entre los campesinos que el Estado llevó a Petén con el propósito de formar las cooperativas iban grupos de comunistas. Tanto así que una de las cooperativas fue nombrada —por un tiempo, ya luego decidieron cambiarle el nombre— San Jacobo, en homenaje a Jacobo Árbenz Guzmán, el presidente de la reforma agraria. Esto era así, afirma Nicolás, porque “La revolución de octubre dejó en la mente de mucha gente, especialmente del PGT, esta idea de transformación y de revolución y de beneficio. El haber suspendido la reforma agraria también quedó muy grabado en los campesinos”. Sin proponérselo, las FAR llegaron al Petén a cosechar —a muchos kilómetros de distancia de donde se había dado originalmente—, el trabajo político del PGT desplegado en la costa Sur, a mediados del siglo veinte, entre 1944 y 1954, con la revolución de octubre, o más precisamente con la reforma agraria de 1952. “Entre esa población [de las cooperativas] iba a quedar gente del PGT. Y esa fue la gente que nos apoyó a nosotros cuando llegamos” señala Nicolás. Pero ya para entonces —entre 1952, 1954 y los años setentas— había una diferencia: “La única cuestión era que ahora se trataba de la lucha armada. La revolución ya era a través de la lucha armada. Ya no se podía por otra vía [...]”, termina afirmando el ex insurgente. Haciendo un balance en trazos gruesos del proceso de guerra, Nicolás, afirma que: “La verdadera raíz del movimiento está en el PGT. No son las FAR, ni ORPA, ni EGP [...] El hecho es la revolución del 44. El otro hecho es la miseria de la gente. Y el otro hecho es el trabajo político del PGT”.

Además de la colonización “ordenada”, con el propósito de formar cooperativas, también hubo otro importante flujo de migrantes hacia Petén: poblaciones atraídas por la noticia de que había tierra sin dueño para empezar una nueva vida. El terremoto que devastó el país en 1976 impulsó aún más este tipo de inmigración masiva hacia la región. Probablemente este tipo de migración constituyó el más impor-

tante flujo durante los años setenta. Estos eran grupos de familias que, provenientes de distintas partes de Guatemala, llegaban a los centros poblados más importantes. Allí reunían información de las áreas en las que se estaban repartiendo parcelas, a donde se dirigían y en donde finalmente se asentaban.

A estos pobladores les era entregada una extensión de terreno por “los encargados” del área. “Los encargados” eran uno o un grupo de vecinos que contaban con un permiso del FYDEP para parcelar un terreno. Pasaba el tiempo, el terreno se descombraba, es decir, se limpiaba y se preparaba para la siembra. Sin embargo, el campesino difícilmente llegaba a acumular los recursos económicos necesarios que le permitieran realizar los trámites de titulación del terreno ante las autoridades del FYDEP. Así, la tierra que se tenían en uso era fácilmente despojada por caciques. Los campesinos eran desalojados por otros, que llegaban de fuera, no a trabajar la tierra, pero sí con el título de propiedad en la mano y el apoyo de las fuerzas de seguridad del Estado o de sus propios guardias privados. A lo largo de la década de los años setenta el ánimo de protesta de los cooperativistas y parcelarios se iba acrecentando por los agravios que sufrían. Además del despojo por carecer de títulos de propiedad, algunos campesinos perdían sus propiedades por no estar en condiciones de pagar los préstamos que obtenían del Banco de Desarrollo Agrario (Bandesa) (Soto, 1999: 146). Esto es descrito por Soto B. en estos términos:

En 1971, 24 aldeas, entre ellas las de Cancún y Santa Isabel, fueron desalojadas por Rangers que a bordo de tanquetas, dispararon contra mujeres, ancianos y niños y quemaron sus caseríos. En esa acción, 20 niños se perdieron para siempre en las montañas cuando huían del ataque [...] En 1973 campesinos asentados en las riberas del río Mopán y sus arroyos fueron desalojados por el Ejército. En 1978, 90 campesinos fueron expulsados del parcelamiento La Blanca y otros más en Melchor de Mencos (1999: 143).

Fueron éstas las bases que las FAR encontraron a lo largo de la década de los años setenta. Pero estaba por verse si aquellos pequeños descontentos se iban a cristalizar en una revolución. ¿Cuáles guerrilleros

del Petén resultaron de esa mezcla de la nueva teología católica, las cooperativas, los procesos de colonización y una organización guerrillera que reorientaba su estrategia hacia insertarse en las poblaciones locales? Gabino responde que “se organizaban y se incorporaban trabajadores, parcelarios, cooperativistas, campesinos, agricultores, xateros.”²⁵ La mayoría de cuadros salió del puro campesino, no tuvimos mucha incorporación de personas de nivel académico. Peteneros originarios, tal vez se incorporaron unos dos o tres; más eran migrantes”. El pequeño núcleo de combatientes de las Fuerzas Armadas Rebeldes, sobrevivientes de la derrota en la Sierra de las Minas en 1967, iba a convertir a aquellos inmigrantes, campesinos, parcelarios, cooperativistas y xateros de Petén en una guerrilla.

7.5. DE LA GENERALIZACIÓN DE LA GUERRA DE GUERRILLAS A LA EMBOSCADA DE LOS 22 FUSILES

Las Fuerzas Armadas Rebeldes reiniciaron el accionar militar en el segundo semestre de 1979. Lo hicieron mediante un comunicado que fueron autorizados a publicar en los medios de comunicación a cambio de la liberación del vicescanciller, a quién habían secuestrado con ese propósito. En su órgano interno de divulgación *Guerra popular* (núm. 8, agosto de 1979) el EGP hace alusión a este pronunciamiento de las FAR en estos términos:

Después de sufrir muchos golpes y de superar muchas vicisitudes, las FAR han reactualizado su línea de lucha armada, de Guerra Revolucionaria. Y en este pronunciamiento en que llaman al pueblo a luchar por la defensa de sus intereses y por alcanzar el triunfo de la Revolución con las armas en la mano, han consolidado su posición. Se trata en verdad, para esta nueva época, de la proclama de reaparición pública de las FAR en el camino de la Guerra Revolucionaria. El contenido y la combatividad de sus planteamientos nos hace ver que el pueblo cuenta con

²⁵ Xatero, es el campesino que se dedica al corte de la palma Xate, la que tiene un uso industrial.

otro instrumento de lucha revolucionaria consecuente que tiene grandes afinidades con nuestras posiciones.

En el segundo semestre de 1979 dio inicio el entrenamiento de las unidades guerrilleras. De acuerdo con el testimonio de Gabino “el primer entrenamiento que yo recibí, en el año 1979, fue al norte de Josefinos. Ahí obtuvimos conocimiento de armas, prácticas, posiciones de tiro, cómo desplazarse en la vida civil [...] [En aquel momento] todavía no había unidades permanentes, sólo unidades paramilitares, milicias”. En la relación entre los simpatizantes y la guerrilla se daba una cierta escala en el nivel de participación. Lo explica el insurgente Gabino a continuación:

Nosotros teníamos una columna y en las aldeas teníamos las guerrillas locales, las milicias. Cada frente tenía sus aldeas. Las milicias se sumaban cuando una columna iba a hacer una operación, luego regresaban a sus aldeas. Los nuevos combatientes se integraban a las guerrillas locales. Estos guerrilleros locales eran trabajadores que por la noche agarraban la mina claymore, el fusil, y lo utilizaban en una emboscada, en un hostigamiento. Los mejores combatientes de esta célula eran promovidos a la tropa territorial.

En el año de 1980 se daría un salto; según el insurgente Gabino “en el año 1980 empezamos a organizarnos [...] ajusticiando esbirros, comisionados que estaban accionando en contra de los miembros de las FAR”. 1981 fue un año de gran importancia para las Fuerzas Armadas Rebeldes. Paralelamente a la formación de las primeras unidades permanentes de combate, se desarrolló un intenso proceso de organización del abastecimiento y de la logística. El insurgente Gabino recuerda que: “En 1981 se formaron las unidades permanentes de combate de las FAR. Se organizó la primera unidad militar en el área de La Libertad, al norte de Palestina [por la laguna La Mendoza]”. Gabino recuerda que “se formó un pelotón de unos 30 combatientes que se entrenaban con instructores que habían ido a Viet Nam y Cuba”. Esto era lo mismo que entonces se estaba haciendo “en el área de Melchor [de Mencos] y por Tikal. Allí había una unidad muy grande que se había organizado militarmente”.

En enero de 1981, siguiendo las más estrictas medidas de seguridad, grupos de colaboradores se daban a la tarea diaria de construir tatús debajo de la tierra en diversas áreas del Petén. El nombre y el uso de este tipo de instalaciones se había traído de Vietnam. Se trata de un sistema de cuevas que se construían empleando el arco. Estas instalaciones servirían como hospitales, bodegas de comestibles, centros de reunión y, por supuesto, almacenes de armamento y explosivos. Los planes indicaban que aquel recurso humano, formado políticamente y entrenado militarmente, fuera abastecido a través de la red logística que se hallaba en los tatús, a fin de llevar a cabo las grandes operaciones militares que estaban por venir. Pero el intento de generalizar la guerra de guerrillas se impactó con una realidad muy distinta. Un conjunto de errores dieron al traste con toda la fase de preparación para el combate, todavía en el momento de mayor debilidad para las guerrillas de las FAR.

La guerra en el Petén empezó el 30 de abril de 1981. El Ejército atacó por sorpresa un campamento guerrillero ubicado a pocos kilómetros del caserío Las Tres Aguadas, La Libertad, Petén. Aquel día se tenía planeado realizar una concentración de fuerzas. Entre combatientes y población de apoyo, el campamento albergaba a unas cuatrocientas personas. Graves errores habían permitido que fuera el Ejército el que preparara y asestara el primer golpe. Pero después vino lo peor. En junio de 1981, dos militantes de la Cooperativa El Arbolito que se dirigían a un entrenamiento en Cuba decidieron salir de la casa de seguridad en la que se encontraban en ciudad de Guatemala. Lo notorio para el vecindario fue que no salían y entraban por la puerta sino que se saltaban la pared por la parte de atrás de la vivienda. Su deseo de conocer la ciudad tuvo un costo muy alto para la estrategia insurgente. Gabino recuerda:

Cuando regresaron, los vio la gente que se saltaron otra vez, los denunciaron pensando que eran ladrones que estaban metiéndose a la casa. Entonces llegó la policía, los agarró. Pero la dueña de la casa que era una compañera que los tenía a su cargo, les dijo [a los policías]: — son mis familiares, olvidaron la llave y no pudieron entrar, entonces tuvieron que saltarse. Pero a la siguiente vez que hicieron lo mismo, entonces sí les cayeron.

Era junio de 1981. El ejército estaba terminando de completar la información sobre las casas de seguridad y los aparatos de logística y operaciones que el EGP y la ORPA tenían en la ciudad de Guatemala. Inteligencia militar sistematizaba información sobre el consumo de energía eléctrica y agua, y no perdía la oportunidad de extraer información de detenidos (Payeras, 1987). Para sorpresa de quienes dirigían el interrogatorio de los dos peteneros capturados, éstos habían participado en la construcción de varios tatús en la zona del suroeste del Petén y conocían al detalle la red logística de las FAR en la ciudad de Guatemala. Resultaron ser lo que en el argot de inteligencia se llama “una mina de oro”.

Contando con información precisa, el ejército procedió a desbaratar la logística de las FAR. Según Gabino, insurgente de las FAR, detectó y desarticuló todo el sistema de tatús en el departamento de Petén, aproximadamente cuatro, ubicados alrededor de Los Chorros, Los Bártres, Josefinos y “por Dolores y Tikal”. Las casas de seguridad que la organización tenía en la ciudad de Guatemala también sufrieron golpes: “cuando los capturan [a los dos peteneros] se dan cuenta quiénes son y qué están haciendo ahí”, apunta D. Rivera; aquella fue la punta de una larga madeja que desbarató la red logística, continúa D. Rivera: “entonces cayó esa casa, cayó la compañera, que estaba embarazada y empieza a caer todo. Murió Herbert (Abel Mijangos),²⁶ que era el jefe de logística y del Frente urbano de las FAR; murieron otros compañeros que los capturaron y los mataron, entre ellos la esposa de Herbert”. El balance que Gabino hace de esto es el siguiente:

Desgraciadamente esos compañeros habían estado en el trabajo logístico con la técnica de hacer tatús que trajeron los compañeros que fueron a Vietnam [...] entregan todo eso, y no sólo entregaron toda la logística, en esta área de Los Chorros, donde ya habíamos recibido dos camiona-

²⁶ El comandante Herberth, Bernal, son algunos de los nombres de guerra de Abel Mijangos García “el sapito”. Este trabajador de la empresa Coca-Cola, se unió a la guerrilla en los años sesenta. Fue parte de la organización sindical de aquella empresa. En Petén, coordinó la construcción de los tatús, técnica que aprendió durante un curso que tomó en Vietnam. En la ciudad de Guatemala formó las unidades de logística (insurgente Gabino).

das de abastecimiento, de armamento y de comida, no sólo entregaron eso, sino a la base social.

La estrategia del Ejército en el departamento consistía en hacer constantes cambios en el despliegue de las unidades militares en el territorio. El insurgente D. Rivera apunta que “donde iba apareciendo la guerrilla, ellos iban cubriendo el área con un destacamento; donde más operaciones guerrilleras se realizaban, ellos iban instalándose”. D. Rivera da un cuadro de la situación del despliegue del Ejército en la zona:

Poptún y Santa Elena concentraban la zona militar y su fuerza área. Para tener control del territorio ellos crearon los Puestos Avanzados de Combate (PAC), a nivel de batallón: El Subín, El Chal, San Diego, Las Pozas, El Remate. Estos batallones dependían de la base. De cada Puesto Avanzado de Combate dependían las Bases de Patrulla, a nivel de compañía. De El Subín, dependía Palestina, Las Cruces, Bethania, Los Manueles. De San Diego dependía El Naranjo, San Joaquín, La Gloria, La Libertad. Cada Base de Patrulla tenía control sobre aldeas, donde organizaban a las Patrullas de Autodefensa. Estas bases de patrulla tenían un área de control en la que estaban permanentemente patrullando.

Sobre la base de un cúmulo de información, el Ejército instaló un destacamento compuesto por una compañía de soldados en junio de 1981, dos kilómetros al norte de la comunidad de Vista Hermosa, cerca de la cooperativa El Arbolito. Militares disfrazados de compradores de cerdos llegaban a las cooperativas “pasando las noches platicando con la gente con la finalidad de informarse sobre la población” (CEH-VI: 390). Tras la instalación del destacamento, utilizando uniformes utilizados por las fuerzas guerrilleras, el Ejército inició una serie de operaciones en el área. El 15 de junio, un pelotón de soldados capturó a un hombre en la cooperativa Flor de Esperanza. El 16 de junio, en la cooperativa Bella Guatemala, escribieron en la escuela la consigna “vivan las FAR”. El 17 de junio otros dos pelotones salieron del destacamento:

Yo vi hombres vestidos de civil, pero no vi que traían armas, se abrieron y yo pasé, no me hablaron, me dejaron pasar y sentí el golpe atrás de la cabeza, ahí estoy tirado, luego me pusieron el pie aquí en la espalda y

el cañón aquí (el pecho). Y entonces fueron a registrarme. Y yo le dije: —¿Qué es lo que quieren?. Y empezaron a tratarme como ratero, de ladrón, de sinvergüenza, que yo era un guerrillero. Le digo yo: —¿Pero por qué?, si yo no estoy haciendo nada. Y agarraron mi leche que llevaba y mi comida se la comieron, tiraron el arroz todo para el monte. Entonces ya me amarraron de los dos dedos y de las manos para atrás. Al rato cayó Fausto Bravo (el segundo capturado); lo mismo le hicieron. Le pegaron con machete, y sonaban los cuerazos en la espalda y le amarraron. Al rato oí que estaban amarrándolo y gritaba cuando le estaban pegando. Cuando me di cuenta, sí era el Ejército, pero todos iban vestidos de civil (testigo directo CEH, T. C. 491, en CEH-VI: 390).

Esta unidad se dividió en dos. Un pelotón fue a la cooperativa El Arbolito. Éstos llevaron a los dos capturados y a otra persona, encapuchada, que había sido capturada en la ciudad de Guatemala. Antes de entrar a la comunidad se les unió el pelotón que el día anterior (16 de junio) había estado en la cooperativa Bella Guatemala. A las diez de la mañana entraron a la cooperativa disparando al aire. Reunieron a los vecinos en la cancha de fútbol. Fueron apoyados por un helicóptero. Formados en fila, el encapuchado señaló a ocho presuntos colaboradores de la guerrilla quienes fueron capturados. Durante el trayecto entre la cooperativa El Arbolito, la aldea Vista Hermosa y el destacamento militar, los militares asesinaban a todo aquel que se cruzaba en su camino:

Un sobreviviente que pasó días después por el lugar atestiguó que no se aguantaba el mal olor en toda la zona y logró ver como a treinta cadáveres tirados en el camino. El estado de descomposición de los cuerpos impedía identificar a las víctimas, aunque algunos testigos presuponen que eran trabajadores de una petrolera ubicada en el territorio fronterizo mexicano (CEH-VI: 391).

El pelotón que se dirigía a la cooperativa Bonanza entró gritando “Viva el ESA y mueran los guerrilleros”, y ejecutó a un número indeterminado de personas de la comunidad, aparentemente vinculadas con las FAR. “Masacraron en el mismo lugar a Pedro, Audelino y al te-

niente de las FAR, Vidal. Capturaron a otro teniente de las FAR, Cruz Sánchez, y otros de la misma comunidad tales como Faustino, Erasmo González y Luis” (testigo directo CEH, CEH-VI: 390). El teniente Vidal era jefe militar del área sur occidental de Petén; estaba de visita en la casa de su familia, con armamento —dos fusiles— y su equipo de combate. Fue el primer oficial de la guerrilla que murió. Él había sido instructor de varias generaciones de jóvenes guerrilleros (Gabinno, insurgente de las FAR).

Todos los capturados que fueron llevados a La cooperativa La Técnica fueron obligados a identificar a otros colaboradores y militantes de las FAR. Pero “no encontraron a nadie porque la gente, ya avisada, había huido” (CEH-VI: 391). El destacamento militar se convirtió en un centro de tortura. Allí concentraron a veinte capturados de las cooperativas: “Me pusieron una bolsa en la cabeza para asfixiarme, me golpearon a culatazos, no nos dieron nada de comer durante ocho días. Habían personas que les puyaron los ojos y a algunos los gusanos les comieron los ojos y gritaban del dolor insoportable” (CEH-VI: 392). “Bajó de un helicóptero una alta autoridad militar quien llegaba a observarnos en el lugar donde nos estaban torturando, y luego desaparecía” (CEH-VI: 392). Sólo cuatro sobrevivieron a aquellos ocho días de tortura.

Durante aquel mes de junio de 1981, otras unidades militares también llegaron a la cooperativa Flor de la Esperanza. Mataron a siete personas que enterraron en el cementerio de la localidad. En julio, el destacamento fue desmantelado. Vecinos de Vista Hermosa fueron obligados a quemar y sepultar varios cadáveres. Los sepultaron en una parcela ubicada a 17 km de la comunidad, en la carretera a Bethel (CEH-VI: 392).

Junio y julio de 1981 significó un duro golpe para el trabajo político organizativo que las FAR habían desarrollado en las cooperativas del sur occidente del Petén. No obstante, aquellas operaciones militares motivaron a muchos a incorporarse a la guerrilla. Lo explica un ex combatiente, Danilo Rivera: “a partir de la represión en el mes de junio de 1981, mucha gente se fue con todo y familia a la montaña”. Aquello coincide también con el siguiente testimonio: “antes de la masacre del Arbolito, si mucho contábamos con 30 combatientes [...]”

las FAR eran un pescadito. Después de aquella fecha, pasaron a ser el pez” (CEH-VI: 393). Gabino también recuerda que “cuando la gente se incorporó en masa fue cuando vino la represión fuerte, en 1981 [...] Se vinieron todos a la montaña, pero no los pudimos mantener; fueron muy poquitos los que se quedaron [...] De ahí, la demás gente se mantuvo un tiempo en la montaña y de allí la tuvimos que sacar. Faltó logística y faltó dirección, cuadros de dirección política”. Cuando comenta las razones de su incorporación, otro ex combatiente comenta: “En primer lugar fue porque el ejército había matado a mi papá, entonces eso ya guarda uno un rencor, ni modo hay que hacer algo, eso por un lado; por otro lado si no me metía ahí era para que me dieran muerte en cualquier momento. Entonces dije yo: —mi único chance es aquí. O salgo vivo o muero, pero voy a morir con arma” (CEH-VI: 393).

Las FAR no llegaron a tener campamentos fijos; todas eran zonas de operaciones y campamentos temporales. Los únicos campamentos fijos se ubicaban en la Sierra del Lacandón, la zona de retaguardia y el bastión. En aquella zona, las FAR crearon en Yaxchilán a mediados de 1983 la Academia Militar Feliciano Argueta Rojo. Allí, comenta el insurgente Danilo Rivera “enseñábamos la técnica vietnamita. Tuvimos instructores chilenos, un peruano, entrenado en Vietnam que dio el curso de tropa especial”. Hasta aquel entonces los insurgentes “se entrenaban en el camino”. Años más tarde, en 1984, las FAR reorganizarían sus bases de apoyo en Petén: fundaron las Comunidades Populares en Resistencia, originalmente llamadas Comunidades Populares de Producción y Defensa.²⁷ Sus integrantes fueron pobladores que no habían logrado cruzar la frontera con México y refugiarse en el vecino país. En cambio, se encontraban a las patrullas guerrilleras en distintas zonas. Entonces, se organizaron estas milicias “cuyo trabajo cotidiano consistía en la protección de la milpa, la caña de azúcar y otros alimentos, el abastecimiento y la atención médica a los combatientes” (Cantú, 1997: 49-50). Se sumaron los refugiados en México a la incorporación de excombatientes y la reorganización de las bases de apoyo, ahora como Comunidades Populares. La comunidad Ixmucané fue la primera en partir hacia México.

²⁷ Acerca de este proceso véase Soto B. (1999: 200-212).

Las primeras pruebas que presentamos al gobierno mexicano fueron los sobrevivientes de la masacre de la cooperativa El Arbolito, horas después que el Ejército los liberó. Las señales de tortura que presentaban los sobrevivientes conmovieron a las autoridades de ese país, declarando a las primeras cuatro personas como asilados políticos. Este proceso de asilo político fue acompañado por una campaña de prensa. Los cuatro sobrevivientes sirvieron para los demás refugiados como fuentes para poder ingresar en calidad de refugiados y aceptados por el gobierno mexicano (testigo directo CEH, en: CEH-VI: 393).

Ya en estado de persecución, sin el armamento y sin el abastecimiento necesario, las FAR no tuvieron más que entrar en acción: “no nos dieron tiempo, estábamos en pura preparación de combate. Cuando vino el Ejército, nosotros todavía estábamos en preparación”, afirma Gabino, insurgente de las FAR. En adelante, grupos dispersos de guerrilleros se dieron a la tarea de realizar operaciones militares para obtener armamento y recursos financieros con los cuales comprar víveres para alimentar a las unidades.

Como parte de estas acciones, en septiembre de 1981, una patrulla guerrillera de treinta combatientes al mando del teniente Sandocán, mal armada con escopetas hechizas, rifles 22, algunos fusiles (M16, FAL, G3) y un lanzacohetes (bastón Chino) aniquiló a los 17 soldados del cuartel de la Policía Militar Ambulante ubicado en la Aldea Las Cruces, La Libertad, Petén. La unidad no logró recuperar el armamento porque “estaba rodeado de agua. En ese tiempo llovía mucho. Entonces, se llenó de agua y no se podía pasar tan fácil a donde estaba la casa del destacamento”, recuerda Gabino, insurgente de las FAR. Días después se instaló el destacamento del Ejército en El Miralvalle, en la entrada a la aldea Las Cruces. Se formó allí la más importante base de operaciones de toda la zona. Freddy Pinto, vecino del lugar, recuerda detalles de aquel evento:

Hubo una vez que la guerrilla entró a Las Cruces. Nosotros bajamos con mi papá a vender maíz y a comprar insecticida. Y yo y mi otro hermano teníamos paperas y nos trajeron al puesto de salud. Estando allí llovió recio toda la noche. En el área donde estaba el destacamento se inundó.

Los soldados salían nadando y allí los agarraban [les disparaban]. Hubo un enfrentamiento [...] allí murieron muchos soldados [...] como si era 24 de diciembre [la noche de navidad, que en Guatemala se celebra con quema de juegos pirotécnicos] sonaban las armas, las bombas.

Meses más tarde, en febrero de 1982, el pelotón del teniente Sandocán realizó un mitin en Las Cruces. Temporalmente, el destacamento de la aldea había sido trasladado a El Subín. Meses antes, el poblado había sido sacudido por varias ejecuciones, incluyendo las de varios comisionados militares. Arriba de un carretón, en el parque del pueblo, los guerrilleros dieron su mensaje (Gabino, insurgente de las FAR). Como respuesta del Ejército, el destacamento volvió a instalarse en Las Cruces. Ahora estaba a cargo del Tercer Pelotón de la Segunda Compañía de Fusileros del Segundo Batallón de la Brigada Militar “General Luis García León”, Petén. El comandante de la unidad era el subteniente de reservas Carlos Antonio Carías López. Ahora, contando con la colaboración de varios comisionados militares, la misión consistía en consolidar —las había formado el oficial que a él entregó la jefatura del destacamento— las Patrullas de Autodefensa Civil.²⁸

Posteriormente, la noche del 9 de febrero de 1982, el teniente Sandocán murió en un ataque que el Ejército hizo al campamento guerrillero donde él y su grupo se encontraban.²⁹ Luego, la unidad del teniente Sandocán se integró a la columna Turcios Lima, que estaba

²⁸ El subteniente Carías causó alta en la institución armada el 1 de diciembre de 1980, como Comandante del Tercer Pelotón de la Tercera Compañía de Fusileros de la Brigada Militar General Aguilar Santa María, Jutiapa. Posteriormente es trasladado a Petén, donde estará entre el 1 de enero de 1982 y el 30 de abril de 1984 (AJCLDE) (Balconi Turcios a Melgar Valenzuela, 12 de junio de 1997).

²⁹ El insurgente D. Rivera da otros datos sobre la vida de Sandocán, nombre de guerra de Medardo Ramos: “en 1967 Pablo [Monsanto] llegó al ranchito de don Pablo Mateo, el papá de Sandocán. Entre las milpas, [a Pablo Monsanto] le hicieron un ranchito. Sandocán era un patojito que llegaba a dejarles el almuerzo. Don Pablo Mateo había llegado del sur. Ellos tenían un conflicto con el banco. Formaron una cooperativa, el banco les prestó dinero y no lo pudieron pagar. Se venció el plazo. Sandocán se fue a estudiar y regresó. Cuando muere Andrócles, este patojo estaba cuidándolos”. El insurgente Gabino recuerda que Sandocán: “había

a cargo del comandante Daniel Hernández. Favorecido con el voto de todos los integrantes de la unidad, el sargento Gabriel, ahora con el grado de teniente, comandaría aquel pelotón. Desde entonces, el pelotón se llamó Abel Mijangos García.

En julio de 1982 iniciaron los preparativos de la que sería la primera emboscada de gran envergadura que se hizo en Petén (Gabino, insurgente de las FAR). La estrategia de lucha guerrillera de las FAR consistía en “concentrar la fuerza en un área para hacer una gran operación de aniquilamiento. Después, volvíamos a dispersar a todas las unidades, para seguir haciendo operaciones pequeñas, de hostigamiento. A aquella fuerza le llamábamos la fuerza móvil estratégica”, señala el insurgente D. Rivera.

En la carretera que va de La Libertad a El Naranjo, frontera con México, se concentraron varias unidades guerrilleras con el propósito, señala Gabino, de “hacer logística para preparar una operación de gran envergadura”. ¿En qué consistía este trabajo? Grupos de guerrilleros “iban a las milpas, sin permiso de la gente, a cortar las mazorcas, llenaban las mochilas. Luego, en un tapesco, juntaban fuego debajo, para que se secase el maíz”, recuerda Gabino, porque todavía no era tiempo de la cosecha y el maíz estaba camagua (tierno, verde). También, dio inicio la fase de planificación del operativo, seleccionando el lugar en el que la emboscada tendría lugar. Ismael Galván, insurgente de las FAR, recuerda que a él le correspondió la tarea de revisar el área y seleccionar el terreno: “me fui con otros dos compañeros, entre el kilómetro [...] [hallamos] un lugar bien especial. Con un borde de tierra alrededor, hice un croquis y lo llevé”.

Con el propósito de dirigir la emboscada, en septiembre de 1982, el comandante Pablo Monsanto llegó al campamento “Vencere-mos”. Un ex combatiente recuerda: “la dirigió directamente el propio comandante en jefe. Ahí estaba, con nosotros; allí estuvo en la línea [de fuego] con nosotros”. (Gabino, insurgente de las FAR.)

Monsanto llamó a un pelotón de la columna Turcios Lima para reforzar el ataque y montar una maniobra de distracción en la carre-

sido guerrillero desde los años 70. Desde niño anduvo con Andrócles Hernández. Cuando murió Andrócles y Lucio él estuvo con ellos. Él fue a Cuba a entrenarse”.

tera que va de El Subín al poblado de Bethel, frontera con México. Un ex combatiente recuerda que el comandante Monsanto “le dijo a Damián Arteaga: —te vas a esta carretera y te ubicás en los kilómetros tales y tales. Y él [Monsanto] se colocó aquí [el entrevistado señala en un mapa del entrevistador, la ruta a El Naranjo] con la fuerza principal”. ¿Qué fue lo que hizo Damián Arteaga?, él “colocó a tres unidades pequeñas [situadas al oeste, al centro y al este], como de 10 combatientes cada una [con el propósito de que] todo lo que pasara lo dejáramos entrar y que yo le diera [atacara, disparara], y los que salieran los agarraran éstos [señala a la unidad situada más al oeste]. Pero esta fuerza no debía moverse de ahí”. El gran estratagema consistía en engañar a las tropas gubernamentales, “hacerles creer que la fuerza principal estaba aquí [en la ruta entre el Subín y Bethel], y que había empezado a hacer operaciones”. El supuesto era que el Ejército enviaría unidades de los destacamentos del área a realizar operaciones a la ruta entre El Subín y Bethel, debilitando así su capacidad de respuesta en la ruta que va de La Libertad a El Naranjo. De repente se haría presencia en la carretera de El Naranjo, atrayendo así a una unidad del Ejército, la que iban —ese era el plan— a aniquilar y de la que iban a tomar el armamento. En esta operación tomaron parte la mayoría de los hombres en armas que las FAR tenían en Petén. Nicolás recuerda que “teníamos dos columnas, habría por todo como unos [...] vamos a ver, 30, 30, 60, como 200 en todo el país. Allá [en Petén] éramos 60”.

El 10 de octubre de 1982 dio inicio la operación. De forma simultánea, la fuerza principal de los insurgentes tomó sus posiciones en la unidad El Naranjo. El puesto de observación estaba colocado cinco kilómetros al este del sitio donde estaba planeada la emboscada. Una pequeña unidad de guerrilleros prepararía el retén. En la ruta a Bethel se hallaban tres unidades guerrilleras, las que iniciaron el ataque ese mismo día.

Al día siguiente, el 11 de octubre, en la ruta a El Naranjo, a la altura de la aldea El Esqueleto “apareció un grupo de siete harapientos guerrilleros que empezaron a parar carros, a pedir comida”, recuerda D. Rivera. Aquella era la operación “de llamativo”, como se le llamaba a los señuelos. Rápidamente, la información llegó al destacamento

de San Diego. El comandante del destacamento dio la orden de preparar un pick-up con cinco soldados vestidos de civil para atacar el retén guerrillero. Al pasar por el puesto de vigilancia de la guerrilla, el radio-operador dio la voz de alerta. Lo dejaron pasar. Al llegar al retén se entabló un enfrentamiento. Los refuerzos que aquel grupo de cinco soldados solicitó al destacamento militar ubicado en San Diego nunca llegarían a su destino. El pelotón de veintidós soldados que era transportado en el camión militar (comando) iba a ser aniquilado, contabilizando 22 fusiles Galil, un lanzagranadas M79 y 22 vidas. Éste es el relato de César González, uno de los combatientes guerrilleros:

Como a las cuatro y media de la tarde, nos avisó la observación. Conforme estaba la variante, así nos colocamos. Como el lugar era muy sospechoso para el Ejército, se pararon antes de llegar a la emboscada. Pasó el jeep adelante del camión, bajaron la velocidad. De las minas Claymore sólo se activó el disparador, un disparo calibre 22. Los soldados se bajaron del camión y se parapetaron para el lado donde oyeron el ruido. Nos dejaron la espalda a toda la fuerza de fusilería. Ahí empezó el combate. Después de dos minutos, se mandó a parar el fuego. Gritamos: —ríndanse. Un Kaibil levantó la cabeza (lo conocimos por la boina corinta que llevaba) y dijo: —no nos rendimos. La tropa no esperó más orden de fuego. Los aniquilamos. Nos tiramos a la calle a recoger el armamento. No sacamos ni un solo herido, nada, limpia, limpia la emboscada. 22 fusiles, un lanzagranadas M-79. Retirándonos estábamos, cuando vino el pick up entró al ataque, nos tiraron unos M-79. Ya íbamos de retirada.

“Fue tanta la euforia que al Comandante Pablo le dio que, cuando vio que llevábamos el armamento, nos salió a encontrar y abrazarnos debajo de fuego todavía. Esa fue la primera emboscada exitosa de gran envergadura que se hizo en Petén”, recuerda ahora Gabino. D. Rivera señala que “En esa área, hasta esa fecha, esa fue la operación militar más grande”.

Más que en un golpe de suerte, el éxito de la operación estuvo dado por la planificación de la emboscada. Como parte del plan se había establecido magnificar el factor sorpresa. Esto fue posible, recuerda

Nicolás, porque “se les hizo creer a ellos [a los soldados] que de un lado estaba la fuerza principal [de la guerrilla]. De ese lado habíamos puesto poquitas gentes a tirar [...]” ¿ya en medio de la emboscada en qué consistía la sorpresa? “La idea era que, al oír ellos que de este lado estaba la fuerza principal [...] para que el jefe y los soldados esperaran la orden, y entonces brincaran para protegerse. Ellos iban a proteger un lado del camión, y nosotros en ese lado teníamos la mayor fuerza”, termina contando Nicolás.

Al terminar la emboscada, cargando los fusiles, los dos grupos guerrilleros se reunieron en el área El Congo, donde tendrían lugar los festejos de fin de año. “Pasamos juntos el fin de año en un área que está en medio de la carretera del Naranjo y la de Bhetel”, recuerda Gabino.

Como a 30 kilómetros de donde fue la emboscada, el parcelamiento Las Dos Erres, quedaba muy cerca de todo: “Las Dos Erres quedaba en medio de toda esta situación”, recuerda ahora el insurgente D. Rivera. Además, apunta que aquella área era “muy desolada, no había nadie”. El insurgente Marco Aguirre analiza ahora cómo pudo interpretar el Ejército la situación militar del área donde se llevó a cabo la emboscada:

Ellos [el Ejército] estaban seguros que, por su ubicación geográfica, esa aldea [Las Dos Erres] era base de la guerrilla. La lógica dice: fue la emboscada en esta ruta, las trillas³⁰ que nosotros dejamos cuando nos retiramos [...] La lógica dice que nos venimos para acá [el entrevistado señala en el mapa el área central entre las carreteras ya mencionadas], entonces ellos [los militares] dijeron: —aquí en esta área están.

Sin embargo, cuando se les pregunta a los insurgentes la relación con la aldea señalan que:

En todas las aldeas teníamos base social, pero en las Dos Erres no. En esta aldea nosotros no teníamos absolutamente un solo contacto. La

³⁰ El empleo de la palabra trilla se refiere aquí a las marcas que deja el pie al caminar entre la selva. Son los rastros, las señas o los vestigios que deja alguien. También, se llama trilla al camino hecho con el paso, más o menos frecuente, de personas, animales o vehículos (DRAE).

razón de aquella excepción se fundamenta en que había una persona que había sido comisionado militar, los compañeros se lo habían topado y había ido a denunciarlos al ejército (D. Rivera).

Por ello, cuando las unidades pasaban por aquella zona: “tratábamos de bordear”, termina diciendo D. Rivera, insurgente de las FAR. Gabino, otro de los insurgentes que en aquel momento operaba en la zona, afirma que de esa aldea ellos “tenían miedo de que nos denunciaran. Nosotros no teníamos ni un solo contacto en las Dos Erres”. Por esta razón, coincide con D. Rivera, en que “siempre que pasábamos por Las Dos Erres, pasábamos a un kilómetro de distancia. Colocábamos, era lo acostumbrado, una observación en cada punta y otra adelante. El grueso de nuestra fuerza pasaba en medio. Siempre que pasábamos por Las Dos Erres, siempre lo hacíamos así, para evitar que la gente nos viera”. Afirma, además, que nunca entraron a la aldea: “nunca fuimos. Uno de los Comisionados era don Lico; fue de los fundadores de la aldea. Él tenía tractor; fue el primero que hizo un pozo”. Rony, otro ex insurgente en aquella zona en aquel tiempo, afirma que las relaciones con los campesinos —en términos generales— no eran tan tajantes. Él afirma que sí pudo haber habido encuentros e intercambios con los campesinos de Las Dos Erres. Lo que no quiere decir que las FAR hubieran desarrollado un trabajo político para consolidar bases sociales en el parcelamiento:

Las familias de ahí ellos sí sabían de nuestra existencia. Nosotros operábamos ahí, ahí andábamos. Sin la menor duda, a saber cuántas veces les pedimos comida en los aguatales. Nosotros pasábamos por los aguatales y nos encontrábamos a cualquiera y le decíamos —véndame, o regáleme maíz. Algunos nos decían —yo no puedo venderle, ni puedo regalarle, si usted quiere llevar, lleve, pero no puedo ni venderle ni regarle. Y entonces cuando nos decían así, nosotros dábamos por hecho que sí querían, pero que no podían y entonces muchas veces tomábamos el maíz. Supongo que ellos sí tenían conocimiento de nosotros y un montón de ellos seguro que nos conocía a nosotros porque ahí operábamos. Pero como organización FAR, que yo recuerde, no habíamos llegado ahí.

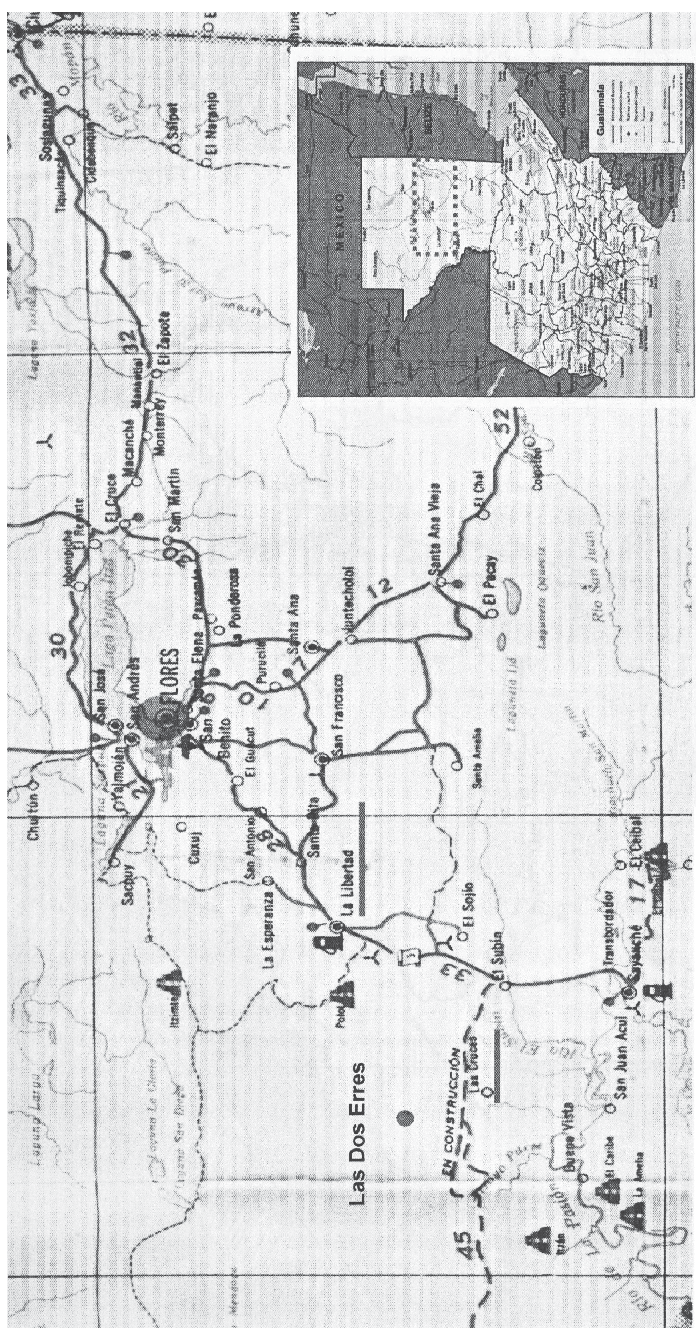
Salazar Monroy, un insurgente que tomó parte en aquella operación, recuerda que al terminar la emboscada, ya en El Congo, el mando de las FAR organizó una reunión “no sólo para celebrar la recuperación [del armamento], era para demostrarle al jefe del frente que sí se podía. En esa reunión lo llamó en público, lo criticó y delante de todos lo degradó, de comandante a capitán. Le dio el mando al comandante Néstor”.

La situación militar de las FAR en Petén era crítica. La emboscada de los 22 fusiles fue planeada con el propósito de: “demostrarle al jefe del frente que sí se podía, porque él [el jefe del frente] decía que no se podía aniquilar, y que no se podía recuperar armamento”, termina diciendo Salazar. Además de esto, Nicolás, recuerda que el inventario de armamento era ya inaguantable para la moral de los miembros de la guerrilla, de tal forma, indica que “si no recuperábamos las armas, ya no podíamos retener a los otros [miembros de la guerrilla] y sin gente ¿qué hacíamos nosotros allá? había que regresar”. La situación de la guerrilla en la zona estaba al borde de hacer crisis: “Si esto falla, decíamos en el mando, algunos se tienen que quedar aquí, otros tienen que regresar [a México, donde estaba una parte de la retaguardia], para preparar condiciones. El Ejército se va a dar cuenta que se le quiso hacer una emboscada”. Como balance, indica Nicolás, “ahí hubieran cambiado un montón de cosas. El hecho de haber recuperado 22 fusiles del Ejército, elevó la moral [...]”. Acerca de las opciones de la guerrilla para hacerse de armamento, Nicolás formula la siguiente consideración:

Primero hay que quitárselo al Ejército, y no es cosa fácil. Segundo, se compra, pero cuesta encontrar líneas de contrabando y tener dinero para comprarlo. Luego, el traslado del armamento, no es muy fácil. Eso desequilibra la relación entre incorporación de gente y cantidad de armas. Si una revolución va a ayudar a otra ya es cuando la revolución está avanzada, necesita sólo un toquecito. Llega un punto en que cuesta derrotar al otro. Ahí se necesita más ayuda. En ese momento es cuando las revoluciones importan, antes no. Siempre ha sido así.

Lo cierto es que la emboscada de los 22 fusiles fue un hito en la historia de la guerra en Petén. Más allá de hacerse de 22 fusiles y de

Mapa 7.2
Parcelamiento Las Dos Erres, Aldea Las Cruces, Municipio de La Libertad



Mapa: Guatemala, Instituto Geográfico Nacional, Novena edición, 2002.
Mapa tomado de: <http://www.lib.utexas.edu/maps/americas/guatemala_pol00.jpg>

haber aniquilado a una unidad del Ejército, observa Rony, ex insurgente de las FAR, con esa operación: “cambió la visión, la forma de pensar, tanto de nuestros combatientes, como de nuestros oficiales”.

La emboscada de los 22 fusiles no sólo llegó a ser conocida en las filas guerrilleras: se propagó en el interior de las filas del Ejército. Un miembro del Ejército, Santiago Ramírez, que en aquellos meses estaba cerca de La Patrulla Kaibil, afirma que:

[...] Conocíamos a Cortés Martínez, el capitán que estaba ahí [el oficial que comandaba la unidad que fue emboscada]. Entre los mismos oficiales corrió el rumor que él [Cortés Martínez] había huido, que había dejado a su gente y que se había ido huyendo, y que después había dicho que a pedir apoyo había ido, se comentaba que él había salido huyendo y había dejado a sus soldados tirados y así fue, él se fue huyendo.

Uno de los miembros de las FAR recuerda que ellos tenían la percepción que “[...] el Ejército caracterizaba los combates como difíciles, no por la cantidad de hombres muertos, sino por las armas que perdía”.

8. LAS DOS ERRES

8.1. LA CREACIÓN DE UN PARCELAMIENTO¹

En 1971, don Federico Aquino Ruano y don Marcos Reyes prestaron las iniciales de sus apellidos para nombrar un nuevo parcelamiento: Las Dos Erres. El parcelamiento Las Dos Erres se hallaba ubicado en el municipio de La Libertad, departamento de Petén. Hacia 1981 la población registrada en el municipio era de 14 219 habitantes (Censo, 1981). La aldea más cercana, a 6 kilómetros, era Las Cruces. Entre Las Cruces y La Libertad se recorría un trecho balastrado de 30 kilómetros. El mismo trecho —en las mismas condiciones— existía entre La Libertad y Santa Elena, la cabecera Departamental. En la década de 1970 la carretera que iniciaba en El Subín se acababa en Las Cruces. En adelante, hacia el oeste, todo eran caminos estrechos.

El territorio del municipio de La Libertad está asentado en una zona de grandes sabanas tropicales. Esta zona está atravesada por dos carreteras, que van del centro de El Petén a la frontera oeste, con México: la que va de La Libertad a El Naranjo, y la que va de El Subín a Las Cruces, que actualmente llega hasta Bethel. El patrón poblacional del municipio consiste en el establecimiento de poblados en las orillas de

¹ La descripción del parcelamiento que aquí se presenta se elaboró con base en la entrevista grupal realizada el 20 de abril de 2010. En ella participaron: Vitalina Pérez López, Catalina Arana, Marcelino Córdón Juárez, Timotea Alicia Pérez López, Laura García Godoy, Juana González, Concepción de María Pernillo Jiménez, Victoria Hércules de Corral, y Francisca Morales Contreras. También, fueron de valor los recuerdos de Lesbia Coralía Tesucún, Antonino Franco, Saúl Arévalo y Orlando Aguilar, entrevistados en distintas fechas.

ambos tramos carreteros. El parcelamiento Las Dos Erres intentó ser la excepción a esta regla no escrita. En medio de ambas carreteras, al Oeste, se sitúa la Sierra del Lacandón, una elevación montañosa, que en su parte más alta alcanza los 636 metros sobre el nivel del mar. Es una zona conformada por la cuenca de grandes ríos: la Pasión, al Sur, San Pedro, en el Norte y Usumacinta, al Oeste. Las Dos Erres era un pueblo pequeño, alejado de las carreteras, en medio de la selva.

En el proceso de migración hacia esta zona Las Cruces tenía el papel de última frontera. De allí en adelante, eran brechas. Por ello, Las Cruces era un centro de gran importancia, adonde llegaban las familias antes de asentarse en otros caseríos, que luego se hicieron aldeas: Palestina, Josefinos. También, muchos vecinos de Las Cruces, al enterarse de las facilidades para conseguir tierra para trabajar tomaron la decisión de migrar hacia Las Dos Erres. Pero aquella migración generalmente sólo se hacía de forma parcial, puesto que en Las Cruces continuaba asentada una parte de la familia. Además, los vecinos de Las Dos Erres periódicamente salían del parcelamiento con rumbo a Las Cruces para hacer sus compras: jabón, carne, verduras, sal, azúcar, cigarros, herramientas. Otros parcelarios de Las Dos Erres continuarían viviendo en Las Cruces, yendo a la parcela semanas enteras, en las temporadas de siembra, cosecha, y tapisca. La fiesta patronal que los sobrevivientes recuerdan es la celebración, en Las Cruces, de la Santa Cruz, el 2 y 3 de mayo de cada año.

Las Cruces era, además, la plaza en la que los vecinos de Las Dos Erres llevaban a vender sus productos agrícolas. En el universo de los parcelarios aquella era una unidad: su parcelamiento, Las Dos Erres; y, su mercado, Las Cruces.

Un trocopas,² como en Petén se le suele llamar a los senderos, fue durante mucho tiempo el camino entre Las Cruces y el parcelamiento Las Dos Erres. Caminando, los seis kilómetros entre Las Dos Erres y Las Cruces, se hacía en dos horas y media. El sendero se fue haciendo desde 1971, sin más trabajo que el paso de los propios campesinos a sus parcelas. Aquel fue un camino que tardó en conocer la rueda.

² Trocopas, es el nombre que se le da a los caminos en Petén. Se deriva de las palabras del Inglés, truck pass, paso de camiones.

Aquel año de 1971 el FYDEP le autorizó a don Federico Aquino una propiedad de 100 caballerías. Originario de la aldea Las Cruces, municipio de La Libertad, Departamento de Petén, don Federico se asoció con don Marcos Reyes para parcelar aquellas tierras. Desde 1981, don José Ramiro Aldana Pérez era el alcalde auxiliar, antes había ocupado ese cargo don Estanislao Galicia. Otros de los líderes del lugar eran los catequistas Felipe Arriaga y Esteban Romero.

Al enterarse de la noticia de que en Las Cruces estaban dando tierras para ir a trabajar a Las Dos Erres, las familias se acercaban. Como en otros procesos migratorios, la llegada a la zona la hacen unos, para que otros, también miembros de la familia continúen llegando, después. De esa manera, los vínculos de consanguinidad entre los vecinos eran muy fuertes. El relato de don Antonino Franco ilustra este aspecto del proceso migratorio. A sus 30 años, en 1968, él llegó a Las Cruces. Fue uno de los primeros vecinos del lugar.

Yo soy de Cuilapa, Santa Rosa. De ahí me fui cinco años al parcelamiento La Máquina. Allí vivía mi suegro. Un mi cuñado se vino [a Las Cruces] y agarró parcela ahí donde estaba el destacamento. Él me dijo: —véngase cuñado, ahorita hay tierra, a usted que le gusta, ahorita están dándole tierra [...] Así fue como vine yo aquí.

Había muchos nietos, hermanos, nueras, tíos, papás, abuelos, suegros, cuñados, yernos, sobrinos. No es simplemente la institución familiar. Eran estas redes de familias las que constituían Las Dos Erres. Más allá de lo legal —ser pariente de— era algo simbólico. Los Aldana, los Aquino, los Arana, los Arévalo, los Arriaga, los Bátres, los Castañeda, los Cermeño, los Corado, los Falla, los Galicia, los García, los González, los Gómez, los Granados, los Hernández, los Jiménez, los Jolón, los Linares, los López, los Mayen, los Medrano, los Osorio, los Pérez, los Pernillo, los Pineda, los Ramírez, los Romero, los Ruano, los Salazar, eran algunos de estos grupos familiares.

Escuchando a Freddy Pinto nos damos ahora una idea de cómo era la aproximación de los campesinos a esta zona: “cuando llegamos a Las Dos Erres, para ir conociendo qué parcelas vendían, mi papá comenzó a trabajar como jornalero, como trabajador de campo. Se iba a ‘se-

manear³ en otras parcelas. Luego consiguió un terrenito”. Muchos de las familias habían anhelado desde hacía muchos años la posibilidad de contar con un pedazo de tierra. Con ese propósito habían estado errantes por varias partes de Guatemala. Esto es lo que se aprecia del testimonio de Saúl Arévalo, cuando recuerda a su papá, don Juan Arévalo:

[...] anduvimos en bastantes lugares, viendo cómo nos radicábamos para [...] De lo que yo me recuerdo de mi papá era su ilusión de andar pa'riba y pa'bajo buscando tierra. Como no tenía dinero para comprar. A ver si conseguía un su pedacito de tierra. Estuvimos en la costa sur. Ahí vivimos bastante tiempo. Ya cuando yo tenía seis años llegamos a Mazatenango, a La Máquina, por Cuyotenango. Ahí estuvimos hasta [que el entrevistado cursó] sexto grado [primaria]. Ahí estuvimos alquilando una parcela. En el INTA [Instituto de Transformación Agraria] le dijeron a mí papá que le iban a dar una parcela, pero salió un problema, y nos la quitaron. Así fue como mi papá vino a conocer Petén. Nosotros venimos de la Máquina a Guatemala. Entramos por Sebol hasta que llegamos a un lugar, agarramos una lancha, y llegamos a un lugar que le dicen El Pato, en Saxaché. Allí estuvimos seis meses. En ese tiempo no había carretera. Sólo por el Río La Pasión entraba uno. De Saxaché agarramos camioneta para Las Cruces. Ya estando aquí él fue a hablar si le daban un su terrenito. Lo mandaron con don Lico Aquino, que él tenía tierra para darle a la gente.

Don Federico se encargaba de distribuir las parcelas. La distribución se hacía mediante un acuerdo informal entre los líderes del lugar, el propietario y los vecinos. La adjudicación de las parcelas tenía el nombre de “las agarradas”: “Usted agarre estas manzanas, tanta distancia, así era como lo repartían. —Ud. agarre allí. Después se les va a decir qué requisitos deben llenar, le vamos a conseguir sus papeles”, recuerda Freddy Pinto. Los parcelarios no tenían medidas que identificaran con precisión el terreno que ocupaban. La extensión del terreno era atribuida por el grupo, por las colindancias con otros parcelarios, más

³ “Semanear”: trabajadores cuya relación laboral se establece por un plazo de una semana.

que por un registro de medidas catastrales preciso. En tales condiciones, las perspectivas de llegar a obtener títulos de propiedad eran escasas.⁴ Muy pocas personas habían realizado sus trámites en el FYDEP, cuya sede se hallaba en Santa Elena, la cabecera departamental, aunque también tenía oficinas en La Libertad. ¿En qué consistían estos trámites? En el FYDEP se firmaba un contrato con el cual se aseguraba los derechos sobre una extensión de tierra, a cambio de un pago. Esto incluía pagar por el levantamiento topográfico del terreno. Muchos campesinos que no amortizaban los pagos veían cómo los intereses iban subiendo, hasta el punto de no poder pagar más, lo que acarrearía la pérdida de la propiedad. Otros, que no realizaron su trámite, nunca tuvieron documentos en los que se demostrara la propiedad de su parcela.

La fundación del parcelamiento implicó un gran esfuerzo para las familias. Era enfrentarse a la selva, sin más instrumentos que las manos, las botas de hule, el machete y la esperanza de tener un lugar para trabajar. Los primeros días se dormía en el suelo, a veces encima de unos costales o, ya en mejores condiciones, sobre un tapasco, hecho con horcones, varitas de xate y cañas. No había energía eléctrica, no había agua, no había sistema de alcantarillado, no había puestos de salud, no había escuela, y no había caminos, de vital importancia para poder llevar las cosechas a los mercados regionales. En el verano había un calor sofocante y el viento cálido —cuando había— elevaba el polvo. En el invierno la lluvia se encargaba de hacer difícil el tránsito por las pequeñas brechas; todo se empantanaba, transformándose en un pequeño paraíso para los mosquitos. La selva les daba la bienvenida con los mosquitos que contagiaban la malaria, el paludismo y el dengue, cuya prevalencia en la zona era muy alta. Hasta los perros —cada familia tenía uno o varios— se asustaban cuando la plaga de mosquitos se les acercaba. En esas condiciones, la sobrevivencia se convertía en el elemento de unión entre el grupo. La adversidad forjaba una comunidad de intereses que hacía que algunas de las más importantes decisiones se tomaran en las reuniones de los hombres del lugar.

⁴ En realidad, los campesinos que trabajaban las parcelas no eran propietarios sino usufructuarios. Esto es, que el legítimo propietario, el Estado, le cedió, a un individuo, los derechos sobre el uso y el producto que de trabajar la tierra resulte.

Lo primero que había que hacer era descombrar la selva.⁵ Con el pasar de los días los campesinos y sus familias iban construyendo unas champas que luego se transformarían en ranchitos. Estos eran de piso de tierra, techo pajizo, construido con guano o manaco, una especie de palma (aunque hacia 1982, algunos ya contaban con techos de lámina), las paredes se iban haciendo de palitos, varas o cañas (también llamadas majague), amarradas a travesaños de madera, que resultaban de los árboles que quedaban luego de descombrar los terrenos para la labranza. Desde dentro, las paredes se forraban con pedazos de nailon y cartón. El ranchito era una sola habitación donde vivían todos: hombres, mujeres, ancianos, niños y animales. Unos en el suelo, los animales; los mayores en la cama; y los más pequeños colgaban del techo, en una especie de cunas que se balanceaban. En la vivienda tenían un lugar, la o las camas, la mesa, las sillas o los bancos, y algún ropero. De las paredes colgaban viejos almanaques, con imágenes de paisajes o santos. Además de esta gran habitación, algunas viviendas podían tener un lugar donde guardar la carreta con los bueyes. También en otras viviendas se destinaba un lugar —en alto, un tapanquito, le decían— para colocar el maíz, el frijol, el arroz y el maní. Afuera, estaba el comal (hecho con la tapadera de un tonel) donde se hacían las tortillas, la piedra de moler, el molino metálico y el tenamaste (las piedras en las que se colocaba el fogón), donde se acomodaban las ollas de barro, en las que se preparaban los frijoles, unos cuantos trastes de cocina y botes de lata. La recolección de la leña —palitos— la hacía cada quien como parte de sus actividades diarias. Por la noche, desde fuera de los ranchos se miraban las pequeñas luces de las candelas de cebo, o los octavos de licor que se volvían a llenar con gas, y se les introducía una mecha de manta, para hacer los candiles; o más elegantemente, quinqués de vidrio que funcionaban con queroseno.

En promedio cada parcela tenía una extensión de una caballería.⁶ A la par del cuidado de la parcela, dedicada principalmente al cultivo de

⁵ Descombrar: transformar la selva en campos de cultivo aptos para la siembra.

⁶ Caballería: medida agraria usada en distintos países. En Guatemala equivale a 48.5 hectáreas de terreno. Tiene su origen en la repartición de tierras en nombre del rey. La caballería era la porción de tierra que se repartía a los caballeros que habían contribuido a la conquista o colonización de un territorio. Se daba tierra en

maíz y frijol, la economía familiar se complementaba con un gallinero, del que obtenían carne para los días de fiesta y huevos, los que eran destinados, dadas las dificultades para su comercialización, al consumo familiar. También, era frecuente la crianza de marranos y pavos (chompipes). Incluso, algunas familias contaban con un pequeño hato de ganado bovino. Además del tradicional maíz y frijol, en Las Dos Erres se producía: chile, banano, plátano, piña, sandía, güisquiles, repollo, hierba mora, yuca, camote, ayote, del cual extraían la pepitoria. Algunos parcelarios sembraban caña de azúcar. Con ayuda de un trapiche iniciaban el proceso que convertiría el jugo de caña en panela. También se había desarrollado la producción de miel de abejas (AJCLDE, “Declaración de Edras González Arreaga [...]”). Además, algunas familias combinaban estas actividades productivas con otras, de carácter extractivo, como por ejemplo: la recolección de xate y mimbre. Ninguna de las familias tenía armas para cazar. Esto se debía, afirma Edras González Arreaga, a que: “[...] si el Ejército nos encontrará armas nos tildaba de guerrilleros, mataban a la gente, por eso nadie tenía armas” (AJCLDE/T). Entre los animales de trabajo, con los que algunos de los pobladores ya contaban, estaban los caballos, las mulas, los burros y los bueyes. Los instrumentos de trabajo, nada sofisticados, no iban más allá del machete, el azadón, el hacha, la lima, la estaca de madera, también llamada coba y la costallilla, para echarse el maíz al hombro.

A falta de vehículos —pick-ups—, un carretón halado por bueyes permitía transportar los productos a Las Cruces. Otros parcelarios transportaban sus productos a lomo de mula, colocando un costal a cada lado del animal. Se organizaban grupos de seis, siete bestias, en caravana. Los que no tenían animales de carga pagaban el alquiler del transporte (“el flete”, como se decía). Desde 1978 se introdujeron tractores —también arrendados— que se encargaban de sacar la cosecha para la venta. Don Federico Aquino fue el primero que llevó un pick-up (marca Toyota), y luego un tractor.

Así transcurrían los días, que empezaban muy temprano. Los campesinos se levantaban a obscuras porque debían hacer un tiempo de

usufructo a quienes se comprometían a sostener en guerra o en paz un hombre de armas con su caballo (DRAE).

camino para ir a su parcela, donde esperaban el desayuno; continuaban con los trabajos y llegaba el almuerzo; y continuaban trabajando, hasta media tarde, cuando regresaban. En el día los ranchos se quedaban desiertos de hombres. Los campesinos estaban en los campos y las mujeres se quedaban en los ranchos. Desde los siete años los niños estaban en el campo, al lado de su papá, trabajando.

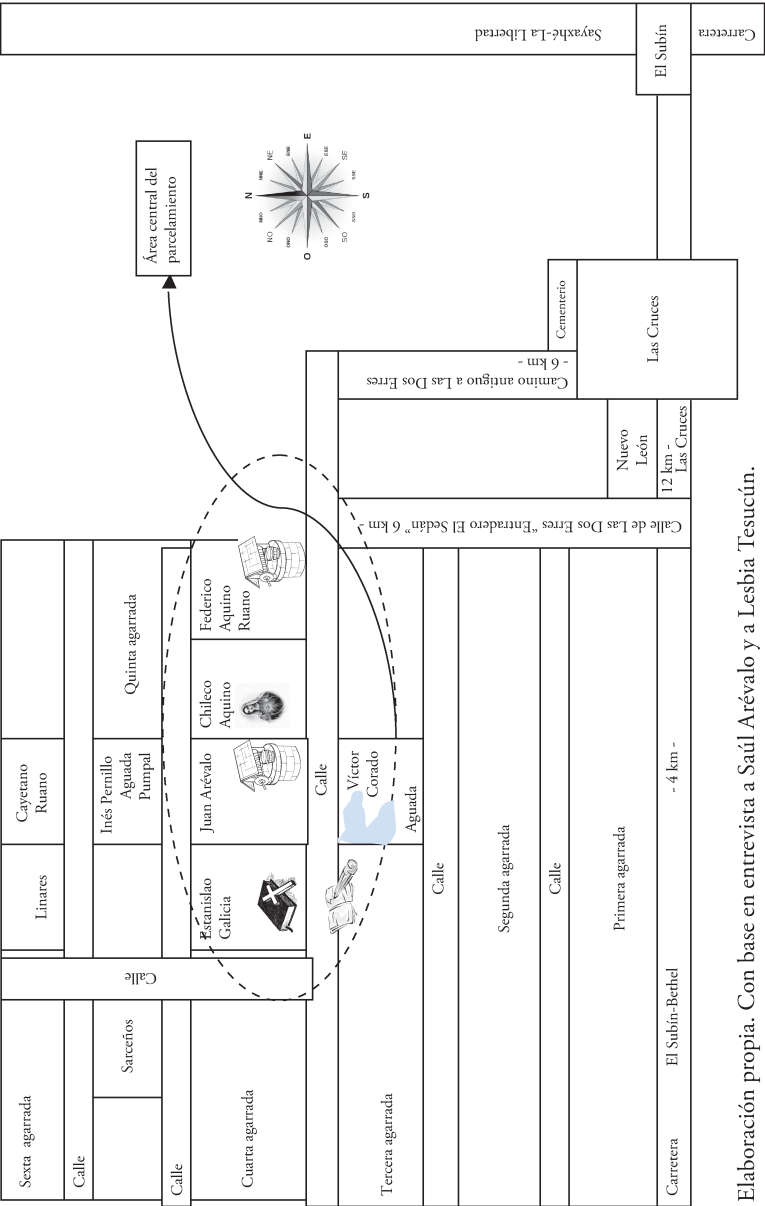
Además de los productores que empleaban exclusivamente el trabajo de su grupo familiar, algunos parcelarios empezaban ya a contratar trabajo asalariado: “había gente que venía de afuera y allá se iba a meter: —miré, donde pueden hallar trabajo de tapisca es en Las Erres, allí cualquiera les daba trabajo”, recuerda Orlando Aguilar. Guillermina Ruano Barahona trae al presente una escena que nos presenta una imagen del trabajo familiar: “[...] mi niño de 9 años se hacía dos sacos de maíz destusado. Este niño le decía a su papá: —Ya hice dos sacos de maíz, ¿qué quieres? lo acarreo yo, aunque sea en dos puchos, o manda a mi hermano Santos. El papá le decía —No mijo, si no mando a Santos, voy yo, ahí déjalos” (AJCLDE/T). Cada familia sembraba, cuidaba, cosechaba y se encargaba de comercializar los productos, que eran llevados a lomo de bestia y ya luego, cuando el camino lo permitió, con la fuerza de un tractor, a los mercados regionales, especialmente en Las Cruces, donde los comerciantes compraban y los camioneros se llevaban el producto.

La primera gran obra fue hacer un camino más grande que conectara el parcelamiento con Las Cruces, la aldea vecina. A lo largo de 1981, los propios parcelarios construyeron ese camino, que iba del parcelamiento a la carretera El Subín-Bethel, a cuatro kilómetros de Las Cruces. Este era el “entradero a Las Dos Erres”. No se decidió simplemente ensanchar el sendero antiguo; sino que se prefirió hacer otro camino, por otra ruta. En diciembre de 1982, a pesar que el nuevo camino para Las Cruces ya era transitable para los camiones de carga, se había planeado echarle balastre.⁷

Desde 1976, don Federico Aquino Ruano contrató a un grupo de “poseros” quienes con palas, piochas, cinceles y almárganas rompieron

⁷ Balastre: compuesto de arena, tierra, arcilla y piedras que luego de ser trabajado con una aplanadora deja en los caminos una superficie transitable. En Guatemala las carreteras pueden ser asfaltadas, o de tierra sin balastre, y de tierra con balastre.

Gráfica 8.1
Croquis del parcelamiento Las Dos Erres



Elaboración propia. Con base en entrevista a Saúl Arévalo y a Lesbia Tesucún.

las piedras que a su paso iban encontrando para hallar agua y así construir el pozo. Aquel pozo, que abastecía de agua a toda la comunidad, se convertía, desde tempranas horas, en el centro de reunión de los vecinos quienes llegaban con sus cántaros de plástico. Las mujeres sabían llevar las cargas más pesadas. Sobre su cabeza colocaban una tinaja de plástico llena de agua, pesadísima, sin sostenerla con las manos, ocupadas en sujetar a los niños, mientras caminaban entre las piedras y el lodo. Incluso, recuerdan las vecinas que don Federico había mandado a construir cerca del pozo unos lavaderos, donde las mujeres llegaban a lavar la ropa de toda la familia. Antes de que se construyera el pozo y se hallara agua, los vecinos debían ir a las aguadas que estaban en varios sitios del parcelamiento. También, caminaban dos horas, hasta Las Cruces, a la parcela de don Antonino Franco, que estaba cerca del “entradero”, donde él tenía un pozo del cual los vecinos de Las Dos Erres podían tomar agua. Las aguadas más conocidas eran las de don Federico Aquino, donde luego se construiría el pozo, la aguada El Pumpal, y la aguada de don Eulalio. A las aguadas se llevaba a las vacas y a otros animales a tomar agua. La necesidad del agua del pozo de don Federico se hacía más fuerte a medida que entraba el verano y el agua de las aguadas se hacía lodosa, para finalmente secarse. Las aguadas son humedales que en inviernos intensos se convierten en pequeñas lagunas de agua estancada que pueden llegar a ser permanentes.

Orlando Aguilar, recuerda la manera en que se le fue dando forma al lugar: “no hicieron sus casas en sus parcelas, sino que se agruparon en un predio, como aldea”. El diseño del parcelamiento comprendía un centro. Este empezaba, a la entrada del camino, con el pozo de don Federico Aquino, y terminaba con la iglesia evangélica “Asamblea de Dios”, construida hacia 1979 (hacia 1982 ésta ya contaba con paredes hechas de tablas). Más allá de la Iglesia evangélica se hallaba un camino que se dirigía hacia el Norte, a las otras parcelas. En 1982, una galera con palitos se iba a convertir en la iglesia católica del parcelamiento, la que se hallaba a la par del pozo de don Federico Aquino. Las Dos Erres era un parcelamiento de una sola calle, el resto de vecinos vivían entre las parcelas, dispersos.

Los pobladores habían seleccionado a la Virgen de la Concepción como patrona del lugar, cuya fiesta se celebra el 8 de diciembre. La

relación entre católicos y evangélicos era armónica. Cada mes se celebraba en el parcelamiento una convención evangélica, a la cual se daban cita familias de Las Cruces, quienes “[...] venían con violín y guitarra, y en Las Erres siempre mataban gallinas”, recuerda Lesbia Tesucún (AJCLDE/T, 1994).

Frente a la iglesia evangélica estaba la escuela, que se construyó en 1981, y una pequeña explanada de tierra desigual, cubierta a trechos por pasto y grama, que hacía las veces de campo de fútbol y patio para los actos oficiales. En 1979, los vecinos presentaron al Ministerio de Educación la solicitud para que fuera nombrada una maestra para el parcelamiento. En junio de 1980, la Dirección Departamental nombró a la maestra Lesbia Coralia Tesucún Sac. Ese mismo año, la Escuela Rural Mixta Las Dos Erres abrió el primer grado de primaria. Aquel año asistieron 22 alumnos. Con el aporte de todas las familias, construyeron una galera (cuatro palos y unas láminas para el techo) que servía como salón de clases, las que se impartían desde muy temprano, desde las 7:00 hasta el medio día. Para sentarse, con tablas de madera se hicieron unas bancas, amarradas a unos pequeños troncos que estaban en el suelo. Los alumnos asistían a sus clases uniformados de pantalón o falda color azul y camisa blanca. Lesbia C. Tesucún, la maestra de la escuela, recuerda: “cuando yo llegué, no había ni escuela. Reunieron a toda la gente rapidito [para informarles de la creación de la escuela], y al otro día cada quien llevaba un poco de palos, otros llevaban trocitos para que se sentaran los niños, otros donaban una lámina, otros papás donaron unas tablas”. Pasado ya cierto tiempo, “empezaron a poner palitos en toda la vuelta, [luego] allí enfrente de la escolita se hizo un campito de fútbol, una planada que había allí se usaba [como cacha]; ahí llegaban a jugar los muchachos”, termina recordando Tesucún. Los balones los hacían de restos de basura, pedazos de nailon, telas viejas, a los que terminaban de dar forma con fuego. Ya luego llevaron pelotas de plástico. Una vecina del lugar, sobreviviente, recuerda que: “jugábamos de eso que le dicen la cuerda, de brincar el lazo. Lo amarrábamos en un palo y uno le estaba dando vuelta y otros estaban brincando, dos o tres”. Otra de las diversiones de los niños y jóvenes del lugar era salir a los campos a pajarear: lanzar piedras a los pájaros con ayuda de una resortera.

En 1981, con 10 y 16 alumnos respectivamente, se abrieron el primero y el segundo grados de primaria. En 1982, con 15, 11 y 10 niños respectivamente, se abrieron el primero, segundo y tercer grados de primaria.

Con la Escuela, al parcelamiento entró la organización de las fiestas tradicionales: el día de la independencia (15 de septiembre), el día de la madre (10 de mayo). La maestra recuerda: “Entre los momentos más alegres en las Erres [...] con una piñata. La alcaldía regalaba la piñata: un tecomate enorme forrado de papel y lleno de dulces. Los niños desfilaron por el camino hecho por el tractor y en el predio de la escuela. Otra celebración era el día de la madre [...]” (AJCLDE/T, 1994).

A sus 54 años, don Juan Pablo Arévalo también empezó a construir otro pozo. Pese a que inició la excavación en 1979, hacia 1982 todavía no había encontrado agua. El pozo alcanzaba ya los 12 metros de profundidad. Lesbia Coralia Tesucún, la maestra del parcelamiento, recuerda sus visitas de sábado por la tarde a esta familia, de cómo siempre se despedía con una piña, trozos de caña o un queso, que él mismo hacía, y que a ella le daban para que llevara (AJCLDE/T, 1994). También recuerda que:

Él [don Juan Arévalo] dijo: —Voy a ver si saco agua también, para darle [agua] a esta gente que está más cerca de aquí. Y empezó a construir su pozo. Estaba profundo y no salía agua. Se miraba una oscuridad y no había agua. Hondísimo. Estaba hondísimo y no salía agua [...] Yo todavía vi ese pozo. —Míre cómo está de hondo y todavía no piensa salir agua, me decía [don Juan Arévalo]. —Vamos a hacer la lucha, vamos a hacer la lucha, decía [don Juan Arévalo]. —Vamos a ver cuándo sacamos agüita [...] él estaba con la ilusión de ver su pozo lleno de agua.

Entre estas construcciones (el pozo, las iglesias y la escuela), todo muy rústico y sencillo, se hallaban las casas de algunos de los vecinos fundadores: don Federico Aquino Ruano, don Juan Arévalo, don Estanislao Galicia, entre otros, junto a otros ranchitos, de familiares y amigos de éstos, a quienes ellos les habían dado un lugar para que se asentaran allí. Ese era el núcleo de la aldea. Las reuniones comunitarias se realizaban en ese centro. Algunas noches entre semana, pero espe-

cialmente el día domingo, muchas de las familias se encontraban allí, asistiendo a alguno de los servicios religiosos, católicos o evangélicos. Este era el momento cuando los niños y los jóvenes se miraban, platicaban y jugaban en el campo de fútbol de la escuela o en el otro campo, que estaba por el pozo de don Federico. De regreso a sus ranchitos, pasaban comprando algo a las tiendas, la de don Federico Aquino Ruano y la de don Estanislao Galicia. Decir tienda es una exageración: era en realidad la posibilidad de comprar un poco de azúcar, sal, jabón o unos cigarros, nada más. Más allá de ese centro estaban las parcelas del resto de campesinos, en cada parcela se construía un ranchito. Aquí el poblado tomaba una forma muy dispersa, con casas aquí y allá, sin ningún orden preciso. Hacia 1982 El Parcelamiento Las Dos Erres estaba formado por 65 familias. El dato proviene de una de las sobrevivientes, Telma Guadalupe Aldana Canaan, que en aquel año colaboró con el levantamiento del censo de salud (AJCLDE/T, s/f).

Y así pasaban los días, con un calor sin piedad, en espera de las tardes que traían el fresco del aire. Pronto, aquella hazaña de arrancarle tierra a la selva se iba a volver más cuesta arriba. La guerra iba a llegar a Las Dos Erres.

8.2. LLEGÓ LA GUERRA

“Fue en el año de 1981 que se empezó a poner negra la situación [...]”, afirma Pedro Antonio Montepeque, vecino de Las Dos Erres y de Las Cruces (AJCLDE/T). Durante aquel año de 1981, el área se fue militarizando. Freddy Pinto recuerda cómo el miedo en los pobladores se fue haciendo parte de la vida cotidiana: “Había temor entre la gente, porque algunos eran orejas del Ejército y otros eran orejas de la otra parte [la guerrilla]. Había temor entre toda la gente. Casi no se relacionaba uno con los vecinos”. También, el control militar se ejercía sobre los jóvenes, de tal forma que a aquél que ellos consideraban que ya tenía 18 años, recuerda ahora, Orlando Aguilar, “debía tener sus papeles. Un mes antes los iba a sacar uno, porque si no lo agarraban a uno por guerrillero. En los puestos de registro lo agarraban, lo detenían a uno y ¿dónde están los papeles? le decían a uno”.

Como ya se dijo, el despliegue de la fuerza armada en el Petén incluyó, en 1982, la instalación de un destacamento en El Miralvalle, una pequeña meseta en las afueras de Las Cruces. El jefe del destacamento inició, a mediados de 1982, la conformación de las Patrullas de Autodefensa Civil en Las Cruces.⁸ Ese destacamento militarizó la vida de la aldea: todo el que entraba y salía de la aldea hacia la cabecera departamental tenía que pasar por allí. La maestra L. C. Tesucún, recuerda: “bajaban a la gente de cualquier camioneta que pasaba, su cédula de vecindad le miraban a uno”. Petronila López Méndez, recuerda cuando “[...] cómo yo salía a trabajar, varias veces me preguntaron de dónde venía, que si conocía a la guerrilla” (AJCLDE/T).

A través de un altavoz instalado en las afueras del destacamento, los militares daban mensajes a la aldea, como por ejemplo: “La familia —por decirle algo— García se fue huyendo, pero ustedes son valientes, no van a huir. El que se quiera ir se puede ir, decían, pero aquí hay que defender los colores de su patria. Defendámonos, agrupémonos, acérquense a esta comandancia, a este destacamento”, recuerda Freddy Pinto. Como parte de los mensajes también se hacía hincapié en la delación: “Cualquier informe de gente subversiva, decían ellos, si ustedes saben de alguien que sea subversivo, infórmennos, no les pasará nada. Lo que queremos es un orden, que ustedes trabajen bien, tengan su tierra”, confirma Pinto.

El miedo fue cambiando los tiempos y las formas de vivir. Freddy Pinto recuerda cómo “cuando se inició el conflicto, teníamos que ir al culto a las tres de la tarde, a las cinco ya había que estar encerrado uno”. Los tiempos para el trabajo también cambiaron. El destacamento de Las Cruces estableció otros parámetros a la vida diaria de los campesinos. En palabras de Freddy Pinto “le enviaron una nota del destacamento de Las Cruces [al papá del entrevistado]: que ya no

⁸ Como ya se dijo, el subteniente de reservas Carlos Antonio Carías López, tuvo su primer nombramiento en diciembre de 1980 como comandante del tercer pelotón de la tercera compañía de fusileros de la Brigada Militar General Aguilar Santa María, Jutiapa. De enero de 1982 a abril de 1984, fue comandante del tercer pelotón de la segunda compañía de fusileros del segundo batallón de la Brigada Militar General Luis García León, Petén (AJCLDE, Balconi Turcios a Melgar Valenzuela, 12 de junio de 1997).

querían ver a campesinos trabajando en los guatales,⁹ las milpas antes de las seis de la mañana, [y] no podían estar más de las cuatro de la tarde en el monte”. Ricardo Martínez González también relata cómo el tiempo de trabajo cambió: “el teniente Carías había ordenado que las personas que vivían en Las Cruces y que trabajaban en Las Erres tenían que irse a trabajar a las 10:00 de la mañana y regresar a las 12:00 y era prohibido llevar abastecimiento y agua, porque decían que era para la guerrilla” (AJCLDE/T). En un intento por cortar el suministro de alimentos a los guerrilleros, el destacamento también intentaba ejercer un control sobre la cantidad de agua y de productos alimenticios que los campesinos acumulaban en sus viviendas. Freddy Pinto recuerda que “llegaba el ejército y decía que por qué llenábamos dos toneles de agua. Para poder ir a la escuela, nosotros teníamos que dejar llenos dos toneles de agua que sacábamos con garrucha [de un pozo]. Pero como había control, sólo se podía llenar uno. Si uno llenaba más, decían que [a] saber para quien queríamos esa agua”. En otra ocasión, el entrevistado recuerda que “a nosotros nos mandaban a vender tortillas a un comedor allí en Las Cruces. [los soldados] nos registraban las tortillas en la calle. —¿A dónde llevan esto? —A vender a un comedor. Nos agarraban, las sacaban del canasto. Iban al comedor a ver si era cierto que a entregarlas íbamos”. Antonino Franco, recuerda que “uno no podía trabajar lejos porque el Ejército decía que uno manteniendo a sus padres estaba y si llevaba comida lo golpeaban, porque decían que era comida para la guerrilla” (AJCLDE/T).

El control se extendía de tal forma que “el que salía a trabajar por allí tenía que avisar en el destacamento a donde iba y a qué iba”, recuerda F. Pinto. Como ejemplo de estos mecanismos de control, Inocencio González, relata que “[...] tuve que salir del parcelamiento de Las Dos Erres el día domingo 5 de diciembre de 1982 porque mi esposa Matilde Castillo de González estaba por tener bebé. Cuando salí, el mismo día domingo, a eso de las seis de la tarde me hice presente en el Destacamento Militar de Las Cruces, con el subteniente Carlos Antonio Carías López, para hacer de su conocimiento que me encontraba en Las Cruces y la razón por la cual había salido de

⁹ Guatales: viejos campos de maíz cubiertos de matorrales.

Las Dos Erres, así como ponerme a su disposición” (AJCLDE/T, 2010). Aparte de ello, el destacamento “tenía controlado el nombre de cada persona, de cada parcelero. Llevaban la nota. Si no hallaban al señor en la casa, ahí iban para la parcela. De allí le decían: —Ud. es fulano de tal, firmeme esto”. Recuerda ahora F. Pinto. Para evitarse problemas, los vecinos se sometían a los mecanismos de control. Desiderio Aquino, hermano de don Federico Aquino, cuenta que: “Yo llevaba una lista de los que iban conmigo [en la parcela], se la iba a presentar al teniente, se la dejaba y me llevaba otra lista por si el Ejército llegaba allá” (AJCLDE/T).

Hacia 1981 el gobierno institucionalizó las Patrullas de Autodefensa Civil. Se trataba de que los vecinos, organizados por el Ejército, a veces liderados por los Comisionados Militares, realizaran patrullajes permanentemente alrededor de las poblaciones.¹⁰ Estas unidades también podrían servir de apoyo al Ejército cuando éste realizara patrullajes. Con las patrullas, la institución armada lograba poner bajo su control a las comunidades, teniendo una presencia permanente y extrayendo información sobre las simpatías de los vecinos por las organizaciones insurgentes. El mecanismo consistía en hacer que entre los propios vecinos se vigilaran y estuvieran dispuestos a delatarse unos a otros. La institución armada actuaba en función de tales delaciones. Además de estas acciones de carácter militar o paramilitar, los patrulleros eran forzados a trabajar, haciendo o limpiando carreteras. Baldomero Pineda cuenta que “Carías [el jefe del Destacamento de Las Cruces] nos mandaba a los patrulleros a chapear por toda la carretera hasta llegar a Bethel”. (AJCLDE/T.)

Saúl Arévalo recuerda cuando se organizó la patrulla de autodefensa, antes que el Jefe del Destacamento fuera Carlos Carías: “Antes de Carías empezó. Ya cuando Carías estaba aquí, ya estaban organizadas las patrullas”. Esto —la organización de la Patrulla Civil en Las

¹⁰ En Perú, las Rondas Campesinas —instrumento para la integración organizada de la población a la guerra, similar a las Patrullas de Autodefensa guatemaltecas— fueron una de las bases del éxito de la estrategia militar de las Fuerzas Armadas. Los campesinos peruanos encontraron en las rondas un mecanismo de defensa contra los ataques de la organización Sendero Luminoso. Véase Degregori, 1996.

Cruces— ocurrió cuando un oficial del Ejército de apellido Vásquez fue el jefe del destacamento, recuerda Baldomero Pineda (AJCLDE/T). Lo que entonces les indicaron fue: “[...] necesitamos que colaboren, organizándose en patrullas, digo, para cuidar el mismo pueblo. El que no se organice, el que no quiera ayudar a cuidar, que se vaya a la montaña, porque ese es guerrillero. Desde ese momento empezamos a unirnos y se empezó a formar la patrulla”, afirma Arévalo.

El orden y la disciplina que el Ejército les exigía a los campesinos, transformados en patrulleros era terrible, los maltratos eran parte de lo cotidiano. Por ejemplo, en palabras de Baldomero Pineda Bátres: “[...] si algún patrullero no hacía su turno lo manda a traer y los metía en un hoyo que había en el destacamento”. (AJCLDE/T.) Una vecina de Las Dos Erres recuerda que: “[...] ellos tenían que ir a hacer turno. Si estaban enfermos, tenían que ir. Si no iban tenían que pagar una multa, tenían que mandar a otro también. Supuestamente, el que no se presentaba a hacer turno era porque era colaborador de la guerrilla”. Orlando Aguilar, vecino y patrullero recuerda cómo era la vida en la patrulla y el trato con los oficiales:

Ahí nos tenían, bien formados, y empiezan pues: ¡culiche! ¡tierra! nosotros nos tirábamos al suelo, pero ya no nos levantábamos. Nos tenían como si hubiéramos sido del Ejército. Empiezan a decirnos que nos van a sacar la comida hasta con gusanos, y se la van hartar, dijeron. —¡Putal!, les decían algunos, ustedes porque tienen su sueldo, nosotros no tenemos sueldo de nada, porque ustedes no nos están pagando ni un centavo. Ahí nos tenían a nosotros como si hubiéramos estado ganando dinero.

El patrullaje era permanente. Los vecinos debían hacer turnos de doce horas, de día, de seis de la mañana a seis de la tarde; y, de noche, de seis de la tarde a seis de la mañana. Esto se repetía cada tres o cuatro días, afirma Pedro Antonio Montepeque García (AJCLDE/T). En otros momentos, los turnos podían ampliarse, hasta por 24 horas, recuerda Baldomero Pineda Bátres (AJCLDE/T) “En Las Cruces habían aproximadamente como cuatrocientos patrulleros, sin incluir los menores de edad, que también patrullaban, hasta los ancianos patrulla-

ban. En el tiempo de Carías, él obligó a un grupo de mujeres para que patrullaran la aldea Las Cruces”, sigue apuntando Pineda Bátres (AJCLDE/T). Esto último —el grupo de mujeres patrulleras— lo recuerda también el testimonio de Felicita Hernández (AJCLDE/T). Saúl Arévalo recuerda la forma como estaba organizada la patrulla: “Había cuatro compañías de patrulleros. Cada compañía se componía de cuatro grupos [pelotones]. Cada cabo tenía ocho y diez patrulleros. Y entonces a un pelotón le tocaba un día y otro día, otro pelotón”.

Hacia mediados de 1981, los vecinos de Las Dos Erres recibieron la noticia que debían presentarse al campo de fútbol de Las Cruces con el propósito de formar parte de la patrulla civil, recuerda Baldomero Pineda Bátres (AJCLDE/T). Los estaban obligando, no a patrullar en su aldea, sino en la aldea vecina. Orlando Aguilar cuenta: “una noche vinieron [a Las Cruces] a hacer patrulla, ahí estuvieron con nosotros, lamentando: —que cómo iban a dejar sus familias abandonadas por venir a cuidar a quién aquí, si aquí los ricos durmiendo tranquilos y uno desvelándose toda la noche, dejando su familia abandonada. Va a llegar la guerrilla allá, van a violar a las hijas y las mujeres, y nosotros aquí ¿qué estamos cuidando?”. La maestra del lugar, Lesbica C. Tesucún, recuerda una conversación que ella sostuvo con Estanislao Galicia, el alcalde auxiliar de Las Dos Erres (hasta 1981):

Una vez me dijo él —qué dice usted, ¿será bueno que nosotros vayamos a cuidar a Las Cruces y dejemos a nuestra familia aquí? —¿Por qué dice así?, le dije yo [el entrevistado]. —Porque viera que me mandaron una nota del destacamento de que yo reúna a la gente y que le haga saber esta nota; allí decía qué era lo que él les iba a decir. —¿Qué dice usted, lo ve correcto? —Pues mire don Lalo, para mí no es correcto, pero si ellos así mandan la nota, ni modo, qué se va a hacer. Que ellos fueran a patrullar a Las Cruces, y cómo va a dejar su familia aquí y van ir a cuidar a otra gente [...] —porque no hablan, y díganles que ustedes van a hacer su patrulla en su comunidad, no es justo que dejen a su familia y se vayan allá.

Posteriormente, en el mes de septiembre, en una sesión donde se reunieron los hombres del parcelamiento Las Dos Erres, recuerda

Aguilar que “dijeron que cómo vamos a estar cuidando nosotros a éstos, si los que tenían buenas tiendas no hacían turnos”. El campesino Aguilar afirma que “algunos vecinos de Las Cruces no hacían turnos. Quizá pagaban para que no hicieran turnos. Iban a traer a los de Las Erres a patrullar allí”. En definitiva, Aguilar afirma que, los vecinos de Las Dos Erres:

se pararon y dijeron: —Cómo vamos dejar a nuestra familia abandonada por venir a cuidar a quién aquí, ¿al ejército? Si el ejército tiene que defenderse como él quiera. Nosotros no vamos a dejar abandonados a nuestros hijos y a nuestras mujeres allá en la aldea. Allá en la aldea sí podemos hacer turnos. Aquí no podemos hacer patrulla.

Entonces,

le dieron parte al teniente que no iban a hacer turnos: —No van a hacer turnos. —Nosotros no hacemos los turnos aquí, todos los dueños de dinero y de tiendas aquí no hacen turnos, y nosotros ¿por qué? que cuiden ellos lo que tienen. Nosotros vamos a ir a cuidar lo que nosotros tenemos allá en nuestra comunidad. —A pues váyanse a la mierda, les dijo Carías, si no quieren hacer turnos, pues váyanse a hacer turnos allá.

Orlando Aguilar concluye que “ellos [los vecinos de Las Dos Erres] estaban de acuerdo en hacer todo lo que el Ejército les pidiera, pero no aquí en la aldea [Las Cruces], ¿cómo iban a dejar ellos abandonada su aldea allá arriba?” El resultado de aquella decisión, en palabras del campesino Aguilar fue: “Ahí fue donde se molestaron y empezaron a pensar que son guerrilleros, porque ya están en contra de nosotros”.

No obstante la existencia de varios testimonios en esta dirección, otros vecinos cuentan que a pesar de vivir en Las Dos Erres, ellos llegaban a Las Cruces a cumplir con sus patrullajes. En su relato, Inocencio González afirma que: “este oficial [el que estaba al mando del Destacamento antes de Carías, quien organizó las patrullas en Las Cruces] aceptó que patrullaran en Las Dos Erres” (AJCLDE/T, 2010). Que los únicos que no iban a patrullar eran las personas de mayor edad. Así cuenta, por

ejemplo, Laura García Godoy, esposa de Tomás de Jesús Romero Ramírez: “El día domingo cinco de diciembre los patrulleros juraron bandera, como mi esposo era patrullero vino a Las Cruces a jurar bandera y el día seis de diciembre de 1982 se regresó a Las Dos Erres, porque tenía que seguir trabajando. Mi esposo vivía en La Dos Erres, pero cuando le tocaba turno de patrulla se venía a patrullar a Las Cruces”. (AJCLDE/T.) Esto mismo lo confirma Catalina Ana Pineda: “el domingo 5 de diciembre vinieron [a Las Cruces] mis hijos varones a jurar bandera, porque ellos eran patrulleros. Pero se regresaron. Ese fue el último día que los vi. Ese domingo vino mucha gente de Las Erres a jurar bandera [...]” (AJCLDE/T). Como ejemplo de esto, presentamos el caso de Canuto Pérez Morales, esposo de doña Petronila López Méndez, ella recuerda que:

[...] mi esposo, el 7 de diciembre de 1982, salió de nuestra casa en Las Cruces como a las 8 de la mañana, después de su turno de patrullar. Él iba a buscar maíz a la parcela que estaba como a nueve kilómetros de Las Cruces, ensilló su bestia y se llevó a dos de mis hijos, Cecilio Gustavo Pérez López de catorce años y a Abel Pérez López, de cinco años. Él me dijo: —si no vengo no se preocupe, pero voy a mandar a Gustavo con el maíz (AJCLDE/T).

Enriqueta González recuerda que: “Tenía mi hijo veinticinco años y era de las PAC, junto con mi esposo, y mis otros hijos, a los cuales, cuatro días antes les habían hecho jurar bandera” (AJCLDE/T). Francisca Morales Contreras recuerda una conversación con su hijo, José Antonio Mejía Morales:

Le dije: —mi'jo para dónde vas. —A patrullar a la aldea mamá, me decía, él. —Está bien, le decía yo. Con un hijo también de un señor que se llama Rafael, que allí vive el señor, venían los dos juntos a patrullar. Ya de último, lo que hicieron fue que juraban bandera. Entonces les dije: —Para qué van a jurar bandera muchá, para que los maten, les dije yo así [...] —No mamá hombre, no diga eso, me dijo él. —yo, me dijo él, estoy para servirle a la patria, no diga eso, voy a jurar bandera (AJCLDE/T).

Saúl Arévalo recuerda las tensiones que se vivieron sobre el parcelamiento. Él asegura que el eje de las relaciones no era con el destacamento directamente sino más bien con un grupo de Comisionados Militares de Las Cruces. Arévalo asegura que “nos llevaba mal un grupo de comisionados”. Antes que la muerte llegara a Las Dos Erres, recuerda él que:

[...] vinieron todos los señores grandes a platicar con el oficial [Carías, el Jefe del Destacamento]: que si ese era el problema de ellos, no podían vivir allá; y que para poder patrullar mejor se venían otra vez para acá [para Las Cruces], El oficial les dijo que no, que allá se estuvieran, cuidando la tierra, y que si miraban algo que vinieran a avisar.

Cuando se hallaban en esa situación por su decisión de no patrullar en Las Cruces, el Ejército empezó a enviar soldados disfrazados como guerrilleros. Esto se realizaba con el propósito de recolectar información y comprobar la lealtad de los campesinos. Orlando Aguilar recuerda:

cuando llegaban allá ellos a pedirles comida, disfrazados como guerrilleros, la gente les tenían que dar. Porque como a los dos se les tenía miedo: los guerrilleros mataban, el ejército mataba también. Sí llegaban pues. Les daban comida y todo. Lueguito se dieron cuenta si colaboraban con la guerrilla.

Los soldados llegaban al parcelamiento a “vigilar y a probar a la gente si de veras colaboraba con la guerrilla”. Orlando Aguilar recuerda una conversación con otro de los pobladores de Las Dos Erres. En ésta, don F. Arriaga le comentó que los pobladores sabían que aquella era una táctica que usaba el Ejército:

Nosotros ya conocimos que no es la guerrilla. Se conoce, aunque anden mal vestidos, dijo, uno conoce a la persona porque se ha mantenido en la sombra. En cambio, esos pobres guerrilleros andan [...] unos hasta ya muriéndose, dijo. Un soldado no es igual a un guerrillero; ellos [los guerrilleros] andan todos muertos de hambre, ojerudos. Por mucho que se

haga siempre lo controlaban que no era guerrillero. Uno conoce quien es guerrillero, aunque se hagan los cambios que ellos quieran [...] Él decía que sí llegaba el Ejército, pero llegaba disfrazado. De todos modos, decía él, uno tenía que darles lo que le pidieran, porque ahí luego lo controlaban a uno.

Además de estas incursiones de soldados del Ejército de Guatemala disfrazados como guerrilleros, varios vecinos recuerdan que antes de diciembre de 1982, el Ejército, junto con Patrulleros Civiles de Las Cruces, llegó al parcelamiento. En esa ocasión, indica Baldomero Pineda Bártres, realizaron “un registro, para buscar armas en Las Dos Erres. Parece que no encontraron nada [...] El registro en búsqueda de armas lo organizó don Óscar Peláez, quien comandaba las patrullas de autodefensa civil” (AJCLDE/T). Esto mismo lo recuerda Lesbia Coralia Tesucún, la maestra del parcelamiento: “como tres meses antes de este hecho [la masacre], llegó el Ejército al Parcelamiento de las Dos Erres y le preguntaron a mí esposo, Ramón Peché Morales, si era cierto que la gente de Las Dos Erres le daba de comer a la guerrilla” (AJCLDE/T, 2000). En estos mismos términos, Ricardo Martínez González, uno de los vecinos del parcelamiento, recuerda cómo, en noviembre de 1982, uno de los Comisionados Militares de Las Cruces llegó a Las Dos Erres a realizar un patrullaje y aprovechó para advertirle que algo estaba por suceder:

[...] llegó tropa [del Ejército] con Comisionados Militares, yo iba al pozo como a las 5:30 de la mañana, cuando me los encontré. Uno de los Comisionados se acercó a mí y se descubrió la cara y era Faustino Castillo, que vivía en Las Cruces, y me dijo que agarrara mis cosas y a mi familia y que me fuera, porque toda la gente iba a ser quemada. Me advirtió que no se lo dijera a nadie. Yo regresé a mi casa, le dije a mi esposa que arreglara comida y que nos íbamos, lo mismo a mis papás, hermanos y hermanas y nos vinimos [a Las Cruces]” (AJCLDE/T).

Enriqueta González, madre de Ricardo Martínez, también recuerda que uno de los Comisionados advirtió a su hijo que no fuera a Las Dos Erres: “[...] la tarde antes de la masacre un Comisionado fue a jurar [jurar bandera, el acto antes comentado] con mi hijo y le reco-

mendó que no fuera a ir a Las Dos Erres porque si no lo iban a matar. Ese comisionado se llamaba Tino [Faustino] Castillo”. (AJCLDE/T.)

Este tipo de advertencias se difundieron a través de varias fuentes. Una de éstas advertencias tuvo lugar en la concha acústica del parque de Las Cruces: “[...] fueron llamados los que vivían en Las Dos Erres a una reunión, y allí un sargento en tiempos de Carías les dijo que les daban ocho días para que se salieran de Las Dos Erres sin decirles por qué”, recuerda don Baldomero Pineda Bártres (AJCLDE/T). Esta misma advertencia, dada en este mismo acto, lo recuerda don Hilario López Jiménez, antes de diciembre de 1982: “Nos ordenaron que saliéramos de las Dos Erres y esa orden la dio el oficial del Ejército. [...] Vini-mos y salimos todita la gente. [...] A los cuatro días, vino [a Las Cruces] mi compadre que se llamaba Vitalino Ruano, quien fue a platicar con el oficial del Ejército, [quien] le dijo: —No tengan pena, ya todo está limpio, ya pueden ir a trabajar. Y todos nosotros nos fuimos para arriba [...]” (AJCLDE/T). Esto mismo lo recuerda doña Felicita Romero (AJCLDE/T). Guillermina Ruano Barahona recuerda que “advirtieron que saliera la gente de Las Dos Erres [...] Salieron 10 días. [...] A los meros 10 días de haber salido de allá para las Cruces, vino un compadre que se llamaba Vitalino Linares, y fue a preguntarle al comandante qué pasaba. El comandante le dijo: —Ya se pueden ir para allá arriba. No tengan pena. Hasta las pulgas se murieron ya”. (AJCLDE/T.) María García Alfaro recuerda que: “8 días antes de la masacre su papá había salido del Parcelamiento porque habían rumores que iban a atacar al aldea, y pocos días antes de la masacre su papá había vuelto de nuevo, porque Carías [el Jefe del Destacamento] había pasado diciendo que si no regresaban iban a perder sus cosas” (AJCLDE/T).

Otro vecino, don Baldomero Pineda Bártres, asegura que era el jefe del destacamento, el que de forma directa advertía a algunos que salieran de Las Dos Erres: “Algunos de los más allegados de Carías contaban que él había dicho que iban a quemar Las Dos Erres porque allí habían guerrilleros. Que una vez que atacaron al Ejército, les habían seguido el rastro [el Ejército a los guerrilleros] y que [El Ejército había descubierto que] habían agarrado esa calle de Las Dos Erres” (AJCLDE/T). Lesbia Tesucún recuerda que cuando se fue de vacaciones —en octubre de 1982— “jamás me imaginé lo que iba a pasar. Don

Lalo [Estanislao Galicia] estaba algo preocupado porque un muchacho había llegado con un mensaje del comandante de las Cruces, diciendo que salieran de ahí". (AJCLDE/T, 1994.)

Saúl Arévalo sobrevivió gracias a la intervención directa del Jefe del Destacamento de Las Cruces. Recuerda que él, que vivía en Las Dos Erres, llegó a Las Cruces el día sábado, y que:

el domingo me iba a ir temprano para allá [para Las Dos Erres], pero el oficial Carías, en ese tiempo de la masacre era bien amigo conmigo, —él sabía lo que iban a hacer allá— me mandó a llamar el sábado en la tarde. Me dijo: —mira Saúl: mañana no te vayas a ir para Las Dos Erres. —Y qué, le dije. —Yo quiero, me dijo, que participes en un acto cívico en la concha [del parque de Las Cruces] y vos vas a hacer un homenaje, y vas a sacar el drama de un guerrillero. Entonces, como éramos muy obedientes, porque como en ese tiempo [ellos, los militares] eran las autoridades de uno, —Ah bueno, le dije, no me voy. Y ya no me fui.

Finalmente, un accidente terminó de confirmarle al Ejército los supuestos de inteligencia que ya llevaban recolectados. Cuenta Orlando Aguilar que en aquel tiempo, los campesinos de Las Dos Erres "sacaban camionadas de maíz todos los años". El transporte, que ya se hacía en tractor, reunía a varios parcelarios, quienes colocaban sus costales para la venta. Sin embargo, en aquel tiempo "no había de este saco de nailon, solo había de pita, un sacón de dos quintales. Cada quien compraba sus cincuenta sacos y echaba su maíz allí". Entonces, en el tractor se mezclaba "maíz de todos, en sacos viejos y nuevos. Cuando se vendía, uno podía perder sus sacos nuevos. Pero si yo le tenía marca a mi saco, ahí yo lo iba a sacar en donde lo hallara. Eso pasó con don Lico". Así, cuenta Aguilar que:

Donde ya empezamos todos a marcar nuestros sacos, él también marcó sus sacos. Como él tenía su tractor, caballerías botaba de tierra y las trabajaba, puro maíz, frijol y pepita. A pues marcó su saquería que él tenía. Se llamaba Federico Aquino Ruano, le puso sus iniciales y cabal decía FAR. Marcó sus sacos. Cuando llegaron a su casa disfrazados [de guerrilleros, los agentes del Ejército de Guatemala], cabal le vieron que sus sacos tenían la marca de las FAR.

Teresa Saso una vecina de Las Cruces que tenía un comedor en la aldea, recuerda una conversación —que tuvo lugar en las mesas de su fonda— entre los oficiales militares: “[...] los de Josefinos se salvaron, dijo, porque todavía quedaron, pero de Las Erres no va a quedar, pero ni siquiera. Si no hacen caso estos hijos de tantas, dijo el teniente Carías, si no hacen caso, dijo, no va a quedar ni uno”. (AJCLDE/T.)

A manera de conclusión, el campesino Orlando Aguilar explica las percepciones que fueron colocando a aquellos pobladores en una situación difícil:

Hoy que ya podemos hablar, yo he descubierto que el Ejército estaba muy equivocado con nosotros, [ellos creían] que nosotros éramos guerrilleros. Eso yo lo digo claro donde quiera. Eso fue una pura mentira. La ideología que se les metió a ellos era que nosotros, los campesinos, éramos los guerrilleros. Supóngase que entraba la guerrilla a Las Cruces, a los quince o diez minutos venía el Ejército y no los hallaban, entonces a ellos se les metía que nosotros éramos la guerrilla, porque no los hallaban a ellos, a los guerrilleros. Tuvimos un tiempo que aquí tenía uno que hacerse al lado de los dos. Si yo me topaba con la guerrilla, tenía que hacerme al lado de ella. Si me topaba con el Ejército a la vuelta, tenía que hacerme del lado del Ejército. Nada que me iba a hacer en contra de él, cualquiera de los dos me mataba. A los lados teníamos las espadas puestas. Si uno se ponía al brinco con aquel, el otro lo estaba esperando, o bien es de la guerrilla o bien es del ejército. Todos no hallábamos qué hacer.

8.3. EL FINAL¹¹

Luego de la emboscada de los 22 fusiles realizada por las FAR el 11 de octubre de 1982, el Ejército de Guatemala, al más alto nivel, tomó la decisión de realizar una operación de castigo en esa zona.

¹¹ Esta parte del estudio está construida con base en las declaraciones judiciales de los soldados Franco e Ibáñez, y las entrevistas sostenidas con varios de los soldados que participaron en la masacre.

El 4 de diciembre, en la Base Aérea del Sur, la Patrulla Kaibil abordó un avión Aravá con rumbo a la Base Aérea La Aurora, donde harían una pequeña escala, para luego dirigirse hacia la Base Aérea Militar de Santa Elena, Petén. El 5 de diciembre, un pelotón de 40 soldados proveniente de la Brigada Militar de Petén —todos kaibiles— se integró a la Patrulla Kaibil.

En la mañana del 6 de diciembre, aquel grupo recibió, primero, la orden de alerta, y luego la orden de preparatoria. A las 17 horas llegó la orden de patrulla: se llevó a cabo la reunión en la que se detalló la misión, el objetivo, el uniforme, el armamento, y el distintivo que se iba a utilizar (un listón o pañuelo rojo en el hombro). Se precisaron las distancias, y se identificaron las posiciones sobre los mapas. “Es una aldea subversiva”, les indicó el jefe de la patrulla.

A las nueve de la noche, la unidad militar abordó dos camiones civiles de carga que habían sido requisados a unos comerciantes en el Mercado de Santa Elena. Tras dos horas, los soldados llegaron a Las Cruces, donde iniciaron una caminata de entre dos o tres horas. Se aproximaron a Las Dos Erres hacia la 1 o 2 de la madrugada —cuando todavía todos dormían— de ese día lunes 7 de diciembre. Tras esa madrugada, la del 7 de diciembre, el sol no iba a salir para nada bueno en Las Dos Erres. Paula Falla recuerda que “el día domingo cinco [es 6] de diciembre, como a las 11 de la noche, mi papá estaba afuera de la casa y entró a decirle a mi mamá que fuera a ver, que estaban subiendo soldados para Las Dos Erres [...] mi mamá se levantó pero no salió de la casa, los vio desde adentro, porque como había luna, se veía bien que eran soldados” (AJCLDE/T).¹² Otra vecina, Blanca Mayén, recuerda que:

[...] todo empezó el domingo 5 de diciembre cuando como a las 11:30 de la noche, tropas del Ejército ingresaron a Las Dos Erres. De esto nos enteramos por medio de un primo de mis hijos, que estaba haciendo turno [en la Patrulla Civil de Las Cruces] por el Amatillo, cuando les hicieron parada a los camiones del Ejército y les preguntaron que para

¹² Según refiere en su declaración testimonial, la parcela donde ella vivía estaba en Nuevo León, cerca de la carretera que va a Las Dos Erres (AJCLDE).

dónde iban, ellos les dijeron que iban a destruir un campamento que estaba en El Arbolito (AJCLDE/T).

Mientras la operación empezaba en Las Dos Erres, el jefe del Destacamento de Las Cruces, el subteniente Carías, impartía órdenes a la patrulla civil: “[...] el martes 6, Carías dio la instrucción de patrullar en los alrededores de Las Cruces y que no se dejara entrar ni salir a nadie”, afirma Ricardo Martínez, vecino de la aldea (AJCLDE/T). Esto mismo lo confirma Laura García Godoy, vecina de Las Cruces: “Desde el día lunes yo vi que el Ejército y los patrulleros empezaron a cuidar las entradas a la aldea Las Cruces para que la gente de Las Cruces no saliera” (AJCLDE/T). El relato de Inocencio González es más preciso:

Me presenté a las seis de la mañana del día 6 y me acomodó en el segundo pelotón de la segunda compañía de patrulleros civiles. La instrucción que el subteniente Carías dio al jefe de pelotón, de nombre Rosendo Guevara, que ya falleció, fue que distribuyera a los patrulleros al contorno de la aldea Las Cruces. A eso de las 9:30 de la mañana, el subteniente Carías recorrió la población en el tanque. Y como estábamos nosotros acostumbrados de hacerle los saludos, yo y mi pareja, que en paz descansa, se llamaba Raymundo López Miguel, y nos dijo: —Cómo está la moral patrulleros; y la respuesta de nosotros: —muy alta, pero muy alta, mi subteniente. Él dijo: —vengo a darles órdenes, que gente que venga de Las Dos Erres para Las Cruces no la dejan entrar; ni gente que salga de Las Cruces, no la dejan salir (AJCLDE/T, 2010).

La evaluación que el Señor Inocencio González hace de esta operación paramilitar que se desarrolló en el transcurso del día lunes 7 de diciembre fue la siguiente: “Sentíamos nosotros el hermetismo de que algo estaba pasando, porque se había patrullado de forma diferente. Normalmente patrullábamos en la calle central, no nos apostábamos en un lugar separado” (AJCLDE/T, 2010).

Saúl Arévalo cuenta que, el día de la masacre, cuando él se dirigía de Las Cruces, donde vivía con su esposa, a trabajar su parcela en Las Dos Erres, don Juan De Dios Falla Mejía “[...] me detuvo y me dijo que no entrara porque estaba el Ejército allá adentro y que desde

la madrugada se oían disparos de Galil y que como a dos kilómetros había una tapada de soldados disfrazados de guerrilleros [...]”.

Varios de los familiares —María Esperanza Arreaga, Paula Falla, Marcelina Juárez Cardona, María Juliana Hernández Morán— recuerdan que el día de la masacre ellos vieron el vuelo a baja altura de aviones, que, se supone, pertenecían a la Fuerza Aérea Guatemalteca (AJCLDE/T).

Uno de los sobrevivientes, Ramiro Fernando López García, hijo de Víctor Corado, en aquel entonces de 6 años, recuerda que recién se había acostado y fue sacado violentamente de su cama, junto a sus siete hermanos, su mamá y su papá. Recuerda la luz de los candiles de la iglesia y la imagen de sus hermanos, aferrándose a su mamá, cuando eran llevados a la orilla de un pozo, donde recibían un golpe con una almágana. “Yo vi cuando sacaron a mi madre, mis demás hermanos se le colgaron a ella de sus brazos. Lo que hice fue salir corriendo, huir, pero el que estaba allí en la puerta no me dejó salir, porque me dijo que si yo salía me mataban.” Recuerda todavía fragmentos de lo que la gente decía aquel día: “[...] se escuchaban gritos de lamento, diciendo: ‘Dios mío, porqué está pasando esto, si nosotros no somos gente mala, somos gente campesina’”. Cuenta que de tanto llorar se quedó dormido. Recuerda también que “[...] él [el soldado] no dejó que me hicieran daño. Él me llevó con él por la montaña y compartió su comida conmigo, así fue como yo fui a parar a la Escuela de Kaibiles. Estuve con él en la Escuela de Kaibiles aproximadamente dos meses, de ahí, él me llevó para su casa [...]” Así fue como logró escapar de la muerte: fue uno de los niños que fueron “adoptados” por los militares que llevaron a cabo la masacre.¹³ Ramiro recuerda que “[...]”

¹³ Este fragmento recuerda el testimonio del oficial Fernando Pedrosa, quien afirmó: “Yo rescaté a una niña de doce años. Yo mismo traje a la niña al doctor. Él le hizo tres operaciones. La pasé a un colegio. Me recibieron 20 niños en total. Están aparecidos todos. Ya son profesionales todos. Yo los rescataba. En la capital rescaté a muchos. Ellos decían donde estaban sus parientes. Aquellos, porque eran muy pequeños, no dijeron donde estaban sus parientes. Los niños que yo traje aquí los encontré en los destacamentos, en las bases de operaciones. A las seis de la tarde, en el Gran Cañón, a la altura de Chajul, yo iba en helicóptero; recibí el llamado de un oficial. Me dijo: —encontramos un niño en una cueva, si a caso tiene un

éramos cuatro niños que nos salvamos. Nos llevaron para la Escuela de Kaibiles, en Petén. Allí estuve cerca de un mes y quince días. No me recuerdo del nombre de los niños, con eso de que éramos muy pequeños. Ellos aproximadamente tenían de nueve años para abajo. No supe para dónde se los llevaron. Día a día desaparecía uno, o sea, decían que se lo llevó un oficial o algún especialista. Yo fui el último que me quedé”. Su abuelo, Miguel Ángel Cristales le reconoció en 1999: “El compareciente también manifiesta que al ver a Ramiro está seguro que es su nieto porque es exacto al finado Víctor Corado” (AJCLDE/T). El testimonio del soldado Álvaro Castellanos lo confirma:

Esos niños, los oficiales los escogieron porque eran canchitos, zarcos, con las pestañas volteaditas, colochitos y todo. Eran bonitos pues. Era una raza bien bonita. Porque a ellos les gustó, dijeron: — éstos no los matemos, éstos nos los llevamos. Tenían entre tres y cinco años. Cuando la masacre estaban aparte. Había un soldado que los estaba cuidando. Desde ahí, nos lo llevamos a la patrulla, por la montaña. Como a los dos o tres días, llegó un helicóptero a dejarnos comida y ahí los sacó. Se los llevaron en helicóptero para allá, para la Escuela [de Kaibiles].

Lidia García Pérez, esposa de Santos López Alonso, el sub-instructor que protegió a Ramiro y que posteriormente lo llevó a la Escuela Kaibil, confirma esta versión:

4. ¿Diga la testigo si todos sus hijos son hijos de su esposo? Responde: Todos son sus hijos, menos el mayor de edad. 5. ¿Diga la testigo cómo se llama el mayor de sus hijos? Responde: Ramiro Fernando López García. [...] 9. ¿Diga la testigo en qué año trajo su esposo a Ramiro? Responde: En el mes de mayo de mil novecientos ochenta y tres. [...] 11. ¿Diga la testigo como cuántos años tenía Ramiro cuando lo trajo su esposo a su casa? Responde: Tenía aproximadamente cinco años. [...] 18. ¿Diga la testigo si recuerda qué comentario hacia Ramiro cuando recién había

año. Lo llevamos a Guatemala. Dije: —entréguenlo a la Secretaría de Bienestar Social de la Presidencia. Este oficial llegó a la capital, se dedicó a buscar al niño, lo encontró, lo adoptó y se lo dieron”.

llegado a su casa? Responde: Solo recuerdo que decía que tenía papá y un hermanito. 19. ¿Diga la testigo si posteriormente su esposo le comentó de dónde era originario Ramiro? Responde: No, nunca me dijo nada. 20. ¿Diga la testigo cuándo se enteró del verdadero origen de Ramiro? Responde: Hasta que Ramiro cumplió la mayoría de edad, 21. ¿Diga la testigo quién le dijo el verdadero origen de Ramiro? Responde: Mi esposo me lo dijo. 22. ¿Diga la testigo cuál, le dijo su esposo, era el origen de Ramiro? Responde: Que había sido sacado de Las Dos Erres. 23. ¿Diga la testigo si tiene algo más que agregar a la presente declaración? Responde: Nada, sólo que ahora que Ramiro no está con nosotros lo extrañamos (AJCLDE/T).

Óscar Alfredo Ramírez Castañeda fue otro de los niños protegidos y llevados a La Escuela Kaibil. En diciembre de 1982 tenía 3 años. El sub-instructor Óscar Ovidio Ramírez Ramos lo llevó a su casa. Su hermana, María del Rosario Ramírez Ramos confirmó lo anterior.

Hoy sabemos que mientras los cuerpos caían al pozo, quedaba en el ambiente el recuerdo de la almágana rompiendo el viento y golpeando en seco el cráneo de las víctimas. Y era llevado otro, con los ojos vendados, tomado del brazo por un soldado. Al borde del pozo, el condenado llenaba sus pulmones, respirando el olor de la sangre. Debajo, los gemidos eran muchos. Un miedo atormentador predecía que todo había acabado. No es el miedo como sentimiento, sino como sensación física: esa que se impacta en la boca del estómago, se vuelve frío, y que envuelto en llanto sale a gritos o gemidos. Uno de los miembros de la patrulla empezaba con un rápido interrogatorio que con el transcurrir de las palabras terminaría en lo mismo: uno de los miembros de la Patrulla Kaibil levantaría la almágana. Al bajarla (en menos de un segundo) le quitaría todo lo que la víctima tenía y era: la vida.

Tras aquel momento empezaba una nueva muerte. Semi-inconscientes, entre aquel tumulto de cuerpos todos intentaban afanosamente seguir con vida. Respirar, sentir el cuerpo de los otros, el dolor que además de doler indicaba que quedaba vida, decir algo, ininteligible tal vez, buscar razones a lo inexplicable, pensar en la suerte de sus familiares, descubrir allí mismo lo que pasó con ellos o lo que iba a pasarles a ellos. Maldecir la forma como la vida había concluido.

Ejecutada la orden, los soldados sellaron el pozo con tierra y piedras ¿Acaso pensaban que la tierra y las piedras serían capaces de ocultar aquella verdad? A finales de 1982 esto era el sentido común ¿Quién se atrevería a contarlo? ¿Cómo se llegaría a saber lo que había pasado en un lugar tan apartado de todo? Fueron las preguntas que, en su arrogancia, descartaron los oficiales del Ejército. El discurso oficial de aquel tiempo tardaría en agrietarse.

Y así pasó aquella tarde de verano. Desde el cenit hasta que el sol se escapó en el horizonte. Para la hora de la cena, ya sólo se podían oír las risas de los soldados que devoraban trozos de cerdo con tortillas que unas mujeres de la aldea habían preparado. Sólo para esto habían quedado con vida.

Habían terminado de matar a quien fuera su enemigo en esta guerra. No habían tenido batalla, ni heridos, ni bajas, ni guerrilleros, ni armas, ni propaganda: sólo civiles muertos. El enemigo no era nadie, pero podía estar en todas partes: un anciano, un niño, una mujer embarazada. Todos podían matarlos. Por eso es que ellos los habían matado a todos, sin importar quienes fueron todos.

Ya sin los que habían muerto, los gallos no dejaron de anunciar el nuevo día. En la madrugada del día siguiente, el martes 8 de diciembre de 1982, la Patrulla Kaibil debía partir del Parcelamiento Las Dos Erres. Cuando los rayos del sol transformaron el paisaje en un horno, de las piedras y la tierra con que habían sepultado los cadáveres, emergía un vaho que se dispersaba por todas partes. El vapor flotaba en un silencio profundo, interrumpido sólo por el ruido de alguno de los animales que vagaban por ahí. Aproximadamente 350 personas fueron asesinadas durante aquel lunes 7. La patrulla finalmente saldría de la aldea el martes 8 a las 10 de la mañana. Los soldados recibieron de los oficiales una advertencia: la de no revelar nada de lo que allí había sucedido. El soldado Ángel Coronado cuenta que:

Mis compañeros veían todo normal. Los oficiales dijeron que el que abriera la boca, ese ya no iba contar con su licencia, ya no seguiría siendo Kaibil en la Escuela. Es decir, dieron a entender que el que dijera algo se lo tronaban. Eso lo dijeron ellos el siguiente día, ya cuando comenzamos a caminar. Lo dijo Ruiz Martínez: — “Lo que aquí se hizo, lo

que aquí pasó, aquí se quedó. Hay de aquel que con ciega locura abra su boca y diga [...] Tenga por seguro que ya no va decir una palabra más”. Quien va atreverse a decir algo, y estando en el Ejército, pues ninguno dice nada. Porque sabe a qué se atiene. Son órdenes superiores. Entonces, para no tener problemas mejor lo calla. Porque ni modo, está usted en el Ejército y va a tener problemas con ellos. Ahí no más lo agarran y lo matan y ya estuvo. Murió en un accidente o se le fue un disparo, o cualquier cosa le puede pasar y ya estuvo; entonces por eso nadie dice nada.

8.4. DESPUÉS DE LA MASACRE: DESINFORMAR, SAQUEAR Y AMENAZAR

Después de la masacre, los familiares de las víctimas, especialmente aquellos que vivían en Las Cruces, presionaron al teniente Carías, Jefe del Destacamento, para que fueran a ver qué había sucedido en Las Dos Erres. Al destacamento llegaban los familiares a pedirle explicaciones. Él les indicaba que: “[...] no tuviera pena por mi familia, que me estuviera tranquila, que a mi familia no le iba a pasar nada, porque ellos [El Ejército de Guatemala, se supone] tenían protegida a mi familia en la Escuela de Las Dos Erres. Incluso, me dijo: — yo acabo de hablar con ellos y están bien”, eso fue lo que le dijo a Telma Guadalupe Aldana Canaan (AJCLDE/T). A María Esperanza Arreaga, el oficial también le confirmó que él mantenía comunicación con la unidad militar que se hallaba en Las Dos Erres. Estas fueron sus palabras: “[...] voy a ver qué información te puedo tener, porque me acabo de comunicar para allá y a los niños les están dando agua y miel [...]” (AJCLDE/T).

El sarcasmo estuvo presente en la respuesta que el oficial dio a Inocencio González: “No tengan pena, si los niños están cantando coritos, están comiendo [...] una fiesta en la calle” (AJCLDE/T, 1997). A Cristina Alfaro le dijo que “ellos [las familias de Las Dos Erres] estaban felices haciendo culto, y hasta movían las manos” (AJCLDE/T). A la mamá de Edras González Arreaga le contestó que: “no tuvieran pena y que no fuéramos a ir porque íbamos a interrumpir la investigación

que se estaba haciendo, y que a los niños no les iba a pasar nada, que a ellos les estaban dando galletas y miel [...]” (AJCLDE/T).

A la vez que daba respuestas sarcásticas, advertía: “[...] en cuanto a la gente grande, que si salían limpios no les iba a pasar nada, pero que si están manchados, que no los esperaran porque iban a salir muertos” (AJCLDE/T). Más o menos en los mismos términos, empleando esa metáfora de la limpieza, a Catalino González, el Jefe del Destacamento le indicó que: “[...] se despreocupara, que lo que estaban haciendo era una limpieza, y que el que estuviera limpio iba a salir y el que no pues no saldría”. (AJCLDE/T). “[...] si ellos estaban limpios, ellos iban a estar bien; y si no, que sólo Dios sabía [...]”, así respondió a Blanca Mayén Ramírez (AJCLDE/T). A Catalina Pineda, ante la pregunta de ¿qué había sucedido con sus familiares? el subteniente Carlos Carías le dijo: “Ahora sí, verdad, andan llorando lágrimas de chuchito [perro] mojado. Eso hubieran pensado cuando andaban dando comida a la guerrilla” (AJCLDE/T).

A Blanca Mayén Ramírez y a su mamá, Carías le dijo que: “no tuviéramos pena, que el Ejército estaba haciendo un registro” (AJCLDE/T). A María Esperanza Arreaga, además de indicarle que se trataba de una investigación, le confirmó que ésta estaba a cargo del Ejército: “—allí es una investigación que el Ejército está haciendo, me dijo, pero se ha alargado la investigación, porque la gente desgraciada no deja de entrar. Yo esa gente la esperaba que me la sacaran hoy” (AJCLDE/T). De nuevo, empleando la metáfora bíblica del trigo y la paja, agregó: “Eso sí, me dijo, va a salir la gente que esté limpia, porque dice la Biblia que el trigo limpio va a ir a los graneros, pero la paja va a ir a estar con el fuego. Si tu familia no está manchada, va a salir libre, me dijo”, termina recordando María Esperanza (AJCLDE/T). Con Inocencio González empleó otra metáfora: “[...] fuerzas del gobierno están haciendo una limpieza, la manzana podrida la van a sacar y la manzana buena se quedará” (AJCLDE/T).

Además de indicarle a toda la población que se trataba de una operación militar a cargo de tropas del Ejército de Guatemala, también confirmaba —particularmente a María E. Arreaga— que no era la guerrilla la que estaba en Las Dos Erres: “[...] me dijo: —no hablemos de guerrilla mi’ja, porque la guerrilla no es la que está allí. Porque si la guerrilla estuviera allí no me estuvieras viendo sentado aquí, me

dijo. Porque esa es área que a mí pertenece y ¿cómo voy a estar tranquilo sabiendo que la guerrilla hace de las suyas allí?” (AJCLDE/T). En los mismos términos se expreso Carías con Inocencio González, quien recuerda las palabras del oficial: “—¿Cómo pueden ponerse ustedes a pensar que siendo la guerrilla nosotros vamos a estar tranquilos? Tengan paciencia, dijo. —Si la guerrilla fuera, yo ya habría levantado mi tropa para ir a ver a esa gente” (AJCLDE/T, 1997).

Petronila López logró entrevistarse con el teniente Carías “[...] yo le expliqué que iba mi hijo de cinco años, que estaba pequeño, que necesitaba cuidado de sus papás, en fin le dije un montón de cosas”. Al parecer, las súplicas de la madre hicieron mella en la disciplina militar de Carías, por lo que, continúa relatando la señora López: “al final me dijo: —me traspasaste con todas tus palabras, nadie me había dicho lo que tú me estás diciendo. Como que le hice conciencia y entonces me dijo que era una comisión maldita que venía de El Quiché y una parte de La Pólvora [...]” (AJCLDE/T). Horas más tarde, el oficial le indicó a doña Petronila “que no podía hacer nada; que no podía sacarlos; que mi esposo estaba en la Escuela [de Las Dos Erres]” (AJCLDE/T).

Posteriormente, el oficial modificó la versión de los hechos. Días más tarde, ante la presión de los vecinos, empezó a decirles lo siguiente: “Quiero decirles, dijo, que esos desgraciados de los guerrilleros se llevaron a esa gente para México. Pero mañana vamos a entrar, vamos a llevar carros, tractores, camiones, para ir a recoger todo lo que ellos dejaron allí”. Esto es parte de lo que recuerda Inocencio González (AJCLDE/T, 1997).

Esa misma semana de cuando ocurrió la masacre el subteniente Carías organizó una visita al lugar. Saúl Arévalo cuenta cómo llegó a Las Dos Erres después de la masacre “[...] el día viernes nueve de diciembre nos volvió a organizar, formando una comisión encabezada por el Ejército, comandada por el teniente Carías. Íbamos en carros y carretones, esos carros eran de la gente de la comunidad”. (AJCLDE/T.) A Manuel de Jesús Tuche, el comandante de la Patrulla Civil, Óscar Peláez, le solicitó su tractor, “También el señor Óscar, del que no recuerdo apellidos, me pidió que pusiera el tractor para saquear Las Dos Erres, pero me opuse, porque no vi a ningún doliente que me hiciera la solicitud” (AJCLDE/T).

Un sentimiento de rabia y derrota a la vez hacía que los familiares se atrevieran a llegar al destacamento y preguntar qué había pasado. Rabia, porque sabían qué había sucedido, y que los autores eran en realidad los mismos a donde debían acudir para preguntar. Derrota, porque pensaban que ya no era posible hacer nada más. En varios testimonios esta mezcla lleva a que los familiares expresaran una sensación límite, de que si a ellos también los iban a matar que los mataran, que ya nada importaba. Sólo así puede uno explicar cómo en vez de callar, la decisión de muchos fue ir, llegar al destacamento y preguntarle directamente al Jefe, por el paradero de sus familiares. Esa actitud no tiene nada de resignación, ni de pasividad.

Saúl Arévalo recuerda que “el día miércoles logramos que él [Carías, el jefe del destacamento] mandara una tropa de aquí [de Las Cruces] y que fuéramos a ver qué pasaba en las Dos Erres”. Pero ese día no iban a llegar al parcelamiento. Así, continúa Arévalo: “Pero nomás caminamos unos dos kilómetros y ahí nos detuvo. De ahí nos dijo que ya no iban a seguir, porque ya el Ejército estaba allá y que mejor nos regresamos”. Fue hasta el día jueves cuando lograron entrar al parcelamiento:

El día jueves enviaron ellos una misión: —vamos a ir a una misión a las Dos Erres, a ver qué pasó, dijo él. Organizó una patrulla civil y una patrulla militar. Citaron a varias personas con carretones y carros, para hacer la caravana. Cuando yo llegué a la parcela, a la casa, estaba eso como si coches, animales habían estado. Toda la ropa de mis papás y sus cosas ahí tiradas, tiradas, bien amontonadas, como que si estaban [...] buscando qué había de bueno. Todo el papelerío, todo tirado. Ahí habían agarrado como un campamento, para comer. Había palos y había unos lazos colgando con las patías y las manitas de cerdos [...] Los ataban, los colgaban y de ahí los pelaban.

Ese jueves, coincidiendo con las tropas del destacamento, varios vecinos llegaron al parcelamiento. Paula Falla recuerda que cuando ella y su mamá llegaron al parcelamiento, días después de la masacre: “en otras casas vi que en el techo habían lazos nuevos de donde colgaban patas de coche, habían ollas con plumas de gallina [...] entre la escuela y la Iglesia católica vimos petates, pañales blancos, pachas,

gorritos” (AJCLDE/T). Ese fue el día en que el teniente Carías estaba en Las Dos Erres, al verlos: “enojado, preguntó ¿qué hacíamos allí? Mi mamá y abuelo le dijeron que estábamos buscando unas vacas perdidas. Él nos dijo —que les valga, porque si andan haciendo otra cosa los dejo tendidos aquí, y dijo: —¡cuento hasta tres y se desaparecen!” (AJCLDE/T). María Esperanza Arreaga recuerda que, cuando ella llegó a Las Dos Erres, “encontramos como seis o siete esqueletos de marraños donde sólo les habían quitado la carne. Debajo de la cama donde dormía mi hermana estaban los zapatitos con las calcetitas metidas de mis dos niñas [...]” (AJCLDE/T). Días antes ella había enviado a sus dos hijas —de cuatro y seis años— con su hermana. Otro vecino, Baldomero Pineda Bátres, que estaba en el parcelamiento ese día, tuvo un encuentro con el Jefe del Destacamento:

Yo le dije a Carías: —esa yegua en la que anda montado es mía, yo tengo la carta de venta y son siete animales de esos, le dije, ya se robaron los demás o qué los hicieron. Y él se enojó y me apuntó con el fusil en el pecho, pero don Arturo Sandoval, que también era patrullero le dijo que no me fuera a matar porque yo también era patrullero civil, que no vivía en Las Dos Erres, sino en Las Cruces. Entonces, Carías, enojado, le disparó a mi perro (AJCLDE/T).

Una vecina de Las Dos Erres recuerda que cuando su mamá llegó a la parcela donde trabajaba su esposo:

[...] a la orilla del camino halló la bomba donde él [el papá] salió a fumigar y ahí halló la comida, las tortillas que llevaban. Dice que ahí dejó una ollita y un manojito de hierbas, que caldo de hierbas iban a hacer para almorzar. Ahí dejaron todo. Ya no lo hicieron. Ahí dejaron su morralito de tortillas. Todo lo que estaban preparando para hacer su comida ahí lo dejó, ya no comió (AJCLDE/T).

Edras González, recuerda la escena de cuando, días después de la masacre, en la búsqueda de sus familiares, regresó al parcelamiento: “[...] al no más entrar, en donde estaba la escuela, vimos animales sueltos, era un desatino, un desorden de papeles, ropas tiradas, los pe-

rros aullando [...] lo que más nos dolió fue ver la ropita de mis hermanitas tiradas frente a la casa de mis tíos” (AJCLDE/T).

Los guerrilleros también se acercaron al parcelamiento para ver qué había sucedido. El ex insurgente Rony recuerda lo que él vio cuando llegó: “[...] había una señora que no tenía cabeza, tenía su brazo así [doblado] y tenía a la niña aquí [en el otro brazo]. La niña no tenía cabeza y la niña tenía su brazo así [doblado] y tenía su muñeca, y la muñeca no tenía cabeza”. Hay otra impresión de la visita de los guerrilleros que podría indicar que ellos llegaron antes que las tropas del destacamento y los vecinos, porque, sigue recordando Rony: “[...] había muertos por dondequiera. En la aguada estaban la mayoría, regados, regados. En los postes de chico, en los horcones, como a la altura de un metro, había restos de masa cefálica y había cabellos prendidos”.¹⁴

Después de cargar con todo, las tropas del teniente Carías prendieron fuego a los ranchos de los campesinos. “[...] si querés lleváte todo lo que querrás porque yo voy a quemar las casas porque si no la guerrilla puede venir a ocuparlas.” Fueron las palabras de Carías al papá de Edras González Arreaga (AJCLDE/T). Saúl Arévalo también guarda el recuerdo de los ranchitos a punto de ser quemados. Él cuenta que “terminando de recoger estaba, todavía me faltaba bastante, cuando llegó un Comisionado Militar a quererme quitar las cosas. Ya habían ordenado que quemaran. El oficial Carías dio orden que quemaran”. Él, Saúl, logró convencer al Comisionado que estaba a punto de prenderle fuego al rancho de sus familiares, que le permitiera terminar de recoger las pertenencias. Telma Guadalupe Aldana Canaan, que perdió a su familia en la masacre, comenta:

[...] mi abuelita, Manuela Hernández y yo le pagamos a don Francisco Paz para que nos llevara en su carro a Las Dos Erres. En lo que nosotros

¹⁴ Este testimonio se respalda en el hecho de que no todos los cadáveres de los pobladores de Las Dos Erres fueron enterrados en el pozo. Hubo otra matanza, que tuvo lugar al día siguiente, en un lugar que se conoce como la aguada. Acerca de esto véase el *Excurso: El relato de la masacre*, en palabras de Jacinto García, soldado Kaibil, que presentamos a continuación.

agarrábamos algunos de los animales que eran de mi papá, el Ejército quemó los ranchos. El Ejército se llevó como cuatro camiones con cerdos, gallinas, monturas, aparejos y todo lo que podían llevarse y se llevaron al destacamento de Las Cruces (AJCLDE/T).

La tropa se llevó dos toneles de miel que eran propiedad de don Estanislao Galicia. Se llevó también los materiales de construcción que, para hacer su casa, había ido juntando don Jerónimo Muñoz: bloques, arena, hierro, cemento y láminas. Con ellos, según el testimonio de una de las sobrevivientes, el jefe del destacamento terminó la construcción de las instalaciones del mismo (AJCLDE/T). Cargó con todo lo que pudo, inclusive las dos guitarras, una concertina y dos bajos que se utilizaban en la iglesia evangélica (AJCLDE/T). Láminas, máquinas de coser, caballos, camas, mesas, sillas, tablas, ropas, radios, molinos, trastos, muebles, bicicletas, máquinas de escribir, roperos, tijeras, machetes, limas, cuchillos, navajas, martillos, rastrillos, piochas, azadones, bombas para fumigar, lazos, alambre espigado, grapas para postes de cercos, y otros aperos de labranza, semillas, abonos [...] A Inocencio González, el subteniente Carías le dijo: “—Señor González: a su cuñado se lo llevó la guerrilla. Si querés entrar [al destacamento] a recoger lo que dejó tu cuñado podés ir. Lo que está aquí lo recogió el Ejército y de él es. Ahora ves todo esto, esto se va a subastar” (AJCLDE/T, 2010). Debido a que la temporada de lluvias en esa zona va de junio a diciembre, la segunda cosecha anual de maíz no se había vendido aún. Los campesinos estaban por sacar la cosecha para la venta, por lo que todo estaba almacenado. De allí el interés del jefe del destacamento por organizar el saqueo. Para que el camino estuviera en mejores condiciones los campesinos estaban esperando —en ese mes de diciembre— el fin de la temporada de lluvias. Para cuando fue la masacre —todavía— todo estaba verde.

A raíz de esta visita, ya cuando los familiares pudieron enterarse de primera que sus familiares ya no estaban en el parcelamiento, la versión del teniente Carías cambió. A Telma Guadalupe Aldana Canaan le dijo que “mi familia había emigrado para el sur de Petén, y que él ya no los había encontrado y que si yo quería que yo fuera al destacamento a traer la mejor gallina, la mejor máquina de coser, lo que

yo quisiera, pero que me garantizaba que mi familia no había muerto” (AJCLDE/T).

La respuesta fue cambiando, y ya un tiempo más allá, la amenaza a una vecina confirma que el oficial conocía qué sucedió en Las Dos Erres. Telma Guadalupe Aldana Canaan cuenta que: “Una vez el teniente Carías me dijo que ya dejara de andar preguntando, porque si ya [se] habían ido raíz y ramas, las hojas también tenían que irse” (AJCLDE/T). Doña María Esperanza Arreaga recuerda el momento en que ella, después de enterarse de la masacre, optó por salir de Las Cruces:

El día 19 de diciembre de 1982 yo quemé toda mi ropa para reducir nuestra ropa, para echarla en dos valijas de cuerina. Dejando abandonado todo lo que era de nosotros, dejamos bestias, marranos, gallinas, trastes [...] Pero al pasar por el destacamento nos bajaron y nos pidieron que hiciéramos fila con cédula en mano. Estando yo parada en la fila asomé el teniente Carías de adentro del destacamento y me reconoció y se arrimó a mí y me agarró la barbilla y me dijo: —¿Hallaste a tus hijas? Yo le dije: —No. Y me dijo: —No tengas pena, ahora el 24 de diciembre se las vamos a pedir a santa Claus que te las devuelva. Yo no le pude contestar nada. Una señora que sólo conozco como Doña Quita, le dijo: —Si pues, como eran muñecas de plástico, se las va a devolver santa Claus (AJCLDE/T).

En las Dos Erres todo quedó como cuando los vivos estaban. El sobresalto de haber sido sacados a la fuerza de sus casas hizo que todos dejaran las cosas que tenían a la mano por ahí. Cuando Felicita Romero llegó a su casa “encontré un poco de masa con la que estaban torteando mis hermanitas” (AJCLDE/T). “[...] cuando llegué al rancho sólo hallé la olla de frijoles en los tenamastes del fuego, la máquina de moler maíz ya la habían escondido [...]”, recuerda Hilario López (AJCLDE/T). Pero los familiares no sólo llegaban a las casas, ellos salían en búsqueda de sus seres queridos a la parcela, “en donde estaba la milpa encontré un destrozador que usaba mi papá para tapiscar maíz y un galoncito de agua y un poco de maíz tapiscado”, termina contando Felicita (AJCLDE/T). “Yo fui de regreso a aquella montaña para arriba y para abajo, pero no

los pude encontrar [...]” cuenta Hilario López Jiménez, quien perdió a sus cuatro hijos, de 19, 15, 14 y 9 años (AJCLDE/T).

Saúl Arévalo recuerda que, cuando vivían en Las Dos Erres, su hermano José, de 9 años, “había hecho una crianza de palomitas [de castilla, de las que están en los atrios de las iglesias]”. Todo empezó cuando a José “por una gallina le dieron un par de palomitas. Y estas las fue reproduciendo. Ya tenía como unas quince”. Saúl recuerda que, pasado el tiempo, cuando él regresaba a visitar lo que había sido la parcela de sus papás, en Las Dos Erres, las palomas:

volaban en el lugarcito donde habían estado, arriba de la casa. Volaban, venían, a saber hasta dónde se iban y regresaban, se iban y regresaban. Se paraban en un palo seco que había, ahí donde había estado la casa. Después de todo lo que pasó, como quemaron todo lo que estaba ahí, en el lugar donde nosotros vivíamos, eran las únicas que visitaban, el grupo de palomitas que mi hermano tenía. Tenían un su lugarcito donde ellas llegaban.

Conforme el tiempo pasaba el pozo cambiaba. Al principio, el asombro consistió en verlo cerrado. Esto llenó de pesadumbre a los que, con terror, se acercaban. Posteriormente, con el paso de los años, el pozo se hundió unos tres metros. Uno de los vecinos decidió clavar a la orilla del pozo una estaca de guarumo. Esa sería la señal del lugar en el que estaban enterrados sus familiares. El tiempo pasó y la estaca se transformó en un árbol. El miedo todavía no permitía desenterrar la verdad de lo que sucedió aquel día 7 de diciembre en el parcelamiento Las Dos Erres.

* * *

Hacia finales de 1982 el Ejército estaba coronando una intensa campaña de contrainsurgencia en la cual se cometieron actos de genocidio contra poblaciones del pueblo maya. Con ello había logrado arrancar a los insurgentes de sus bases de apoyo. Aquello había tenido lugar en el altiplano noroccidental, y las operaciones se concentraron en contra del Ejército Guerrillero de los Pobres. Hacia octubre de ese año, a

fin de dispersar la fuerza del Ejército, era una necesidad urgente que otras organizaciones guerrilleras acrecentaran su accionar militar. Ello hace comprensible la planificación de la “emboscada de los 22 fusiles” por parte de las FAR. En esos términos, el objetivo de la guerrilla se alcanzó: el Ejército dedicó durante todo un mes (diciembre), a su mejor unidad de combate para que buscara a las FAR. Pero también, esta unidad era la más despiadada con las poblaciones civiles.

Las fuerzas de operaciones especiales, mejor conocidas como Kaibiles, tuvieron un gran impacto en la transformación del Ejército de Guatemala, en su preparación para las campañas de contrainsurgencia de 1981 y 1982, en las que se cometieron actos de genocidio. El soldado Kaibil llegó a constituir una imagen muy poderosa a lo interno de las fuerzas armadas. Éste era entendido como un soldado que se especializaba en causar temor en el enemigo y que estaba en condiciones de matarle. Pero en la guerra de Guatemala el enemigo, además de los grupos guerrilleros armados, estuvo constituido por poblaciones civiles no combatientes: niños, mujeres, ancianos [...]. Así mismo, los Kaibiles kaibilizaron al Ejército de Guatemala, reproduciendo la forma Kaibil de hacer la guerra, a través de cursos que éstos diseñaron y crearon en sus Brigadas y Zonas Militares. Este proceso preparó en todo sentido a la institución armada para las campañas militares de 1981 y 1982.

Hacia 1982, la decisión de cerrar los centros de formación militar en el momento determinante de la guerra en Guatemala (con la excepción de la Escuela Politécnica, el centro donde se forman los oficiales militares), dio paso a la organización de La Patrulla Kaibil. Ya en el contexto de las masacres y la tierra arrasada, en 1982, la institución armada vio en aquel grupo de oficiales y soldados un instrumento para acometer la parte más infame de aquellas operaciones: matar a ciudadanos en sus propias comunidades. Este es un punto que merece ser estudiado con mayor detenimiento: que La Patrulla Kaibil pudo haber sido el grupo que tomaba en sus manos la vida de los campesinos en otros eventos de masacre, extremo que a mí no me fue posible determinar.

Un conjunto de factores colocaron a los habitantes del Parcelamiento Las Dos Erres al borde de la muerte:

- a) Su ubicación entre la selva, en medio de las dos carreteras: El Subín-Bethel y La Libertad-El Naranjo. Estas vías eran los lugares en donde tenían lugar los encuentros armados más importantes de la región. La zona entre estos dos tramos de terracería marcaba el acceso a la Sierra del Lacandón, el santuario de las FAR.
- b) La relación entre los habitantes del parcelamiento y el jefe del destacamento militar de la aldea Las Cruces se fue haciendo cada vez más tensa. Ello se debió a que los parcelarios se negaron a que la patrulla civil de Las Dos Erres realizara rondas en la aldea Las Cruces. No obstante ello, conforme el testimonio de varios vecinos entrevistados, es posible confirmar que muchos hombres, que vivían en Las Dos Erres, de forma disciplinada hacían sus rondas como patrulleros.
- c) Durante 1982 el Ejército envió pequeñas unidades que —conforme el testimonio de los entrevistados, pobladores del área— se presentaban como guerrilleros. Estas operaciones, propias de la contrainsurgencia, se realizaban con el propósito de probar la lealtad de la población. Sin embargo, como los mismos entrevistados advierten, ellos se sentían obligados a colaborar con la guerrilla, lo que pudo hacer creer al Ejército que existía un vínculo entre las unidades insurgentes de las FAR y los pobladores de Las Dos Erres. A esto se suma la confusión provocada por la forma en que don Federico Aquino Ruano, uno de los líderes de la comunidad, marcaba con sus iniciales F.A.R. los sacos de maíz de su propiedad. Esto pudo haber provocado que los soldados del Ejército, que disfrazados como guerrilleros llegaban a la zona, tomaran aquellos costales como una evidencia más de la relación de los pobladores con los guerrilleros. Este tipo de operaciones de contrainsurgencia implican un alto riesgo por la información que bajo tales circunstancias se puede obtener.
- d) Finalmente, la operación militar que las FAR ejecutaron el 11 de octubre de 1982 fue la gota que derramó el vaso. Aquella operación, más que el resultado de una sostenida capacidad militar a lo largo del tiempo, fue la primera de gran envergadura (por el número de bajas causadas y el armamento incautado). Al con-

cluir la “emboscada de los 22 fusiles”, la retirada de las unidades guerrilleras no estimó la posibilidad que el Ejército pudiera rastrear su posición y analizara —en un radio de varios kilómetros a la redonda— cuáles eran las poblaciones más próximas a la supuesta posición de los guerrilleros.

Incluso el azar que hizo que aquella patrulla del Ejército se colocara en una posición de desventaja en relación con el fuego de los insurgentes, jugó en contra de los pobladores de Las Dos Erres. Es probable que si el resultado de aquella emboscada hubiera sido el de un encuentro armado regular, de los que antes se habían dado en aquella región, la reacción del Ejército no hubiera tomado la forma de una operación de castigo contra el parcelamiento. De haber sido en encuentro armado como los que ordinariamente se reportaban en Petén a lo largo de 1982, seguramente Las Dos Erres no habría aparecido como un foco rojo que había que borrar del mapa.

Todos los entrevistados que, en torno al evento de la masacre, se hallaban ubicados en distintas posiciones (pobladores, soldados, guerrilleros), negaron que existiera un vínculo entre los pobladores y las unidades de las FAR. Hay tres factores que podrían poner en duda tal conclusión:

- La ubicación geográfica del parcelamiento y el uso que las unidades de las FAR le daban a ese territorio. Aquella zona se utilizaba para el tránsito entre su santuario, la Sierra del Lacandón, otras zonas de descanso y las carreteras; éstas últimas eran los lugares en donde se daban los encuentros armados.
- El involucramiento de pobladores de aldeas vecinas con la guerrilla.
- El potencial económico del parcelamiento, productor de granos básicos, como mecanismo de abastecimiento de las tropas guerrilleras.

En Guatemala, la interpretación de este tipo de eventos hace evidente que todavía prevalece un miedo de raíces muy hondas en la memoria de muchos. Supongo que para la guerrilla puede resultar penoso

aceptar que quizá algunos pobladores del parcelamiento —como era el caso de otras aldeas vecinas— tenían algún tipo de relación con ellos. Para los vecinos y sobrevivientes aceptar que sus familiares o algunos vecinos probablemente sí se involucraron con la guerrilla y que esa fue la causa que les llevó a la muerte a todos, es un peso muy grande, que convierte esa pregunta en un punto difícil de toda entrevista. La información recabada de fuentes militares tampoco permite llegar a confirmar este extremo.

Probablemente algunos de los pobladores de Las Dos Erres no fueron víctimas pasivas, sino que tomaron partido y se aliaron a los insurgentes, proveyéndoles alimento, refugio, información, entre otros. Quizá esta relación implicaba a unos cuantos campesinos, quienes creyeron en las ideas que los rebeldes les llegaban a compartir. Quizá otros, aprovechando la dispersión de las parcelas, se animaron a vender maíz y frijol a los guerrilleros, para alimentar a sus tropas en aquella zona. Pero esto no fue admitido por ninguno de los entrevistados y yo no puedo hacer de los supuestos, elementos que confirmen un argumento. Seguramente otras investigaciones —centradas específicamente en la masacre— puedan dar nuevas luces sobre este punto.

La masacre de Las Dos Erres fue una operación militar como castigo a “la emboscada de los 22 fusiles” que las FAR ejecutaron en octubre de 1982. Durante el mes de noviembre, la emboscada de los 22 fusiles se transformó en la masacre de Las Dos Erres, como una opción militar en la mesa de los planificadores y estrategias del alto mando castrense. La masacre no fue producto de un error en la inteligencia recabada por el Ejército, en aquella zona. Simplemente, la información recopilada se utilizó para planificar una operación de castigo contra una población que —por diversas circunstancias que aquí hemos recapitulado— se fue haciendo cada vez más vulnerable. La masacre fue seguida de una intensa operación de rastreo en la zona, lo que hace suponer que los militares contaban con información sobre el uso de aquel territorio por parte de los guerrilleros. A pesar de ello no se produjo ningún encuentro armado.

Para llevar a cabo la masacre, el Estado Mayor de la Defensa Nacional envió a la zona a la Patrulla Kaibil, una unidad que a lo largo

de 1982 se especializó en conducir este tipo de operaciones, extremo que es preciso confirmar con mayor detalle.

Por su parte, a su llegada a Petén, la Brigada Militar con jurisdicción en el departamento, dispuso albergar a la Patrulla Kaibil en un hangar de la base aérea del norte. Además, para apoyarles en la operación que iban a ejecutar, envió a una unidad de soldados, formada por 40 elementos de tropa. Es de suponer que la brigada tenía pleno conocimiento de la operación que se realizaría en Las Dos Erres.

Además de las atrocidades perpetradas contra la población del parcelamiento, la unidad del Ejército de Guatemala que llevó a cabo la masacre secuestró a varios niños de Las Dos Erres. Posteriormente, éstos fueron adoptados por los propios integrantes de La Patrulla Kaibil. De los testimonios de los propios niños, hoy hombres, es posible confirmar que tanto la masacre, como estos secuestros, constituyen hechos irrefutables.

Para la defensa del Estado, aquella operación —la masacre— no tuvo ninguna implicación militar de gran importancia. Si bien es cierto, el uniforme que utilizaron los soldados —vestidos como guerrilleros— confundió en algún momento a los pobladores sobrevivientes y testigos, al final se consolidó el rumor que en Las Dos Erres fue el Ejército el que había realizado una masacre. La estrategia de propaganda no entorpeció —más que momentáneamente, afirma uno de los ex insurgentes entrevistados— las relaciones entre las sociedades locales y las guerrillas que operaban en esa zona.

Más allá de esto, la región —Petén— no significó nunca un gran desafío a la estabilidad nacional. En 1981, las tropas del Ejército habían hecho estragos en la organización local de las FAR, las que, debilitadas, se vieron en la necesidad de empezar a realizar operaciones militares ofensivas con el propósito de abastecerse de armamento y recursos financieros, con los cuales abastecer a sus unidades de alimentos.

A los campesinos de Las Dos Erres la historia les llevó la vida y ellos ni siquiera sabían lo que estaba ocurriendo más allá de Las Cruces. El Estado, el mismo que con sus políticas promovió el poblamiento de la región, que les daba tierra y nada más, llegó una madrugada y les mató a todos.

De los relatos de los vecinos de la Aldea Las Cruces y del Parcelamiento Las Dos Erres es posible concluir que Carlos Carías, el jefe

del destacamento ubicado en Las Cruces estuvo enterado de la operación que se iba a realizar en el Parcelamiento Las Dos Erres.

- a) Varios vecinos recuerdan la advertencia que soldados del destacamento de Las Cruces les dieron días antes de la masacre. Esta información provocó que varios vecinos se mudaran, durante un tiempo, a las Cruces, con familiares cercanos. Posterior a ello se propagó otra información, cuyo origen fue el mismo destacamento, que hizo que los campesinos regresaran a su parcela en Las Dos Erres. Además de las advertencias del destacamento, varios vecinos recuerdan cómo a ellos, varios comisionados militares de las Cruces les advirtieron que salieran de Las Dos Erres, porque corrían peligro de muerte ante la inminencia de una operación por parte del Ejército. Otros vecinos identifican a Carías como la fuente directa de tales advertencias.
- b) El Jefe del Destacamento de Las Cruces, subteniente Carías, organizó el día previo a la masacre un acto muy importante, tanto para la aldea, como para Las Dos Erres: jurar bandera. En la concha acústica del parque de Las Cruces se formaron las patrullas, se desfiló, se realizaron actos. Esta fue una especie de preparación para lo que vendría al día siguiente.
- c) Unidades a su cargo tuvieron que autorizar el paso de las dos unidades de transporte que la noche del 6 de diciembre de 1982 llevaban a las tropas de la Patrulla Kaibil y a los otros 40 soldados de la Brigada Militar de Petén al “entradero de Las Dos Erres”. Este era un paso inevitable, que estaba, además, controlado por tropas del destacamento.
- d) Mientras la Patrulla Kaibil llevaba a cabo la masacre en el Parcelamiento Las Dos Erres, Carías, el Jefe del Destacamento ordenó a la patrulla civil de Las Cruces tender un cordón en los caminos que llevaban al parcelamiento, con el propósito de controlar el paso de personas hacia y desde Las Dos Erres, lo que fue calificado por los propios patrulleros como una operación excepcional.
- e) Cuando la operación estaba en marcha y los vecinos de Las Cruces se acercaban a preguntar por sus familiares de Las Dos Erres,

Carías, el comandante del destacamento, les informaba —entre la burla, el sarcasmo, la prepotencia y las metáforas bíblicas— que lo que sucedía en Las Dos Erres era una operación del Ejército de Guatemala, una investigación, una limpieza, un registro, una comisión, así les dijo a varios. De forma más precisa, a una vecina incluso le precisó que era una “comisión maldita que venía de Quiché y una parte de La Pólvara”. La afirmación que la unidad del Ejército que estaba en Las Dos Erres el 7 de diciembre, provenía de La Pólvara, incluso confirma que él sabía que se trababa de La Patrulla Kaibil. En aquel momento, el centro de entrenamiento Kaibil se hallaba ubicado en La Pólvara, Melchor de Mencos, Petén.

- f) Carías les confirmó también —plenamente y a varios vecinos— que de plano no era una operación de la guerrilla y que si esta fuera la que estuviera allá (en el Parcelamiento Las Dos Erres), él tendría que hacer algo, porque —les dijo— aquella era parte del territorio bajo su jurisdicción.
- g) Posteriormente a la masacre el jefe del destacamento Carías, pasó a encubrir el hecho delictivo que había tenido lugar en Las Dos Erres. Para ello mintió a los vecinos que se atrevían a acercarse al destacamento y preguntarle por sus familiares. Les decía que los campesinos del parcelamiento simplemente se había retirado del lugar, que la guerrilla se los había llevado.
- h) A partir de esto último organizó el saqueo de Las Dos Erres. El saqueo incluyó la quema de lo que quedó. Además de las razones puramente económicas y de oportunidad: hacerse con los recursos de aquellos pobres campesinos, esto, obviamente, respondía a un plan militar por negar aquellos recursos a las guerrillas, a la vez que —quemando— se encubrían los hechos delictivos cometidos por La Patrulla Kaibil en Las Dos Erres. Con la quema de los ranchos, el parcelamiento dejó de existir en la cartografía nacional.
- i) Pasado el tiempo, ya cuando la gente preguntaba a Carías, al jefe del destacamento, ¿Qué había pasado en Las Dos Erres? este les amenazaba de muerte, les decía que dejarán de preguntar, porque si no les ocurriría lo mismo que les pasó a los parcelarios de

Las Dos Erres. La expresión que usó, fue, siempre en clave metafórica: “[...] si ya [se] habían ido raíz y ramas, las hojas también tenían que irse”.

La masacre ocurrida en aquel parcelamiento fue la única en la historia de Petén, donde la comunidad desapareció por completo de la cartografía nacional. Esta peculiaridad sólo pudo ser posible por la extraordinaria conjunción de ese conjunto de factores que aquí hemos sintetizado.

Excurso: El relato de la masacre. *En palabras de Jacinto García, soldado Kaibil*

A continuación presentamos el relato que de la masacre presentó el soldado Jacinto García, uno de los entrevistados

Cuando estábamos en el cuadro [en formación] llamaron a Rivera para darle instrucciones. A la hora regresó, eran las 10 de la mañana. Entonces dijo: —muy bien: ¡subinstructores vengan para acá!, ya nos sacó, todos los soldados estaban adentro [de uno de los hangares de la Base Aérea Santa Elena]. Entonces dijo: —bueno muchá, fulano va a ser jefe de grupo, tiene que llevar seis soldados; el otro agarra seis; el otro seis; el otro seis. Así nos repartió a cada quien, seis soldados cada uno. —Fulano es el grupo alfa, grupo bravo, grupo de apoyo, nos dividió, cada quien escoge su gente, ahorita mismo vamos a organizar la patrulla: orden de preparatoria. Hay dos órdenes de patrulla: está la orden preparatoria y la orden de ejecución, ya para ejecutar la salida, ahí va ya la orden de salida.

[Con la orden de preparatoria] Ahí se define el tipo de uniforme, de armamento, cuánta munición, cuánta granada, todo eso. Esa es la orden preparatoria. Si el material llegara a faltar, se habla con el jefe de la patrulla: —me hace falta tanta munición, tantas granadas. Entonces él (el jefe de la patrulla) va a hablar con el otro jefe de la zona, para pedirle la munición. Hay que hacer el pedido y firmarlo. Ya el jefe averigua si de veras esa munición se va a ir, para ordenar, firmar y que vayan al almacén a sacar. Entonces ya él viene: —¿qué número de lote de mu-

nición que nos van a dar? todo eso está bien registrado. Uno pide todo lo que hace falta. Si piensa que va a bajar algún barranco, pide cables y guantes; o que vamos a cruzar un río, hay que llevar cable. Son mil cartuchos que usted lleva extras en la mochila, eso se llama tren compañía: —revisen que todos lleven un tren compañía, revisen que todos lleven 2 granadas de mano, revisen que todos los grupos que van a llevar granadas de gas sean de lote reciente. Esa es la orden preparatoria, que nos da el jefe de patrulla a nosotros. Ya nosotros agarramos el grupo de seis soldados y decimos: —van a llevar tanta munición, saquen toda su munición, a contar: que sean mil, tren compañía, mil, mil, ya estuvo. Ya estuvo el tren compañía. Un uniforme extra, aquí está, lo meten a la mochila, ese uniforme va con un nylon encima, para que no se moje; un cepillo de dientes; una pasta dental; un calzoncillo; un par de calcetines; eso es todo lo que van a llevar. Pero dicen: —llevar raciones frías, 2 raciones frías por cada individuo, para 2 días. Entonces ya viene uno y dice: —dos raciones frías. Luego, a revisarles el equipo de combate: dos porta tolvas, una de cada lado donde van dos tolvas activas y la que lleva [...] son cinco. Luego, sus dos cantimploras, que esas dos cantimploras vayan con agua, que llevan sus pastillitas de sal y para desinfectar el agua. Yo les doy una pastilla para cada cantimplora. Entonces dice: —en mi grupo van a ir tres de verde olivo, dos de civil, y dos camuflajeados. Así iba ir la patrulla, esa era la orden que había: de civil, de verde olivo, y de camuflaje. Yo no iba de camuflaje, yo iba de camisa civil. Nosotros íbamos bien así... cómo le dijera yo, más descontrolados, para que la gente no sospechara quienes eran los jefes, y también [para] confundir a la guerrilla. Porque si nosotros íbamos de camuflajeado, con gorrita y todo... para no aparentar quiénes éramos en el grupo, porque si no la guerrilla lo... Toda esa ropa era la que nos mandaban a nosotros del Estado Mayor, lo que servía para entrenamiento.

Como a eso de las 5 de la tarde dieron la orden de patrulla. En el hangar donde estábamos Rivera Martínez dijo: —ponga atención la patrulla: la misión de la Patrulla Kaibil es recuperar 21 fusiles que, en una emboscada en San Diego, la guerrilla se robó. Para comenzar, vamos a entrar a un campamento guerrillero, un campamento rojo. La Patrulla Kaibil es la encargada de entrar a este lugar que se llama Las

Dos Erres, ahí todos son guerrilleros. Según la información de La 2, ahí están los 21 fusiles. Según información de La 2,¹⁵ todo ese grupo son guerrilleros, están bien armados y nos van a esperar: de nosotros depende que regresemos, pídanle a Dios que todo salga bien y regresemos con vida. Vamos a ir con tiro en recamara, preparados, porque nos van a estar esperando.

Como patrulla van a ir de civil, de verde olivo, camuflajeado, con sombrero, con gorras y con todo. Tipo de armamento que llevamos: Galil, M-16, escopeta, lanza granadas, granadas de gas, granadas de mano, además de eso llevamos un tren compañía. Bueno, este lugar, en tal y tal coordenada, a una distancia de tal y tal [...] El teniente Rivera llevaba su mapa. Hay que cubrir una entrada, puede ser que nos estén esperando, con una emboscada, el terreno es plano y fangoso”.

Para que la Patrulla Kaibil se movilice a ese lugar, vamos a necesitar tres camiones civiles enlonados, que son los que nos van a pasar dejando en este lugar, en el entronque de la entrada para Las Dos Erres. Los camiones los fuimos a traer a la terminal de Santa Elena. Camiones que llegan a dejar verduras que eran de por hay de San Marcos, Quiché. A traerlos de una vez, de una vez agarrado y vámonos: —te vas para la base... Pasamos a la gasolinera: —me fulean¹⁶ y ya estuvo. —vas a viajar hasta donde te digamos, y [cuando] ya mires que ya no hay nadie, te van a dar la orden que te safes¹⁷ y ya. Así, tres camiones. Tipo de desembarco: a cinco millas.

Pasamos por el destacamento. En el destacamento habló rapidito el teniente con el que estaba ahí, y ya seguimos.

Como a las tres de la mañana, cuando vamos llegando al punto, el primer camión pone las luces intermitentes. El de atrás sabe que él también tiene que poner esas luces, ya va a 5 millas, a la misma distancia, 100 metros. Así desembarcamos.

Cuando entramos a Las Dos Erres no había nada; no nos recibie-

¹⁵ “La 2” se refiere a la Dirección de Inteligencia del Ejército, identificada en el argot militar como D2.

¹⁶ Fulear: del inglés full, lleno. Anglicismo usado en Centroamérica para referirse al verbo llenar.

¹⁷ Safate: de irse.

ron a balazos como se había dicho. Entramos, ahí no hubo ningún disparo, no había armas. La gente no tenía armas. La Patrulla se dividió en grupos, cada quien se fue. El grupo de seguridad bravo, que viene atrás, cubrió la entrada. Yo pasé de largo. Había un camino que pasaba por la orilla de la aldea, el centro estaba por otro lado. Yo pasé por todo ese camino, y me vine a quedar en la salida. Yo distribuí a mi gente, tapando esta entrada y salida.

El grupo que iba en el centro, el grupo de asalto, fue a sacar a toda la gente de sus casas: entraron a la aldea y sacaron a toda la gente de sus casas. Reunieron a la gente en la escuela y en la iglesia. Eran unas galeras, tenía sus horcones,¹⁸ lámina encima, unas tablas, donde los niños estudiaban. Pero como los niños eran poquitos, eso era todo lo que tenían. Para sacar a la gente y reunirla, ellos fueron a las casas. Hubo mucha gente que solitos se fueron para la escuela, iba mucha gente solita. Se levantaron de su cama y ya... Los hombres y las mujeres iban para la escuela. Para las 4 de la mañana ya estaba toda la gente concentrada, reunida. Eso fue rápido. No eran muchos en esas casas. Las casas que no se vieron en la noche, donde se dieron cuenta, esa gente entró de día. Esa gente sola vino, se fueron a entregar. Toda esa gente se vino entregar. Por eso se echa de ver que era gente humilde. Mucha gente de las casas que no se hallaron en la noche, llegó temprano, llegaron ya de día, decían: —jefe mírenos, aquí está toda mi familia, ya venimos. —Ah, pasen para allá. Y los dividían. La misma gente llegaba a entregarse, porque decían ellos que era reunión, iban a reunir un mitin o algo iba a ver. Tenían miedo, claro, cómo no van a tener miedo; tenían miedo, pero ellos se mostraban confiados de que era el Ejército, y no les iban hacer ningún daño. ¡Qué!, si fue al contrario.

Había señoras que tenían cuatro, cinco niños, eran familias completas. La razón por la que los dividieron fue porque a los hombres los iban a interrogar. A las mujeres no. A los hombres sí, los iban a interrogar, por eso estaban aparte. Dijeron [el mando de la patrulla] que dependiendo de cómo los recibieran, así iba a actuar la patrulla. Pero

¹⁸ Madero vertical que en las casas rústicas sirve, a modo de columna, para sostener las vigas o los aleros del tejado. *DRAE*.

qué, no hubo ningún balazo, ni nada; quiere decir que nos recibieron bien. Las personas estaban tranquilas, no había inconformidad de que nosotros estuviéramos. Ellos dijeron: —qué bueno que había llegado a visitar el Ejército.

Había muchos señores que así decían: —qué bueno que vino el Ejército a visitarnos y que no sé qué. Desde que nos vieron, por la forma de caminar y la forma del cuerpo, dijeron que éramos soldados.

Nosotros no tuvimos desayuno, hubo ración fría. En el almuerzo hubo comida caliente; mataron gallinas y todo lo que había ahí, comimos... Unas muchachas que estaban ahí prepararon la comida: caldo de gallina, arroz y tortillas.

A las 6 de la mañana me dí cuenta de todo lo que estaba pasando con la patrulla y la gente que habían agarrado, porque cuando ya amaneció yo fui con el jefe de patrulla a pedir, a pedir orden ¿qué órdenes hay, movilización o qué? entonces ya fui, entonces ya me dijo él: —no, a tu puesto, ándate a tu puesto. Vaya, ahí pasé todo el medio día ahí.

A las tres de la tarde yo vi raro que toda la gente ya se estaba yendo. Y dije yo, pues voy averiguar qué está pasando, a ver qué orden hay, porque yo no tengo ninguna orden. Y ya me fui y me fui, encontré un soldado y le dije: —¿dónde están los jefes de patrulla? Allá están, están abajo... Y ya me fui. Y cuando llegué al pozo ya vi... Pero ahí me regañaron los oficiales, me dijeron: —desaparece de aquí, no tenés nada que hacer aquí, no tenés, me dijeron. —Ah bueno, muy bien, le dije yo. Me fui, pero me di cuenta de lo que estaban haciendo. En ese momento me di cuenta yo que era lo que estaba pasando.

En la escuela, desde las 8:00 a las 13:00, uno por uno, a los hombres los empezaron a interrogar. Pero no sabían nada. Se fueron más de algunos, pero nadie dijo nada. Estaba bien cubierto todo eso. La galera estaba bien cubierta. Ahí tenían a todos los hombres y como estaban los soldados alrededor, ninguno se iba. Los iban jalando. Los corrían de aquí a la puerta y, estando de pie, les preguntaban: —¿Usted es guerrillero? ¿dónde está el arma? ¿dónde están las armas? —No, que no sé. —Cómo que no, sos guerrillero, ¿dónde están los fusiles que se robaron? —No, que no sé. Ya después, pasadito de la una, como a las 13:30, después del almuerzo, se los llevaron al pozo [a los hombres]. Los fueron llevando, uno por uno, les dijeron que los iban a vacunar.

El pozo estaba como a 100 metros de la escuela. Había monte, había un caminito entre el monte, los soldados los iban a traer.

Los mismos [soldados] que estaban en la galera iban a dejar a unos, luego regresaban, se quedaba ese, se iba el otro, así estaban. Los soldados se turnaban. No era sólo uno el que estaba jalando, se turnaban: ahorita venía este, se quedaba este aquí y agarraba este y se iba otro, y así. Los que se encargaron de eso fueron los soldados que estaban a cargo de Pop Sun. Ellos fueron los que dieron seguridad allí.

En la orilla del pozo les preguntaban: —¿sos guerrillero? —No. Bueno, ya le pegaban en la cabeza y al pozo. Encargados de ejecutar a toda esa gente estaban los integrantes de la Patrulla Kaibil. Ellos estaban sentados en unas piedras, debajo de un arbolito de guarumo, que estaba como a 3 metros del pozo. Estaban riendo y platicando. Bien me acuerdo de ese arbolito de guarumo. Ellos estaban platicando y riendo, miraban bien las ejecuciones. Los golpeadores se iban turnando, todos ellos estaban ahí, con la almágana.

Pasaba uno, pasaba otro y así lo iban haciendo. Salazar constantemente tiraba granadas de mano (adentro del pozo), y luego con escopeta 12, disparaba. Para que se fueran muriendo los que estaban gritando. Román también estuvo tirando granadas. Esa es una cosa que, en realidad ni se cree, yo hasta la fecha no creo, yo no creo que eso así haiga sido.

Iban caminando y el soldado iba atrás, no iba ni amarrado ni nada. No forcejeaban. Cuando llegaban al pozo ya habían otros dos de los subinstructores, los agarraban uno de cada brazo y lo sentaban, le preguntaban: —sos guerrillero. Y decía: —no. La persona ya no intentaba escapar, porque ya llegaban otros dos y lo agarraban por los brazos. Él se quedaba allí. Y para dónde. Ya lo hincaban y ya está el otro listo, esperando... y ya. Eso fue lo que yo pude ver.

Ellos pedían que no los trataran mal, pero cómo, si ya la orden que había era de desaparecerlos pues ni modo. Ellos se lamentaban a Dios, otros pedían perdón a Dios, otros mentaban madres, otros pedían auxilio. Era un solo relajo que no se atinaba. Se escuchaba, se oían los gritos.

Es un golpe como que si usted le pega a un puerco en la cabeza, por ejemplo. Es un golpe seco y ya, ya estuvo. Es lo único que me re-

cuerdo bien, bien. No hubo vendas, a nadie amarraron. La persona miraba y oía los lamentos en el pozo... Estaban todos vivos. Unos lloraban, gritaban, pedían auxilio, otros mentaban a Dios, —que Dios perdone... se oían los lamentos en el pozo.

Nada más terminando los hombres... Como están las niñas con sus mamaes, de una vez, o sea ya completo todo: Mamaes con niñas, todo de una vez. Cuando empezaron con las mujeres, ya ahí si ya participaron varios del grupo de asalto. Antes de irlas a matar, violaban las mujeres frente a las mamaes. Las mujeres sabían qué era lo que estaba pasando. Yo vi uno [un niño] que uno de los soldados agarró de los pies y lo azotó en la pared del pozo, de ahí lo soltó. Lo agarró de los pies y lo azotó...

Eso llegó como hasta las 6 de la tarde, 5:30. No hay bulla, no hay nada, pues ya toda la gente estaba metida en el pozo. Ya no había nadie, todos estaban en el pozo. De ahí le echaron tierra al pozo, lo taparon, ese pozo todavía lo estaban haciendo, no tenía agua, alrededor estaba toda la tierra, todavía no habían hallado agua.

No hubo cena. A las 6:30 del día 7, y ahí dormimos. El grupo de mando durmió en las casas. Según que ya había terminado todo... Pero temprano, al otro día, apareció otro grupo de gente. Eran como 30, familias completas venían. Venían de unas casas que había adelante, ya ni me recuerdo que lugar dijeron que era. Llegaron a hacerse presentes. Entonces, ya se metieron, los registraron, los investigaron, vieron bien quienes eran y todo. Primero los interrogaron y los fueron a dejar en una montaña que esta enfrente, esos fueron fusilados. Les dieron una descarga, ahí los mataron a todos. Todos esos los fueron a matar como a eso de las 11:00 o 12:00, algo así. Fueron los mismos, el grupo de asalto; ellos eran los encargados de ejecutar todo, los instructores y los soldados, todo el grupo ese. Esa era la misión de ellos.

Cuando regresó esa gente que andaba matando toda esa gente, entonces salieron y dijo Rivera Martínez: —bueno patrulla: de pie, vámonos. De las 2 de la tarde para las 5, caminamos en la montaña, ya ahí, bueno, aquí vamos acampar y ya, ahí acampamos. A las 5 de la tarde del día 8, cenamos. No sabíamos que rumbo llevábamos. Ahí íbamos nada más para desalojar el lugar ese, o sea que ahí no había nada, no había... Orden sí había, porque la patrulla iba nor-

mal, pero la orden que nosotros llevábamos como patrulla ya había terminado.

Salimos de San Diego, cobramos [el salario, quincenal, de la nómina del presupuesto del Ministerio de la Defensa Nacional] en [el Destacamento Militar de] San Diego. Luego, nos metimos a la montaña otra vez, a salir hasta Bhetel. Caminamos a pie 52 kilómetros, hasta dónde nos encontramos con los helicópteros, el 28 de diciembre.

Yo sentí miedo, porque dije yo: —van a investigar esto, algo tiene que pasar. Lllaman a los oficiales y nosotros ¿qué? pensé yo. Pero por parte del Ejército, no por parte de otra gente, por parte del Ejército. Pero bueno, ¿qué le pueden hacer al Ejército? pues nada, eso fue lo que yo dije. ¡Ah! ya estuvo.

9. ¿QUIÉNES FUERON LOS PERPETRADORES DEL GENOCIDIO GUATEMALTECO? A MANERA DE CONCLUSIÓN

A lo largo de la década de 1970, la sociedad guatemalteca no quería ir a una guerra, mucho menos a una guerra que terminara en la comisión de actos de genocidio contra los pueblos indígenas. Una acumulación en el tiempo de una serie de factores fue la que hizo posible aquel hecho. En este trabajo he intentado explicar los factores que nos llevaron hasta allí y la manera como se fueron entrelazando de forma cada vez más perversa.

El estudio se enfoca en explicar cómo se fueron construyendo los perpetradores del genocidio guatemalteco con base en tres determinantes que, tomados en conjunto, son capaces de hacer desembocar a un país en un genocidio: se explica, con el detalle al que permitieron llegar las fuentes, cómo la organización militar, el adoctrinamiento y el desarrollo de la guerra tuvieron un papel central en este proceso. El estudio permite ver cómo el Ejército de Guatemala pasó de la contrainsurgencia al genocidio al final del segundo ciclo de la guerra de guerrillas (1972-1982).

EL USO DE LA TEORÍA Y LA ESTRATEGIA DEL CASO

Para analizar este caso, se ha empleado lo que Skocpol y Somers llaman demostración paralela de teoría (1980: 176-178) o cómo la teoría se demuestra con el análisis de un caso. El esquema analítico me ha permitido mantener las relaciones entre lo micro —una masacre perpetrada contra una aldea por una unidad militar— el contexto na-

cional y el gran escenario de la guerra fría en Centroamérica. El estudio intensivo, de un caso en profundidad, me llevó de las selvas del Petén a los grandes procesos que dieron forma al genocidio. El esquema reúne un conjunto de factores que constituyen una explicación. El trabajo explica de qué forma estos factores se fueron entrelazando a lo largo del tiempo ¿cómo funcionan las relaciones entre ellos?

¿Qué papel tuvo el caso de la masacre ocurrida en Las Dos Erres en el esquema analítico que se ha presentado? El caso, aquel trágico evento, me permitió rastrear a sus perpetradores, lo que me llevó a conocer la organización militar, adentrarme en el adoctrinamiento y plantearme el desarrollo de la guerra. A pesar de que el caso no se halla en la región donde tuvo lugar el genocidio principal, este evento de genocidio observado de cerca representa la puerta de entrada para configurar una cadena de elementos y factores causales. A través de la vida de los entrevistados, soldados y oficiales ubicados en diversos escalones de la cadena de mando en aquel momento de la historia, 1981-1982, el estudio nos ha permitido penetrar en la historia profunda de la guerra. Cada fragmento seleccionado y colocado en la narrativa representa, al mismo tiempo, la identidad individual e íntima de individuos y la consciencia colectiva de toda una generación de guatemaltecos que se vieron atrapados en medio de una guerra.

¿Pero cuál es el caso? En realidad, la masacre ocurrida en Las Dos Erres está engarzada al gran escenario de la guerra fría a nivel regional, y especialmente a los procesos nacionales que dieron forma al genocidio. Aquí se emplea la estrategia del caso único como punto de partida. Sin embargo, el esquema analítico hace que el caso no sea un estudio de caso aislado, en lo micro: “La unidad del espacio es sólo desorden”, afirmaba M. Bloch, a lo que proponía que: “sólo la unidad del problema marca un centro” (1934: 81) (Skocpol y Somers, 1980: 194). El caso constituye un nivel de conocimiento intermedio entre la evidencia y el esquema analítico. Los lugares de observación están determinados por el esquema analítico (lugares de explicación), y no se limitan en estricto sentido al caso. El caso fue desbordado. Sólo debía ser punto de partida.¹

¹ Quien elabora esta distinción entre unidades de observación y unidades de análisis es Ch. Ragin (1987: 7-12).

Pero a pesar de que el caso permite tener una mirada desde abajo y desde lo concreto de la historia de lo que en Guatemala ocurrió, el caso —aquella masacre— no es representativa de lo que en otras zonas de Guatemala ocurrió.² Esta afirmación se basa en dos argumentos:

- a) *El carácter del territorio para la estrategia militar.* Las Dos Erres no formó parte de la ofensiva militar sobre el altiplano central y nor-occidental, a lo largo de 1981 y 1982, donde actuaron las fuerzas de tarea, región en la que se concentra la mayor cantidad de masacres. Más bien, la de Las Dos Erres fue una masacre aislada, organizada como una operación de castigo, en represalia de un encuentro armado que tuvo lugar en las cercanías. En el momento más álgido de la guerra, Petén no fue un área prioritaria en términos estrictamente militares.
- b) *El grupo social víctima.* Tampoco se trató de una comunidad indígena, un pueblo de indios, como los del altiplano central y nor-occidental, donde se concentró el mayor número de masacres. Esta era el área de concentración de campesinos que combinaban un doble carácter: el minifundio para el consumo, y la venta de fuerza de trabajo, como proletarios rurales, en las plantaciones de la costa sur. Las Dos Erres era un parcelamiento de reciente formación, que fue parte del más amplio proceso de poblamiento del Petén. Era una comunidad de ladinos, migrantes, originarios de distintas áreas del territorio guatemalteco, campesinos.

Por estas razones, el carácter del territorio para la estrategia militar y el grupo social que fue víctima, el caso de la masacre de Las Dos Erres no es un caso representativo del genocidio guatemalteco. Pero sí es un caso paradigmático. ¿Qué le otorga ese carácter? Cinco argumentos:

- a) Es, hasta ahora, el único evento de su tipo —una masacre ru-

² Acerca de los estudios de caso con un número pequeño o un caso único, véase Flyvbjerg, 2004 y Rueschemeyer, 2003. Para un análisis más detallado del uso de los estudios de caso en el análisis sociológico e histórico véase Ragin y Becker, 1992.

ral— en la historia del genocidio guatemalteco en el que el vínculo entre los hechos y sus autores inmediatos, pertenecientes al Ejército de Guatemala, se halla determinado en primera instancia.³

- b) Las condición social de las víctimas que, si bien es cierto no pueden describirse como parte de un grupo étnico o lingüístico, eran, al igual que muchas de las comunidades del altiplano central y nor-occidental, población civil no combatiente. A pesar de que se hallaban en medio de territorios en los que tenían lugar encuentros armados, no eran —en estricto sentido— hombres en armas contra el Estado.
- c) Los victimarios constituyen un caso extremo de perpetrador. No se trata de soldados comunes y corrientes. Por la formación, como fuerzas especiales, ellos eran los formadores de los formadores en tácticas de contraguerrilla. Además, aunque ésta fue una afirmación que no encontró constatación en las fuentes orales, puede sospecharse —con razonable certeza— que esta unidad tomó parte en otros eventos de masacre.
- d) Sus perpetradores fueron el eje principal del proceso de kaibilización del Ejército guatemalteco que, como vimos, constituye un proceso de primer orden para explicar el genocidio.
- e) La forma operacional con la que la masacre fue ejecutada por los perpetradores ejemplifica la forma operacional del Ejército en otros eventos de masacre. La selección del objetivo, la minuciosa planificación previa, la preparación de los perpetradores, la forma operativa de llegar al poblado y reunir a los vecinos, separarlos, por sexo y edad, interrogarlos de forma rápida para reunir la información que se pudiera y asesinarlos a todos, el patrón de impunidad y silencio, la división y la especialización del trabajo en la masacre, no constituyen elementos extraordinarios, sino

³ El otro evento en el que la relación entre el hecho y sus perpetradores es establecida es la masacre de Río Negro, Rabinal, Baja Verapaz, que fue ejecutada por patrulleros civiles. Pero una cosa es que el vínculo entre los hechos de muerte y sus autores esté determinado, y otra muy distinta que estos autores se hallen en condiciones de dar entrevistas para una investigación en el ámbito de las ciencias sociales.

que representan un patrón común, con otras masacres. Contar con una descripción del evento narrada desde el punto de vista de los perpetradores, constituye una pieza excepcional. En la historia del genocidio guatemalteco, se cuenta con testimonios de este tipo de eventos, pero desde la perspectiva de los sobrevivientes, personas que lograron escapar de aquel momento.

Además de estas razones para constatar que éste es un caso paradigmático, el esquema de análisis que aquí he desplegado tuvo como punto de partida la información de este caso. No podría haber sido de otra manera, puesto que el esquema de análisis demanda de muchas miradas que, desde dentro de la institución, den cuenta de varios procesos. La selección del caso, que estuvo orientada hacia la información que del mismo se podía extraer, se basó en el criterio de un caso crítico, o “un caso con importancia estratégica para el problema en general” (Flybvjerg, 2004: 46-47). En la selección del caso se combinaron el conocimiento del tema y la intuición, esto que Heidegger llamaba “la brillantez de los casos paradigmáticos”.⁴

El caso me llevó a los Kaibiles, una de las dos fuerzas especiales del Ejército de Guatemala. Indagar en torno a los Kaibiles supuso, para mí, adentrarme en una temática que yo pensaba conocer. Hacia finales de 1974, el Ejército decidió crear una escuela donde sus fuerzas especiales pudieran formarse. En aquel momento, el alto mando militar no tenía la perspectiva que una guerra de guerrillas era posible en el mediano plazo. La historia se encargó de desmentir los supuestos de los planificadores militares. Para aquel momento, en sigilo, dos grupos guerrilleros se hallaban en un lento proceso de implantación. En 1979, cuando cayó Somoza y la guerra se intensificó en Guatemala, el alto mando castrense se encontró con aquel recurso que había decidido crear antes del inicio de la guerra. Y ese recurso, así creado, iba a ser fundamental. Hasta ahora se creía que las fuerzas especiales Kaibil fueron un pequeño grupo de soldados y oficiales, quienes al momento de la guerra actuaron de manera dispersa como líderes de pequeñas unida-

⁴ Esta referencia se basa en una entrevista entre B. Flybvjerg y Hubert Dreyfus. Véase Flybvjerg, 2004.

des dentro de la institución militar. En este estudio hemos confirmado que el aporte más importante a la guerra de aquella unidad militar fue que los Kaibiles kaibilizaron al Ejército de Guatemala, preparándolo para el salto de la guerra de contrainsurgencia al genocidio. El espíritu Kaibil no sólo se ubicó en esas pequeñas unidades, sino que se diseminó por toda la institución militar. Hasta ahora, se tenía registro de los Kaibiles por ciertas escenas de especial crueldad, pero se creía que en 1981 y 1982 aquellos representaban un pequeñísimo porcentaje de las tropas. No había un registro del proceso de kaibilización.

Del trabajo con los entrevistados emergió este proceso de kaibilización, como se explica en el estudio. Considero que esta es una pieza fundamental para entender la manera como el Ejército se preparó para llevar adelante una campaña de contrainsurgencia durante la cual se cometieron actos de genocidio. En la decisión de diseminar el curso se hallaba —conjeturo— este propósito. Pero en la decisión de cerrar el curso y conformar la patrulla, también hubo una decisión de emplear a esta unidad como una fuerza especializada en el combate, pero también en el asesinato. Puede suponerse —con razonable certeza— que la Patrulla Kaibil fue parte de los “destazadores”, los perpetradores, los victimarios, en otros eventos de masacre que, como parte del genocidio, ocurrieron en aquel momento de la historia de Guatemala.

Finalmente, la masacre de Las Dos Erres me llevó a Petén: a su descripción social y territorial ¿qué fue Petén para Guatemala en aquel momento de la guerra de guerrillas? Sólo es posible situar en su contexto la masacre de Las Dos Erres, cuando entendemos el desarrollo militar de la organización guerrillera, las Fuerzas Armadas Rebeldes, en la zona. El fin de las guerrillas de los años sesentas, *la chicletería*, los xateros, el petróleo, la producción de maíz, la ganadería, la explotación maderera, el proceso de colonización, las cooperativas, la Iglesia católica, los catequistas, la condiciones del crédito agrícola, la revolución sandinista, las patrullas de autodefensa civil, dibujan un cuadro con muchos colores, lo que hace que la masacre pueda ser presentada como un momento en el contexto de la región. Las familias, que con grandes esfuerzos e ilusiones lograron arrancarle a la selva un pedazo de tierra para vivir, nunca se imaginaron que tras la llegada de ellos, muchos factores iban a ir coincidiendo —algunos de carácter

accidental— para terminar colocándolos, en el segundo semestre de 1982, en el borde de la muerte. El 7 de diciembre todo terminó. La aldea no existe más en los mapas oficiales del Instituto Geográfico Nacional. El detalle microhistórico me permitió contar una historia a varias voces: los perpetradores, las víctimas, desde sus familiares y sobrevivientes, y los insurgentes. Aquellas voces se hallan engarzadas a procesos económicos, sociales y políticos, de los que aquí se da cuenta.

Desde la particularidad del caso —la Masacre en Las Dos Erres— es posible extraer lecciones acerca de lo que sucedió en el genocidio guatemalteco. Pero ¿puede este argumento —la combinación de organización, ideología y desarrollo de la guerra— arrojar luz sobre la manera cómo ocurrieron otros genocidios? “Las generalizaciones bien fundadas se asemejan a una carta en gran escala de un extenso territorio, como la que utilizaría un piloto de avión al atravesar un continente”, decía Moore (1966: 7). Como advierten Skocpol y Somers, aquel mapa, probablemente no sea el mejor para sobrevolar otros territorios (1980: 195-196). Considero que la generalización debe entender la condición histórica como mediación y como premisa de investigación. Llevar organización, adoctrinamiento y desarrollo de la guerra a otros contextos para dar cuenta de otros genocidios o de otras masacres sí puede resultar útil, pero a condición de entender y estar abiertos a captar la singularidad histórica de cada caso en el que el esquema pueda ser aplicado.

EL ESQUEMA ANALÍTICO: LA CONSTRUCCIÓN DE LOS PERPETRADORES DE GENOCIDIO

La organización militar, el adoctrinamiento y el desarrollo de la guerra son tres categorías con las cuales he intentado dar respuesta a la interrogante ¿Cuáles fueron los mecanismos y procesos causales que explican el origen, la trayectoria y el desenlace de lo que he llamado la barbarización de las tropas del Ejército de Guatemala durante el segundo ciclo de la guerra de contrainsurgencia (1972-1982)? Desde estas tres categorías he logrado penetrar —desde abajo y hasta adentro— en la institución que llevó a cabo el genocidio.

Organización

El Ejército de aquel entonces era una organización compleja que alimentaba sus filas mediante un reclutamiento militar mayoritariamente forzoso. Este es el punto de partida del proceso que transforma a un joven ciudadano, primero en recluta, y después en soldado.

Como instituciones totales, en el sentido dado por I. Goffman (1961), los ejércitos invaden la privacidad de las personas, reduciendo al máximo los márgenes de decisión personal. Son parte de esta institución total el encierro, las formas de control del tiempo, las modalidades de instrucción y formación, la prohibición del uso de idiomas indígenas, la rígida rutinización de la vida, la jerarquización de las relaciones, la organización de grandes rituales, las formas de castigo, el disciplinamiento permanente, y la exigencia de limpieza. Con todo ello, se realiza una transformación: o los jóvenes se convierten a la institución, y son finalmente encuadrados en ésta, o tienen que desertar.

El primer proceso, el de encuadramiento, tiene lugar en el pelotón, la unidad dentro de la cual el soldado pasa los 27 meses restantes de su servicio militar tras haber pasado por el curso inicial de tres meses. Aquí, la desertión funciona como mecanismo para hacer eficiente la maquinaria militar, al eliminar de forma natural aquellos que podían luego crear problemas en el interior de la institución. En medio de aquellos extremos —el proceso de encuadramiento o la desertión— se encuentra un cierto margen para la resistencia y el intercambio.

La resistencia aparecía a través de pequeñas rendijas, en los espacios vinculados a la religión, el deporte y el trabajo. Eran éstas otras rutinas las que —a pesar que estaban integradas— quebrantaban la rutina del cuartel. La resistencia emergía en breves momentos, en los que los reclutas podían —entre ellos— criticar, “murmurar”, en la jerga militar. Por su parte, el intercambio operaba a un nivel más personal, con los lazos de compañerismo, el incentivo salarial, las posibilidades de educación, el ejercicio de poder sobre otros, los ascensos a través de la carrera.

Al cabo de tres meses el curso para los reclutas concluía. Era entonces cuando los nuevos soldados eran asignados a los pelotones. En esta distribución no mediaba criterio étnico alguno, a manera de decir: este pelotón estará constituido exclusivamente por reclutas de determinado

grupo étnico, que eventualmente podría ser llevado a áreas de operaciones —donde podrían cometerse masacres— en territorios donde prevalecía otro grupo étnico. De esa forma, los pelotones —constituidos al más puro azar— resultaban siendo muy heterogéneos. Con este criterio fueron constituidos los pelotones del genocidio.

Ya en el pelotón daba inicio otro proceso de instrucción. Éste estaba más relacionado con las operaciones concretas en el terreno. Además, este proceso estaba a cargo de quien acompañaría al soldado en las operaciones: el subteneinte, su comandante. Éste era el eslabón entre la tropa —mayoritariamente indígena— y el mando militar —mayoritariamente ladino.

Desde el análisis del Ejército como organización militar es posible captar el espíritu de cuerpo, el compañerismo, el sacrificio, la lealtad, la amistad, y la cadena de obligaciones morales que unen a los soldados en los pelotones. Estas características están en la base del grupo primario, columna vertebral de toda institución militar. A pesar del número y del porcentaje de las bajas militares, especialmente durante el año 1982, los grupos primarios que se habían forjado dentro de los pelotones militares en ningún momento de la guerra fueron destruidos.⁵

Adoctrinamiento

Aquellos jóvenes que perpetraron el genocidio no sólo se hallaban encuadrados en los pelotones; también se les inculcaban ideas. La disciplina de combate se forjaba mediante el castigo y/o el convencimiento moral. El adoctrinamiento tenía un papel fundamental. En él se hallan condensaciones de rasgos culturales de larga historia, como el inveterado racismo, presente en la sociedad guatemalteca desde la conquista. De esto mismo también forman parte las ideas del anticomunismo, las que emergieron con mucha fuerza en 1954, cuando la contrarrevolución. Unido a ello se encuentra una particular codificación ideológica de carácter nacionalista, conservador. Algunas ideas de la teología católica —en clave conservado-

⁵ La idea del grupo primario es tomada de Schils y Janowitz (1948).

ra— también forman parte de aquel discurso ideológico. Se trata de la defensa de la fe frente al carácter ateo que se le adscribe al adversario. Finalmente, la doctrina de seguridad nacional aporta razones para legitimar el empleo de la violencia contra los adversarios políticos. En el adoctrinamiento hacia las tropas hay mucho de viejo, pero también hay cosas nuevas. Lo viejo, es el racismo, el anti-comunismo, el nacionalismo conservador, la teología católica. Lo nuevo fue que el comunista de antaño se transformó en guerrilla y que quienes tenían una relación global con los rebeldes eran precisamente los pueblos de indios. Con el adoctrinamiento, se produce en las tropas una transformación de los oficiales y los soldados en militantes y fanáticos anticomunistas.

No obstante, esta parte del estudio no logró recolectar las fuentes necesarias. Fue muy difícil hacer que, en las entrevistas con los soldados y los oficiales, ellos trajeran a su memoria piezas de aquel proceso de adoctrinamiento. Los trabajos con la memoria tienen sus límites. Aquí fue imposible, dadas las condiciones que todavía atraviesa Guatemala, acceder al archivo del Departamento de Información y Divulgación del Ejército. Esto hubiera permitido el abordaje a fondo de los temas que aquí llegaron a plantearse. Cuando las condiciones lo permitan, seguramente podrá hacerse un exhaustivo balance de las formas de propaganda del Ejército en medio de aquella guerra. Estoy seguro que el esquema de análisis con el que esta parte se abordó, esto es, el análisis de los medios —radiales, televisivos, escritos y la palabra hablada— y sus contenidos, será una excelente guía para nuevas, y más fructíferas aproximaciones.

En definitiva, los supuestos de inteligencia militar terminaron indicando que una gran parte de los indígenas del altiplano occidental habían sido engañados por el Ejército Guerrillero de los Pobres. En palabras del soldado Martín Ramírez: “La mayoría de gente civil que murió fueron naturales, puros indígenas. Toda esta gente murió porque la guerrilla los engañaba. A estos indígenas la guerrilla los engañó”.

Para el alto mando de la institución, en su calidad de inferiores, los indígenas habían sido engañados. Así, era preciso “reconquistar sus corazones y sus mentes”. Pero ¿cómo podía ser esto posible? tratán-

dose de una institución cuya mayoría de tropa —como vimos— era también indígena: mediante el establecimiento de una diferencia. Ser indígena dentro de la institución armada era una ficción totalmente diferente de ser indígena “en términos generales”; peor aún, aquellos que eran indígenas y que supuestamente apoyaban a la insurgencia. La distinción, un elemento clave en la construcción de la voluntad de matar a otros, se construyó sobre bases ideológicas. Se trataba de los indígenas buenos, leales a la nación, en contra de los indígenas engañados, traidores, comprometidos con el gran mal: la subversión. Contra ellos, todo debía ser posible. Entre el adversario y el “nosotros”, construido por el Ejército, no existió una distinción racial o étnica, sino profundamente ideológica. De esa forma, había un indígena bueno, aquel que tomó partido por el Ejército y un indígena malo, que había sido engañado por las guerrillas.

El racismo “facilitó” la ejecución de aquellas operaciones militares que sometieron la rebelión. El enemigo de ancestrales batallas, el “vasallo libre de la corona”, del siglo xvi, “inferior por cuestión de naturaleza”, oculto tras el sincretismo religioso, los idiomas, la vestimenta, las formas de organización comunitaria, los motines, los levantamientos, las rebeliones. Se trata de “los mismos” que habían osado despojar a los señores de la tierra de sus grandes propiedades con la reforma agraria de 1952, organizado en Comités Agrarios Locales. Ahora, en el último tercio del siglo veinte el indio portaba armas de fuego, articulaba un discurso público contestatario y se enroló en organizaciones político militares. Éste había forjado a lo largo de varias décadas una identidad étnica y política concreta, desechando la ruta de la incipiente burguesía indígena (años setenta) de integrarse a los partidos políticos de la derecha (Arias, 1990). ¿Cuándo, si no en aquel momento, el miedo ladino de ver bajar a los indios de las montañas para matarlos cobró mayor sentido? (Gleijeses, 1991). Instalado en los perpetradores de genocidio el miedo sirvió como racionalidad del terror. Para ellos, la situación era percibida como sumamente “peligrosa”, y en ello radica la relativa facilidad con la que el terror se deslizó por la sociedad hasta llegar a los cuerpos de las víctimas. El indígena estaba fuera del universo de obligaciones morales de los victimarios, lo que hizo menos problemática su eliminación. El indio, además de

serlo, hacia 1954, con la reforma agraria y la revolución, se transformó —para el pensamiento conservador— en comunista; y, hacia la década de 1970, quería tomar el poder por medio de las armas. Así, el nuevo grupo al que era preciso llevar al límite se traslapó con el enemigo de ancestrales batallas.

El racismo en los mandos construyó entre los soldados, jóvenes indígenas, y sus víctimas, también indígenas, esa distinción necesaria y radical: los indígenas, que se habían dejado engañar por la subversión, debían morir. La transformación en su manera de percibir la realidad, a propósito del racismo se condensa y es expuesta en este párrafo por el soldado Martín Ramírez: “Uno mismo, siendo indio, le dice indio a otro indio”. Esto forma parte de un trato que viene de los oficiales, los eslabones (ladinos), que hacen funcionar a la gran masa (indígena) de tropas: “así es como uno lo mira de los oficiales: que aquel es indio, que aquel otro es indio, que indio aquí, que indio allá; se va haciendo una palabra común, como un virus, se va metiendo, metiendo y metiendo”, continúa diciendo Ramírez. Así, concluye: “Hasta el peor indio lo trata de indio a uno. Es una frase que le da risa a uno, porque dice uno: ¿por qué este me está tratando de indio y hasta es más indio que yo?”

El soldado Federico Cristales recuerda cuando, conversando con un oficial, le preguntó: “—¿por qué no aceptan indios en la Escuela Politécnica?”. La respuesta permite entender el tipo de racismo que, en aquel momento, se hallaba concentrado en la oficialidad militar: “—Si algún día vas a la Escuela Politécnica mirá las listas en los tableros. Ahí no vas a encontrar apellidos como Pirir, apellidos de indios no vas a hallar. Allí sólo Prera, Mazariegos... Da vergüenza que en tu salón de clases, aparezca un apellido Popsoc. Con apellidos indios se desgracia la raza. Por eso allí sólo hay buenos apellidos”. El soldado comenta al final que: “ahí fue donde yo me di cuenta que ya los oficiales traen eso de la Escuela. En la Escuela les meten en la cabeza que están estudiando para ser oficiales de clase, no indios, puros ladinos”. Otro ejemplo de la forma profunda y amplia en que el racismo se hallaba diseminado por la institución armada lo presenta el soldado Rocaél López: “Había un subteniente. Ese señor sólo de indio, sólo de indio [...] Él le decía a un soldado: —ah, mira, que

tal y tal cosa. El soldado le decía: —repítame mi subteniente, que no escuche. Él oficial le decía: —Indio asqueroso, te dije que hagas esto”. Rocael López concluye: “todos los oficiales son así: sólo de indio [...] Que indio asqueroso, que indio abusivo, que el indio, sino es burro, es abusivo. Así nos trataban”. El sargento Julio Roca, Brigada de Compañía, es decir, secretario de la unidad, aquél que, como ya vimos, supervisa la comida, presenta oficios, providencias, las nóminas de pago, solicitudes del personal para llenar vacantes, ascensos, como él mismo lo describe, en fin, no un recluta, ni un soldado cualquiera, afirma que “la palabra indio nunca se les quita a los oficiales. Ellos esa palabra la traen metida en la cabeza, para tratar de indio al soldado”.

Para que no tuvieran que morir todos, muchos indígenas tenían que morir. Así lo entendían los soldados que —salvadas las distinciones étnicas— se lanzaban contra sus iguales. A los soldados les trastocaban radicalmente los elementos básicos de su identidad. Como ejemplo, el soldado Federico Cristales comenta: “La cabecera es San Cristóbal Verapaz, ahí todos son Poqomchíes, todo lo que es San Cristóbal Verapaz. Nosotros, mi papá, mi familia, no hablábamos ningún dialecto. Yo pienso que soy ladino, porque no se ningún dialecto. Pero en la cuestión de sangre, pertenezco a la sangre indígena. Porque todo San Cristóbal Verapaz es indígena”.

El Presidente de Guatemala entre 1978 y marzo de 1982, Fernando Romeo Lucas García explotó con habilidad el discurso indigenista, al llamarse públicamente, durante la campaña electoral de 1978, “El indio Lucas”. Originarios de San Juan Chamelco, Alta Verapaz, junto a su hermano, el jefe del Estado Mayor, aprendieron a hablar Quekchí. Su discurso inaugural lo hizo —en gran parte— en ese idioma. Su familia se dedicaba a la crianza de ganado y a la producción de café para la exportación.⁶

⁶ La línea materna de la familia Lucas García tenía vínculos con el general Miguel García Granados, líder de la revolución liberal de 1871. Para más detalles sobre esto punto, véase Department of Defense, “Colonel Fernando Romeo Lucas Garcia, Confidential, Biographic Sketch”, Department of Defense, United States, June 28, 1973, 1 p. (NSA: Collection: Guatemala and the U.S. GU00479).

La identidad étnica había sido desplazada por una identidad más poderosa, por lo útil que les resultaba para sobrevivir: la identidad ideológica. Antes que indígenas, aquellos jóvenes eran soldados del ejército. No importaba si detrás de las montañas, el enemigo era más parecido a ellos, ni si quienes los comandaban eran mayoritariamente ladinos. Los chivos expiatorios debían ser inmolados para que los otros siguieran su camino en la tierra.

Al final el adoctrinamiento consolida una creencia: esa población civil estaba colaborando con la guerrilla, y estaba involucrada. De esa forma, la población civil se transformaba en el enemigo, al cual había que combatir. En palabras del oficial Amílcar Rabanales:

Se va convirtiendo en realidad que a la población la han involucrado para ayudar a la guerrilla. Es una población que está atacando, está dispuesta a destruir la vida de los soldados. Ellos [los soldados] miran el involucramiento de población civil en actividades. Ellos se convencen que esa población civil está colaborando y está involucrada con la guerrilla y que, por tanto, es un atentado en contra del país.

De esa forma, la población civil se transforma, como indica el oficial Rabanales: “la población civil se convierte en el enemigo, al cual hay que combatir”. En esa convicción se hallan las razones acerca del por qué de la respuesta violenta de los soldados, como lo indica el oficial Rabanales:

Ahí está —entiendo yo— el por qué de la respuesta de estos soldados. Yo vi a galonistas —tropa joven 23, 22 años— con una decisión de combatir y de atacar, y de ver a la población civil como un enemigo, porque está colaborando con la guerrilla y, por lo tanto, está en contra de los miembros del Ejército y del país. Entonces, ahí es donde se va desarrollando todo esto y ahí es en donde —creo yo— se va dando todo el proceso para que jóvenes [...].

Las vías de comunicación colocan a estas porciones del territorio en lugares casi inaccesibles. Con la prensa bajo control, lo que en aquellas áreas sucediera supuestamente nunca llegaría a conocerse. El ofi-

cial Amílcar Rabanales lo explica de esta forma: “el área que escoge el EGP (el altiplano noroccidental) es mucho más complicada geográficamente, con menos vías de comunicación, lugares completamente aislados, sólo se podía entrar por tierra, pero a pie, no por vehículo. Hay ausencia casi total del Estado y de medios de comunicación”.⁷ Al final resume el peso de este factor, en su relación con otros elementos: “No es sólo la estrategia que utiliza cada una de las fuerzas (insurgentes), sino que la situación geográfica y de medios de comunicación es algo que propicia, creo yo, una reacción más violenta del Ejército”. Como en otros casos de genocidio contra poblaciones indefensas, cuando los poderosos se hallan en el punto más alto de su control sobre la sociedad, se da la interrogante ¿Quien se va a enterar? Así, sigue el oficial Rabanales: “Se pensó, de parte de los que allí actuaron, que esto no se iba a saber. Iba a pasar desapercibido ¿Quien se va a enterar aquí? Pero tarde o temprano las cosas siempre se saben. Siempre hay testigos, y siempre van a haber personas que van a dar su testimonio”. Así, el oficial Rabanales resume: “Esas dos grandes cosas (las diferencias en la estrategia del EGP y de ORPA; más, la condición geográfica y la cobertura de medios de comunicación), creo que fueron características importantes de por qué se actuó de manera diferente en cada una de esas regiones”.

Finalmente, aquellas apreciaciones se concretaron en órdenes e instrucciones militares precisas. El oficial José Víctor Aguilar expone, con un ejemplo, la forma como aquella convicción de que los indígenas que poblaban aquellos territorios eran los enemigos, se transformó en planificaciones y órdenes militares:

En la Fuerza de Tarea Gumarcaaj, escuché una orientación que le daban a un oficial. En esa orientación, una de las expresiones que yo recuerdo

⁷ En este fragmento el entrevistado hace una comparación entre las características de este territorio, donde se implanta y desarrolla su accionar político militar el EGP y la Bocacosta Suroccidental, donde se halla la ORPA. Sobre esta otra zona, advierte el oficial Rabanales: “Tenemos una parte sur occidental más expuesta a los medios de comunicación: lo que sucede en algún lugar, inmediatamente se va a saber en el municipio o en el departamento, por la geografía, por la composición territorial, por las vías de comunicación y por los medios de comunicación”.

muy claramente fue: —miren, aquí en el mapa, aquí en toda la línea de los Cuchumatanes hacia el norte, todas las poblaciones están con la guerrilla; están colaborando y están involucradas con la guerrilla. Prácticamente, estaban diciendo, y utilizaron el término: —De los Cuchumatanes para el norte, todo lo que se mueve es enemigo. Es decir: cualquiera que esté ahí hay que matarlo.

Otro oficial, Julián Domínguez, comenta, acerca de aquella región que: “Daban la connotación de que esa era un área bajo control del EGP. A partir del Triángulo Ixil al norte, usted peleaba contra todo lo que aparecía ahí. Era muy difícil precisar”.

El adoctrinamiento hace ver cómo la idea de “los indios que se dejaron engañar por las guerrillas” fue cobrando proporciones apocalípticas, y constituyó la base donde se unen todas las líneas de justificación de la respuesta del Estado. Pero esto emergió cuando la organización militar y el adoctrinamiento coincidieron con el desarrollo de la guerra.

Desarrollo de la guerra

El desarrollo de la guerra se ha enfocado aquí desde la perspectiva de los soldados y de los oficiales. Fueron ellos quienes vivieron esta guerra de guerrillas. Desde esta perspectiva, el estudio penetra en el cambio que se opera entre los tiempos de descanso y los tiempos de patrullajes, dentro de las condiciones logísticas. Esto significa el paso de un ejército acuartelado a otro, en condiciones de avituallar a tropas en operaciones de contraguerrilla, especialmente su alimentación, atender a los heridos y convalecientes, trasladar a los muertos en combate, obtener los elementos de información de carácter decisivo en torno al adversario.

En este estudio se hace uso de la idea de tiempo. Desde este enfoque fue posible acercarme a la institución que defendió al Estado. Eventos determinantes, como la ejecución del finquero José Luis Arenas, aceleraron el tiempo de los procesos. En medio de una cierta calma, un evento permite que dé inicio la precipitación de otros, a una acelerada

velocidad, en un corto periodo de tiempo.⁸ Se analizó también cómo los mismos eventos —por ejemplo la revolución sandinista— fueron interpretados de forma diferente por diversos actores. La guerra imprimía un tono emocional que otorgaba sentido a los eventos vividos.

A falta de un estudio que aborde en profundidad el proceso de guerra en Guatemala, aquí me he aproximado a un balance militar de la situación en el momento determinante de la guerra, tal como se ha formulado desde la perspectiva de las fuerzas gubernamentales. Pero esto —este cuadro de situación bélica— no se contrastó con la perspectiva de los rebeldes. Otros estudios se adentrarán en esta temática y nos permitirán hacer un balance que contraste informaciones y percepciones de ambos contendientes. Lo que me interesaba era comprender y explicar cómo el Ejército miraba a su adversario en el momento en que las tropas gubernamentales se preparaban para iniciar el genocidio. Es ésta una pieza fundamental del esquema analítico con el que la investigación se desplegó. Al final he logrado determinar que hubo una serie de hechos de guerra que construyeron un sentido de la realidad militar para el alto mando del Ejército. Estos hechos dieron forma a un clima de información que se propagó en la institución. Este clima de información advertía —de forma radical— la posibilidad real de perder la guerra.

ORGANIZACIÓN, ADOCTRINAMIENTO Y DESARROLLO DE LA GUERRA

¿Cómo interactuaron organización, adoctrinamiento y desarrollo de la guerra? Paulatinamente, las condiciones propias de la organización militar, las necesidades de propaganda y el tipo de guerra transformaron la imagen que se tenía del enemigo. De esa forma, el enemigo ya no fueron sólo los hombres uniformados, equipados, armados y entrenados de las guerrillas. El Ejército arremetió militarmente contra poblaciones enteras, aldeas y caseríos organizados en territorios, habitados por hombres, mujeres, niños y ancianos. Lo que ocurrió fue a la vez continuidad y ruptura. Continuidad, porque el uso de la violencia había estado siempre integrado al ejercicio del poder en Guatemala.

⁸ Sobre el uso del tiempo, me he basado en: Pierson, 2003.

Pero también ruptura, porque el número de víctimas, quienes eran éstas —niños, mujeres y ancianos—, la forma como se instrumentó el terror, los grados de crueldad empleados, los recursos ideológicos, y la amenaza que se contrarrestó, otorgan a aquellos actos un carácter único y singular en el ámbito de América Latina.

La confluencia de estas tres perspectivas —la organización, el adoctrinamiento y el desarrollo de la guerra— posibilita entender la anatomía del Ejército; no del Ejército como institución, sino del Ejército en medio de condiciones de guerra reales, donde la camaradería y el compañerismo se combinan con el deseo de sobrevivir viendo la muerte de otros, lo que incrementa la necesidad del adoctrinamiento. Los tres aspectos —organización, adoctrinamiento y desarrollo de la guerra— se refuerzan mutuamente.

Si la organización militar se analiza por separado, la idea que queda es de unas tropas despolitizadas, preocupadas exclusivamente en su sobrevivencia diaria, en medio de las reglas de camaradería. Aquella visión se hace más compleja cuando analizamos el adoctrinamiento. Cuando a aquella narrativa le sumamos el desarrollo de la guerra, tenemos un cuadro más amplio y acertado de lo que realmente sucedió. La explicación no está en los factores por separado, sino sólo en su combinación en tiempos y espacios determinados. Lo que traté de identificar fueron tres factores que —asociados— eran capaces de brindar una explicación más compleja de lo que en Guatemala ocurrió. Que fuera más allá de la simple necesidad de matar bajo consideraciones militares. ¿Cómo se construyó dicha necesidad? y ¿cómo finalmente funcionó?

FINALMENTE ¿QUIÉNES FUERON LOS PERPETRADORES DE ACTOS DE GENOCIDIO?

¿Qué papel jugaron los militares en aquel régimen político? Desde 1963, los militares se habían colocado como los defensores del orden. Dicha misión, que iba más allá de la tarea de defensa de la soberanía nacional, implicaba ser los moderadores del orden político: construir una fuerza política que en alianzas electorales pudiera constituirse para hacer gobierno a lo largo de dos décadas (1963-1982). A dife-

rencia de otras formas del militarismo, en Guatemala, como en otros países del continente, prevaleció un mandato colegiado. No se trataba de una dictadura militar de carácter unipersonal o familiar, sino de un tutelaje militar del poder político.

En 1981 y 1982, el Ejército no afrontó sólo esta decisiva batalla: contó con el apoyo de las élites económicas que, desde años atrás, sentían la presión de la guerrilla. Ésta sometía a los terratenientes, exigiéndoles dinero a cambio de protección. En aquella época de 1981, el sentido común recomendaba que éstos dejaran abandonadas las casas patronales de las propiedades rurales y se trasladaran a vivir a las cabeceras municipales. Finalmente, más que apoyo, las élites económicas exigieron del Ejército una respuesta. Así lo explica el oficial Salvador García: “Había una exigencia de la iniciativa privada al Presidente de la República. Una presión mucho más fuerte que la que pudo haber ejercido el Ejército sobre el Presidente, vino del empresariado, para hacer algo”, esto recuerda él, era planteado en estos términos: “—y ahora ¿qué va a pasar con nosotros?, ¿qué vamos hacer?, ¿qué va a pasar con Guatemala? ¿qué va a pasar con nuestras propiedades”. La sensación de que la Ciudad Capital estaba siendo rodeada por las fuerzas insurgentes, al estilo de la “ofensiva final” de enero de 1981 en El Salvador, se convirtió en un temor generalizado entre las élites empresariales. El oficial Salvador García comenta que “un sacerdote jesuita [Eduardo Pellecer Faena], que había participado en la organización de los grupos en las áreas marginales de la ciudad y el Quiché, comentó que sólo estaban esperando que se les entregaran las armas y que se anunciara la ofensiva final para actuar. Eso era del conocimiento de las fuerzas armadas y del empresariado”. Al final, termina diciendo el oficial García, el Ejército “solo fue un medio, los favorecidos fueron las élites económicas. Ellos estaban pensando en no perder sus propiedades y salir huyendo del país”.

La matanza tuvo una utilidad en el ámbito de la dominación a nivel macro, pero ello no puede entenderse en el marco de aquella explicación simplista que postula la idea de un ejército que es *brazo ejecutor* de la clase dominante, sino más bien en una compleja trama en la cual ambos —Ejército y clase dominante— se sintieron amenazados por un adversario, lo que les hizo adoptar estrategias de defensa y de ataque, y

que del resultado de éstas cada uno extrajera dividendos. Así, el genocidio no puede deducirse de la dominación burguesa, ni del “interés de clase”. Las élites económicas hicieron uso del orden que la violencia había creado; lo aprovecharon, puesto que ellos también se beneficiaron de la victoria militar sobre las fuerzas insurgentes. La coherencia y el carácter inteligible de la batalla no fueron dados por los “intereses de la clase dominante”, sino por las estrategias mismas de la guerra, las oposiciones, y los recursos que cada parte movilizó o pretendió movilizar. En fin, no es posible analizar el genocidio desde la perspectiva de los perpetradores exclusivamente desde ellos mismos. Se precisa, más bien, entender la lógica de la batalla, la oposición entre una dinámica de acción y una de reacción, y las tácticas y estrategias desplegadas por cada quien en una extensa red de relaciones de poder.

La relación entre élites económicas y el genocidio no se ha explicado aún en forma consistente, como si entre los terratenientes latifundistas de aquellos años y los modernos grupos empresariales del presente hubiera una ruptura radical. En sentido contrario, propongo que las grandes fortunas de los años setenta y ochenta fueron posibles sólo gracias a una coalición entre las élites económicas, los militares y ciertos partidos políticos. Descubrir la forma en que dichas alianzas operaron significa develar el grado de responsabilidad que cada uno tuvo en el asesinato de miles de personas. ¿Qué papel jugó el silencio que guardaron (guardan) las élites respecto de aquellos actos? A pesar de la evidente visibilidad de los dos adversarios en esta contienda de 36 años, los partidos políticos, las instituciones del Estado, las iglesias, la prensa, las organizaciones y los movimientos sociales de diverso tipo, incluyendo a las élites económicas, jugaron un papel en el genocidio. Es éste un supuesto básico del presente estudio. Los actores eran piezas de un orden social. No obstante ello, cada pieza jugó un rol diferente, en donde cabía cierto margen para la toma de decisiones. De este segundo supuesto básico se deriva la responsabilidad de cada cual en el fenómeno bélico. Para llegar a aproximaciones en esa dirección, habrá que esperar al desarrollo de otros estudios que indaguen a fondo en este aspecto de la historia de aquellos años.

El presente estudio demuestra que el genocidio guatemalteco no fue un proceso accidental en el que los soldados actuaron movidos en

desenfreno por las circunstancias aisladas e incoherentes. Como institución burocrática que es, el Ejército planificó la matanza con riguroso detalle. No había lugar para operaciones planificadas en el ámbito de pelotones o compañías; estas unidades forman parte de brigadas, unidades mayores, que se hallan encuadradas de manera precisa y total en el resto de la institución. Lo que sí existió fue lo que se conoce con el nombre de “negación plausible” (“plausible denial”).⁹ Frente a acciones ilegales cometidas en una parte de la cadena de mando, el resto intenta protegerse, ignorando deliberadamente la comisión de tales hechos. Así, los eslabones superiores de la cadena de mando no estaban interesados en recibir informes que incluyeran detalles de ciertos eventos. Para ello se empleaban otras formas de llamar a aquellos hechos de muerte y destrucción. La guerra no fue un apocalipsis más allá del control del alto mando castrense.

Dentro de las argumentaciones que intentan negar la barbarie de aquellos años se habla que existió una relación contradictoria entre los planes al más alto nivel del Ejército y ciertos “excesos” de parte de las tropas en los teatros de operaciones. Matar entonces fue más un accidente que el resultado de un plan general. Se argumenta que los “oficiales de campo” contaban con una gran libertad operacional y táctica. El fragor de la batalla hizo que el exceso se apoderara de los combatientes. También, se dice que el tipo de guerra hacía que no pudiera ponderarse a las poblaciones civiles como tales, debido a la forma organizativa de que la guerrilla se valía, dado que un organizador civil, desarmado, podía ser más valioso que toda una escuadra guerrillera. Pero ¿por qué matar a comunidades enteras en situación de indefensión, quienes muchas veces ni siquiera tenían algún vínculo con los alzados?

La decisión de matar se fundamenta en la certeza de que la orden dada será ejecutada por otros, que creen en aquel momento que es ésa la mejor acción que emprender. Los perpetradores de genocidio hallaron, a la vez que reforzaron o construyeron, un orden en el que la vo-

⁹ La idea de negación plausible fue empleada públicamente por primera vez por Allen Dulles, Director de la Agencia Central de Inteligencia (más conocida como CIA).

luntad de matar encontró partidarios. En éstos, dicha disposición se construyó por los efectos de poder. A este nivel actúan mecanismos, explicaciones, significados, historias, que fueron utilizados, modificados, extendidos y re-significados por la estrategia global de terror. Se trata de ver el genocidio desde sus dos extremos: la planificación central para actuar en forma, lugar y contra determinados blancos; y, aquellos que empeñaron su fuerza, sus odios, sus decisiones en los actos de barbarie. Quienes no vieron y quienes vieron con sus propios ojos la sangre del enemigo ¿Cuáles fueron los vínculos entre ambos extremos, más allá de la perspectiva del *lente de aumento*, que pretende ver en lo micro la derivación de lo macro, homogenizando y opacando sus capacidades explicativas? No es posible explicar la matanza a partir del deseo y de la voluntad del alto mando del cuerpo de oficiales de defender el país. Aquí es donde se ha centrado el grueso de la investigación académica en torno al tema. Se ha tratado de demostrar cómo el alto mando planeó, y bajo qué consideraciones este proceso tuvo lugar.¹⁰ Considero que hubo un conjunto de factores que contribuyeron a que aquella fuera una opción en el plano de la planificación militar. Cuando esa opción fue determinada, con la reunión sostenida en noviembre de 1981, entonces la orden pudo concretarse por parte de los soldados y sus oficiales. Aquí se ha visto al proceso desde abajo. Para responder a la interrogante de cuál fue el Ejército que ejecutó un genocidio, no podemos quedarnos en el ámbito de las élites militares. La única forma de responder a esta interrogante es mediante la cuidadosa reconstrucción histórica de las decisiones y acciones de las fuerzas armadas.

Es preciso recordar el sistema disciplinario que encuadraba a las tropas del Ejército. Este rígido sistema aseguraba que cada quien ejecutara la misión que, conforme a su rango, le era encomendada. En el encuentro armado con el adversario, la disciplina de combate era fundamental. El sentido de obediencia debía ser absoluto. Además, como vimos en el apartado sobre el tema del encuadramiento (capítulo 3), la estructura de mando —en todos los niveles del Ejército— velaba también por el control, para supervisar que las órdenes fueran

¹⁰ Por ejemplo, véase Schirmer, 1999.

ejecutadas conforme habían sido establecidas. Así, antes que producto de acciones irreflexivas al calor de la guerra, la relación de las poblaciones con las guerrillas fue objeto de estudio y reflexión por parte de la institución militar. “Nosotros”, cuenta el soldado Federico Cristales, “estábamos bien enterados de cómo estaba operando la guerrilla”. Cita un caso, recordando las instrucciones que les daban: “—¡Pongan atención! En la aldea tal, de Quiché, la guerrilla puso una emboscada en L, o en Z, dependiendo del terreno, emboscaron tantos camiones, mataron a tantos soldados. Hay una aldea que está aquí cerca [de la emboscada]. Ahí en esa aldea ya sólo mujeres quedaron: todos los hombres son guerrilleros”.

El oficial Julián Domínguez indica que “para determinar cuál era la magnitud del oponente armado, la unidad militar y la base de apoyo” se desarrollaron “seminarios sobre operaciones contrainsurgentes, contrasubversivas”. Su propósito “[...] fue decir: —miren, la población está fija, está convencida y está clara que debe apoyar a la unidad militar [de la guerrilla], o, ¿lo hace por amenazas?, o ¿lo hace porque no tiene a dónde ir?, o ¿lo hacen en defensa de su propia vida?”. Las conclusiones derivadas de estas interrogantes señalaron tres posturas: “(1) los que creían que las comunidades eran una extensión armada del EGP; (2) los que pensaban que las comunidades eran forzadas a apoyar a la guerrilla; (3) para otros, las comunidades se iban a plegar a quién tomara el control de las áreas”. Eso coincidió, afirma el oficial Domínguez con un “informe de la Embajada de Estados Unidos. Ellos hacen una investigación en dos o tres lugares, al norte de Huehuetenango. Llegan a determinar que, cuando la guerrilla no estaba cerca de las comunidades, los pobladores se pasaban del lado del ejército”.

Además de estos seminarios, el Ejército desarrolló un estudio minucioso del adversario. Conforme la guerra iba avanzando, la imagen del adversario que ellos llegaban a tener, también iba modificándose, haciendo acopio de los cambios que las organizaciones guerrilleras desarrollaban. Ello se reflejaba en los elementos de información que modificaban técnicas o tácticas de combate. Esto, al final, se reflejaba en el entrenamiento del soldado. Así lo explica el soldado Martín Ramírez: “Cada vez nos daban otras cosas que teníamos que aprender para enseñarlas. No era lo mismo. Cada curso venía un cambio. A como iba la

guerra, así se iba cambiando. Por ejemplo: las emboscadas, las trampas quitapie, las trampas cazabobos, que la guerrilla venía poniendo". La idea era que "Teníamos que sacar otro entrenamiento superior". Hubo también espacio para reflexiones estratégicas en torno al curso global de la guerra. El oficial Amílcar Rabanales reflexiona al respecto:

Yo me pregunté mucho: si hubiéramos actuado en la forma como nosotros actuamos; de decir, vamos a respetar, vamos a rescatar, ¿hubiera dado los resultados que se querían? o ¿hubo necesidad de llegar a un extremo? La población llegó al máximo del sufrimiento. Si no hubiera habido el desborde que hubo anteriormente ¿qué hubiera pasado? ¿Hubiéramos tenido el mismo éxito en el apoyo a la población, en la aceptación que la población tuvo en aquel momento?.

El oficial ofrece una respuesta:

De lo que sí estoy seguro es que hubiera sido un proceso más largo y más tardado para el Ejército. Ahí es donde uno dice: —el efecto de fuerza fue para que esto terminara rápido. Surtió el propósito, o ¿esto se hubiera podido, si no hay exceso y polarización? Esto hubiera provocado que las cosas fueran más prolongadas. Yo creo que ése hubiera sido el resultado. Hubiéramos tenido una situación mucho más prolongada, con más bajas, no sólo del ejército, sino de la guerrilla y de la población. Hubiera sido algo mucho más prolongado, de eso no tengo la menor duda. No hubiera podido terminarse la ofensiva del ejército, con la Fuerza de Tarea Iximché y la Fuerza de Tarea Gumarcaaj, en dos años. Para 1983 la situación era muy diferente a los años de 1979, 1980, 1981.

¿Quiénes fueron los perpetradores de actos de genocidio? No un quiénes en sentido biográfico, individual y psicológico, sino uno más poderoso, en términos explicativos, que tiene raíces históricas y sociológicas. Desde aquí es posible captar los grandes procesos que atravesaron las vidas de los hombres ordinarios que llevaron adelante la mayor matanza en la historia de la guerra fría en América Latina. Hasta ahora, las explicaciones en torno a este proceso se limitaban a ver a un grupo de élites militares que planificaron la matanza, llevando

a los escalones más bajos —los soldados— por la fuerza a matar a los pobladores desarmados. Aquí, con este estudio se precisan las consideraciones estratégicas a nivel de las élites militares, y la visión que entonces tenían del proceso global de la guerra.

Lo primero fue colocar en tela de duda el sentido común que indicaba que los soldados actuaron por la obligación de las circunstancias, que fueron forzados a hacer algo que no querían. Había que dudar de esta verdad. Se ha descubierto que los soldados para matar no actuaban sólo movidos por la coacción, que lo hacían de forma voluntaria, a través del establecimiento de una relación entre el oficial —subteniente, comandante del pelotón— y unos cuantos soldados, quienes constituían un sólido grupo que se comprometía de manera más directa con la matanza.

De forma lógica, en las matanzas existía una división del trabajo, en donde había unos que se dedicaban a controlar que las personas que iban a morir no escaparan, otros que se encargaban de reunirlos, otros de matarlos. Al interior de los pelotones se fueron construyendo unidades radicalizadas que se encargaban de tomar en sus propias manos las vidas de los que iban a morir en las masacres. Se trata de una relación entre el oficial y sus soldados. En palabras del soldado Mateo Salazar: “Ellos [los oficiales] lo ven con discriminación a uno. Pero si usted es un tipo de los que no se niega a matar a otro, esos son bien queridos con ellos. Entonces, los andan jalando. Que si a este coronel lo cambiaron a tal parte, hay una plaza por ahí”. El soldado Jorge Roldán recuerda cómo: “ellos [los soldados] tienen que demostrar lo que ellos son. Yo considero que estando ahí, los jefes dicen: —ah, pues éste está bueno, éste sí lo hace. Entonces, los soldados quieren darse su importancia, matando. Tienen que demostrar. No se van a negar y decir no puedo. Lo tienen que hacer, porque si no de nada sirven”. Esto es lo que emerge del testimonio del oficial Amílcar Rabanales:

En una situación de estas [masacres] estoy seguro que hubo muchos soldados que no participaron. Sencillamente no participaron. Estaban ahí, pero no dispararon. No fueron partícipes de la situación que estaba sucediendo. Yo le podría decir que, de una unidad, la mayoría no participó en estas situaciones. Fue un grupo más reducido. Dentro de la misma unidad siempre había un grupo más radical. Dentro de los

mismos pelotones, dentro de la misma tropa, se encontraban soldados muy aguerridos, soldados muy violentos, soldados que, incluso, llegaban con uno a decirle: —mire mi oficial, éste de aquí es guerrillero: hay que desaparecerlo. Hubo soldados muy compenetrados con la situación. Con la mentalidad que se les fue desarrollando en la misma guerra, se fueron poniendo muy duros, muy radicales.

Esto mismo lo comenta el soldado Martín Ramírez. Él cuenta cómo se organiza un pelotón en el momento de ejecutar una masacre: “Lo único que varía son los puestos que cada quien va a llevar”. La condición determinante es la especialización: “consideran a cada persona ¿Qué clase de persona es? Si es un tipo que esta preparado para matar a otro a sangre fría, entonces está calificado”. Son éstos los que forman parte del grupo: “A esos los ponen en el grupo que va a llevar a cabo ejecuciones”. Los otros, “Los que no, que saben ellos [los oficiales] que no sirven para eso, a esos los mandan a otros grupos, ya no a grupos donde se va a ejecutar gente ni todo eso, los mandan a otros grupos”. Lo determinante está condensado en la siguiente afirmación: “No fue de que a cualquiera fueran a halar y decirle: —mirá vos, vos vas a matar aquí. No, esos son seleccionados”.

Los soldados y los oficiales de 1981 y 1982 fueron jóvenes de 18 a 20 años mayoritariamente indígenas y analfabetos, mientras que los oficiales eran mayoritariamente ladinos. No había pelotones constituidos mediante consideraciones étnicas, cuya identidad fuera instrumentalizada para atacar a otras etnias. En el genocidio guatemalteco operó prioritariamente una distinción ideológica que identificaba a las víctimas. Esta identificación se combinó con consideraciones territoriales y militares. Sin embargo, no todos estos jóvenes participaron en las ejecuciones, pero quienes lo hicieron actuaron de forma voluntaria.

Es esta una explicación simple y dramática a la vez. Simple, porque era de suponerse que al momento de realizar cualquier operación militar en los pelotones había —casi naturalmente— una división del trabajo. Para el Ejército de Guatemala, en aquel tiempo, las masacres llegaron a ser operaciones militares. También, es de suponerse que la división del trabajo implicaba una cierta especialización: a unos soldados les eran encomendadas unas misiones, en tanto que otros tenían a

su cargo otras tareas. Matar, pero no sólo matar, sino hacerlo de forma cruel en una masacre, era —como es obvio— una misión. La reiteración daba forma a la especialización de las tropas, organizadas en grupos. Pero la explicación también es dramática, porque para llevar adelante los actos de genocidio el alto mando castrense no precisó forzar a estos jóvenes para que actuaran como actuaron. Estos grupos de soldados decidieron libremente que matar con crueldad era lo que debía hacerse. Y actuaron así con poblaciones que tenían más en común con ellos (porque en su mayoría eran indígenas), que aquéllos de los que venían las órdenes (los oficiales, ladinos en su mayoría). Atacaron a sus iguales, cumpliendo órdenes que venían de otros, diferentes.

Guatemala, este pequeño país, dio en aquel momento una lección monstruosa a la historia de la humanidad. Estudiar esta barbarie y tratar de entenderla en toda su complejidad es lo menos que podemos hacer para aprender de lo que entonces nos sucedió como sociedad. El estudio del genocidio guatemalteco sirve para demostrar las rutas que llevaron a él, y así alertar a otros para que —si les es posible— puedan evitarlas. Pero lo aquí dicho no pretende ser definitivo. Otras investigaciones, cuando puedan hacerse, confirmarán o desmentirán los hallazgos a los que aquí se ha arribado. La investigación en torno a esta etapa de la historia de Guatemala sigue abierta.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE ARCHIVO

AHG-CIRMA	Archivo Histórico Guatemala, Fondo Mario Payeras y Yolanda Colom.
AJCLDE/D	Archivo Judicial Caso Las Dos Erres, Documentos, Ciudad de Guatemala.
AJCLDE/T	Archivo Judicial Caso Las Dos Erres, Testimonios, Ciudad de Guatemala.
HNG	Hemeroteca Nacional de Guatemala.
NSA	National Security Archives.

HEMEROTECA NACIONAL DE GUATEMALA

- El Imparcial* (1967a), “Gigantesca obra del FYDEP reconocen ganaderos: Asociación de El Petén se dirigió al Congreso de la Nación”, 31 de mayo, pp. 7. En HNG, Colección General.
- (1967b), “El Presidente del Instituto Nacional de Transformación Agraria, Ing. Leopoldo Sandoval”, 25 de mayo, pp. 7. [Memorial de fecha 24 de mayo de 1967]. En HNG, Colección General.
- (1967c), “Promotor de El Petén opta por hechos a labor cooperativa”, 24 de mayo, pp. 1-4. En HNG, Colección General.
- (1965a), “Distribución racional se estudia ahora. Lineamiento de la política del país en lo agropecuario”, 15 de octubre, pp. 1-8. En HNG, Colección General.
- (1965b), “Graves problemas de la agricultura”, 9 de octubre, pp. 1-8. [La nota de prensa está tomada del memorial que el Consejo Nacional

de Agricultura entregara —en audiencia de 7 de octubre de 1965— al Jefe de Gobierno, Enrique Peralta Azurdia]. En HNG, Colección General. *Impacto* (1965), “El FYDEP en Petén realiza gran labor”, 14 de marzo, pp. 9-10. En HNG, Colección General.

MINISTERIO PÚBLICO DE GUATEMALA

AJCLDE/D, “Solicitud de orden de aprehensión, Memorial del fiscal especial Mario Hilario Leal Barrientos, al Juez de Primera Instancia Penal, de Narcoactividad y Delitos contra el Ambiente, del Departamento de El Petén”, Guatemala, 29 de marzo de 2000 (causa 1316-94).

AJCLDE/D, Barrios Celada a Melgar Valenzuela (29 de agosto de 1997/a), “...el nombre y el historial de los instructores y sub-instructores que estuvieron de alta en la Escuela Kaibil de La Pólvora, Departamento del Petén, en el año 1982...”, Coronel de Brigada Héctor Mario Barrios Celada, Ministro de la Defensa Nacional, a Mynor Alberto Melgar Valenzuela, Fiscal Especial del Ministerio Público para los casos Mack y Dos Erres, Guatemala, 29 de agosto de 1997 (EMMDN, S2-106-97/jsrm) (Referencia a petitorio del Ministerio Público de fecha 26. VIII. 1997).

AJCLDE/D, Barrios Celada a Melgar Valenzuela (29 de agosto de 1997/b), Coronel de Brigada Héctor Mario Barrios Celada, Ministro de la Defensa Nacional, a Mynor Alberto Melgar Valenzuela, Fiscal Especial del Ministerio Público para los casos Mack y Dos Erres, Guatemala, 29 de agosto de 1997 (EMMDN, S2-104-97/jsrm) (Referencia a petitorio del Ministerio Público de fecha 26. VIII. 1997).

AJCLDE/D, Barrios Celada a Melgar Valenzuela (4 de noviembre de 1997), Coronel de Brigada Héctor Mario Barrios Celada, Ministro de la Defensa Nacional, a Mynor Alberto Melgar Valenzuela, Fiscal Especial del Ministerio Público para los casos Mack y Dos Erres, Guatemala, 4 de noviembre de 1997 (EMMDN, S2-189-97/jsrm) (Referencia a petitorio del Ministerio Público de fecha 27. X. 1997).

AJCLDE/D, Balconi Turcios a Eduardo Carrera (24 de septiembre de 1996), General de División Julio Arnoldo Balconi Turcios, Ministro de la Defensa Nacional, a Eduardo Carrera, Fiscal del Ministerio Público, Guatemala,

- la, 24 de septiembre de 1996 (07448, sDN-AJ.cgr) (Referencia a petitorio del Ministerio Público de fecha 26 de junio de 1996).
- AJCLDE/D, Balconi Turcios a Melgar Valenzuela (12 de junio de 1997), General de División Julio Arnoldo Balconi Turcios, Ministro de la Defensa Nacional, a Mynor Alberto Melgar Valenzuela, Fiscal Especial del Ministerio Público para los casos Mack y Dos Erres, Guatemala, 12 de junio de 1997 (No. 3800, sDN.AJ.dkmh) (Referencia a petitorio del Ministerio Público de fecha 4. VI. 1997).
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Telma Guadalupe Aldana Canaan ante las Auxiliares Fiscales Ana Elena Guzmán Loyo y Sara Elizabeth Romero”, Escuintla, Guatemala, 20 de marzo de 2001, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Telma Guadalupe Aldana Canaan”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Cristina Alfaro Mejía ante la Auxiliar Fiscal Angélica María García Monzón”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Desiderio Aquino”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de L. Saúl Arévalo Valle ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de María Esperanza Arreaga ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Carlos Antonio Carías López ante el Fiscal Especial Mynor Melgar y la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Ciudad de Guatemala, 8 de julio de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Miguel Ángel Cristales ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Ciudad Guatemala, 23 de febrero de 1999, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Paula Antonio Falla Sazo ante el Ministerio Público”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.

- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Antonino Franco”, Las Cruces, La Libertad, Petén, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de César Franco Ibáñez, ex Sgto. 2do. Esp. ante el Fiscal Especial Mynor Alberto Melgar Valenzuela”, Flores, Petén, Guatemala, 27 de mayo de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Ampliación de la Declaración Testimonial de César Franco Ibáñez, ex Sgto. 2do. Esp. ante la Fiscal Auxiliar Sara Elizabeth Romero”, Ciudad de Guatemala, 21 de octubre de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de María Elizabeth García Alfaro”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Laura García Godoy ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Lidia García Pérez ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero y el Oficial Lázaro Jeremías López y López”, Cantón Samalá, San Sebastián, Retalhuleu, 16 de julio de 1999, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Catalino González ante la Auxiliar Fiscal Angélica María García Monzón”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Enriqueta González ante Agentes y Auxiliar Fiscal”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 12 de abril de 2000, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Inocencio González ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Inocencio González ante el Fiscal Especial Mynor Melgar y la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 27 de mayo de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Edras González Arreaga ante el Ministerio Público”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Felicita Hernández”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Marcelina Juárez Cardona ante el Agente y la Auxiliar Fiscal”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 11 de abril de 2000.

- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Hilario López Jiménez”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Ramiro López García ante el Juez de Primera Instancia Departamental y el Ministerio Público”, San Benito, Petén, 11 de febrero de 1999, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Testimonio de Ramiro Fernando López García”, 23 de febrero de 1999, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Petronila López Méndez ante la Auxiliar Fiscal Angélica María García Monzón”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Ricardo Martínez González ante la Auxiliar Fiscal Angélica María García Monzón”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Blanca Dina Elizabeth Mayén Ramírez ante la Auxiliar Fiscal Angélica María García Monzón”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Pedro Antonio Montepeque ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Francisca Morales Contreras ante Agentes y Auxiliares Fiscales”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 11 de abril de 2000, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Catalina Ana Pineda ante el Ministerio Público”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 24 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Baldomero Pineda Bátres ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 23 de marzo de 2010, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Favio Pinzón Jerez, ex Sgto. 2do. Esp. (cocinero) ante el Fiscal Especial Mynor Alberto Melgar Valenzuela”, Flores, Petén, Guatemala, 27 de mayo de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Ampliación de la Declaración Testimonial de Favio Pinzón Jerez, ex Sgto. 2do. Esp. ante la Fiscal Auxiliar del Ministerio Público Sara

- Elizabeth Romero”, Ciudad de Guatemala, 22 de octubre de 1997, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de María del Rosario Ramírez Ramos ante la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Ciudad de Guatemala, 2 de agosto de 1999, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Felicita Herenia Romero Ramírez ante el Fiscal Especial Mario Hilario Leal Barrientos y la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Ciudad de Guatemala, 3 de mayo de 2000, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Guillermina Ruano Barahona”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Teresa Saso”, sin otros datos.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Lesbia Coralia Tesucún Sac ante el Fiscal Especial Mario Hilario Leal Barrientos y la Auxiliar Fiscal Sara Elizabeth Romero”, Flores, Petén, 14 de abril de 2000, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Entrevista a Lesbia Coralia Tesucún Sac”, San Miguel, Petén, 22 de julio de 1994, Ministerio Público de Guatemala.
- AJCLDE/T, “Declaración Testimonial de Manuel de Jesús Tuche Arreaga ante Agente y Auxiliar Fiscal”, Las Cruces, La Libertad, Petén, 12 de abril de 2000, Ministerio Público de Guatemala.

DOCUMENTOS DE ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

- Guerra popular*, No. 8 (agosto de 1979) [Órgano de divulgación del EGP, Ejército Guerrillero de los Pobres]. En AHG-CIRMA, Fondo Mario Payeras y Yolanda Colom.
- PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo), 1969, “El camino de la revolución guatemalteca”, Guatemala, PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo).

BASES DE DATOS Y CENSOS

- Censo Agropecuario (1979), Dirección General de Estadística. *III Censo Nacional Agropecuario, 1979*, Guatemala, Dirección General de Estadística, Ministerio de Economía, 1985.

- Censo Agropecuario (1950), Dirección General de Estadística, *Censo Agropecuario, 1950*, Guatemala, Dirección General de Estadística, 1955.
- Censo (1950), Dirección General de Estadística, *Sexto Censo de Población [1950]*, Guatemala, Dirección General de Estadística, 1957.
- Censo (1920), Dirección General de Estadística, *[IV] Censo de la Población de la República de Guatemala [1921]*, Guatemala, Dirección General de Estadística, 1924.
- Censo (1964), Dirección General de Estadística, *[VII] Censo de Población, 1964*, Guatemala: Dirección General de Estadística, Ministerio de Economía, 1966.
- Censo (1981), Instituto Nacional de Estadística (INE), *IX Censo de Población, 1981*, Guatemala, Instituto Nacional de Estadística, 1984.
- Osorio, Carlos (2000), “Unidades y oficiales del ejército de Guatemala”, en Doyle, Kate (ed.) (2000), *Los documentos, Vol. II. El ejército de Guatemala: Lo que revelan los archivos de Estados Unidos*, Washington, D. C., NSA National Security Archive. (Electronic Briefing Book, núm. 32).
- SOA-WATCH (School of Americas Watch), *Graduates Database*, United States of America, <http://www.soaw.org/new/grads_list.php> (visitado en junio de 2006).

CARTAS, TELEGRAMAS, MEMORANDOS, ÓRDENES Y PLANES DEL EJÉRCITO

- Bermúdez Amado, Francisco, Sgto. 2do. Caballeros Cadetes, “Curso de Experto en Jungla”, Guatemala, Escuela Politécnica (sin más datos), Jorge Ortega, Los Kaibiles, Guatemala, Centro de Documentación para la Historia Militar, 2003, pp. 66-68.
- “Obregón Carrillo, Sergio, Cnel. de Artillería, Jefe Accidental del Estado Mayor General del Ejército, al Cnel. de Inf., Jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor General del Ejército”, 15. X. 1974. (No. 3-“J” 000985/AX/jaca), en: Jorge Ortega, *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro de Documentación para la Historia Militar, 2003, pp. 79-80.
- “Instructivo núm. 3'B00001, del Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Ejército de Guatemala”, enero de 1989. (Ordena el traslado del

- Centro de Adiestramiento y Operaciones Especiales Kaibil de La Pólvo-
ra, Melchor de Mencos, Petén, a Poptún, Petén).
- “Jefe del Estado Mayor General del Ejército, General de Brigada Fernando
Romeo Lucas García, al Ministro de la Defensa Nacional, General de
Brigada Fausto David Rubio Coronado”, 4. XII. 1974, Oficio No, 3-“L”
0011-41 (AX/Lurcos), en: Jorge Ortega, *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro
de Documentación para la Historia Militar, 2003, pp. 83-84.
- “Ministro de la Defensa Nacional, General de Brigada Fausto David Ru-
bio Coronado, al Jefe del Estado Mayor General del Ejército, General de
Brigada Fernando Romeo Lucas García”, 5. XII. 1974 (sin más referen-
cias), en: Jorge Ortega, *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro de Documenta-
ción para la Historia Militar, 2003, pp. 84-85.
- Orden General del Ejército, núms. 34-72, del 26 de junio de 1972, en: Jor-
ge Ortega, *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro de Documentación para la
Historia Militar, 2003, p. 169.
- Orden General del Ejército, núms. 15-75, del 5 de marzo de 1975, en: Jor-
ge Ortega, *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro de Documentación para la
Historia Militar, 2003, p. 83-84.
- Orden General para Oficiales núms. 29-80, del 19 de agosto de 1980.
- Orden General para Oficiales núms. 21-82, del 31 de agosto de 1982.
- Orden General para Oficiales núms. 4-83, 27 de febrero de 1983.
- Orden General para Oficiales núms. 4-84, 5 de marzo de 1984.
- Orden General para Oficiales núms. 3-89, febrero de 1989.
- Tercera Sección del Estado Mayor General del Ejército, *Plan de Operacio-
nes “Martillo”*, Guatemala, Estado Mayor General del Ejército, 1969.
- EMDN (Estado Mayor de la Defensa Nacional), “Informe Anual de Opera-
ciones Militares”, Guatemala, EMDN (Estado Mayor de la Defensa Na-
cional), Ejército de Guatemala.

DOCUMENTOS DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS

- CIA (1983a), “Resumen Latinoamericano”, CIA, Agencia Central de Inte-
ligencia, Washington D. C. (Informe Secreto, Difundido: 23 de mayo
de 1983), en: Doyle, Kate (ed.) (2000), *Los documentos, Vol. II. El ejér-
cito de Guatemala: Lo que revelan los archivos de Estados Unidos*, Wash-

- ington, D. C., NSA National Security Archive. (Electronic Briefing Book, núm. 32).
- DoD (Department of Defense) (1973), "Colonel Fernando Romeo Lucas Garcia, Confidential, Biographic Sketch", Washington, D. C., Department of Defense, June 28, 1973, 1 p. (NSA: Collection: Guatemala and the U.S. GU00479).
- DIA (Defense Intelligence Agency) (1979), "Resumen e Inteligencia Militar (MIS) Volumen III América Latina (U)", Washington D. C., DIA — Departamento de Defensa — División Occidental (Informe Secreto, difundido: noviembre de 1979), en: Doyle, Kate (ed.) (2000), *Los documentos, Vol. II. El ejército de Guatemala: Lo que revelan los archivos de Estados Unidos*, Washington, D. C., NSA National Security Archive. (Electronic Briefing Book, núm. 32).
- EE. UU., Congress, House, Committee on Foreign Affairs, Subcommittees on Human Rights and International Organizations and on Inter-American Affairs, 1981, *Human Rights in Guatemala, Hearing before...*, Washington D. C., U. S. Government Printing Office (Ninety-Seventh Congress — First Session — July 30, 1981).

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- AEU (Asociación de Estudiantes Universitarios "Oliverio Castañeda de León") (1978), *Las jornadas de octubre*, Guatemala.
- Banco de Guatemala, "Situación internacional de la pimienta gorda", *Informe Económico*, XX (abril-junio, 1973): 30.
- CEM (Centro de Estudios Militares), 1987, "Los mejores soldados del mundo, Los Kaibiles", *Revista Militar*, Editorial del Ejército.
- Inforpress* (varios números), Guatemala, Inforpress Centroamericana.
- Polémica* (1992), "Visitamos el campamento Kaibil en El Petén", *Revista Polémica*, núm. 8, julio de 1992.
- Revista Militar*, varios números, Ejército de Guatemala.
- Revista El Soldado*, varios números, Ejército de Guatemala.
- Zarco, José Eduardo (1987), "Entrenamiento Kaibil", *Prensa Libre*, Guatemala 1 de agosto de 1987.

- Zarco, José Eduardo (1987a), "Kaibil II", *Prensa Libre*, Guatemala 14 de octubre de 1987.
- (1987b), "Kaibil III", *Prensa Libre*, Guatemala 15 de octubre de 1987.
- (1987c), "Kaibil IV", *Prensa Libre*, Guatemala 16 de octubre de 1987.
- (1987d), "Kaibil VI", *Prensa Libre*, Guatemala 21 de octubre de 1987.
- (1987e), "Kaibil VIII", *Prensa Libre*, Guatemala 26 de octubre de 1987.
- Zetina, Otto Rafael (1980), "Petén misterioso: 3 alternativas", *Petén Itzá*, No. 21 (1980).

TEXTOS

- Abbott, Andrew (1995), "Sequence Analysis: New Methods for Old Ideas", *Annual Review of Sociology*, Vol. 21, pp. 93-113.
- Adalian, Rouben Paul (2004), "The Armenian Genocide", en: *Century of Genocide, Critical Essays and Eyewitness Accounts*, Samuel Totten, William S. Parsons, e Israel Charny (eds.), Nueva York, London, Rutledge.
- Adorno, Teodoro, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson, y Nevitt Sanford (1950), *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Proyección, 1965 (Trad. de *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Harper and Row).
- Aguayo, Sergio (1985), *El éxodo centroamericano*, México, SEP (Secretaría de Educación Pública).
- Alford, Fred (1997), "Review: 'Hitler's Willing Executioners': What Does 'Willing' Mean?", *Theory and Society*, Vol. 26, núm. 5 (Oct., 1997), pp. 719-738.
- Allen, William (1965), *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town 1930-1935*, Chicago, Quadrangle Books.
- Alvarado, Huberto (1975), *Apuntes para la historia del Partido Guatemalteco del Trabajo*, Guatemala, USAC (Universidad de San Carlos de Guatemala), AEU (Asociación de Estudiantes Universitarios "Oliverio Castañeda de León", Comisión para la Celebración del Cincuentenario de la Revolución de Octubre y la Autonomía Universitaria, 1994. (Introducción de

- la Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo, de 26 de septiembre de 1975).
- Amenta, Edwin, Bruce Carruthers, Yvonne Zylan (1992), "A Hero for the Aged? The Townsend Movement, the Political Mediation Model, and U.S. Old-Age Policy, 1934-1950", *American Journal of Sociology*, núm. 98, pp. 308-339.
- Archivo Histórico de la Policía Nacional (2010), *La Policía Nacional y sus estructuras*, Guatemala, Archivo Histórico de la Policía Nacional, 2010.
- Arendt, Hannah (1963), *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, España, Lumen, 1999, segunda edición (Colección Palabra en el Tiempo, núm. 271) (Carlos Ribalta, trad. de *Eichmann in Jerusalem*, Nueva York, Viking).
- (1951), *Orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 2006.
- Arias, Arturo (1990), "Shifts in Indian Identity: Guatemalan Violent Transition to Modernity", en: Smith, Carol (ed.), *Guatemala Indians and the State, 1521-1988*, Austin, University of Texas Press.
- Aussaresses, Paul (2002), *The Battle of the Casbah: Terrorism and Counterterrorism in Algeria, 1955-1957*, Nueva York, Enigma Books.
- AVANCSO, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (2001), *Regiones y zonas agrarias de Guatemala. Una visión desde la reproducción social y económica de los campesinos*, Guatemala: AVANCSO, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala.
- Ayala Muñoz, Rubén (1963), "Apuntes socio-económicos del Departamento del Petén", Tesis de Licenciatura, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de San Carlos.
- Bartov, Omer (2003), "Seeking the Roots of Modern Genocide: on the Macro — and Microhistory of Mass Murder", in: Robert Gellately y Ben Kiernan (eds.), *The Specter of Genocide, Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2000), "Introduction", en: Omer Bartov (ed.), *The Holocaust, Origins, Implementation, Aftermath*, Routledge.
- (1991), *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press.
- (1985), *The Eastern Front 1941-45: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Macmillan, St. Martin's.

- Bastos, Santiago (2004), *Algunos aportes sobre la relación entre Etnicidad y Fuerzas Armadas en Guatemala*, Guatemala, Flacso.
- Bauer, Yehuda (1984), "The place of the Holocaust in Contemporary History", en: Frankel J (ed.) *Studies in Contemporary Jewry*, Institute of Contemporary Jewry, Hebrew University Jerusalem, Indiana University Press, Bloomington, IN, Vol. 1, pp. 201-242.
- Bauman, Zigmunt (1989), *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 1997 (Ana Mendoza, trad. de: *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, Cornell University Press).
- Bell, John Patrick (1993), "El proyecto arevaliano para El Petén", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 19, 1 (1993): 23-35.
- Benjamin, Thomas (1981), "El trabajo en las monterías de Chiapas y Tabasco, 1870-1946", *Historia Mexicana*, 30, No. 4 (abril-junio de 1981): 506-529.
- Browning, Christopher R., "A Reply to Martin Broszat Regarding the Origins of the Final Solution", *Simon Wiesenthal Center Annual*, 1 (1984): 113-132.
- Cabrera, Claudio (1995), *Estudio sobre tenencia y uso de los recursos naturales en la Franja Transversal y departamento de El Petén. Componente Ejidos Municipales y Áreas Protegidas*, Guatemala, Banco Mundial.
- Cantú Aragón, Ángel (1997), *La hora cero en tiempos de guerra*, Guatemala, Artemis y Edinter.
- Bloch, Marc (1934), "Une Étude Régionale: Géographie ou Historie?", *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, núm. 6 (Jan., 1934), p. 81, tomado de: Skocpol, Theda y Margaret Somers (1980), "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 22, núm. 2 (Apr., 1980), pp. 174-197.
- Bolland, Niguel (1988), *Colonialismo y resistencia en Belice. Ensayos de sociología histórica*, México, Grijalbo, 1992 (trad. de: *Colonialism and Resistance in Belize: Essays in Historical Sociology*, Cubola).
- (1986), *Belize: A New Nation in Central America*, Westview Press.
- (1977a), *The Formation of a Colonial Society: Belize, From Conquest to Crown Colony*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- y Assad Shoman (1977b), *Land in Belize, 1765-1871: The Origins of Land Tenure, Use and Distribution in a Dependent Economy*, Kingston, Jamaica, Institute of Social and Economic Research.
- Bothe, Michael, Karl Josef Partsch, and Waldemar A. Solf (1982), *New Rules for Victims of Armed Conflicts: Commentary on the two 1977 Protocols Additional to the Geneva Conventions of 1949*, The Hague, Martinus Nijhoff.

- Brachet-Márquez, Vivianne (2005), "Undemocratic Politics in the Twentieth Century and Beyond", Janoski, Thomas, Robert Alford, Alexander Hicks y Alfred Schwartz (eds.), *The Handbook of Political Sociology: Status, Civil Societies and Globalization*, Cambridge University Press.
- Broszat, Martin (1990), "A Plea for the Historicization of National Socialism", en: Peter Baldwin (ed.), *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, and the Historian's Debate*, Boston, Beacon Press.
- (1979), "Hitler and the Genesis of the 'Final Solution': an Assessment of David Irving's Theses" *Yav Vashem Studies*, 13 (1979), pp. 73-125.
- Browning, Christopher R. (2002), "Introduction", en: *Understanding Genocide: The Social Psychology of the Holocaust*, Leonard S. Newman y Ralph Erber (eds.), Oxford University Press.
- (1996), "Daniel Goldhagen's Willing Executioner's", *History and Memory*, 8: 1, pp. 88-108.
- (1992), *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, España, EDHASA, 2002 (Montse Batista, trad. de: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins).
- Bruneteau, Bernard (2004), *El siglo de los genocidios: violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*, Madrid, Alianza Editorial, 2006 (Florence Peyrou y Hugo García, traductores de: *Le siècle des génocides. Violences, massacres et processus génocidaires de l'Arménie au Rwanda*, Armand Colin).
- Brustein, William (1996), *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, New Haven, Yale University Press.
- Byman, Daniel et al. (2001), *Trends in Outside Support for Insurgent Movements*, Santa Monica, California, RAND.
- Cajal, Máximo (2000), *¿Saber quién puso fuego ahí? Masacre en la Embajada de España*, Madrid, Siddharth Mehta Ediciones. (Primera edición en español, prólogo de Felipe González).
- Casasola, Oliverio (1968), *Grandezas y miserias del Petén*, Guatemala, Ediciones Indiana.
- Castillo, Manuel Ángel (1999), "Causas del éxodo. Procedencia y características étnicas de la población refugiada", en: *Memoria. Presencia de los refugiados guatemaltecos en México*, México, Comar (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados), ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), pp. 32-39.

- Ceh, Nick y Jeff Harder (1996), *The Golden Apple: War and Democracy in Croatia and Bosnia*, New York, Columbia University Press.
- CEH-I (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo I*, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-II (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Las violaciones a los derechos humanos y los hechos de violencia”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo II*, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-III (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), 1999, “Las violaciones a los derechos humanos y los hechos de violencia”, en: *Guatemala, memoria del silencio, Tomo III*, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-V (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), 1999, “Conclusiones y recomendaciones”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo V*, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-VI (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-VI-16 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 16, Ejecución arbitraria de Mario Mujía Córdoba”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 325-331.
- CEH-VI-32 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 32, Secuestros de Romeo Augusto de León, Baltasar Morales de la Cruz y Héctor Menéndez de la Riva por las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)” en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 251-255.

- CEH-VI-45 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 45, Ejecución de Oliverio Castañeda de León”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 119-125.
- CEH-VI-51 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 51, Desaparición forzada de miembros de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) en la ciudad de Guatemala y en la finca ‘Emaus Medio Monte’”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 183-191.
- CEH-VI-67 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 67, El sindicato de la Coca-Cola”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 111-118.
- CEH-VI-88 (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), “Caso ilustrativo número 88, Secuestro y ejecución arbitraria del embajador de Alemania, Karl von Spreti”, en: *Guatemala memoria del silencio, Tomo VI* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas), pp. 257-262.
- CEH-VII (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), *Guatemala memoria del silencio, Tomo VII* (Anexo I, Casos ilustrativos), CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- CEH-XIII (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), *Guatemala memoria del silencio, Tomo XIII*, Guatemala, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).
- Centeno, Carlos Enrique (1973), *Cooperativas de El Petén, Situación Socioeconómica Volumen I*, Guatemala, Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos.

- Cesarani, David (2004), *Becoming Eichmann, Bethinking the Life, Crimes and Trial of a "Desk Murderer"*, Cambridge, MA, Da Capo Press.
- Chalk, Frank y Kurt Jonassohn (eds.) (1990), *The History and Sociology of Genocide, Analysis and Case Studies*, New Haven, London, Yale University Press, Montreal Institute for Genocide Studies.
- Charny, Israel (1999), "Classifications of Genocide in Multiple Categories", en: Israel Charny (ed.), *Encyclopedia of Genocide and Mass Murder*, ABC-Clio.
- Clendinnen, Inga (1999), *Reading the Holocaust*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cohn, Norman (1977), *Europe's Inner Demons: An Enquiry Inspired by the Great Witch-Hunt*, Nueva York, Meridian.
- (1970), *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*, Nueva York, Oxford University Press.
- (1967), *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Nueva York, Harper and Row.
- Contreras R., J. Daniel, y Silvia Castro de Arriaza (1997), "Historia política (1954-1995)", en Daniel Contreras (director general del tomo), *Historia General de Guatemala Tomo VI Época Contemporánea: de 1945 a la actualidad*, Guatemala, Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo.
- Conquest, Robert (1986), *The Harvest of Sorrow*, Nueva York, Oxford University Press.
- CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola) (1965), *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Guatemala*, Washington, D. C., Unión Panamericana.
- Corzo Márquez, Amílcar Rolando (2003), "Proyectos de desarrollo y conservación en el departamento de Petén, Guatemala, Centroamérica. Una revisión histórica", Ponencia presentada en el I Encuentro Internacional sobre Desarrollo e Integración Regional en el Sur de México y Centroamérica, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, junio de 2003.
- Dadrian, Vahakn N. (2003), *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, New York, Berghahn Books.
- (1999), *Warrant for Genocide: Key Elements of Turko-Armenian Conflict*, New Brunswick, N.J., Transaction.

- Davis, Natalie Zemon (1973), "The Rites of Violence: Religious Riots in Sixteenth Century France", *Past and Present*, núm. 59, pp. 51-91.
- De Vos, Jan (1994), *Oro verde. La conquista de la selva lacandona por los madereros tabasqueños, 1822-1949*, México, Gobierno del Estado de Tabasco, Instituto de Cultura de Tabasco, FCE, 1996.
- Ebel, Roland H (1964), "Political Change in Guatemalan Indian Communities", *Journal of Inter-American Studies*, 6, 1 (Jan., 1964): 91-104. Edición en español: en coautoría con Harry S. McArthur (1969), "Cambio político en tres comunidades indígenas de Guatemala", Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra (Cuadernos del Seminario de Integración Social).
- Dadrian, Vahakn (1975), "A Typology of Genocide", *International Review of Modern Sociology*, Vol. 5, pp. 201-212.
- Daetz Caal, Arnolando (1997), "Elecciones y partidos políticos", en: Daniel Contreras (director general del tomo), *Historia General de Guatemala Tomo VI Época Contemporánea: de 1945 a la actualidad*, Guatemala, Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo.
- Dawidowicz, Lucy (1975), *The War Against the Jews 1933-1945*, Nueva York, Bantam, 1986.
- Debray, Regis y Ricardo Ramírez (1974), "Guatemala", en: *Las pruebas de fuego, la crítica de las armas, volumen 2*, Regis Debray, México, Siglo Veintiuno Editores, 1975. (Felix Blanco, trad.)
- Degregori, Carlos Iván (1996), "Cosechando tempestades: Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho", en: *Las Rondas Campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, Carlos I. Degregori et al., Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Dolot, Miron (1987), *Execution by Hunger: The Hidden Holocaust*, Nueva York, Norton.
- Dongen, Yvonne (1991), *The Protection of the Civilian Population in Time of Armed Conflict*, Amsterdam, Thesis Publishers.
- Dosal, Paul (1995), *El ascenso de las élites industriales en Guatemala, 1871-1994*, Guatemala, Piedra Santa, Fundación Soros (Ronald Flores, trad. de: *Power in Transition: The Rise of Guatemala's Industrial Oligarchy, 1871-1994*, Westport, Praeger).

- Elias, Norbert (1989), *El proceso de la civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 2a. ed. en español (Ramón García Cotarelo, trad. de: *Über den Prozess der Zivilisation soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*, 1a. ed. en alemán, 1977-1979).
- Fein, Helen (1990), "Genocide: A Sociological Perspective", *Current Sociology*, Vol. 38, núm. 1, pp. 1-126.
- Figueroa Ibarra, Carlos (2001), *Paz Tejada, militar y revolucionario*, Guatemala, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), F & G Editores, 2004.
- Fishman, Robert (1990), "Rethinking State and Regime: Southern Europe's Transition to Democracy", *World Politics*, 43, pp. 422-440.
- Fitzpatrick, Sheila, y Robert Gellately (1996), "Introduction to the Practices of Denunciation in Moderns European History" *Journal of Modern History*, Vol. 68, núm. 4, Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989 (Dic., 1996), pp. 747-767.
- Fleming, Marie (2003), "Genocide and the Body Politic in the Time of Modernity", en: Robert Gellately y Ben Kiernan (eds.), *The Specter of Genocide, Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Flyvbjerg, Bent (2004), "Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 106, pp. 33-62.
- Foucault, Michel (1976), *Historia de la sexualidad. 1 La voluntad de saber*, México, Siglo Veintiuno, 1999. Vigésimo séptima edición en español. (Ulises Guinázú, traductor, de: *Historie de la sexualité I: La volonté de savoir*. Gallimard. París, 1976).
- Friedlander, Saul (1971), *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004. (Fina Warschaver, trad. de: *L'antisémitisme nazi: histoire de'une psychose collective*, Editions du Seuil, París).
- Galula, David (1964), *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*, Westport, Praeger Security International.
- (1963), *Pacification in Algeria, 1956-1958*, California, Rand Corporation.
- Garsse, Yvan (1970), *A Bibliography of Genocide Crimes against Humanity and War Crimes*, Belgium, Studiecentrum voor Kriminologie en Gerechtelijke Geneeskunde, Sint Niklass Waas.

- Gellately, Robert (1996), "Denunciations in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and the German Democratic Republic", *The Journal of Modern History*, Vol. 68, núm. 4, Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989 (Dec., 1996), pp. 931-967.
- (1988), "The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files", *The Journal of Modern History*, Vol. 60, núm. 4 (Dec., 1988), pp. 654-694.
- Gil, Eliot (1972), *Twentieth Century Book of the Dead*, London, 1972.
- Gilbert, Gustave (1947), *Nuremberg Diary*, Nueva York, Da Capo Press, 1995.
- Girard, René (1982), *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama, 2002, segunda edición. (Joaquín Jordá, traductor de: *Le bouc émissaire*, París, Éditions Grasset & Fasquelle, 1982).
- Gleijeses, Piero (1991), *La esperanza rota, la revolución guatemalteca y Estados Unidos 1944-1954*, Guatemala, Editorial Universitaria, 2005. (Eddy Gaytán, trad. de: *Shattered Hope, the Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton, Princeton University Press).
- Goffman, Erving (1961), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970. (trad. de: *Asylums. Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*).
- Goldhagen, Daniel Jonah (1996), *Los verdugos voluntarios de Hitler, los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997. (Jordi Fibla, trad. de: *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, London, Knopf, Random House).
- Goodwin, Jeff (2001), *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Goodwin, Jeff, James Jasper (1999), "Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory", *Sociological Forum*, núm. 14, pp. 27-54.
- Gourevitch, Philip (1998), *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- Gramajo Morales, Héctor Alejandro (1995), *De la Guerra... a la Guerra. La difícil transición política en Guatemala*. Guatemala. Fondo de Cultura Editorial.

- Grant, Cedric (1976), *The Making of Modern Belize: Politics, Society and British Colonialism in Central America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Guerra Borges, Alfredo (1969), *Compendio de geografía económica y humana de Guatemala*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1986.
- Guinea, Gerardo (1958), *Evolución agraria en Guatemala*, Guatemala, Nueva Editorial, 1958.
- Handy, Jim (1994), *Revolution in the Countryside: Rural Conflict and Agrarian Reform in Guatemala, 1944-1954*, North Carolina, University of North Carolina Press.
- Harff, Barbara y Ted Robert Gurr (1988a), "Toward Empirical Theory of Genocides and Politicides: Identification and Measurement of Cases since 1945", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, núm. 3 (Sep., 1988), pp. 359-371.
- (1988b), "State Perpetrators of Mass Political Murder Since 1945", *Conference on State Organized Terror*, East Lansing, MI, Nov. 2-5, 1988, Michigan State University.
- Hartmann, Florence (1998), "Bosnia", en Roy Gutman and David Rieff (eds.), *Crimes of War: What the Public Should Know*, Nueva York, Norton.
- Heilbrunner, O. (1990), "The Role of Nazi Anti-Semitism in the Nazi Party's Activity in Propaganda: A Regional Historiographical Study", *Leo Baeck Institute Year Book*, 235 (1990), pp. 397-439.
- Heinsohn, G. (2001), "Genocide: Historical Aspects", en: N. Smelser y P. Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences Vol. 9*, 2001, pp. 6153-6159, Oxford, Elsevier.
- (2000), "What Makes the Holocaust at Unique Genocide", *Journal of Genocide Research*, Vol. 2, pp. 411-430.
- Heuveline, P (1998), "L'insoutenable incertitude du nombre: estimation des décès de la période khmère rouge", *Population*, vol. 53, núm. 6, pp. 1103-1118.
- Hilberg, Raul (1961), *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, Holmes and Meier.
- Hildebrand, John R. (1962), "Farm Size and Agrarian Reform in Guatemala", *Inter-American Economic Affairs*, 16 (Autumn, 1962): 51-57.

- Hinton, Alexander Laban (2002), "The Dark Side of Modernity: Toward an Anthropology of Genocide", in: Alexander Laban Hinton (ed.), *Annihilating Difference, The Anthropology of Genocide*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press (Series in Public Anthropology, núm. 3) (Foreword: Kenneth Roth, Human Rights Watch).
- (1998), "A Head by an Eye: Revenge in the Cambodian Genocide", *American Ethnologist*, Vol. 25, núm. 3, pp. 352-377.
- (1998a), "Why Did the Nazis Kill?: Anthropology, Genocide and the Goldhagen Controversy", *Anthropology Today*, Vol. 14, núm. 5 (Oct., 1998), pp. 9-15.
- Hobsbawm, Eric (2002), *Historia del siglo veinte*, Buenos Aires, Crítica. (Tercera edición. Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, traductores de: *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*).
- Horowitz, Irving Louis (1976), *Genocide: State Power and Mass Murder*, New Brunswick, NJ, Transaction.
- Horst, Oscar H. (1967), "The Specter of Death in a Guatemalan Highland Community", *Geographical Review*, 57 (Apr., 1967): 151-167.
- Hovannisian, Richard (ed.) (1986), *The Armenian Genocide in Perspective*, New Brunswick, Transaction.
- (1980), *The Armenian Holocaust: A bibliography relating to the deportations, massacres, and dispersion of the Armenian people, 1915-1923*, Cambridge, Armenian Heritage Press.
- Hoy, don R. (1970), "A Review of Development Planning in Guatemala", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 12, 2 (Apr., 1970): 217-28.
- Inter-American Economic Affairs (1966), "Guatemala Colonization Projects: Institution Building and Resource Allocation," 19 (Spring, 1966): 41-51.
- (1963), "Guatemala Rural Development: An Economist's Recommendations," 17 (Summer, 1963): 59-71.
- Jacobs, S. L. (1999), "The Papers of Raphael Lemkin: A First Look", *Journal of Genocide Research*, Vol. 1, pp. 105-114.
- Johnson, Melissa (2003), "The Making of Race and Place in Nineteenth-Century British Honduras", *Environmental History*, Vol. 8, núm. 4, Oct. 2003, pp. 598-617.

- Jonas Bodenheimer, Susanne (1994), *La batalla por Guatemala*, Guatemala, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, Flacso (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Lilian Arce y Luz Mercedes Arce, trad. de: *The Battle for Guatemala: Rebels, Death Squads, and U. S. Power*, Boulder, San Francisco & Oxford, Westview Press, 1994).
- Katz, Marc (1997), *Revolutions and Revolutionary Waves*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Katz, Steven (1994), *The Holocaust in Historical Context, Vol. 1: The Holocaust and Mass Death Before the Modern Age*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press.
- Kershaw, Ian (1985), *La dictadura nazi, problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2004.
- Kiernan, Ben (1996), *The Pol Pot Regime: Race Power and Genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-1979*, New Haven, Yale University Press.
- (1991), "Genocidal targeting: two groups of victims in Pol Pot's Kampuchea", in: C Van Der Poll and V. Shlapentokh (eds.), *State-Organized Terror: Violent Repression*, Nueva York, Praeger.
- (1985), *How Pol Pot Came to Power: Colonialism, Nationalism, and Communism in Cambodia, 1930-1975*, New Haven, Yale University Press.
- Kitchen, Martin (1976), *Fascism*, London, McMillan.
- Kuper, Leo (1982), *Genocide, Its Political Use in the Twentieth Century*, New Haven CT, Yale University Press.
- Landau, Saul (1993), *The Guerrilla Wars of Central America: Nicaragua, El Salvador and Guatemala*, Nueva York, St. Martin's.
- Lemarchand, René (1997), "The Rwandan Genocide", en: Totten, Samuel, William S. Parsons y Israel W. Charney (eds.), *Century of Genocide: Eyewitness Accounts and Critical Views*, Nueva York, Garland Publishing.
- Lemkin, Raphael (1944), *Axis in Rule in Occupied Europe*, Washington D. C., Lawbook Exchange, 2005.
- Levenson-Estrada, Deborah (1994), *Sindicalistas contra el terror, Ciudad de Guatemala, 1954-1985*, Guatemala, AVANCSO, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, 2007 (Alejandro Arriaza, trad. de: *Trade Unionists Against Terror — Guatemala City 1954-1985*, Chapel Hill, N. C., University of North Carolina).

- Lozowick, Yaacov (2002), *Hitler's Bureaucrats: The Nazi Security Police and the Banality of Evil*, London, Continuum (Haim Watzman, trad.).
- Mace, James, "Soviet Man-Made Famine in Ukraine", en: Totten, Samuel, William Parsons e Israel Charny (eds.) (2004), *Century of Genocide, Critical Essays and Eyewitness Accounts*, Nueva York, London, Routledge (Segunda Edición).
- Mack, Myrna, Elizabeth Oglesby, Paula Worby y Rubio Caballeros (1992), *¿Dónde está el futuro? Procesos de reintegración en comunidades de retornados*, Guatemala, AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala) (Cuadernos de Investigación, núm. 8).
- Mack, Myrna, Paula Worby (1990), *Política institucional hacia el desplazado interno en Guatemala*. Guatemala, AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala) (Cuadernos de Investigación, núm. 6).
- Markusen, Eric y David Kopf (1995), *The Holocaust and Strategic Bombing: Genocide and Total War in the Twentieth Century*, Boulder, Westview.
- Marrus, Michael (1987), *The Holocaust in History*, Hannover, NH, University Press of New England.
- Martin, James Joseph (1984), *The Man Who Invented Genocide: Public Career and Consequences of Raphael Lemkin*, Institute for Historical Review.
- Mason, Henry L. (1988), "Implementing the Final Solution: The Ordinary Regulating of the Extraordinary", *World Politics*, 40, pp. 542-569.
- McAdam, Doug (1996), "Political Opportunities: Conceptual Origins, Current Problems, Future Directions", en: McAdam Doug, Sidnew Tarrow y Charles Tilly, *Dynamics of Contention*, Nueva York, Cambridge University Press.
- McClintock, Michael (1992), *Instruments of Statecraft. U.S. Guerrilla Warfare, Counterinsurgency, and Counterterrorism, 1940-1990*, Nueva York, Pantheon Books.
- (1985), *The American Connection*, vol. II, *State Terror and Popular Resistance in Guatemala*, Londres, Zed Books.
- Melson, Robert (1999) 1992, *Revolution and Genocide: The Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, Chicago, University of Chicago Press.
- Merkel, P. (1975), *Political Violence Under the Swastika: 1918-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

- Milgram, Stanley (1974), *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*, DDB (Desclee de Brouwer), Bilbao, España, 1980, cuarta edición (Biblioteca de Psicología) (Javier Goitia, trad. de *Obediente to Authority – an Experimental View*, Nueva York, Harper 8t Row Publishers).
- Mills, C. Wright (1956), *La élite en el poder*, México, FCE Editorial, 1987 (Trad. de: *The Power Elite*).
- Mixom D. (1979), “Understanding shocking and puzzling conduct”, en G. P. Ginsburg (ed.), *Emerging Strategies in Social Psychological Research*, New York, Wiley, pp. 155-76.
- (1972), “Instead of deception”, *Journal of Theory of Social Behavior*, núm. 2, pp. 145-177.
- Mommsen, Hans (1991), *From Weimar to Auschwitz*, Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Monsanto, Pablo (1982), Comandante en Jefe de las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes), entrevista con Marta Harnecker, “De las armas a la masas para ganar la guerra”, en: Harnecker, Marta, *Pueblos en armas, Guatemala, El Salvador, Nicaragua. Entrevistas de Marta Harnecker*, México, Era, 1984. (Serie popular, núm. 84) (Publicado originalmente en: *Punto Final*, México, enero de 1982).
- Monterroso, Iliana (2007), *Extracción de Xate en Petén*, Guatemala, FLACSO.
- Moore, Barrington (1978), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1989. (Sara Sefchovich, traductora de: *Injustice, The Social Bases of Obedience and Revolt*, Nueva York, M. E. Sharpe Inc.).
- (1966), *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona, Península, 1976, Segunda edición en español. (Jaume Acosta y Gabrielle Woith, traductor de: *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, Boston, Beacon Press, 1966).
- Morgenthau, Henry (1915), *Ambassador Morgenthau's Story*, Isis Press, 1990.
- Mosse, George (1978), *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, Nueva York, Howard Fertig.
- Moses, A. D. (1998), “Structure and Agency in the Holocaust: Daniel J. Goldhagen and His Critics”, *History and Theory*, Vol. 37, núm. 2 (May, 1998), pp. 194-219.

- Niewyk, Donald (1980), *The Jews in Weimar Germany*, Transaction Publishers, 2000.
- Novick, Peter (1999), *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience*, London, Bloomsbury.
- Ortega Gaytán, Jorge Antonio (2003), *Los Kaibiles*, Guatemala, Centro de Documentación para la Historia Militar.
- (1997), *Los Paracaidistas*, Guatemala, Editorial Palo de Hormigo.
- Paliakov, Leon (1954), *Harvest of Hate: The Nazi Program for the Destruction of the Jews of Europe*, Talman, 1979.
- Payeras, Mario (1991), *Los fusiles de octubre. Ensayos y artículos militares sobre la revolución guatemalteca 1985-1988*, México, Juan Pablos.
- (1987), *El trueno en la ciudad: episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala*, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2006 (tercera edición).
- (1981), *Los día de la selva*, Guatemala, Editorial Piedra Santa, 2002.
- Payne, Stanley (1980), *Fascism: Comparative and Definition*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Pearson, Ross (1963), "Land Reform, Guatemalan Style", *American Journal of Economics and Sociology*, 22, 2 (Apr., 1963): 225-34.
- Peckenharn, Nancy (1980), "Land Settlement in the Petén", *Latin America Perspectives*, Vol. 7, núm. 2/3, Central America: The Strongmen are Shaking (Late Spring — Summer, 1980), pp. 169-177.
- Pierson, Paul (2003), "Big, Slow-Moving, and... Invisible. Macrocausal Processes in the Study of Comparative Politics", en: *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer (eds.), Cambridge University Press, pp. 177-207.
- Pridham, Geoffrey (1973), *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria, 1923-1933*, Nueva York, Harper and Row, 1987.
- Ragin, Charles y Howard Becker (eds.) (1992), *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ragin, Charles (1987), *The Comparative Method. Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, California, University of California Press.
- Redclift, Michael (2004) *Chewing Gum: the Fortunes of Taste*, New York: Routledge, 2004.

- y Óscar Forero (2006), "The Role of the Mexican State in the Development of Chiclé Extraction in Yucatán, and the Continuing Importance of Coyotaje", *Journal of Latin American Studies*, 38 (2006): 65-93.
- Remhi-III (1998), "El entorno histórico", en: *Guatemala: Nunca Más, Tomo III*, Guatemala, ODHÁ, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, Remhi, Proyecto Inter-diocesano de Recuperación de la Memoria Histórica.
- Richards, Michael (1985), "Cosmopolitan World View and Counterinsurgency in Guatemala", *Anthropological Quarterly*, Vol. 58, núm. 3.
- Robin, Marie-Monique (2004), *Los escuadrones de la muerte*, Argentina, Sudamericana, 2005 (trad. de *Escadrons de la mort*, l'école française, La Découverte).
- Rosenbaum, Alan (ed.) (1996), *Is the Holocaust Unique?* Boulder, CO, Westview Press.
- Rubenstein, Richard E (1987), *Alchemists of Revolution: Terrorism in the Modern World*, Nueva York, Basic Books.
- Rueschemeyer, Dietrich (2003), "Can One or a Few Cases Yield Theoretical Gains?", en: *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer (eds.), Cambridge University Press, pp. 305-336.
- Rummel, Rudy (1996), *Death by Government 1994*, New Brunswick, NJ, Transaction.
- Scott, James C. (1990), *Dominations and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.
- Schirmer, Jennifer (1998), *Intimidaciones del proyecto político de los militares en Guatemala*, Guatemala, Flacso, 1999 (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). (Trad. de: *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press).
- Schwartz, Norman B. (1990), *Forest Society, a Social History of Peten, Guatemala*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Shaw, Martin (2003), *War and Genocide*, Cambridge, Polity.
- Shils, Edward y Morris Janowitz (1948), "Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II", *The Public Opinion Quarterly*, Vol. 12, núm. 2 (Summer, 1948), pp. 280-315.
- Shirer, William (1960), *Rise and Fall of the Third Reich*, Nueva York, Simon and Schuster.

- Shoman, Assad (1994), *Thirteen Chapters of A History of Belize*, Belize, Angelus Press.
- Skocpol, Theda y Margaret Somers (1980), "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 22, núm. 2 (Apr., 1980), pp. 174-197.
- Smith, Roger (1989), "Fantasy, Purity, Destruction: Norman Cohn's Complex Witness to the Holocaust", 19th *Annual Scholars Conference on the Holocaust*, Philadelphia, March 1989.
- Sohr, Raúl (1989), *Centroamérica en guerra*, México, Alianza.
- Sorabji, Cornelia (2006), "Managing memories in post-war Sarajevo: individuals, bad memories, and new wars", *JRAI (Journal of the Royal Anthropological Institute)*, núm. 12, pp. 1-18.
- (1994), "A Very Modern War: Terror and Territory in Bosnia-Herzegovina", in: H. Watson and R. Hinde (eds.), *War: A Cruel Necessity; The Bases of Institutionalized Violence*, London, Tauris, pp. 80-95.
- Soto Badillo, Óscar Desiderio (1999), *La frontera invisible*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, Tesis de Maestría en Desarrollo Rural.
- Staub, Ervin (1989), *The Roots of Evil. The Origins of Genocide and other Group Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Streeter, Stephen M. (1994), *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954-1961*, Connecticut, University of Connecticut, Tesis de doctorado.
- Taber, Robert (1965), *La guerra de la pulga, guerrilla y contraguerrilla*, México, ERA, 1977 (Pedro Durán Gil, trad. de: *The War of the Flea*, Nueva York, Lyle Stuart).
- Taffet, Jeffrey (2007), *Foreign Aid as Foreign Policy. The Alliance For Progress in Latin America*, Routledge, Nueva York.
- Tarrow, Sidney (1994), *El poder en movimiento, los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. (Francisco Muñoz de Bustillo, trad. de *Power in Movement, Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press).
- Tax, Sol (1953), *El capitalismo del centavo: una economía indígena de Guatemala*, Dos Tomos, Guatemala, José de Pineda Ibarra, 1964 (Seminario de Integración Social Guatemalteca).

- Taylor, Alan (1945), *The Course of German History: A Survey of the Development of German History since 1815*, London, Routledge, 2001.
- Taylor, Christopher (1999), *Sacrifice as Terror: The Rwandan Genocide of 1994*, Nueva York, Berg.
- Tilly, Charles (1984), *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, España, Alianza Editorial, 1991. (Ana Balbás, trad. de: *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Russell Sage Foundation).
- (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, M.A., Addison-Wesley.
- Toriello Garrido, Guillermo (1981), *Guatemala: más de veinte años de traición, 1954-1979*, Guatemala, Editorial Universitaria.
- Torres-Rivas, Edelberto (1981), “Problemas de la contrarrevolución y la democracia en Guatemala”, *Nueva Sociedad*, núm. 53, marzo-abril de 1981, pp. 97-112.
- Totten, Samuel, William Parsons e Israel Charny (eds.) (2004), *Century of Genocide, Critical Essays and Eyewitness Accounts*, Nueva York, London, Routledge.
- Trinquier, Roger (1964), *La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas*, Barcelona, Herder, 1965 (Trad. de: *Modern Warfare: A French View of Counterinsurgency*, Nueva York, Praeger).
- Uvin, Peter (2001), “Reading the Rwandan Genocide”, *International Studies Review*, núm. 3 (4), pp. 75-99.
- Valentino, Benjamin (2004), *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the Twentieth Century*, Cornell, Cornell University Press, (Cornell Studies in Security Affairs, Series).
- Vela Castañeda, Manolo E. (2008), *Armas, masas y élites. Análisis sociológico de eventos históricos*, Guatemala, Flacso.
- Wagley, Charles (1941), *Economics of a Guatemalan Village*, Menasha, American Anthropological Association.
- Wallerstein, Immanuel (1998), *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales, UNAM, Siglo Veintiuno (Susana Guardado, trad. de: *Unthinking social science, the limits of nineteenth century paradigms*).

- Walton, John (1992), "Making the Theoretical Case", en: Charles Ragin y Howard Becker (eds.), *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 121-138.
- (1984), *Reluctant Rebels. Comparative Studies of Revolution and Underdevelopment*, Nueva York, Columbia University Press.
- Weitz, Eric (2003), *A Century of Genocide, Utopias of Race and Nation*, Princeton, N. J., Princeton University Press.
- (2003a), "The Modernity of Genocides: War, Race, and Revolution in Twentieth Century", en: Robert Gellately y Ben Kiernan (eds.), *The Specter of Genocide, Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wickham-Crowley, Timothy (1990), "Terror and Guerrilla Warfare in Latin America, 1956-1970", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 32, núm. 2, pp. 201-237.
- (1992), *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgencies and Regimes since 1956*, Princeton, Princeton University Press.
- Witzel de Ciudad, Renate (1995), *Reorganización, auge y desarticulación del movimiento sindical (1954-1982)*, Tomo III, *Más de 100 años del movimiento urbano obrero en Guatemala*, Guatemala, ASIES (Asociación de Investigación y Estudios Sociales).
- Young, James (1993), *The Texture of Memory: Holocaust Memorials and Meaning*, New Haven, Yale University Press.
- Yurrita Cuesta, Alfonso (1997), "El ejército", en: Daniel Contreras (director general del tomo), *Historia General de Guatemala Tomo VI Época Contemporánea: de 1945 a la actualidad*, Guatemala, Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo.
- Zammit, Ann (1977), *The Belize Issue*, London, Latin American Bureau.

OTRAS REFERENCIAS

- Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclee de Brouwer, edición de 1975.
- DRAE (Diccionario de la Real Academia Española) (2001), *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Espasa-Calpe, Real Academia Española de la Lengua, vigésima segunda edición.

Moliner, María (1970), *Diccionario de uso del español*, Madrid, Editorial Gredos.

Naciones Unidas (1948), *Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio*, resolución 260 A (II) de la Asamblea General, de 9 de diciembre de 1948 (entró en vigor el 12 de enero de 1951).

Los pelotones de la muerte

se terminó de imprimir en abril de 2014

en los talleres de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.,
Calle 2, número 21, col. San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.

Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.

Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Los pelotones de la muerte explica el proceso por el cual emergieron los perpetradores del genocidio guatemalteco. Más allá del sentido común que sugiere que los soldados fueron movidos por las circunstancias, que fueron forzados a hacer algo que no querían ¿cómo fue posible que jóvenes fueran llevados a matar a sus iguales? Es ésta una de las más importantes interrogantes de la historia de Guatemala, y, en términos comparativos, una de las más penetrantes cuestiones —aún no resueltas— de la Guerra Fría en América Latina. Analizando la organización, la ideología y el desarrollo de la guerra, el autor indaga —desde dentro y hasta abajo— en el Ejército, la institución que llevó adelante una de las peores matanzas en la historia de la humanidad. Empleando el caso de la masacre ocurrida en la aldea Las Dos Erres, el estudio aporta, además, múltiples lecciones de método acerca de cómo hacer ciencia social en contextos de violencia extrema.

“¿Seremos todos genocidas en potencia? O para volvernos tales, ¿tendremos que participar en un proceso de entrenamiento minuciosamente orquestado que nos capacite para matar? Este libro ofrece respuestas a estas interrogantes. Arroja luz no sólo sobre el genocidio en Guatemala, al que analiza en sus detalles más cruentos, sino también sobre el debate acerca del holocausto. Para ello utiliza, además de las herramientas de las ciencias sociales, las voces de los soldados rasos.” VIVIANE BRACHET-MÁRQUEZ, autora de *Contention and Inequality in Mexico (1910-2010)*.

“En este notable trabajo de investigación primaria, el autor describe y explica cómo el ejército guatemalteco, en nombre del anticomunismo y de la doctrina de seguridad nacional, reclutó y transformó a jóvenes indígenas mayas en auténticas ‘máquinas de matar’ a otros indígenas, hasta llegar al genocidio. Si la historia da lecciones, aquí está una, de carácter universal, tan trágica como clara.” LORENZO MEYER, autor de *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario, 1910-1940*.

“Este libro es excepcional por su original enfoque temático y porque constituye una lograda síntesis del testigo, del actor y del cronista de la tragedia de la guerra contra los civiles que hubo en Guatemala. Como testigo vio aplicar el crimen político; como actor, luchó para detenerlo; como cronista, lo denuncia. Es un escrito con pasión objetiva, que busca la verdad para no olvidar.” EDELBERTO TORRES-RIVAS, autor de *Revoluciones sin cambios revolucionarios*.

”